Allan Kardec

EL CIELO Y EL INFIERNO

O LA JUSTICIA DIVINA SEGÚN EL ESPIRITISMO

EL CIELO Y EL INFIERNO

O LA JUSTICIA DIVINA SEGÚN EL ESPIRITISMO

LE

CIEL ET L'ENFER

OU

LA JUSTICE DIVINE

SELON LE SPIRITISME

CONTENANT

L'EXAMEN COMPARÉ DES DOCTRINES
SUR LE PASSAGE DE LA VIE CORPORELLE A LA VIE SPIRITUELLE
LES PEINES ET LES RÉCOMPENSES FUTURES, LES ANGES ET LES DÉMONS, LES PEINES ÉTERNELLES, ETC.
SUIVI DE NOMBREUX EXEMPLES
SUR LA SITUATION RÉELLE DE L'AME PENDANT ET APRÈS LA MORT

PAR ALLAN KARDEC

Auteur du *Livre des Esprits*.

Je jure par moi-même, dit le Seigneur Dieu, que je ne veux point la mort de l'impie, mais que je veux que l'impie se convertisse, qu'il quitte sa mauvaise voie, et qu'il vive.

(EZÉCHIEL, ch. XXXIII, v. 11.)

PARIS

LES ÉDITEURS DU *LIVRE DES ESPRITS*

35, QUAI DES AUGUSTINS

LEDOYEN, DENTU, FRÉD. HENRI, libraires au Palais-Royal

Et au Bureau de la REVUE SPIRITE, 59, rue et passage Sainte-Anne.

1865

Réserve de tous droits

EL CIELO Y EL INFIERNO

O LA JUSTICIA DIVINA SEGÚN EL ESPIRITISMO

Contiene

El examen comparado de las doctrinas sobre el tránsito de la vida corporal a la vida espiritual, las penas y las recompensas futuras, los ángeles y los demonios, las penas eternas, etcétera; seguido de numerosos ejemplos de la situación real del alma en el momento de la muerte y después de ella.

por

Allan Kardec

"Por mi vida, dice Dios el Señor, que yo no quiero la muerte del impío, sino que el impío se convierta, deje su mala vida y viva."
(Ezequiel, 33:11)

Traducción de Gustavo N. Martínez

CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2020 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-47546-3-9

Título del original francés:
Le Ciel et l'Enfer ou la justice divine selon le spiritisme
(Allan Kardec; 1865 - primera edición)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan
El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo / Allan Kardec. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2020.
542 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
ISBN 978-987-47546-3-9

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.9

Impreso en la Argentina

Advertencia general sobre la traducción

La presente traducción corresponde a la primera edición del original francés *Le Ciel et l'Enfer, ou la Justice Divine selon le Spiritisme*, publicado en París, Francia, el 1.° de agosto de 1865, editado por *les Éditeurs du Livre des Esprits* (35, quai des Augustins), Ledoyen, Fréd. Henri Dentu, libraires en el Palais-Royal, y en la oficina de la *Revue Spirite* (59, rue et passage Sainte-Anne). Los ejemplares fueron impresos por P. A. Bourdier et Cie. (rue des Poitevins, 6). Nos valimos de un ejemplar que pertenece a la mencionada primera edición, archivado en la Biblioteca Nacional de Francia.

El contenido de esta edición es el único que Allan Kardec presentó ante las autoridades del Ministerio del Interior de Francia. Actualmente, el registro del depósito legal puede ser consultado en los Archivos Nacionales de Francia.

En lo que respecta a las citas bíblicas transcriptas en esta obra, dado que el autor empleó la versión francesa de Isaac Lemaître de Sasy (*La Bible de Sacy-Port Royal*), hemos optado por traducirlas tal como se las ha fijado, sin perjuicio de que el lector pueda consultar las versiones españolas ya existentes, y hacer los estudios comparativos que considere adecuados.

En suma, el criterio que seguimos en el presente trabajo no ha sido otro que mantener una absoluta fidelidad al contenido del texto original.

El Traductor
Buenos Aires, 14 de junio de 2020.

Prefacio

El título de esta obra indica claramente su objetivo. Hemos reunido en ella todos los elementos destinados a ilustrar al hombre acerca de su destino. Al igual que en los demás escritos sobre la doctrina espírita, en este libro no hemos incluido nada que sea el producto de un sistema preconcebido o de una concepción personal, puesto que eso no tendría autoridad alguna. Todo ha sido deducido de la observación y de la concordancia de los hechos.

El libro de los Espíritus contiene las bases fundamentales del espiritismo: es la piedra angular del edificio. Todos los principios de la doctrina se encuentran expuestos en él, incluso los que constituyen la culminación de la obra. No obstante, era preciso darles un mayor desarrollo y deducir todas sus consecuencias y aplicaciones, a medida que esas bases se desplegaran mediante la enseñanza complementaria de los Espíritus y nuevas observaciones. Eso hicimos en *El libro de los médiums* y en *El Evangelio según el espiritismo*, desde puntos de vista particulares; y eso mismo hacemos en esta obra, desde otro punto de vista, así como lo que haremos sucesivamente en las que aún nos quedan por publicar, que vendrán a su tiempo.

Las ideas nuevas sólo fructifican cuando la tierra está preparada para recibirlas. Ahora bien, por tierra preparada no

debemos entender algunas inteligencias precoces, que sólo producirían frutos aislados, sino un cierto conjunto en la predisposición general, a fin de que esa tierra no sólo produzca frutos más abundantes, sino que la idea, al encontrar un mayor número de puntos de apoyo, encuentre también menos oposición y sea más fuerte para resistir a sus antagonistas. *El Evangelio según el espiritismo* ha sido un paso adelante; *El Cielo y el Infierno* es un paso más, cuyo alcance será fácilmente comprendido, porque avanza puntualmente sobre determinadas cuestiones. Con todo, no habría podido llegar antes de ahora.

Si tomamos en consideración la época en que surgió el espiritismo, fácilmente reconoceremos que llegó en el momento oportuno: ni antes, ni después. Antes, se habría malogrado, porque al no contar con numerosos simpatizantes habría sucumbido a consecuencia de los ataques de los adversarios. Más tarde, habría perdido la ocasión favorable para darse a conocer, y las ideas habrían podido tomar otro rumbo, del cual hubiera sido difícil desviarlas. Era preciso dejar al tiempo el cuidado de consumir las viejas ideas, y demostrar que eran insuficientes antes de presentar otras nuevas.

Las ideas prematuras se malogran, porque las personas no están maduras para comprenderlas, y porque aún no sienten la necesidad de un cambio de posición. En la actualidad es evidente para todos que un inmenso movimiento se manifiesta en la opinión pública. Se produce una extraordinaria reacción progresiva contra el espíritu estacionario o retrógrado de la rutina, y los satisfechos de la víspera son los impacientes del día siguiente. La humanidad realiza un trabajo de parto. Hay algo en el aire: una fuerza irresistible que la empuja hacia adelante. A semejanza de un joven que ha salido de la adolescencia, entrevé nuevos horizontes, aunque no pueda definirlos,

y se quita los pañales de la infancia. Los hombres pretenden algo mejor: un alimento más consistente para la razón. Con todo, ese alimento aún no está debidamente caracterizado. Lo buscan sin cesar; todos trabajan para ello, desde el creyente hasta el incrédulo, desde el labrador hasta el sabio. El universo es un vasto taller: unos demuelen, otros reconstruyen; cada uno talla una piedra para el nuevo edificio, cuyo proyecto definitivo es prerrogativa del gran Arquitecto, y cuya economía sólo se comprenderá cuando sus formas comiencen a destacarse por encima de la superficie del suelo. Este es el momento que la soberana Sabiduría ha escogido para el advenimiento del espiritismo.

Los Espíritus que presiden el gran movimiento regenerador proceden, pues, con mucha sabiduría y previsión, cosa que los hombres no pueden hacer, porque aquellos abarcan la marcha general de los acontecimientos, mientras que nosotros sólo vemos el círculo limitado de nuestro horizonte. Han llegado los tiempos de la renovación, en consonancia con los decretos divinos, y es necesario que en medio de las ruinas del viejo edificio el hombre vislumbre, para no ser dominado por el desánimo, las bases de un nuevo orden de cosas; es necesario que el marinero divise la estrella polar que habrá de guiarlo hasta el puerto.

La sabiduría de los Espíritus, que se ha hecho evidente con la aparición del espiritismo, y que fue revelada casi simultáneamente en toda la Tierra y en la época más propicia, no es menos evidente en el orden y la gradación lógicos de sus sucesivas revelaciones complementarias. Nadie puede forzar la voluntad de los Espíritus en ese sentido, dado que ellos no imparten sus enseñanzas conforme a la impaciencia de los hombres. No basta con que digamos: "Nos gustaría tener tal

cosa", para que se nos la conceda; y menos aún manifestarle a Dios: "Creemos que ha llegado la hora de que nos hagáis determinada concesión, pues nos consideramos suficientemente adelantados para recibirla". Eso equivaldría a que dijéramos: "Sabemos mejor que Vos lo que conviene hacer". A los impacientes, los Espíritus les responden: "Comenzad antes por saber bien, por comprender bien y, sobre todo, practicad bien lo que ya sabéis, a fin de que Dios os considere dignos de que os enseñe más. Posteriormente, cuando haya llegado el momento, sabremos actuar y elegiremos nuestros instrumentos".

La primera parte de esta obra, titulada "Doctrina", contiene el examen comparado de las diversas creencias sobre el Cielo y el Infierno, los ángeles y los demonios, las penas y las recompensas futuras. El dogma de las penas eternas es tratado de modo especial y se refuta con argumentos extraídos de las leyes mismas de la naturaleza, leyes que demuestran no sólo el lado ilógico de ese dogma, centenas de veces ya señalado, sino también su imposibilidad material. Junto con las penas eternas se derrumban naturalmente las consecuencias que se suponían derivadas de esa doctrina.

La segunda parte incluye numerosos ejemplos que apoyan la teoría o, mejor dicho, que han servido para instalarla. Esos ejemplos basan su autoridad en la diversidad de los tiempos y los lugares donde han sido obtenidos, puesto que si emanaran de una fuente única se los podría considerar el producto de una misma influencia. Por otra parte, esa autoridad también proviene de su concordancia con lo que se obtiene a diario y en todas partes donde las personas se ocupan de las manifestaciones espíritas, enfocadas desde un punto de vista serio y filosófico. Los ejemplos podrían ser multiplicados hasta lo infinito, puesto que no hay un centro espírita que no pueda

suministrar un número importante de ellos. A fin de evitar repeticiones tediosas, debimos hacer una selección entre los más instructivos. Cada uno de esos ejemplos es un estudio en el que todas las palabras tienen el debido alcance para quienes deseen meditar con detenimiento acerca de ellos, dado que de cada punto brota una nueva luz sobre la situación del alma después de la muerte, así como sobre el tránsito, hasta ahora tan ininteligible y temido, de la vida corporal a la vida espiritual. Es la guía para el viajero, antes de que ingrese a un país que no conoce. En ellos la vida de ultratumba se despliega en todos sus aspectos como un vasto panorama, de modo que todas las personas podrán encontrar en este libro nuevos motivos de esperanza y consuelo, así como nuevas bases para el fortalecimiento de la fe en el porvenir y en la justicia de Dios.

En esos ejemplos, tomados en su mayoría de hechos contemporáneos, hemos ocultado los nombres propios toda vez que consideramos útil hacerlo, a causa de conveniencias que fácilmente se comprenderán. Quien se interese en ellos, habrá de reconocerlos sin dificultad. Para el público, nombres más o menos conocidos, e incluso desconocidos, no habrían agregado nada a la instrucción que de ellos se puede extraer.

Las mismas razones que nos hicieron omitir los nombres de los médiums en *El Evangelio según el espiritismo*, nos han llevado a omitirlos también en esta obra, tomando en cuenta más el futuro que el presente. La importancia de los médiums es limitada, ya que no se les podría atribuir mérito alguno por un hecho en el que su Espíritu no tuvo ninguna participación. Por lo demás, la mediumnidad no es una prerrogativa de tal o cual individuo, sino una facultad fugaz, subordinada a la voluntad de los Espíritus que quieren comunicarse, una facultad que se posee hoy y mañana puede faltar, y que en

ningún caso es aplicable a todos los Espíritus indistintamente, de modo que por eso mismo tampoco constituye un mérito personal, como lo sería un talento conquistado mediante el trabajo y los esfuerzos de la inteligencia. Los médiums sinceros, los que comprenden la seriedad de la misión que desempeñan, se consideran instrumentos a los que la voluntad de Dios puede aniquilar cuando lo entienda conveniente, en caso de que no obren según sus designios. Son felices porque poseen una facultad que les permite ser útiles, pero de la cual no pueden envanecerse. Por lo demás, acerca de este punto hemos seguido los consejos de nuestros guías espirituales.

La Providencia ha querido que la nueva revelación no fuera privilegio de nadie, sino que sus instrumentos estuviesen por toda la Tierra, en todas las familias, tanto entre los grandes como entre los pequeños, conforme a las siguientes palabras, de las que los médiums de la actualidad son el cumplimiento: "En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán. En esos días derramaré mi Espíritu sobre mis servidores y mis servidoras, y profetizarán" (*Hechos de los Apóstoles*, 2:17 y 18).

Pero el Señor también dijo: "Habrá falsos Cristos y falsos profetas" (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo XXI). Pues bien, esos últimos tiempos han llegado. No se trata del fin del mundo material, como en un principio se supuso, sino del fin del mundo moral, es decir, del advenimiento de una era de regeneración.

PRIMERA PARTE

Doctrina

Capítulo I

El porvenir y la nada

Vivimos, pensamos, actuamos: esto es positivo. Morimos: esto no es menos cierto. Pero cuando dejamos la Tierra, ¿adónde vamos? ¿En qué nos convertimos? ¿Estaremos mejor o peor? ¿Existiremos o no? *Ser o no ser*, tal es la alternativa. Ser para siempre o no ser nunca más. El todo o la nada. Viviremos eternamente o se acabará todo para siempre. Vale la pena que reflexionemos acerca de esto.

Todos los hombres experimentan la necesidad de vivir, de gozar, de amar, de ser felices. Decidle, al que sabe que va a morir, que seguirá viviendo, que su hora ha sido pospuesta; decidle sobre todo que será más feliz de lo que nunca ha sido, y entonces su corazón palpitará de alegría. Pero ¿de qué servirían esas aspiraciones de felicidad si un leve soplo pudiera hacer que se desvanezcan? ¿Acaso Dios, cuya bondad se revela mediante una solicitud tan constante hasta para con el insecto más pequeño, habría podido colocar en la Tierra a su criatura predilecta solamente para hacerla sufrir sin la esperanza de

una compensación, sin siquiera darle a veces la oportunidad de gozar, aunque solo fuera durante algunas horas? ¿Acaso no habría sido un engaño cruel haberle concedido deseos que nunca podría realizar? ¿No sería una barbarie haber hecho que naciera para el dolor, para luego sumergirla en la nada?

¿Habrá algo más desesperante que esa idea de la aniquilación absoluta? Los afectos preciados, la inteligencia, el progreso, el saber laboriosamente conquistado, ¡todo quedaría destrozado, todo estaría perdido! ¿Qué necesidad habría de esforzarnos para ser mejores, para reprimir nuestras pasiones, para ilustrar nuestro espíritu, si de todo eso no se recogiera fruto alguno y, sobre todo, si pensáramos que mañana, tal vez, ya no nos servirá en absoluto? Si fuese así, el destino del hombre sería cien veces peor que el de los irracionales, porque estos viven exclusivamente en el presente, con vistas a la satisfacción de sus apetitos materiales, sin aspiraciones para el porvenir. Una secreta intuición nos dice que eso no es posible.

Debido a la creencia en la nada, el hombre concentra forzosamente todos sus pensamientos en la vida presente. En efecto, sería ilógico que se preocupara por un porvenir del cual no espera nada. Esa preocupación exclusiva por el presente lo conduce naturalmente a pensar en sí mismo por encima de todo. Es, pues, el más poderoso incentivo del egoísmo, y el incrédulo es consecuente consigo mismo cuando llega a la siguiente conclusión: "gocemos mientras estamos aquí, gocemos lo más posible, pues con la muerte todo se acaba; gocemos deprisa, porque no sabemos por cuánto tiempo estaremos vivos". Sucede lo mismo con esta otra conclusión, mucho más grave aún para la sociedad: "gocemos en detrimento de quienquiera sea; cada cual para sí mismo; la felicidad, en este mundo, le pertenece al más astuto". Si el respeto humano sirve de contención

a algunas personas, ¿qué freno habrá para los que no le temen a nada? Estos últimos creen que las leyes humanas sólo alcanzan a los tontos, razón por la cual utilizan todo su talento a fin de encontrar el mejor medio para eludirlas. Si existe una doctrina *nociva* y *antisocial*, esa es sin duda el *nadaísmo*[1], porque destruye los auténticos lazos de solidaridad y fraternidad, sobre los que están fundadas las relaciones sociales.

Supongamos que, por alguna circunstancia, un pueblo entero adquiere la certeza de que en ocho días, en un mes o tal vez en un año, será destruido; que no sobrevivirá ni un solo individuo, y que no quedará rastro alguno de su existencia después de la muerte. ¿Qué hará ese pueblo durante ese lapso? ¿Trabajará para mejorarse, para instruirse? ¿Se preocupará por vivir? ¿Respetará los derechos, los bienes, la vida de sus semejantes? ¿Se someterá a las leyes o a alguna autoridad, aunque sea la más legítima: la autoridad paterna? ¿Existirá para él algún deber? Por cierto que no. ¡Pues bien! Lo que no se da en conjunto, la doctrina de la nada lo realiza a diario individualmente. Si las consecuencias no son tan desastrosas como podrían serlo se debe, en primer término, a que en la mayoría de los incrédulos hay más fanfarronería que verdadera incredulidad, más duda que convicción, y a que le tienen más temor a la nada del que pretenden aparentar, ya que el calificativo de espíritus fuertes[2] halaga a su amor propio. En segundo lugar, porque los incrédulos absolutos son una ínfima minoría; se someten, a pesar suyo, al ascendiente de la opinión contraria, y los mantiene una fuerza material. Pero si la incredulidad absoluta llegara

1. En el original: *néantisme*. (N. del T.)
2. *Esprit fort*: Incrédulo. Persona que se jacta de no adherir a las ideas aceptadas por la mayoría, especialmente en materia de religión. (N. del T.)

algún día a ser mayoritaria, la sociedad caería en la disolución. A eso conduce la propagación de dicha doctrina.[3]

Sean cuales fueren sus consecuencias, si el *nadaísmo* fuese una verdad, habría que aceptarlo, pues ni los sistemas contrarios ni la idea de los males que derivan de él podrían impedir que exista. Ahora bien, no hay cómo negar que el escepticismo, la duda y la indiferencia, ganan terreno día a día, a pesar de los esfuerzos de la religión. Esto es así. Si la religión no tiene poder contra la incredulidad, es porque le falta algo para combatirla, y en caso de que se condene a la inacción, en poco tiempo será inevitablemente superada. Lo que le falta en este siglo de positivismo, en el que se procura comprender antes de creer, es la sanción de sus doctrinas mediante hechos positivos, así como la concordancia de ciertas doctrinas con los datos positivos de la ciencia. Si la religión dice blanco y los hechos dicen negro, es necesario optar entre la evidencia y la fe ciega.

En estas circunstancias, el espiritismo viene a poner un dique a la invasión de la incredulidad, no sólo mediante el razonamiento y la perspectiva de los peligros que esa incredulidad acarrea, sino con los hechos materiales, que permiten ver y tocar el alma y la vida futura.

No cabe duda de que cada uno es libre de elegir su creencia. Podemos creer en algo o no creer en nada, pero quienes

3. Un joven de dieciocho años estaba afectado por una enfermedad del corazón considerada incurable. La ciencia había dictaminado que podría morir dentro de ocho días o dos años, pero no más allá. En conocimiento del hecho, el joven abandonó de inmediato los estudios y se entregó a excesos de toda índole. Cuando le advertían que, dada su situación, una vida desordenada era peligrosa para su salud, respondía: "¡Qué me importa, si sólo tengo dos años de vida! ¿De qué me serviría preocuparme? Gozo lo poco que me queda y quiero divertirme hasta el final". Esa es la consecuencia lógica de la creencia en la nada. (N. de Allan Kardec.)

procuran hacer que prevalezca en el ánimo de las masas, en particular de los jóvenes, la negación del porvenir, apoyándose en la autoridad de su saber y en el ascendiente de su posición, siembran en la sociedad los gérmenes de la perturbación y la disolución, e incurren en una grave responsabilidad.

Existe otra doctrina que niega ser materialista, porque admite la existencia de un principio inteligente fuera de la materia: es la doctrina de la *absorción en el Todo Universal*. Según esa doctrina, cada individuo asimila al nacer una porción de ese principio, que constituye su alma y le confiere vida, inteligencia y sentimiento. Por obra de la muerte, esa alma regresa al foco común y se pierde en lo infinito como una gota de agua en el océano. Sin duda, esta doctrina representa un paso adelante sobre el materialismo puro, puesto que admite algo, en tanto que este no admite nada. Sin embargo, las consecuencias son exactamente las mismas. Que el hombre esté sumergido en la nada o en un reservorio común es lo mismo para él. Si bien en el primer caso es aniquilado, en el segundo pierde su individualidad. Por consiguiente, es como si no existiera, dado que las relaciones sociales no por eso dejan de quebrarse definitivamente. Lo esencial para el hombre es la conservación de su *yo*. Sin él, ¡qué le importa ser o dejar de ser! El porvenir siempre carecerá de valor, y la vida presente será lo único que le interese y preocupe. Desde el punto de vista de las consecuencias morales, esta doctrina es tan nociva, desesperante y promotora del egoísmo, como el materialismo propiamente dicho.

Además, se le puede hacer la siguiente objeción: las gotas de agua tomadas del océano son semejantes y poseen idénticas propiedades, como partes de un mismo todo. ¿Por qué, entonces, las almas tomadas del gran océano de la inteligencia universal se parecen tan poco? ¿Por qué existe la genialidad al

lado de la estupidez, y las virtudes más sublimes conviven con los vicios más despreciables? ¿Por qué encontramos la bondad, la dulzura, la mansedumbre, al lado de la maldad, la crueldad y la barbarie? ¿Cómo pueden ser tan diferentes entre sí las partes de un todo homogéneo? Habrá quien diga que eso se debe a que la educación las modifica. Pero en ese caso, ¿de dónde provienen las cualidades innatas, las inteligencias precoces, los instintos buenos y los malos, que no dependen de la educación, y que tantas veces son incompatibles con el medio en el que se desarrollan?

No cabe duda de que la educación modifica las cualidades morales e intelectuales del alma. Con todo, aquí se presenta otra dificultad: ¿quiénes confieren al alma la educación a fin de que progrese? Lo hacen otras almas. Pero estas, por su origen común, no pueden ser más adelantadas que aquella. Y además, ¿de qué serviría ese mejoramiento? ¿Para qué tanto esfuerzo con miras a adquirir talentos y virtudes? ¿Qué sentido tendría trabajar para el progreso de la humanidad, si todo eso acabaría por sumergirse y perderse en el océano de lo infinito, sin beneficio para el porvenir de nadie? Más valdría que permanezcamos como somos, salvajes o no, y beber, comer, dormir tranquilamente, sin atormentarnos. Por otra parte, cuando el alma vuelve a ingresar en el Todo Universal del que había salido, llevando consigo el progreso realizado durante la vida, aporta a ese Todo un elemento más perfecto. De ahí se sigue que el Todo, con el paso del tiempo, se encontrará profundamente modificado para mejor. En ese caso, ¿cómo se explica que sin cesar salgan de él almas ignorantes y perversas?

En esta doctrina, la fuente universal de inteligencia que proporciona las almas humanas es independiente de la Divinidad, el ser superior y distinto que todo lo anima con su

voluntad. No es exactamente el *panteísmo*. El *panteísmo* propiamente dicho difiere por el hecho de que, según este, el principio universal de la vida y de la inteligencia es el propio Dios. Dios es al mismo tiempo espíritu y materia, y todos los seres, todos los cuerpos de la naturaleza componen esa Divinidad, de la cual son las moléculas y los elementos constitutivos. En una palabra, Dios está en todo, y todo es Dios. Dios es el conjunto de todas las inteligencias reunidas; y cada individuo, por ser una parte del todo, también es Dios. Ningún ser superior e independiente rige el conjunto, de modo que el universo es una inmensa república sin jefe o, más precisamente, una república donde cada cual es un jefe con poder absoluto.

A este sistema pueden oponerse numerosas objeciones, de las cuales mencionaremos las principales. Dado que no se puede concebir a la Divinidad sin infinitas perfecciones, cabe preguntarnos cómo es posible que un todo perfecto pueda estar formado por partes tan imperfectas y con la necesidad de progresar. Si cada parte está sometida a la ley del progreso, entonces el propio Dios debe progresar; y si Dios progresa en forma continua, entonces debió haber sido, en el origen de los tiempos, muy imperfecto. Ahora bien, ¿de qué modo un ser imperfecto, compuesto por voluntades e ideas tan divergentes, ha sido capaz de concebir las leyes tan armoniosas y admirables de unidad, sabiduría y previsión que rigen el universo? Si las almas son porciones de la Divinidad, todas ellas han participado en el dictado de las leyes de la naturaleza. ¿Cómo se explica, entonces, que se quejen en todo momento de esas leyes que son su obra? Para que una teoría sea aceptada como verdadera, debe cumplir con la condición de satisfacer la razón y explicar todos los hechos que abarca. Si un solo hecho la contradice, significa que no contiene la verdad absoluta.

Desde el punto de vista moral, las consecuencias del panteísmo también carecen de lógica. En primer lugar, al igual que en el sistema precedente, las almas son absorbidas en un todo y pierden la individualidad. Si se admitiera, de acuerdo con la opinión de algunos panteístas, que las almas conservan su individualidad, Dios dejaría de tener una voluntad única, y sería un compuesto de miríadas de voluntades divergentes. Además, como cada alma sería parte integrante de la Divinidad, ninguna estaría sujeta a un poder superior y, por consiguiente, no tendría responsabilidad por sus actos, fueran buenos o malos. Dado que serían soberanas, las almas no tendrían interés alguno en la práctica del bien, y podrían hacer el mal impunemente.

Aparte de que esos sistemas no satisfacen ni la razón ni las aspiraciones del hombre, de ellos derivan, como puede observarse, dificultades insuperables, pues son impotentes para resolver todas las cuestiones de hecho a que dan lugar. El hombre tiene, pues, tres alternativas: la nada, la absorción, y la individualidad del alma antes y después de la muerte. La lógica nos conduce de modo irresistible a la última de estas creencias, que ha constituido la base de todas las religiones desde que el mundo existe. Así como la lógica nos guía hacia la individualidad del alma, también nos indica esta otra consecuencia: el destino de cada alma depende de sus cualidades personales, pues sería irracional admitir que el alma atrasada del salvaje, así como la del hombre perverso, estuvieran en el mismo nivel de la del científico y de la del hombre de bien. Según la justicia, cada alma debe ser responsable de sus actos. No obstante, para que sean responsables, es preciso que las almas sean libres de elegir entre el bien y el mal. Sin el libre albedrío existe la fatalidad, y ante la fatalidad no podría haber responsabilidad.

Todas las religiones han admitido, asimismo, el principio de la felicidad o la desdicha del alma después de la muerte, es decir, de las penas y los goces futuros, que se resume en la doctrina del Cielo y el Infierno, doctrina que se encuentra en todas partes. No obstante, en lo que difieren esencialmente es en cuanto a la naturaleza de esas penas y esos goces y, *sobre todo*, en lo relativo a las condiciones determinantes de unas y otros. De ahí los puntos de fe contradictorios que dieron origen a cultos diferentes, así como los deberes particulares impuestos por estos para honrar a Dios y, por ese medio, ganar el Cielo y evitar el Infierno.

En sus orígenes, todas las religiones tuvieron que amoldarse al grado de adelanto moral e intelectual de los hombres. Estos, aún demasiado apegados a la materia para comprender el mérito de las cosas puramente espirituales, hicieron que la mayor parte de los deberes religiosos consistieran en el cumplimiento de fórmulas exteriores. Durante largo tiempo esas fórmulas satisficieron a su razón. Pero más tarde, cuando la luz se hizo en sus almas, sintieron el vacío que esas fórmulas dejaban, y como la religión no las llenaba, la abandonaron y se convirtieron en filósofos.

Si la religión, apropiada en un principio a los limitados conocimientos de los hombres, hubiese acompañado siempre el movimiento progresivo del espíritu humano, no habría incrédulos, porque la necesidad de creer está en la naturaleza del hombre, y él crecerá a medida que reciba el alimento espiritual en armonía con sus necesidades intelectuales. El hombre quiere saber de dónde viene y hacia dónde va. Si se le muestra un objetivo que no se corresponde con sus aspiraciones ni con la idea que él se ha formado de Dios, como tampoco con los datos positivos que la ciencia le proporciona; y si además, para alcanzar ese objetivo, se le imponen condiciones cuya utilidad su

razón impugna, rechazará todo. En ese caso, el materialismo y el panteísmo le parecen aún más racionales, porque con ellos al menos se discute y se razona. Se trata de un razonamiento falso, es verdad, pero el hombre prefiere razonar erróneamente a no razonar en absoluto.

Con todo, si se le presenta un porvenir cuyas condiciones sean lógicas, digno en todo de la grandeza, la justicia y la infinita bondad de Dios, el hombre abandonará el materialismo y el panteísmo, cuyo vacío siente en su fuero interior, y a los que sólo aceptó a falta de una doctrina mejor. El espiritismo le brinda algo mejor, y por eso es admitido sin demora por todos los que están atormentados por la incertidumbre pungente de la duda, y que no hallan lo que buscan en las creencias ni en las filosofías tradicionales. El espiritismo tiene a su favor la lógica del razonamiento y la sanción de los hechos, y por eso ha sido combatido en vano.

El hombre cree instintivamente en el porvenir, pero como no contaba hasta ahora con una base firme para definirlo, su imaginación concibió los sistemas que dieron origen a la diversidad de creencias. La doctrina espírita acerca del porvenir no es una obra de la imaginación concebida con relativo ingenio, sino el resultado de la observación de hechos materiales que hoy se despliegan ante nuestra vista, de modo que congregará, como ya sucede, las opiniones divergentes o vacilantes y, por la fuerza de las cosas, poco a poco conducirá a la unidad de creencias sobre ese punto. Será una creencia que ya no se basará en una hipótesis, sino en una certeza. La unificación, lograda en torno al destino futuro de las almas, será el primer punto de contacto entre los diferentes cultos. Será, en principio, un paso inmenso hacia la tolerancia religiosa y, más adelante, hacia la fusión completa.

Capítulo II

El miedo a la muerte

El hombre, sea cual fuere el grado de la escala al que pertenezca, desde el estado salvaje tiene el sentimiento innato del porvenir. Su intuición le dice que la muerte no es el fin de la existencia, y que aquellos cuya pérdida lamentamos no están perdidos para siempre. La creencia en el porvenir es intuitiva, y muchísimo más generalizada que la de la nada. Así pues, ¿a qué se debe que, entre quienes creen en la inmortalidad del alma, todavía haya tantos que se encuentran apegados a las cosas de la Tierra y sienten tan grande temor a la muerte?

El miedo a la muerte es un efecto de la sabiduría de la Providencia y una consecuencia del instinto de conservación común a todos los seres vivos. Ese miedo es necesario mientras el hombre no está suficientemente esclarecido acerca de las condiciones de la vida futura, como contrapeso al impulso que, sin ese freno, lo llevaría a dejar prematuramente la vida terrenal, así como a descuidar el trabajo que debe servirle para su propio adelanto.

A eso se debe que, en los pueblos primitivos, el porvenir sea apenas una vaga intuición; con posterioridad se convierte en una simple esperanza y, por último, en una certeza, aunque siga neutralizada por un secreto apego a la vida corporal.

A medida que el hombre comprende mejor la vida futura, el miedo a la muerte disminuye. Asimismo, cuando comprende mejor su misión en la Tierra, aguarda su fin con más calma, con resignación y sin temor. La certeza en la vida futura le da otro curso a sus ideas, otro objetivo a sus actividades. Antes de que tuviera esa certeza, sólo se ocupaba de la vida actual. Luego de haberla adquirido, trabaja con vistas al porvenir, pero sin descuidar el presente, porque sabe que su porvenir depende de la buena o mala dirección que imprima a su vida actual. La certeza de que volverá a encontrar a sus amigos después de la muerte, de que reanudará las relaciones que tuvo en la Tierra, *de que no perderá un solo fruto de su trabajo*, de que crecerá sin cesar tanto en inteligencia como en perfección, le da paciencia para esperar y valor para soportar las fatigas momentáneas de la vida terrenal. La solidaridad que ve establecerse entre los vivos y los muertos le hace comprender la que debe existir en la Tierra, entre los vivos. A partir de entonces, la fraternidad adquiere una razón de ser, y la caridad encuentra su objetivo, tanto en el presente como en el porvenir.

Para liberarse del miedo a la muerte, es necesario que el hombre la encare desde su verdadero punto de vista, es decir, que haya penetrado con el pensamiento en el mundo espiritual y que se haya formado de él una idea tan exacta como le sea posible, lo que denota de parte del Espíritu encarnado un cierto desarrollo y alguna aptitud para desprenderse de la materia. En quienes no han progresado lo suficiente, la vida material prevalece sobre la espiritual.

Dado que el hombre se apega a lo exterior, sólo distingue la vida del cuerpo, mientras que la vida real reside en el alma. Cuando el cuerpo muere, todo le parece perdido, y se desespera. En cambio, si en lugar de concentrar el pensamiento en

la vestimenta exterior lo fijara en la fuente misma de la vida, en el alma, que es el ser real que sobrevive a todo, lamentaría menos la pérdida del cuerpo, fuente de tantas miserias y dolores. Sin embargo, para eso el Espíritu necesita una fuerza que sólo puede adquirir con la madurez.

El miedo a la muerte proviene, por consiguiente, de una noción incompleta acerca de la vida futura, aunque también pone en evidencia la necesidad de vivir y el temor de que la destrucción del cuerpo constituya el fin de todo. Así, ese miedo es provocado por el secreto deseo de la supervivencia del alma, velado todavía por la incertidumbre.

El miedo decrece a medida que la certeza va en aumento, y desaparece cuando la certeza es absoluta.

Allí encontramos el aspecto providencial de la cuestión. Era prudente no deslumbrar al hombre, cuya razón no estaba todavía bastante firme para afrontar la perspectiva demasiado positiva y seductora de un porvenir que habría hecho que descuidara el presente, necesario para su adelanto material e intelectual.

Ese estado de cosas es alimentado y prolongado por causas puramente humanas, a las que el progreso hará desaparecer. La primera causa reside en el aspecto con el cual se presenta a la vida futura, aspecto que podría contentar a las inteligencias poco desarrolladas, pero que no conseguiría satisfacer las exigencias racionales de los hombres que reflexionan. Así pues, ellos dicen: "Desde el momento en que nos presentan como verdades absolutas principios discutidos por la lógica y por los datos positivos de la ciencia, esos principios no son verdades". De ahí proviene la incredulidad de algunos y la creencia llena de dudas de muchos otros. Para estos la vida futura es una idea vaga, que constituye más una probabilidad que una

certeza absoluta. Creen en ella, desearían que fuese real, pero a pesar suyo exclaman: "¿Y si no fuese así? El presente es lo positivo; ocupémonos de él ante todo, pues el porvenir llegará en su momento".

Agregan luego: "En fin de cuentas, ¿qué es el alma? ¿Un punto, un átomo, una chispa, una llama? ¿Cómo se siente, cómo se ve, cómo se percibe?" El alma no les parece una realidad concreta, sino una abstracción. Los seres a los que aman, reducidos al estado de átomos según su modo de pensar, están, por decirlo de alguna manera, perdidos para ellos, y ya no tienen las cualidades por las que son amados. Estos hombres no pueden comprender el amor como una chispa, ni lo que por ella se puede sentir, y ellos mismos están relativamente satisfechos de transformarse en mónadas. De ahí el retorno al positivismo de la vida terrenal, que tiene algo más de sustancial. La cantidad de personas dominadas por este pensamiento es considerable.

Otra causa de apego a las cosas de la Tierra, incluso en quienes creen con más firmeza en la vida futura, es la impresión que conservan de las enseñanzas que en relación con ella se les impartieron en la infancia.

Convengamos en que el cuadro que al respecto ofrece la religión es poco seductor y no tiene nada de consolador. Por un lado, nos muestra las contorsiones de los condenados, que expían en medio de torturas y llamas eternas los errores cometidos en un momento. Para ellos los siglos suceden a los siglos, sin esperanza alguna de una moderación de las penas, sin piedad. Y lo que es más despiadado aún, el arrepentimiento no representa ningún beneficio. Por otro lado, las almas lánguidas y sufridas del purgatorio aguardan su liberación mediante la intercesión de los vivos, que orarán o harán que alguien ore

por ellas, y no mediante los esfuerzos que hacen para progresar. Estas dos categorías componen la inmensa mayoría de la población del otro mundo. Por encima de ellas se cierne la reducida clase de los elegidos, que gozan por toda la eternidad de una beatitud contemplativa. Esta inutilidad eterna, preferible sin duda a la nada, no deja de ser de una fastidiosa monotonía. Por eso vemos, en las pinturas que representan a los bienaventurados, figuras angelicales que reflejan más el tedio que la verdadera felicidad.

Este estado no satisface las aspiraciones ni la idea instintiva de progreso: la única que parece compatible con la felicidad plena. Cuesta creer que por el solo hecho de que haya recibido el bautismo, el salvaje ignorante, cuyo sentido moral es tan obtuso, se encuentre en el mismo nivel del hombre que ha alcanzado, luego de largos años de esfuerzo, el más alto grado de ciencia y moralidad práctica. Es menos concebible aún, que un niño muerto a tierna edad, antes de que llegue a tener conciencia de sí mismo y de sus actos, goce de los mismos privilegios por el simple efecto de una ceremonia en la que su voluntad no tuvo ninguna intervención.

Estas ideas no dejan de preocupar a los más fervorosos creyentes, por poco que reflexionen. Puesto que no aceptan que la felicidad futura depende del trabajo progresivo que se realiza en la Tierra, y dado que creen que conquistarán fácilmente esa felicidad por medio de algunas prácticas exteriores, incluso con la posibilidad de adquirirla con dinero, sin reformar seriamente su carácter y sus costumbres, los hombres atribuyen a los goces del mundo el valor más alto. Más de un creyente considera, en su fuero interior, que una vez asegurado su porvenir mediante el cumplimiento de ciertas fórmulas, o con donaciones póstumas que de nada lo privan, será su-

perfluo imponerse sacrificios o cualquier molestia en beneficio del prójimo, visto que la salvación se consigue trabajando cada uno para sí mismo.

Seguramente no todos piensan así, pues hay grandes y honrosas excepciones. Sin embargo, no se puede negar que la mayoría piensa de ese modo, sobre todo las masas poco esclarecidas, y que la idea que estas se han formado acerca de las condiciones para ser feliz en el otro mundo no impide su apego a los bienes de la Tierra y, por consiguiente, no atenúa el egoísmo.

Agreguemos a esto el hecho de que las costumbres contribuyen para que se lamente la pérdida de la vida terrenal y se tema el tránsito de la Tierra al Cielo. La muerte está rodeada de ceremonias lúgubres, que infunden más terror que esperanza. Cuando se representa a la muerte, siempre se lo hace desde su aspecto desagradable, y nunca como un sueño de transición. Todos sus emblemas recuerdan la destrucción del cuerpo, lo muestran hediondo y descarnado; ninguno simboliza el alma que se desprende radiante de los lazos terrenales. La partida hacia ese mundo más feliz sólo está acompañada por los lamentos de los sobrevivientes, como si una inmensa desgracia hubiera caído sobre los muertos. Se les dice un eterno adiós, como si no se los volviera a ver nunca más. Lo que se lamenta por ellos es la pérdida de los goces mundanos, como si no fuesen a encontrar mayores gozos al otro lado de la tumba. "¡Qué desgracia –se dice–, que haya muerto tan joven, rico y feliz, con la perspectiva de un futuro tan brillante!" La idea de una situación más dichosa apenas surge en el pensamiento, porque no tiene raíces en él. Todo contribuye, por consiguiente, a inspirar el terror a la muerte, en vez de brindar esperanza. No cabe duda de que el hombre tardará mucho en despojarse de

esos prejuicios, pero lo conseguirá a medida que su fe se afiance y que conciba una idea más sensata de la vida espiritual.

La doctrina espírita modifica por completo la manera de encarar el porvenir. La vida futura ya no es una hipótesis, sino una realidad. El estado de las almas después de la muerte ya no es un sistema, sino el resultado de la observación. El velo se ha descorrido: el mundo espiritual se nos aparece en la plenitud de su realidad práctica. No fueron los hombres quienes lo descubrieron mediante el esfuerzo de una concepción ingeniosa, sino los mismos habitantes de ese mundo, que vienen a describirnos su situación. Así es como los vemos en todos los grados de la escala espiritual, en todas las fases de la felicidad o de la desdicha; y asistimos a todas las peripecias de la vida de ultratumba. Por esa causa los espíritas enfrentan la muerte con calma y se muestran serenos en sus últimos momentos sobre la Tierra. Ya no sólo los consuela la esperanza, sino la certeza. Saben que la vida futura no es más que la continuación de la vida presente, aunque en mejores condiciones, y la aguardan con la misma confianza con que aguardan la salida del sol después de una noche tormentosa. Los motivos de esa confianza provienen de los hechos que han presenciado, y de la concordancia de esos hechos con la lógica, con la justicia y la bondad de Dios, así como con las aspiraciones íntimas del hombre.

Por otra parte, la creencia vulgar ubica a las almas en regiones poco accesibles al pensamiento, regiones donde se vuelven de alguna manera extrañas a los sobrevivientes. La Iglesia misma erige entre unas y otros una barrera infranqueable, al declarar que se han roto los vínculos y que es imposible cualquier tipo de comunicación. Si las almas se hallan en el Infierno, la esperanza de volver a verlas se pierde definitivamente, a menos que se vaya también para allá. Si están entre

los elegidos, viven completamente absortas en una beatitud contemplativa. Todo eso interpone entre los vivos y los muertos una distancia tal, que la separación se considera eterna, motivo por el cual muchos prefieren tener cerca de sí incluso a los que sufren en la Tierra, antes que verlos partir, aun cuando vayan al Cielo. Por otra parte, el alma que está en el Cielo, ¿puede ser realmente feliz si, por ejemplo, ve arder eternamente a *su hijo, a su padre, a su madre o a sus amigos*?

Para los espíritas, el alma ya no es una abstracción: tiene un cuerpo etéreo que hace de ella un ser definido, capaz de ser concebido y abarcado con el pensamiento, lo que ya es mucho para fijar las ideas sobre su individualidad, sus aptitudes y sus percepciones. El recuerdo de quienes nos son queridos reposa sobre algo real. Ya no los representamos como llamas fugaces que nada dicen al pensamiento, sino con una forma concreta que nos los muestra como seres vivos. Por otra parte, en vez de hallarse perdidos en las profundidades del espacio, están alrededor nuestro, puesto que el mundo corporal y el mundo espiritual se relacionan de modo perpetuo y se asisten recíprocamente. Como ya no se admite la duda acerca del porvenir, el miedo a la muerte pierde su razón de ser. El espírita encara la muerte a sangre fría. La ve venir como una liberación, pues se trata de la puerta de la vida, y no de la nada.

Capítulo III

El Cielo

En general, la palabra *cielo* designa al espacio indefinido que circunda la Tierra y, más particularmente, a la parte que se encuentra por encima de nuestro horizonte. Procede del latín *coelum*, y este del griego *koilos*, que significa "hueco", "cóncavo", porque el cielo aparece a la vista como una inmensa concavidad. Los antiguos creían en la existencia de muchos cielos superpuestos, hechos de materia sólida y transparente, que formaban esferas concéntricas cuyo centro era la Tierra. Al girar alrededor de la Tierra, esas esferas arrastraban consigo a los astros que hallaban en su camino.

Esta idea, oriunda de la deficiencia de los conocimientos astronómicos, fue la de todas las teogonías que convirtieron a los cielos, así escalonados, en los diferentes grados de beatitud. El último cielo era la morada de la suprema felicidad. Según la opinión más generalizada, había siete cielos, y de ahí la expresión: *estar en el séptimo cielo*, para aludir a la dicha perfecta. Los musulmanes admiten nueve cielos, en cada uno de los cuales aumenta la felicidad de los creyentes. El astrónomo Ptolomeo[4] contaba once, y el último se denominaba Em-

4. Ptolomeo vivió en Alejandría, Egipto, en el segundo siglo de la era cristiana. (N. de Allan Kardec.)

píreo[5], a causa de la luz brillante que reinaba en él. Aún hoy es el nombre poético que se asigna al lugar correspondiente a la gloria eterna. La teología cristiana reconoce tres cielos: el primero es la región del aire y de las nubes; el segundo es el espacio en el que giran los astros; el tercero, más allá de la región de los astros, sirve de morada al Altísimo y a los elegidos, que contemplan a Dios cara a cara. De conformidad con esta creencia, se dice que san Pablo fue elevado al tercer cielo.

Las diferentes doctrinas acerca de la morada de los bienaventurados se basan todas en el doble error de considerar que la Tierra es el centro del universo, y que la región de los astros tiene límites. Todas han ubicado esa morada dichosa, donde reside el Todopoderoso, más allá de ese límite imaginario. ¡Singular anomalía que coloca al Autor de todas las cosas, a Aquel que las gobierna a todas, en los confines de la creación, en vez de instalarlo en el centro desde donde la irradiación de su pensamiento podría abarcarlo todo!

La ciencia, con la lógica inexorable de los hechos y de la observación, ha llevado su luz hasta las profundidades del espacio, y demostró la nulidad de todas esas teorías. La Tierra ya no es el centro del universo, sino uno de los astros más pequeños que giran en la inmensidad; el mismo Sol es apenas el centro de un torbellino planetario; las estrellas son otros tantos e innumerables soles, en torno a los cuales circulan mundos incontables, separados por distancias a las que sólo el pensamiento puede acceder, aunque parezcan tocarse. En ese conjunto, regido por leyes eternas que revelan la sabiduría y la omnipotencia del Creador, la Tierra sólo es un punto imperceptible, y uno de los planetas menos favorecidos en cuanto

5. Del griego *pur* o *pyr*: fuego. (N. de Allan Kardec.)

a las condiciones de habitabilidad. En ese caso, es lícito que nos preguntemos por qué razón Dios habría hecho de la Tierra la única sede de la vida, relegando en ella a sus criaturas predilectas. Por el contrario, todo nos indica que hay vida en todas partes, y que la humanidad es infinita como el universo. Dado que la ciencia nos ha revelado que existen mundos semejantes al nuestro, no es posible que Dios los haya creado sin un propósito, sino que debió de haberlos poblado con seres capaces de gobernarlos.

Las ideas del hombre se corresponden con lo que sabe. Como todos los descubrimientos importantes, el de la formación de los mundos habría de imprimirles otro curso. Bajo la influencia de esos nuevos conocimientos, las creencias se modificaron: el Cielo debía ser cambiado de lugar, pues la región de las estrellas, dado que era ilimitada, ya no le servía. ¿Dónde está el Cielo entonces? Ante esta pregunta todas las religiones enmudecen.

El espiritismo ha venido a resolverla mediante la demostración de cuál es el verdadero destino del hombre. Si se toma como punto de partida la naturaleza de este y los atributos de Dios, se llega a la conclusión.

El hombre está compuesto por el cuerpo y el Espíritu. El Espíritu es el ser principal, racional, inteligente. El cuerpo es la envoltura material que reviste al Espíritu en forma transitoria, para el cumplimiento de su misión en la Tierra y para la ejecución del trabajo necesario para su adelanto. El cuerpo, cuando se ha consumido, se destruye, pero el Espíritu sobrevive a su destrucción. Sin el Espíritu, el cuerpo sólo es materia inerte, como un instrumento privado del brazo que lo acciona. Sin el cuerpo, el Espíritu lo es todo: la vida y la

inteligencia. Al dejar el cuerpo, regresa al mundo espiritual de donde había salido para encarnar.

Existen, por lo tanto, dos mundos: el *mundo corporal*, compuesto por los Espíritus encarnados, y el *mundo espiritual*, constituido por los Espíritus desencarnados. Los seres del mundo corporal, debido justamente a su envoltura material, están ligados a la Tierra o a alguno de los planetas. El mundo espiritual se encuentra por todas partes, alrededor nuestro y en el espacio, y no se le ha trazado ningún límite. En virtud de la naturaleza fluídica de su envoltura, los seres que lo componen, en vez de arrastrarse penosamente sobre el suelo, atraviesan las distancias con la rapidez del pensamiento. La muerte del cuerpo constituye la ruptura de los lazos que los mantenían cautivos.

Los Espíritus son creados simples e ignorantes, pero con aptitudes para progresar y alcanzar la perfección, en virtud de su libre albedrío. Mediante el progreso, adquieren nuevos conocimientos, nuevas facultades, nuevas percepciones y, por consiguiente, nuevos goces que son ignorados por los Espíritus inferiores. Ven, oyen, sienten y comprenden lo que los Espíritus atrasados no pueden ver ni oír, lo que no pueden sentir ni comprender. La felicidad guarda relación con el progreso realizado; de manera que, de dos Espíritus, uno de ellos puede no ser tan feliz como el otro, por el solo hecho de que no consiguió el mismo adelanto intelectual y moral, sin que por eso precisen estar cada uno en un lugar distinto. Aunque estén juntos, uno puede estar en medio de tinieblas, en tanto que alrededor del otro todo resplandece, así como un ciego y alguien dotado de la vista pueden tomarse de la mano, y este último percibe la luz de la cual el primero no recibe la mínima impresión. Dado que la felicidad de los Espíritus es inherente

a sus cualidades, ellos pueden encontrarla dondequiera que estén, sea en la superficie de la Tierra, en medio de los encarnados, o en el espacio.

Una comparación vulgar nos permitirá comprender mejor aún esta situación. Supongamos el caso de dos hombres que se encuentran en un concierto. Uno de ellos es un buen músico y tiene el oído afinado, y el otro carece de formación musical y su sentido auditivo está escasamente desarrollado, de ahí que el primero experimentará una sensación de felicidad, en tanto que el segundo permanecerá insensible, puesto que uno comprende y percibe lo que en el otro no produce ninguna impresión. De igual modo ocurre en relación con los goces de los Espíritus, que dependen de su aptitud para sentirlos. El mundo espiritual tiene esplendores por todas partes, armonías y sensaciones que los Espíritus inferiores, todavía sometidos a la influencia de la materia, no llegan a vislumbrar, y que sólo son accesibles a los Espíritus purificados.

El progreso de los Espíritus es fruto de su propio trabajo. No obstante, como son libres, trabajan a favor de su adelanto con mayor o menor diligencia, con mayor o menor desidia, según su voluntad. De ese modo, apresuran o retrasan su progreso y, por consiguiente, su felicidad. Mientras algunos avanzan rápidamente, otros permanecen detenidos por largos siglos en las categorías inferiores. Ellos son, pues, los artífices de su propia situación, sea dichosa o desventurada, en coincidencia con estas palabras de Cristo: "A cada uno según sus obras". El Espíritu que se demora sólo puede quejarse de sí mismo, así como el que progresa posee el mérito exclusivo de su esfuerzo, y por eso aprecia más la felicidad conquistada.

La felicidad suprema sólo es patrimonio de los Espíritus perfectos, es decir, de los Espíritus puros, que sólo la consi-

guen después de que han progresado en inteligencia y en moralidad. El progreso intelectual y el progreso moral raramente marchan juntos; pero lo que el Espíritu no consigue en un cierto lapso, lo logra en otro, de manera que ambos progresos terminan por alcanzar el mismo nivel. Por esa razón vemos, a menudo, hombres inteligentes e instruidos que poseen un escaso adelanto moral, y viceversa.

La encarnación es necesaria para el progreso moral e intelectual del Espíritu: para el progreso intelectual, por la actividad que se ve obligado a desplegar mediante el trabajo; para el progreso moral, por la necesidad que los hombres tienen unos de otros. La vida social es la piedra de toque de las buenas y de las malas cualidades. La bondad, la maldad, la mansedumbre, la violencia, la benevolencia, la caridad, el egoísmo, la avaricia, el orgullo, la humildad, la sinceridad, la franqueza, la lealtad, la mala fe, la hipocresía, en suma, todo lo que constituye al hombre de bien o al perverso tiene por móvil, por objetivo y como estimulante, las relaciones del hombre con sus semejantes. Para el hombre que vive aislado no existen los vicios ni las virtudes. Si bien mediante el aislamiento se preserva del mal, por otro lado anula las posibilidades de hacer el bien.

Es evidente que una sola existencia corporal resulta insuficiente para que el Espíritu pueda adquirir todo el bien que le falta y se deshaga de todo el mal que hay en él. Por ejemplo, ¿cómo podría el salvaje, en una sola encarnación, alcanzar el nivel moral e intelectual del europeo más adelantado? Eso es materialmente imposible. ¿Debe, entonces, permanecer eternamente en la ignorancia y la barbarie, privado de los goces que sólo el desarrollo de las facultades puede proporcionarle? El simple buen sentido rechaza esa suposición, que sería al mismo tiempo la negación de la justicia y la bondad de Dios,

así como la de la ley progresiva de la naturaleza. Por eso Dios, que es soberanamente justo y bueno, le otorga al Espíritu del hombre todas las existencias que necesite para alcanzar su objetivo, que es la perfección.

En cada nueva existencia, el Espíritu lleva consigo lo que adquirió en las anteriores, en aptitudes, conocimientos intuitivos, inteligencia y moralidad. No pierde nada de lo que ha adquirido, y todo lo beneficia. Todo progreso realizado, todo conocimiento adquirido, *incluso en la última hora de la existencia*, es otro tanto ganado para el porvenir, son otras tantas pruebas nuevas superadas, otros tantos elementos para incrementar la felicidad futura[6]. El espírita que vislumbra la proximidad de su muerte no dirá que es inútil trabajar para su instrucción durante el poco tiempo que le queda de vida. Por el contrario, como comprende la solidaridad que existe entre el presente y el porvenir mediante la ley del progreso, dirá: "Aprovechemos los últimos momentos para avanzar lo más posible, porque lo hecho, hecho está".

Cada existencia constituye, de ese modo, un paso adelante en el camino del progreso, salvo que el Espíritu no la aproveche debido a su pereza, su negligencia o su obstinación en el mal, en cuyo caso tendrá que comenzarla de nuevo. De él depende, pues, aumentar o disminuir el número de sus encarnaciones, que siempre son penosas en mayor o menor medida.

En el intervalo que existe entre las existencias corporales, el Espíritu permanece en el mundo espiritual durante un lapso más o menos prolongado, y allí es feliz o desdichado de conformidad con el bien o el mal que haya hecho. El estado espiritual es el estado normal del Espíritu, porque ese será su estado

6. Véase la nota 3 del Capítulo I. (N. de Allan Kardec.)

definitivo, y porque el cuerpo espiritual no muere. El estado corporal sólo es transitorio y pasajero. En el estado espiritual, sobre todo, el Espíritu recoge los frutos del progreso que realizó mediante su trabajo en la encarnación; entonces se prepara para nuevas luchas y adopta las resoluciones que se esforzará por llevar a la práctica cuando regrese a la vida humana.

La reencarnación puede producirse en la Tierra o en otros mundos. Hay mundos más avanzados que otros, donde la existencia presenta condiciones menos penosas que en la Tierra, tanto física como moralmente, pero donde sólo son admitidos los Espíritus que han llegado a un grado de perfección acorde al estado de esos mundos.

La vida en los mundos superiores constituye de por sí una recompensa, dado que en ellos nos encontramos exentos de los males y las vicisitudes a los que estamos expuestos en la Tierra. Los cuerpos, menos materiales, casi fluídicos, no están sujetos a las molestias, a las enfermedades, ni a las necesidades propias de la Tierra. Como los Espíritus malos están excluidos de esos mundos, los hombres viven en paz y sin otra preocupación que la de progresar mediante el trabajo de la inteligencia. Allí reina la verdadera fraternidad, porque no existe el egoísmo; la verdadera igualdad, porque no hay orgullo; y la verdadera libertad, porque no hay desórdenes que reprimir ni ambiciosos que pretendan oprimir al débil. Si se los compara con la Tierra, esos mundos son verdaderos paraísos; son etapas en el camino del progreso que conduce al estado definitivo. La Tierra es un mundo inferior destinado a la purificación de los Espíritus imperfectos, y por esa razón el mal predomina en ella, hasta que le plazca a Dios convertirla en una morada de Espíritus más adelantados.

De ese modo, el Espíritu, progresando gradualmente a medida que se desarrolla, llega al apogeo de la felicidad. No obstante, antes de que haya alcanzado el punto culminante de la perfección, goza de una dicha relativa a su grado de adelanto, tal como el hombre goza de los placeres de la infancia, más tarde de los de la juventud y, finalmente, de los más sólidos, los de la madurez.

La felicidad de los Espíritus bienaventurados no consiste en la ociosidad contemplativa, que sería, como hemos dicho en tantas oportunidades, una eterna y fastidiosa inutilidad. Por el contrario, la vida espiritual es, en todos sus grados, una actividad constante, pero exenta de cansancio. La dicha suprema consiste, pues, en el goce de todos los esplendores de la creación, a los que ningún lenguaje humano podría describir, y que la imaginación más fecunda sería incapaz de concebir. Consiste en el conocimiento y la penetración de todas las cosas; en la ausencia de aflicciones físicas y morales; en una satisfacción íntima, una imperturbable serenidad del alma. Consiste también en el amor puro que une a todos los seres, debido a que no se producen los roces propios del contacto con los malos. Por encima de todo, consiste en la contemplación de Dios y en la comprensión de sus misterios, que son revelados a los más dignos. Esa felicidad también se encuentra en el cumplimiento de las funciones que se nos han encargado y nos regocija. Los Espíritus puros son los mesías o mensajeros de Dios que transmiten y ejecutan su voluntad. Llevan a cabo las misiones de importancia, presiden la formación de los mundos y la armonía general del universo: tarea gloriosa confiada sólo a quienes alcanzaron la perfección. Los Espíritus del orden más elevado son los únicos que participan

de los secretos de Dios, porque se inspiran en su pensamiento, del que son sus representantes directos.

Las atribuciones de los Espíritus son proporcionales a su progreso, a las luces que poseen, a sus capacidades, a su experiencia y al grado de confianza que inspiran al soberano Señor. Para Él no existen privilegios, ni favores que no sean el premio al mérito; todo se mide y se pesa en la balanza de la estricta justicia. Las misiones más importantes sólo son confiadas a aquellos que Dios juzga capaces de cumplirlas e incapaces de fallar o de ponerlas en riesgo. Mientras que los más dignos componen, ante la mirada misma de Dios, el consejo supremo, a los jefes superiores se les atribuye el comando de los torbellinos planetarios, y a otros se les confía el de mundos específicos. Después siguen, en orden de adelanto y subordinación jerárquica, las atribuciones más restringidas de los que tienen a su cargo la marcha de los pueblos, la protección de las familias y los individuos, el estímulo de cada rama del progreso, las diversas operaciones de la naturaleza, y hasta los más ínfimos detalles de la creación. En ese vasto y armonioso conjunto, hay ocupaciones para todas las capacidades, aptitudes y propósitos de buena voluntad; ocupaciones aceptadas con júbilo, solicitadas con entusiasmo, puesto que son un medio de adelanto para los Espíritus que aspiran a elevarse.

La encarnación es inherente a la inferioridad de los Espíritus. Deja de ser necesaria cuando estos han transpuesto ese límite y siguen progresando en el estado espiritual o en las existencias corporales de los mundos superiores, que nada conservan de la materialidad terrenal. Para esos Espíritus, la encarnación es voluntaria y tiene como finalidad ejercer sobre los encarnados una acción más directa, que les permite cumplir la misión que se les ha confiado en relación con ellos. En

ese caso, aceptan las vicisitudes y los padecimientos de esas encarnaciones por devoción.

Junto a las grandes misiones confiadas a los Espíritus superiores, hay otras misiones con grados de importancia relativa, que se conceden a los Espíritus de todas las categorías. De ahí que podamos afirmar que cada encarnado tiene la suya, es decir, que tiene deberes que cumplir en bien de sus semejantes, desde el padre de familia, responsable de hacer que sus hijos progresen, hasta el hombre de genio que siembra en la sociedad nuevos elementos de progreso. En esas misiones secundarias a menudo se verifican debilidades y fracasos, incumplimientos del deber y renuncias, que si bien perjudican al individuo, no afectan al conjunto.

Todas las inteligencias cooperan, pues, en la obra general, sea cual fuere el grado que hayan alcanzado, y cada una lo hace en la medida de sus fuerzas: algunas en el estado de encarnación, otras en el de Espíritu. En todas partes hay actividad, desde la base hasta el punto más alto de la escala. Todos se instruyen, se ayudan mutuamente y se dan las manos para alcanzar la cima.

Así se establece la solidaridad entre el mundo espiritual y el mundo corporal; en otras palabras, entre los hombres y los Espíritus, entre los Espíritus libres y los cautivos. Así se perpetúan y consolidan, a través de la purificación y la continuidad de las relaciones, las verdaderas simpatías, los más sublimes afectos.

En todas partes hay vida y movimiento. Ningún rincón del infinito se halla despoblado, no hay región que no sea recorrida incesantemente por innumerables legiones de seres radiantes, invisibles para los sentidos groseros de los encarnados, pero cuya vista deslumbra de alegría y admiración a las

almas desprendidas de la materia. En todas partes, en fin, hay una felicidad acorde a cada progreso, a cada deber cumplido. Cada uno es portador de los elementos necesarios para su propia dicha, según la categoría donde se coloca de acuerdo con su grado de adelanto.

La felicidad depende de las cualidades propias de cada individuo, y no del estado material del ambiente en que se encuentra. Existe, por lo tanto, en todos los lugares donde hay Espíritus capaces de gozarla. No se le asigna ningún lugar determinado en el universo. Dondequiera que se encuentren, los Espíritus puros pueden contemplar la majestad divina, porque Dios está en todas partes.

Sin embargo, la felicidad no es individual. Si sólo la poseyéramos en nosotros mismos y no pudiéramos compartirla con los demás, sería egoísta y sombría. También la encontramos en la comunión de pensamientos que une a los seres que sienten mutua simpatía. Los Espíritus felices, atraídos unos a otros por la similitud de ideas, gustos y sentimientos, forman numerosos grupos, familias homogéneas, en el seno de las cuales cada individualidad irradia sus cualidades propias, y se llena de los efluvios serenos y benéficos que emanan del conjunto. Los miembros de ese conjunto pueden dispersarse para consagrarse a su misión, o bien se reúnen en un punto determinado del espacio para intercambiar noticias acerca del trabajo realizado, o se congregan alrededor de un Espíritu más elevado para recibir instrucciones y consejos.

Aunque los Espíritus estén por todas partes, los mundos son los lugares de preferencia donde se reúnen, en virtud de la analogía que existe entre ellos y quienes viven allí. En torno a los mundos adelantados abundan los Espíritus superiores, mientras que alrededor de los mundos atrasados pululan los

Espíritus inferiores. La Tierra se encuentra todavía entre los mundos atrasados. Así pues, cada mundo posee, de alguna manera, su propia población de Espíritus encarnados y desencarnados, alimentada en gran parte mediante la encarnación y la desencarnación de esos mismos Espíritus. Esa población es más estable en los mundos inferiores, donde los Espíritus están más apegados a la materia, y más fluctuante en los mundos superiores. Desde estos últimos, verdaderos focos de luz y felicidad, los Espíritus se dirigen hacia los mundos inferiores a fin de sembrar en ellos los gérmenes del progreso, llevarles consuelo y esperanza, y levantar los ánimos abatidos por las pruebas de la vida. En ocasiones también encarnan allí para cumplir su misión con mayor eficacia.

En esa inmensidad sin límites, ¿dónde está el Cielo? Por todas partes: nada lo circunda ni le marca límites. Los mundos felices son las últimas paradas del camino que conduce hasta él, cuyo acceso es franqueado por las virtudes y obstruido por los vicios.

Ante ese cuadro grandioso que puebla todos los rincones del universo, que otorga a todos los objetos de la creación una finalidad y una razón de ser, ¡qué pequeña y mezquina es la doctrina que circunscribe a la humanidad a un punto imperceptible del espacio, que nos la muestra comenzando en un instante preciso, para acabar también un día junto con el mundo que la contiene, sin extenderse más de un minuto en la eternidad! ¡Qué amarga, fría y decepcionante, es esa doctrina cuando nos muestra el resto del universo, antes, durante y después de la humanidad terrenal, sin vida ni movimiento, como un inmenso desierto sumergido en el silencio! ¡Qué desesperante es la imagen de esa pequeña cantidad de elegidos, dedicados a la contemplación perpetua, en tanto que la mayoría de las cria-

turas está condenada a padecimientos sin fin! ¡Qué dolorosa es para los corazones que aman, la idea de esa barrera interpuesta entre los muertos y los vivos! "Las almas felices –alegan– sólo piensan en su dicha, así como las almas infelices sólo piensan en sus dolores." En ese caso, ¿sería para sorprendernos que el egoísmo reine en la Tierra, cuando nos muestran que también lo hace en el Cielo? ¡Oh! ¡Qué mezquina nos parece esa idea de la magnitud, el poder y la bondad de Dios!

Por el contrario, ¡qué sublime es la idea que el espiritismo nos ofrece acerca del Cielo! ¡Cuánto acrecienta esa doctrina las ideas y amplía el pensamiento! Pero ¿quién dice que está acertada? En primer término, la razón; después, la revelación, y por último, su concordancia con los progresos de la ciencia. Entre dos doctrinas, si una desprecia los atributos de Dios y la otra los enaltece; si una está en discordancia y la otra en armonía con el progreso; si una se queda en la retaguardia mientras la otra se dirige hacia adelante, el buen sentido dice de qué lado está la verdad. Por consiguiente, al confrontarlas, cada uno consulte sus aspiraciones en su fuero interior, y una voz íntima le responderá. Las aspiraciones son la voz de Dios, que no engaña a los hombres.

"Pero –replicarán– ¿por qué Dios no les reveló desde el principio toda la verdad?" Por la misma razón según la cual no se enseña a los niños lo mismo que a los adultos. La revelación limitada fue suficiente en cierto período de la humanidad, y Dios la proporciona de acuerdo con la capacidad del Espíritu. Quienes reciben hoy una revelación más completa son *los mismos Espíritus* que en épocas pasadas ya recibieron parte de ella, y que desde entonces crecieron en inteligencia. Antes de que la ciencia revelara a los hombres las fuerzas vivas de la naturaleza, la constitución de los astros, el verdadero

papel de la Tierra y su formación, ¿habrían ellos comprendido la inmensidad del espacio, la pluralidad de los mundos? Antes de que la geología comprobara cómo se formó la Tierra, ¿habrían podido los hombres desalojar al Infierno de las entrañas del planeta, y comprender el sentido alegórico de los seis días de la creación? Antes de que la astronomía descubriera las leyes que rigen el universo, ¿habrían podido comprender que no hay arriba ni abajo en el espacio, que el cielo no está por encima de las nubes ni limitado por las estrellas? Antes de los progresos de la ciencia psicológica, ¿habrían podido los hombres identificarse con la vida espiritual? ¿Habrían sido capaces de concebir que después de la muerte hay una vida feliz o desdichada que no transcurre en un lugar circunscrito y con características materiales? De ningún modo. El hombre comprendía más con los sentidos que con el pensamiento, de modo que el universo era demasiado vasto para su cerebro. Era preciso restringirlo primero a su punto de vista, para ampliarlo después. Una revelación parcial tenía su utilidad, y si bien resultó adecuada para aquella época, hoy es insuficiente. El error proviene de los que, sin darse cuenta del progreso de las ideas, pretenden gobernar a hombres maduros como si se tratara de niños.

Capítulo IV

El Infierno

En todas las épocas el hombre ha creído, por intuición, que la vida futura sería feliz o desdichada según el bien o el mal practicados en este mundo. No obstante, la idea que él se formó de esa vida guarda relación con el desarrollo de su sentido moral y con las nociones más o menos acertadas del bien y el mal. Las penas y las recompensas son el reflejo de sus instintos predominantes. Así, por ejemplo, para los pueblos guerreros la suprema felicidad consiste en los honores que se rinden a la bravura; para los pueblos cazadores, consiste en la abundancia de la caza; para los pueblos sensuales, en las delicias de la voluptuosidad. Mientras el hombre se halla dominado por la materia, sólo comprende la espiritualidad de modo imperfecto. Por esa razón imagina, para las penas y los goces futuros, un panorama más material que espiritual; cree que en el otro mundo habrá de comer y beber más y mejor que en la Tierra.[7] Más tarde, cuando ha llegado a cierto nivel, en sus creencias sobre el porvenir hay una mezcla de espiritualidad y materialidad; de modo que al lado de la beatitud contemplativa el hombre coloca un Infierno con torturas físicas.

7. Un pequeño saboyano, a quien su cura hacía una descripción seductora de la vida futura, le preguntó si en esa vida todos comían pan blanco, como en París. (N. de Allan Kardec.)

Dado que el hombre primitivo sólo podía comprender aquello que veía, modeló su porvenir según el presente. Para comprender otros tipos, además de los que tenía a la vista, necesitaba un desarrollo intelectual que sólo el tiempo habría de completar. El panorama de los castigos de la vida futura que idealizó no era otra cosa que el reflejo de los males de la humanidad, pero en una escala mucho mayor. En él reunió todas las torturas, todos los suplicios y las aflicciones que encontró en la Tierra. Aún no estaba desarrollado el sentido que más tarde lo llevaría a comprender el mundo espiritual, de modo que sólo podía concebir penas materiales. De ahí resulta que, con pequeñas diferencias en la forma, los Infiernos de todas las religiones se asemejan. El Infierno de los paganos, descripto y dramatizado por los poetas, fue el modelo más grandioso en su género, y quedó perpetuado en el Infierno de los cristianos, que también tuvo sus poetas y cantores. Al compararlos, con excepción de los nombres y algunas variantes en los detalles, encontramos en ellos numerosas analogías. En ambos el fuego material es la base de los tormentos, pues simboliza los dolores más atroces. Pero, cosa extraña, los cristianos superaron en muchos aspectos el Infierno de los paganos. Si bien estos últimos tenían el tonel de las Danaides, la rueda de Ixión y la roca de Sísifo, se trataba de tormentos individuales. El Infierno cristiano, por el contrario, tiene para todos sin distinción calderas hervorosas, cuyas tapas los ángeles levantan para observar las contorsiones de los condenados[8]; mientras Dios, sin la menor piedad, escucha sus gemidos eternamente. Los paganos nunca imaginaron a los habitantes de los Campos Elíseos deleitando su vista con los suplicios del Tártaro. Tanto como los paganos, los cristianos tienen su rey de los

8. Sermón predicado en Montpellier en 1860. (N. de Allan Kardec.)

Infiernos, Satán, con la diferencia de que Plutón se limitaba a gobernar el sombrío imperio que le tocó en el reparto, sin ser malvado. Retenía en sus dominios a quienes habían hecho el mal, porque esa era su misión, pero no inducía a los hombres al mal para darse el gusto de ver cómo sufrían. En cambio, Satán recluta víctimas por todas partes y goza al atormentarlas junto con una legión de demonios armados con horquillas para revolverlos en el fuego. Incluso se ha discutido seriamente acerca de la naturaleza de ese fuego, que quema pero que nunca consume a sus víctimas; y alguien se preguntó si era un fuego de betún o de alquitrán encendido, y se inclinó por el betún.[9] El Infierno cristiano, por consiguiente, no es inferior en nada respecto del Infierno pagano.

Las mismas consideraciones que entre los antiguos habían hecho que se localizara el reino de la felicidad, hicieron circunscribir la zona de los suplicios. Dado que los hombres colocaron al primero en las regiones superiores, era natural que reservaran al segundo las regiones inferiores, es decir, el centro de la Tierra, al cual se accedía a través de algunas cavidades sombrías, de aspecto terrible. De modo que, durante mucho tiempo, también los cristianos ubicaron allí la morada de los condenados. Veamos otra analogía entre el Infierno pagano y el Infierno cristiano.

El Infierno de los paganos contenía, por un lado, los Campos Elíseos; y por el otro, el Tártaro. El Olimpo, morada de los dioses y de los hombres divinizados, se hallaba en las regiones superiores. Según la *letra* del Evangelio, Jesús descendió a los Infiernos, es decir, a las *regiones inferiores*, para sacar de ahí a las almas de los justos que aguardaban su llegada. Por

9. Sermón predicado en París, en 1861. (N. de Allan Kardec.)

consiguiente, los Infiernos no eran exclusivamente un lugar de suplicios. Al igual que para los paganos, también estaban en las *regiones inferiores*. Así como el Olimpo, la morada de los ángeles y los santos se encontraba en las regiones elevadas. La colocaron más allá del cielo de las estrellas, que se consideraba limitado.

Esta combinación entre las ideas paganas y las cristianas no debe sorprendernos. Jesús no podía, de un momento para otro, destruir creencias arraigadas. Si hubiera descrito las penas y los goces futuros conforme a su realidad espiritual, no lo habrían comprendido. A los hombres les faltaban los conocimientos necesarios para comprender el espacio infinito y la cantidad infinita de mundos. Para ellos, la Tierra era el centro del universo; no conocían su forma ni su estructura interna. Todo se limitaba a sus puntos de vista: sus nociones acerca del porvenir no podían ir más allá de sus conocimientos. Jesús se encontraba, pues, imposibilitado de iniciarlos en la verdadera condición de las cosas. Con todo, por otro lado, tampoco quería sancionar con su autoridad los prejuicios de la época, de manera que se abstuvo de corregirlos, dejando al tiempo la tarea de rectificar las ideas. Se limitó a hablar de modo impreciso acerca de la vida bienaventurada y de los castigos reservados a los culpables, pero en ninguna parte de sus enseñanzas se encuentra el panorama de los suplicios corporales que los cristianos convirtieron en un artículo de fe.

Así fue como las ideas del Infierno pagano se perpetuaron hasta nuestros días. Es cierto que, ocasionalmente, hombres más adelantados que el vulgo consideraron las penas futuras con un aspecto más racional, pero no lograron prevalecer sobre la ignorancia y las creencias conservadas adrede por intereses específicos. Hizo falta la difusión de las luces en los tiempos

modernos y el desarrollo generalizado de la inteligencia humana para que se hiciera justicia. No obstante, dado que nada positivo sustituyó a aquellas antiguas ideas, al prolongado período de una creencia ciega le sucedió, a modo de transición, el período de la incredulidad, al cual la nueva revelación viene a ponerle término. Era preciso demoler antes de reconstruir, ya que es más sencillo lograr que acepten ideas correctas los que no creen en nada –porque sienten que les falta algo–, que los que poseen una fe sólida en lo que es absurdo.

Los descubrimientos científicos desalojaron al Infierno del centro de la Tierra, así como desterraron al Cielo del Empíreo, pero no destruyeron el principio de las penas y las recompensas, porque ese principio es conforme a la justicia de Dios. Con el progreso de las ideas, la creencia respecto de la naturaleza de esas penas y esas recompensas simplemente se modificó en un sentido más racional. Entonces, comenzamos a preguntarnos dónde están el Cielo y el Infierno. Durante un tiempo la creencia al respecto se mantuvo incierta. En la actualidad, la revelación moderna acude a fijar la opinión de modo preciso, pues nos muestra el estado en que se encuentran los que sufren, tanto como el de los que son felices.

Mediante los ejemplos que nos presenta, la revelación moderna nos enseña que el alma sufre en el mundo invisible por el mal que ha hecho durante su vida terrestre, así como por el bien que habría podido hacer y que no hizo; que no está condenada a una penalidad absoluta, uniforme y por un tiempo determinado, sino que experimenta las consecuencias naturales de sus malas acciones hasta que haya mejorado a través de los esfuerzos de su voluntad. El alma lleva en sí misma su propio castigo, dondequiera que se encuentre; para eso no tiene necesidad de un lugar circunscripto. Así pues, el Infierno está

en todas partes donde hay almas que sufren, como el Cielo está donde hay almas felices, lo cual no impide que tanto unas como otras se agrupen, por la semejanza de su situación, en torno a determinados lugares.

El alma sufre la pena de sus imperfecciones, tanto en el estado de Espíritu como en el de encarnación. No obstante, las almas que son imperfectas, dado que se hallan excluidas de los mundos felices, cuya armonía perturbarían, son relegadas a mundos menos adelantados física y moralmente, en los que expían sus faltas mediante las tribulaciones de la vida, hasta que merezcan encarnar en los mundos superiores. Si pudiéramos concebir un Infierno localizado, este se encontraría en los mundos de expiación, porque alrededor de esos mundos abundan también los Espíritus imperfectos desencarnados, que se hallan a la espera de una nueva existencia, la cual, al permitirles reparar el mal que han hecho, contribuirá a su adelanto.

Con la localización del Cielo y del Infierno, las religiones cristianas fueron inducidas a no admitir para las almas más que dos situaciones extremas: la felicidad perfecta y el sufrimiento absoluto. El Purgatorio es apenas una posición intermedia y pasajera, al salir de la cual las almas van directamente a la mansión de los bienaventurados. No podría ser de otro modo, si se toma en cuenta la creencia en el establecimiento definitivo del alma después de la muerte. Si sólo hay dos moradas: la de los elegidos y la de los condenados, no es posible admitir muchos grados en cada una sin que se admita también la posibilidad de superarlos y, por consiguiente, de progresar. Ahora bien, si existe el progreso, no hay un destino definitivo; y si hay un destino definitivo, no existe el progreso.

Jesús resolvió la cuestión cuando dijo: "Hay muchas moradas en la casa de mi Padre"[10].

Es verdad que la Iglesia admite una posición especial en ciertos casos particulares. Los niños que han muerto a corta edad, como no han hecho mal alguno, no pueden ser condenados al fuego eterno. Pero, por otro lado, como tampoco han hecho el bien, no les cabe el derecho a la felicidad suprema. La Iglesia manifiesta, entonces, que las almas de esos niños permanecen en los *limbos*: situación intermedia que nunca ha sido definida, en la cual, si bien no sufren, tampoco gozan de la perfecta felicidad. No obstante, dado que su destino ha sido determinado irremediablemente, quedan privadas de la dicha por toda la eternidad. Esa privación equivale, pues, a un suplicio eterno inmerecido, puesto que no dependió de esas almas que los hechos sucedieran de otro modo. Lo mismo ocurre en el caso de los salvajes, pues estos, por no haber recibido la gracia del bautismo ni las luces de la religión, pecan por ignorancia, entregados a sus instintos naturales, sin que les quepa la culpa ni el mérito de quienes han podido obrar con conocimiento de causa para su adelanto. La simple lógica rechaza semejante doctrina en nombre de la justicia de Dios. Esa justicia se halla contenida por completo en estas palabras de Cristo: "A cada uno según sus obras"; pero es preciso entender que Jesús alude a obras buenas o malas, llevadas a cabo libremente, voluntariamente, pues estas son las únicas que implican responsabilidad. Ese no es el caso del niño, ni el del salvaje, ni el de quien no ha tenido la oportunidad de ser ilustrado.

La doctrina espírita nos enseña que no existe una sola imperfección del alma que no lleve consigo inevitablemente sus

10. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo III. (N. de Allan Kardec.)

consecuencias lamentables, así como no existe una sola buena cualidad que no sea la fuente de una dicha. Por consiguiente, la suma de las penas es proporcional al conjunto de las imperfecciones, así como la suma de las dichas se corresponde con el conjunto de las cualidades.

De ahí resulta que el alma que tiene diez imperfecciones, por ejemplo, sufre más que la que apenas tiene tres o cuatro; y que, cuando de esas diez imperfecciones sólo le quede la cuarta parte o la mitad, sufrirá menos, y cuando ya no le quede ninguna, no sufrirá en absoluto y será completamente feliz. Lo mismo le ocurre en la Tierra al que tiene muchas enfermedades, pues sufre más que el que sólo tiene una o no tiene ninguna. Por la misma razón, el alma que posee diez buenas cualidades es más dichosa que la que posee menos. La consecuencia de esta doctrina es que existen tantos grados en el estado de felicidad o de desdicha de las almas después de la muerte, como los que hay en las cualidades buenas o malas que esas almas poseen. Dado que cada una de ellas puede adquirir lo que le falta y deshacerse de lo malo que lleva consigo, según sus esfuerzos y su voluntad, de ahí resulta también que el porvenir no le está vedado a ninguna. Dios no repudia a ninguno de sus hijos; los recibe en su seno a medida que alcanzan la perfección, dejándole a cada uno el mérito de sus obras.

La naturaleza de las penas es objeto de un capítulo especial y, además, se destaca en numerosos ejemplos citados en la segunda parte de esta obra.

Capítulo V

Cuadro comparativo entre

el Infierno pagano y el Infierno cristiano

1.° *El Infierno pagano*

Apenas conocemos el Infierno pagano a través de las narraciones de los poetas. Homero y Virgilio nos han dado la descripción más completa. No obstante, debemos tomar en cuenta los requerimientos poéticos impuestos a la forma. La descripción de Fenelón, en su libro *Telémaco*, aunque extraída de la misma fuente en lo relativo a las creencias fundamentales, tiene la simplicidad más precisa de la prosa. Si bien describe el aspecto lúgubre de las regiones, se ocupa sobre todo de destacar el tipo de sufrimiento de los culpables; y si bien se detiene ampliamente en el porvenir de los reyes perversos, lo hace con vistas a la instrucción de su real discípulo. Por más popular que sea esta obra, no todos conservan en la memoria esa descripción, o no han meditado bastante sobre ella para establecer una comparación. Por eso hemos considerado beneficioso transcribir las partes que más directamente se relacionan con nuestro tema, es decir, las que aluden de modo especial a las penas individuales.

"Al entrar, Telémaco escuchó los gemidos de una sombra inconsolable. '¿Cuál es –le preguntó– tu desgracia? ¿Quién

fuiste en la Tierra?' La sombra le respondió: 'Fui Nabofarsán, rey de la magnífica Babilonia. Con sólo escuchar mi nombre, todos los pueblos de Oriente temblaban. Me hacía adorar por los babilonios en un templo de mármol, en el que yo estaba representado por una estatua de oro, a cuyos pies se quemaban, noche y día, los más preciados perfumes de Etiopía. Nunca nadie osó contradecirme sin que de inmediato fuera castigado; y a diario se inventaban nuevos placeres para hacer mi vida más deliciosa. Era joven y fuerte. ¡Oh! ¡Cuántos goces me quedaban aún por disfrutar en el trono! Pero una mujer, a la que amaba sin que fuera correspondido, me hizo sentir que yo no era un dios. Me envenenó, y ahora ya no soy nada. Ayer mis cenizas fueron depositadas con gran pompa en una urna de oro. Hubo quienes lloraron, se mesaron los cabellos, y fingieron el deseo de arrojarse a las llamas de mi hoguera, para morir conmigo. En vano se llora aún ante la grandiosa tumba que guarda mis cenizas, pero nadie me echa de menos. Mi recuerdo horroriza incluso a mi propia familia, mientras que aquí abajo sufro horribles suplicios'.

"Telémaco, conmovido ante ese espectáculo, le dijo: '¿Fuiste realmente feliz durante tu reinado? ¿Sentiste acaso esa dulce paz, sin la cual el corazón permanece oprimido y angustiado en medio de los placeres?' 'No –respondió el babilonio–, ni siquiera entiendo lo que me quieres decir. Los sabios alaban esa paz como a un bien excepcional; pero en lo que a mí respecta, nunca la he sentido. Renovados apetitos, temor y esperanza agitaban mi corazón en forma ininterrumpida. Intentaba aturdirme en el paroxismo de mis pasiones, y ponía cuidado en conservar esa embriaguez para que fuera permanente. El mínimo intervalo de cordura, de calma, me resultaba muy desagradable. Esa es la paz que disfruté. Cual-

quier otra me parece una fábula, un sueño. Esos son los bienes cuya pérdida deploro'.

"Mientras así se expresaba, el babilonio lloraba como un hombre pusilánime que se dejó corromper por los placeres, y porque no tenía el hábito de soportar una desgracia con resignación. Junto a él se encontraban algunos esclavos cuya muerte había sido dispuesta para honrar sus funerales. Mercurio los había entregado a Caronte junto con su rey, y les había concedido plenos poderes sobre ese rey, a quien habían servido en la Tierra. *Las sombras de esos esclavos no temían a la sombra de Nabofarsán, sino que la mantenían encadenada y la hacían objeto de las más crueles afrentas*. Una de ellas le decía: '¿Acaso no éramos hombres igual que tú? ¿Cómo pudiste ser tan insensato, al punto de considerarte un dios y olvidarte de tu origen en común con los demás hombres?' Otra sombra, para insultarlo, le decía: 'Tenías razón en no querer que te tomaran por un hombre, porque en verdad eres un monstruo inhumano'. Otra agregaba: '¿Dónde están ahora los que te adulaban? ¡Ya no tienes nada para darles, desdichado! Ni siquiera puedes hacer el mal, como antes. Te has convertido en esclavo de tus esclavos. La justicia de los dioses tarda en llegar, pero nunca falla'.

"Ante esas duras palabras, Nabofarsán, abatido, se revolcaba con el rostro contra el suelo y se arrancaba los cabellos en un acceso de rabia y desesperación. Mientras tanto, Caronte instigaba a los esclavos: 'Tiren de su cadena; oblíguenlo a que permanezca de pie, *pues no tendrá siquiera el consuelo de esconder su vergüenza. Es preciso que todas las sombras del Estigia sean testigos* para justificación de los dioses, que durante largo tiempo han padecido por el reinado de ese impío en la Tierra.

"Telémaco observó luego, muy cerca de él, al negro Tártaro, del que se desprendía una oscura y densa humareda, cuyo

hedor pestilente podría provocar la muerte en caso de que se esparciera en la morada de los vivos. Aquel humo cubría un río de fuego, un torbellino de llamas cuyo ruido, semejante al de los más caudalosos torrentes cuando desde altos peñascos se precipitan hacia profundos abismos, contribuía a que ningún otro sonido se pudiera escuchar en esos tenebrosos sitios.

"Secretamente animado por Minerva, Telémaco entró sin temor en ese abismo. Vio en primer término una gran cantidad de hombres que habían vivido en las más humildes condiciones, y que eran castigados por haber procurado riquezas mediante fraudes, traiciones y actos de crueldad. Encontró allí a muchos impíos hipócritas, que, simulando amar la religión, se habían valido de ella como de un grato pretexto para la satisfacción de sus ambiciones, burlándose de los crédulos. Tales hombres, que habían abusado incluso de la virtud –el don más preciado de los dioses–, recibían castigos por ser los más perversos entre todos los hombres. Los hijos que habían degollado a sus padres, las esposas que se mancharon las manos con la sangre de sus esposos, los traidores que vendieron a su patria violando todos los juramentos, padecían penas menos crueles que las de aquellos hipócritas. Los tres jueces infernales así lo habían dispuesto, por la siguiente razón: esos hipócritas no se contentan con ser malos como los demás impíos, sino que pretenden pasar por buenos y, a causa de su falsa virtud, contribuyen a que los hombres dejen de confiar en la verdad. Los dioses, de quienes se burlaron, y a quienes despreciaron delante de los hombres, se complacen en emplear todo su poderío para vengarse de esos insultos.

"No lejos de estos, aparecieron otros hombres a quienes el común de las personas consideran poco o nada culpables, pero que son perseguidos sin piedad por la venganza de los

dioses: se trata de los ingratos, los mentirosos, los aduladores que han loado al vicio, los críticos destructivos que han tratado de manchar la más pura virtud y, por último, los que por juzgar temerariamente las cosas, sin conocerlas a fondo, causaron perjuicio a la reputación de los inocentes.

"Telémaco, al ver que los tres jueces condenaban desde sus sitiales a un hombre, se atrevió a preguntarle cuáles eran sus crímenes. El condenado tomó la palabra de inmediato, y exclamó: 'Jamás he hecho daño alguno. Todo mi placer consistía en practicar el bien: siempre fui generoso, liberal, justo y compasivo. ¿De qué pueden acusarme?' Entonces Minos le respondió: 'No te hacemos ninguna acusación en cuanto a los hombres. Pero ¿no debías menos a ellos que a los dioses? ¿Qué justicia es esa de la que te vanaglorias? No has faltado a tus deberes para con los hombres, pero ellos no son nada. Por cierto, has sido virtuoso, pero atribuiste esa virtud a ti mismo, y no a los dioses, que te la habían concedido. Querías gozar del fruto de tu propia virtud y te encerraste en ti mismo: *te convertiste en tu propia divinidad*. Pero los dioses, que lo han creado todo y que todo lo crearon para sí mismos, no pueden renunciar a sus derechos. Tú los has olvidado, de modo que ellos se olvidaron de ti. Te dejarán librado a ti mismo, pues preferiste ser tuyo y no de ellos. *Si puedes, busca ahora el consuelo dentro de tu corazón*. A partir de ahora estarás definitivamente separado de los hombres, a quienes querías satisfacer. Estás a solas contigo mismo, tú que eras tu propio ídolo. Toma en cuenta que no existe la verdadera virtud sin el respeto y el amor a los dioses, a quienes se les debe todo. Tu falsa virtud, que durante mucho tiempo deslumbró a los hombres ingenuos, va a ser descubierta. Los hombres, que apenas juzgan al vicio y la virtud según lo que les agrada o les incomoda, son ciegos en cuanto al bien y el mal. Aquí, una luz

divina deroga sus juicios superficiales; a menudo condena lo que ellos admiran y justifica lo que ellos condenan.

"Ante estas palabras, como si hubiera sido fulminado por un rayo, aquel filósofo difícilmente pudo soportarse a sí mismo. La complacencia con que antes constataba su moderación, su valor y sus inclinaciones generosas, se transformó en desesperación. La vista de su propio corazón, enemigo de los dioses, se transformó en su suplicio. Se miraba, y no podía dejar de mirarse. Percibió la vanidad de las opiniones de los hombres, a los que trataba de lisonjear con sus acciones. Se produjo una revolución radical de todo lo que había en su interior, como si le hubiesen revuelto las entrañas. Ya no era el mismo; no encontraba apoyo en su corazón. Su conciencia, cuyo testimonio le había sido tan grato, se puso en su contra y le reprochó con amargura su desvarío y la ilusión de todas sus virtudes, que no tuvieron como principio y fin el culto de la divinidad. Quedó perturbado, consternado, lleno de vergüenza, remordimiento y desesperación. *Las Furias no lo atormentan, porque les basta con haberlo entregado a sí mismo*, para que su propio corazón vengue a los dioses despreciados. Ahora busca los lugares más sombríos para esconderse de los otros muertos, pero no puede esconderse de sí mismo. *Busca las tinieblas y no las encuentra, porque una luz inoportuna lo sigue a todas partes.* Los rayos penetrantes toman venganza por la verdad, a la que despreció seguir. Todo lo que amó se le vuelve odioso, porque es la fuente de sus males interminables. Se dice a sí mismo: '¡Oh, insensato! ¡No conocí a los dioses, ni a los hombres, ni a mí mismo! No, no los conocí, porque jamás amé al único y verdadero bien. Mis pasos han perdido el juicio; mi sabiduría no era más que locura; mi virtud sólo era orgullo impío y ciego. Yo mismo era, en definitiva, mi propio ídolo'.

”Por último, Telémaco vio a los reyes que recibían su condena por haber abusado del poder. Por un lado, una Furia vengadora *les presentaba un espejo donde se reflejaba la deformidad de sus vicios*. Veían en él, sin que pudieran desviar la mirada, su vanidad grosera y ávida de los más ridículos loores; la crueldad para con los hombres a quienes debieron haber hecho felices; la falta de sensibilidad hacia la virtud; su temor a escuchar la verdad; su predilección por los cobardes y los aduladores; el desdén, la inercia y la indolencia, la desconfianza ilimitada; la fastuosidad y la magnificencia excesivas acumuladas sobre la ruina de los pueblos; su ambición de glorias vanas a costa de la sangre de sus súbditos; la crueldad, por último, que cada día buscaba nuevas delicias en las lágrimas y la desesperación de tantos desventurados. Los reyes se miraban constantemente en ese espejo, y se encontraban más monstruosos y horrendos que la propia Quimera, vencida por Belerofonte; que la Hidra de Lerna, abatida por Hércules; y que el mismísimo Cerbero, que vomitaba por sus tres fauces abiertas una sangre negra y venenosa, capaz de contagiar a toda la raza de los mortales que viven en la Tierra.

“Al mismo tiempo, no lejos de allí, otra Furia les repetía en forma de insulto las alabanzas que sus aduladores les habían prodigado en vida, y les mostraba otro espejo, en el que se veían a sí mismos tales como la lisonja los había caracterizado. *De la antítesis de ambas escenas, tan opuestas, surgía el suplicio de la vanidad*. Era notorio observar que entre esos reyes, los peores habían sido aquellos que recibieron los más importantes y brillantes loores durante la vida, porque los malvados son más temidos que los buenos, y exigen sin pudor las viles alabanzas de los poetas y oradores de su época.

"Se los escucha gemir en esas profundas tinieblas, donde sólo perciben los insultos y el escarnio que deben padecer. Todo alrededor suyo los rechaza, los contradice, los confunde, en contraste con lo que les sucedía en la Tierra, cuando se mofaban de los hombres, convencidos de que todo estaba hecho para servirlos. En el Tártaro se los somete a los caprichos de algunos de sus esclavos, que les hacen experimentar la más cruel servidumbre. Obedecen con dolor, y no les queda ninguna esperanza de atenuar su cautiverio. Como un yunque bajo los martillazos de los Cíclopes, cuando Vulcano los alienta en los hornos incandescentes del monte Etna, así permanecen a merced de los golpes de esos esclavos convertidos en despiadados verdugos.

"Allí, Telémaco vio rostros pálidos, repugnantes y consternados. Una profunda tristeza consume a estos criminales, que sienten horror de sí mismos y no pueden liberarse de él, porque ese horror es parte de su naturaleza. *No necesitan otro castigo para sus faltas más que sufrir sus propias faltas. Las observan constantemente en toda su atrocidad, y se les presentan como horribles espectros que los persiguen*. En el intento por librarse de ellos, buscan una muerte aún más poderosa que la que los separó del cuerpo. En la desesperación en que se encuentran, invocan en su auxilio a una muerte que sea capaz de extinguir su conciencia. Suplican a los abismos que se los traguen, a fin de ocultarse de los rayos vengadores de la verdad que los persigue, pero continúan sujetos a la venganza que se destila sobre ellos gota a gota, y que nunca se detendrá. *La verdad que temen ver constituye su suplicio*. La ven, y sólo tienen ojos para ver cómo se yergue contra ellos para atravesarlos, despedazarlos, arrancarlos de sí mismos. La verdad es como el rayo, que sin destruir nada exterior penetra hasta lo profundo de las en-

trañas. Semejante al metal en un horno ardiente, el alma parece fundirse en ese fuego vengador, que no deja consistencia alguna, pero que no consume nada. Ese fuego disuelve hasta los principios mismos de la vida, pero esta no puede morir. El alma es arrancada de sí misma, y ya no puede encontrar un solo instante de auxilio ni de reposo; ya no vive más que para la ira que siente hacia sí misma, así como para perder toda esperanza, enloquecida.

"Entre estos seres que erizaban los cabellos de su cabeza, Telémaco vio a varios reyes de Lidia, que eran castigados por haber preferido las delicias de una vida inactiva en lugar del trabajo, que debiera ser el consuelo de los pueblos, e inseparable de la realeza.

"Esos reyes se reprochaban mutuamente su ceguera. Uno le decía a otro, que había sido su hijo: '¿No te he recomendado tantas veces, durante la vida y antes de mi muerte, que reparases los males generados por mi negligencia?' '¡Ah, padre desdichado –le decía el hijo–, tú has sido mi perdición! ¡Tu ejemplo me inspiró el fasto, el orgullo, la voluptuosidad y la crueldad para con los hombres! Al verte reinar con tanta incuria, rodeado de aduladores infames, me habitué a valorar la lisonja y los placeres. Creí que el resto de los hombres eran, para los reyes, lo que los caballos y otros animales de carga son para los hombres, es decir, animales a quienes se tiene en consideración mientras prestan servicios y brindan comodidades. Yo lo creía, porque tú me lo hiciste creer. Ahora sufro tantos males por haberte imitado.' A estas recriminaciones se sumaban las más severas blasfemias, como si estuvieran poseídos de la rabia suficiente para despedazarse.

"Alrededor de esos reyes revoloteaban también, como las lechuzas en la noche, las sospechas crueles, los temores infun-

dados y la desconfianza con que se vengan los pueblos de la severidad de sus reyes, así como también la avidez insaciable de las riquezas, la falsa gloria que invariablemente tiraniza, y la vil desidia, que acrecienta los padecimientos y jamás proporciona sólidos placeres.

"Muchos de esos reyes eran severamente castigados, no por los males que habían hecho, sino *por haber omitido el bien que tenían el deber de hacer*. Todos los crímenes de los pueblos, derivados de la negligencia en la observancia de las leyes, eran imputados a los reyes, que sólo deben reinar para que las leyes reinen por su ministerio. A ellos se les imputaban también los desórdenes que proceden de la fastuosidad, del lujo y de los demás excesos que impulsan a los hombres a la violencia y a la tentación de burlar las leyes para adquirir bienes materiales. El rigor recaía en especial sobre los reyes que, en lugar de comportarse como buenos pastores, que velan por sus pueblos, sólo se empeñaron en diezmar el rebaño, como lobos rapaces.

"Sin embargo, lo que más consternó a Telémaco fue ver en ese abismo de tinieblas y calamidades una importante cantidad de reyes que, luego de pasar por la Tierra como soberanos bondadosos, quedaron condenados a las penas del Tártaro porque se dejaron llevar por los consejos de hombres astutos y malignos. *Su condena se debía a los males que permitieron que otros practicasen en nombre de su autoridad*. Además, la mayor parte de esos reyes no habían sido ni buenos ni malos, tan grande era su debilidad. Nunca tuvieron miedo de ignorar la verdad. Nunca experimentaron el placer de la virtud, de modo que nunca lo pusieron al servicio del bien."

2.° *El Infierno cristiano*

La opinión de los teólogos acerca del Infierno se resume en las siguientes citas.[11] Esta descripción, tomada de los autores sagrados y de la vida de los santos, puede considerarse una expresión de la fe ortodoxa en esta materia, dado que se reproduce a cada instante, con pequeñas variantes, en los sermones del púlpito evangélico y en las instrucciones pastorales.

"Los demonios son solamente Espíritus, y los condenados que actualmente se hallan en el Infierno también pueden ser considerados Espíritus, dado que sólo su alma desciende hasta ese lugar. Sus restos mortales, entregados a la tierra, se transforman muy pronto en hierbas, plantas, frutos, minerales, líquidos, y sufren, sin saberlo, las continuas metamorfosis de la materia. No obstante, los condenados, al igual que los santos, deberán resucitar el día del juicio final, retomando, para no volver a dejarlos, los mismos cuerpos carnales con los cuales eran reconocidos cuando vivían en la Tierra. Los elegidos resucitarán en cuerpos purificados y radiantes, y los condenados en cuerpos manchados y deformados por el pecado. Esto habrá de diferenciarlos. Así pues, en el Infierno ya no habrá exclusivamente Espíritus, sino hombres como nosotros. El Infierno es, por consiguiente, un lugar físico, geográfico, material, que estará habitado por criaturas terrestres dotadas de pies, manos, boca, lengua, dientes, orejas, ojos semejantes a los nuestros, sangre en las venas y nervios sensibles al dolor.

"¿Dónde está ubicado el Infierno? Algunos doctores lo han colocado en las entrañas mismas de nuestro mundo; otros, no

11. Estas citas se extrajeron de la obra titulada *El Infierno*, de Auguste Callet. (N. de Allan Kardec.)

sabemos en qué planeta. Sin embargo, la cuestión todavía no ha sido resuelta por ningún concilio. De modo que, en cuanto a este punto, estamos limitados a meras conjeturas. Lo único positivo es que ese Infierno, dondequiera que se encuentre, es un mundo compuesto de elementos materiales, pero sin Sol, sin Luna y sin estrellas; es más penoso e inhóspito que la Tierra, desprovisto de los gérmenes y de los elementos benéficos que se encuentran hasta en las regiones más áridas de este mundo en el que nosotros, pecadores, habitamos.

"Los teólogos más prudentes, a semejanza de los egipcios, los hindúes y los griegos, no se atreven a describir todos los horrores de esa morada, y se limitan a presentarnos, como una muestra, lo poco que de ella revela la Escritura: el lago de fuego y de azufre del Apocalipsis; los gusanos de Isaías, esos gusanos que pululan eternamente sobre los cadáveres de Tofet, los demonios que atormentan a los hombres a quienes llevaron a la perdición, y los hombres que lloran y hacen rechinar los dientes, según la expresión de los Evangelistas.

"San Agustín no está de acuerdo con que esos dolores físicos sólo sean el reflejo de padecimientos morales. Vio un verdadero lago de azufre, con gusanos y auténticas serpientes ensañadas con el cuerpo de los condenados, y sumando sus mordeduras a las del fuego. A partir de un versículo de san Marcos, afirma que ese fuego extraño, aunque material como el nuestro, actúa sobre cuerpos materiales pero los conserva del mismo modo que la sal conserva la carne de las víctimas. Los condenados, víctimas siempre sacrificadas pero siempre vivas, experimentarán el dolor de ese fuego que quema sin consumir. Ese fuego *penetrará en su piel*, los impregnará y saturará todos sus miembros, hasta la médula de los huesos, las pupilas de los ojos y las fibras más ocultas y sensibles de su

ser. El cráter de un volcán, si en él pudiesen sumergirse, les parecería un lugar de alivio y reposo.

"Así se expresan, con absoluta certeza, los teólogos más tímidos, discretos y moderados. Por otra parte, no niegan que existan en el Infierno otros suplicios corporales, pero alegan que para afirmarlo carecen aún del conocimiento suficiente, al menos de un conocimiento tan positivo como el que se les dio en relación con el terrible dolor del fuego y el asqueroso suplicio de los gusanos. No obstante, algunos teólogos más osados o más ilustrados ofrecen descripciones del Infierno más detalladas, variadas y completas. Pese a que no se sabe en qué lugar del espacio está ubicado ese Infierno, hay santos que lo han visto. No han ido allí con la lira en la mano, como Orfeo; o empuñando la espada, como Ulises, sino transportados en Espíritu. Santa Teresa está entre ellos.

"De acuerdo con el relato de la santa, en el Infierno hay ciudades. Ella vio, al menos, una especie de callejuela larga y angosta, como las que existen en las ciudades antiguas. La recorrió horrorizada, pisando un suelo fangoso y fétido, en el que abundaban reptiles monstruosos. Con todo, una muralla que obstruía la callejuela impidió su avance, de modo que se refugió en un nicho de la muralla, sin que supiera explicar cómo había llegado hasta allí. Se trataba –manifestó– del lugar que le estaría reservado en caso de que en su vida abusara de las gracias que Dios le concedía en su celda de Ávila. A pesar de la asombrosa facilidad con que penetró en el nicho de piedra, en él no podía sentarse, acostarse ni permanecer de pie. Tampoco podía salir. Esas paredes horrorosas se abalanzaban sobre ella, la rodeaban y la aprisionaban como si estuviesen animadas. Le parecía que la asfixiaban, que la estrangulaban, al mismo tiempo que la desollaban viva y la descuartizaban.

Sintió que se quemaba, y entonces experimentó toda clase de angustias. No tenía esperanza alguna de que la socorrieran. Si bien alrededor suyo todo era tinieblas, a través de ellas podía ver con estupor la hedionda callejuela donde se encontraba y sus inmundos alrededores. Ese espectáculo le resultaba tan intolerable como la estrechez de la prisión.

"Ese era, por cierto, un reducido sector del Infierno. Otros viajeros espirituales fueron más favorecidos. En el Infierno vieron grandes ciudades completamente arrasadas por el fuego: Babilonia y Nínive; incluso Roma, con sus palacios y templos incendiados y sus habitantes encadenados. También vieron comerciantes atados a sus mostradores; sacerdotes reunidos con cortesanos en salas de festines, inmovilizados en sus sillas y llevándose a los labios copas de fuego para quitarse la sed, en medio de gritos desesperados; sirvientes arrodillados en cloacas hervorosas, con los brazos extendidos, y príncipes de cuyas manos se escurría una lava devoradora de oro fundido. Otros vieron en el Infierno planicies interminables cultivadas por campesinos famélicos que, al no obtener cosecha alguna de esos campos humeantes, de esas simientes estériles, se devoraban entre sí y se dispersaban inmediatamente después, tan numerosos como antes, enflaquecidos, voraces, reunidos en grupos, para ir a buscar en vano, en lugares apartados, tierras más fértiles. De inmediato eran sustituidos en esos campos por otras colonias errantes de condenados. También los hay que han visto en el Infierno montañas repletas de precipicios, bosques que emitían quejidos, pozos secos, manantiales alimentados por lágrimas, ríos de sangre, torbellinos de nieve en desiertos de hielo, barcos con seres desesperados que navegaban en mares sin orillas. En suma, vieron todo lo que veían los paganos: un lúgubre reflejo de la Tierra, con sus miserias

desmesuradamente aumentadas, sus dolores naturales perpetuados, e incluso calabozos, patíbulos e instrumentos de tortura que nuestras propias manos forjaron.

"Allá abajo hay demonios que, para torturar mejor a los hombres en sus cuerpos, también ellos se corporizan. Los hay con alas de murciélagos, cuernos, corazas de escamas, patas provistas de garras, dientes puntiagudos; se muestran armados con espadas, horquillas, pinzas, tenazas ardientes, sierras, parrillas, fuelles, mazas, y ejerciendo por toda la eternidad, en relación con la carne humana, el oficio de carniceros y cocineros. Otros, convertidos en leones o enormes serpientes, arrastran a sus presas hasta cavernas apartadas; algunos se transforman en cuervos, para arrancar los ojos de determinados culpables, y otros adoptan el aspecto de dragones voladores, listos para abalanzarse sobre las espaldas de sus víctimas, a fin de arrebatarlas, sangrantes y profiriendo gritos, a través de espacios tenebrosos, hasta que las arrojan en el lago de azufre. Por aquí, nubes de langostas y escorpiones gigantescos, cuya visión provoca escalofríos; su hedor es nauseabundo, y un mínimo contacto produce convulsiones. Más allá, monstruos policéfalos abren sus fauces con voracidad, sacudiendo con las cabezas deformes sus crines de áspides, para triturar a los condenados con sus mandíbulas ensangrentadas y vomitarlos después, pero vivos, puesto que son inmortales.

"Estos demonios con formas sensibles, que hacen recordar con tanta evidencia a los dioses del Amenti y del Tártaro, así como a los ídolos adorados por los fenicios, los moabitas y otros gentiles vecinos de la Judea, no actúan al azar: cada uno tiene su función, su tarea. El mal que hacen en el Infierno guarda relación con el mal que inspiraron y lograron que los hombres practicaran en la Tierra. Los condenados son casti-

gados en todos sus órganos y sentidos, porque también han ofendido a Dios a través de todos sus órganos y sentidos. Los delincuentes de la gula son castigados por los demonios de la glotonería; los perezosos, por los de la pereza; los lujuriosos, por los del desenfreno, y así sucesivamente, en una variedad tan amplia como la de los pecados. Aunque se quemen sentirán frío, y aunque estén congelados sentirán calor. Siempre ávidos de movimiento y de quietud; siempre sedientos y hambrientos; mil veces más cansados que un esclavo al finalizar la jornada; más enfermos que los moribundos, y más exhaustos y cubiertos de llagas que los mártires, ¡y eso para siempre!

"Ningún demonio desdeña, ni desdeñará jamás, el siniestro desempeño de su tarea. En ese sentido, son muy disciplinados y fieles en cuanto a la ejecución de las órdenes de venganza que han recibido.[12] Si no fuera así, ¿qué sería del Infierno? Los condenados se verían aliviados si sus verdugos discutieran o descansaran. Pero no hay descanso para unos, como tampoco discusiones entre otros. Por perversos que sean, o por mayor que sea su cantidad, los demonios se entienden de un extremo al otro del abismo. Nunca se vio sobre la Tierra súbditos más dóciles a sus príncipes, ejércitos más obedientes a sus jefes, comunidades monásticas más humildes y sumisas a sus superiores.

"Poco y nada se conoce de la plebe de los demonios, esos viles Espíritus que componen las legiones de vampiros, sapos, escorpiones, cuervos, hidras, salamandras y otras bestias

12. Esos mismos demonios, rebeldes a Dios en cuanto al bien, son de una docilidad ejemplar para la práctica del mal. Ninguno de ellos retrocede o disminuye el fervor durante toda la eternidad. ¡Qué rara metamorfosis se ha operado en ellos, que habían sido creados puros y perfectos como los ángeles! (N. de Allan Kardec.)

repugnantes que constituyen la fauna de las regiones infernales. No obstante, se conocen los nombres de muchos de los príncipes que comandan esas legiones, entre ellos: Belfegor, el demonio de la lujuria; Abadón o Apolion, el demonio del homicidio; Belcebú, el demonio de los deseos impuros, o señor de las moscas que engendran la corrupción; Mamón, el demonio de la avaricia; Moloc, Belial, Baalgad, Astarot y tantos otros, sin hacer mención de su jefe supremo, el sombrío arcángel que en el Cielo se llamaba Lucifer, y que en el Infierno se denomina Satán.

"Esta es, en resumen, la idea que nos dan del Infierno, considerado desde el punto de vista de su naturaleza física y también de las penas físicas que allí se padecen. Consultad los escritos de los Padres de la Iglesia y de los antiguos Doctores; sondead las leyendas piadosas; observad las esculturas y las pinturas de nuestras iglesias; prestad atención a lo que se dice desde el púlpito, y sabréis más aún."

El autor acompaña ese panorama con las siguientes reflexiones, cuyo alcance todos comprenderán:

"La resurrección de los cuerpos es un milagro. Con todo, hace falta un segundo milagro, para dar a esos cuerpos mortales, una vez que han sido usados para las pruebas pasajeras de la vida y que han sido aniquilados, la virtud de subsistir sin disolverse en un horno donde incluso se evaporarían los metales. Que se diga que el alma es su propio verdugo, que Dios no la persigue, sino que la abandona en el estado de desdicha que ella misma ha escogido –pese a que tal abandono por toda la eternidad de un ser extraviado y que sufre parezca incompatible con la bondad del Creador–, eso se puede concebir. Pero lo que se dice acerca del alma y de las penas espirituales, no puede decirse de manera alguna acerca de los cuerpos y

de las penas corporales, porque para la perpetuación de esas penas no basta con que Dios se mantenga impasible, sino que es preciso que intervenga y actúe, pues de lo contrario los cuerpos sucumbirían.

"Los teólogos suponen, por consiguiente, que Dios produce, en efecto, después de la resurrección, ese segundo milagro al que aludimos. En primer lugar, Él saca nuestros cuerpos de barro de los sepulcros que antes los devoraban. Los retira, tal como habían bajado ahí, con sus enfermedades originales y el deterioro sucesivo provocado por la edad, los achaques y los vicios. Nos los devuelve en ese estado, decrépitos, friolentos, gotosos, llenos de necesidades, sensibles a la picadura de la abeja, cubiertos por las cicatrices que la vida y la muerte les impusieron: ese es el primer milagro. Después, a esos cuerpos endebles, listos para volver al polvo del que salieron, Dios les otorga una propiedad que nunca habían poseído, completando así el segundo milagro: les otorga la inmortalidad, ese mismo don que en su cólera –decid mejor, en su misericordia– le había quitado a Adán al salir del Edén. Cuando era inmortal, Adán también era invulnerable, y cuando dejó de ser invulnerable se convirtió en mortal. La muerte seguía de cerca al dolor.

"Así pues, la resurrección no nos coloca de nuevo en las condiciones físicas del hombre inocente, ni en las del culpable. Se trata tan sólo de una resurrección de nuestras miserias, pero con el agregado de miserias nuevas, infinitamente más horrorosas. En cierto modo, se trata de una verdadera creación: la más perversa que la imaginación osara concebir. Dios cambia de parecer y, para agregar a los tormentos espirituales de los pecadores, tormentos carnales que puedan durar para siempre, transforma súbitamente, por obra de su omnipotencia, las leyes y las propiedades que Él mismo había establecido, desde el

comienzo de los tiempos, para los compuestos de la materia. Resucita carnes enfermas y corrompidas, y al reunir con un nudo indestructible esos elementos que tienden por sí mismos a separarse, conserva y perpetúa en contra del orden natural esa podredumbre viva. Entonces la arroja al fuego, no para purificarla, sino para conservarla tal como es: sensible, sufridora, ardiente, horrible y, conforme Él lo desea, inmortal.

"A raíz de este milagro, Dios se transforma en uno de los verdugos del Infierno, pues si los condenados no pueden atribuir sus males espirituales más que a sí mismos, en compensación sólo a Dios podrán imputarle los demás. Por lo visto, era poco que después de la muerte los relegara a la tristeza, al arrepentimiento y a todas las angustias de un alma que siente que ha perdido el bien supremo. Según los teólogos, Dios irá a buscarlos en medio de esa noche, en el fondo de aquel abismo, y los volverá por un momento a la luz, no para consolarlos, sino para revestirlos con un cuerpo horrible, llameante, imperecedero y más corrupto que la túnica de Dejanira. Sólo entonces los abandonará para siempre.

"No obstante, ese abandono no será absoluto, puesto que el Infierno, así como la Tierra y el Cielo, subsisten gracias a un acto permanente de la voluntad divina, siempre activa. Todo desaparecería si Dios dejara de sustentarlo. Por consiguiente, Él tendrá sin cesar a esos condenados al alcance de su mano, para impedir que el fuego se extinga en sus cuerpos y los consuma, y con el propósito de que esos desdichados inmortales contribuyan mediante sus suplicios eternos a la edificación de los elegidos."

Hemos dicho, y con razón, que el Infierno de los cristianos había superado al de los paganos. De hecho, en el Tártaro vemos a los culpables torturados por los remordimientos, ante la presencia constante de sus crímenes y de sus víctimas, acosados por aquellos a quienes acosaron durante la vida terrenal. Los vemos huir de la luz que los penetra, buscando en vano ocultarse de las miradas que los persiguen. Allí el orgulloso es reprimido y humillado; todos son portadores del estigma de su pasado; todos son castigados por sus faltas, a tal punto que, en algunos casos, basta con dejarlos librados a sí mismos, sin que sea necesario agregar otros castigos. No obstante, son sombras, es decir, almas con cuerpos fluídicos, la imagen de su existencia terrenal. En el Tártaro no se ve que los hombres recuperen el cuerpo carnal para sufrir materialmente, ni que el fuego penetre en su piel y los sature hasta la médula de los huesos. Tampoco se ve el refinamiento de las torturas que constituyen la esencia del Infierno moderno. Los jueces del Infierno pagano son inflexibles, pero justos; pronuncian la sentencia en correspondencia con la falta. En cambio, en el imperio de Satán todos se confunden, sometidos a las mismas torturas. Todo se basa en la materialidad; y hasta la equidad es descartada.

No cabe duda de que hoy existen, en el seno mismo de la Iglesia, muchos hombres sensatos que no admiten esas cosas al pie de la letra, sino que ven en ellas simples alegorías cuyo sentido es necesario desentrañar. Con todo, esas opiniones son individuales y no constituyen una ley, de modo que la creencia en el Infierno material, con todas sus consecuencias, se mantiene aún como un artículo de fe.

Nos preguntamos cómo es posible que algunos hombres hayan podido ver esas cosas en estado de éxtasis, si de hecho no existen. No corresponde explicar aquí el origen de las imá-

genes fantásticas, que tantas veces se reproducen con todas las apariencias de la realidad. Sólo diremos que una prueba de esas fantasías radica en el hecho de que el éxtasis es la menos confiable de todas las revelaciones[13], porque ese estado de sobreexcitación no siempre implica un desprendimiento del alma tan completo como podría suponerse, y porque muchas veces contiene el reflejo de las preocupaciones de la vigilia. Las ideas con que se nutre el Espíritu, de las cuales el cerebro –o mejor dicho, la envoltura periespiritual correspondiente al cerebro– conserva la impresión, se reproducen ampliadas como en un espejo, con formas vaporosas que se cruzan, se confunden y componen conjuntos extraños. Los extáticos, sea cual fuere su culto, siempre han visto cosas relacionadas con la fe que abrazaron. Por consiguiente, no debe sorprendernos que las personas que, como santa Teresa, se encuentran saturadas de ideas infernales –como las que están contenidas en las descripciones verbales o escritas, así como en las pinturas–, hayan tenido visiones que sólo son, hablando con propiedad, la reproducción de esas ideas, y que producen el efecto de una pesadilla. Por su parte, un pagano lleno de fe habría visto el Tártaro y las Furias, o bien a Júpiter en el Olimpo, empuñando un rayo.

13. Véase *El libro de los Espíritus*, §§ 443 y 444. (N. de Allan Kardec.)

Capítulo VI

El Purgatorio

El *Evangelio* no hace mención alguna del Purgatorio, que fue admitido por la Iglesia recién en el año 593. Se trata, sin duda, de un dogma más racional y más acorde con la justicia de Dios que el del Infierno, puesto que establece penas menos rigurosas, que pueden ser expiadas en los casos de faltas de menor gravedad.

El principio del Purgatorio se basa en la equidad y, comparado con la justicia humana, representa la reclusión temporaria en relación con la cadena perpetua. ¿Qué opinión nos merecería un país que sólo tuviese la pena de muerte, tanto para los peores crímenes como para los delitos menores? Sin el Purgatorio, sólo quedan para las almas dos alternativas extremas: la felicidad absoluta o el suplicio eterno. Ante esa hipótesis, ¿qué sucede con las almas que sólo son culpables de faltas leves? Comparten la felicidad de los elegidos, aunque no sean perfectas, o sufren el castigo impuesto a los más grandes criminales, aunque no hayan cometido un delito grave, lo cual no sería ni justo ni racional.

Sin embargo, la noción del Purgatorio es forzosamente incompleta. Eso se debe a que, como sólo conocían la pena del fuego, los hombres hicieron de ese lugar un Infierno en miniatura. Las almas también padecen allí por efecto de las llamas, aunque el fuego es de menor intensidad. Puesto que el dogma de

las penas eternas es incompatible con el progreso, las almas del Purgatorio no salen de él por obra de su adelanto, sino en virtud de las plegarias que se hacen o que se mandan hacer con ese fin.

Si bien la primera intención fue buena, no se puede decir lo mismo de sus consecuencias, debido a los abusos a que ha dado lugar. Las oraciones pagadas transformaron el Purgatorio en un negocio más rentable que el Infierno.

La ubicación del Purgatorio nunca ha sido determinada, como tampoco quedó definida claramente la naturaleza de las penas que allí se sufren. Estaba reservado a la nueva revelación llenar ese vacío, al explicarnos las causas de las miserias de la vida terrenal, en relación con las cuales sólo la pluralidad de las existencias podía mostrarnos la justicia.

Esas miserias provienen necesariamente de las imperfecciones del alma, pues si el alma fuese perfecta no incurriría en faltas ni tendría que padecer sus consecuencias. El hombre que fuese sobrio y moderado en todo, por ejemplo, no estaría expuesto a las enfermedades derivadas de los excesos. La mayoría de las veces es desdichado en este mundo por su propia culpa. Con todo, si es imperfecto, se debe a que ya lo era antes de venir a la Tierra, donde expía no sólo sus faltas actuales, sino faltas anteriores que aún no había reparado. Sufre en una vida de pruebas lo que hizo sufrir a otros en una existencia anterior. Las vicisitudes que experimenta son, al mismo tiempo, un castigo temporario y una advertencia acerca de las imperfecciones de las que debe deshacerse, a fin de evitar males futuros y progresar en el sentido del bien. Para el alma son lecciones de la experiencia, arduas a veces, pero resultarán tanto más provechosas para el porvenir, cuanto más profundas sean las impresiones que dejen. Esas vicisitudes provocan luchas incesantes que desarrollan sus fuerzas y sus facultades morales

e intelectuales. Por medio de esas luchas, el alma se afianza en el bien, y triunfa siempre que tenga coraje para afrontarlas hasta el fin. El premio de la victoria está en la vida espiritual, donde el alma ingresa radiante y triunfal, como el soldado que ha superado la batalla y recibe la palma de la gloria.

Cada existencia constituye una oportunidad para que el alma dé un paso adelante. Depende de su voluntad la mayor o menor extensión de ese paso, que le permitirá ascender varios peldaños o bien permanecer en el mismo lugar. En este último caso, de nada le habrá servido el sufrimiento y, como tarde o temprano se impone inevitablemente el pago de sus deudas, deberá volver a empezar una nueva existencia en condiciones todavía más penosas, porque se sumará una nueva mancha a la que aún no ha sido borrada.

Así pues, en las encarnaciones sucesivas el alma se despoja poco a poco de sus imperfecciones. En una palabra, se *purga* hasta que esté suficientemente pura para que merezca dejar los mundos de expiación por otros más venturosos y, más tarde, pueda dejar estos para gozar de la felicidad suprema. De ese modo, el *Purgatorio* no es una idea vaga e incierta, sino una realidad material que vemos, palpamos y sufrimos. Existe en los mundos de expiación, y la Tierra es uno de esos mundos. En ella los hombres expían el pasado y el presente en bien del porvenir. No obstante, en contraposición a la idea que se tiene, depende de cada uno abreviar o prolongar su permanencia aquí, según el grado de adelanto y de purificación alcanzado mediante el trabajo consigo mismo. El hombre no sale de la Tierra porque haya concluido su tiempo o por los méritos ajenos, sino por mérito propio, en concordancia con estas palabras de Cristo: "A cada uno según sus obras", palabras que resumen en forma integral la justicia de Dios.

Así pues, quien sufre en esta vida, debe estar convencido de que eso sucede porque no se purificó suficientemente en su existencia anterior, y que, si no lo hace en esta, deberá sufrir más aún en la siguiente, lo cual es equitativo y lógico al mismo tiempo. Como el sufrimiento es inherente a la imperfección, tanto más tiempo sufriremos cuanto más imperfectos seamos, de la misma forma que una enfermedad persiste tanto más tiempo cuanto mayor sea la demora en tratarla. Así, mientras el hombre sea orgulloso, sufrirá las consecuencias del orgullo; mientras sea egoísta, sufrirá las consecuencias del egoísmo.

Conforme a su grado de imperfección, el Espíritu culpable sufre primero en la vida espiritual, y después se le concede la vida corporal como medio de reparación. Es por eso que en la nueva existencia se vuelve a encontrar junto a las personas a las que ha ofendido, o en ambientes semejantes a aquellos en los que hizo el mal, o en la situación opuesta a la de su vida precedente, como, por ejemplo, en la miseria si fue un mal rico, o en una condición humillante si fue orgulloso. No se trata de un doble castigo para el Espíritu, sino del mismo, que se continúa en la Tierra como un complemento, con vistas a facilitarle el progreso mediante un trabajo efectivo. De él depende aprovecharlo. ¿No será preferible que vuelva a la Tierra con la posibilidad de alcanzar el Cielo, a que sea condenado sin remisión si deja este mundo definitivamente? Esa libertad que se le concede es una prueba de la sabiduría, la bondad y la justicia de Dios, que quiere que el hombre deba todo a sus propios esfuerzos y sea el artífice de su porvenir. Si es desdichado, y si lo es por más o menos tiempo, sólo podrá quejarse de sí mismo, dado que el camino del progreso siempre está abierto para él.

Si se considera cuánto sufren los Espíritus culpables en el mundo invisible, cuán terrible es la situación de algunos

de ellos, cuántas ansiedades los dominan, y de qué forma esa situación se vuelve aún más penosa debido a que les resulta imposible prever su término, podríamos decir que se encuentran en el *Infierno*, en caso de que esa palabra no implicase la idea de un castigo eterno y material. No obstante, gracias a la revelación de los Espíritus, y a los ejemplos que nos ofrecen, sabemos que la duración de ese sufrimiento está subordinada al mejoramiento del culpable.

El espiritismo no viene, pues, para negar las penas futuras; viene, por el contrario, a confirmarlas. Lo que él destruye es el Infierno localizado, con sus hornos y sus penas irremediables. Tampoco niega el Purgatorio, pues demuestra que nos encontramos en él. Al definirlo con precisión, explicando la causa de las miserias terrenales, orienta hacia la creencia a aquellos que lo niegan.

¿Rechaza el espiritismo las oraciones por los difuntos? Todo lo contrario. Dado que los Espíritus sufridores las solicitan, las eleva a un deber de caridad y demuestra su eficacia para *conducirlos al bien* y, de esa manera, abreviar sus tormentos.[14] Al hablar a la inteligencia, ha devuelto la fe a los incrédulos, y la plegaria a quienes la menospreciaban. Con todo, lo que el espiritismo sostiene es que la eficacia de las plegarias reside en el pensamiento y no en las palabras, y que las mejores son las del corazón y no las de los labios. ¿Quién, entonces, osaría censurarlo?

Dondequiera que ocurra –en la vida espiritual o en la Tierra–, y sea cual fuere su duración, el castigo tiene siempre un término, próximo o remoto. En realidad, el Espíritu sólo

14. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo XXVII: "Acción de la oración". (N. de Allan Kardec.)

cuenta con dos alternativas: *castigo temporario graduado según la culpa*, y *recompensa graduada según el mérito*. El espiritismo rechaza la tercera alternativa: la condena eterna. El Infierno queda reducido a la figura simbólica de los padecimientos mayores, cuyo término no se conoce. El Purgatorio es la realidad.

La palabra *purgatorio* sugiere la idea de un lugar circunscripto. Por eso se aplica más naturalmente a la Tierra, considerada como un lugar de expiación, que al espacio infinito donde los Espíritus que sufren se mantienen errantes, sobre todo porque la naturaleza de la expiación terrestre es la de una verdadera purificación.

Así pues, ¿por qué Cristo no hizo mención del Purgatorio? Porque la idea no existía, de modo que no había palabras para representarla. Recurrió a la palabra *infierno*, la única en uso, como término genérico para designar sin distinción las penas futuras. Si al lado de la palabra *infierno* hubiese colocado otra equivalente a *purgatorio*, no habría podido precisar su verdadero sentido sin tratar una cuestión reservada al futuro. De hecho, habría consagrado la existencia de dos lugares específicos para el castigo. El Infierno, en su acepción general, dado que sugería la idea de castigo, implícitamente incluía la de *purgatorio*, que no es más que un modo de penalidad. Estaba reservado al futuro ilustrar a los hombres acerca de la naturaleza de las penas y, por consiguiente, reducir el Infierno a su justo valor.

Si la Iglesia consideró, después de seis siglos, que era necesario reemplazar el silencio de Jesús por un decreto sobre la existencia del Purgatorio, se debe a que consideró que el Maestro no lo había dicho todo. ¿Por qué no habría de ocurrir con otros aspectos lo mismo que con este?

Capítulo VII

Acerca de la doctrina de las penas eternas

I

La creencia en la eternidad de las penas pierde día a día tanto terreno que no hace falta ser profeta para prever que su fin está cerca. Ha sido combatida mediante argumentos tan poderosos y categóricos, que casi parecería superfluo seguir ocupándonos de ella, de modo que basta con dejar que se extinga por sí misma. Sin embargo, no se puede discutir que, a pesar de su caducidad, todavía constituye el argumento principal de los adversarios de las ideas nuevas, a tal punto que la defienden con más obstinación, porque es uno de los aspectos más vulnerables que poseen, y porque prevén las consecuencias de su caída. En ese sentido, la cuestión merece un serio análisis.

La doctrina de las penas eternas, así como la del Infierno material, tuvo su razón de ser mientras el miedo sirvió de freno a los hombres poco adelantados tanto en lo intelectual como en lo moral. Así como ellos se hubiesen impresionado poco o nada con la idea de las penas morales, mucho menos les habría impresionado la idea de las penas temporales; y tampoco habrían comprendido una justicia basada en penas graduales y proporcionales, porque no se hallaban aptos para captar los matices a menudo delicados del bien y del mal,

así como el valor relativo de las circunstancias atenuantes o agravantes.

Cuanto más próximos se encuentran del estado primitivo, más materializados están los hombres. El sentido moral es el que se desarrolla más tardíamente en ellos, razón por la cual apenas pueden formarse de Dios y de sus atributos, así como de la vida futura, una idea muy vaga e imperfecta. Como lo asimilan a su propia naturaleza, Dios sólo es para los hombres un soberano absoluto, aún más temible por ser invisible, a la manera de un monarca despótico que, encerrado en su palacio, nunca se deja ver por sus súbditos. Como no comprenden el poder moral, sólo lo aceptan mediante la fuerza material, y consideran que está armado con un rayo, o en medio de relámpagos y tempestades, sembrando a su paso la ruina y la desolación, a la manera de los conquistadores invencibles. Un Dios manso y misericordioso no sería un Dios, sino un ser débil al que le resultaría imposible hacerse obedecer. La venganza implacable, los castigos terribles, eternos, nada tenían de incompatibles con la idea que los hombres se formaban de Dios, nada que su razón rechazara. Dado que ellos mismos eran implacables en sus rencores, crueles para con sus enemigos y despiadados para con los vencidos, Dios, muy superior a ellos, debería ser aún más terrible.

Ese tipo de hombres necesitaba creencias religiosas compatibles con su naturaleza todavía grosera. Una religión exclusivamente espiritual, que fuera todo amor y caridad, no podía asociarse con la brutalidad de las costumbres y de las pasiones. Así pues, no debemos censurar la legislación draconiana de Moisés, que apenas llegaba a contener a su pueblo indócil, ni tampoco que haya hecho de Dios un ser vengativo. La época

requería eso, pues la apacible doctrina de Jesús no hubiera encontrado eco y habría resultado ineficaz.

A medida que el Espíritu se desarrollaba, el velo material se disipó poco a poco, y los hombres resultaron más aptos para comprender las cuestiones espirituales. Pero eso ocurrió en forma gradual. En ocasión de su advenimiento, Jesús pudo proclamar un Dios clemente, así como referirse a su reino, que no es de este mundo, y decir a los hombres: "Amaos los unos a los otros y haced el bien a quienes os odian", en tanto que los antiguos decían: "Ojo por ojo, diente por diente".

Ahora bien, ¿quiénes eran los hombres que vivían en el tiempo de Jesús? ¿Eran almas recientemente creadas y encarnadas? De haber sido así, Dios habría creado almas más adelantadas en la época de Jesús que en la de Moisés. Pero, entonces, ¿en qué se habrían convertido estas últimas? ¿Se habrían consumido durante toda la eternidad en el embrutecimiento? El simple buen sentido rechaza esa suposición. No; se trataba de las mismas almas que habían vivido bajo el imperio de la ley mosaica, y que a lo largo de varias existencias conquistaron un desarrollo suficiente para comprender una doctrina más elevada; hoy se encuentran aún más adelantadas, a fin de recibir una enseñanza más completa todavía.

Con todo, Cristo no pudo revelarles todos los misterios del porvenir. Él mismo lo dijo: "Todavía tengo muchas cosas para deciros, pero no las comprenderíais; por eso os hablo en parábolas". En cambio, fue muy explícito en lo que respecta a la moral, es decir, a los deberes del hombre para con su prójimo, porque sabía darse a entender haciendo vibrar la cuerda sensible de la vida material. En cuanto a las demás cuestiones, se limitó a sembrar bajo la forma alegórica los gérmenes que deberían desarrollarse más adelante.

La doctrina de las penas y las recompensas futuras pertenece a este último orden de ideas. Sobre todo, en relación con las penas, Cristo no podía provocar un quiebre brusco en relación con las ideas preconcebidas. Había venido para señalar a los hombres nuevos deberes. Ya era mucho que pudiera sustituir el odio y la venganza por la caridad y el amor al prójimo, el egoísmo por la abnegación. Además, racionalmente no podía debilitar el miedo al castigo que se reservaba a los prevaricadores, sin debilitar al mismo tiempo la idea del deber. Dado que prometía el reino de los Cielos a los buenos, ese reino estaba vedado a los malos. ¿Adónde irían estos? Era necesario contraponer algo cuya naturaleza impresionara las inteligencias todavía muy materializadas, de modo que pudieran identificarse con la vida espiritual. No hay que perder de vista que Jesús se dirigía al pueblo, a la parte menos ilustrada de la sociedad, que necesitaba imágenes que de alguna manera fueran palpables, en lugar de las ideas sutiles. Por eso Jesús no entró en detalles superfluos sobre el particular. En aquella época bastaba con oponer un castigo a la recompensa.

Si bien Jesús amenazó a los culpables con el fuego eterno, también los amenazó con que serían arrojados a la *Gehena*. Ahora bien, ¿qué era la *Gehena*? Un lugar de los alrededores de Jerusalén, un basural en el que se arrojaban los desperdicios de la ciudad. ¿Se debería interpretar también eso al pie de la letra? Se trataba de una de esas imágenes enérgicas de las que Jesús se valía para impresionar a las masas. Lo mismo sucede con el fuego eterno. Si ese no hubiera sido su pensamiento, habría estado en contradicción consigo mismo al exaltar la clemencia y la misericordia de Dios, pues la clemencia y la inexorabilidad son opuestos que se anulan. Así pues, cometeríamos una extraña equivocación en lo relativo al sentido de

las palabras de Jesús, si le atribuyéramos la sanción del dogma de las penas eternas, cuando toda su enseñanza proclama la mansedumbre del Creador.

En la *Oración Dominical* Jesús nos enseña a decir: "Perdona, Señor, nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden". Si el culpable no debiera esperar ningún perdón, sería inútil que lo pidiera. Pero ese perdón, ¿es incondicional? ¿Es una gracia, una remisión pura y simple de la falta cometida? No; la magnitud de ese perdón está subordinada al modo según el cual hayamos perdonado, lo que equivale a decir que no seremos perdonados si por nuestra parte no perdonamos a los demás. Al convertir el olvido de las ofensas en una condición absoluta, Dios no podía exigir al hombre débil lo que Él, omnipotente, no hacía. La *Oración Dominical* es un protesto cotidiano en contra de la eterna venganza de Dios.

Para hombres que sólo poseían una noción confusa de la espiritualidad del alma, la idea del fuego material no les resultaba chocante, puesto que formaba parte de la creencia común tomada del Infierno de los paganos, casi universalmente difundida. Del mismo modo, en la eternidad de las penas no había nada que causara el repudio de un pueblo que desde muchos siglos antes estaba sometido a la legislación del terrible Jehová. Por su parte, en el pensamiento de Jesús el fuego eterno no era más que un símbolo, y poco le importaba que hubiera sido tomado al pie de la letra, en tanto sirviese de freno. Además, Él sabía que el tiempo y el progreso se encargarían de explicar su sentido alegórico, sobre todo porque, según su predicción, el *Espíritu de Verdad* acudiría para esclarecer a los hombres acerca de todas las cosas.

La característica esencial de las penas irrevocables es la *ineficacia del arrepentimiento*. Ahora bien, Jesús nunca dijo que el arrepentimiento no fuera a contar con la gracia del Padre. Por el contrario, siempre que se le presentó la oportunidad, nos mostró a un Dios clemente, misericordioso, dispuesto a recibir al hijo pródigo que regresara al hogar paterno. Sólo lo mostró inflexible con el pecador obstinado. Con todo, si bien llevaba el castigo en una mano, con la otra siempre ofrecía el perdón al culpable sinceramente arrepentido. Esta no es, por cierto, la característica de un Dios despiadado. También es oportuno destacar que Jesús nunca pronunció contra nadie, ni siquiera contra los mayores criminales, una condena irremisible.

Todas las religiones primitivas, como reflejo del carácter de los pueblos, tuvieron dioses guerreros, que combatían en las primeras filas de los ejércitos. El Jehová de los hebreos les facilitaba mil modos de exterminar a los enemigos, y los recompensaba con la victoria o los castigaba con la derrota. Según la idea que tenían acerca de Dios, se lo honraba o apaciguaba con la sangre de animales o de hombres; de ahí los sacrificios sangrientos que representaban un rol tan importante en la totalidad de las religiones antigüedad. Los judíos habían abolido los sacrificios humanos. Los cristianos, a pesar de las enseñanzas de Cristo, durante largo tiempo creyeron que honraban al Creador cuando arrojaban a las llamas y torturaban a miles de seres a los que denominaban herejes. Esos actos eran, bajo otro aspecto, verdaderos sacrificios humanos, puesto que los promovían para *mayor gloria de Dios*, y con el acompañamiento de ceremonias religiosas. Aun hoy invocan al *Dios de los ejércitos* antes del combate, y lo glorifican cuando consiguen la victoria, la mayoría de las veces fundados en las causas más injustas y anticristianas.

¡Cuán lentamente se despoja el hombre de sus prejuicios, de sus hábitos e ideas primitivas! ¡Cuarenta siglos nos separan de Moisés, y en la presente generación cristiana aún se observan resabios de las antiguas costumbres bárbaras, consagradas o al menos aprobadas por la religión actual! Fue necesaria la poderosa opinión de los *no ortodoxos*, de los que son considerados herejes, para acabar con las hogueras y hacer que se comprendiera la auténtica grandeza de Dios. No obstante, aunque ya no hay hogueras, todavía siguen vigentes las persecuciones materiales y morales. ¡A tal punto continúa arraigada en el hombre la idea de un Dios cruel! Imbuido de sentimientos que le han inculcado desde la infancia, ¿podrá el hombre sorprenderse de que el Dios que le presentan, honrado mediante actos bárbaros, condene a torturas eternas y presencie sin compadecerse el sufrimiento de los culpables?

Por cierto, precisamente los filósofos –los impíos, como algunos pretenden– fueron quienes se escandalizaron al ver el nombre de Dios profanado por actos indignos de sus atributos. Han sido ellos quienes lo mostraron a los hombres en la plenitud de su grandeza, pues lo despojaron de las pasiones y mezquindades humanas que una creencia poco ilustrada le atribuía. Gracias a ellos la religión ganó en dignidad lo que perdió en prestigio exterior, pues si todavía quedan hombres apegados a la forma, muy superior es el número de los que son sinceramente religiosos, de corazón y de sentimientos.

Con todo, al lado de estos, ¡cuántos hay que, por detenerse en la superficie, fueron llevados a negar la Providencia! Por no haber sabido conciliar *a tiempo* las creencias religiosas con el progreso de la razón humana, se condujo a algunos al deísmo, a otros a la incredulidad absoluta, y a otros al panteísmo,

es decir, que el hombre se convirtió a sí mismo en dios, pues no encontraba uno que fuera suficientemente perfecto.

II

Volvamos al dogma de la eternidad de las penas. El principal argumento que se invoca a su favor es el siguiente:

"Los hombres admiten que la gravedad de la ofensa es proporcional a la dignidad del ofendido. El crimen perpetrado contra un soberano, por ejemplo, dado que se considera más grave que el cometido contra alguno de sus súbditos, es penado con mayor severidad. Ahora bien, Dios es más que un soberano. Puesto que es infinito, la ofensa dirigida a Él habrá de ser infinita, y merecerá un castigo infinito, es decir, eterno".

Ahora bien, una refutación es un razonamiento que debe tener un punto de partida, una base en la que se apoye, es decir, una premisa. Nosotros tomamos como premisa los atributos de Dios:

Dios es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones.

Es imposible concebir a Dios de otra manera que no sea con infinitas perfecciones, pues sin ellas no sería Dios, y sería posible concebir a otro ser que poseyera lo que a Él le faltara. Para que Dios se encuentre por encima de todos los seres, es necesario que ninguno pueda sobrepasarlo ni igualarlo en ningún aspecto. Por consiguiente, es necesario que sea infinito en todo.

Dado que son infinitos, los atributos divinos no pueden aumentar ni disminuir, pues de lo contrario no serían infinitos, y Dios no sería perfecto. Si se le quitara la más mínima

porción a uno solo de sus atributos, ya no sería Dios, puesto que podría existir otro ser más perfecto que Él.

La infinitud de una cualidad excluye la posibilidad de que exista otra cualidad contraria que la disminuya o la anule. Un ser *infinitamente bueno* no puede tener la más mínima porción de maldad, así como un ser *infinitamente malo* no puede tener la más mínima porción de bondad, de la misma manera que un objeto no sería absolutamente negro si tuviera el más leve matiz de blanco, ni sería absolutamente blanco si tuviera el más leve matiz de negro.

Una vez establecido este punto de partida, al argumento enunciado más arriba opondremos los siguientes:

1.° Sólo un ser infinito puede hacer algo infinito. El hombre, dado que es limitado en sus virtudes, en sus conocimientos, en su poder, en sus aptitudes y en su existencia terrenal, sólo puede producir cosas limitadas.

2.° Si el hombre pudiera ser infinito en cuanto al mal que hace, también lo sería en cuanto al bien, y entonces sería igual a Dios. Pero si el hombre fuera infinito en cuanto al bien que hace, no haría el mal, ya que el bien absoluto implica la exclusión del mal.

3.° Si se admite que una ofensa temporaria a la Divinidad pudiera ser infinita, Dios, al vengarse mediante un castigo *infinito*, sería *infinitamente vengativo*. Pero si Dios es infinitamente vengativo, entonces no puede ser infinitamente bueno y misericordioso, dado que uno de esos atributos es la negación del otro. Si no es *infinitamente* bueno, no es perfecto; y si no es perfecto, no es Dios.

4.° Si Dios es inexorable para con el culpable que se arrepiente, no es misericordioso; y si no es misericordioso, no es infinitamente bueno.

5.° En ese caso, ¿por qué Dios impone al hombre la ley del perdón, si Él mismo no perdona? De ahí resulta que el hombre que perdona a sus enemigos y les retribuye el mal con el bien, es mejor que Dios, pues Él, indiferente al arrepentimiento de quienes lo ofenden, les niega *eternamente* hasta el más leve consuelo.

6.° Dios, que está en todas partes y todo lo ve, también debe ver los tormentos de los condenados. Si Él permanece insensible a sus lamentos por toda la eternidad, entonces es eternamente despiadado; y si es despiadado, no es infinitamente bueno.

7.° A estos argumentos responden que el pecador que se arrepiente antes de morir experimenta la misericordia de Dios, y que hasta el más culpable puede recibir esa gracia.

Eso no se pone en duda, y es comprensible que Dios sólo perdone al arrepentido y se mantenga inflexible para con los obstinados. No obstante, si Él es todo misericordioso para con el alma que se arrepiente antes de abandonar el cuerpo, ¿por qué deja de serlo para con la que se arrepiente después de la muerte? ¿Por qué el arrepentimiento sólo es eficaz durante la vida, que es apenas un breve instante, y no en la eternidad, que no tiene fin? Si la bondad y la misericordia de Dios están circunscriptas *a un lapso determinado*, entonces no son infinitas, y Dios no es infinitamente bueno.

8.° Dios es soberanamente justo. La justicia soberana no es la más inexorable, ni tampoco la que deja impunes todas las faltas; es la que lleva una rigurosa cuenta del bien y del mal, y

recompensa a unos y castiga a otros con equidad y proporcionalmente, sin engañarse jamás.

Si por una falta pasajera, que resulta siempre de la naturaleza imperfecta del hombre, y a menudo del medio en que vive, el alma puede ser castigada para toda la eternidad, sin esperanza de clemencia o perdón, entonces no hay proporción entre la falta y el castigo y, por consiguiente, no hay justicia.

Si el culpable vuelve a Dios, se arrepiente y solicita reparar el mal que ha hecho, eso implica un regreso al bien y a los buenos sentimientos. Pero si el castigo es irrevocable, ese regreso al bien no sirve de nada. Como el bien no es tomado en cuenta, no hay justicia. Entre los hombres, al condenado que se enmienda se le conmuta la pena, y a veces incluso se lo perdona. Así pues, hay más equidad en la justicia humana que en la divina.

Si la condena es irrevocable, el arrepentimiento es inútil. Dado que el culpable no tiene nada que esperar de su regreso al bien, persiste en el mal. De ese modo, Dios no sólo lo condena a sufrir a perpetuidad, sino también a permanecer en el mal por toda la eternidad. En eso no hay justicia ni bondad.

9.° Puesto que es infinito en todo, Dios debe conocer todo, tanto el pasado como el futuro; debe saber, en el momento en que crea un alma, si esta fracasará de forma tan grave como para que reciba una condena eterna. Si no lo sabe, su sabiduría no es infinita y, en ese caso, no es Dios. Si lo sabe, crea voluntariamente un ser condenado desde su formación a recibir torturas sin fin y, en ese caso, no es bueno.

Si Dios, alcanzado por el arrepentimiento de un condenado, puede desplegar su misericordia sobre él y sacarlo del

Infierno, entonces ya no hay penas eternas, y el juicio emitido por los hombres queda revocado.

10.° Así pues, la doctrina de las penas eternas absolutas conduce forzosamente a la negación o a la disminución de algunos de los atributos de Dios. Por consiguiente, esa doctrina es inconciliable con la perfección infinita. A partir de ahí se llega a la siguiente conclusión:

Si Dios es perfecto, la condena eterna no existe. Si existe, Dios no es perfecto.

III

También se invoca a favor del dogma de la eternidad de las penas el siguiente argumento:

"La recompensa concedida a los buenos, puesto que es eterna, debe contraponerse al eterno castigo. Es justo que el castigo guarde relación con la recompensa".

Ahora bien, ¿para qué crea Dios el alma? ¿Lo hace para que sea feliz o para que sea desdichada? Es evidente que la felicidad de la criatura es el objetivo para el que fue creada. De otro modo, Dios no sería bueno. El alma alcanza la felicidad por su propio mérito. Una vez que ha conquistado ese mérito, no puede perder su fruto, y la felicidad eterna es la consecuencia de su inmortalidad.

Sin embargo, antes de llegar a la perfección, el alma debe superar luchas y emprender combates para librarse de sus malas pasiones. Como Dios no la ha creado perfecta, sino susceptible de llegar a serlo –con el fin de que tenga el mérito de sus obras–, el alma puede fracasar. Sus caídas son la

consecuencia de su debilidad natural. Si tuviera que ser castigada eternamente debido a una caída, podríamos preguntar por qué Dios no la creó más fuerte. El castigo que ella sufre es una advertencia acerca del mal que hizo, y el resultado de esa advertencia debe ser devolverla al camino del bien. Si la pena fuese irremisible, su deseo de mejorar sería superfluo. En ese caso, el objetivo providencial de la creación no podría alcanzarse, porque habría seres predestinados a la felicidad y otros a la desdicha. Si un alma culpable se arrepiente, puede llegar a ser buena. Si puede llegar a ser buena, puede aspirar a la felicidad. ¿Sería Dios justo si le negara los medios para conseguirlo?

Dado que el bien es el objetivo final de la creación, la felicidad, que es el premio al bien, debe ser eterna. El castigo, que constituye un medio para llegar al bien, debe ser temporario. La más elemental noción de justicia –incluso entre los hombres– establece que no se puede castigar a perpetuidad a quien muestra el deseo y la voluntad de hacer el bien.

IV

Un último argumento a favor de la eternidad de las penas es este:

"El miedo al castigo eterno es un freno. Si ese castigo fuera suprimido, el hombre ya no le temería a nada y se entregaría a todos los excesos."

Ese razonamiento sería correcto si el hecho de que las penas no fueran eternas implicara la supresión de todas las sanciones penales. El estado feliz o desdichado en la vida futura es una consecuencia rigurosa de la justicia de Dios, porque

si las condiciones para el hombre bueno y para el perverso fueran idénticas, constituirían la negación de esa justicia. Con todo, aunque el castigo no es eterno, no por eso deja de ser menos penoso. Se le teme más cuanto más se cree en él, y se cree más en él cuanto más racional es. Una penalidad en la que no se cree deja de ser un freno, y la eternidad de las penas pertenece a esa clase.

Esa creencia, como ya lo hemos dicho, tuvo su utilidad y su razón de ser en una determinada época. Hoy no sólo ha dejado de impresionar, sino que además genera incrédulos. Antes de proclamarla como necesaria, sería preciso demostrar su realidad. Habría que observar, sobre todo, su eficacia en relación con aquellos que la preconizan y se esfuerzan por demostrarla. Lamentablemente, entre ellos hay muchos que ponen demasiado en evidencia, mediante sus actos, que las penas eternas no los asustan. Ahora bien, si ese dogma es impotente para reprimir el mal en quienes dicen creer en él, ¿qué dominio podrá ejercer sobre los incrédulos? Por el contrario, cada uno admitirá, como un acto de justicia, una penalidad cuya duración sea proporcional a la gravedad de la falta, así como a la persistencia de la obstinación en el mal, pero siempre dejando la puerta abierta al arrepentimiento.

V

Hasta aquí sólo hemos combatido el dogma de la eternidad de las penas mediante el razonamiento. Ahora, para demostrar su imposibilidad, vamos a probar que se halla en contradicción con los hechos positivos que hemos observado.

Según ese dogma, el destino del alma queda fijado de forma irrevocable después de la muerte, con lo cual el progreso le está vedado definitivamente. Ahora bien, ¿el alma progresa o no? Esa es la cuestión. Si progresa, la eternidad de las penas es imposible.

¿Se puede dudar de ese progreso, cuando se ve la enorme variedad de aptitudes morales e intelectuales que existe en la Tierra, desde el salvaje hasta el hombre civilizado, y cuando se ve la diferencia que presenta un mismo pueblo en el transcurso de un siglo a otro? Si admitiéramos que ya no son las mismas almas, habría que admitir entonces que Dios crea almas en todos los grados de adelanto, según las épocas y los lugares, y que favorece a unas, mientras que condena a otras a una inferioridad perpetua. Pero eso sería incompatible con la justicia, que debe ser la misma para todas las criaturas.

Es indudable que el alma atrasada intelectual y moralmente, como lo es la de los pueblos bárbaros, no puede disponer de los mismos elementos para ser feliz, de las mismas aptitudes para gozar del esplendor de lo infinito, que aquella otra alma cuyas facultades están ampliamente desarrolladas. Por lo tanto, si esas almas no progresan, en las condiciones más favorables sólo podrán gozar eternamente de una felicidad, por decirlo así, negativa. De modo que, para estar de acuerdo con la rigurosa justicia, llegamos forzosamente a la conclusión de que las almas más adelantadas son las mismas que estaban atrasadas, y que han progresado. En este punto nos encontramos con la importante cuestión de la *pluralidad de las existencias*: el único medio racional para resolver esta dificultad. Con todo, vamos a dejarla de lado, a fin de considerar el alma desde el punto de vista de una única existencia.

Imaginemos un joven de veinte años, como tantos que vemos actualmente, ignorante, de instintos viciosos, que niega la existencia de su alma y la de Dios, entregado al descontrol y a cometer toda clase de fechorías. Posteriormente, en un medio favorable, ese joven trabaja, se instruye, se corrige gradualmente hasta convertirse en un hombre piadoso. ¿No es ese un ejemplo palpable del progreso del alma durante la vida, ejemplo que se reitera todos los días? Ese hombre muere a edad avanzada como un santo, y por cierto su salvación está asegurada. Con todo, ¿cuál habría sido su destino si un accidente lo hubiera llevado a la muerte cuarenta o cincuenta años antes? En esa época reunía todas las condiciones necesarias para que fuera condenado; de modo que, una vez condenado, toda forma de progreso le estaría vedada. Nos encontramos, pues, ante un hombre que se salvó porque vivió más tiempo, y que, según la doctrina de las penas eternas, se habría perdido para siempre si hubiera vivido menos. Dado que su alma pudo progresar en un momento determinado, ¿por qué razón no habría podido progresar también después de la muerte, en caso de que una causa ajena a su voluntad le hubiera impedido hacerlo en vida? ¿Por qué Dios le habría negado los medios? El arrepentimiento, aunque tardío, no habría dejado de llegar. En cambio, si desde el instante mismo de su muerte se le hubiese impuesto una condena irremisible, su arrepentimiento habría sido infructuoso por toda la eternidad, y su aptitud para progresar habría quedado anulada para siempre.

El dogma de la eternidad absoluta de las penas es, por lo tanto, incompatible con el progreso de las almas, al cual opondría una barrera infranqueable. Ambos principios se anulan recíprocamente, pues la existencia de uno implica forzosamente el aniquilamiento del otro. ¿Cuál de los dos es real?

La ley del progreso existe realmente: no se trata de una teoría, sino de un hecho confirmado por la experiencia; es una ley de la naturaleza, ley divina, imprescriptible. Así pues, si esta existe y no puede conciliarse con la otra, entonces la otra no existe. Si el dogma de la eternidad de las penas fuese verdadero, san Agustín, san Pablo y tantos otros, jamás habrían visto el Cielo en caso de que hubieran muerto antes de realizar el progreso que los condujo a la conversión.

A este último argumento responderán que la conversión de esos santos personajes no fue el resultado del progreso del alma, sino de la gracia que se les concedió y por la que fueron tocados.

Con todo, eso es un juego de palabras. Si esos santos practicaron el mal, y más tarde el bien, significa que mejoraron. Por consiguiente, progresaron. ¿Por qué Dios les habría concedido como favor especial la gracia de que se corrigieran? ¿Por qué a ellos sí y a otros no? Siempre se nos responde con la doctrina de los privilegios, incompatible con la justicia de Dios y con el amor que dispensa por igual a todas las criaturas.

Según la doctrina espírita, de acuerdo con las palabras mismas del Evangelio, con la lógica y con la justicia más rigurosa, el hombre es hijo de sus obras, tanto en esta vida como después de la muerte. No le debe nada a la gracia. Dios lo recompensa por los esfuerzos que realiza, y lo castiga por su negligencia durante todo el tiempo que se obstina en ella.

VI

La creencia en la eternidad de las penas materiales se mantuvo como un temor saludable hasta que los hombres se ha-

llaron en condiciones de comprender el poder moral. Es lo mismo que ocurre con el niño que durante algún tiempo es contenido por la amenaza de determinados seres quiméricos, que sirven para atemorizarlo. Con todo, llega un momento en que la propia razón del niño rechaza esos cuentos con los que lo acunaron, y entonces se vuelve absurdo pretender dominarlo de ese modo. Si quienes lo educan persistieran en afirmarle que esas fábulas son verdades que debe tomar al pie de la letra, por cierto perderían su confianza.

Eso es lo que sucede actualmente con la humanidad: ha salido de la infancia y, por decirlo así, dejó los pañales. El hombre ya no es ese instrumento pasivo que se doblegaba ante la fuerza material, ni aquel crédulo que aceptaba todo con los ojos cerrados.

Por eso, cuando su espíritu ha alcanzado cierto grado de desarrollo, rechaza la creencia en las penas eternas, pues esa creencia es incompatible con la idea más elevada que se ha formado acerca de la Divinidad, así como con las nociones más precisas de que dispone respecto de lo justo y lo injusto. Ni siquiera con todos los argumentos del mundo se podría vencer a la evidencia; en ese caso, persistir es un error, porque significa comprometer la propia autoridad.

La creencia es un acto del entendimiento y, por eso mismo, no puede ser impuesta. Si durante un determinado período de la humanidad, el dogma de la eternidad de las penas pudo ser inofensivo e incluso saludable, en este momento se ha vuelto peligroso. En efecto, a partir del instante en que lo imponéis como una verdad absoluta, pese a que la razón misma lo rechaza, pueden ocurrir dos cosas: o bien el hombre que quiere creer busca una creencia más racional –en cuyo caso se aparta de vosotros–, o ya no cree absolutamente en nada. Para

quien haya estudiado el asunto con calma, es evidente que en la actualidad el dogma de la eternidad de las penas ha producido más ateos y materialistas que todos los filósofos juntos.

Las ideas siguen un curso incesantemente progresivo, de manera que no es posible gobernar a los hombres desviándose de ese curso. Pretender contenerlo, hacer que retroceda o que simplemente se retrase, en tanto que él prosigue su marcha, es condenarse al fracaso. Seguir o abandonar ese movimiento es una cuestión de vida o muerte, tanto para las religiones como para los gobiernos. ¿Se trata de un bien o de un mal? No cabe duda de que es un mal para quienes viven en el pasado, pues ven cómo este se les escapa de las manos. En cambio, para quienes viven en función del porvenir, se trata de la ley del progreso, que es una ley de Dios; y contra las leyes divinas cualquier resistencia es inútil. Luchar contra la voluntad de Dios significa la ruina.

¿Por qué, entonces, se pretende defender a la fuerza una creencia que ha caído en desuso y que, en definitiva, ocasiona más perjuicio que bien a la religión? ¡Ah! Es lamentable tener que decirlo, pero una cuestión material predomina en este caso sobre la cuestión religiosa. Esa creencia ha sido ampliamente explotada por la idea de que con dinero se abren las puertas del Cielo y se cierran las del Infierno. Las sumas de dinero recaudadas por este medio han sido y aún hoy son incalculables: constituyen el impuesto que se paga por el miedo a la eternidad. Y como este impuesto es facultativo, la renta es proporcional a la creencia; de modo que si la creencia deja de existir, la renta será nula. El niño cede de buen grado su porción de torta a quien le promete ahuyentar al cuco, pero si ya no cree en el cuco, se queda con la torta.

La nueva revelación aporta ideas más sensatas acerca de la vida futura. Como demuestra que cada uno puede alcanzar la salvación a través de sus propias obras, es lógico que encuentre una firme oposición, la cual es aún más firme porque detiene el curso de una de las más redituables fuentes de ingresos. Así ha sucedido cada vez que un descubrimiento o una invención alteraron las costumbres. Quienes viven en función de antiguos y costosos procedimientos nunca dejan de encomiarlos, mientras desacreditan los nuevos, que son más económicos. ¿Acaso creéis, por ejemplo, que la imprenta, a pesar de los beneficios que ha prestado a la humanidad, fue aclamada por la numerosa clase de los copistas? Por cierto que no, pues ellos la detestaron. Lo mismo sucedió con las máquinas, con los ferrocarriles y con cientos de otras cosas.

Para los incrédulos, el dogma de la eternidad de las penas es una cuestión fútil, de la cual se burlan. Para los filósofos, alcanza una magnitud social, debido a los abusos a que da lugar. Por su parte, el hombre sinceramente religioso tiene interés en destruir esos abusos y sus causas, en bien de la dignidad de la religión.

Capítulo VIII

Las penas futuras según el espiritismo

El destino de las almas está en manos de Dios, de modo que nadie en este mundo puede decretar el código penal divino a partir de su propia autoridad. Cualquier teoría humana al respecto es tan solo una hipótesis, cuyo valor no excede el de una opinión personal y, por eso mismo, puede ser más o menos ingeniosa, racional, extraña o ridícula. Así pues, solamente la sanción de los hechos puede hacer que ese código tenga autoridad y pase del estado de hipótesis al de principio.

Ante la falta de hechos adecuados para determinar sus ideas acerca de la vida futura, los hombres han dado curso a su imaginación y crearon esa diversidad de sistemas que se han repartido las creencias hasta la actualidad. Si bien en diferentes épocas algunos hombres selectos vislumbraron una parte de la verdad, la masa ignorante se mantuvo sometida por los prejuicios que muy a menudo le imponían. La doctrina de las penas eternas forma parte de esos prejuicios. Se trata de una doctrina que quedó obsoleta, pues actualmente es rechazada por la razón. ¿Qué han puesto en su lugar? Los sistemas se sustituyen unos a otros, pero aunque sean más racionales, apenas cuentan con mayores probabilidades –no con la certeza– de reflejar la verdad. Es por eso que el hombre, en este período intelectual que le permite reflexionar y

comparar, se mantiene indeciso, pues no encuentra nada que satisfaga por completo su razón y responda a sus aspiraciones. Algunos de ellos, a quienes asusta la responsabilidad del porvenir, y que pretenden disfrutar el presente sin restricciones, intentan aturdirse y proclaman la nada después de la muerte, pues suponen que de ese modo su conciencia queda a salvo. Otros se hallan en medio de la incertidumbre de la duda; y la gran mayoría cree en algo, pero no sabe positivamente qué es.

El positivismo es uno de los resultados del desarrollo de las ideas y de los conocimientos adquiridos. El hombre quiere creer, pero también quiere saber por qué cree. Ya no se contenta con palabras. Su razón viril pretende algo más sustancial que una teoría; en una palabra, necesita hechos.

Así pues, Dios considera que la humanidad ha dejado la infancia, y que en la actualidad el hombre maduró lo suficiente para comprender verdades de un orden más elevado. Por eso permite que se le revele la vida espiritual mediante hechos que ponen fin a su incertidumbre y derriban el andamiaje de las hipótesis. La realidad sustituye a la ilusión.

En lo que respecta a las penas futuras, así como sucede con sus demás puntos, la doctrina espírita no se basa en una teoría preconcebida. En todos sus puntos se apoya en observaciones, y eso es lo que le confiere su autoridad. Así pues, nadie imaginó que las almas, después de la muerte, habrían de encontrarse en tal o cual situación. Son esos mismos seres, que dejaron la Tierra, los que hoy vienen –con el permiso de Dios y porque la humanidad ingresa en una nueva etapa– a iniciarnos en los misterios de la vida futura, describiendo su situación feliz o desventurada, sus impresiones y la transformación que sufrieron a partir de la muerte del cuerpo. En una palabra, vienen a completar las enseñanzas de Cristo sobre el particular.

No se trata aquí del relato de un solo Espíritu, que apenas podría ver las cosas desde su punto de vista, con un único aspecto, o hallarse dominado aún por los prejuicios de la vida terrenal. Tampoco se trata de una revelación hecha a un solo individuo, que podría dejarse llevar por las apariencias, o de una *visión extática*, que se presta a ilusiones y que muchas veces no es más que el reflejo de una imaginación exaltada.[15] Se trata, en cambio, de innumerables ejemplos proporcionados por Espíritus de todas las categorías, desde los más elevados hasta los más inferiores de la escala, con la ayuda de otros tantos intermediarios diseminados por todos los puntos del globo. De ese modo, la revelación no es privilegio de *nadie*, sino que todos pueden ver y observar, y ninguno está obligado a creer con la fe ajena.

Las leyes que resultan de dicha revelación son deducidas tan solo de la concordancia de esa gran cantidad de observaciones. Tal es el carácter esencial y especial de la doctrina espírita. Nunca extrajimos un principio general a partir de un hecho aislado o de la afirmación de un único Espíritu, como tampoco de la enseñanza impartida por un único individuo, ni de una opinión personal. ¿Cuál es el hombre que podría considerarse bastante justo para evaluar la justicia de Dios?

Los numerosos ejemplos citados en esta obra para determinar la suerte futura del alma, habrían podido multiplicarse hasta lo infinito. No obstante, como todo el mundo puede observar ejemplos semejantes, de algún modo bastó con presentar los modelos de las diversas situaciones. De esas observaciones se pueden deducir las condiciones de felicidad y de

15. Véase el capítulo V, último párrafo, y *El libro de los Espíritus*, §§ 443 y 444. (N. de Allan Kardec.)

desdicha en la vida futura, las cuales demuestran que las penas no dejan de recaer sobre ningún delito, y que, aunque no sea eterno, el castigo no resulta menos terrible conforme a las circunstancias.

El espiritismo no viene, pues, con su autoridad específica, para formular un código fantasioso. Su ley, en lo que respecta al porvenir del alma, ha sido deducida de la observación de los hechos, y puede resumirse en los siguientes puntos:

1.º El alma o Espíritu sufre en la vida espiritual las consecuencias de todas las imperfecciones de las que no se desembarazó durante la vida corporal. Su estado, feliz o desdichado, es inherente a su grado de pureza o de imperfección.

2.° Dado que todos los Espíritus son perfectibles, en virtud de la ley de progreso, cada uno lleva consigo los elementos de su felicidad o de su desdicha futuras, así como los medios para adquirir aquella y evitar esta, trabajando a favor de su propio adelanto.

3.º La felicidad absoluta es inherente a la perfección, es decir, a la completa purificación del Espíritu. Toda imperfección es una causa de sufrimiento, del mismo modo que toda cualidad adquirida es causa de goces y de atenuación de los padecimientos. De ahí resulta que la suma de felicidad o de desdicha se corresponde con la suma de cualidades buenas o malas que posea el Espíritu.

4.° El castigo es siempre la consecuencia natural de una falta cometida. El Espíritu sufre por el mal que hizo, de manera que, *como su atención se mantiene constantemente dirigida hacia las consecuencias de ese mal*, él comprende mejor sus inconvenientes y es impulsado a corregirse.

5.º El castigo varía según la naturaleza y la gravedad de la falta; de modo que la misma falta puede determinar castigos diferentes, según las circunstancias atenuantes o agravantes en que fue cometida.

6.º No existe una regla absoluta ni uniforme en cuanto a la naturaleza, la intensidad y la duración del castigo. La única ley general es que toda falta recibe su pena y toda buena acción será recompensada según su valor.

7.° Dado que la justicia de Dios es infinita, tanto el bien como el mal son considerados rigurosamente. De ese modo, así como no existe una sola mala acción, un solo pensamiento malo que no dé lugar a consecuencias fatales, tampoco hay una sola acción buena, un solo impulso bondadoso del alma, un solo ínfimo mérito que se pierda, *incluso en los seres más perversos, puesto que esas acciones constituyen un indicio de su progreso*.

8.º La duración del castigo está subordinada al mejoramiento del Espíritu culpable. No se le prescribe ninguna condena por un tiempo determinado. Lo que Dios exige para poner término a los padecimientos es *el arrepentimiento, la expiación y la reparación,* en una palabra, una mejora auténtica, efectiva, y un sincero regreso al bien.

De ese modo, el Espíritu es siempre el árbitro de su propio destino. Puede prolongar sus padecimientos si persiste en el mal, o atenuarlos y abreviarlos si se esfuerza en la práctica del bien.

Una condena por un tiempo determinado tendría el doble inconveniente de hacer que el Espíritu continúe sufriendo en vano después de que ha mejorado, o de librarlo del sufrimiento cuando todavía permanece en el mal. Dios, que es justo,

castiga el mal *mientras el mal existe*, y suprime el castigo *cuando el mal no existe más.*

Así quedan confirmadas estas palabras: "*Yo no quiero la muerte del pecador, sino que viva, y lo perseguiré HASTA QUE SE ARREPIENTA*".[16]

9.º Dado que la duración del castigo depende del arrepentimiento, de ahí resulta que el Espíritu culpable, que nunca se arrepintiera ni mejorara, no dejaría de sufrir, y que, para él, la pena sería eterna. Por lo tanto, la eternidad de las penas debe entenderse en un sentido relativo y no absoluto.

10.º Una condición inherente a la inferioridad de los Espíritus es que estos no vislumbran el término de la situación en que se encuentran, y creen que sufrirán para siempre. Eso hace que los castigos les parezcan eternos[17].

11.º ¿Es posible que un Espíritu no mejore nunca? No; de lo contrario estaría fatalmente condenado a una eterna inferioridad, así como excluido de la ley del progreso, que rige providencialmente a todas las criaturas.

---

16. "Si el impío hace penitencia de todos los pecados que ha cometido; si observa todos mis preceptos, y si procede según la equidad y la justicia, él vivirá ciertamente y no morirá. Yo no me acordaré más de todas las iniquidades que haya cometido; él vivirá en las obras de la justicia que haya practicado." "¿Acaso yo quiero la muerte del impío? –dice Dios el Señor–. Yo quiero que el impío se convierta, que deje su mala vida y viva." (*Ezequiel*, 18: 21 a 23; y 33:11.) (N. de Allan Kardec.)

17. *Perpetuo* es sinónimo de *eterno*. Se dice: 'el límite de las nieves perpetuas'; 'el hielo eterno de los polos'. También se dice: 'el secretario perpetuo de la Academia', lo que no significa que lo sea para siempre, sino únicamente por un tiempo *ilimitado*. *Eterno* y *perpetuo* se emplean, pues, en el sentido de *indeterminado*. En esta acepción, se puede afirmar que las penas son eternas si con ello se quiere expresar que no tienen una duración limitada. Son eternas para el Espíritu que no les ve un término. (N. de Allan Kardec.)

Como el Espíritu conserva siempre el libre albedrío, en algunas ocasiones su mejoramiento es muy lento, y muy tenaz su obstinación en el mal. En ese estado puede persistir durante años y siglos. No obstante, llega por fin un momento en el que su obstinación en desafiar la justicia de Dios se doblega ante el sufrimiento, y en el que reconoce, a despecho de su soberbia, el poder superior que lo domina. Entonces, a partir de que se manifiestan en él los primeros indicios de arrepentimiento, Dios le hace vislumbrar la esperanza.

12.° Sea cual fuere el grado de inferioridad y la perversidad de los Espíritus, *Dios nunca los abandona*. Todos tienen un ángel de la guarda que vela por ellos, que vigila los movimientos de sus almas y se esfuerza por infundirles buenos pensamientos, así como el deseo de progresar y reparar, en una nueva existencia, el mal que han cometido. Sin embargo, el guía protector muy menudo interviene de una manera encubierta, y no ejerce ninguna presión. El Espíritu debe progresar *por efecto de su propia voluntad*, y no por algún tipo de coacción. Procede bien o mal en virtud de su libre albedrío, sin que sea *fatalmente* impulsado en un sentido u otro. Si persiste en el mal, sufrirá las consecuencias tanto tiempo como siga en ese camino. A partir del instante en que dé un paso en dirección al bien, experimentará de inmediato sus efectos bienhechores.

13.° Sería un error suponer que, en virtud de la ley del progreso, la certeza de que tarde o temprano se alcanzará la perfección y la felicidad podría estimular al Espíritu malvado a perseverar en el mal, toda vez que podría arrepentirse posteriormente. En primer lugar, porque el Espíritu inferior no divisa el término de su situación. En segundo lugar, porque el Espíritu, como es el artífice de su propia desdicha, acaba por comprender que de él depende hacerla cesar; que será tanto

más desdichado cuanto más tiempo persevere en el mal, y que su sufrimiento durará para siempre si él mismo no le pone un límite. Por consiguiente, aquella suposición constituiría un cálculo equivocado, de cuyas consecuencias el propio Espíritu sería la primera víctima. Por el contrario, de acuerdo con el dogma de las penas irremisibles, si toda esperanza le está vedada definitivamente, el Espíritu persevera en el mal, pues no tiene ningún interés en retornar a un bien del que no obtendría ningún beneficio. La razón señala de qué lado está la verdadera justicia providencial, y en cuál de ellos se muestra mejor el amor de Dios hacia sus criaturas.

14.º Ante esa ley fracasa también la objeción basada en la presciencia divina. Es cierto que, al crear un alma, Dios sabe si esta, en virtud de su libre albedrío, elegirá o no el camino del bien, y sabe que será castigada si comete el mal; pero sabe también que ese castigo temporario es un medio para hacer que comprenda su error y para conducirla al camino del bien, al que tarde o temprano ingresará. En cambio, según la doctrina de las penas eternas, Dios sabe que esa alma fracasará, de modo que es condenada por anticipado a torturas que no tendrán fin. Aquí también la razón dice de qué lado está la verdadera justicia de Dios.

15.º Cada uno es responsable de sus propias faltas. Nadie padece a consecuencia de las faltas ajenas[18], a no ser que las haya causado, sea porque las provocó mediante el ejemplo, o porque no las impidió cuando pudo haberlo hecho.

18. "El alma que ha pecado morirá ella misma: el hijo no cargará con la iniquidad del padre, y el padre no cargará con la iniquidad del hijo; la justicia del justo recaerá sobre él mismo, y la impiedad del impío recaerá sobre él mismo" (*Ezequiel*, 28:20). (N. de Allan Kardec.)

No solo respondemos por el mal que hemos hecho, sino también por bien que pudimos hacer y no hicimos.

Así, por ejemplo, el suicida siempre es castigado; pero aquel que, por su crueldad, empujó a alguien a la desesperación y luego al suicidio, sufre una pena aún mayor.

16.° No ocurre lo mismo en el caso de la doctrina vulgar del Infierno, pues ese Infierno es el mismo para todos. El culpable de una sola falta sufre allí el mismo suplicio eterno que aquel que ha cometido miles de faltas. De lo contrario, el Infierno dejaría de ser el Infierno, pues en él habría almas que serían menos desdichadas que otras.

17.º Aunque la diversidad de las penas sea infinita, hay algunas que son inherentes a la inferioridad de los Espíritus, y cuyas consecuencias, salvo ciertos detalles, conservan alguna similitud.

Sobre todo para quienes se apegan a la vida material en detrimento del progreso espiritual, la pena más inmediata consiste en la lentitud con que el alma se separa del cuerpo, en la angustia que acompaña a la muerte y al despertar en la otra vida, y en el tiempo que dura la turbación, que puede prolongarse durante meses e incluso años. Por el contrario, en quienes tienen la conciencia limpia, porque desde la vida corporal se identificaron con la vida espiritual y se desligaron de las cosas materiales, la separación es rápida y sin conmociones, el despertar es apacible y la turbación resulta casi nula.

18.º Un fenómeno, muy frecuente entre los Espíritus de cierta inferioridad moral, consiste en la creencia de que aún están vivos. Esa ilusión puede prolongarse por años, durante los cuales experimentan todas las necesidades, todos los tormentos y todas las perplejidades inherentes a la vida corporal.

19.º Para el criminal, la presencia incesante de sus víctimas y de las circunstancias del crimen constituye un suplicio cruel.

Algunos Espíritus están sumergidos en densas tinieblas; otros se encuentran en un aislamiento absoluto en el espacio, atormentados por la ignorancia de su situación y del destino que les aguarda. Los más culpables padecen torturas indescriptibles, mucho más agudas debido a que no vislumbran el término de las mismas. Muchos están privados de ver a los seres que aman. En general, todos soportan con relativa intensidad los males, los dolores y las privaciones que causaron a los demás.

Los suplicios son variados. El orgulloso sufre al ver ubicados por encima de él, en la gloria y rodeados de todas las atenciones, a aquellos a quienes había despreciado en la Tierra, mientras que él es relegado a los últimos puestos. El hipócrita se ve traspasado por la luz que devela sus más secretos pensamientos, que todo el mundo puede leer, sin que él encuentre el modo de ocultarlos o disimularlos. El sensual siente todas las tentaciones, todos los deseos, sin que pueda saciarlos. El avaro ve cómo es dilapidada su fortuna, sin que pueda impedirlo. El egoísta padece el abandono de quienes lo rodean y sufre lo mismo que otros sufrieron por su culpa: tiene sed, pero nadie le da de beber; tiene hambre, pero nadie le da de comer; no tiene una mano amiga que se acerque a estrechar la suya; ninguna voz compasiva le brinda consuelo. Sólo pensó en sí mismo durante la vida, de modo que nadie piensa en él ni lo extraña después de su muerte.

20.º La única manera de evitar o atenuar las consecuencias que esos defectos generan en la vida futura consiste en desprenderse de ellos cuanto antes, desde la vida presente, así como en reparar aquí mismo el mal practicado, para no tener

que hacerlo más tarde y de manera más difícil. Cuanto más nos demoremos en combatir esos defectos, tanto más penosas serán las consecuencias, y más rigurosa será la reparación que debamos llevar a cabo.

21.º La situación del Espíritu, a partir de que ingresa a la vida espiritual, es la que él mismo preparó para sí durante la vida corporal. Más tarde se le concederá, y a veces se le impondrá, otra encarnación para que expíe y repare mediante nuevas pruebas. Con todo, el mayor o menor beneficio que extraiga de esa encarnación dependerá de su libre albedrío. Si no supo aprovecharla, tendrá que recomenzar otra, y cada vez en condiciones más penosas. Así pues, podemos decir que quien sufre mucho en la Tierra tenía mucho que expiar. Por su parte, quienes gozan de una felicidad aparente, a pesar de sus vicios y su inutilidad, habrán de pagarla muy caro en una existencia posterior. En ese sentido, Jesús manifestó: "Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados". (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo V.)

22.º No cabe duda de que la misericordia de Dios es infinita, pero no es ciega, pues para esa misericordia Él pone como condición el arrepentimiento, la expiación y la reparación. El culpable, a quien Dios perdona, no ha sido exonerado, de modo que deberá padecer las consecuencias de sus faltas hasta que haya cumplido esas condiciones. Por *misericordia infinita* debemos entender que Dios no es inexorable, pues siempre deja abierta la puerta que conduce al bien.

23.º Dado que las penas son temporarias y están subordinadas al arrepentimiento, que es obra de la libre voluntad del hombre, constituyen al mismo tiempo castigos y *remedios* que ayudan a curar las heridas del mal. Los Espíritus castigados no son, pues, como galeotes condenados a cadena perpetua, sino

como enfermos internados en un hospital, que padecen enfermedades que muchas veces son la consecuencia de su propia negligencia, las cuales requieren tratamientos dolorosos, pero con la esperanza de curarse. La curación será tanto más rápida cuanto más estrictamente cumplan las prescripciones del médico que los asiste con solicitud. Si los enfermos, por su propio descuido, permiten que sus padecimientos se prolonguen, el médico nada tendrá que ver con eso.

24.º Hay quienes plantean esta pregunta: ¿No habría dado Dios una prueba mayor de amor a sus criaturas si las hubiese creado infalibles y, por consiguiente, exentas de las vicisitudes inherentes a la imperfección?

En ese caso, habría sido necesario que Él creara seres perfectos, que no tuvieran que adquirir nada, tanto en conocimientos como en moralidad. No cabe duda de que Dios habría podido hacerlo, pero si no lo hizo es porque tuvo motivos que aún escapan a nuestra razón, y cuya sabiduría comprenderemos más adelante.

Los hombres son imperfectos y, como tales, están sujetos a vicisitudes más o menos penosas. Ese es un hecho que debemos admitir, pues es real. Inferir de ahí que Dios no es bueno ni justo significaría rebelarse contra Él.

25.º Sería una injusticia que Dios creara algunos seres privilegiados, más favorecidos que otros, para que gocen sin ningún esfuerzo de la felicidad que estos solamente alcanzan mediante el trabajo, o que nunca alcanzan. En cambio, Su justicia resplandece en la igualdad absoluta que preside la creación de todos los Espíritus. Todos tienen el mismo punto de partida. Ninguno de ellos, en su formación, resulta más favorecido que los otros; ninguno recibe en su marcha ascendente facilidades

excepcionales. Los que llegan a la meta han pasado, igual que los demás, por la serie de las pruebas y de la inferioridad.

Admitido esto, ¿qué puede ser más justo que la libertad de acción concedida a cada uno? El camino de la felicidad está abierto para todos. Todos tienen la misma meta, y poseen las mismas condiciones para alcanzarla. La ley, grabada en las conciencias, se les enseña a todos. Dios hizo que la felicidad sea el *premio al trabajo* y no *un favor*, a fin de que cada uno tenga su mérito. Todos son libres de trabajar o de no hacer nada en favor de su adelanto. El que trabaja mucho y con rapidez, recibe antes la recompensa. El que se extravía en el camino o pierde el tiempo, retarda la llegada, y de ello no puede responsabilizar a nadie más que a sí mismo. La acción del bien y la del mal son voluntarias y facultativas. Puesto que es libre, el hombre no es impulsado fatalmente hacia una ni hacia otra.

Esta es la ley de la justicia divina: a cada uno según sus obras, tanto en el Cielo como en la Tierra.

Capítulo IX

Los ángeles

Aunque con diversas denominaciones, todas las religiones tienen ángeles, es decir, seres superiores a la humanidad, intermediarios entre Dios y los hombres. El materialismo, por el hecho de que niega toda existencia espiritual fuera de la vida orgánica, naturalmente, clasifica a los ángeles entre las ficciones y las alegorías. La creencia en los ángeles constituye una parte esencial de los dogmas de la Iglesia. Veamos de qué modo los define:[19]

"Creemos firmemente, afirma un concilio general y ecuménico[20], que sólo hay un Dios verdadero, eterno e infinito, quien, *en el comienzo de los tiempos*, extrajo *juntas* y de la nada dos criaturas: la espiritual y la corporal, la angélica y la mundana, y formó después, como medio entre ambas, la naturaleza humana, compuesta de cuerpo y espíritu.

"Ese es, según la fe, el plan divino en la obra de la creación: plan majestuoso y completo, como convenía a la eterna

19. Hemos extraído este resumen de la pastoral de monseñor Gousset, cardenal arzobispo de Reims, para la cuaresma de 1864. Así como el referido a los demonios, cuyo resumen extrajimos de la misma fuente y citamos en el capítulo siguiente, este texto se puede considerar la última expresión del dogma de la Iglesia sobre este punto. (N. de Allan Kardec.)
20. Concilio de Letrán. (N. de Allan Kardec.)

Sabiduría. Así concebido, ofrece a nuestros pensamientos el ser en todos los grados y en todas las condiciones. En la esfera más elevada aparecen la existencia y la vida puramente espirituales; en la última categoría, la existencia y la vida puramente materiales; y en el medio que las separa, una unión maravillosa de las dos sustancias: una vida al mismo tiempo común al espíritu inteligente y al cuerpo organizado.

"Nuestra alma es de naturaleza simple e indivisible, pero está limitada en sus facultades. La idea que tenemos de la perfección nos hace comprender que puede haber otros seres simples como ella, y superiores por sus cualidades y privilegios. El alma es grande y noble, pero está asociada a la materia, servida por órganos frágiles, limitada en su acción y en su poder. ¿Por qué no habría otras naturalezas más nobles aún, liberadas de esa esclavitud y de esos impedimentos, dotadas de una fuerza mayor y de una actividad incomparable? Antes de que Dios hubiese colocado al hombre en la Tierra para que lo conociera, lo amara y lo sirviera, ¿por qué no habría convocado previamente a otras criaturas, a fin de que compusieran la corte celestial y lo adorasen en la mansión de su gloria? Dios, en definitiva, recibe de manos del hombre el tributo de honra y el homenaje de este universo. ¿Sería para sorprenderse, entonces, que reciba de manos de los ángeles el incienso y las oraciones del hombre? Así pues, si los ángeles no existieran, la gran obra del Creación no tendría el coronamiento y la perfección que le son peculiares. Este mundo, que es testimonio de su omnipotencia, ya no sería la obra maestra de su sabiduría. En ese caso, nuestra razón, aunque falible y débil, podría con facilidad concebir un Dios más completo y consumado.

"En cada página de los libros sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento se hace mención de esas inteligencias su-

blimes, sea en invocaciones piadosas o en referencias históricas. Su intervención aparece de modo manifiesto en la vida de los patriarcas y de los profetas. Dios se sirve de ese ministerio para comunicar su voluntad, y otras veces para anunciar acontecimientos futuros, de modo que casi siempre convierte a los ángeles en los órganos de su justicia o de su misericordia. La presencia de ellos se destaca en las diversas circunstancias que acompañan el nacimiento, la vida y la pasión del Salvador; y su recuerdo es inseparable del de los grandes hombres, así como del de los acontecimientos más importantes de la antigüedad religiosa. Los ángeles aparecen incluso en el seno mismo del politeísmo y en las fábulas de la mitología, porque la creencia en ellos es tan antigua y universal como el mundo. El culto que los paganos rendían tanto a los genios buenos como a los malos no era otra cosa que una incierta aplicación de la verdad, un resabio desvirtuado del dogma primitivo.

"Las palabras del santo concilio de Letrán contienen una distinción fundamental entre los ángeles y los hombres. Nos enseñan que los primeros son Espíritus puros, en tanto que los segundos están compuestos por un cuerpo y un alma. Es decir, que la naturaleza angélica subsiste por sí misma, no solo sin ninguna mezcla sino también sin asociación real posible con la materia, por más vaporosa y sutil que esta se suponga; en tanto que nuestra alma, también espiritual, está asociada al cuerpo de modo tal que forma con él una sola y misma persona, pues *ese es esencialmente su destino*.

"Mientras dura esa unión tan íntima del alma con el cuerpo, ambas sustancias tienen una vida común y ejercen entre sí una influencia recíproca. De ahí que el alma no pueda liberarse por completo de las imperfecciones que resultan de esa condición: las ideas le llegan a través de los sentidos, por la

comparación de los objetos exteriores, y siempre en forma de imágenes más o menos aparentes. A eso se debe que el alma no pueda contemplarse a sí misma, ni concebir a Dios y a los ángeles sin atribuirles una forma visible y palpable. También por eso, para manifestarse a los santos y a los profetas, los ángeles debieron recurrir a formas corporales. Esas formas, no obstante, no eran otra cosa que cuerpos aéreos a los que hacían moverse, pero sin identificarse con ellos, o atributos simbólicos relacionados con la misión que se les había encomendado.

"Su ser y sus movimientos no están localizados ni circunscriptos a un punto fijo y limitado del espacio. Dado que no están unidos a un cuerpo, no pueden ser estorbados ni limitados por otros cuerpos, como sucede con nosotros, ni tampoco ocupan lugar alguno en el vacío. No obstante, así como nuestra alma está por completo en nuestro cuerpo y en cada una de sus partes, así también los ángeles están, casi simultáneamente, en todos los puntos y lugares del mundo. Más veloces que el pensamiento, pueden trasladarse a cualquier parte en un abrir y cerrar de ojos, y proceder por sí mismos, sin otros obstáculos para sus propósitos más que la voluntad de Dios y la resistencia de la libertad humana.

"En tanto que nosotros estamos limitados a ver las cosas exteriores gradualmente y según ciertas condiciones, y que las verdades de orden sobrenatural se nos presentan como enigmas y en un espejo, de conformidad con la expresión del apóstol san Pablo, los ángeles ven sin esfuerzo lo que les interesa conocer, y están en relación inmediata con el objeto de sus pensamientos. *Sus conocimientos no son el resultado de la inducción ni del razonamiento*, sino de esa intuición clara y profunda que abarca de una sola vez el género y las especies

que derivan de él, los principios y las consecuencias que de ellos resultan.

"La distancia de las épocas, la diferencia de lugares y la multiplicidad de los objetos no producen ninguna confusión en sus espíritus.

"Al ser infinita, la esencia divina es incomprensible; presenta misterios y profundidades que ellos no pueden penetrar. Los designios particulares de la Providencia les están vedados. Con todo, ella les devela algún secreto cuando en ciertas circunstancias les confía el encargo de anunciarlo a los hombres.

"Las comunicaciones de Dios con los ángeles, y las de estos entre sí, no se realizan, como en nuestro caso, mediante sonidos articulados y otras señales ostensibles. Las inteligencias puras no necesitan ojos para ver, ni oídos para oír; tampoco poseen el órgano de la voz para manifestar sus pensamientos. Ese intermediario habitual en nuestras conversaciones no les es necesario, pues comunican sus sentimientos de un modo peculiar, que es absolutamente espiritual. Les basta con desearlo para comprenderse.

"Solamente Dios conoce la cantidad de ángeles. Por supuesto, esa cantidad no es infinita ni podría serlo; sin embargo, según los autores sagrados y los santos doctores, es bastante considerable y verdaderamente prodigiosa. Si es lógico relacionar el número de habitantes de una ciudad con la importancia y extensión de la misma, y como la Tierra es sólo un átomo en comparación con el firmamento y las inmensas regiones del espacio, es preciso concluir que el número de habitantes del Cielo y del aire es muy superior al de los hombres.

"Dado que la majestad de los reyes recibe su esplendor de la cantidad de súbditos, oficiales y servidores que posee, ¿qué

puede darnos una idea más completa de la majestad del Rey de reyes que esa multitud inmensa de ángeles que pueblan el Cielo y la Tierra, el mar y los abismos, y la dignidad de quienes permanecen *sin cesar prosternados o de pie* ante su trono?

"Los Padres de la Iglesia y los teólogos enseñan generalmente que los ángeles se dividen en tres grandes jerarquías o principados, y a su vez cada jerarquía se subdivide en tres compañías o coros.

"Los de la primera y más alta jerarquía son designados de acuerdo con las funciones que ejercen en el Cielo. Unos se llaman *Serafines*, porque se encuentran delante de Dios como si estuvieran abrasados por los resplandores de la caridad; otros se denominan *Querubines*, porque son un reflejo luminoso de la sabiduría divina; y finalmente están los *Tronos*, porque proclaman la grandeza de Dios, cuyo brillo hacen resplandecer.

"Los ángeles de la segunda jerarquía reciben sus nombres de acuerdo con las actividades que se les han asignado en el gobierno general del universo, y son: las *Dominaciones*, que asignan a los ángeles de los órdenes inferiores sus misiones y deberes; las *Virtudes*, que llevan a cabo los prodigios reclamados por los grandes intereses de la Iglesia y del género humano; y las *Potestades*, que protegen con su fuerza y su vigilancia las leyes que rigen el mundo físico y el moral.

"Los de la tercera jerarquía tienen por cometido la dirección de las sociedades y de las personas, y son: los *Principados*, encargados de reinos, provincias y diócesis; los *Arcángeles*, que transmiten los mensajes de gran importancia, y los *Ángeles de la guarda*, que acompañan a cada uno de nosotros, a fin de velar por nuestra seguridad y nuestra santificación."

El principio general resultante de esta doctrina es que los ángeles son seres puramente espirituales, anteriores y superiores a la humanidad, *criaturas privilegiadas y predestinadas a la felicidad suprema y eterna desde su formación*, así como dotadas, por su propia naturaleza, de todas las virtudes y todos los conocimientos, sin que hayan hecho nada para adquirirlos. Ocupan la primera categoría en la obra de la creación. En la última categoría se encuentra la vida puramente material y, entre ambas, la humanidad, es decir, las almas, los seres espirituales inferiores a los ángeles y unidos a cuerpos materiales.

Este sistema presenta muchas y muy importantes dificultades. En primer lugar, ¿a qué se refieren con esa vida puramente material? ¿Se trata de la materia bruta? Porque la materia bruta es inanimada y no tiene vida propia. ¿Acaso se trata de los animales y las plantas? En ese caso, estarían admitiendo un cuarto orden en la creación, pues no se puede negar que en el animal inteligente existe algo que la planta no posee, y en esta, algo que no existe en la piedra. En cuanto al alma humana, que establece la transición, queda unida directamente a un cuerpo, que no es otra cosa que materia bruta, porque sin el alma el cuerpo no tendría más vida que un puñado de tierra.

Es evidente que a esta división le falta claridad y que no condice con la observación; se asemeja a la teoría de los cuatro elementos, que no resistió el progreso de la ciencia. Admitamos, no obstante, estos tres términos: la criatura espiritual, la criatura humana y la criatura corporal. Ese es –según dicen–, el plan divino, plan majestuoso y completo, como convenía a la eterna Sabiduría. Observemos, ante todo, que entre esos tres términos no existe ningún vínculo necesario. Se trata de tres creaciones diferentes, formadas sucesivamente. Entre ellas hay solución de continuidad, mientras que en la naturaleza

todo se eslabona, todo nos muestra una admirable ley de unidad, cuyos elementos, que no son más que transformaciones unos de otros, están ligados entre sí. Si bien esa teoría es verdadera, en el sentido de que esos tres términos existen realmente, no deja de ser incompleta, pues le faltan los puntos de contacto de esos términos, como es fácil demostrar.

La Iglesia afirma que esos tres puntos culminantes de la creación son necesarios para la armonía del conjunto; que si faltara uno solo de ellos la obra estaría incompleta y no se correspondería con la eterna Sabiduría. Sin embargo, uno de los dogmas fundamentales de la religión sostiene que la Tierra, los animales, las plantas, el Sol, las estrellas y hasta la luz fueron creados de la *nada* hace seis mil años. Antes de esa época no había, por lo tanto, ni criatura humana ni criatura corporal, de modo que en el transcurso de la eternidad la obra divina permanecía imperfecta. La creación del universo hace seis mil años es un artículo de fe tan importante que, hasta hace unos pocos años, la ciencia era anatematizada por haber destruido la cronología bíblica, al demostrar la verdadera antigüedad de la Tierra y de sus habitantes.

No obstante, el concilio de Letrán, concilio ecuménico que dicta ley en materia de ortodoxia, expresa: "*Creemos firmemente* que sólo hay un Dios verdadero, eterno e infinito, quien, *en el comienzo de los tiempos*, extrajo *juntas* y de la nada dos criaturas: la espiritual y la corporal". Por *comienzo de los tiempos* sólo podemos comprender el transcurso de la eternidad, puesto que el tiempo es infinito, como el espacio, sin comienzo ni fin. La expresión *comienzo de los tiempos* es una imagen que implica la idea de una anterioridad *ilimitada*. El concilio de Letrán cree *firmemente* que las criaturas espirituales y las criaturas corporales fueron formadas simultáneamen-

te, y sacadas *juntas* de la nada, en una época indeterminada del pasado. En ese caso, ¿qué sucede con el texto bíblico, que fija la fecha de esa creación seis mil años atrás? Aunque admitamos que se alude el comienzo del universo visible, ese no es con certeza el comienzo de los tiempos. ¿A quién creer entonces? ¿Al concilio o a la Biblia?

El mismo concilio formula además una extraña proposición: "Nuestra alma –sostiene–, igualmente espiritual, está asociada al cuerpo de modo tal que forma con él una sola y única persona, y *ese es esencialmente su destino*". Ahora bien, si el destino *esencial* del alma es estar unida al cuerpo, esa unión constituye su estado normal, su objetivo, su finalidad, puesto que ese es su *destino*. Sin embargo, el alma es inmortal y el cuerpo no. Según la Iglesia, la unión del alma al cuerpo sólo se realiza una vez, y aunque durase un siglo, ¿qué tanto sería en relación con la eternidad? Con todo, dado que para muchos esa unión apenas dura algunas horas, ¿qué utilidad tendría para el alma una unión tan efímera? Aunque esa unión se prolongara tanto como fuera posible, sería un tiempo imperceptible comparado con la eternidad. Aún así, ¿se podrá afirmar que *el destino del alma es estar esencialmente ligada al cuerpo*? No, en realidad esa unión es apenas un incidente, un escalón en la vida del alma, y nunca su estado esencial.

Si el destino esencial del alma es estar unida a un cuerpo material; si por su naturaleza, y según el objetivo providencial de su creación, esa unión es necesaria para la manifestación de sus facultades, es preciso inferir de ahí que *el alma humana, sin el cuerpo, es un ser incompleto*. Ahora bien, para que el alma pudiera seguir siendo lo que debe ser conforme a su destino, sería necesario que después de abandonar un cuerpo tomara otro, lo que nos conduce forzosamente a la pluralidad

de las existencias, es decir, a un proceso de reencarnaciones, pero de carácter perpetuo. Es en realidad muy extraño que un concilio, al que se considera una de las luces de la Iglesia, haya identificado hasta ese extremo al ser espiritual con el ser material, a tal punto que de ninguna manera puedan existir el uno sin el otro, dado que la condición esencial de su creación es la de que estén unidos.

Al respecto, el espiritismo profesa una doctrina infinitamente más *espiritualista*, por no decir *menos materialista*, y que además tiene a su favor el hecho de que se corresponde con la observación y con el destino del alma. El espiritismo nos enseña que el alma es independiente del cuerpo, y que este constituye apenas una envoltura temporal. *La esencia del alma es la espiritualidad, y su vida normal es la vida espiritual*. El cuerpo es sólo un instrumento para que el alma ejercite sus facultades en las relaciones con el mundo material. Con todo, una vez separada del cuerpo, el alma goza de sus facultades con más amplia libertad.

El alma necesita unirse al cuerpo para comenzar a desarrollarse, pero eso sólo se verifica durante los períodos a los que podemos denominar su infancia y su adolescencia. Cuando el alma alcanza un cierto grado de perfección y desmaterialización, esa unión ya no es necesaria. A partir de entonces, el alma sólo progresa en su vida de Espíritu. Además, por más numerosas que sean las existencias corporales, estas se hallan forzosamente limitadas a la vida del cuerpo, y la suma total de esas existencias apenas abarca, en todos los casos, una parte imperceptible de la vida espiritual, que es ilimitada.

El cuadro jerárquico de los ángeles nos muestra que varios de sus órdenes tienen en sus atribuciones el gobierno del mundo físico y de la humanidad, para cuyo fin fueron crea-

dos. Sin embargo, según el *Génesis*, el mundo físico y la humanidad sólo existen desde hace seis mil años. ¿Qué hacían, entonces, esos ángeles con anterioridad a esa época, durante la eternidad, cuando aún no existía el objeto de sus ocupaciones? ¿Acaso los ángeles no fueron creados desde toda la eternidad? Seguramente debe ser así, dado que sirven a la glorificación del Altísimo. Si Dios los hubiera creado en una época específica, habría permanecido hasta ese momento, es decir, durante una eternidad, sin adoradores.

Más adelante, el concilio afirma: "*Mientras* dura esa unión tan íntima del alma con el cuerpo". Por lo tanto, existe un momento en que dicha unión se deshace. Esta proposición contradice a la que convierte esa unión en el destino esencial del alma.

Afirma también: "Las ideas les llegan a través de los sentidos, por la comparación de los objetos exteriores". Esa es una doctrina filosófica parcialmente verdadera, pero no en sentido absoluto. Según el eminente teólogo, recibir las ideas a través de los sentidos es una condición inherente a la naturaleza del alma. Pero se olvida de las ideas innatas, de las facultades tan trascendentes en ocasiones, de la intuición de las cosas que el niño trae al nacer y que no son el resultado de ninguna instrucción. ¿A través de cuál de los sentidos esos jóvenes pastores, calculadores matemáticos naturales, que despertaron la admiración de los científicos, adquirieron las ideas necesarias para resolver casi instantáneamente los más complejos problemas? Otro tanto se puede decir de ciertos músicos, artistas plásticos y lingüistas precoces.

"Los conocimientos de los ángeles no son el resultado de la inducción ni del razonamiento." Ellos saben porque son ángeles, sin necesidad de haber aprendido, pues así los ha creado Dios. El alma, por el contrario, debe aprender. Pero si

el alma sólo recibe las ideas por medio de los órganos corporales, ¿qué ideas podría tener el alma de un niño que muere a los pocos días de vida, si admitiéramos con la Iglesia que las almas no renacen?

Aquí se presenta una cuestión vital: la de saber si el alma puede adquirir ideas y conocimientos después de la muerte del cuerpo. Si una vez desprendida del cuerpo no puede adquirirlos, entonces el alma del niño, del salvaje, del cretino, del idiota y del ignorante permanecerá para siempre tal como era en el momento de la muerte, condenada a la nulidad por toda la eternidad.

En cambio, si el alma adquiere nuevos conocimientos después de la vida actual, significa que puede progresar. Sin el progreso ulterior del alma, se llega a consecuencias absurdas. Con el progreso se llega a la negación de todos los dogmas fundados en el estado estacionario: el de la suerte irrevocable, el de las penas eternas, etc. Si el alma progresa, ¿cuál es el límite de ese progreso? No existe razón alguna para que no alcance el grado de los ángeles o Espíritus puros. Ahora bien, si puede alcanzar ese grado, no hay ninguna necesidad de crear seres especiales y privilegiados, exentos de toda actividad, que gozan de la felicidad eterna sin haber hecho nada para conquistarla, en tanto que otros seres menos favorecidos sólo obtienen esa felicidad suprema a costa de prolongados y crueles padecimientos y arduas pruebas. No cabe duda de que Dios podría haber hecho semejante cosa; pero si se admite la infinitud de sus perfecciones, sin las cuales no sería Dios, hay que admitir también que Él no hace nada inútil, ni nada que desmienta su soberana justicia y su soberana bondad.

"Dado que la majestad de los reyes recibe su esplendor de la cantidad de súbditos, oficiales y servidores que posee, ¿qué

puede darnos una idea más completa de la majestad del Rey de reyes que esa multitud inmensa de ángeles que pueblan *el Cielo y la Tierra, el mar y los abismos*, y la dignidad de los que permanecen *sin cesar prosternados o de pie* ante su trono?"

¿No será rebajar a la Divinidad el hecho de que su gloria se asimile al fasto de los soberanos de la Tierra? Esa idea, inculcada al espíritu de las masas ignorantes, falsea la opinión que se tiene de su auténtica grandeza. Dios es siempre reducido a las mezquinas proporciones de la humanidad. Atribuirle la necesidad de contar con millones de adoradores, *sin cesar prosternados o de pie* ante Él, implica conferirle las debilidades propias de los monarcas déspotas y orgullosos de Oriente. ¿A qué se debe que un soberano sea verdaderamente grande? ¿A la cantidad y el brillo de sus cortesanos? No; se debe a su bondad y a su justicia, al merecido título de padre de sus súbditos. Nos preguntamos si habrá algo más apropiado para darnos una idea de la majestad de Dios que la multitud de ángeles que componen su corte. Sí, por cierto hay algo mejor que eso: el hecho de representarlo ante todas sus criaturas como un ser soberanamente bueno, justo y misericordioso, y no como un Dios encolerizado, celoso, vengativo, inexorable, exterminador, parcial, que crea para su propia gloria esos seres privilegiados, favorecidos con todos los dones y nacidos para la felicidad eterna, mientras que a otros seres les impone condiciones penosas para conquistar la dicha, además de que castiga sus errores momentáneos con suplicios eternos.

No se puede poner en duda la existencia de seres dotados de todas las cualidades atribuidas a los ángeles. En ese punto, la revelación espírita confirma la creencia de todos los pueblos, pero también nos da a conocer la naturaleza y el origen de esos seres.

Las almas o Espíritus son creados simples e ignorantes, es decir, sin conocimientos ni conciencia del bien y del mal, pero aptos para conseguir lo que les falta. El trabajo es el medio para sus logros, y el objetivo, que es la perfección, es común a todos. Lo alcanzan con relativa rapidez en virtud de su libre albedrío y en razón directa de sus esfuerzos. Todos deben trasponer los mismos peldaños y completar el mismo trabajo. Dios no favorece más a unos que a otros, ya que todos son sus hijos y, puesto que es justo, no tiene preferencia por ninguno. Él les dice: "Esta es la ley que debe constituir vuestra regla de conducta; sólo ella os puede conducir a vuestra meta; todo lo que está conforme con ella, es el bien; todo lo que es contrario a ella, es el mal. Tenéis plena libertad para observar o infringir esta ley, y de esa manera seréis los artífices de vuestro propio destino". Por consiguiente, Dios no creó el mal; todas sus leyes están orientadas hacia el bien; el hombre es quien creó el mal al transgredir las leyes divinas, pues si las observara escrupulosamente nunca se desviaría del camino del bien.

Pero sucede que el alma, en las primeras fases de su existencia, es como un niño, es decir, carece de experiencia, y por lo tanto es falible. Dios no le da la experiencia, sino que le concede los medios para adquirirla. Cada paso en falso en el camino del mal constituye un atraso para el alma, que sufre las consecuencias y de ese modo aprende a costa de sí misma lo que debe evitar. Así, poco a poco, se desarrolla, se perfecciona y avanza en la jerarquía espiritual, hasta que llega al estado de *Espíritu puro* o *ángel*. Los ángeles son, pues, las almas de los hombres que alcanzaron el máximo grado de perfección que admite la criatura, y que en su plenitud gozan de la felicidad prometida. No obstante, antes de que alcancen el grado supremo, gozan de una dicha relativa a su adelanto, pero esa

dicha no consiste en la ociosidad, sino en el desempeño de las funciones que a Dios le satisfaga encomendarles, y por cuyo cumplimiento se sienten dichosos. (Véase la Primera Parte, capítulo III: "El Cielo".)

La humanidad no está circunscripta a la Tierra: habita en los innumerables mundos que giran en el espacio. Ya habitó en los mundos que desaparecieron, y habitará en los que habrán de formarse. Dios crea eternamente y nunca deja de crear. Mucho antes de que la Tierra existiese, y por más remota que imaginemos su creación, ya había otros mundos en los que los Espíritus encarnados recorrían las mismas etapas que nosotros –Espíritus de formación más reciente– recorremos ahora, y que alcanzaron la meta incluso antes de que nosotros saliéramos de las manos del Creador. Así pues, los ángeles o Espíritus puros existen desde toda la eternidad; pero dado que su existencia humana se pierde en la infinitud del pasado, para nosotros es como si siempre hubiesen sido ángeles.

Se realiza así la gran ley de unidad de la creación. Dios nunca estuvo inactivo: siempre contó con Espíritus puros, experimentados y esclarecidos, para que transmitan sus órdenes y dirijan todos los sectores del universo, desde el gobierno de los mundos hasta los más ínfimos detalles. No tuvo, pues, necesidad de crear seres privilegiados y exentos de obligaciones. Todos, antiguos y nuevos, han conquistado sus posiciones mediante la lucha y por su propio mérito. Todos, en fin, son hijos de sus obras. De ese modo también se cumple la soberana justicia de Dios.

Capítulo X

Los demonios

En todas las épocas los demonios han cumplido un rol destacado en las diversas teogonías. Aunque bastante desacreditados en el concepto de la opinión pública, la importancia que aún hoy se les atribuye confiere cierta gravedad a esta cuestión, porque atañe a lo esencial de las creencias religiosas. Por ese motivo, es conveniente analizar la cuestión de los demonios desde todos los aspectos que ella implica.

La creencia en un poder superior es instintiva en el hombre. La encontramos, bajo diferentes formas, en todas las épocas del mundo. No obstante, si todavía hoy se discute acerca de la naturaleza y los atributos de ese poder, pese al grado de adelanto intelectual al que ha llegado el hombre, ¡cuánto más imperfectas habrán sido las nociones que se tenían al respecto en la infancia de la humanidad! El panorama con que nos presentan la inocencia de los pueblos primitivos, extasiados ante las bellezas de la naturaleza y admirando en ellas la bondad del Creador, es sin duda muy poético, pero no se corresponde con la realidad.

Cuanto más próximo al estado de naturaleza se encuentra el hombre, más lo domina el instinto, como ocurre aún entre los pueblos bárbaros y salvajes de la actualidad. Lo que más lo preocupa, o mejor dicho, lo que lo preocupa exclusivamen-

te, es la satisfacción de sus necesidades materiales, pues no tiene otras. El único sentido que puede volverlo accesible a los goces puramente morales sólo se desarrolla en él muy lenta y gradualmente. El alma tiene su infancia, su adolescencia y su edad madura, como el cuerpo humano. No obstante, para alcanzar la madurez que la volverá capaz de comprender las cosas abstractas, ¡cuántas etapas evolutivas tendrá que experimentar en la condición humana! ¡Por cuántas existencias deberá pasar! Sin remontarnos a los tiempos primitivos, miremos alrededor nuestro a la gente de campo, y preguntémonos cuáles sentimientos de admiración despiertan en esas personas el esplendor del amanecer, la bóveda estrellada del firmamento, el gorjeo de los pájaros, el murmullo de las olas cristalinas, las praderas cubiertas de flores. Para esas personas, el Sol se asoma por hábito, y lo único que piden de él es que proporcione suficiente calor para madurar las cosechas, sin quemarlas. Si miran el cielo, es para saber si hará buen tiempo, o no, al día siguiente. Les da lo mismo que los pájaros canten o dejen de cantar, mientras no destruyan los sembrados; prefieren el cacareo de las gallinas y el gruñido de los cerdos a las melodías del ruiseñor; si algo esperan de los arroyos, sean de aguas claras o lodosas, es que no se sequen ni provoquen inundaciones; de las praderas, que produzcan buena hierba, con flores o sin ellas. Eso es todo lo que desean, y agregamos, es todo lo que asimilan de la naturaleza, pese a que ya están muy distanciados de los hombres primitivos.

Si nos remitimos a estos últimos, entonces, los vemos preocupados aún más exclusivamente con la satisfacción de las necesidades materiales. Para ellos, el bien y el mal se reducen en este mundo a la satisfacción o el deterioro de esas necesidades. Creen en un poder sobrehumano; pero, como el per-

juicio material es lo que más de cerca los afecta, lo atribuyen a ese poder, del cual se forman una idea muy imprecisa. Aún no están capacitados para concebir algo fuera del mundo visible y tangible, de modo que lo imaginan y lo identifican con los seres y las cosas que los perjudican. Así pues, los animales dañinos son para ellos los representantes naturales y directos de ese poder. Por la misma razón, ven en las cosas útiles la personificación del bien, lo que explica el culto que rinden a ciertos animales, a ciertas plantas, e incluso a objetos inanimados. Con todo, el hombre es generalmente más sensible al mal que al bien. Este le parece natural, mientras que el mal lo afecta con más intensidad. A eso se debe que en los cultos primitivos las ceremonias en honor al poder maléfico siempre han sido las más numerosas, dado que el miedo superaba al reconocimiento.

Durante mucho tiempo el hombre sólo comprendió el bien y el mal físicos. Más tarde, los sentimientos del bien y del mal de carácter moral llegaron para señalar el progreso de la inteligencia humana, y sólo entonces el hombre vislumbró la espiritualidad y comprendió que el poder sobrehumano se encuentra fuera del mundo visible, y no en las cosas materiales. Ese progreso fue obra de algunas inteligencias selectas, aunque no pudieron superar ciertos límites.

Como se veía que existía una lucha incesante entre el bien y el mal, y que a menudo este triunfaba sobre aquel; y como, por otra parte, no podía admitirse en forma racional que el mal fuese obra de un poder bienhechor, se llegó a la conclusión de que existían dos poderes rivales en el gobierno del mundo. Así nació la doctrina de los dos principios: el del bien y el del mal; doctrina lógica para cierta época, porque el hombre todavía no era capaz de concebir otra, ni de comprender

la esencia del Ser supremo. ¿Cómo, entonces, habría de comprender que el mal sólo es un estado transitorio del que puede surgir el bien, y que los males que lo afligen deben conducirlo a la felicidad, contribuyendo a su adelanto? Los límites de su horizonte moral no le permitían ver nada más allá de la vida presente; no veía el pasado ni el futuro. No podía comprender que ya había progresado, ni que progresaría más aún como individuo, ni mucho menos que las vicisitudes de la vida son el resultado de la imperfección del ser espiritual que hay en él, el cual preexiste y sobrevive al cuerpo y se purifica a través de una serie de existencias, hasta que haya llegado a la perfección. Para comprender el bien que puede derivar del mal, no basta con observar una sola existencia, sino que es necesario abarcar el conjunto: sólo entonces surgen las auténticas causas y sus efectos.

Durante muchos siglos y con diversos nombres, el doble principio del bien y del mal fue la base de todas las creencias religiosas. Se lo personificó con los nombres de Ormuz y Ahrimán entre los persas, con los de Jehová y Satán entre los hebreos. Pero, como todo soberano debe tener ministros, las religiones admitieron poderes secundarios, o genios buenos y malos. Los paganos los personificaron mediante una multitud innumerable de individualidades, a las que dieron el nombre genérico de dioses, cada uno con atribuciones especiales para el bien y para el mal, para los vicios y para las virtudes. Los cristianos y los musulmanes heredaron de los hebreos los ángeles y los demonios.

La doctrina de los demonios tiene origen, pues, en la antigua creencia de los dos principios: el del bien y el del mal. Aquí solo nos compete analizarla desde el punto de vista cris-

tiano, para ver si está de acuerdo con las nociones más exactas que hoy tenemos acerca de los atributos de la Divinidad.

Esos atributos constituyen el punto de partida, la base de todas las doctrinas religiosas. Los dogmas, el culto, las ceremonias, las costumbres, la moral: todo depende de la idea más o menos justa, más o menos elevada que se tenga de Dios, desde el fetichismo hasta el cristianismo. Si bien la esencia íntima de Dios continúa siendo un misterio para nuestra inteligencia, la comprendemos mejor que nunca gracias a las enseñanzas de Cristo. El cristianismo, de acuerdo en esto con la razón, nos enseña que:

Dios es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas las perfecciones.

Conforme hemos manifestado en otro lugar (Primera Parte, capítulo VII, "La doctrina de las penas eternas"): "Si a Dios se le quitara la más mínima porción de uno solo de sus atributos, ya no sería Dios, puesto que podría existir otro ser más perfecto que Él". Así pues, esos atributos, en su plenitud más absoluta, son el criterio de todas las religiones, la medida de la verdad de cada uno de los principios que enseñan. Y para que cualquiera de esos principios sea verdadero, es indispensable que no implique un atentado a las perfecciones de Dios. Veamos si es así en la doctrina vulgar de los demonios.

Según la Iglesia, *Satán* es el jefe o rey de los demonios. No es una personificación alegórica del mal, sino un *ser real* que practica exclusivamente el mal, en tanto que Dios practica exclusivamente el bien. Tomémoslo, pues, tal como nos lo representan.

Satán, ¿existe eternamente, como Dios, o es posterior a Él? Si existe eternamente, es *increado*; por lo tanto, es igual a

Dios. En ese caso, Dios deja de ser único, pues hay un Dios del bien y un Dios del mal.

¿Y si Satán es posterior a Él? En ese caso, se trata de una criatura de Dios. Dado que Satán sólo practica el mal, y que es incapaz de hacer el bien y de arrepentirse, Dios creó un ser destinado perpetuamente al mal. Si bien el mal no es obra de Dios, sino de una de sus criaturas predestinadas a hacerlo, Dios no deja de ser el primer autor, en cuyo caso no es infinitamente bueno. Lo mismo se aplica a todos los seres malos denominados demonios.

Esa ha sido, durante mucho tiempo, la creencia sobre este punto. Hoy se dice:[21]

"Dios, que es la bondad y la santidad por excelencia, no los creó malvados y dañinos. Su mano paternal, que se complace en esparcir sobre todas sus obras un reflejo de sus infinitas perfecciones, los había colmado de magníficos dones. A las cualidades sobresalientes de su naturaleza, Dios añadió la magnificencia de su gracia. En todo los hizo iguales a los Espíritus sublimes que se encuentran en la gloria y la felicidad. Subdivididos en los diversos órdenes y ocupando todas las categorías, ellos tenían el mismo fin e idéntico destino que aquellos. Su jefe fue el más hermoso de los arcángeles. Ellos habrían podido, por sí mismos, obtener el mérito de que se los confirmara para siempre en la justicia, y que se los admitiera en el goce eterno de la bienaventuranza de los Cielos. Este último favor, que debía ser el complemento de todos los

21. Las citas siguientes han sido extraídas de la pastoral de monseñor Gousset, cardenal arzobispo de Reims, con motivo de la cuaresma de 1865. Gracias al mérito personal y a la posición del autor, podemos considerarlas la última expresión de la Iglesia sobre la doctrina de los demonios. (N. de Allan Kardec.)

demás, constituía el premio a su docilidad, pero se volvieron indignos de él. Lo perdieron mediante una insurrección audaz e insensata.

"¿Cuál fue el escollo a su perseverancia? ¿Qué verdad no reconocieron? ¿Qué acto de fe y de adoración le negaron a Dios? *La Iglesia y los anales de la Historia Sagrada no lo expresan de manera explícita*, pero *todo parece indicar* que no consintieron en la mediación del Hijo de Dios, ni en la exaltación de la naturaleza humana a través de Jesucristo.

"El Verbo divino, por quien fueron hechas todas las cosas, es también el único mediador y salvador, tanto en la Tierra como en el Cielo. El fin sobrenatural sólo fue otorgado a los ángeles y a los hombres en previsión de Su encarnación y Sus méritos, pues no hay proporción alguna entre las obras de los Espíritus más eminentes y esa recompensa, que no es otra más que el propio Dios. Ninguna criatura habría podido alcanzar ese fin, a no ser por esa maravillosa y sublime intervención de caridad. Ahora bien, para salvar la distancia infinita que separa a la esencia divina de las obras realizadas por sus manos, era preciso que el Verbo reuniese en su persona los dos extremos, y que asociase a su divinidad la naturaleza del ángel o la del hombre. Y Él eligió la naturaleza humana.

"Ese designio, concebido desde toda la eternidad, fue manifestado a los ángeles mucho antes de su ejecución. El Hombre-Dios les fue mostrado como Aquel que en el futuro habría de confirmarlos en la gracia e introducirlos en la gloria, con la condición de que lo adorasen en la Tierra durante Su misión, y en el Cielo por los siglos de los siglos. ¡Revelación inesperada, visión encantadora para los corazones generosos y agradecidos, pero misterio profundo, abrumador, para los Espíritus soberbios! ¡Ese fin sobrenatural, esa cantidad inmensa de glo-

ria que se les proponía, no sería únicamente la recompensa de sus méritos personales! ¡Nunca podrían atribuirse a sí mismos los merecimientos! ¡Un mediador entre Dios y ellos! ¡Qué injuria a su dignidad! ¿Y la preferencia gratuita otorgada a la naturaleza humana? ¡Qué injusticia! ¡Qué afrenta a sus derechos! ¿Verían algún día a esa humanidad, tan inferior a ellos, deificada por su unión con el Verbo, sentada a la diestra de Dios en un trono resplandeciente? ¿Consentirían en ofrecerle eternamente sus homenajes y su adoración?

"Lucifer y la tercera parte de los ángeles sucumbieron a esos pensamientos de envidia y de orgullo. Por su parte, san Miguel, y con él muchos otros, exclamaron: '¿Quién es semejante a Dios? Él es el dueño de sus dones, el soberano Señor de todas las cosas. ¡Gloria a Dios y al Cordero que será inmolado para la salvación del mundo!'. Pero el jefe de los rebeldes, olvidando que le debía al Creador su nobleza y sus prerrogativas, sólo prestó oídos a su temeridad, y dijo: 'Yo mismo ascenderé al Cielo; estableceré mi morada por encima de los astros; me sentaré sobre el monte de la alianza, en las laderas del Aquilón; dominaré las nubes más elevadas y seré semejante al Altísimo'. Los que compartían tales sentimientos recibieron esas palabras con murmullos de aprobación, y hubo partidarios en todos los órdenes de la jerarquía. Con todo, el hecho de que fueran una multitud no los preservó del castigo."

Esta doctrina suscita varias objeciones:

1.° Si Satán y los demonios eran ángeles, significa que eran perfectos. Si eran perfectos, ¿cómo pudieron equivocarse al punto de desconocer la autoridad de Dios, en cuya presencia se encontraban? Si al menos hubieran conquistado ese grado eminente de forma gradual, después de haber pasado por la escala de la imperfección, podríamos incluso concebir en ellos

un lamentable retroceso. Por el contrario, lo que hace que la circunstancia sea más incomprensible es que nos presentan a esos seres como habiendo sido creados perfectos desde siempre.

2.° Dado que ni la Iglesia ni los anales de la Historia Sagrada explican la causa de esa rebelión contra Dios, y se limitan a decir que esa rebelión *parece* fundarse en la negativa a reconocer la futura misión de Cristo, nos preguntamos, ¿qué valor puede tener la descripción tan precisa y detallada de la escena que tuvo lugar en esa ocasión? ¿A qué fuente recurrieron para extraer con precisión las palabras que fueron pronunciadas, y hasta los simples murmullos? Se presentan dos opciones: la escena es real, o no lo es. Si fuera real, ya no habría incertidumbre. ¿Por qué, entonces, la Iglesia no resuelve la cuestión? Pero si la Iglesia y la Historia guardan silencio, y si la causa apenas *parece* cierta, eso se debe a que no es más que una suposición, en cuyo caso la escena descripta es fruto de la imaginación.[22]

22. Consta en *Isaías*, 14:11 y siguientes: "Tu orgullo fue precipitado en los Infiernos; tu cuerpo muerto cayó al suelo; tu lecho exhalará pestilencia y tus vestiduras se cubrirán de gusanos. ¿Cómo caíste del Cielo, Lucifer, tú que parecías tan brillante al despuntar el día? ¿Cómo fuiste arrojado sobre la Tierra, tú que herías a las naciones; que decías *en tu corazón*: 'Subiré al Cielo, instalaré mi trono por encima de los astros de Dios, sobre el monte de la alianza, en las laderas del Aquilón; me sentaré por encima de las nubes más altas y seré igual al Altísimo'? Y sin embargo, has sido precipitado desde esa gloria al Infierno, hasta el más profundo de los abismos. Los que te vean, se aproximarán a ti, y después de haberte mirado, te dirán: '¿Acaso es este el *hombre* que estremece la Tierra, que sembró el terror en los reinos, que convirtió al mundo en un desierto, que destruyó las ciudades y mantuvo encadenados a sus prisioneros?" Estas palabras del profeta no se refieren a la rebelión de los ángeles. Son una alusión al orgullo y a la caída del rey de Babilonia, que mantenía a los judíos en cautiverio, según lo demuestran los últimos versículos. El rey de Babilonia es designado, alegóricamente, con el nombre de Lucifer, pero en el texto no se hace ninguna mención a la escena descripta más

3.° Las palabras atribuidas a Lucifer revelan una ignorancia que sorprende en un arcángel que, por su propia naturaleza y por el grado en que se encuentra, no debería participar, en lo atinente a la organización del universo, de los errores y prejuicios que los hombres han sostenido hasta que fueron esclarecidos por la ciencia. ¿Cómo es posible, pues, que dijera: "Estableceré mi morada por encima de los astros; dominaré las nubes más elevadas"? Se trata una vez más de la antigua creencia según la cual la Tierra es el centro del universo, con un cielo de nubes que se extiende hasta las estrellas, contenidas en una bóveda, mientras que la astronomía nos muestra esas estrellas diseminadas hasta lo infinito, en el espacio infinito. Puesto que hoy se sabe que las nubes no se elevan a más de dos leguas de la superficie de la Tierra, sería preciso, para que Lucifer diga que dominará las nubes más elevadas, y se refiera a las montañas, que la escena transcurriese en la superficie de la Tierra, y que en ella estuviera la morada de los ángeles. Por otro lado, si esa morada está ubicada en las regiones superiores, es inútil decir que se elevará por encima de las nubes. Atribuir a los ángeles un lenguaje impregnado de ignorancia equivale a confesar que los hombres de la actualidad saben más que los ángeles. La Iglesia siempre ha incurrido en el error de no tomar en cuenta los progresos de la ciencia.

La respuesta a la primera objeción se encuentra en el siguiente pasaje:

---

arriba. Esas palabras son las del rey, que decía *en su corazón*, y se colocaba, a causa de su orgullo, por encima de Dios, a cuyo pueblo mantenía cautivo. La profecía de la liberación de los judíos, de la ruina de Babilonia y de la derrota de los asirios es, por otra parte, el tema exclusivo de ese capítulo. (N. de Allan Kardec.)

"La Escritura y la tradición denominan *Cielo* al lugar en el que los ángeles habían sido colocados en el momento de su creación. Pero ese no era el Cielo de los Cielos, el Cielo de la visión beatífica, donde Dios se muestra cara a cara a sus elegidos, y donde estos lo contemplan claramente y sin ningún esfuerzo, porque allí no existe el peligro ni la posibilidad de pecar; la tentación y la duda no se conocen; la justicia, la alegría y la paz reinan imperturbables; la santidad y la gloria son imperecederas. Se trataba, por lo tanto, de otra región celestial, una esfera luminosa y afortunada, donde esas nobles criaturas, ampliamente favorecidas por las comunicaciones divinas, deberían recibirlas y adherir a ellas con la humildad de la fe, antes de que fueran admitidas para apreciar claramente la realidad en la esencia misma de Dios."

De lo expuesto se deduce que los ángeles caídos pertenecían a una categoría menos elevada, menos perfecta, y que aún no habían alcanzado el lugar supremo, donde la falta es imposible. De acuerdo, pero entonces existe una contradicción manifiesta, dado que el texto también sostiene que "Dios los había hecho *en todo iguales a los Espíritus sublimes*; que, subdivididos en los diversos órdenes y ocupando todas las categorías, tenían el mismo fin e idéntico destino que aquellos; y que su jefe era el más hermoso de los arcángeles". Por consiguiente, si fueron hechos en todo iguales a los demás ángeles, no eran inferiores en naturaleza, y si estaban ocupando todas las categorías, no podían permanecer en un lugar especial. La objeción, por lo tanto, subsiste por completo.

Existe aún otra objeción, sin duda las más grave y seria. Dice la Iglesia: "Ese designio (la mediación de Cristo), concebido *desde toda la eternidad*, fue manifestado a los ángeles mucho antes de su ejecución". Dios sabía, pues, desde toda la

eternidad, que los ángeles, al igual que los hombres, tendrían necesidad de esa mediación. ¿Sabía o no sabía, además, que algunos de los ángeles fracasarían; que esa caída les acarrearía la eterna condenación sin esperanza de retorno; que estarían destinados a tentar a los hombres, y que los hombres que se dejaran seducir correrían la misma suerte? Si lo sabía, entonces Dios creó a esos ángeles, con conocimiento de causa, para que se perdieran irrevocablemente, así como la mayor parte del género humano. Por más que se intente, con semejante previsión es imposible conciliar la creación de estos seres con la soberana bondad de Dios. Por otro lado, si Dios no lo sabía, entonces no era todopoderoso. Tanto en uno como en otro caso, nos encontramos ante la negación de dos atributos, sin cuya plenitud Dios no sería Dios.

Si se admite la falibilidad de los ángeles, así como la de los hombres, el castigo es una consecuencia natural y justa de la falta. Sin embargo, si admitimos al mismo tiempo la posibilidad del rescate, el retorno al bien, la recuperación de la gracia tras el arrepentimiento y la expiación, entonces no habrá nada que desmienta la bondad de Dios. De hecho, Él sabía que fallarían, que serían castigados, pero sabía también que ese castigo temporario sería un medio de hacerles comprender su falta, lo que se revertiría en beneficio de ellos mismos. Así se cumplirían las palabras del profeta Ezequiel: "Dios no quiere la muerte del pecador, sino su salvación"[23]. La negación de la

23. "¿Acaso deseo la muerte del impío? dice Dios el Señor. ¿No deseo más bien que se convierta, y que se aparte del camino del mal y que viva?" (Ezequiel, 18:23.)
"Decidles estas palabras: Por mi vida, dice Dios el Señor, que yo no quiero la muerte del impío, sino *que el impío se convierta*, que deje su mala vida y viva" (Ezequiel, 33:11). (N. de Allan Kardec.)

bondad de Dios radicaría en la inutilidad del arrepentimiento y en la imposibilidad del retorno al bien. Conforme a esta hipótesis, sería rigurosamente exacto decir que: "Esos ángeles, desde su creación, dado que Dios no podía ignorarlo, estaban consagrados perpetuamente al mal, y predestinados a convertirse en *demonios*, para arrastrar a los hombres al mal".

Veamos ahora cuál es el destino de estos ángeles y cuál es su quehacer:

"Tan pronto como se manifestó la rebelión en el lenguaje de los Espíritus, es decir, en el impulso de sus pensamientos, fueron expulsados irrevocablemente de la ciudad celestial y precipitados en el abismo.

"Por estas palabras entendemos que fueron relegados a un lugar de suplicios, en el cual sufren la pena del fuego, conforme a ese texto del Evangelio que salió de la boca misma del Salvador: 'Id, malditos, al fuego eterno preparado para el demonio y sus ángeles'. San Pedro dice expresamente: 'que Dios los sometió a las cadenas y las torturas del Infierno'; pero no han de estar allí perpetuamente, pues sólo cuando llegue el fin del mundo serán encerrados para siempre, junto con los réprobos. En la actualidad, Dios aún permite que ocupen un lugar en esta creación a la que pertenecen, en el orden de las cosas atinentes a su existencia, en las relaciones, en fin, que debían tener con el hombre, y de las cuales hacen el más pernicioso abuso. Mientras algunos permanecen en su tenebrosa morada, sirviendo de instrumento a la justicia divina *en contra de las infortunadas almas a las que sedujeron*, una infinidad de otros forman legiones invisibles, comandadas por sus jefes, que residen en las capas inferiores de nuestra atmósfera y recorren el globo de un extremo al otro. Se entrometen en todo lo que aquí ocurre, y con frecuencia toman una parte muy activa."

En lo que respecta a las palabras de Cristo acerca del suplicio del fuego eterno, véase nuestra explicación en el capítulo IV, titulado "El Infierno".

De conformidad con esta doctrina, apenas una parte de los demonios se encuentra en el Infierno; la otra deambula en libertad, interviene en todo lo que sucede aquí, y se entrega al placer de hacer el mal, cosa que habrá de ocurrir hasta el fin del mundo, cuya época indeterminada probablemente no llegue tan pronto. ¿Por qué, pues, esa diferencia? ¿Serán los últimos menos culpables? Por cierto que no, a menos que cambien sus roles, como parece deducirse de este pasaje: "Mientras algunos permanecen en su tenebrosa morada, sirviendo de instrumento a la justicia divina en contra de las infortunadas almas a las que sedujeron".

Sus funciones consisten, entonces, en atormentar *a las almas a las que sedujeron*. Así, no están encargados de castigar a las que son culpables de faltas libre y voluntariamente cometidas, sino a las que ellos mismos arrastraron a su caída. Son, a la vez, *la causa de la falta y el instrumento del castigo*. Ni siquiera la justicia humana, pese a toda su imperfección, admite que la víctima, en caso de que haya sucumbido por debilidad y debido a que otro la tentó, sea castigada con tanta severidad como el agente provocador, que empleó astucia y falsedad. Incluso esas almas son castigadas con mayor severidad, porque cuando dejan la Tierra va al Infierno, para no salir nunca más de allí, y para que sufran eternamente, sin descanso ni compasión, ¡en tanto que el causante principal de su falta goza de una tregua y conserva la libertad hasta el fin del mundo! ¿Acaso la justicia de Dios es menos perfecta que la de los hombres?

Eso no es todo. "Dios permite que los demonios ocupen un lugar en esta creación, en las relaciones que debían mantener con los hombres y de las cuales abusan de la manera más perniciosa." ¿Podía Dios ignorar que incurrirían en el abuso de la libertad que Él mismo habría de darles? Entonces, ¿por qué se las concedió? En ese caso, es con conocimiento de causa que Dios abandona a sus criaturas a merced de ellas mismas. En virtud de su omnipresciencia, sabe que van a sucumbir y que tendrán el mismo destino de los demonios. ¿No eran por sí mismas bastante débiles para que fracasaran sin el hostigamiento de un enemigo tanto más peligroso por ser invisible? ¡Si al menos el castigo fuese temporario, y el culpable pudiera redimirse con la reparación! Pero no: ¡la condena es irrevocable, eterna! El arrepentimiento, el retorno al bien, sus lamentos, ¡todo es en vano! Por consiguiente, los demonios son los agentes provocadores, predestinados a reclutar almas para el Infierno, y esto con el permiso de Dios, que al crear esas almas preveía el destino que les estaba reservado. ¿Qué se diría en la Tierra de un juez que obrara de ese modo para llenar las prisiones? ¡Qué extraña idea se nos ofrece de la Divinidad, de un Dios cuyos atributos esenciales son la justicia y la bondad soberanas! ¡Y enseñan esas doctrinas en nombre de Jesucristo, de aquel que sólo predicó el amor, la caridad y el perdón! Hubo una época en que tales anomalías pasaban desapercibidas, porque no se las comprendía, no se las captaba. El hombre, curvado bajo el yugo del despotismo, se sometía a la fe ciega, abdicaba de la razón. Hoy, sin embargo, ha sonado la hora de la emancipación. El hombre comprende la justicia y la desea, tanto en la vida como después de la muerte. Por eso exclama: ¡Eso no es así! ¡No puede ser así, o Dios no es Dios!"

"El castigo persigue por todas partes a esos seres caídos y malditos: llevan el Infierno consigo; no tienen paz ni reposo. Incluso las bondades de la esperanza se transformaron para ellos en amarguras. La esperanza les resulta odiosa. La mano de Dios los hirió en el acto mismo de su pecado, y su voluntad se volvió pertinaz en el mal. Convertidos en seres perversos, están empecinados en serlo, y lo serán para siempre.

"Esos seres son, después de haber pecado, lo que el hombre es después de la muerte. *La rehabilitación de los que cayeron es imposible*. A partir de entonces están perdidos en forma irreversible, y persisten en su orgullo delante de Dios, en su odio contra Cristo, en su envidia hacia la humanidad.

"Como no han podido conquistar la gloria del Cielo, en su ambición desmedida se esfuerzan por implantar su imperio en la Tierra, expulsando de ella el reino de Dios. El Verbo hecho carne cumplió, pese a ello, sus designios para la salvación y la gloria de la humanidad. Y por eso mismo consagran todos los medios de acción a promover la pérdida de las almas que Cristo rescató. La astucia y la impertinencia, la mentira y la seducción, todo ponen en juego para arrastrarlas a la maldad y la ruina total.

"Con esos enemigos, la vida del hombre no puede ser más que una lucha sin tregua, desde la cuna hasta la tumba, porque ellos son poderosos e infatigables.

"En efecto, esos enemigos son los mismos que, después de haber introducido el mal en el mundo, llegaron a cubrir la Tierra con las espesas tinieblas del error y el vicio. Son los mismos que, durante largos siglos, se hicieron adorar como dioses y reinaron con poder absoluto sobre los pueblos de la antigüedad. Son los mismos, en fin, que hasta hoy ejercen su influencia tiránica en las regiones idólatras, y que fomentan

el caos y el escándalo incluso en el seno mismo de las comunidades cristianas.

"Para comprender todos los recursos de que disponen al servicio de la maldad, basta con que se repare en que *nada han perdido de las prodigiosas facultades que son el patrimonio de la naturaleza angelical*. No cabe duda de que el porvenir, y sobre todo el orden natural, ocultan misterios que Dios reservó para sí, y que ellos no pueden descifrar. Pero su inteligencia es muy superior a la nuestra, puesto que perciben de una sola mirada los efectos en las causas, y viceversa. Esa penetración les permite predecir acontecimientos que escapan a nuestras conjeturas. La distancia y la diversidad de lugares desaparecen ante su presteza. Más rápidos que el rayo, más veloces que el pensamiento, pueden encontrarse casi al mismo tiempo en diferentes puntos del globo, y son capaces de describir los hechos a la distancia, en el momento mismo en que se producen.

"Las leyes generales mediante las cuales Dios rige y gobierna el universo son inaccesibles para ellos, motivo por el cual no pueden derogarlas y, por consiguiente, tampoco predecir u obrar milagros auténticos. No obstante, poseen el arte de imitar y falsificar, dentro de ciertos límites, las obras divinas. Saben cuáles son los fenómenos que resultan de la combinación de los elementos, y predicen con certeza los que ocurren naturalmente, así como los que ellos mismos pueden producir. De ahí los numerosos oráculos, los prodigios extraordinarios que los libros sagrados y profanos recopilaron y que han servido de base y de sustento para todas las supersticiones.

"La sustancia simple e inmaterial de que están compuestos los sustrae a nuestra vista; están a nuestro lado sin que los percibamos; hablan a nuestra alma sin que nuestros oídos los escuchen; creemos obedecer a nuestro propio pensamiento, cuando

en realidad sufrimos sus tentaciones y su funesta influencia. En sentido contrario, conocen nuestras tendencias por las sensaciones que experimentamos, y por lo general nos atacan por nuestro flanco más débil. Para seducirnos con mayor seguridad, suelen presentarnos atractivos y sugestiones acordes con nuestras inclinaciones. Modifican sus acciones según las circunstancias y los rasgos característicos de cada temperamento. Con todo, sus armas favoritas son la hipocresía y la mentira."

Se afirma que el castigo persigue a los demonios por todas partes, y que estos no tienen paz ni reposo. Con todo, eso no invalida de ningún modo la observación que hemos hecho acerca de la tregua de que gozan los que están fuera del Infierno, tregua tanto más injustificada, pues al estar fuera de él pueden hacer mucho más daño. Es cierto que no son dichosos como los ángeles buenos, pero ¿no se debe tomar en cuenta la libertad de que gozan? Si bien no poseen la felicidad moral que la virtud confiere, no cabe duda de que son menos desdichados que sus cómplices que se encuentran en las llamas. Por otra parte, los malvados siempre experimentan una especie de goce con el mal que hacen libremente. Preguntemos a un criminal si le da lo mismo quedarse en la prisión o recorrer los campos, haciendo todo el daño que le plazca. El caso es exactamente el mismo.

Se afirma también que el remordimiento los persigue sin tregua ni piedad. Pero no se toma en cuenta que el remordimiento es el precursor inmediato del arrepentimiento, cuando no se trata del arrepentimiento mismo. Ahora bien, se dice que: "Convertidos en seres perversos, *están empecinados en serlo*, y lo serán para siempre". Si se obstinan en la perversidad, es porque no tienen remordimientos; pues si tuvieran el menor sentimiento de pesar, renunciarían al mal y pedirían perdón.

Por consiguiente, el remordimiento no constituye un castigo para ellos.

"Esos seres son, después de haber pecado, lo que el hombre es después de la muerte. La rehabilitación de los que cayeron *es imposible*." Ahora bien, ¿a qué se debe esa imposibilidad? No se comprende que sea la consecuencia de su similitud con el hombre después de la muerte, proposición que, por otra parte, no es suficientemente clara. ¿Acaso esa imposibilidad proviene de la propia voluntad de los demonios, o de la voluntad de Dios? En el primer caso, se pone en evidencia una extrema perversidad, un empecinamiento absoluto en el mal, y no se llega a comprender que seres tan profundamente malos hayan podido ser alguna vez ángeles de virtud y que, durante el tiempo *indefinido* que pasaron entre estos últimos, no hayan dejado traslucir ni el menor indicio de su naturaleza maligna. En el segundo caso, se comprende menos aún que Dios inflija como castigo la imposibilidad del retorno al bien, después de una primera falta. El Evangelio no dice nada semejante.

"A partir de entonces –se agrega– están perdidos en forma irreversible, y persisten en su orgullo delante de Dios". ¿De qué les serviría no persistir en su orgullo, puesto que todo arrepentimiento es inútil? Si al menos tuvieran una esperanza de rehabilitación, sea cual fuere su precio, el bien tendría un objetivo para ellos; pero no es así. Si perseveran en el mal, es porque Dios les ha cerrado la puerta de la esperanza. Pero ¿por qué habría de hacer eso? Para vengarse de la ofensa derivada de su falta de sumisión. De ese modo, para saciar su resentimiento contra esos culpables, Dios prefiere no solamente verlos sufrir, sino además hacerles el mal en vez del bien, induciendo al mal y a la perdición eterna a todas las criaturas del género humano, en tanto que bastaría con un simple acto de

clemencia para evitar tamaño desastre, ¡un desastre previsto para toda la eternidad! Ese acto de clemencia, ¿sería acaso una gracia pura y simple, que pudiera convertirse en un estímulo para el mal? No, sería un perdón condicional, subordinado al sincero retorno al bien. En lugar de una palabra de esperanza y de misericordia, se hace decir a Dios: ¡Que perezca toda la raza humana, antes que mi venganza! ¡Y con semejante doctrina hay quienes todavía se sorprenden de que haya incrédulos y ateos! ¿Es así como Jesús nos presenta a su Padre? Él, que nos enseñó la ley explícita del olvido y el perdón de las ofensas, que nos ordenó que pagáramos el mal con el bien, que prescribió el amor a nuestros enemigos como la primera de las virtudes que nos conducen al Cielo, ¿pretendería de ese modo que los hombres fuesen mejores, más justos y más indulgentes que el mismo Dios?

Según el espiritismo, ni los ángeles ni los demonios son seres aparte, puesto que la creación de seres inteligentes es sólo una. Unidos a cuerpos materiales, esos seres constituyen la humanidad que puebla la Tierra y los demás planetas habitados. Cuando se desprenden de esos cuerpos, constituyen el mundo espiritual o de los Espíritus, que pueblan los espacios. Dios los creó perfectibles y les puso como meta la perfección, junto con la felicidad que es consecuencia de ella, pero no les dio la perfección: quiso que la obtuviesen por su propio esfuerzo, a fin de que tuvieran ese mérito. A partir del momento de su formación, los seres progresan, ya sea en el estado de encarnación o en el estado espiritual. Al llegar a su apogeo, se convierten en *Espíritus puros* o *ángeles*, según la expresión vulgar; de manera que, a partir del embrión del ser inteligente hasta el ángel, existe una cadena ininterrumpida, en la que cada uno de los eslabones indica un grado de progreso.

De ahí resulta que existen Espíritus en todos los grados de adelanto moral e intelectual, de conformidad con la posición que ocupan en la escala del progreso. Por consiguiente, los hay en todos los grados de saber y de ignorancia, de bondad y de maldad. En las categorías inferiores, se destacan los Espíritus que todavía son muy propensos al mal, y que se complacen en él. A estos se los puede denominar *demonios*, si así se quiere, pues son capaces de todas las maldades que se atribuyen a estos últimos. El espiritismo no les da ese nombre, porque el término *demonio* se asocia a la idea de un ser distinto de los del género humano, y cuya naturaleza es esencialmente malvada, consagrados eternamente al mal e incapaces de progresar hacia el bien.

Según la doctrina de la Iglesia, los demonios fueron creados buenos, y se convirtieron en malvados por su desobediencia: son ángeles caídos, que al principio habían sido colocados por Dios al tope de la escala, de donde descendieron. Según el espiritismo, se trata de Espíritus imperfectos, pero que mejorarán. Aún se encuentran en la base de la escala, pero ascenderán.

Durante los períodos iniciales de su existencia, los Espíritus están sujetos a la encarnación material que necesitan hasta que hayan alcanzado cierto grado de desarrollo. El número de encarnaciones es indefinido y se encuentra subordinado a la rapidez del progreso. Ese progreso depende del trabajo y de la buena voluntad del Espíritu, que en todas las circunstancias obra en virtud de su libre albedrío. Los Espíritus que por su desidia, negligencia, obstinación y mala voluntad permanecen más tiempo en las categorías inferiores, sufren las penas que resultan de esa actitud, y el hábito del mal les hace más difícil salir de ahí. No obstante, tarde o temprano llega el día en que se cansan de esa existencia penosa y de los padecimientos

que son su consecuencia. Entonces, al comparar su situación con la de los Espíritus buenos, comprenden que su interés reside en el bien, de modo que procuran mejorar por un acto de su propia voluntad, sin que se los obligue. *Aunque se hallan sometidos a la ley del progreso, en virtud de que son aptos para progresar, no lo hacen contra su voluntad*. Dios les proporciona incesantemente los medios, pero ellos son libres para aceptarlos o rechazarlos. Si el progreso fuese obligatorio, no existiría mérito alguno, y Dios quiere que todos tengan el mérito de sus propias obras. Nadie es colocado en la primera categoría por privilegio; esa categoría es accesible a todos, pero nadie la alcanza sin su propio esfuerzo. Los ángeles más elevados han conquistado su jerarquía pasando, como los demás, por el camino común. Todos, desde la cima hasta la base, pertenecieron o todavía pertenecen a la humanidad.

Por consiguiente, los hombres son Espíritus encarnados, que han evolucionado en mayor o menor medida; y los Espíritus son las almas de los hombres que han dejado su envoltura material. La vida espiritual es la vida normal del Espíritu; el cuerpo no es más que una vestimenta temporaria, adecuada para las funciones que los Espíritus deben cumplir en la Tierra, como el guerrero que se viste con la armadura y la cota para el momento del combate, y se los quita después de la batalla, para volver a colocárselas cuando llega el momento de una nueva lucha. La vida corporal es el combate, es la lucha que los Espíritus deben librar para su adelanto. Con ese fin, se visten con la armadura que para ellos es un instrumento de acción, pero al mismo tiempo una molestia.

Los Espíritus llevan a la encarnación las cualidades que les son propias; los imperfectos constituyen los hombres imperfectos, en tanto que los más adelantados, buenos, inteligentes,

instruidos, constituyen los hombres *instintivamente* buenos, inteligentes y aptos para adquirir con facilidad nuevos conocimientos. De igual modo, cuando los hombres mueren, aportan al mundo espiritual Espíritus buenos o malos, adelantados o atrasados. Así pues, el mundo corporal y el mundo espiritual se derraman constantemente uno sobre otro.

Entre los Espíritus malos, algunos tienen la perversidad propia de los demonios, y se les puede aplicar en todo la descripción que se ha hecho de estos últimos. Durante la encarnación, producen esos hombres perversos y astutos que se complacen en el mal, que parecen haber nacido para ser la desgracia de todos aquellos a los que atraen hacia su intimidad. Podemos decir, sin injuriarlos, que son demonios encarnados.

Cuando han llegado a cierto grado de purificación, los Espíritus reciben misiones adecuadas a su progreso. Desempeñan de ese modo las funciones atribuidas a los ángeles de los diferentes órdenes. Por otra parte, puesto que Dios crea eternamente, se concluye que eternamente hubo seres suficientes para satisfacer todas las necesidades del gobierno del universo. Así pues, una sola especie de seres inteligentes, sometida a la ley del progreso, basta para todo. Esa unidad en la creación, sumada a la idea de un origen común, con el mismo punto de partida y el mismo camino a recorrer, en el que los seres se elevan por su propio mérito, responde mucho mejor a la justicia de Dios que la creación de especies diferentes, más o menos favorecidas con dones naturales, que constituirían otros tantos privilegios.

Puesto que la doctrina vulgar sobre la naturaleza de los ángeles, los demonios y las almas humanas no admite la ley del progreso, pero considera que existen seres de diversos grados, se concluyó que estos eran el producto de otras tantas

creaciones especiales. De ese modo, se llega a hacer de Dios un padre parcial, que a algunos de sus hijos les concede todo, mientras que impone a los otros el más arduo trabajo. No es para sorprenderse que durante mucho tiempo los hombres no hayan visto nada chocante en esas preferencias, ya que ellos procedían del mismo modo en relación con sus propios hijos, al establecer los derechos de primogenitura y otros privilegios de nacimiento. *¿Podían esos hombres suponer que se equivocaban más que Dios?* Hoy, en cambio, se ha ampliado el círculo de las ideas. El hombre ve con más claridad y tiene nociones más precisas de la justicia. Como la desea para sí, y no siempre la encuentra en la Tierra, desea al menos hallarla más perfecta en el Cielo. Por ese motivo, su razón rechaza toda y cualquier doctrina en la que la justicia divina no se le presente en la plenitud de su pureza.

Capítulo XI

Intervención de los demonios en las manifestaciones modernas

Los fenómenos espíritas modernos han llamado la atención sobre hechos análogos ocurridos en todos los tiempos, y nunca antes la historia fue tan consultada en ese sentido como últimamente. A partir de la semejanza de los efectos se ha deducido la unidad de la causa. Como siempre sucede en relación con los hechos extraordinarios cuya causa se desconoce, la ignorancia vio en los fenómenos espíritas una causa sobrenatural, y la superstición los exageró, agregándoles creencias absurdas. De ahí provienen una infinidad de leyendas que, en su mayoría, son una mezcla de pocas verdades con muchas mentiras.

Las doctrinas sobre el demonio, que prevalecieron por tanto tiempo, habían exagerado de tal manera su poder, que hicieron, por así decirlo, que Dios fuese olvidado. Por todas partes aparecía el dedo de Satán, y para eso bastaba con que el hecho considerado superase los límites del poder humano. Hasta las mejores cosas, los descubrimientos más útiles, aquellos que podían sacar al hombre de su ignorancia y ampliar el círculo de sus ideas, fueron considerados en muchas ocasiones como obras diabólicas. Los fenómenos espíritas de nuestros días, más generalizados y mejor estudiados, sobre todo con el

auxilio de las luces de la razón y de los datos de la ciencia, han confirmado, es cierto, la intervención de inteligencias ocultas. Pero esas inteligencias actúan siempre dentro de los límites de las leyes de la naturaleza, y revelan, mediante su acción, una fuerza nueva y leyes que hasta ahora no se conocían. La cuestión se reduce, por consiguiente, a saber de qué orden son esas inteligencias.

Mientras sólo se tenía, acerca del mundo espiritual, nociones imprecisas o sistemáticas, los equívocos podían ocurrir. Pero hoy, gracias a que observaciones rigurosas y estudios experimentales han puesto luz sobre la naturaleza de los Espíritus, su origen y su destino, su modo de obrar y el rol que desempeñan en el universo, la cuestión se resuelve a través de los hechos. Sabemos ahora que esas inteligencias ocultas son las almas de los que han vivido en la Tierra. Sabemos también que las diversas categorías de Espíritus buenos y malos no constituyen seres de especies diferentes, sino que indican solamente *diversos grados de adelanto*. Según la posición que ocupan, en virtud de su desarrollo intelectual y moral, los Espíritus que se manifiestan presentan los más evidentes contrastes, lo que no les impide que hayan salido de la gran familia humana, del mismo modo que el salvaje, el bárbaro y el hombre civilizado.

Acerca de este asunto, como sobre muchos otros, la Iglesia mantiene sus viejas creencias en lo que concierne a los demonios. Dice ella: "Tenemos principios que no han variado en dieciocho siglos, porque son inmutables". Su error consiste precisamente en no tomar en cuenta el progreso de las ideas, y en suponer que Dios es lo bastante poco sabio como para no adecuar la revelación al desarrollo de la inteligencia, pues emplea con los hombres adelantados el mismo lenguaje que

con los hombres primitivos. Si, mientras la humanidad avanza, la religión persiste en aferrarse a los viejos errores, tanto en materia espiritual como en materia científica, llegará un momento en que la incredulidad habrá de superarla.

Veamos cómo explica la Iglesia la intervención exclusiva de los demonios en las manifestaciones modernas:[24]

"En sus intervenciones exteriores, los demonios procuran disimular su presencia, a fin de alejar sospechas. Invariablemente astutos y pérfidos, seducen al hombre con celadas, para luego someterlo a las cadenas de la opresión y la servidumbre. Aquí, estimulan su curiosidad con fenómenos y jugarretas pueriles; allá, despiertan su admiración y lo subyugan con el hechizo de lo maravilloso. Si surge lo sobrenatural, si su poder los desenmascara, entonces calman y alejan toda susceptibilidad, reclaman confianza y generan familiaridad. Algunas veces, se hacen pasar por divinidades o genios buenos; otras, se apropian de los nombres e incluso de las características de los muertos cuya memoria se conserva en la Tierra. Con el auxilio de esos fraudes, dignos de la antigua serpiente, hablan y son escuchados, dogmatizan y se les cree, mezclan con sus falsedades algunas verdades, e inculcan el error, oculto bajo diversas formas. En eso consisten las pretendidas revelaciones de ultratumba. Y para la obtención de tales resultados, tanto la madera como la piedra, los bosques y los manantiales, el santuario de los ídolos, las patas de las mesas y las manos de los niños, se convierten en oráculos. A eso se debe que la pitonisa profetice en estado de delirio, y que el ignorante lo haga en un misterioso sueño, convertido de repente en un doctor

24. Las citas de este capítulo han sido extraídas de la misma pastoral indicada en el capítulo precedente, y son su continuación, de modo que tienen la misma autoridad. (N. de Allan Kardec.)

de la ciencia. Engañar y pervertir, ese es, en todas partes y en todos los tiempos, el objetivo final de esas extrañas manifestaciones.

"Los resultados asombrosos de esas prácticas, en su mayoría extraños y ridículos, puesto que no pueden provenir de su virtud intrínseca, ni del *orden establecido por Dios*, sólo pueden atribuirse a la participación de las potencias ocultas. Esos son, sobre todo, los fenómenos extraordinarios obtenidos en nuestros días con los procedimientos aparentemente inofensivos del magnetismo, y con el órgano inteligente de las mesas parlantes. A través de esas operaciones de la magia moderna, vemos cómo se reproducen entre nosotros las evocaciones y los oráculos, las consultas a los muertos, las *curaciones* y los prodigios que han ilustrado los templos de los ídolos y los antros de las sibilas. Como en otras épocas, se le dan órdenes a la madera y ella obedece, se la interroga y ella responde, y lo hace en todas las lenguas y acerca de cualquier tema. Nos encontramos en presencia de seres invisibles que usurpan los nombres de los muertos, y cuyas pretendidas revelaciones tienen la impronta de la contradicción y la mentira; formas inconsistentes y sutiles, dotadas de una fuerza sobrehumana, aparecen y desaparecen de repente.

"¿Quiénes son los agentes secretos de esos fenómenos, los verdaderos actores de esas escenas inexplicables? Los ángeles no aceptarían esos roles indignos, ni se prestarían a los caprichos de una vana curiosidad. Las almas de los muertos, a las que Dios prohíbe consultar, permanecen en el lugar que su justicia les asigna, y no pueden, sin su permiso, ponerse a las órdenes de los vivos. Por consiguiente, los seres misteriosos que responden al primer llamado tanto del hereje y del impío como del creyente, es decir, tanto del crimen como de la ino-

cencia, no son enviados de Dios ni apóstoles de la verdad y la salvación, sino los secuaces del error y del Infierno. A pesar del cuidado con que se ocultan bajo los nombres más venerables, se traicionan por la nulidad de sus doctrinas, así como por la bajeza de sus actos y la incoherencia de sus palabras. Intentan borrar del símbolo religioso los dogmas del pecado original, de la resurrección de los cuerpos, de *la eternidad de las penas*, y de toda la revelación divina, con el propósito de quitarle a las leyes su auténtica sanción y de levantar todas las barreras al paso del vicio. Si sus sugestiones pudieran prevalecer, acabarían por formar una religión cómoda, para uso del socialismo y de todos aquellos a quienes incomoda la noción del deber y de la conciencia. La incredulidad de nuestro siglo les facilitó el camino. ¡Ojalá las sociedades cristianas puedan, mediante un retorno sincero a la fe católica, escapar del peligro de esta nueva y terrible invasión!"

Esta teoría se basa en el principio según el cual los ángeles y los demonios son seres distintos de las almas humanas, y que estas son el producto de una creación especial, inferiores incluso a los demonios, tanto en inteligencia como en conocimientos y en toda clase de facultades. Así se llega a la conclusión de que los ángeles malos son los que intervienen con exclusividad en las manifestaciones antiguas y modernas que se atribuyen a los Espíritus de los muertos. La posibilidad de que las almas se comuniquen con los vivos es una cuestión de hecho; es el resultado de la experiencia y de la observación, que no viene al caso discutir aquí. No obstante, admitamos como hipótesis la teoría arriba citada; supongamos que solamente puedan manifestarse los seres de naturaleza angélica y que se excluya a las almas humanas; en ese caso, veamos si es racional conceder ese privilegio a los demonios, si esta última

opinión concuerda con los hechos, y si no se contradice con la propia doctrina acerca de la naturaleza y las atribuciones de los ángeles.

En las tres categorías de ángeles, la primera se ocupa exclusivamente del Cielo; la segunda, del gobierno del universo; y la tercera, de la Tierra. En esta última categoría se encuentran los ángeles de la guarda, encargados de proteger a cada uno de los individuos. Sólo una parte de los ángeles de esta categoría participó en la rebelión y fue transformada en demonios. Ahora bien, si Dios les permitió inducir a los hombres a la perdición mediante sugestiones de todo tipo y manifestaciones ostensibles, ¿por qué causa, si es soberanamente justo y bueno, les habría otorgado el inmenso poder del que gozan, y la libertad que usan de modo tan pernicioso, sin al menos permitir a los ángeles buenos que contrarresten esos males con manifestaciones equivalentes orientadas hacia el bien? Admitamos que Dios haya concedido igual poder a los buenos y a los malos, lo que ya implicaría un favor extraordinario en beneficio de estos últimos; en ese caso, el hombre tendría al menos la libertad de elegir. No obstante, al conceder a los demonios el monopolio de la tentación, con la facultad de simular el bien para engañar y seducir mejor, Dios habría tendido a los hombres una verdadera trampa, aprovechando su debilidad, su inexperiencia y su buena fe. Es más, se trataría de un abuso de la confianza en Dios. La razón se rehúsa a admitir semejante parcialidad en beneficio del mal. Analicemos los hechos.

Se concede a los demonios facultades trascendentes; ellos no perdieron nada de su naturaleza angélica. Poseen el saber, la perspicacia, la previsión y la clarividencia de los ángeles, además de la astucia, la sagacidad y la habilidad en el más alto

grado. El objetivo que los guía es desviar a los hombres del bien y, sobre todo, apartarlos de Dios y arrastrarlos al Infierno, del que son proveedores y reclutadores. Se comprende, pues, que ellos se dirijan a los que andan por el camino del bien y que a su juicio están perdidos si persisten en él; se comprende que empleen las seducciones y los simulacros del bien, a fin de atraerlos hacia sus trampas. Pero no se comprende por qué se dirigen también a los hombres que ya les pertenecen en cuerpo y alma, para conducirlos nuevamente a Dios y al bien. ¿Quién está más atrapado en las garras del demonio que aquel que blasfema contra Dios y reniega de Él, sumergido en el vicio y en los desórdenes de las pasiones? ¿Acaso ese no está ya en el camino del Infierno? ¿Acaso se comprende que, seguro de su presa, el demonio la incite a rogar a Dios, a someterse a Su voluntad, a renunciar al mal? ¿Cómo puede ser que exalte ante su mirada la vida deliciosa de los Espíritus buenos, y que le describa con horror la situación de los malos? ¿Quién ha visto a un comerciante que elogie la mercadería del vecino, en perjuicio de la suya, aconsejándoles a sus clientes que compren la del otro? ¿Quién ha visto a un reclutador de soldados que hable mal de la vida militar y pondere el reposo de la vida doméstica? ¿Podrá decir a los conscriptos que pasarán una vida de trabajo y privaciones, y que tendrán diez probabilidades contra una de morir o, al menos, de perder los brazos y las piernas en la batalla? Ese es, precisamente, el papel ridículo que atribuyen al demonio, pues es un hecho evidente que, como consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo invisible, todos los días hay incrédulos y ateos que se acercan a Dios y oran con fervor, cosa que nunca habían hecho, así como personas viciosas que trabajan con ardor para volverse mejores. Atribuir esos resultados a la astucia del de-

monio significa convertirlo en un tonto. Ahora bien, como esto no es una mera suposición, sino el resultado de la experiencia, y como delante de un hecho no hay negación posible, debemos llegar a la conclusión de que, o el demonio es un torpe de primer nivel, que no es tan astuto ni maligno como se pretende y que, por consiguiente, tampoco es tan temible, pues trabaja en contra de sus propios intereses, o bien que no todas las manifestaciones provienen de él.

"Ellos inculcan el error, oculto bajo diversas formas; y para la obtención de esos resultados, tanto la madera como la piedra, los bosques y los manantiales, el santuario de los ídolos, las patas de las mesas y *las manos de los niños*, se convierten en oráculos."

En caso de que sea así, ¿qué valor tienen estas palabras del Evangelio: "Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán. En esos días, derramaré de mi Espíritu sobre mis servidores y servidoras, y ellos profetizarán"? (*Hechos de los Apóstoles*, 2:17 y 18). ¿No es esto la predicción de la mediumnidad, que a todos se concede en nuestros días, incluso a los niños? ¿Acaso los Apóstoles han anatematizado esa facultad? No; ellos la anunciaron como un favor de Dios, y no como la obra del demonio. ¿Acaso los teólogos de la actualidad saben al respecto más que los Apóstoles? ¿No deberían ver el dedo de Dios en el cumplimiento de aquellas palabras?

"A través de esas operaciones de la *magia moderna*, vemos cómo se reproducen entre nosotros las evocaciones y los oráculos, las consultas a los muertos, las *curaciones* y los prodigios que han ilustrado los templos de los ídolos y los antros de las sibilas."

¿Acaso se realizan operaciones de magia en las evocaciones espíritas? Hubo un tiempo en que se creyó en la eficacia de esas maniobras, pero hoy sabemos que son ridículas. Nadie las toma en serio, y el espiritismo las condena. En la época en que floreció la magia, la noción que se tenía sobre la naturaleza de los Espíritus era deficiente, y se los consideraba seres dotados de un poder sobrehumano. Nadie los evocaba si no era para obtener, incluso a costa de la propia alma, los favores de la suerte y la fortuna, el descubrimiento de tesoros, la revelación del porvenir, o filtros. La magia, con la ayuda de sus signos, fórmulas y prácticas cabalísticas, tenía la fama de proporcionar secretos para obrar prodigios, obligando a los Espíritus a ponerse a las órdenes de los hombres y a satisfacer sus deseos. Hoy sabemos que los Espíritus son las almas de los hombres, y no los evocamos más que para recibir los consejos de los buenos, moralizar a los imperfectos y continuar las relaciones con nuestros seres queridos. Veamos lo que manifiesta el espiritismo al respecto:

- No existe ningún medio de obligar a un Espíritu a que acuda contra su voluntad, siempre que sea, desde el punto de vista moral, igual o superior al evocador, porque este no tendrá sobre él ninguna autoridad. En cambio, si el Espíritu es inferior, el evocador puede obligarlo, en caso de que *sea para el bien del Espíritu evocado*, porque entonces otros Espíritus lo ayudarán. (*El libro de los médiums*, capítulo XXV.)

- Cuando se quiere tratar con Espíritus serios, la disposición más esencial para las evocaciones es el recogimiento. *Con fe y con el deseo del bien* se tiene más fuerza para evocar a los Espíritus superiores. Al elevar su alma durante algunos instantes de recogimiento, en el momento de la evocación, el

evocador se identifica con los Espíritus buenos y los predispone a que acudan. (*El libro de los médiums*, capítulo XXV.)

- Ningún objeto, medalla o talismán, posee la propiedad de atraer o de rechazar a los Espíritus, porque la materia no ejerce ninguna acción sobre ellos. Jamás un Espíritu bueno aconsejará semejantes absurdos. La virtud de los talismanes nunca existió, salvo en la imaginación de las personas crédulas. (*El libro de los médiums*, capítulo XXV.)

- No existe ninguna fórmula sacramental para la evocación de los Espíritus. Quien pretenda recomendar alguna, sin temor puede ser tildado de impostor, dado que para los Espíritus la forma no significa nada. No obstante, la evocación siempre debe hacerse en nombre de Dios. (*El libro de los médiums*, capítulo XVII.)

- Los Espíritus que marcan encuentros en lugares tétricos y a horas inconvenientes son Espíritus que se divierten a expensas de quienes les prestan oídos. Siempre es inútil, y a menudo peligroso, acceder a esas sugerencias. Inútil, porque no se gana absolutamente nada con ser engañado. Peligroso, no por el daño que los Espíritus puedan hacer, sino por la influencia que eso puede ejercer sobre cerebros débiles. (*El libro de los médiums*, capítulo XXV.)

- No hay días ni horas más propicios para realizar las evocaciones. Para los Espíritus eso es completamente indiferente, como lo es todo lo material, y sería una *superstición* creer en esa influencia. Los momentos más propicios son aquellos en los que el evocador pueda estar menos distraído por sus ocupaciones habituales; aquellos momentos en los que su cuerpo y su alma estén más en calma. (*El libro de los médiums*, capítulo XXV.)

- La crítica malévola se complace en representar a las comunicaciones espíritas revestidas con las prácticas ridículas y supersticiosas de la magia y la necromancia. No obstante, si los que se refieren al espiritismo sin conocerlo, se tomaran el trabajo de estudiar aquello de lo que hablan, se ahorrarían esfuerzos de imaginación y argumentos que sólo sirven para demostrar su ignorancia y su mala voluntad. Con el fin de ilustra a las personas ajenas a la ciencia espírita, diremos que, para comunicarse con los Espíritus, no hay horas, ni días ni lugares más apropiados que otros. Asimismo, no se requieren fórmulas ni palabras sacramentales o cabalísticas para evocarlos. No hace falta ningún tipo de preparación especial o iniciación. Los signos u objetos materiales no producen ningún efecto, tanto para atraerlos como para rechazarlos, pues para eso basta con el pensamiento. Por último, los médiums reciben las comunicaciones de los Espíritus de manera tan simple y natural como si esas comunicaciones fueran dictadas por una persona viva, y sin salir de su estado normal. Sólo el charlatanismo podría agregarles actitudes excéntricas y accesorios ridículos. (*¿Qué es el espiritismo?*, capítulo II, § 49.)

- En principio, el porvenir se le oculta al hombre, y sólo en casos raros y excepcionales Dios permite que le sea revelado. Si el hombre conociera el porvenir, descuidaría el presente y no obraría con la misma libertad, porque estaría dominado por la idea de que si una cosa debe ocurrir no hay razón para ocuparse de ella, o trataría de ponerle obstáculos. Dios no quiso que fuese así, a fin de que cada uno coopere en la realización de las cosas, incluso de aquellas a las que querría oponerse. Dios permite la revelación del porvenir cuando ese conocimiento previo debe facilitar la realización de algo en lugar de obstaculizarlo, comprometiendo a actuar de un modo

diferente a como se habría actuado sin ese conocimiento. (*El libro de los Espíritus,* Libro III, capítulo X.)

- Puede ocurrir que el Espíritu prevea cosas que considera útil revelar, o que él tiene como misión dar a conocer. No obstante, en esos casos se debe desconfiar más aún de los Espíritus embusteros, que se divierten haciendo predicciones. Sólo el conjunto de las circunstancias permite reconocer el grado de confianza que esas predicciones merecen. (*El libro de los médiums*, capítulo XXVI.)

- Los Espíritus no pueden guiar a los hombres en las investigaciones científicas ni en los descubrimientos. La ciencia es obra del talento. Sólo debe adquirirse por medio del trabajo, puesto que solamente mediante el trabajo el hombre avanza en su camino. ¿Qué mérito tendría él si le bastara con interrogar a los Espíritus para saberlo todo? A ese precio, cualquier tonto podría convertirse en sabio. Lo mismo sucede con las invenciones y los descubrimientos de la industria. Además, debemos hacer otra consideración: cada cosa debe venir a su tiempo y cuando las ideas están maduras para recibirla. Si el hombre tuviera ese poder, trastornaría el orden de las cosas y haría que los frutos nacieran antes de la estación apropiada.

Dios ha dicho al hombre: "Extraerás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente". Admirable imagen que describe cuál es la situación en que él se encuentra en la Tierra. Debe progresar en todo mediante el esfuerzo del trabajo. Si se le dieran las cosas completamente resueltas, ¿para qué le serviría la inteligencia? Sería como un estudiante a quien otro le realizara su tarea.

Cuando llega el tiempo de un descubrimiento, los Espíritus encargados de dirigir su marcha buscan al hombre capaz de llevarla a buen término, y le inspiran las ideas necesarias

para lograrlo. De ese modo, le dejan todo el mérito, pues es preciso que él mismo elabore esas ideas y las ponga en ejecución. Lo mismo sucede con todas las grandes realizaciones de la inteligencia humana. Los Espíritus dejan a cada hombre en su propia esfera. Así, al que sólo es capaz de trabajar la tierra no lo convertirán en depositario de los secretos de Dios. No obstante, saben cómo *sacar de la oscuridad* a aquel que es capaz de secundar sus designios. Por consiguiente, no dejéis que la curiosidad o la ambición os arrastren a un camino *que no se corresponda con los objetivos del espiritismo*, y que os conduciría a padecer los más ridículos engaños. (*El libro de los médiums*, capítulo XXVI.)

- Los Espíritus no pueden hacer que se descubran tesoros ocultos. Los superiores no se ocupan de esas cosas, pero los Espíritus burlones suelen aludir a tesoros que no existen, o se complacen en señalar su presencia en un lugar, cuando en realidad se encuentra en el lugar opuesto. Eso tiene su utilidad, pues demuestra que la verdadera riqueza está en el trabajo. Si la Providencia destina riquezas ocultas a alguien, esa persona las encontrará naturalmente, y no de otro modo. (*El libro de los médiums*, capítulo XXVI.)

- El espiritismo, al instruirnos acerca de las propiedades de los fluidos, que son los agentes y los medios de acción del mundo invisible, y que constituyen una de las fuerzas y uno de los poderes de la naturaleza, nos da la clave de una infinidad de fenómenos que son inexplicables por cualquier otro medio, y que a falta de explicación pasaron por prodigios en tiempos remotos. Del mismo modo que el magnetismo, el espiritismo nos revela una ley que, si bien no es desconocida, al menos no ha sido debidamente comprendida; o mejor dicho, una ley de la que sólo se conocían sus efectos, razón

por la cual se generó la superstición. Al conocerse la ley, lo maravilloso desaparece, y los fenómenos ingresan en el orden de las cosas naturales. Por ese motivo, cuando los espíritas hacen que una mesa se mueva o que los difuntos escriban, no producen mayor milagro que aquel al que da lugar el médico cuando devuelve la vida a un moribundo, o el físico cuando hace que caiga un rayo. Aquel que, con la ayuda de esta ciencia, pretendiera *obrar milagros*, sería un ignorante del tema o un embaucador. (*El libro de los médiums*, capítulo II.)

- Ciertas personas se forman una idea muy falsa de las evocaciones. Algunas creen que estas consisten en hacer que los muertos salgan de la tumba con toda su lúgubre pompa. Sólo en las novelas, en los cuentos fantásticos de aparecidos y en el teatro se ven muertos descarnados que salen de los sepulcros, envueltos en mortajas y haciendo crujir los huesos. El espiritismo, que nunca hizo milagros, tampoco produce ese, pues jamás ha hecho revivir un cuerpo muerto. Cuando el cuerpo desciende a la sepultura, ya no sale de ella. No obstante, el ser espiritual, fluídico e inteligente, no permanece allí con su grosera envoltura. Se separa del cuerpo en el momento de la muerte; de modo que, cuando la separación es definitiva, no hay nada más en común entre ellos. (*¿Qué es el espiritismo?*, capítulo II, § 48.)

Nos hemos extendido un poco sobre estas citas para mostrar que los principios del espiritismo no tienen relación alguna con los de la magia, y que no dejan la menor duda al respecto. Por lo tanto, no hay Espíritus sometidos a las órdenes de los hombres, ni medios para presionarlos; no hay signos ni fórmulas cabalísticas; no hay descubrimientos de tesoros o procedimientos para enriquecerse; no hay milagros ni prodigios, así como tampoco adivinaciones ni apariciones

fantásticas. No hay nada, en definitiva, que constituya el objetivo y los elementos esenciales de la magia. El espiritismo no sólo reprueba todas esas cosas, sino que demuestra su imposibilidad e ineficacia. No hay, por lo tanto, ninguna analogía entre el fin y los medios de la magia y los del espiritismo. Querer mezclarlos sólo demuestra ignorancia o malicia. Y como los principios del espiritismo no tienen secretos, pues están enunciados en términos claros y sin equívocos, el error nunca podría prosperar.

En cuanto a las curaciones, reconocidas como hechos reales en la pastoral citada, el ejemplo ha sido mal elegido para apartar a las personas de las relaciones con los Espíritus. Esas curaciones constituyen otros tantos beneficios que llegan a todos y que todos pueden apreciar. Pocas son las personas dispuestas a renunciar a ellas, sobre todo después de haber agotado otros recursos, y ni siquiera ante el temor de que los cure el propio diablo. Por el contrario, más de una dirá que, si el diablo la curó, ha hecho una buena acción.

"¿Quiénes son los agentes secretos de esos fenómenos, los verdaderos actores de esas escenas inexplicables? Los ángeles no aceptarían esos roles indignos, ni se prestarían a los caprichos de una vana curiosidad."

Esos fenómenos son los de las manifestaciones ostensibles de los Espíritus, entre las cuales hay algunas que son evidentemente poco dignas de los Espíritus superiores; y si la palabra ángeles se sustituyera por la expresión *Espíritus puros* o *Espíritus superiores*, se diría exactamente lo mismo que afirma el espiritismo. Con todo, no podemos considerar indignas de los Espíritus buenos una infinidad de comunicaciones inteligentes obtenidas a través de la escritura, la palabra, la audición o cualquier otro medio, puesto que esas comunicaciones

tampoco son indignas de los hombres más eminentes de la Tierra. Lo mismo se puede decir acerca de las apariciones, las curaciones y una gran cantidad de hechos que los libros sagrados citan con profusión y atribuyen a los ángeles o los santos. Por consiguiente, si los ángeles y los santos produjeron en el pasado fenómenos semejantes, ¿por qué no habrían de producirlos ahora? ¿Por qué los mismos hechos, en manos de ciertas personas, serían en la actualidad obra del demonio, mientras que en manos de otras son considerados milagros santos?

El autor de la pastoral comete un error cuando manifiesta que esos fenómenos son inexplicables. Por el contrario, hoy son perfectamente explicados, a tal punto que ya no se los considera maravillosos y sobrenaturales. Y aunque no fueran explicados, no sería lógico atribuirlos al diablo, como tampoco lo fue, en otras épocas, atribuir al diablo el honor de todos los fenómenos naturales cuya causa resultaba desconocida.

Por *roles indignos* debemos entender los que tienden al mal y al ridículo, pero no se puede calificar de ese modo la obra de los Espíritus buenos, que hacen el bien y orientan a los hombres hacia Dios mediante la práctica de la virtud. Ahora bien, el espiritismo dice de manera precisa que los roles indignos no forman parte de las atribuciones de los Espíritus superiores, tal como se deduce de los siguientes preceptos:

- Se reconoce la calidad de los Espíritus por su lenguaje. El de los Espíritus realmente buenos y superiores es siempre digno, noble, lógico, y está exento de contradicciones. Revela sabiduría, benevolencia, modestia y la más pura moral. Es conciso, sin palabras inútiles. En cambio, en los Espíritus inferiores, ignorantes u orgullosos, el vacío de las ideas a menudo es compensado con la abundancia de palabras. Los pensamientos evidentemente falsos, las máximas contrarias a

la sana moral, los consejos ridículos, las expresiones groseras, triviales o simplemente frívolas, en suma, toda huella de malevolencia, presunción o arrogancia, es signo incuestionable de la inferioridad de un Espíritu.

- Los Espíritus inferiores son más o menos ignorantes; su horizonte moral es limitado, su perspicacia se halla restringida, y acerca de las cosas sólo tienen a menudo una idea falsa e incompleta. Por otra parte, aún están bajo el dominio de los prejuicios terrenales, a los que toman a veces como verdades; por eso son incapaces de resolver ciertas cuestiones. Pueden inducirnos a error, voluntaria o involuntariamente, sobre aquello que ni ellos mismos comprenden.

- No todos los Espíritus inferiores son esencialmente malos; algunos son apenas ignorantes y frívolos; otros son bromistas, ingeniosos y divertidos, y saben emplear la ironía sutil y mordaz. Al lado de estos se encuentran, ya sea en el mundo de los Espíritus o en la Tierra, todos los géneros de perversidad y todos los grados de superioridad intelectual y moral.

- Los Espíritus superiores sólo se ocupan de las comunicaciones inteligentes, pues tienen en vista nuestra instrucción. Las manifestaciones físicas o puramente materiales forman parte, más especialmente, de las atribuciones de los Espíritus inferiores, vulgarmente designados con el nombre de *Espíritus golpeadores*, así como entre nosotros las demostraciones de destreza corporal son obra de los saltimbanquis, y no de los sabios. *Sería absurdo suponer que los Espíritus, por poco elevados que sean, se exhibirían para divertirse*. (Véase *¿Qué es el espiritismo?*, capítulo II, §§ 37 a 40 y 60. Véase también *El libro de los Espíritus*, Libro II, capítulo I, "Diferentes órdenes de Espíritus" y "Escala espírita"; y *El libro de los médiums*, Segun-

da parte, capítulo XXIV: "Identidad de los Espíritus"; ítem "Distinción entre los Espíritus buenos y los Espíritus malos".)

¿Cuál es el hombre de buena fe que puede ver en estos preceptos un rol indigno atribuido a los Espíritus elevados? El espiritismo no solamente no confunde a los Espíritus, sino que constata, mediante la observación de los hechos, que los Espíritus inferiores son ignorantes en mayor o menor medida, que su horizonte moral es limitado y su perspicacia restringida, que a menudo se forman de las cosas una idea falsa e incompleta, que son incapaces de resolver ciertas cuestiones y, por consiguiente, de hacer todo lo que se les atribuye a los demonios. En cambio, la Iglesia afirma que estos poseen una inteligencia idéntica a la de los ángeles.

"Las almas de los muertos, a las que Dios prohíbe consultar, permanecen en el lugar que su justicia les asigna, y no pueden, *sin su permiso*, ponerse a las órdenes de los vivos."

El espiritismo también afirma que las almas no pueden manifestarse sin el permiso de Dios. Con todo, es mucho más riguroso, pues dice que ningún Espíritu, bueno o malo, puede comunicarse sin ese permiso, en tanto que la Iglesia atribuye a los demonios el poder de prescindir del mismo. El espiritismo va más lejos aún, pues afirma que los Espíritus, incluso con ese permiso, no se *ponen a las órdenes de los vivos* cuando acuden al llamado de estos.

- El Espíritu evocado, ¿acude voluntariamente, o por obligación? - *Obedece a la voluntad de Dios*, es decir, a la ley general que rige el universo. Juzga si es útil acudir, y en eso procede según su libre albedrío. El Espíritu superior acude siempre que se lo llama con un objetivo útil. Sólo se niega a responder en los ambientes integrados por personas poco serias, que toman a broma estas cosas. (*El libro de los médiums*, capítulo XXV.)

- El Espíritu evocado, ¿puede negarse a atender el llamado que se le dirige? - Por supuesto. De no ser así, ¿dónde estaría su libre albedrío? ¿Acaso creéis que todos los seres del universo están a vuestras órdenes? Vosotros mismos, ¿os consideráis obligados a responder a todos los que pronuncian vuestro nombre? Cuando digo que el Espíritu puede negarse, me refiero *al pedido del evocador*, pues un Espíritu inferior puede ser obligado, por un Espíritu superior, a presentarse. (*El libro de los médiums*, capítulo XXV.)

Los espíritas están de tal forma convencidos de que no tienen ningún poder directo sobre los Espíritus, y de que nada podrían obtener de ellos sin el permiso de Dios, que, toda vez que evocan a un Espíritu, dicen: *Ruego a Dios todopoderoso que permita a un Espíritu bueno comunicarse conmigo; ruego también a mi ángel de la guarda que me asista y aparte de mí a los Espíritus malos*. Y cuando evocan a un Espíritu determinado, dicen: *Pido a Dios todopoderoso que permita al Espíritu de tal persona comunicarse conmigo*. (*El libro de los médiums*, capítulo XVII, § 203.)

Así pues, cuando un Espíritu accede al llamado que se le dirige, lo hace con el permiso de Dios. Ahora bien, si según la Iglesia, cuando pedimos a Dios que le permita comunicarse a un Espíritu bueno, solamente acuden los malos, es porque Dios los envía, es decir *que Dios otorga el mal cuando se le pide el bien*. Una doctrina semejante implica el olvido de estas palabras de Jesús: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad a la puerta y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca halla; y al que llama a la puerta, se le abrirá. - ¿Quién de vosotros es el hombre que da una piedra a su hijo cuando este le pide pan? ¿O si le pide un pez, le da una serpiente? - Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vues-

tros hijos, ¿con cuánta mayor razón vuestro Padre que está en los Cielos dará los bienes verdaderos a quienes se los pidan?" (*San Mateo*, 7:7 a 11.)

Las acusaciones de la Iglesia contra la práctica de las evocaciones no conciernen, por lo tanto, al espiritismo, sino principalmente a las operaciones de la magia, con la cual este no tiene nada en común. El espiritismo condena, al igual que la Iglesia, las referidas operaciones, al mismo tiempo que no confiere a los Espíritus buenos un rol indigno de ellos. En una palabra, no pregunta ni pretende obtener nada sin el permiso de Dios.

No cabe duda de que puede haber personas que abusen de las evocaciones, que las conviertan en un juego, que desnaturalicen su objetivo providencial en beneficio de intereses personales, y que por ignorancia, liviandad, orgullo o ambición, se aparten de los verdaderos principios de la doctrina. Sin embargo, el espiritismo serio las desaprueba, así como la verdadera religión desaprueba los falsos devotos y los excesos del fanatismo. Por lo tanto, no es lógico ni justo imputar al espiritismo en general los abusos que él mismo condena, ni los errores de aquellos que no lo comprenden. Antes de formular una acusación, es conveniente saber si es justa. De ese modo, diremos: la censura de la Iglesia recae en los charlatanes, en los especuladores, en los que practican la magia y la hechicería. En eso, la Iglesia tiene razón. Cuando la crítica religiosa o escéptica castiga los abusos y estigmatiza al charlatanismo, colabora a realzar la pureza de la sana doctrina espírita, la ayuda a liberarse de los malos elementos y facilita nuestra tarea. El error de la crítica reside en confundir el bien y el mal, lo que muchas veces sucede por la mala fe de algunos y por la ignorancia del mayor número. Con todo, la distinción que esa

crítica no hace, otros sí la hacen. Sea como fuere, su censura, toda vez que recaiga sobre el mal, y a la cual el espírita sincero se asocia, no perjudica ni afecta al espiritismo.

"Por consiguiente, los seres misteriosos que responden al primer llamado tanto del hereje y del impío como del creyente, es decir, tanto del crimen como de la inocencia, no son enviados de Dios ni apóstoles de la verdad, sino los secuaces del error y del infierno."

¡Según esas palabras, Dios no permite que los Espíritus buenos se acerquen al hereje, al impío y al criminal para sacarlos del error y salvarlos de la perdición eterna! ¡Sólo les envía a los secuaces del Infierno para hundirlos más aún en el lodazal! ¡Y lo que es peor, a los inocentes sólo les envía seres perversos para que los perviertan! Así pues, ¿no habría entre los ángeles, entre esas criaturas privilegiadas de Dios, algún ser suficientemente compasivo que acuda en auxilio de esas almas perdidas? ¿Para qué sirven las brillantes cualidades de que están dotados? ¿Sólo para su goce personal? ¿Son realmente buenos cuando, extasiados por las delicias de la contemplación, ven a tantas almas que van camino al Infierno y no se acercan para desviarlas? ¿No es esa la imagen del rico egoísta que, carente de piedad, en su harta opulencia deja morir de hambre al mendigo que llama a su puerta? ¿No es el egoísmo transformado en virtud y colocado a los pies del Eterno!

Os llama la atención que los Espíritus buenos socorran al hereje y al impío porque habéis olvidado estas palabras de Cristo: "El hombre sano no necesita médico". Vuestro punto de vista, ¿no debería ser más elevado que el de los fariseos de aquella época? Vosotros mismos, ¿os rehusaríais a mostrar el camino del bien al incrédulo que os lo pidiera? Pues bien, los Espíritus buenos hacen lo que vosotros haríais: se acercan al

impío para darle buenos consejos. En vez de condenar las comunicaciones de ultratumba, deberíais bendecir los designios del Señor y admirar su omnipotencia y su bondad infinita.

La Iglesia dice que existen los ángeles de la guarda. No obstante, cuando esos ángeles no logran hacerse escuchar mediante la voz misteriosa de la conciencia o de la inspiración, ¿por qué no habrían de emplear medios de acción más directos y materiales, capaces de impresionar a los sentidos, puesto que eso es posible? Ya que todo es obra de Dios, y nada ocurre sin su permiso, ¿podemos admitir que Él facilite esos medios a los Espíritus malos y se los niegue a los buenos? En ese caso, debemos inferir que Dios otorga más facilidades a los demonios, para que lleven a los hombres a la perdición, que a los ángeles de la guarda para que los salven.

¡Pues bien! Lo que los ángeles de la guarda, según la Iglesia, no pueden hacer, lo hacen los demonios en lugar de ellos. Por medio de esas mismas comunicaciones, denominadas infernales, conducen nuevamente a Dios a quienes renegaban de Él, y al bien a quienes estaban sumergidos en el mal. Esos demonios hacen más: nos ofrecen el extraño espectáculo de millones de hombres que creen en Dios gracias al poder del diablo, mientras que la Iglesia es impotente para convertirlos. ¡Hombres que jamás habían orado, hoy lo hacen con fervor gracias a las instrucciones de esos demonios! ¡Cuántos orgullosos, egoístas y licenciosos, se tornaron humildes, caritativos y menos sensuales! ¡Y todavía alegáis que eso es obra del demonio! Si así fuera, habría que convenir en que el demonio ha prestado a esas personas mejor servicio y protección que los ángeles. Es necesario haberse formado una muy pobre opinión acerca del juicio de los hombres de nuestro siglo, para creer que aceptarían ciegamente esas ideas. Una religión que

hace de semejante doctrina su piedra angular, que se declara minada en sus bases si le quitamos sus demonios, su Infierno, sus penas eternas y su Dios despiadado, es una religión que se suicida.

Se dice que Dios envió a Cristo para salvar a los hombres. ¿No demostró con eso el amor a sus criaturas, y que no las dejó sin protección? No cabe duda de que Cristo es el Mesías divino, enviado a los hombres para enseñarles la verdad e indicarles el camino del bien. No obstante, ¡contad cuántos, solamente después de su advenimiento, no han podido escuchar su palabra de verdad, cuántos han muerto y morirán sin haberla conocido, y finalmente cuántos, entre quienes la conocen, la ponen en práctica! ¿Por qué razón Dios, siempre solícito para salvar a sus criaturas, no habría de enviarles otros mensajeros que llegaran a todos los rincones de la Tierra, entre grandes y pequeños, sabios e ignorantes, incrédulos y creyentes, para enseñarles la verdad a los que no la conocen, hacerla comprensible a quienes no la comprenden, supliendo a través de la enseñanza *directa* y *masiva* la propagación insuficiente del Evangelio, con el fin de apresurar el advenimiento del reino de Dios? Ahora bien, cuando esos mensajeros llegan en grandes multitudes para abrir los ojos a la luz, convertir a los impíos, curar a los enfermos y consolar a los afligidos según el ejemplo de Jesús, ¿qué hacéis vosotros? ¡Los rechazáis, despreciáis el bien que hacen, y decís que son demonios! Ese era el lenguaje de los fariseos en relación con Cristo, porque ellos también decían que Jesús hacía el bien mediante el poder del diablo. ¿Qué les respondió el Maestro? "Reconoced al árbol por sus frutos; un árbol malo no puede dar frutos buenos."

Para los fariseos, los frutos producidos por Jesús eran malos, porque Él venía a destruir los abusos y a proclamar la

libertad que debería arruinar la autoridad que detentaban. En cambio, si Jesús hubiese venido a halagarles el orgullo, a justificar sus delitos y sustentar su poder, entonces sí lo habrían visto como el Mesías que los judíos esperaban. El Maestro estaba solo, era pobre y débil, por lo que decretaron su muerte creyendo que extinguirían su palabra. Pero esa palabra era divina y lo sobrevivió. No obstante, se propagó con lentitud, de modo que, transcurridos dieciocho siglos, apenas la décima parte del género humano la conoce, y numerosos cismas estallaron en el seno mismo de sus discípulos. Ante ese panorama, Dios, en su misericordia, envía a los Espíritus para confirmar la palabra de Jesús, completarla, ponerla al alcance de todos y difundirla por toda la Tierra. Pero los Espíritus no están encarnados en un solo hombre, cuya voz sería limitada; ellos son innumerables, van por todas partes y nadie los puede detener. Por esa razón su enseñanza se propaga con la rapidez del relámpago. Además, hablan al corazón y a la razón, y por eso los más humildes los comprenden.

"¿No es indigno de mensajeros celestiales –decís–, que sus instrucciones se transmitan por un medio tan vulgar como el de las mesas parlantes? ¿No es ultrajarlos suponer que se divierten con frivolidades y que abandonan la luminosa mansión donde residen para ponerse a disposición del primer curioso que aparezca?"

¿Acaso Jesús no dejó la morada de su Padre para nacer en un establo? Además, ¿quién os dijo que el espiritismo atribuye prácticas triviales a los Espíritus superiores? El espiritismo manifiesta, por el contrario, que las cosas vulgares son propias de Espíritus vulgares. No obstante, con esas vulgaridades, no sólo han conmovido muchas imaginaciones, sino que han servido para demostrar la existencia del mundo espiritual, y

mostraron que ese mundo es muy diferente de lo que se suponía. Ese era apenas el principio, tan simple como todo lo que comienza. Sin embargo, no porque haya salido de una minúscula semilla, el árbol dejará más tarde de extender a lo lejos su ramaje. ¿Quién hubiera creído que del pesebre miserable de Belén saldría un día la palabra que habría de transformar al mundo?

En efecto, Cristo es el Mesías divino. Su palabra es la palabra de la verdad. La religión fundada en esa palabra será inquebrantable, con la condición de que siga y ponga en práctica las sublimes enseñanzas que contiene, y no haga del Dios justo y bueno –que él nos dio a conocer– un Dios parcial, vengativo y despiadado.

Capítulo XII

Acerca de la prohibición de evocar a los muertos

La Iglesia no niega de ningún modo la realidad de las manifestaciones espíritas. Por el contrario, según vimos en las citas precedentes, las acepta por completo, pero las atribuye a la intervención exclusiva de los demonios. Es un error invocar el Evangelio, como hacen algunas personas, para justificar su prohibición, pues el Evangelio no dice nada al respecto. El principal argumento que se utiliza es la prohibición de Moisés. Veamos en qué términos se refiere al tema la misma pastoral que citamos en los capítulos anteriores:

"No está permitido ponerse en relación con ellos (los Espíritus), ya sea directamente o por intermedio de quienes los evocan e interrogan. La ley mosaica castigaba con la muerte esas prácticas condenables, en uso entre los gentiles. Dice el libro del *Levítico*: 'No busquéis a los magos, ni deseéis saber cosa alguna de los adivinos, a fin de que no os contaminéis con ellos' (19:31). 'Si un hombre o una mujer tienen un espíritu de Pitón o de adivinación, que se les aplique la pena de muerte; serán lapidados y sobre ellos caerá su sangre' (20:27). Y en el libro del *Deuteronomio* consta: 'Nunca exista entre vosotros quien consulte adivinos, considere sueños y augurios, emplee maleficios, sortilegios y encantamientos, o consulte a

los que tienen el espíritu de Pitón y practican la adivinación, o que interrogan a los muertos para saber la verdad. El Señor abomina todas esas cosas, y Él destruirá, a vuestra entrada, a las naciones que cometan esos crímenes' (18:10 a 12)."

Es oportuno, para que se comprenda el verdadero sentido de las palabras de Moisés, reproducir el texto completo, un tanto abreviado de esas citas:

"No os apartéis de vuestro Dios, para ir en busca de los magos, ni consultéis a los adivinos, a fin de que no os contaminéis al dirigiros a ellos. Yo soy el Señor vuestro Dios." (*Levítico*, 19:31.)

"Si un hombre o una mujer tienen un espíritu de Pitón, o un espíritu de adivinación, que se les aplique la pena de muerte; serán lapidados y sobre ellos caerá su sangre." (*Levítico*, 20:27.)

"Cuando hayáis entrado en la tierra que el Señor vuestro Dios os dará, tened cuidado de no imitar las abominaciones de esos pueblos. Que no haya ninguno entre vosotros que pretenda *purificar a su hijo o a su hija haciéndolos pasar por el fuego*, o que consulte a los adivinos, considere sueños y augurios, emplee maleficios, sortilegios y encantamientos, o consulte a los que tienen el espíritu de Pitón, que se proponen adivinar o que interrogan a los muertos para saber la verdad. El Señor abomina todas esas cosas, y Él exterminará a todos esos pueblos a vuestra entrada, por causa de los crímenes que han cometido." (*Deuteronomio*, 18:9 a 12.)

Si la ley de Moisés debe ser rigurosamente observada en este punto, debe serlo también en todos los otros. Pues, ¿por qué habría de ser buena en lo atinente a las evocaciones, y mala en otras de sus partes? Es necesario ser consecuente. Si

se reconoce que ciertos aspectos de la ley mosaica ya no están de acuerdo con nuestras costumbres y con nuestra época, no hay razón para que entre ellos no se incluya la prohibición a que nos referimos.

Por otra parte, es necesario tomar en cuenta los motivos que dieron lugar a esa prohibición, motivos que en esa época tuvieron su razón de ser, pero que ya no existen en la actualidad. El legislador hebreo quería que su pueblo abandonase todas las costumbres adquiridas en Egipto, donde las evocaciones eran habituales y favorecían los abusos, como lo prueban estas palabras de Isaías: "El espíritu de Egipto se aniquilará por sí mismo, y yo derribaré su prudencia; ellos consultarán a sus ídolos, sus adivinos, sus pitones y sus magos". (19:3.)

Por otra parte, los israelitas no debían contraer ninguna alianza con las naciones extranjeras. Ahora bien, iban a encontrar las mismas prácticas entre esos pueblos a los que se dirigían y a los que debían combatir. Así pues, Moisés se vio obligado, por razones políticas, a inspirar en el pueblo hebreo aversión hacia las costumbres que pudiesen tener semejanzas y puntos de contacto con el enemigo. Para justificar esa aversión era preciso que presentara esas prácticas como reprobadas por Dios. De ahí estas palabras: "El Señor abomina todas esas cosas, y Él exterminará, *a vuestra llegada*, a las naciones que cometen esos crímenes".

La prohibición de Moisés estaba aún más justificada porque los muertos no eran evocados por respeto y afecto hacia ellos, ni con un sentimiento de piedad, sino como un medio de adivinación, al igual que en los augurios y presagios explotados por el charlatanismo y la superstición. Por lo que parece, esas prácticas también eran objeto de comercio y, por más que lo intentara, Moisés no consiguió desarraigarlas de

las costumbres del pueblo, como lo demuestran los siguientes pasajes del mismo profeta:

"Y cuando os dijeren: 'Consultad a los magos y adivinos que susurran hechizos', responded: '¿No consulta cada pueblo a su Dios? ¿Se les habla a los muertos de lo que compete a los vivos?'." (*Isaías*, 8:19.)

"Soy yo quien hace ver la falsedad de los prodigios de la magia; quien vuelve insensatos a los que se proponen adivinar; quien trastorna el espíritu de los sabios y convierte en locura su ciencia vana." (*Isaías*, 44:25.)

"Que esos adivinos que estudian el cielo, contemplan los astros y cuentan los meses para hacer predicciones, alegando que os revelan el porvenir, vengan ahora a salvaros. Ellos se han vuelto como la paja, y el fuego los devoró; no podrán librar a sus almas del fuego ardiente; no quedarán de ellos ni brasas para calentarse, ni lumbre alrededor de la cual poder sentarse. En eso se convertirán todas esas cosas de las que os habéis ocupado con tanto ahínco; esos *comerciantes* que con vosotros trafican desde la infancia se han ido, cada cual por su lado, sin que se encuentre uno solo de ellos que os quite vuestros males." (*Isaías*, 47:13 a 15.)

En ese capítulo, Isaías se dirige a los babilonios, representados con la figura alegórica de la "virgen hija de Babilonia, hija de los caldeos" (versículo 1), y dice que los adivinos no impedirán la ruina de esa monarquía. En un capítulo siguiente, se dirige específicamente a los israelitas:

"Venid aquí, vosotros, hijos de una adivina, raza de un hombre adúltero y de una mujer prostituida. ¿De quién os burláis? ¿En contra de quién abristeis la boca y mostrasteis la lengua implacable? ¿No sois vosotros hijos perversos y retoños

bastardos, vosotros que procuráis consuelo en vuestros dioses debajo de los árboles frondosos, que *sacrificáis a vuestros niños* en los torrentes, bajo altivos peñascos? Depositasteis vuestra confianza en las piedras del torrente; esparcisteis licores en su honor; les ofrecisteis sacrificios. Después de eso, ¿cómo no habría de encenderse mi indignación?" (*Isaías*, 57:3 a 6.)

Estas palabras son inequívocas. Prueban claramente que en ese tiempo el objetivo de las evocaciones era la adivinación, y que se había hecho de ellas un comercio. Estaban asociadas a las prácticas de la magia y de la hechicería, acompañadas incluso de sacrificios humanos. Moisés tenía razón, pues, al prohibir esas cosas y expresar que Dios las reprobaba. Esas prácticas supersticiosas se perpetuaron hasta la Edad Media. En la actualidad, la razón ha hecho justicia, y el espiritismo ha venido a mostrar el objetivo exclusivamente moral, consolador y religioso de las relaciones de ultratumba. Los espíritas "no sacrifican niños ni esparcen licores para honrar a los dioses"; no interrogan a los astros, ni a los muertos, ni a los adivinos, para conocer el porvenir que Dios, en su sabiduría, ha ocultado a los hombres; repudian toda clase de comercio con la facultad que algunos han recibido para comunicarse con los Espíritus; no los mueve la curiosidad ni la codicia, sino un sentimiento de piedad, un deseo de instruirse, progresar y brindar alivio a las almas que sufren, de modo que la prohibición de Moisés no se aplica a ellos. Si quienes invocan la ley de Moisés para usarla en contra de los espíritas se hubiesen tomado el trabajo de profundizar el sentido de las palabras bíblicas, habrían reconocido que no existe ninguna analogía entre lo que ocurría con los hebreos en aquella época y los principios del espiritismo.

La ley civil contemporánea castiga todos los abusos que Moisés se había propuesto reprimir. Con todo, si él decretó la

pena capital contra los delincuentes, se debió a que necesitaba métodos rigurosos para gobernar a un pueblo indisciplinado. Por eso la pena de muerte es tan empleada en su legislación. Por otra parte, no había mucho que elegir en cuanto a los métodos de represión. Sin prisiones ni reformatorios en el desierto, Moisés no podía graduar las sanciones como se hace en la actualidad. Además, su pueblo no se habría atemorizado ante penas puramente disciplinarias. Por consiguiente, carecen de razón los que se apoyan en la severidad del castigo para probar el grado de culpabilidad que existe en la evocación de los muertos. ¿Sería conveniente, por respeto a la ley de Moisés, mantener la pena capital en todos los casos en que él la aplicaba? ¿Por qué se recurre, pues, con tanta insistencia a este artículo de la ley, mientras que se guarda silencio acerca del que figura al principio del capítulo, que prohíbe *a los sacerdotes la posesión de bienes terrenales, así como participar de alguna herencia, porque el Señor es su propia herencia*? (*Deuteronomio*, 18:1 y 2.)

En la ley de Moisés existen dos partes distintas: la ley de Dios propiamente dicha, promulgada en el monte Sinaí, y la ley civil o disciplinaria, apropiada a los hábitos y al carácter del pueblo. La primera es invariable. La segunda, en cambio, se modifica con el tiempo, y no pasa por la cabeza de nadie que hoy podamos ser gobernados con los mismos métodos que se aplicaban a los hebreos en el desierto, del mismo modo que los decretos de Carlomagno no pueden aplicarse a la Francia del siglo diecinueve. ¿Quién pensaría hoy, por ejemplo, en revivir este artículo de la ley mosaica: "Si un buey acornea a un hombre o una mujer, y le causa la muerte, el buey será apedreado, y nadie comerá su carne; pero el dueño del buey será juzgado inocente"? (Éxodo, 21:28 y siguientes).

Ese artículo, que nos parece tan absurdo, no tenía por objeto castigar al buey y absolver al dueño, sino que equivalía simplemente a la confiscación del animal causante del accidente, a fin de obligar al propietario a una mayor vigilancia. La pérdida del buey era el castigo para su propietario, castigo que debería de ser muy importante para un pueblo de pastores, a tal punto que se prescindía de cualquier otro. No obstante, ninguno podía sacar provecho de esa pérdida, razón por la cual Moisés prohibió que se comiera la carne del animal. Otros artículos contemplan casos en los que el dueño del buey es responsable.

En la legislación de Moisés todo tenía su razón de ser, porque todo en ella estaba previsto hasta en sus mínimos detalles. Sin embargo, tanto la forma como el fondo se adaptaban a las circunstancias del momento. No cabe duda de que si Moisés volviese en nuestros días para legislar sobre una nación civilizada de Europa, no le daría un código igual al de los hebreos.

¿Qué dice Dios en sus mandamientos? "No tendrás más que un Dios; no tomarás el nombre de Dios en vano; honrarás a tu padre y a tu madre; no matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no darás falso testimonio; no codiciarás los bienes de tu prójimo." Esta es una ley de todos los tiempos y de todas las naciones, y por eso mismo posee un carácter divino; pero en esa ley no se contempla la prohibición de evocar a los muertos; razón por lo cual debemos concluir que esa prohibición era una simple medida disciplinaria y circunstancial.

A esto se objeta que todas las leyes de Moisés fueron dictadas en nombre de Dios, al igual que la del Sinaí. Ahora bien, si consideramos que todas tienen un origen divino, ¿por qué los mandamientos se limitan al Decálogo? ¿A qué se debe la diferencia? Si todas emanan de Dios, ¿por qué no son igual-

mente obligatorias? ¿Por qué no se conserva, entre otras, la circuncisión, a la cual Jesús fue sometido y no abolió? Se olvidan de que todos los legisladores antiguos, para otorgar mayor autoridad a sus leyes, atribuían a estas un origen divino. Moisés necesitaba más que ningún otro ese recurso, debido al carácter de su pueblo. Si a pesar de todo eso, tuvo tantas dificultades para hacer que lo obedecieran, ¡qué no habría ocurrido si hubiese promulgado esas leyes en su propio nombre!

¿Acaso no vino Jesús a modificar la ley mosaica, haciendo de su propia ley el código de los cristianos? ¿No dijo Él: "Habéis aprendido que se dijo a los antiguos tal y tal cosa, pero yo os digo tal otra?" Con todo, ¿modificó la ley del Sinaí? De ningún modo, sino que la sancionó, y toda su doctrina moral no es más que el desarrollo de esa ley. Ahora bien, Jesús no se refiere en ninguna parte del Evangelio a la prohibición de evocar a los muertos, a pesar de que era un asunto muy importante como para que lo omitiera en sus prédicas, principalmente si tenemos en cuenta que trató otros temas secundarios.

En definitiva, se trata de saber si la Iglesia coloca a la ley mosaica por encima de la ley evangélica; en otras palabras, si es más judía que cristiana. También conviene notar que, de todas las religiones, la judía es precisamente la que menos se opuso al espiritismo, y no invoca la ley de Moisés para oponerse a las relaciones con los muertos, como hacen las sectas cristianas.

Otra contradicción: si Moisés prohibió evocar a los Espíritus de los muertos, es porque estos podían acudir al llamado, pues de lo contrario esa prohibición no hubiera tenido sentido. Si podían acudir en aquellos tiempos, también pueden hacerlo hoy; y si se trata de los Espíritus de los muertos, eso

significa que no son exclusivamente demonios. Además, Moisés no habla en modo alguno de estos últimos.

Así pues, en estas circunstancias, queda claro que no podemos apoyarnos lógicamente en la ley de Moisés por dos motivos: no rige al cristianismo, y no es apropiada a las costumbres de nuestra época. Con todo, en el supuesto de que esa ley tuviera la autoridad que algunos le atribuyen, no podría, como vimos, aplicarse al espiritismo.

¿Qué es lo que Moisés condena? Su condena recae sobre los magos, los adivinos, los augures, los sortilegios, los maleficios; en una palabra, sobre todo lo que atañe a la magia. Ahora bien, eso es precisamente lo que el espiritismo también condena, tal como ha sido probado en el capítulo precedente, y como lo demuestra aún más claramente el estudio completo de la doctrina espírita. A partir del momento en que el espiritismo no tiene nada en común con la magia, tanto en sus objetivos como en sus métodos, ni siquiera el propio Moisés habría encontrado en él algún elemento para aplicarle su ley.

Es verdad que Moisés incluye en su prohibición la interrogación de los muertos, pero de un modo secundario, y como complemento de las prácticas de hechicería. La palabra *interrogar*, puesta en relación con los adivinos y los augures, demuestra que entre los hebreos las evocaciones eran un medio de adivinación. Ahora bien, los espíritas no evocan a los muertos para obtener revelaciones ilícitas, sino para recibir sabios consejos y proporcionar alivio a los que sufren. Por cierto, si los hebreos sólo se hubieran valido de las comunicaciones de ultratumba con esa finalidad, Moisés, lejos de prohibirlas, las habría alentado, puesto que habrían contribuido a que el pueblo fuera más dócil.

Si bien algunos críticos bromistas o malintencionados opinan que las reuniones espíritas son asambleas de brujos y de nigromantes, y que los médiums son decidores de la buenaventura; y si bien algunos charlatanes asocian el nombre del espiritismo con prácticas ridículas que este desaprueba, muchas personas, en compensación, dan testimonio del carácter esencialmente moral de las reuniones espíritas serias. Además, la doctrina, expuesta en libros que están al alcance de todos, rechaza terminantemente los abusos de todo tipo, a fin de que la calumnia recaiga sobre quien lo merece.

Se alega que la evocación es una falta de respeto hacia los muertos, cuyas cenizas no deben ser perturbadas. Pero ¿quiénes dicen eso? Los adversarios de dos campos opuestos, que se dan la mano. Por un lado, los incrédulos, que no creen en las almas; y por otro, los que creen en las almas, pero pretenden que sólo los demonios pueden acudir al llamado.

Cuando la evocación se hace religiosamente y con recogimiento; cuando los Espíritus son llamados, no por curiosidad, sino con un sentimiento de afecto y simpatía, y con el deseo sincero de instruirse y mejorar, no nos parece que sea irrespetuoso llamar a las personas *después de su muerte*, como tampoco lo es hacerlo *cuando están vivas*. Con todo, existe otra respuesta categórica a esa objeción: los Espíritus se presentan libremente, no por obligación, e incluso de manera espontánea, sin que se los haya llamado. Además, dan testimonio de la satisfacción que experimentan al comunicarse con los hombres, y suelen quejarse del olvido al que se los ha relegado. Si los Espíritus sintieran que se perturba su quietud, o si les disgustara nuestro llamado, por cierto lo dirían, o directamente no acudirían. Puesto que son libres, cuando se manifiestan es porque eso les place.

Se alega esta otra razón: "Las almas permanecen en la morada que la justicia de Dios les asigna, es decir, en el Infierno o en el Paraíso. Las almas que están en el Infierno no pueden salir de allí, aunque esa prerrogativa sí se les concede a los demonios. Por su parte, las almas que están en el Paraíso, absolutamente entregadas a la beatitud y muy por encima de los mortales, no pueden fijarse en ellos, y son lo suficientemente dichosas para no volver a esta Tierra de miserias a ocuparse de los parientes y amigos que han dejado aquí". ¿Serán, pues, como esos millonarios que desvían la vista de los pobres para que no se les altere la digestión? En ese caso, ¡se mostrarían poco dignas de la dicha suprema, salvo que esa dicha fuera el premio al egoísmo! Quedan aún las almas que están en el Purgatorio. Pero estas sufren, de modo que antes que nada deben cuidar de su propia salvación. Por consiguiente, dado que ni las almas del Cielo ni las del Infierno, así como tampoco las del Purgatorio, pueden acudir a nuestro llamado, solamente el diablo se presenta en lugar de ellas. Si las almas no pueden venir, no hay motivo para temer por la perturbación de su reposo.

Aquí se presenta otra dificultad. Si las almas bienaventuradas no pueden abandonar la mansión gloriosa para socorrer a los mortales, ¿por qué la Iglesia invoca la asistencia de los santos, que deben gozar de una beatitud aún mayor? ¿Por qué aconseja a los fieles que los invoquen en caso de enfermedad, en las aflicciones y para preservarse de las calamidades? ¿Por qué, según esa misma Iglesia, los santos y hasta la propia Virgen se aparecen a los hombres y hacen milagros? Lo hacen porque pueden dejar el Cielo para venir a la Tierra. Así pues, si los que se encuentran en lo más alto de los Cielos pueden salir de ahí, ¿por qué razón los Espíritus menos elevados no podrían hacerlo?

Se comprende que los incrédulos nieguen la manifestación de las almas, puesto que no creen en el alma. Sin embargo, lo que resulta asombroso es ver que aquellos mismos cuyas creencias se basan en la existencia y en el porvenir del alma se ensañan con los medios que prueban su existencia, esforzándose por demostrar que eso es imposible. Sería más natural que, dado que son los más interesados en la existencia del alma, recibieran con alegría y como un beneficio de la Providencia los medios que sirven para confundir a los incrédulos con pruebas irrefutables. Los que creen en la existencia del alma deploran sin cesar la invasión de la incredulidad, que diezma el rebaño de los fieles, pero cuando se les presenta el medio más poderoso de combatirla, lo rechazan con más obstinación que los propios incrédulos. Luego, cuando las pruebas se acumulan hasta tal punto que no dejan ninguna duda al respecto, recurren, como argumento supremo, a la prohibición de ese medio, y para justificarla buscan un artículo de la ley de Moisés en el que nadie había pensado hasta entonces, y le confieren de manera forzada una aplicación inexistente. Por último, se consideran tan felices con el descubrimiento, que no perciben que ese artículo constituye incluso una justificación de la doctrina espírita, dado que esta condena lo que Moisés prohíbe.

Los motivos que se alegan para condenar las relaciones con los Espíritus no pueden resistir un análisis serio. Por el ardor con que algunos combaten esas relaciones, es posible deducir el gran interés que dicho asunto les despierta, de lo contrario no serían tan insistentes. Al observar esa cruzada de todos los cultos contra las manifestaciones espíritas, se diría que les tienen miedo. El verdadero motivo bien podría ser el temor de que los Espíritus, demasiado ilustrados, viniesen a instruir a los hombres sobre aspectos que se pretende mante-

ner en la oscuridad, y que les diesen a conocer con precisión lo que sucede en el otro mundo y las *verdaderas condiciones para ser felices o desdichados en él*. Por la misma razón que se dice a un niño: "No vayas allá, porque está el cuco", se dice a los hombres: "No invoquen a los Espíritus, porque son el diablo". Con todo, por más que prohíban a los hombres la evocación de los Espíritus, no impedirán que estos acudan a los hombres para sacar la lámpara de debajo del celemín.

El culto que se base en la verdad absoluta no tendrá nada que temer de la luz, pues la luz hará descubrir la verdad, y el demonio no podrá prevalecer contra la verdad.

Rechazar las comunicaciones de ultratumba implica rechazar el medio más poderoso de instrucción, que resulta de la iniciación en el conocimiento de la vida futura a través de los ejemplos que esas comunicaciones nos proporcionan. La experiencia nos enseña, además, el bien que podemos hacer apartando del mal a los Espíritus imperfectos, y ayudando a los que sufren a que se desprendan de la materia y se perfeccionen. Prohibir las comunicaciones significa, por lo tanto, privar a las almas desdichadas de la asistencia que podemos dispensarles. Las siguientes palabras de un Espíritu resumen admirablemente las consecuencias de la evocación cuando se practica con una finalidad caritativa:

"El Espíritu doliente y angustiado os contará la causa de su caída, las inclinaciones a las que sucumbió; os hablará de sus esperanzas, sus luchas, sus temores, sus remordimientos, sus dolores, su desesperación. Os mostrará a Dios, justamente irritado, castigando al culpable con toda la severidad de su justicia. Al escuchar a ese Espíritu, seréis movidos a compasión y temeréis por vosotros mismos. Y si lo seguís en sus lamentaciones, veréis que Dios nunca lo pierde de vista, siem-

pre a la espera del pecador arrepentido, para tenderle los brazos tan pronto como trate de avanzar. Veréis los progresos del culpable, a los cuales tendréis la dicha y la gloria de haber contribuido. Los seguiréis con solicitud, como el cirujano que acompaña la cicatrización de una herida que cura a diario." (Burdeos, 1861.)

SEGUNDA PARTE

Ejemplos

Capítulo I

La transición

La confianza en la vida futura no excluye los temores acerca de la transición de esta vida a la otra. Muchas personas no temen a la muerte en sí misma, sino al momento de la transición. ¿Se sufre o no en ese viaje? Esto los inquieta, y con razón, dado que nadie puede escaparse de él. Podemos evitar algún viaje en este mundo, menos ese. Tanto los ricos como los pobres deben realizarlo y, si es doloroso, ni la jerarquía ni la fortuna podrán atenuar su amargura.

Si observamos la serenidad de algunos moribundos, y las terribles convulsiones de la agonía de otros, se puede deducir por anticipado que las sensaciones experimentadas no siempre son las mismas. Sin embargo, ¿quién podrá informarnos al respecto? ¿Quién nos describirá el fenómeno fisiológico de la separación entre el alma y el cuerpo? ¿Quién nos relatará las impresiones de ese instante supremo? En ese punto, la ciencia y la religión guardan silencio.

¿A qué se debe eso? A que tanto una como otra carecen del conocimiento de las leyes que rigen las relaciones del Espíritu con la materia. La una se detiene en el borde de la vida espiritual; y la otra, en los límites de la vida material. El espiritismo es la línea de unión entre ambas, y sólo él puede decirnos cómo se produce la transición, ya sea a través de las nociones más positivas que nos brinda de la naturaleza del alma, o a través de la descripción proporcionada por aquellos que han dejado este mundo. El conocimiento del lazo fluídico que une el alma con el cuerpo es la clave de este fenómeno, así como de muchos otros.

La insensibilidad de la materia inerte es un hecho positivo, y sólo el alma experimenta las sensaciones de placer y de dolor. Durante la vida, la desagregación de la materia repercute en el alma, que recibe una impresión más o menos dolorosa. Es el alma la que sufre, y no el cuerpo. Este no es más que el instrumento del dolor. En cambio, el alma es el paciente. Por el contrario, después de la muerte, el alma y el cuerpo están separados, de modo que, así como el cuerpo puede ser impunemente mutilado, pues no siente nada, del mismo modo el alma, que se encuentra aislada, no se ve afectada por la desorganización del cuerpo. El alma tiene sus propias sensaciones, cuya fuente no reside en la materia tangible.

El periespíritu es la envoltura fluídica del alma, de la que no se separa ni antes ni después de la muerte. Ambos forman, por decirlo así, una sola entidad, de modo que no se puede concebir a la una sin el otro. Durante la vida, el fluido periespiritual impregna el cuerpo en todas sus partes y sirve de vehículo a las sensaciones físicas del alma. Es también por su intermedio que el alma actúa sobre el cuerpo y dirige sus movimientos.

La extinción de la vida orgánica hace que el alma se separe del cuerpo, debido a la ruptura del lazo fluídico que los unía. Con todo, esa separación nunca es brusca. El fluido periespiritual se desprende poco a poco de los órganos, de manera que la separación llega a ser completa y absoluta cuando no queda ni un átomo del periespíritu unido a una molécula del cuerpo. *La sensación dolorosa que experimenta el alma en el momento de la muerte depende de la suma de los puntos de contacto que existen entre el cuerpo y el periespíritu, así como del grado de dificultad y lentitud que presenta la separación*. Así pues, debemos aceptar que, conforme a las circunstancias, la muerte puede ser más o menos penosa. Esas diferentes circunstancias son las que nos corresponde analizar.

Establecemos, en primer lugar, y como principio, los cuatro casos siguientes, que podemos considerar situaciones extremas, entre los cuales existe una infinidad de variantes:

1.º Si en el momento de la extinción de la vida orgánica el desprendimiento del periespíritu es completo, el alma no siente absolutamente nada.

2.º Si en ese momento la cohesión entre los dos elementos está en el auge de su intensidad, se produce una especie de desgarramiento que reacciona dolorosamente sobre el alma.

3.º Si la cohesión es débil, la separación resulta fácil y se produce sin conmoción.

4.º Si después del cese completo de la vida orgánica existen todavía numerosos puntos de contacto entre el cuerpo y el periespíritu, el alma puede llegar a sentir los efectos de la descomposición del cuerpo, hasta que ese lazo se deshaga completamente.

De ahí resulta que el sufrimiento que acompaña a la muerte está subordinado a la fuerza de cohesión que une el cuerpo con el periespíritu; que todo lo que pueda contribuir a la disminución de esa fuerza y a la rapidez del desprendimiento hace que la transición sea menos dolorosa; por último, que si el desprendimiento se produce sin ninguna dificultad, el alma no experimenta ninguna sensación desagradable.

Durante la transición de la vida corporal a la vida espiritual se produce otro fenómeno de gran importancia: el de la turbación. En ese momento, el alma experimenta un embotamiento que paraliza momentáneamente sus facultades, y neutraliza al menos en parte sus sensaciones. Es como si estuviera en un estado de catalepsia, de modo que el alma casi nunca es testigo consciente del último suspiro. Decimos *casi nunca* porque en algunos casos el alma puede estar consciente, como en breve veremos. Así pues, la turbación puede ser considerada el estado normal en el momento de la muerte. Su duración es indeterminada, y varía entre algunas horas y varios años. A medida que se libera, el alma se encuentra en una situación comparable a la de un hombre que despierta de un sueño profundo. Sus ideas son confusas, vagas e inciertas; ve como a través de una niebla. Poco a poco se le aclara la vista, recupera la memoria y se reconoce. Ese despertar, con todo, varía según los individuos. En unos es sereno y abunda en sensaciones deliciosas; en otros, está repleto de terror y ansiedad, como si se tratara de una horrible pesadilla.

El momento del último suspiro no es, pues, el más penoso, porque lo más común es que el alma no tenga conciencia de sí misma. Antes de eso, el alma padece la desagregación de la materia durante las convulsiones de la agonía y, con posterioridad, la angustia de la turbación. Desde ya afirmamos que ese

estado no es general. La intensidad y duración del sufrimiento dependen, como hemos dicho, del grado de afinidad que existe entre el cuerpo y el periespíritu. Así, cuanto mayor es esa afinidad, tanto más penosos y prolongados son los esfuerzos del Espíritu para desprenderse de esos lazos. Con todo, hay personas en las que la cohesión es tan débil que el desprendimiento se produce por sí mismo, con naturalidad. El Espíritu se separa del cuerpo como el fruto maduro se suelta de su tallo. Es el caso de las muertes serenas y de los despertares apacibles.

El estado moral del alma es la causa principal de la mayor o menor facilidad de desprendimiento. La afinidad entre el cuerpo y el periespíritu es proporcional al apego del Espíritu a la materia, y alcanza su culminación en el hombre cuyas preocupaciones se concentran en la vida terrenal y en los goces materiales. Esa afinidad es casi nula en aquellas personas cuyas almas, ya purificadas, se identifican por anticipado con la vida espiritual. Y puesto que la lentitud y la dificultad de la separación se corresponde con el grado de purificación y desmaterialización del alma, depende de cada uno hacer que esa transición sea fácil o penosa, agradable o dolorosa.

Una vez establecido esto, a la vez como teoría y como resultado de la observación, nos queda examinar la influencia del género de muerte sobre las sensaciones del alma en el último momento de vida.

En la muerte natural, la que resulta de la extinción de las fuerzas vitales debido a la vejez o la enfermedad, el desprendimiento se opera gradualmente. En el hombre cuya alma está desmaterializada y cuyos pensamientos se apartan de las cosas terrenales, el desprendimiento está casi completo antes de la muerte real: el cuerpo aún tiene vida orgánica, pero el alma ya penetró en la vida espiritual y apenas está vinculado a

aquel por un lazo tan frágil que se corta con el último latido del corazón. En estas condiciones, es posible que el Espíritu haya recobrado ya su lucidez, y que sea testigo consciente de la extinción de la vida del cuerpo, por lo que se siente feliz de haberse liberado. Para él, la turbación es casi nula; se asemeja a un instante de sueño apacible del cual despierta con una indefinible sensación de felicidad y esperanza.

En el hombre materialista y sensual, que vivió más para el cuerpo que para el espíritu, y para quien la vida espiritual no significa nada, ni siquiera a nivel del pensamiento, todo contribuye a *estrechar* los lazos que lo atan a la materia, pues no ha hecho nada en la vida para aflojarlos. Y cuando la muerte se aproxima, si bien el desprendimiento se realiza gradualmente, demanda continuos esfuerzos. Las convulsiones de la agonía son indicios de la lucha del Espíritu, que algunas veces trata de romper los lazos resistentes, y otras se aferra al cuerpo, del cual una fuerza irresistible lo arranca con violencia, parte por parte.

El Espíritu se apega tanto más a la vida corporal cuanto menos ve más allá de la misma. Siente que la vida se le escapa y desea retenerla a toda costa. En lugar de abandonarse al movimiento que lo arrastra, resiste con todas sus fuerzas. De ese modo, puede prolongar la lucha durante días, semanas y meses enteros. No cabe duda de que en ese momento el Espíritu no goza de toda su lucidez, pues la turbación ha comenzado bastante antes de la muerte, pero no por eso sufre menos; y el vacío en que se encuentra, así como la incertidumbre de lo que habrá de sucederle, aumentan su angustia. La muerte llega, pero no todo ha concluido. La turbación continúa; el Espíritu siente que está vivo, pero no distingue si esa es la vida material o la espiritual. Sigue luchando hasta que los últimos lazos del periespíritu se hayan cortado por completo.

La muerte ha puesto fin a la enfermedad física que padecía, pero no anuló sus consecuencias. Mientras haya puntos de contacto entre el cuerpo y el periespíritu, el Espíritu sentirá sus efectos y sufrirá por ello.

Muy diferente es la situación del Espíritu desmaterializado, incluso en las enfermedades más crueles. Los lazos fluídicos que lo unen al cuerpo son muy frágiles, de modo que se cortan sin la menor conmoción. Además, su confianza en el porvenir, que ya ha vislumbrado con el pensamiento, o a veces también en la realidad, le permite considerar a la muerte como una liberación, y a sus males como una prueba. De ahí resultan la calma moral y la resignación que alivian su padecimiento. Después de la muerte, dado que esos lazos se cortaron de inmediato, no lo afecta ninguna reacción dolorosa. Al despertar se siente libre, bien dispuesto, aligerado de un gran peso y muy feliz porque ya no sufre.

En la muerte violenta las condiciones no son exactamente las mismas. Ninguna desagregación parcial ha hecho posible una separación anticipada entre el cuerpo y el periespíritu. La vida orgánica, pese a toda su fuerza, es aniquilada de súbito. El desprendimiento del periespíritu recién comienza después de la muerte, y en ese caso, como en los otros, no puede completarse de manera instantánea. El Espíritu, sorprendido de improviso, queda como aturdido. No obstante, siente y piensa, de modo que cree que aún está vivo, y esa ilusión se prolonga hasta que comprende su situación. Ese estado intermedio entre la vida corporal y la vida espiritual es uno de los más interesantes objetos de estudio, porque presenta el espectáculo singular de un Espíritu que confunde su cuerpo fluídico con su cuerpo material, y que al mismo tiempo experimenta todas las sensaciones de la vida orgánica. Aquí se

presenta una serie infinita de matices que difieren según el carácter, los conocimientos y el grado de adelanto moral del Espíritu. Para las personas cuya alma se encuentra purificada, ese estado tiene una duración breve, porque en ellas había un desprendimiento anticipado, y la muerte, incluso la más súbita, no hace más que apresurar su término. Otras veces se prolonga durante años. También es muy frecuente en los casos de muerte común, y si bien no resulta penoso para los Espíritus adelantados, se vuelve terrible para los atrasados. Esa situación resulta aún más aflictiva en los casos de suicidio. Como el periespíritu se halla sujeto al cuerpo a través de todas sus fibras, todas las convulsiones del cuerpo repercuten en el alma, que de ese modo experimenta atroces padecimientos.

El estado del Espíritu en el momento de la muerte puede resumirse así:

El sufrimiento del Espíritu es tanto mayor cuanto más lento resulta el desprendimiento del periespíritu. La rapidez del desprendimiento es proporcional al grado de adelanto moral del Espíritu. Para el Espíritu desmaterializado, cuya conciencia es pura, la muerte equivale a un sueño de algunos instantes, exento de sufrimiento, y cuyo despertar es muy sereno.

Para que alguien pueda trabajar por su purificación, mediante la contención de sus malas tendencias y el dominio de sus pasiones, *hace falta que conozca los beneficios que obtendrá en el porvenir*, puesto que para identificarse con la vida futura, encaminar hacia ella todas las aspiraciones y optar por ella antes que por la vida terrenal, no basta con creer en esa vida: es necesario comprenderla. Hay que considerar la vida futura desde un punto de vista que satisfaga a la razón, que esté completamente de acuerdo con la lógica y el buen sentido, al igual que con la idea que nos formamos de la grandeza, la bondad

y la justicia de Dios. En ese aspecto, entre todas las doctrinas filosóficas, el espiritismo es la que ejerce la influencia más poderosa, gracias a la fe inquebrantable que proporciona. El espírita *serio* no se limita a creer, sino que *cree porque comprende*; y comprende porque emplea la razón. La vida futura es una realidad que se despliega constantemente ante sus ojos: la ve y la toca, por así decirlo, en todo momento, de modo que la duda no tiene guarida en su alma. La vida corporal, tan limitada, se desvanece para él frente a la vida espiritual, que es la verdadera vida. A eso se debe la escasa importancia que atribuye a los inconvenientes del camino, así como su resignación ante las vicisitudes, cuyas causas y utilidad comprende perfectamente. Su alma se eleva mediante las relaciones directas que establece con el mundo invisible. Los lazos fluídicos que lo sujetan a la materia se debilitan, con lo cual se produce por anticipado un desprendimiento parcial que facilita su transición a la otra vida. La turbación, inseparable de la transición, dura poco, porque una vez que ha dado ese paso se reconoce de inmediato. Nada le causa extrañeza, y comprende su nueva situación.

Por cierto, el espiritismo no es indispensable para la obtención de este resultado; razón por la cual no tiene la pretensión de ser la única garantía para la salvación del alma. No obstante, facilita esa salvación, tanto por los conocimientos que proporciona, como por los sentimientos que inspira y las condiciones en que coloca al Espíritu, pues hace que comprenda la necesidad de mejorar. Además, confiere a cada uno los medios para facilitar el desprendimiento de *otros Espíritus* en el momento en que dejan la envoltura terrestre, y les abrevia el lapso de su turbación mediante la plegaria y la evocación. Por medio de la plegaria sincera, que es una magnetización espiritual, se provoca una desagregación más rápida del fluido periespiritual; y

por medio de una evocación conducida con conocimiento y prudencia, mediante palabras benevolentes y reconfortantes, se libera al Espíritu del embotamiento en que se encuentra, y se lo ayuda a que se reconozca más rápidamente. Si fuese un Espíritu sufridor, se lo impulsa al arrepentimiento, que es el único recurso para abreviar sus padecimientos.[25]

25. Los ejemplos que vamos a citar en los capítulos siguientes presentan a los Espíritus en las diferentes fases de felicidad y desdicha de la vida espiritual. No hemos ido a buscarlos entre los personajes más o menos ilustres de la antigüedad, cuya situación puede haber cambiado considerablemente después de la existencia que les conocemos, y que por eso no ofrecerían suficientes pruebas de autenticidad. Por el contrario, tomamos esos ejemplos en las situaciones más comunes de la vida contemporánea, porque son aquellas en las que cada persona puede encontrar más similitudes y extraer, mediante la comparación, las instrucciones más provechosas. Cuanto más próxima a nosotros está la existencia terrestre de los Espíritus, sea por la posición social, por los lazos de parentesco u otras relaciones, tanto más nos interesamos en ellos, y más fácil resulta verificar su identidad. Las posiciones vulgares son las de la mayoría, y por eso cada cual puede aplicarlas fácilmente a sí mismo, mientas que las posiciones excepcionales conmueven menos, porque salen de la esfera de nuestros hábitos. Así pues, no hemos buscado a las personas más importantes, y si bien en esos ejemplos se hallan algunos personajes famosos, la mayoría son desconocidos. Los nombres resonantes nada agregarían a la instrucción que nos proponemos, y podrían incluso herir susceptibilidades. No nos dirigimos a los curiosos, ni a quienes se apasionan con el escándalo, sino a los que pretenden instruirse seriamente.
Esos ejemplos podrían ser multiplicados hasta lo infinito. Con todo, obligados a poner un límite a su cantidad, escogimos los que arrojaron más luz sobre el mundo espiritual y su estado, ya sea por la situación de los Espíritus o por las explicaciones que estuvieron en condiciones de suministrarnos. La mayor parte de estos ejemplos son inéditos, y apenas unos pocos han sido publicados en la *Revista Espírita*. De estos, suprimimos los detalles superfluos, y conservamos apenas lo esencial para el objetivo que nos hemos propuesto aquí. Además, les añadimos las instrucciones complementarias a que dieron lugar con posterioridad. (N. de Allan Kardec.)

Capítulo II

Espíritus felices

El señor Sanson

El señor Sanson, antiguo miembro de la Sociedad Espírita de París, falleció el 21 de abril de 1862, al cabo de un año de crueles sufrimientos. Como preveía la muerte, había dirigido al presidente de la Sociedad una carta con el siguiente texto:

"Dado que mi alma puede separarse del cuerpo de un momento para otro, os reitero un pedido que os hice hace aproximadamente un año, en el sentido de que evoquéis a mi Espíritu a la mayor brevedad posible y siempre que lo juzguéis conveniente, a fin de que, en mi carácter de miembro bastante poco útil de nuestra Sociedad durante mi permanencia en la Tierra, pueda hacerle algún bien después de muerto. En esas evocaciones podré brindaros los medios para que estudiéis fase por fase las diversas circunstancias que siguen a lo que el vulgo denomina muerte, y que para nosotros, espíritas, no es más que una transformación, conforme a los indescifrables designios de Dios, aunque siempre útil al objetivo que Él se propone.

"Además de este pedido, que constituye una autorización para que me honréis con esa especie de autopsia espiritual, quizás de poca utilidad en virtud de mi escaso adelanto como Espíritu, y que vuestra sabiduría no consentirá en avanzar más allá de un cierto número de ensayos, me atrevo a pediros personalmente, al igual que a todos los colegas, que supliquéis al Todopoderoso la asistencia de los Espíritus buenos, con sus benevolentes consejos, y en particular a san Luis, nuestro presidente espiritual, a los efectos de que me guíen en la elección de una nueva encarnación, así como de la época en que esta deberá realizarse, pues eso me preocupa mucho desde ahora. Temo confiar demasiado en mis fuerzas espirituales, así como rogarle a Dios, con mucha anticipación y presuntuosamente, un estado corporal en el que no pueda justificar la bondad divina, y que en vez de servir a mi adelanto, prolongue mi permanencia en la Tierra o en cualquier otra parte, en caso de que fracase."

Por nuestra parte, para satisfacer el deseo de que se lo evocara a la mayor brevedad posible después de su muerte, nos dirigimos con algunos miembros de la Sociedad a la cámara mortuoria del señor Sanson. Una vez allí, en presencia del cuerpo, se dio comienzo a la siguiente conversación, una hora antes del entierro. Nuestro objetivo era doble: por un lado, íbamos a cumplir la última voluntad del muerto; por otro, analizaríamos una vez más la situación del alma en un momento tan cercano a la muerte, y en el caso de un hombre eminentemente inteligente y esclarecido, así como profundamente convencido de las verdades espíritas. Íbamos a constatar la influencia de esas creencias en el estado del Espíritu, de modo de captar sus primeras impresiones. Y no fuimos defraudados en nuestra expectativa, pues el señor Sanson des-

cribió con absoluta lucidez el instante de la transición: se vio morir y volver a nacer, lo que constituye una circunstancia poco común. Eso se debe a la elevación de su Espíritu.

I

(Cámara mortuoria, 23 de abril de 1862.)

1. *Evocación*.

Respuesta: Acudo a vuestro llamado para cumplir mi promesa.

2. Querido señor Sanson, cumplimos con satisfacción el deber de evocaros lo más prontamente posible después de vuestra muerte, como era vuestro deseo.

R. Es una gracia especial la que Dios concede a mi Espíritu para que pueda manifestarse. Agradezco vuestra buena voluntad, pero estoy débil y *tembloroso*.

3. Habéis sufrido tanto que podemos, supongo, preguntaros cómo os halláis ahora. ¿Sentís aún vuestros dolores? Si comparamos la situación actual con la de dos días atrás, ¿qué sensaciones experimentáis?

R. Mi situación es muy afortunada, pues ya no siento los antiguos dolores. Me encuentro reconstituido, renovado, como decís vosotros. La transición de la vida terrenal a la vida de los Espíritus me dejó al principio en un estado inexplicable, pues a veces quedamos privados de la lucidez durante muchos días. No obstante, antes de morir, le pedí a Dios que me permitiera dirigirme a los seres que estimo, y Dios me escuchó.

4. ¿Al cabo de cuánto tiempo habéis recobrado la lucidez de las ideas?

R. Al cabo de ocho horas. Dios, repito, me ha dado una prueba de su bondad, al considerarme más digno de lo que yo merecía, de modo que no sé cómo he de agradecerle.

5. ¿Estáis perfectamente convencido de que no pertenecéis más a nuestro mundo? En ese caso, ¿cómo constatáis vuestra situación?

R. ¡Oh!, por cierto ya no soy de vuestro mundo, aunque siempre estaré a vuestro lado para protegeros y sosteneros, con el fin de que prediquéis la caridad y la abnegación que han sido las guías de mi vida. Más adelante enseñaré la verdadera fe, la fe espírita, que debe elevar la creencia del justo y del bueno. Me siento fuerte, bastante fuerte, transformado, en una palabra. En mí ya no reconoceréis al anciano enfermo que todo debía relegar, que eludía el placer y las alegrías. Soy Espíritu; mi patria es el espacio, y mi porvenir es Dios, que irradia en la inmensidad. Me gustaría mucho hablarles a mis hijos, para enseñarles aquello que siempre se negaron a creer.

6. ¿Qué efecto os causa la vista de vuestro cuerpo aquí, a nuestro lado?

R. ¡Mi cuerpo! Pobre y mísero despojo… debes regresar al polvo, mientras que yo conservo el recuerdo de todos aquellos que me estimaron. ¡Veo esa pobre carne deformada, residencia de mi Espíritu, prueba de tantos años! ¡Gracias, pobre cuerpo mío! ¡Has purificado mi Espíritu! Mi sufrimiento, diez veces bendito, me ha concedido un lugar bien merecido, puesto que tan deprisa poseo la facultad de comunicarme con vosotros.

7. ¿Habéis conservado vuestras ideas hasta el último instante?

R. En efecto. Mi Espíritu ha conservado sus facultades; no veía, pero presentía. Toda mi vida se ha desplegado en mi memoria, y mi último pensamiento, mi última plegaria, ha sido para que pudiese comunicarme con vosotros, como lo estoy haciendo. A continuación le pedí a Dios que os protegiese, a fin de que viera realizado el sueño de mi vida.

8. ¿Habéis tenido conciencia del momento en que vuestro cuerpo exhaló el último suspiro? ¿Qué os ocurrió en ese momento? ¿Qué sensación experimentasteis?

R. La vida se retira y la vista, o mejor, la vista del Espíritu, se extingue. Se encuentra el vacío, lo desconocido. Entonces, arrastrado por no sé qué poder, uno se halla en un mundo donde todo es alegría y magnificencia. Ya no sentía, no comprendía, y sin embargo una felicidad inefable desbordaba de mi ser: me había liberado de la opresión del dolor.

9. ¿Tenéis conocimiento… (de lo que me propongo leer junto a vuestra tumba)?

> Apenas pronuncié las primeras palabras de la pregunta, el Espíritu respondió antes de que yo hubiera concluido. E hizo más: sin que mediara una pregunta al respecto, respondió a una disputa que se había suscitado entre los concurrentes, sobre si sería oportuno leer esta comunicación en el cementerio, en presencia de personas que podrían no compartir nuestras convicciones.

R. ¡Oh, sí, amigo mío! Lo sé, porque os he visto tanto ayer como hoy. ¡Mi satisfacción es inmensa…! ¡Gracias, gracias! Hablad, para que me comprendan y os estimen. Nada tenéis que temer, pues la muerte inspira respeto… Hablad, pues, para que los incrédulos tengan fe. Adiós. ¡Hablad con valor y

confianza…! ¡Cuánto deseo que mis hijos se conviertan a esta creencia venerada!

J. Sanson

Durante la ceremonia del cementerio, el señor Sanson dictó las palabras siguientes:

"No os dejéis atemorizar por la muerte, amigos míos. Constituye una etapa de la vida, si supisteis vivir bien. Es una felicidad, si la habéis merecido justamente y habéis cumplido bien vuestras pruebas. Os reitero: ¡Valor y buena voluntad! No atribuyáis a los bienes terrenales más que una insignificante importancia, y seréis recompensados. *No es posible gozar desmesuradamente sin usurpar el bienestar de los demás* y sin hacerse moralmente un inmenso mal. ¡Que la tierra me sea leve!"

II

(Sociedad Espírita de París, 25 de abril de 1862.)

1. *Evocación.*

Respuesta: Estoy cerca de vosotros, mis amigos.

2. Nos quedamos muy felices con la conversación que mantuvimos el día de vuestro entierro, y puesto que lo permitís, quedaremos más felices aún de completarla, para nuestra instrucción.

R. Estoy dispuesto, y me complace que penséis en mí.

3. Todo cuanto pueda ilustrarnos sobre el estado del mundo invisible, y que contribuya a que lo comprendamos, es para nosotros una gran enseñanza, pues la idea falsa que se tiene del mundo invisible conduce, la mayoría de las veces, a la incredulidad. No os sorprendan, por lo tanto, las preguntas que os haremos.

R. No me sorprenderé, y aguardo vuestras preguntas.

4. Habéis descripto con meridiana claridad la transición de la vida a la muerte. Habéis manifestado que en el momento en que el cuerpo exhala el último suspiro, la vida se quiebra y la visión del Espíritu se extingue. Ese momento, ¿está acompañado de alguna sensación penosa, dolorosa?

R. Sin duda, pues la vida es una serie continua de dolores, y la muerte es su complemento. De ahí que sea un desgarramiento violento, como si el Espíritu debiera realizar un esfuerzo sobrehumano para liberarse de su envoltura, esfuerzo que absorbe todo nuestro ser y le hace perder el conocimiento de lo que ocurre.

> Esta regla no se aplica a todos los casos. La experiencia ha demostrado que muchos Espíritus pierden el conocimiento antes de expirar, y que la separación se produce sin esfuerzo en aquellos que han alcanzado un cierto grado de desmaterialización.

5. ¿Sabéis si existen Espíritus para los cuales el momento de la muerte es más doloroso? Por ejemplo, ¿es más penoso para el materialista, es decir, para aquel que cree que en ese momento todo se acaba para él?

R. Eso es cierto, porque el Espíritu preparado ya olvidó el sufrimiento, o mejor dicho, ya se habituó a él, y la serenidad

con que afronta la muerte le impide sufrir doblemente, porque sabe lo que le aguarda. El dolor moral es el más intenso, y su ausencia en ocasión de la muerte constituye un gran alivio. Aquel que no cree se asemeja al condenado a la pena capital, cuyo pensamiento sólo ve la cuchilla y lo *desconocido*. Existe similitud entre esa muerte y la del ateo.

6. ¿Hay materialistas tan empedernidos que creen seriamente, en ese momento supremo, que serán sumergidos en la nada?

R. No cabe duda de que algunos creen en la nada hasta el instante supremo. No obstante, en el momento de la separación, el Espíritu sufre un cambio profundo: la duda se apodera de él y lo atormenta, pues se pregunta qué va a ser de él. Quiere comprender algo, y no lo consigue. La separación no se completa sin esa impresión.

> En otra ocasión, un Espíritu nos hizo la siguiente descripción de la muerte de un incrédulo: "El incrédulo empedernido experimenta en los últimos instantes la angustia propia de esas pesadillas terribles en las que uno se ve al borde de un abismo, a punto de precipitarse en él. Se esfuerza en huir y no puede. Procura sostenerse de algo, pero no encuentra apoyo y siente que se desliza hacia las profundidades. Quiere gritar, pero ni siquiera consigue articular un sonido. Entonces vemos que el moribundo se contorsiona, crispa las manos, suelta gritos ahogados, síntomas seguros de la pesadilla de la que es víctima. En las pesadillas comunes, el despertar os libera de la desesperación, y os sentís aliviados al comprender que apenas fue un sueño. En cambio, la pesadilla de la muerte se prolonga a menudo por un largo

tiempo, incluso durante años más allá del fallecimiento, y lo que hace más penosa aún la sensación para el Espíritu son las tinieblas en que se encuentra sumergido".

7. Habéis manifestado que en el momento de la muerte ya no veíais, sino que presentíais. Es comprensible que ya no vieseis corporalmente. Sin embargo, antes de que se extinguiera la vida, ¿no entreveíais los resplandores del mundo de los Espíritus?

R. Eso es lo que dije anteriormente: el instante de la muerte confiere clarividencia al Espíritu. Los ojos dejan de ver, pero el Espíritu, que posee una visión mucho más profunda, descubre instantáneamente un mundo desconocido, y la verdad, que brilla de súbito, le da, momentáneamente por cierto, una inmensa alegría o una pena inexplicable, según el estado de su conciencia y el recuerdo de la vida transcurrida.

Se trata del instante que precede a aquel en que el Espíritu pierde el conocimiento, lo que explica el empleo de la palabra *momentáneamente*, pues las mismas impresiones agradables o penosas se prolongan tras el despertar.

8. ¿Podríais decirnos qué os impresionó, qué visteis en el momento en que vuestros ojos se abrieron a la luz? ¿Podríais describirnos, si fuera posible, el aspecto de las cosas con que os encontrasteis?

R. Cuando pude volver en mí y ver lo que había delante de mi vista, quedé como deslumbrado, sin llegar a comprender, porque la lucidez no se recupera repentinamente. No obstante, Dios, que me dio una prueba de su inmensa bon-

dad, permitió que yo recobrara las facultades. Me vi rodeado de numerosos y fieles amigos. Todos los Espíritus protectores que nos asisten estaban alrededor mío y sonreían. Una dicha incomparable los animaba, y yo también, fuerte y con buen ánimo, podía recorrer el espacio sin esfuerzo alguno. En cuanto a lo que vi, no hay cómo describirlo con el lenguaje humano.

Volveré más adelante para relataros más ampliamente mi ventura, sin trasponer, desde luego, el límite que Dios ha establecido. Sabed que la felicidad, tal como la entendéis, es una ficción. Vivid sabiamente, santamente, conforme al espíritu de caridad y amor, y tendréis derecho a experimentar sensaciones que ni el más grande entre los poetas sería capaz de describir.

> No cabe duda de que los cuentos de hadas están repletos de cosas absurdas. Pero ¿no serían esas cosas, en algunos aspectos, la descripción de lo que acontece en el mundo de los Espíritus? El relato del señor Sanson, ¿no guarda alguna semejanza con el de aquel hombre que, habiéndose dormido en una oscura cabaña, se despierta en un palacio espléndido, en medio de una corte deslumbrante?

III

9. ¿Con qué aspecto se os han presentado los Espíritus? ¿Con la forma humana?

R. Así es, mi querido amigo. Los Espíritus nos enseñaron que en el otro mundo conservan la forma transitoria que po-

seían en la Tierra, y es verdad. Pero ¡qué diferencia entre la máquina deforme que se arrastra penosamente con su cortejo de pruebas, y la fluidez maravillosa del cuerpo de los Espíritus! La fealdad ya no existe, pues los rasgos han perdido la rudeza de la expresión que constituye la característica distintiva de la raza humana. Dios ha bendecido a esos cuerpos agradables que se mueven con la elegancia de la forma; el lenguaje tiene modulaciones intraducibles para vosotros, y la mirada revela la profundidad de las estrellas. Procurad, mediante el pensamiento, imaginar lo que Dios puede hacer en su omnipotencia; Él, el arquitecto de los arquitectos, y os habréis formado una pálida idea de la forma de los Espíritus.

10. En cuanto a vosotros, ¿cómo os veis? ¿Os reconocéis con una forma definida y circunscrita, aunque sea fluídica? ¿Sentís que tenéis una cabeza, un tronco, brazos, piernas?

R. El Espíritu, dado que conserva la forma humana, aunque divinizada, idealizada, posee sin duda todos los miembros que mencionas. Siento perfectamente las piernas y los dedos, pues podemos, conforme a nuestra voluntad, aparecer ante vosotros y estrecharos la mano. Estoy cerca de vosotros, y ya he estrechado la mano de todos mis amigos, sin que lo hayan notado. Nuestra condición fluídica nos permite estar en todas partes sin ocupar espacio alguno y sin provocaros sensaciones, si ese es nuestro deseo. En este momento, tenéis las manos cruzadas, y yo he puesto mis manos entre las vuestras. Os digo, por ejemplo, que os estimo, pese a que mi cuerpo no ocupa espacio y que la luz lo atraviesa. Lo que denominaríais milagro, si pudierais verlo, sólo es para el Espíritu la acción continua de cada instante.

La visión de los Espíritus no tiene relación con la visión humana, del mismo modo que su cuerpo no tiene ninguna

semejanza real; para ellos todo se transforma tanto en la esencia como en el conjunto. Os reitero que el Espíritu tiene una perspicacia divina que todo lo abarca, dado que puede incluso adivinar vuestro pensamiento. También puede adoptar la forma que mejor le convenga para darse a conocer. Sin embargo, en ese aspecto, el Espíritu superior que concluyó sus pruebas prefiere la forma que le ha permitido acercarse a Dios.

11. Los Espíritus no tienen sexo. No obstante, como hasta pocos días atrás erais un hombre, deseamos saber si en vuestro nuevo estado tenéis más de la naturaleza masculina que de la femenina. Además, si lo mismo que ocurre en vuestro caso podría aplicarse a un Espíritu que haya dejado su cuerpo mucho tiempo atrás.

R. No tenemos motivo para ser de naturaleza masculina o femenina: los Espíritus no se reproducen. Dios los creó conforme a su voluntad, y si, según sus maravillosos designios, quiso que reencarnen sobre la Tierra, debió disponer la reproducción de las especies por medio del macho y la hembra. No obstante, debéis notar, sin que medien mayores explicaciones, que los Espíritus no pueden tener sexo.

> Siempre se ha dicho que los Espíritus no tienen sexo. Los sexos sólo son necesarios para la reproducción de los cuerpos. Dado que los Espíritus no se reproducen, los sexos serían inútiles para ellos. Nuestra pregunta no tenía por finalidad la confirmación de ese hecho, sino saber, visto que el señor Sanson había desencarnado recientemente, qué impresiones conservaba de su estado terrenal. Los Espíritus purificados comprenden perfectamente su naturaleza, pero entre los Espíritus inferiores, que no se han desmaterializado, muchos son

los que creen que todavía están en la Tierra, y conservan las mismas pasiones y los mismos deseos. De ese modo, consideran que siguen siendo hombres o mujeres, lo que ha llevado a algunos a la suposición de que realmente tienen sexo. Algunas contradicciones en ese sentido provienen de los diferentes grados de adelanto de los Espíritus que se comunican. El error no es de ellos, sino de quienes los interrogan sin tomarse el trabajo de profundizar estas cuestiones.

12. Entre los Espíritus que se encuentran aquí, ¿veis a san Luis, nuestro presidente espiritual?

R. Él está siempre cerca de vosotros, y toda vez que se ausenta deja aquí a un Espíritu superior para que lo reemplace.

13. ¿Podéis ver a otros Espíritus?

R. En vuestras sesiones siempre están Pardou, el Espíritu de Verdad, san Agustín, Lamennais, Sonnet, san Pablo, Luis, y otros amigos a los que evocáis.

14. ¿Qué os parece nuestra sesión? Con vuestra nueva visión, ¿su aspecto es el mismo de cuando estabais vivo? ¿Las personas tienen para vos la misma apariencia? ¿Es todo tan claro y tan nítido como antes?

R. Mucho más claro, porque puedo leer el pensamiento de todos vosotros. Me siento muy feliz con la impresión favorable que me causa la buena voluntad de todos los Espíritus aquí reunidos. Deseo que esa misma comprensión pueda existir no sólo en París, en la reunión de todos los grupos, sino también en toda Francia, donde existen *grupos que se separan y se envidian recíprocamente, dominados por Espíritus turbulentos*

que se complacen con el desorden, mientras que el espiritismo debe suscitar el desprecio completo y absoluto del *yo*.

15. Dijisteis que leéis nuestro pensamiento. ¿Podríais explicarnos cómo se produce esa transmisión del pensamiento?

R. Eso no es sencillo. Para describiros, para explicaros ese extraño prodigio de la visión de los Espíritus, sería preciso echar mano de todo un arsenal de elementos nuevos, a fin de que supierais tanto como nosotros; pero eso no es posible, habida cuenta de que vuestras facultades están limitadas por la materia. ¡Paciencia! Progresad en bondad y lo lograréis. Actualmente sólo podéis disponer de lo que Dios os concede, con la esperanza de progresar incesantemente. Más adelante seréis como nosotros. Así pues, procurad una muerte buena para saber mucho. La curiosidad, que es el estímulo del hombre que reflexiona, os conduce tranquilamente hacia la muerte, y os reserva la satisfacción de todas vuestras curiosidades anteriores, presentes y futuras. Mientras aguardáis ese momento, os diré lo siguiente, a fin de responder –aunque de modo incompleto– a vuestra pregunta: el aire que os rodea, impalpable como nosotros, transporta el carácter de vuestro pensamiento; el soplo que exhaláis es, por así decirlo, la página escrita por vuestras ideas, páginas leídas y comentadas por los Espíritus que constantemente se acercan a vosotros. Ellos son los mensajeros de una telegrafía divina a la que nada se le escapa.

La muerte del justo

Con posterioridad a la primera evocación del señor Sanson, realizada en la Sociedad de París, un Espíritu transmitió, con el epígrafe precedente, la comunicación que sigue:

"La muerte del hombre de quien en este momento os ocupáis ha sido la del justo, es decir, una muerte acompañada por la calma y la esperanza. Así como el día sucede naturalmente a la aurora, la vida espírita ha sucedido para él a la vida terrestre, sin conmoción ni sacudidas, al tal punto que su último suspiro ha sido exhalado como un himno de reconocimiento y amor. ¡Cuán pocos son los que atraviesan de ese modo la ardua transición! ¡Cuán pocos son los que, después de la confusión y la desesperanza de la vida, conciben el ritmo armonioso de las esferas! Así como el hombre saludable continúa sintiendo dolor en los miembros que se le amputaron tras el impacto de un proyectil, así también el alma del hombre que muere sin fe ni esperanza, una vez que se ha separado del cuerpo, se siente destrozada y se precipita en el espacio sin la menor conciencia de sí misma.

"Orad por esas almas perturbadas; orad por todos los que sufren, pues la caridad no se restringe a la humanidad visible: ella también socorre y consuela a los seres que pueblan el espacio. Habéis tenido de ello una prueba evidente con la súbita conversión de ese Espíritu conmovido por las plegarias espíritas realizadas sobre la tumba del hombre de bien que vinisteis a interrogar, y que desea haceros progresar en el camino santo.[26] El amor no tiene límites. Colma el espacio, brinda y recibe a la vez su divino consuelo. El mar se extiende en una perspectiva infinita, cuyo límite pareciera confundirse con el cielo, y el Espíritu se deslumbra ante el magnífico espectáculo de esas dos majestades. Así es el amor. Más profundo que las olas, más infinito que el espacio, debe reunir a todos

26. Alusión al Espíritu de Bernard, que se manifestó espontáneamente el día de las exequias del señor Sanson. (Véase la *Revista Espírita* de mayo de 1862, página 132.) (N. de Allan Kardec.)

vosotros, Espíritus encarnados y desencarnados, en la misma comunión de la caridad, para producir la admirable fusión de lo finito con lo eterno."

Georges

El señor Jobard

Director del Museo de la Industria de Bruselas. Nacido en Baissey (Alto Marne); fallecido en Bruselas, de un ataque de apoplejía fulminante, el día 27 de octubre de 1861, a los sesenta y nueve años.

El señor Jobard era presidente honorario de la Sociedad Espírita de París. Teníamos el propósito de evocarlo en la sesión del 8 de noviembre, oportunidad en la que, anticipándose a nuestro deseo, ofreció espontáneamente la siguiente comunicación:

"Aquí estoy, soy quien ibais a evocar, y me manifiesto a través de este médium al que hasta ahora le había solicitado hacerlo, pero sin éxito.

"Deseo ante todo describiros mis impresiones en el momento de la separación de mi alma. Experimenté una indescriptible conmoción. Recordé de inmediato mi nacimiento, mi juventud, mi edad madura. Toda mi vida se plasmó nítidamente en mi memoria. Sólo sentía el piadoso deseo de encontrarme en las regiones reveladas por nuestra amada creencia. Luego, la confusión se apaciguó. Estaba libre, y mi cuerpo

yacía inerte. ¡Ah, mis queridos amigos, qué placer se experimenta sin el peso del cuerpo! ¡Qué satisfacción es poder abarcar el espacio! Sin embargo, no creáis que me haya convertido repentinamente en un elegido del Señor. No, me encuentro entre los Espíritus que, si bien han aprendido algo, tienen por delante un prolongado proceso de aprendizaje. No pasó mucho tiempo sin que me acordara de vosotros, *mis hermanos de exilio*. Os ratifico mi plena simpatía, y los envuelvo con mis mejores votos.

"¿Quisierais saber cuáles son los Espíritus que me recibieron? ¿Cuáles han sido mis impresiones? Pues bien, amigos, esos Espíritus son todos los que evocamos, todos los hermanos que han compartido nuestros trabajos. He percibido el esplendor, pero no puedo describirlo. Me concentré en discernir lo que era verdadero en las comunicaciones, listo para rechazar todo lo que fuese inexacto; dispuesto, en fin, a ser el defensor de la verdad en el otro mundo, así como lo he sido en el vuestro."

Jobard

1. Cuando vivíais nos recomendasteis que os evocáramos llegado el momento de que dejarais la Tierra. Eso es lo que ahora hacemos, no solamente para satisfacer aquel deseo, sino sobre todo para testimoniaros una vez más nuestra sincera y viva simpatía, al mismo tiempo que para instruirnos, puesto que nadie mejor que vos puede proporcionarnos informaciones precisas sobre ese mundo en el que os encontráis. Estaríamos muy satisfechos si os dignaseis responder nuestras preguntas.

Respuesta: En este momento lo más importante es vuestra instrucción. En cuanto a vuestra simpatía, puedo verla: ya no sólo la percibo con los oídos, lo que constituye para mí un importante progreso.

2. Para confirmar nuestras ideas, y a fin de que evitemos la divagación, os preguntaremos, en principio, ¿en qué lugar os halláis aquí, y cómo os veríamos en caso de que pudiéramos hacerlo?

R. Estoy junto al médium. Me veríais con la apariencia del mismo Jobard que se sentaba a vuestra mesa, dado que vuestros ojos mortales, todavía vendados, sólo pueden ver a los Espíritus con su apariencia mortal.

3. ¿Podéis haceros visible? De lo contrario, ¿cuál es la dificultad?

R. La disposición que os es propia. Un médium vidente me vería, los restantes no.

4. Vuestro lugar aquí es el mismo que ocupabais en nuestras sesiones cuando vivíais, y que os hemos reservado. Por consiguiente, aquellos que os han visto en esas ocasiones pueden suponer que estáis ahí tal como erais entonces. Pero no estáis con vuestro cuerpo material, sino con vuestro cuerpo fluídico, que tiene la misma forma de aquel. Si bien no os vemos con nuestros ojos del cuerpo, os vemos con los del pensamiento. Si bien no podéis comunicaros por medio de la palabra, podéis hacerlo a través de la escritura, con la ayuda de un intérprete. Así pues, nuestras relaciones no se han roto en modo alguno con vuestra muerte, y podemos conversar con vos de manera tan sencilla y completa como antes. ¿Es así como ocurren las cosas?

R. Sí, y lo sabéis desde hace mucho tiempo. Ocuparé este lugar en muchas ocasiones, incluso sin que lo sepáis, porque mi Espíritu vivirá entre vosotros.

> Llamamos la atención sobre esta última frase: "Mi Espíritu vivirá entre vosotros". En las circunstancias actuales, eso no constituye una simple imagen, sino la realidad. Por el conocimiento que el espiritismo nos otorga acerca de la naturaleza de los Espíritus, sabemos que cualquiera de ellos puede encontrarse entre nosotros, no sólo a través del pensamiento sino *personalmente*, con el auxilio de su cuerpo etéreo, que lo convierte en una individualidad diferenciada. Por consiguiente, un Espíritu, después de muerto, puede habitar entre nosotros del mismo modo que cuando estaba vivo, o mejor aún, puesto que puede ir y venir cuando le plazca. Tenemos de ese modo una multitud de acompañantes invisibles, indiferentes algunos, y otros atraídos por el afecto. Sobre todo a estos últimos se aplica esta frase: "Ellos viven entre nosotros", que se puede interpretar así: Ellos nos asisten, nos inspiran y protegen.

5. No hace mucho que venís a sentaros en ese mismo lugar. Las condiciones en las que lo hacéis ahora, ¿os parecen extrañas? ¿Qué efecto ha producido en vos esa modificación?

R. Las condiciones actuales no me parecen extrañas, porque mi Espíritu desencarnado goza de la lucidez necesaria para no dejar sin solución cualquier cuestión que considere.

6. ¿Recordáis haber estado en las mismas condiciones con anterioridad a vuestra última existencia? ¿Notasteis algún cambio?

R. Recuerdo mis existencias anteriores y compruebo que he mejorado. En la actualidad veo y comprendo plenamente aquello que veo. En cambio, durante las precedentes existencias, Espíritu perturbado, sólo me apercibía de las lagunas terrestres.

7. ¿Recordáis vuestra penúltima existencia, la que precedió a la del señor Jobard?

R. En mi penúltima existencia fui un obrero mecánico, atormentado por la miseria y por el propósito de perfeccionar mi oficio. *Como Jobard, cumplí los sueños de ese pobre obrero*, y doy gracias a Dios, cuya bondad infinita ha hecho que germinara la simiente que Él había depositado en mi cerebro.

8. ¿Ya os comunicasteis en algún otro lugar?

R. Me he comunicado poco. En diversos lugares un Espíritu adoptó mi nombre, y hubo ocasiones en que yo estaba cerca de él sin que pudiera comunicarme directamente. Mi muerte es tan reciente que todavía me afectan ciertas influencias terrenales. Es preciso que exista una simpatía perfecta para que pueda expresar mi pensamiento. Dentro de poco, estaré en condiciones de proceder indistintamente, pero por ahora, repito, no puedo hacerlo. Cuando muere un hombre un tanto conocido recibe llamados de muchos lugares, y una multitud de Espíritus se apresura a apoderarse de su individualidad. Fue eso lo que aconteció conmigo en numerosas oportunidades. Os aseguro que pocos Espíritus pueden comunicarse inmediatamente después de su desprendimiento, ni siquiera a través de un médium por el que tenga alguna preferencia.

9. ¿Veis a los Espíritus que están aquí con nosotros?

R. En particular veo a *Lázaro* y a *Erasto*. A continuación, a una cierta distancia, el *Espíritu de Verdad* se cierne en el es-

pacio. Veo también una infinidad de Espíritus amigos que os rodean, solícitos y benévolos. Consideraos dichosos, amigos, pues hay influencias benéficas que os protegen de las calamidades del error.

10. Cuando estabais encarnado compartíais la opinión que ha sido emitida sobre la formación de la Tierra a partir de la incrustación de cuatro planetas, que se habrían unido. ¿Conserváis esa misma opinión?

R. Es un error. Los nuevos descubrimientos geológicos prueban las convulsiones de la Tierra y su formación sucesiva. La Tierra, al igual que los demás planetas, tuvo su vida propia, y Dios no necesitó recurrir al gran trastorno que constituiría esa agregación de planetas. El agua y el fuego son los únicos elementos orgánicos de la Tierra.

11. Pensabais asimismo que los hombres podían caer en estado cataléptico por un tiempo ilimitado, y que el género humano había sido conducido de esa manera a la Tierra.

R. Quimera de mi imaginación, que superaba invariablemente sus límites. La catalepsia puede ser prolongada, pero no indeterminada. Se trata de tradiciones, leyendas exageradas por la imaginación oriental. Amigos míos, ya he sufrido mucho a causa de las ilusiones con que alimenté mi espíritu; no os engañéis al respecto. También he aprendido mucho, y hoy puedo deciros que mi inteligencia, apta para asimilar diversos y vastos estudios, había conservado de mi última encarnación el amor por lo maravilloso, abrevado en las imaginaciones populares.

Por el momento poco me he ocupado con las cuestiones puramente intelectuales, en el sentido en que vosotros las consideráis. ¿Cómo habría de hacerlo, deslumbrado y atur-

dido por el maravilloso espectáculo que me rodea? Sólo el vínculo con el espiritismo, tan poderoso que vosotros los hombres no podéis comprenderlo, es capaz de atraer mi ser a esta Tierra que abandono, no diré con alegría, pues eso sería una falta de piedad, pero sí con el profundo reconocimiento de la liberación.

> Cuando la Sociedad abrió una suscripción en favor de los obreros de Lyón, en febrero de 1862, uno de sus miembros se suscribió con 50 francos, de los cuales 25 correspondían a él y 25 fueron colocados en nombre del señor Jobard, que por entonces dio al respecto la comunicación siguiente:

"Me siento honrado, y agradezco a mis hermanos espíritas porque no se olvidaron de mí. Agradezco al corazón generoso que os aportó la ofrenda que yo habría entregado si todavía habitara en la Tierra. En el mundo en que me encuentro actualmente no tenemos necesidad de dinero, de modo que me ha sido necesario recurrir al bolsillo de la amistad para probar materialmente que también a mí me conmueve el infortunio de nuestros hermanos de Lyón. Bravos trabajadores, que cultiváis fervorosamente la viña del Señor, debéis tener el convencimiento de que la caridad no es una palabra vana, pues grandes y pequeños os han dado muestras de simpatía y fraternidad. Estáis en la amplia vía humanitaria del progreso. ¡Que Dios os conserve en ella y lleguéis a ser más felices! ¡Los Espíritus amigos os sostendrán y triunfaréis!

"Comienzo ahora a vivir espiritualmente, con mayor serenidad y menos perturbado por las evocaciones que de todos lados llueven sobre mí. La moda cunde también entre

los Espíritus. Cuando la moda *Jobard* sea sustituida por otra; cuando para los humanos yo haya caído en el olvido, entonces pediré a mis verdaderos amigos, aquellos que me recordarán siempre, que me evoquen. Así profundizaremos las cuestiones que hemos tratado muy superficialmente, y vuestro Jobard, absolutamente transfigurado, podrá seros útil, como él lo desea de todo corazón".

Jobard

Pasados los primeros tiempos consagrados a tranquilizar a sus amigos, el señor Jobard ocupó su lugar entre los Espíritus que trabajan activamente por la renovación social, mientras espera su próximo regreso entre los vivos, a fin de realizar una tarea más directa en ese sentido. A partir de entonces, ha transmitido con frecuencia a la Sociedad de París, donde continúa como colaborador, comunicaciones de innegable superioridad, aunque sin apartarse de la originalidad y del buen humor que constituían la esencia de su carácter, al punto que nos permiten reconocerlo incluso antes de que ponga su firma.

Samuel Philippe

Samuel Philippe era un hombre de bien en la auténtica acepción de la palabra. Nadie recordaba haber visto que realizara una acción dañosa o que cometiera alguna falta voluntariamente, en relación con lo que fuera. Caracterizado por una intensa consagración a sus amigos, siempre estaba dispuesto a hacer favores, aunque pudieran perjudicar a sus propios inte-

reses. Esfuerzo, cansancio, sacrificio, nada le impedía ser útil. Todo lo hacía con naturalidad, sin presunción, y se sorprendía cuando le atribuían algún mérito por sus acciones. Jamás despreció a quienes le hicieron mal, sino que se esmeraba en serles útil como si le hubieran hecho algún favor. Cuando trataba con personas ingratas manifestaba: "No debéis lamentaros por mí, sino por ellos". Aunque era muy inteligente y estaba naturalmente dotado de mucho talento, tuvo una vida común, laboriosa y plagada de arduas pruebas. La suya era una de esas naturalezas selectas que prosperan en la sombra, a las que el mundo no tiene en cuenta, y cuyo brillo no tiene dónde reflejarse en la Tierra. A través del conocimiento del espiritismo, había conquistado una fe ardiente en la vida futura, así como una enorme resignación frente a los males de la existencia terrenal. Falleció en diciembre de 1862, a la edad de cincuenta años, a consecuencia de una dolorosa enfermedad. Su muerte sensibilizó mucho tanto a su familia como a sus amigos. Nosotros lo evocamos varios meses más tarde.

P. ¿Recordáis con claridad vuestros últimos instantes en la Tierra?

R. Perfectamente. Ese recuerdo me vino poco a poco, pues en ese momento mis ideas todavía estaban confusas.

P. En bien de nuestra instrucción y por el interés que nos inspira vuestra vida ejemplar, ¿podríais describir cómo se produjo vuestra transición de la vida corporal a la vida espiritual, así como la situación en que os encontráis en el mundo espiritual?

R. Con mucho gusto, porque esta narración no sólo será provechosa para vosotros, sino también para mí. Al dirigir mi pensamiento hacia la Tierra, la comparación me hace valorar más aún la bondad del Creador.

Sabéis cuántas tribulaciones me puso delante la vida. No obstante, gracias a Dios, jamás me faltó valor frente a la adversidad, y hoy me congratulo por eso. ¡Cuánto habría perdido si hubiese cedido al desánimo! Tiemblo con sólo pensar que, si las fuerzas me hubieran abandonado, mi sufrimiento no habría servido de nada y ahora tendría que volver a empezar. ¡Ah, mis amigos, compenetraos firmemente de esta verdad, porque en ella reside vuestra felicidad futura! ¡Esta dicha, por cierto, no se paga cara con algunos años de sufrimiento! ¡Si supieseis lo que representan unos pocos años comparados con lo infinito!

Si bien mi última existencia ha tenido algún mérito desde vuestro punto de vista, no opinaríais lo mismo de las que la han precedido. Sólo a costa de un gran esfuerzo sobre mí mismo me he convertido en el que ahora soy. Para anular los últimos rasgos de mis faltas anteriores, he tenido que sufrir esas últimas pruebas que acepté voluntariamente. De la firmeza de mis resoluciones extraje la fuerza para soportarlas sin quejarme. Hoy bendigo esas pruebas, porque gracias a ellas rompí con el pasado, que ahora no es sino un recuerdo que me permite contemplar, con legítima satisfacción, el camino que llevo recorrido.

¡Oh! ¡Vosotros, que me habéis hecho padecer en la Tierra; que fuisteis crueles y malévolos para conmigo; que me habéis humillado y me causasteis muchas aflicciones! ¡Vosotros, cuya mala fe me acarreó tantas veces duras privaciones, no solamente os perdono, sino que incluso os agradezco! Quisisteis perjudicarme, y no sospechabais el bien que ese mal habría de proporcionarme. Por lo tanto, a vosotros os debo una gran parte de la felicidad que gozo, pues me habéis dado la ocasión para perdonar y pagar con bien el mal recibido. Dios os puso

en mi camino para poner a prueba mi paciencia y ejercitarme en la práctica de la caridad más difícil: amar a los enemigos.

No os impacientéis por esta digresión. Ahora responderé a vuestra pregunta.

Aunque padecí a raíz de la cruel enfermedad que acabó con mi vida, casi no tuve agonía. La muerte me llegó como un sueño, sin lucha ni conmociones. No le temía al porvenir, de modo que no me apegué a la vida y, por consiguiente, no tuve que luchar en los últimos momentos. La separación se completó sin esfuerzo ni dolor, y sin que yo mismo me diera cuenta de ello.

Ignoro cuánto tiempo duró este último sueño, pero fue breve. La calma de mi despertar contrastaba con mi estado anterior. Ya no tenía dolores y desbordaba de alegría. Quería levantarme y caminar. No obstante, un entorpecimiento que nada tenía de desagradable, que hasta tenía un cierto encanto, me retenía, y yo me abandonaba a él con una especie de deleite, sin comprender mi situación, si bien no dudaba de que había abandonado la Tierra. Todo lo que me rodeaba era comparable a un sueño. Vi a mi mujer y a algunos de mis amigos arrodillados en mi cuarto, llorando, y pensé que se debía sin duda a que me consideraban muerto. Quise desengañarlos, pero no conseguí articular ninguna palabra, de modo que saqué como conclusión que estaba soñando. El hecho de que me viera rodeado de personas queridas, que habían fallecido hacía largo tiempo, además de otras que a primera vista no conseguía reconocer y que velaban por mí, fortalecía esa idea de que se trataba de un sueño.

Ese estado se alternaba con instantes de lucidez y de somnolencia, en los que recobraba y luego perdía la conciencia de mi *yo*. Poco a poco mis ideas se fueron aclarando. La luz que apenas vislumbraba a través de una densa bruma adquirió

más brillo. Entonces comencé a reconocerme y comprendí que ya no pertenecía al mundo terrenal. Por cierto, si no hubiese conocido el espiritismo, esa ilusión habría durado mucho más tiempo.

Mis despojos mortales todavía no habían sido enterrados, y yo ya los contemplaba con piedad, congratulándome por haberme desembarazado de ellos. ¡Me sentía tan feliz de estar libre! Respiraba sin dificultad, como quien sale de una atmósfera nauseabunda. Una indescriptible sensación de felicidad me envolvía por completo. La presencia de los que había amado me alegraba, pero sin que llegara a sorprenderme, pues eso me parecía tan natural como si los encontrara al cabo de un largo viaje. Con todo, algo me causó una profunda sorpresa: nos entendíamos sin articular una palabra. Nuestros pensamientos se transmitían a través de una simple mirada, como por efecto de una penetración fluídica.

No obstante, aún no estaba plenamente liberado de las ideas terrenales. El recuerdo de lo que había padecido acudía de tanto en tanto a mi memoria, como para realzar todavía más mi nueva situación. Había sufrido físicamente, pero sobre todo moralmente. Fui blanco de la malevolencia, así como de esas innumerables preocupaciones, más penosas tal vez que la verdadera desgracia, porque degeneran en una perpetua ansiedad. Mientras esas impresiones se diluían, yo me preguntaba a mí mismo si me había liberado de ellas realmente, pues me parecía escuchar aún ciertas voces desagradables. Al considerar nuevamente las dificultades que en tantas ocasiones me habían atormentado, me estremecía y trataba, por así decirlo, de reconocerme, de tener la certeza de que no era juguete de un sueño. Cuando adquirí la certeza de que todo eso había terminado, fue como si me hubiera aliviado de un

peso enorme. "Es cierto –me decía a mí mismo– que por fin me he liberado de esos sobresaltos que atormentan la vida." Entonces di gracias a Dios. Me sentía semejante a un pobre que, al recibir de repente una inmensa fortuna, duda de su nueva realidad y alimenta por algún tiempo las aprensiones de la pobreza. ¡Ah! ¡Si los hombres comprendieran la vida futura, cuánta fuerza, cuánto valor les daría esta convicción en la adversidad! ¡Qué no harían, mientras permanecieran en la Tierra, para asegurarse la dicha que Dios reserva a los hijos sumisos a sus leyes! ¡Comprenderían que los goces que tanto envidian no son casi nada en relación con los que desprecian!

P. Ese mundo tan nuevo para vos, en comparación con el cual el nuestro vale tan poco, así como los numerosos amigos que en él habéis vuelto a encontrar, ¿os han hecho olvidar a vuestra familia y a vuestros amigos encarnados?

R. Si los hubiera olvidado, sería indigno de la felicidad que disfruto. Dios no recompensa el egoísmo, sino que le impone un castigo. El mundo en que me encuentro puede hacer que desdeñe la Tierra, pero no a los Espíritus que están encarnados en ella. Sólo entre los hombres la prosperidad hace que se olvide a quienes han sido compañeros de infortunio. A menudo vengo a visitar a mis seres queridos, y me siento feliz por el grato recuerdo que conservan de mí. Atraído por sus pensamientos, observo sus reuniones, y gozo con sus alegrías. Sus penas me entristecen, pero no se trata de esa tristeza ansiosa de la vida humana, pues comprendo que esas penas son transitorias y que su objetivo es el bien. Soy feliz al pensar que un día ellos vendrán a esta mansión afortunada donde no se conoce el dolor, y me ocupo de que sean dignos de ella. Me esfuerzo para sugerirles buenos pensamientos y, sobre todo, la resignación a la voluntad de Dios, que yo también tuve.

Mi mayor pesar es ver que retardan ese momento por falta de coraje, por sus quejas y sus dudas respecto del porvenir, así como por alguna acción reprensible. Procuro entonces desviarlos del camino del mal. Si lo consigo, es para mí una inmensa felicidad, al igual que para los demás Espíritus. En cambio, cuando fracaso, exclamo con pesar: "Otro momento de retraso para ellos". No obstante, me consuelo con la idea de que nada se pierde irremediablemente.

El señor Van Durst

Ex funcionario público, fallecido en Anvers en 1863,
a los ochenta años.

Poco tiempo después de la muerte del señor Van Durst, un médium preguntó a su guía espiritual si se le permitía evocarlo, y recibió la siguiente respuesta: "Este Espíritu se recupera lentamente de la turbación en que se encuentra. Podría responderos de inmediato, pero la comunicación le costaría un gran esfuerzo. Os ruego que esperéis cuatro días más, y él os responderá. Para entonces él tendrá noticias de las buenas intenciones que habéis puesto de manifiesto para con él, y vendrá a vosotros con reconocimiento y en calidad de amigo".

Cuatro días más tarde el Espíritu dictó la siguiente comunicación:

"Amigo mío, mi vida tuvo muy poco peso en la balanza de la eternidad. No obstante, estoy muy lejos de ser desdichado. Me hallo en la condición humilde, pero relativamente feliz,

que corresponde a quien no hizo mal, aunque tampoco haya buscado la perfección. Si es posible que haya personas felices en una región limitada, yo estoy entre ellas. Sólo lamento una cosa: no haber conocido lo que conocéis vosotros. Mi prueba hubiera sido menos prolongada y no tan penosa. De hecho, fue grande. ¡Qué terrible es estar vivo pero no vivir; estar fuertemente ligado al cuerpo y no poder valerse de él; ver a los que amamos y sentir que se extingue el pensamiento que nos servía de vínculo con ellos! ¡Oh! ¡Qué momento cruel! ¡Ese momento en que el aturdimiento os domina y oprime, para inmediatamente después disiparse en tinieblas! ¡Sentir, y un instante después estar aniquilado! ¡Proponerse conservar la conciencia del *yo*, y no encontrarla! ¡No existir, y saber que se existe! ¡Qué intensa turbación! Después, transcurrido un tiempo indefinido de angustia contenida, sin más fuerzas para experimentarla, al cabo de ese lapso que parece interminable, renace lentamente la existencia. ¡Es el despertar en un nuevo mundo! ¡Ya no hay cuerpo material, no existe la vida terrena! ¡Es la vida inmortal! ¡Ya no hay hombres de carne, sino figuras diáfanas, Espíritus que se deslizan, que surgen por doquier, que os rodean y a los que no podéis abarcar con la vista, porque fluctúan en lo infinito! ¡Tener el espacio delante, y recorrerlo con sólo desearlo! ¡Comunicarse a través del pensamiento con todo lo que nos rodea! ¡Qué vida nueva, amigo! ¡Vida resplandeciente y desbordante de ventura…! ¡Te saludo, oh, te saludo eternidad que me acoges en tu seno…! ¡Adiós Tierra, que por tanto tiempo me retuviste apartado del elemento natural de mi alma! ¡Ya no quiero nada más de ti, pues tú eres la tierra del exilio, y hasta la mayor de tus felicidades no significa nada!

"Si yo hubiera sabido lo que vosotros sabéis, ¡cuánto más fácil y agradable habría sido mi iniciación en la vida espiritual!

Si hubiera sabido antes de morir lo que debí aprender más tarde, en el momento de la separación mi alma se habría desprendido con menor dificultad. ¡Vosotros estáis en el camino, pero nunca, nunca dejéis de avanzar aún más lejos! Informadle a mi hijo, tantas veces como sean necesarias, que se instruya y crea, para que cuando llegue aquí no estemos separados.

"Adiós, adiós a todos, amigos. Os espero. Y mientras estéis en la Tierra he de venir con frecuencia a instruirme a vuestro lado, porque mis conocimientos son inferiores a los de muchos de vosotros. Donde me encuentro, sin una vejez que me debilite ni obstáculos que me detengan, aprenderé más deprisa. Aquí se vive intensamente y se avanza, pues tenemos ante nuestros ojos horizontes tan bellos que nos sentimos ansiosos por llegar a ellos.

"Adiós, me retiraré, adiós."

Van Durst

Sixdeniers

Hombre de bien, fallecido accidentalmente,
y conocido del médium cuando vivía.
(Burdeos, 11 de febrero de 1861.)

P. ¿Podéis darme algunos detalles acerca de vuestra muerte?

R. Después de que me ahogué, sí.

P. ¿Por qué no antes?

R. Porque ya conocéis esos detalles. (En efecto, el médium los conocía.)

P. ¿Queréis entonces describir vuestras sensaciones después de la muerte?

R. Estuve largo tiempo sin reconocerme, pero con la gracia de Dios y la ayuda de los que me rodeaban, cuando se hizo la luz quedé deslumbrado. Aguardad y siempre encontraréis más de lo que suponíais. Aquí nada es material. Todo afecta a los sentidos ocultos sin que intervenga la vista o el tacto. ¿Me comprendéis? Se trata de una admiración espiritual que supera vuestro entendimiento, porque no hay palabras para describirla. Sólo el alma la percibe.

Mi despertar ha sido muy feliz. La vida es uno de esos sueños al que, a pesar del significado burdo que se asocia a esa palabra, sólo puedo calificar de pesadilla pavorosa. Imaginad que os halláis encerrados en un calabozo nauseabundo donde vuestro cuerpo, corroído por los gusanos hasta la médula de los huesos, está colgado por encima de un horno encendido. Imaginad que vuestra boca reseca ni siquiera encuentra aire que la refresque, y que vuestro Espíritu aterrorizado sólo ve alrededor suyo monstruos que lo acechan para devorarlo. Imaginad, por último, todo lo más terrible y hediondo que un sueño fantástico puede engendrar, y trasladaos después, repentinamente, a un delicioso Edén. Despertad rodeado de todos los que amasteis y habéis llorado; ved que os acompañan los rostros adorados que os sonríen felices; respirad las más delicadas fragancias; refrescad vuestra garganta reseca en el manantial del agua pura; sentid vuestro cuerpo elevado en el espacio infinito, que lo sostiene y lo mece como si se tratara de una flor que la brisa destaca en la copa de un árbol. Consideraos envuelto por el amor de Dios como un recién nacido

abrigado por el amor de su madre. Con todo, no tendréis más que una idea imperfecta de esa transición. He intentado explicaros la felicidad de la vida que aguarda al hombre después de la muerte del cuerpo, pero no lo he conseguido. ¿Será posible explicar lo infinito a aquel que tiene los ojos cerrados a la luz, y cuyos miembros nunca pudieron salir del estrecho círculo en que se hallan encerrados? Para describiros la felicidad eterna sólo os diré: ¡Amad! Porque sólo el amor permite presentir la felicidad; y quien dice amor, dice ausencia de egoísmo.

P. ¿Vuestra situación fue dichosa tan pronto como ingresasteis en el mundo de los Espíritus?

R. No. Debí pagar la deuda inherente al ser humano. Mi corazón había presentido el porvenir del Espíritu, pero me faltó fe. Tuve que expiar mi indiferencia para con el Creador, pero su misericordia tomó en cuenta el bien insignificante que he podido hacer, los dolores que padecí con resignación, pese al sufrimiento. Además, su justicia, que emplea una balanza que los hombres nunca comprenderán, determinó con tanta bondad y amor el peso del bien que hice, que el mal muy pronto quedó anulado.

P. ¿Podríais darme noticias de vuestra hija? (muerta unos cuatro o cinco años después de su padre.)

R. Está cumpliendo una misión en la Tierra.

P. ¿Se siente feliz como encarnada? Temo plantearos preguntas indiscretas.

R. Lo sé. ¿Acaso no sabéis que veo vuestro pensamiento como si tuviera un cuadro delante de mis ojos? No, mi hija no es feliz como encarnada. Por el contrario, deberá experimentar todas las miserias de vuestra vida. No obstante, debe predicar con el ejemplo esas grandes virtudes de las que os jactáis

sin llevarlas a la práctica. Yo la ayudaré, porque habré de velar por ella. No obstante, no le significará demasiado esfuerzo la superación de los obstáculos, pues no se encuentra en la Tierra *para expiar, sino para cumplir una misión*. Tranquilizaos respecto a ella, y gracias por vuestro recuerdo.

En ese momento el médium experimentó cierta dificultad para escribir, y expresó:

P. Si es un Espíritu sufridor el que me perturba, le solicito que escriba su nombre.

R. Una desdichada.

P. ¿Queréis darme a conocer vuestro nombre?

R. Valeria.

P. ¿Podríais decirme la causa de vuestro sufrimiento?

R. No.

P. ¿Estáis arrepentida de vuestras faltas?

R. Podéis ver que sí.

P. ¿Quién os trajo hasta aquí?

R. Sixdeniers.

P. ¿Con qué propósito?

R. A fin de que me ayudéis.

P. ¿Fuisteis vos quien me impedía escribir hace un momento?

R. Sixdeniers me puso en su lugar.

P. ¿Qué relación existe entre vosotros?

R. Él me guía.

P. Pedidle que nos acompañe en la plegaria.

Después de la plegaria, Sixdeniers volvió a tomar la palabra y dijo:

—Os agradezco en nombre de ella. Ya habéis comprendido. No os olvidaré; pensad en ella.

P. (A Sixdeniers) Como Espíritu, ¿tenéis muchos Espíritus sufridores que guiar?

R. No; pero tan pronto como regeneramos a alguno, buscamos a otro, sin que por eso abandonemos a los anteriores.

P. ¿Cómo es posible que atendáis una tarea de vigilancia que deberá multiplicarse hasta lo infinito a través de los siglos?

R. Comprended que aquellos a los que regeneramos se purifican y progresan. Por consiguiente, ya no nos dan trabajo. Además, nosotros también nos elevamos y, a medida que lo hacemos, nuestras facultades progresan y nuestro poder se amplía en proporción directa con nuestra pureza.

NOTA. Según vemos, los Espíritus inferiores están asistidos por Espíritus buenos que tienen la misión de guiarlos. Esa tarea no se delega exclusivamente a los encarnados, aunque estos deben colaborar, pues constituye un medio de progreso para ellos. El Espíritu inferior que interrumpe una buena comunicación no siempre acude con buenas intenciones, como en este caso; pero los Espíritus buenos lo permiten, ya sea como una prueba o para que aquellos que reciben a esa clase de Espíritus contribuyan a su progreso. Si bien es cierto que la persistencia del Espíritu puede degenerar en una obsesión, cuanto mayor sea su tenacidad, tanto más evidente será la necesidad de asistencia. Así pues, es un error rechazar a esos Espíritus, a los que debemos atender como si fueran mendigos que piden una limosna. Entonces diremos: "Se trata de un Espíritu desdichado al que los Espíritus buenos me envían para que lo eduque. Si lo consigo, tendré la alegría de haber encaminado a un alma al bien, abreviando sus padecimien-

tos". Esa tarea es con frecuencia penosa, y no cabe duda de que sería mucho mejor recibir en todo momento comunicaciones agradables, y conversar sólo con Espíritus escogidos. Con todo, no es a través de la búsqueda de nuestra propia satisfacción, o del rechazo a las ocasiones que se nos brindan para practicar el bien, que seremos merecedores de la protección de los Espíritus buenos.

El doctor Demeure

Muerto en Albi (Tarn), el 25 de enero de 1865.

El señor Demeure era un médico homeópata muy distinguido. Por su carácter, tanto como por su saber, había ganado el aprecio y la veneración de sus conciudadanos de Albi. Su bondad y su caridad eran inagotables y, a pesar de su edad avanzada, el cansancio no era una excusa cuando se trataba de asistir a pacientes de escasos recursos. Los honorarios por sus visitas eran su menor preocupación, y sacrificaba su comodidad a favor de los desposeídos, pues alegaba que los ricos, si él no estuviera disponible, podían recurrir a otro médico. A los primeros, no sólo les entregaba los remedios gratuitamente, sino que a menudo proveía a sus necesidades materiales, pues a veces estas eran de mayor utilidad que los medicamentos. De él se podría decir que fue el Cura de Ars de la medicina.

El señor Demeure abrazó con entusiasmo la doctrina espírita, en la que halló la clave de los problemas más graves, cuya solución había solicitado en vano a la ciencia y a todas las filo-

sofías. Su espíritu vivaz e investigador le permitió comprender de inmediato todo el alcance del espiritismo, de modo que se convirtió en uno de sus más entusiastas propagadores. A través de la correspondencia se estableció entre nosotros una relación de mutua y viva simpatía.

Nos enteramos de su muerte el día 30 de enero, y nuestro primer pensamiento fue el de conversar con él. Esta es la comunicación que nos brindó ese mismo día:

"Aquí estoy. Cuando todavía estaba vivo asumí el compromiso de manifestarme, en caso de que fuera posible, para estrechar la mano de mi querido maestro y amigo, el señor Allan Kardec.

"La muerte le transmitió a mi alma ese pesado sueño que se denomina letargia. No obstante, el pensamiento permanecía en vela. Me quité de encima ese funesto entorpecimiento, que prolonga la turbación que sigue a la muerte; me desperté y de un salto realicé el viaje.

"¡Qué feliz soy! Ahora no estoy viejo ni enfermo. Mi cuerpo era apenas un disfraz impuesto. Soy joven y bello, con esa eterna juventud de los Espíritus, sin arrugas que surquen su rostro, y cuyos cabellos no se encanecen con el paso del tiempo. Soy liviano como el ave que atraviesa en rápido vuelo el horizonte de vuestro cielo nebuloso. Admiro, contemplo, bendigo, amo y me inclino, como átomo que soy, ante la grandeza, la sabiduría y la ciencia de nuestro Creador, ante las maravillas que me rodean.

"¡Soy dichoso; estoy en la gloria! ¡Oh! ¿Quién podría en alguna ocasión describir las espléndidas bellezas del ámbito de los elegidos: los cielos, los mundos, los soles, su rol en el gran concierto de la armonía universal? ¡Pues bien, lo intentaré,

maestro! Voy a realizar un estudio de ellas y volveré a depositar junto a vos el homenaje de mis actividades como Espíritu, que anticipadamente os dedico. Hasta pronto".

Demeure

Las dos comunicaciones siguientes, transmitidas el 1.º y el 2 de febrero, se refieren a la enfermedad que nos afectó en esa época. Aunque tengan un carácter personal, las damos a publicidad porque constituyen la prueba de que el señor Demeure es tan bueno en su condición de Espíritu como lo fue cuando era un hombre.

"Mi buen amigo, tened confianza en nosotros y mucho valor. Esta crisis, aunque agobiante y dolorosa, no será de larga duración, y con los tratamientos prescriptos podréis, según es vuestro deseo, completar la obra que ha sido el objetivo principal de vuestra existencia. No obstante, permanezco siempre a vuestro lado, junto al Espíritu de *Verdad*, que me permite tomar la palabra en su nombre, por ser yo el último, entre vuestros amigos, que accedió a la convivencia con los Espíritus. Ellos me hacen el honor de la bienvenida. Querido maestro, ¡qué feliz estoy de haber muerto a tiempo para estar con ellos en este momento! Si hubiera muerto antes, quizás podría haberos evitado esta crisis que no había previsto. Hacía muy poco tiempo que estaba desencarnado como para ocuparme de alguna otra cosa que no fuese lo espiritual. Pero ahora velaré por vos, querido maestro. Aquí estoy, vuestro hermano y amigo, feliz de ser Espíritu para estar a vuestro lado y atenderos en vuestra enfermedad. Conocéis el proverbio: 'Ayúdate, y el Cielo te ayudará'. Ayudad, pues, a los Espíritus buenos en

los cuidados que os dispensan, cumpliendo estrictamente sus prescripciones.

Hace demasiado calor aquí; este carbón os produce fatiga. Mientras estéis enfermo no lo encendáis, pues aumenta vuestra opresión; los gases que de él se desprenden son deletéreos."

Vuestro amigo, Demeure

"Soy yo, Demeure, el amigo del señor Kardec. Vengo a decirle que estaba junto a él cuando le ocurrió el accidente, que podría haber sido funesto sin una intervención eficaz, en la que tuve la felicidad de colaborar. Según los resultados de mi propia observación y de las informaciones que recogí en buena fuente, para mí es evidente que, cuanto antes se produzca su desencarnación, tanto más temprano habrá de producirse su reencarnación, a fin de que pueda completar su obra. No obstante, es necesario que, antes de partir, él haga una última revisión de las obras que deben completar la teoría doctrinaria, de la cual es el iniciador. Por otra parte, será culpable de suicidio voluntario si, debido al exceso de trabajo, contribuye al desfallecimiento de su organismo, que lo amenaza con una partida súbita hacia nuestros mundos. No temáis exponerle toda la verdad, para que esté prevenido y siga rigurosamente nuestras indicaciones."

Demeure

La comunicación que sigue fue obtenida en Montauban, el 26 de enero, al día siguiente de su muerte, en el círculo de amigos espíritas que él tenía en esa ciudad:

"Antoine Demeure. No estoy muerto para vosotros, mis buenos amigos, sino para aquellos que no conocen la santa doctrina que reúne a quienes se amaron en la Tierra y tuvieron los mismos pensamientos y los mismos sentimientos de amor y caridad.

"Soy dichoso, más dichoso de lo que podía suponer, dado que gozo de una singular lucidez entre los Espíritus que se desprendieron de la materia tan poco tiempo atrás. Tened valor, mis buenos amigos. De aquí en adelante permaneceré junto a vosotros y no dejaré de instruiros sobre muchas cosas que ignoramos mientras estamos ligados a nuestra limitada materia, que nos oculta tanta magnificencia y tantas satisfacciones. Orad por aquellos que están privados de esa felicidad, pues no saben el mal que se hacen a sí mismos.

"En esta ocasión no me demoraré mucho, pero os diré que no me encuentro completamente extraño en este mundo de los invisibles. Me da la sensación de que siempre habité en él. Estoy feliz porque veo a mis amigos y puedo comunicarme con ellos siempre que lo desee.

"No lloréis, amigos míos, pues me haríais lamentar el haberos conocido. Dejad correr el tiempo, y Dios os conducirá a esta morada donde todos hemos de reunirnos. Buenas noches, amigos. Que Dios os dé consuelo. Estoy junto a vosotros."

Demeure

Otra carta proveniente de Montauban contiene el relato siguiente:

"Habíamos ocultado a la señora G…, médium vidente y sonámbula muy lúcida, la muerte del señor Demeure, a fin

de proteger su excesiva sensibilidad, y el buen doctor, compenetrado sin duda con nuestro pensamiento, había evitado manifestarse ante ella. El 10 de febrero último, estábamos reunidos por invitación de nuestros guías, quienes –según nos dijeron– tenían el propósito de aliviar a la señora G… de un esguince que la hacía sufrir intensamente desde la víspera. Eso era todo lo que sabíamos, y lejos estábamos de esperar la sorpresa que nos habían reservado. Tan pronto como cayó en estado sonambúlico, la señora soltó gritos penetrantes, al mismo tiempo que mostraba su pie. Veamos qué era lo que sucedía:

"La señora G… veía a un Espíritu inclinado sobre su pierna, cuyas facciones estaban ocultas. Él hacía fricciones y masajes, y de tanto en tanto ejercía sobre la parte afectada una tracción longitudinal, igual que lo habría hecho un médico. La maniobra era tan dolorosa que algunas de las veces la paciente gritaba, al mismo tiempo que hacía movimientos desordenados. Sin embargo, la crisis fue breve, pues transcurridos unos diez minutos todas las señales del esguince habían desaparecidos, al igual que la inflamación, y el pie recuperó su aspecto normal. La señora G… estaba curada.

"Mientras tanto, la identidad del Espíritu seguía siendo una incógnita para la médium, puesto que aquel persistía en no mostrar sus rasgos. Incluso aparentaba tener la intención de retirarse, cuando la paciente, que minutos antes no podía dar un paso, se lanzó de un salto hacia el centro del cuarto para tomar y apretar la mano de su médico espiritual. Esta vez el Espíritu se volvió hacia ella y abandonó su mano entre las de la médium. En ese momento, la señora G… soltó un grito y cayó desvanecida sobre el piso: acababa de reconocer al señor Demeure en el Espíritu que la había curado. Durante el síncope recibió los cuidados solícitos de algunos Espíritus

afines. Por último, cuando recuperó la lucidez sonambúlica, conversó con los Espíritus e intercambió con ellos efusivos apretones de manos, especialmente con el Espíritu del doctor, que retribuía sus muestras de afecto impregnándola con un fluido reparador.

"¿No es esta una escena impresionante y dramática? Se diría que todos los personajes representaban su rol en el ámbito de la vida humana. ¿No es una prueba, entre mil, de que los Espíritus son seres perfectamente reales, que tienen un cuerpo y actúan de un modo semejante al que los caracterizaba en la Tierra? Estábamos felices de volver a encontrar a nuestro amigo espiritualizado, con su excelente corazón y su escrupuloso cuidado. En vida, él había sido el médico de la médium; conocía su excesiva sensibilidad y la había tratado como a su propia hija. Esta prueba de identidad que el Espíritu había brindado a quienes amaba, ¿no es sorprendente y capaz de inducir a que se encare la vida futura desde un aspecto más consolador?"

NOTA. La situación del señor Demeure, como Espíritu, es precisamente la que podía hace presentir su vida tan digna y útilmente empleada. Con todo, otro hecho no menos instructivo resalta de sus comunicaciones: se trata de la actividad que él desarrolla, casi inmediatamente después de la muerte, a fin de ser útil. Por su elevada inteligencia y por sus cualidades morales, pertenece al orden de los Espíritus muy adelantados. Es feliz, pero su felicidad no reside en la inacción. Pocos días antes, atendía a los enfermos como médico; y ahora, apenas desprendido, se desvela por acudir a asistirlos como Espíritu. Algunas personas se preguntarán, ¿qué se gana con estar en el otro mundo si en él no se puede descansar? A esto les preguntaremos, en principio, si no significa nada que se hayan

acabado las preocupaciones, las necesidades, las enfermedades de la vida, que seamos libres, que podamos recorrer el espacio con la rapidez del pensamiento y sin cansarnos, y que veamos a nuestros amigos a cualquier hora, sea cual fuere la distancia a que se encuentren. Les diremos, asimismo, que cuando estén en el otro mundo nadie los forzará a hacer algo, y que tendrán absoluta libertad para permanecer en una ociosa beatitud todo el tiempo que les plazca. Con todo, en breve se cansarán de ese descanso egoísta, y serán los primeros en solicitar una ocupación. Entonces se les responderá: "Si os quejáis de la ociosidad, procurad encontrar vosotros mismos alguna tarea, dado que las ocasiones para ser útil no faltan en el mundo de los Espíritus, como tampoco faltan entre los hombres". De ese modo, la actividad espiritual no constituye una imposición; se trata de una necesidad, una satisfacción para los Espíritus que procuran ocupaciones conforme a sus gustos y aptitudes, y eligen preferentemente aquellas que puedan contribuir a su adelanto.

La señora Wollis, viuda de Foulon

La Señora Foulon, fallecida en Antibes, el 3 de febrero de 1865, vivió durante largo tiempo en El Havre, donde conquistó una reputación como hábil miniaturista. Al principio, su notable talento no fue para ella sino una simple distracción. Con todo, más tarde, cuando se presentaron las necesidades, convirtió a su arte en una provechosa fuente de recursos. Lo que sobre todo la hacía merecedora del afecto y la estima, lo que hacía a su recuerdo grato para todos los que la habían

conocido, era su carácter ameno y sus cualidades personales, cuya magnitud sólo podían apreciar aquellos que tenían acceso a su vida privada. Al igual que todos los que poseen el sentimiento innato del bien, ella no hacía ostentación de sus cualidades, y ni siquiera sospechaba que las tuviera. Si hubo alguien sobre quien el egoísmo no tenía dominio alguno, ese alguien fue ella, sin duda. Probablemente el sentimiento de abnegación personal nunca antes haya sido llevado a ese nivel. Siempre dispuesta a sacrificar su descanso, su salud y sus intereses en bien de aquellos a quienes podía prestar un servicio, su vida fue una extensa serie de actos devotos, y también fue, desde su juventud, una larga sucesión de arduas y crueles pruebas, ante las cuales su valor, su resignación y su perseverancia jamás flaquearon. Pero, ¡ah!, su vista, fatigada por el trabajo cautivante de la miniatura, se extinguía día tras día. En poco tiempo más, la ceguera, ya avanzada, habría de llegar a ser completa.

Cuando la señora Foulon tomó conocimiento de la doctrina espírita, esta representó para ella un rayo de luz. Le pareció que un velo se levantaba sobre algo que no le era desconocido, pero de lo que sólo tenía una vaga intuición. Entonces la estudió con fervor, y al mismo tiempo con la lucidez de espíritu y la exacta apreciación que eran características de su elevada inteligencia. Es necesario conocer todas las dificultades de su vida, dificultades que invariablemente tenían por motivo no a ella misma, sino a sus seres queridos, para comprender todo el consuelo que absorbió en esa sublime revelación que le daba una fe inquebrantable en el porvenir y le demostraba la nulidad de las cosas de la Tierra.

Su muerte fue acorde con la dignidad de su vida. La vio llegar sin ningún temor pesaroso. Para ella era la liberación

de los lazos terrenales, que habría de darle acceso a esa vida espiritual bienaventurada, con la cual se había identificado a través del estudio del espiritismo. Murió en paz, porque tenía conciencia de haber cumplido la misión que había aceptado al venir a la Tierra, así como de haber cumplido escrupulosamente sus deberes de esposa y de madre de familia. Porque también había desechado, durante su vida, todo resentimiento contra aquellos de los que podía tener alguna queja, que le pagaron con ingratitud. Porque siempre había devuelto el mal con el bien, perdonándolos al abandonar la vida, confiada en la bondad y en la justicia de Dios. Finalmente, murió con la serenidad que da una conciencia pura, y con la certeza de estar menos separada de sus hijos que durante la vida corporal, puesto que podrá de ahora en adelante estar con ellos en Espíritu, ayudarlos con sus consejos y cubrirlos con su protección, sea cual fuere el lugar del globo en que se encuentren.

Tan pronto como supimos de la muerte de la señora Foulon, nuestro primer deseo fue el de conversar con ella. Las relaciones de amistad y simpatía que la doctrina espírita había establecido entre nosotros, explican algunas de sus palabras y justifican la familiaridad de su lenguaje.

I

(París, 6 de febrero de 1865, tres días después de su muerte.)

"Estaba segura de que habríais de evocarme inmediatamente después de mi liberación, y me encontraba lista para responderos, pues no conocí la turbación. Sólo aquellos que tienen miedo son envueltos por sus espesas tinieblas.

"Pues bien, amigo mío, ahora estoy feliz. Estos pobres ojos, que se habían debilitado y sólo guardaban el recuerdo de las ilusiones que habían coloreado mi juventud con su brillo resplandeciente, se han abierto aquí, y han vuelto a encontrarse con los espléndidos horizontes que algunos de vuestros grandes artistas idealizan con sus vagas reproducciones, pero cuya realidad majestuosa, severa y, no obstante, llena de atractivos, está modelada en la más absoluta realidad.

"Hace apenas tres días que he muerto, y siento que soy una artista. Mis aspiraciones relacionadas con el ideal de la belleza en el arte sólo eran la intuición de una facultad que había elaborado y conquistado en otras existencias, y que se desarrollaron en la última. Con todo, ¿qué debo hacer para reproducir una obra maestra digna de la grandiosa escena que conmueve a mi Espíritu cuando llegan a la región de la luz? ¡Pinceles, pinceles! Le mostraré al mundo que el arte espírita es el coronamiento del arte pagano, del arte cristiano que está en peligro, y que sólo al espiritismo está reservada la gloria de hacerlo revivir en todo su esplendor sobre vuestro mundo desheredado.

"Suficiente para la artista. Ahora es el turno de la amiga.

"¿Por qué, mi buena amiga (se refiere a la señora de Allan Kardec), estáis tan afectada por mi muerte? Sobre todo vos, que conocéis las decepciones y las amarguras de mi vida, deberíais, por el contrario, alegraros de ver que ahora ya no debo beber de la taza de los amargos dolores terrenales, que he vaciado por completo. Creedme que los muertos son más felices que los vivos. Llorar por su partida sería dudar de la veracidad del espiritismo. Tened la certeza de que me veréis nuevamente. He partido, ante todo, porque mi labor en la Tierra estaba concluida. Cada uno tiene que cumplir la suya,

y cuando la vuestra haya finalizado, vendréis a descansar un poco a mi lado, para volver a comenzar de inmediato, si fuera preciso, debido a que la inactividad no existe en la naturaleza. Cada uno tiene sus tendencias y obedece a ellas. Esta es una ley suprema que prueba el poder del libre albedrío. Por consiguiente, mi buena amiga, todos necesitamos indulgencia y caridad recíprocamente, ya sea en el mundo visible como en el invisible. Con esta divisa todo marcha bien.

"¿No me pedís que me detenga? ¡Sabéis que converso mucho porque es la primera vez! Pero os dejo, es el turno de mi excelente amigo, el señor Kardec. Deseo agradecerle las afectuosas palabras que dirigió a esta amiga que lo ha precedido en el viaje a la tumba. ¡Por poco no hemos partido juntos al mundo en que me encuentro, mi buen amigo! (El Espíritu alude a la enfermedad a la que se refiriera el doctor Demeure.) ¿Qué habría dicho la amada compañera de vuestros días, si los Espíritus buenos no hubiesen puesto el orden debido? Habría llorado y gemido, lo que hasta cierto punto comprendo. No obstante, también es preciso que ella vele para que no os expongáis de nuevo al peligro antes de que hayáis concluido vuestro trabajo de iniciación espírita, pues de lo contrario os arriesgáis a llegar demasiado temprano adonde estamos nosotros y, como Moisés, sólo veríais a lo lejos la Tierra Prometida. Así pues, manteneos en guardia. Es una amiga quien os previene.

"Ahora me retiro. Regreso al lado de mis queridos hijos. Después iré a ver, al otro lado del mar, si mi oveja viajera ha arribado por fin al puerto, o si es juguete de la tempestad. (Se refiere a una de sus hijas que residía en América.) Que los Espíritus buenos la protejan. Voy a unirme a ellos con ese fin. Volveré a conversar con vosotros, pues, como lo recordaréis,

soy una conversadora infatigable. Adiós, mis buenos y queridos amigos. ¡Hasta pronto!"

Viuda de Foulon

II

(8 de febrero de 1865.)

P. Querida señora Foulon, estoy muy satisfecho con la comunicación que nos habéis dado días pasados, y con la promesa de proseguir nuestras conversaciones.

Os he reconocido perfectamente en la comunicación. Hablasteis en ella de cosas que el médium ignoraba y que sólo podían provenir de vos. Además, vuestro lenguaje afectuoso para con nosotros es propio de vuestra cariñosa alma. No obstante, vuestro lenguaje transmite una seguridad, un aplomo, una firmeza, que no os conocí cuando estabais en vida. Bien sabéis que en ese aspecto me he permitido haceros más de una advertencia, en determinadas circunstancias.

R. Es verdad. Pero desde que me vi gravemente enferma recobré mi firmeza de ánimo, perdida por los disgustos y las vicisitudes que por momentos me volvieron temerosa cuando estaba encarnada. Me dije a mí misma: "Eres espírita; olvídate de la Tierra; prepárate para la transformación de tu ser, y vislumbra con el pensamiento la senda luminosa que debe seguir tu alma al abandonar el cuerpo, y que la conducirá, dichosa y liberada, hacia las esferas celestiales donde habrás de vivir de ahora en adelante".

Podríais decirme que era un tanto presuntuoso de mi parte contar con la felicidad perfecta al dejar la Tierra, pero sufrí

tanto que habría podido expiar mis faltas de esta existencia y de las que la precedieron. Esa intuición no me había engañado, y me infundió el valor, la serenidad y la firmeza de los instantes postreros. Esa firmeza aumentó naturalmente cuando, después de mi liberación, constaté que mis expectativas se habían realizado.

P. Tened la bondad de describir ahora vuestra transición, el despertar y las primeras impresiones que experimentasteis.

R. Sufrí, pero mi Espíritu ha sido más fuerte que el sufrimiento material que el desprendimiento le provocaba. *Después del último suspiro*, me encontré en un estado de síncope, sin la menor conciencia de mi situación, sin pensar en nada y con una vaga somnolencia, que no era ni el sueño del cuerpo ni el despertar del alma. Permanecí en ese estado bastante tiempo. Posteriormente, como si saliera de un prolongado desvanecimiento, me desperté poco a poco y me encontré en medio de hermanos desconocidos. Ellos me prodigaron cuidados y atención. Me mostraron un punto en el espacio, parecido a una estrella brillante, y me dijeron: "Hacia allá irás con nosotros; ya no perteneces a la Tierra". Entonces recobré la memoria y me refugié en ellos. Como un grupo armonioso que se lanza en dirección a esferas desconocidas, aunque con la certeza de encontrar allá la felicidad, ascendimos y ascendimos, y a medida que lo hacíamos la estrella aumentaba de tamaño. Era un mundo feliz, un mundo superior, en el que vuestra buena amiga va a encontrar por fin el descanso. Me refiero al descanso en relación con las fatigas corporales que soporté, así como con las vicisitudes de la vida terrenal, pero no con la indolencia del Espíritu, pues la actividad del Espíritu constituye un placer.

P. ¿Habéis dejado definitivamente la Tierra?

R. Dejo aquí muchos seres queridos, de modo que no la abandonaré en forma definitiva. Regresaré a ella, pero como Espíritu, porque debo cumplir una misión junto a mis nietos. Por otra parte, sabéis perfectamente que ningún obstáculo se opone a que los Espíritus que habitan en los mundos superiores a la Tierra vengan a ella de visita.

P. Parece que la posición en que os encontráis podría debilitar vuestras relaciones con los que habéis dejado aquí.

R. De ningún modo, amigo mío. El amor aproxima a las almas. Creedme, se puede estar en la Tierra más próximo de los que alcanzaron la perfección, que de aquellos que por su inferioridad y egoísmo se arremolinan en torno a la esfera terrestre. La caridad y el amor son dos poderosos motores de atracción. Constituyen el lazo que cimenta la unión de las almas vinculadas entre sí, y que persiste a pesar de la distancia y los lugares. La distancia sólo existe para los cuerpos materiales, nunca para los Espíritus.

P. ¿Qué idea tenéis ahora de mis actividades relacionadas con el espiritismo?

R. Comprendo que estáis encargado de cuidar almas, y que se trata de un fardo difícil de cargar. Con todo, vislumbro el objetivo y sé que lo alcanzaréis. En la medida de lo posible habré de ayudaros con mis consejos de Espíritu, a fin de que podáis superar las dificultades que se os presentarán, induciéndoos a adoptar ciertas medidas adecuadas a la activación, mientras estéis con vida, del movimiento renovador al que el espiritismo conduce. Vuestro amigo Demeure, unido al Espíritu de Verdad, os prestará una colaboración más útil aún, pues es más sabio y prudente que yo. No obstante, como sé que la asistencia de los Espíritus buenos os fortalece y sustenta

en vuestra tarea, confiad en que mi participación os será garantizada en todo momento y dondequiera que os encontréis.

P. ¿Podría deducirse de algunas de vuestras palabras que no brindaréis una cooperación personal muy activa en la propagación del espiritismo?

R. Os equivocáis. Veo tantos Espíritus más capaces que yo para tratar tan importante cuestión, que un incontrolable sentimiento de timidez me impide, por el momento, responderos según vuestros deseos. Tal vez pueda hacerlo más adelante. Tendré más valor y osadía, pero antes es preciso que los conozca mejor. Hace sólo cuatro días que he muerto. Aún me encuentro bajo el efecto del deslumbramiento que me rodea. ¿Lo comprendéis, amigo? No consigo expresar las nuevas sensaciones que experimento. Tuve que hacer un gran esfuerzo para sustraerme a la fascinación que ejercen sobre mí las maravillas que admiro. Sólo puedo bendecir y rendir adoración a Dios en sus obras. Pero eso pasará. Los Espíritus me aseguran que pronto estaré habituada a esas magnificencias, y entonces, con la lucidez de mi Espíritu, podré considerar todas las cuestiones relativas a la renovación terrestre. Además, pensad que, sobre todo en este momento, tengo una familia que consolar.

Adiós y hasta pronto. Soy vuestra buena amiga, que os ama y siempre os amará, pues a vos, maestro, os debo el único consuelo perdurable y auténtico que he experimentado en la Tierra.

Viuda de Foulon

III

La comunicación siguiente está destinada a sus hijos, y fue transmitida el 9 de febrero de 1865:

"Hijos muy amados, Dios me ha apartado de vuestro lado, pero la recompensa que se ha dignado concederme es muy superior en comparación con lo poco que he hecho en la Tierra. Resignaos, queridos hijos, a los designios del Altísimo. Extraed, de cuanto Él os ha permitido recibir, la fuerza para soportar las pruebas de la vida. Conservad firme en vuestro corazón la creencia que tanto me facilitó la transición de la vida terrenal hacia aquella que nos aguarda cuando salimos de ese mundo. Después de mi muerte, Dios ha extendido sobre mí el manto de su infinita bondad, tal como ya lo había hecho mientras estuve en la Tierra. Agradecedle por todos los bienes que os concede. Bendecidlo, hijos míos, bendecidlo siempre, a cada instante. Nunca perdáis de vista el objetivo que se os ha señalado, ni el camino que tenéis que recorrer. Reflexionad acerca de la aplicación del tiempo que Dios os concede en la Tierra. Allí seréis dichosos, mis bien amados, dichosos los unos con la dicha de los otros, siempre que reine la unión entre todos. Seréis dichosos también con vuestros hijos, si los educáis para que recorran el camino del bien: aquel que Dios permitió que os fuera revelado.

"¡Oh! No podéis verme, es cierto, pero debéis saber que los lazos que nos unían allí no se han roto con la muerte del cuerpo, puesto que no nos unía la envoltura, sino el Espíritu. Por eso, mis bien amados, gracias a la bondad del Todopoderoso, aún podré guiaros e infundiros valor en vuestra jornada, a fin de que más adelante volvamos a reunirnos.

¡Avanzad, queridos hijos! Cultivad con cariño esta sublime creencia. Os aguardan hermosos días, porque creéis. Ya os dijeron eso, si bien no estaba reservado para mí ver esos días en la Tierra. Será desde lo alto, pues, que he de apreciar los venturosos tiempos prometidos por el Dios bueno, justo y misericordioso.

No lloréis, hijos míos. Que estas comunicaciones fortalezcan vuestra fe, vuestro amor a Dios, que tantos beneficios os ha dispensado, y que tantas y tantas veces envió socorro a vuestra madre. Orad siempre: la plegaria fortifica. Seguid las instrucciones, que yo misma cumplí con tanto fervor, durante la vida que Dios os conceda.

Regresaré, hijos míos, pero antes es preciso que brinde consuelo a mi pobre hija, que aún necesita tanto de mí. Adiós, hasta pronto. Confiad en la bondad del Todopoderoso. Ruego por vosotros. Adiós.

Viuda de Foulon

NOTA. Los espíritas serios y esclarecidos extraerán fácilmente de estas comunicaciones las enseñanzas que de ellas se desprenden. Sólo llamaremos la atención sobre dos puntos. El primero es que este ejemplo nos demuestra la posibilidad de no encarnar más en la Tierra, y pasar de aquí a un mundo superior, sin que por eso seamos separados de los afectos que dejamos aquí. Aquellos, pues, que temen a la reencarnación por causa de las miserias de la vida, pueden liberarse de ella haciendo lo que es necesario, es decir, ocupándose de su mejoramiento. Quien no quiera vegetar en las categorías inferiores, debe instruirse y trabajar para ascender de grado.

El segundo punto es la confirmación de esta verdad: después de la muerte estamos menos separados de los seres que amamos que durante la vida. Hace apenas unos días, la señora Foulon, retenida por la edad y los achaques en una pequeña ciudad del Mediodía, no tenía a su lado más que a una parte de su familia. Como la mayoría de sus hijos y amigos vivían lejos, los obstáculos materiales se oponían a que los pudiera ver con la frecuencia que tanto unos como otros hubieran deseado. Las grandes distancias hacían que incluso la correspondencia fuera escasa y dificultosa para algunos de ellos. Sin embargo, tan pronto como se desvinculó de su densa envoltura, ha ido al encuentro de cada uno, y sin cansancio alguno traspone las distancias con la rapidez de la electricidad. Puede verlos, asiste a sus reuniones familiares, los envuelve con su protección y, a través de la mediumnidad, conversa con ellos a cada instante, como cuando estaba viva. ¡Y pensar que ante este pensamiento que infunde consuelo, algunas personas prefieren la idea de una separación eterna!

Un médico ruso

El señor P…, de Moscú, era un médico tan eminente por su saber como por sus cualidades morales. La persona que lo evocó lo conocía solamente por la fama que su nombre había ganado, sin que hubiera tenido con él más que una relación indirecta. La comunicación original fue transmitida en idioma ruso.

P. (Después de la evocación) ¿Estáis aquí?

R. Sí. El día de mi muerte os perseguí con mi presencia, pero habéis resistido a todas mis tentativas para hacer que escribierais. Las palabras que habéis dicho a mi respecto me hicieron conoceros, y de ahí el deseo de conversar con vos para que os sea de utilidad.

P. Dado que fuisteis tan bueno, ¿por qué habéis sufrido tanto?

R. Se debió a una gracia del Señor, que de esa manera quiso que yo sintiera doblemente el precio de mi liberación y que, al mismo tiempo, progresara en la Tierra tanto como fuera posible.

P. La idea de la muerte, ¿os ha causado temor?

R. No; tenía suficiente fe en Dios para que eso no sucediera.

P. La separación, ¿ha sido dolorosa?

R. No; lo que vosotros denomináis *los últimos momentos* no es nada. Apenas he sentido un breve estremecimiento, e inmediatamente después me encontré feliz por haberme liberado de mi mísera osamenta.

P. ¿Y qué sucedió luego?

R. Tuve la dicha de ver numerosos amigos que se aproximaban a mí y me daban la bienvenida, en especial aquellos a los que tuve la satisfacción de ayudar.

P. ¿En qué región habitáis? ¿Estáis en algún planeta?

R. Todo lo que no es un planeta constituye lo que llamáis espacio. Ahí es donde me encuentro. Sin embargo, ¡cuántas graduaciones existen en esa inmensidad, de las cuales el hombre no puede tener una idea! ¡Cuántos peldaños, en esa escala de Jacob que va desde la Tierra al Cielo, es decir, desde el en-

vilecimiento de la encarnación en un mundo inferior como el vuestro, hasta la purificación absoluta del alma! Sólo se llega al lugar en el que ahora me encuentro después de una extensa serie de pruebas, o sea, después de muchas encarnaciones.

P. En ese caso, debéis de haber tenido muchas existencias.

R. ¿Cómo podría ser de otro modo? No existen las excepciones en el orden inmutable que Dios ha establecido. La recompensa sólo puede llegar después de que se ha obtenido la victoria en la lucha. Cuando la recompensa es grande, la lucha lo ha sido también. Sin embargo, la vida humana es tan breve que la lucha apenas se produce a intervalos, que constituyen las diferentes existencias sucesivas. Ahora bien, si me encuentro en un peldaño elevado, se debe a que alcancé esa felicidad después de una serie de combates, en los que Dios me permitió que a veces saliera victorioso.

P. ¿En qué consiste vuestra felicidad?

R. Eso es más difícil de que lo comprendáis. La felicidad que gozo consiste en una especie de suma satisfacción de mí mismo, no por mis méritos, pues eso sería orgullo –y el orgullo es una señal de los Espíritus atrasados–, sino una satisfacción que está inmersa, por así decirlo, en el amor de Dios, en el reconocimiento de su bondad infinita. Consiste en el goce intenso de ver el bien, de que podamos decir: "Tal vez yo haya contribuido al progreso de algunos de los seres que se han elevado al Señor". Quedamos como identificados con el bienestar, que consiste en una especie de fusión del Espíritu con la bondad divina. Tenemos el don de ver a los Espíritus más purificados, de comprender sus misiones, así como la certeza de que también hemos de alcanzar el nivel de ellos. Entrevemos, en el inconmensurable infinito, las regiones en que más resplandece el fuego divino, al punto de

deslumbrarnos incluso a través del velo que las envuelve. Pero ¿qué os digo? ¿Comprendéis mis palabras? ¿Acaso creéis que ese fuego al que me refiero es comparable al Sol, por ejemplo? No, no. Es algo imposible de transmitir al hombre, dado que las palabras sólo nombran los objetos, las cosas físicas o metafísicas que él conoce por la memoria o por la intuición de su alma; mientras que, como no puede guardar en su memoria aquello que no conoce en absoluto, no dispone de términos que puedan conducirlo a esa comprensión. Con todo, sabed que ya constituye una dicha inmensa pensar en la posibilidad de que podemos elevarnos infinitamente.

P. Habéis tenido a bien decirme que quisierais serme útil. ¿En qué, por favor?

R. Puedo ayudaros cuando desfallecéis, alentaros en los momentos de desánimo, consolaros en vuestras angustias. Si vuestra fe se sacude, y alguna conmoción os perturba, llamadme, y Dios me dará las palabras necesarias para conduciros nuevamente hasta Él. Si os sentís a punto de sucumbir bajo el peso de las inclinaciones de las que os reconocéis responsable, llamadme también, porque os ayudaré a cargar vuestra cruz, como en el pasado Jesús recibió auxilio para cargar la de Él, aquella que habría de proclamar tan alto a los hombres la verdad y la caridad. Si vaciláis bajo el peso de vuestras propias amarguras; si la desesperación se apodera de vos, insisto en que me llaméis, y yo acudiré a arrancaros del abismo, hablándoos de Espíritu a Espíritu, para recordaros los deberes que habéis asumido, no por consideraciones sociales y materiales, sino por el amor que os haré sentir, amor que Dios ha puesto en mi ser para que lo transmita a aquellos que Él puede salvar.

No cabe duda de que en la Tierra tenéis amigos. Es probable que ellos compartan vuestras angustias y os hayan so-

corrido en alguna ocasión. Acudís a ellos en los momentos de aflicción, para llevarles vuestros lamentos y lágrimas, y a cambio de ese dolor recibís consejos, apoyo, muestras de cariño. ¡Pues bien! ¿Acaso suponéis que un amigo del otro mundo no puede hacer lo mismo? ¿No es un consuelo poder decir: "Cuando muera, mis amigos de la Tierra estarán rodeando mi lecho, orarán y derramarán sus lágrimas por mí, en tanto que mis amigos del espacio estarán sonrientes en el umbral de la vida, listos para conducirme al lugar que haya merecido por mis virtudes"?

P. ¿Por qué he de merecer esa protección que estáis dispuesto a dispensarme?

R. Se debe a que siento afecto por vos desde el día de mi muerte. Os he visto como espírita, como buen médium y adepto sincero. Entre todos los que ahí he dejado, fuisteis vos a quien vi en primer término, de modo que decidí acercarme para contribuir a vuestro adelanto. El beneficio no es apenas para vos, sino también para aquellos a los que debéis instruir en el conocimiento de la verdad. Como veis, Dios os ama hasta tal punto que os ha hecho su misionero. Alrededor vuestro, todos van de a poco compartiendo vuestras creencias. Los más rebeldes no dejan de oíros, y llegará un día en que aceptarán vuestra fe. Jamás os desaniméis. Avanzad siempre, a pesar de las piedras del camino. Tomadme como soporte en los momentos de desánimo.

P. No me considero digno de tan grande favor.

R. Por cierto estáis lejos de la perfección. No obstante, vuestro ardor en la propagación de las doctrinas sanas; el esfuerzo para alimentar la fe de los que os escuchan; los consejos que dais sobre la práctica de la caridad, la bondad y la benevolencia, incluso a los que se conducen mal con vos; vues-

tra resistencia para no incurrir en manifestaciones de cólera, cuando sería tan sencillo arrojarla contra los que os afligen y desprecian vuestras intenciones; todo eso atenúa lo malo que aún poseéis. Sabedlo: el perdón es uno de los más poderosos atenuantes del mal.

Dios os colma de gracias a través de la facultad que os ha concedido, y que debéis desarrollar mediante vuestros esfuerzos, a fin de que cooperéis eficazmente en la salvación del prójimo. Voy a dejaros, pero contad conmigo. Tratad de moderar vuestros pensamientos terrenales, y vivid tanto como os sea posible con vuestros amigos del espacio.

P…

Bernardin

(Burdeos, abril de 1862.)

"Soy un Espíritu que ha sido olvidado durante muchos siglos. En la Tierra viví en medio de la miseria y el oprobio. He trabajado cada día sin cesar para darle a mi familia un pedazo de pan insuficiente. No obstante, amaba a mi verdadero Señor, y cuando aquel que me oprimía en la Tierra cargaba excesivamente el fardo de mis dolores, yo decía: 'Dios mío, dadme fuerza para soportar su peso sin quejarme'. Cumplía con mi expiación, amigos. Pero al salir de tan ardua prueba, el Señor me recibió en su paz, y mi anhelo más querido fue el de reuniros a todos, hermanos e hijos, para deciros: 'Por más cara que la consideréis, la dicha que os aguarda habrá de superar su precio'.

”Hijo de una familia numerosa, jamás tuve una posición, y me hice servidor de quien mejor pudiera ayudarme a soportar la vida. Puesto que nací en una época de cruel servidumbre, sufrí todas las injusticias, todos los trabajos penosos, todos los disgustos que los subalternos del amo me impusieron. Vi a mi mujer ultrajada, a mis hijas raptadas y luego repudiadas, y todo eso sin poder pronunciar una queja. Vi que se llevaban a mis hijos a las guerras de pillaje y de crímenes, y que luego los ahorcaban por faltas que no cometieron. ¡Si supieseis, pobres amigos, lo que sufrí en mi demasiado larga existencia! Con todo, supe esperar, y el Señor me concedió esa felicidad que no existe en la Tierra. A todos vosotros, pues, mis hermanos: valor, paciencia y resignación.

”En cuanto a vos, hijo mío, podéis guardar lo que os he dado: una enseñanza práctica. Aquel que predica es siempre mejor escuchado cuando puede decir: ‘Soporté más que vosotros, y lo hice sin quejarme’.”

P. ¿En qué época habéis vivido?

R. Entre 1400 y 1460.

P. ¿Tuvisteis alguna otra existencia después?

R. Sí, también he vivido entre vosotros como misionero. Sí, como misionero de la fe, pero de la fe auténtica y pura, la fe que proviene de la mano Dios, y no de la fe que los hombres os han impuesto.

P. ¿Y ahora, como Espíritu, también tenéis ocupaciones?

R. ¿Acaso podríais suponer que los Espíritus se mantienen inactivos? La inacción, la inutilidad, sería para nosotros un suplicio. Mi misión consiste en guiar centros de obreros del espiritismo. Inspiro en ellos buenos pensamientos y me

esfuerzo por neutralizar aquellos que los malos Espíritus intentan sugerir.

Bernardin

La condesa Paula

Joven, bella, adinerada y de familia ilustre a los ojos del mundo, la condesa Paula era al mismo tiempo un modelo perfecto de las cualidades del corazón y del entendimiento. Falleció en 1851, a los treinta y seis años. Su necrológica es de aquellas que pueden resumirse en las siguientes palabras, repetidas por todas las bocas: "¿Por qué Dios aleja tan pronto de la Tierra a personas como ella?". ¡Dichosos los que así bendicen su recuerdo! Ella era buena, afable e indulgente para con todos. Siempre estaba dispuesta a disculpar o atenuar el mal, en vez de aumentarlo. La maledicencia nunca ensució sus labios. Sin arrogancia ni severidad, trataba a sus súbditos con benevolencia y una delicada familiaridad, sin aires de superioridad o de protección humillante. Compenetrada de que las personas que viven de su trabajo no son arrendatarios, y de que, por consiguiente, necesitan el dinero al que se han hecho acreedores, ya sea por su condición o para subsistir, jamás retardó el pago de un salario. La simple idea de que alguien pudiera experimentar una privación por su causa, constituía para ella un remordimiento de conciencia. No pertenecía al núcleo de personas que siempre encuentran dinero para satisfacer sus fantasías, pero nunca para pagar sus deudas. No podía comprender que se aceptara el hecho de que el rico

pudiera tener deudas, y se habría sentido humillada si alguien dijera que entorpecía el pago a sus proveedores. Por eso, en ocasión de su muerte sólo hubo lamentos, y ningún reclamo.

Su beneficencia era inagotable, pero no se trataba de esa beneficencia convencional que se exhibe a la luz del día. Ejercía la caridad del corazón y no la de la ostentación. Sólo Dios sabe las lágrimas que enjugó y las manifestaciones de desesperación a las que brindó alivio, pues esas buenas acciones sólo tenían por testigos a los desdichados a quienes asistía. Sabía, especialmente, descubrir los infortunios ocultos, que son los más dolorosos, y les prestaba socorro con la delicadeza que eleva la moral en vez de rebajarla.

Su posición en la sociedad y junto a las encumbradas funciones de su marido la obligaban a afrontar pesados compromisos, de los que no podía eximirse. Satisfacía plenamente las exigencias de esa posición, y lo hacía sin avaricia y en forma metódica, a fin de evitar los despilfarros y los gastos superfluos, a tal punto que a ella le alcanzaba la mitad de lo que otros consideraban necesario para llevar a cabo la misma tarea.

De ese modo podía reservar una porción mayor de su fortuna para la asistencia a los necesitados. Lo que economizaba en la administración de la casa le permitía destinar una parte de esa fortuna exclusivamente para aquel fin, al que consideraba sagrado. Así encontró el medio para conciliar sus deberes sociales con la asistencia a los infortunados.[27]

27. Podría decirse que esa señora era el retrato vivo de la mujer caritativa mencionada en *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo XIII, § 4: "Los infortunios ocultos". (N. de Allan Kardec.)

Uno de sus familiares, iniciado en el espiritismo, la evocó doce años después de fallecida, y obtuvo la siguiente comunicación en respuesta a diversas preguntas:[28]

"Tenéis razón, amigo mío, cuando pensáis que soy feliz. En realidad lo soy, y mucho más de lo que el lenguaje puede expresar, aunque todavía me encuentre lejos de alcanzar el último grado de adelanto. También estuve entre los felices de la Tierra, pues no me acuerdo de haber experimentado un solo disgusto verdadero. Juventud, salud, fortuna, homenajes: tenía todo lo que entre vosotros constituye la felicidad. No obstante, ¿qué es esa felicidad comparada con la que disfruto aquí? ¿Qué son vuestras fiestas espléndidas, en las que se exhiben las más hermosas joyas, comparadas con estas asambleas de Espíritus resplandecientes, cuyo brillo vuestra vista no soportaría, brillo que es el atributo de su pureza? ¿Qué son vuestros palacios y salones dorados comparados con esas moradas etéreas, vastas regiones del espacio matizadas de colores que eclipsarían al arco iris? ¿A qué se reducen vuestros paseos por los parques, comparados con los recorridos en la inmensidad, más veloces que el relámpago? ¿Y qué decir de vuestros horizontes nebulosos y limitados, si se los compara con el espectáculo grandioso de los mundos que se mueven en el universo infinito por obra del Altísimo? ¡Qué monótonos son vuestros conciertos más armoniosos, en relación con la delicada melodía que hace vibrar los fluidos del éter y todas las fibras del alma! ¡Qué tristes e insípidas son vuestras mayores alegrías, comparadas con la inefable sensación de dicha que satura incesantemente todo nuestro ser como un efluvio benéfico, sin

28. De esta comunicación, cuyo original está en alemán, hemos extraído los párrafos que sirven para instruirnos acerca del tema que nos ocupa, y suprimimos los detalles de índole familiar. (N. de Allan Kardec.)

mezcla alguna de inquietud, temor o sufrimiento! Aquí todo irradia amor, confianza, sinceridad. Por todas partes corazones amorosos, amigos por todas partes. Nada de envidias ni celos. Así es el mundo en que me encuentro, amigo mío, y al cual llegaréis indefectiblemente, si seguís el camino recto.

"No obstante, la dicha inalterable pronto causaría fatiga. No creáis, pues, que la nuestra esté exenta de peripecias: no existe el concierto perpetuo, ni una fiesta interminable, ni la beatífica contemplación durante toda la eternidad, sino el movimiento, la vida, la actividad. Las ocupaciones, aunque exentas de cansancio, presentan una interminable variedad de aspectos y emociones, a causa de los mil y un incidentes con que están amenizadas. Cada cual tiene que cumplir su misión: protegidos a los cuales prestar asistencia, amigos de la Tierra a quienes visitar, mecanismos de la Naturaleza que controlar, almas en sufrimiento a las cuales dar consuelo. Se trata de un ir y venir continuo, no de una calle a otra, sino de un mundo a otro. Nos reunimos, nos separamos para juntarnos nuevamente; nos encontramos en un punto, conversamos acerca de lo que hemos hecho, nos felicitamos por los éxitos obtenidos; nos ponemos de acuerdo y nos asistimos mutuamente en los casos difíciles. Finalmente, os garantizo que nadie tiene tiempo para enfadarse ni por un instante.

"En este momento, la Tierra constituye nuestra gran preocupación. ¡Cuánto movimiento entre los Espíritus! ¡Cuán numerosas son las legiones que hacia ella confluyen a fin de contribuir a su transformación! Se podrían comparar con una muchedumbre de trabajadores, ocupados en desmontar un bosque a las órdenes de jefes experimentados. Algunos derriban con su hacha troncos seculares y les arrancan sus profundas raíces; otros desmalezan el terreno, cultivan la tierra y edifican

la nueva ciudad sobre las ruinas carcomidas del viejo mundo. Durante ese lapso, los jefes se reúnen, deliberan y transmiten sus órdenes por medio de mensajeros, en todas direcciones. La Tierra debe regenerarse dentro de un plazo determinado, pues es necesario que se cumplan los designios de la Providencia. Por ese motivo cada uno toma parte en la obra. No supongáis que soy una simple espectadora de este gran cometido. Me sentiría avergonzada de permanecer inactiva mientras tantos trabajan. Se me ha confiado una importante misión, y me esfuerzo en cumplirla de la mejor forma posible.

"No fue sin luchas que llegué a la categoría que actualmente ocupo en la vida espiritual. Tened la seguridad de que mi última existencia, por más meritoria que os parezca, no era de por sí suficiente para tanto. Durante varias existencias he pasado por las pruebas del trabajo y la miseria, que voluntariamente había escogido para fortalecer y purificar mi alma. He tenido la dicha de salir victoriosa, pero me quedaba una prueba, la más peligrosa de todas: la de la fortuna y el bienestar material, *un bienestar sin sombra alguna de amargura*. En eso consistía el peligro. Antes de intentarlo quise sentirme suficientemente fuerte para no sucumbir. Dios ha tomado en cuenta mis buenas intenciones y me concedió la gracia de su auxilio. Muchos otros Espíritus, seducidos por las apariencias, se apresuran a escoger esa prueba, pero débiles aún para enfrentar sus peligros, permiten que las seducciones triunfen sobre su inexperiencia.

"¡Trabajadores, estoy en vuestras filas! Yo, la noble dama, he ganado mi pan igual que vosotros: con el sudor de mi frente. Pasé por privaciones, sufrí la intemperie, y eso ha sido lo que templó las fuerzas de mi alma. De lo contrario, es probable que hubiese fracasado en mi última prueba, lo que me habría

hecho retroceder en mi carrera. Como yo, vosotros tendréis también vuestra prueba de la riqueza, pero no os apresuréis a pedirla demasiado pronto. Por otra parte, vosotros, los que sois ricos, tened siempre presente que la verdadera fortuna, la fortuna imperecedera, no existe en la Tierra. Procurad antes saber a qué precio podéis merecer los beneficios del Todopoderoso."

Paula (en la Tierra, condesa de…)

Jean Reynaud

(Sociedad Espírita de París. Comunicación espontánea.)

"Amigos míos: ¡esta nueva vida es magnífica! ¡Semejante a un torrente luminoso, arrastra en su curso inmenso a las almas con sed de infinito! Después de la ruptura de los lazos carnales, mis ojos han abarcado los nuevos horizontes que me rodean, y pude gozar de las espléndidas maravillas del infinito. He pasado de las sombras de la materia a la aurora deslumbrante que anuncia al Todopoderoso. Estoy a salvo, no por el mérito de mis obras, sino por el conocimiento del principio eterno, que me hizo evitar las manchas que la ignorancia ha estampado en la pobre humanidad. Mi muerte ha sido bendecida; mis biógrafos la consideraron prematura. ¡Ah, qué ciegos! Han de lamentar algunos escritos nacidos de la corrupción moral, y no comprenderán cuán útil es a la sagrada causa del espiritismo el escaso ruido que se hace alrededor de mi tumba recién cerrada. Mi obra estaba concluida;

mis antecesores me abrieron el camino. Yo había llegado a ese punto culminante en que el hombre ha dado lo mejor de sí, y a partir del cual no hace más que volver a empezar. Mi muerte despierta la atención de los literatos hacia mi obra capital, que trata acerca de la gran cuestión espírita que ellos fingen desconocer, pero que en breve los subyugará. ¡Gloria a Dios! Con la ayuda de los Espíritus superiores que protegen a la nueva doctrina, seré uno de los pioneros que jalonan vuestro trayecto."

Jean Reynaud

(París, reunión familiar. Otra comunicación espontánea.)

El Espíritu responde a una reflexión acerca de su inesperada muerte, a una edad poco avanzada, y que sorprendió a muchos:

"¿Quién negará que mi muerte no ha sido beneficiosa para el espiritismo, para su porvenir, para sus consecuencias? ¿Habéis observado, amigo, la marcha que sigue el progreso, el camino que toma la fe espírita? Al principio Dios brindó las pruebas materiales: la danza de las mesas, los golpes y toda clase de fenómenos. Se trataba de llamar la atención; eran un preámbulo divertido. Para creer, los hombres requieren pruebas palpables. ¡Ahora la cuestión es absolutamente diferente! Después de los hechos materiales, Dios le habla a la inteligencia, al buen sentido, a la fría razón. Ya no son manifestaciones de fuerza, sino elementos racionales, los que deben convencer incluso a los incrédulos, a los más obstinados. Y esto es sólo el comienzo. Atended bien lo que os digo: una extensa serie de hechos inteligentes, irrefutables, vendrán a continuación, y la

cantidad de adeptos de la fe espírita, ya tan grande, aumentará más aún. Dios va a conquistar a las inteligencias de elite, a las lumbreras del espíritu, del talento y del saber. Esos fenómenos serán un rayo luminoso que se extenderá sobre toda la Tierra como un fluido magnético irresistible, e impulsará a los más recalcitrantes a la búsqueda de lo infinito, al estudio de esa ciencia admirable que nos enseña máximas tan sublimes. Todos se agruparán en torno a vos y, dejando de lado el diploma de genios que se les había conferido, se tornarán humildes y pequeños a fin de que aprendan y se convenzan. Después, más tarde, cuando estén debidamente instruidos y convencidos, se valdrán de su autoridad y del prestigio de sus nombres para llevar más lejos todavía, hasta sus últimos límites, el objetivo que todos os habéis propuesto: la regeneración del género humano por medio del conocimiento racional y profundo de las existencias pasadas y futuras. Esa es mi sincera opinión sobre el estado actual del espiritismo."

Jean Reynaud

(Burdeos.)

Evocación.

Respuesta: Acudo con placer a vuestra llamado, señora. Así es, tenéis razón. Por así decirlo, la turbación espírita no ha existido para mí (eso respondía al pensamiento del médium). Exiliado voluntariamente en vuestra Tierra, donde debía arrojar la primera simiente auténtica de las grandes verdades que en la actualidad conmueven al mundo, siempre tuve conciencia de la patria, y de inmediato me reconocí rodeado de mis hermanos.

P. Os agradezco que hayáis venido. No creía que mi deseo de conversar ejerciera alguna influencia sobre vos. Debe de haber forzosamente una diferencia tan grande entre nosotros, que pienso en ello con todo respeto.

R. Gracias, hija, por ese buen pensamiento. Con todo, también debéis saber, sea cual fuere la distancia que se pueda establecer entre nosotros mediante las pruebas acabadas con relativa celeridad, y con mayor o menor éxito, que siempre hay un lazo poderoso que nos une: el de la simpatía. Ese es el lazo que vos habéis estrechado con vuestro pensamiento constante.

P. Si bien muchos Espíritus explicaron sus primeras sensaciones al despertar, ¿tendríais la bondad de describir lo que habéis experimentado al reconoceros, y cómo se produjo la separación entre el Espíritu y el cuerpo?

R. Del mismo modo que en todas las personas. Sentí que se aproximaba el momento de la liberación. No obstante, más feliz que muchos, no me causó angustia, puesto que conocía sus efectos, aunque fueron más importantes de lo que suponía. El cuerpo representa un obstáculo para las facultades espirituales, y sean cuales fueren las luces que se hayan conservado, estas son invariablemente atenuadas, en mayor o menor medida, por el contacto con la materia. Me adormecí esperando un despertar feliz. ¡El sueño fue breve; la sorpresa, inmensa! Los esplendores celestiales se desplegaron ante mis ojos, brillando con toda su magnificencia. Mi vista maravillada se sumergía en la inmensidad de esos mundos, cuya existencia y habitabilidad yo había sostenido. Era un espejismo que me revelaba y me confirmaba la verdad de mis sentimientos. Cuando el hombre habla, por más seguro que se considere, por lo general guarda en el fondo de su corazón

momentos de duda, de incertidumbre. Desconfía, si no de la verdad que proclama, al menos de los medios imperfectos que emplea para demostrarla. Convencido de la verdad que yo esperaba que fuese admitida, muchas veces he tenido que luchar contra mí mismo, contra el desaliento de ver, de tocar, por así decirlo, la verdad, y de no poder hacerla palpable a los que tendrían tanta necesidad de creer en ella para transitar con seguridad el camino que deben seguir.

P. En vida, ¿profesasteis el espiritismo?

R. Entre profesar y practicar existe una gran diferencia. Muchas personas profesan una doctrina que no practican: yo practicaba pero no profesaba. Del mismo modo que el hombre que respeta las leyes de Cristo es cristiano, aunque las ignore, así también el hombre es espírita si cree en la inmortalidad del alma, en sus existencias previas, en su marcha progresiva incesante, en las pruebas terrenales, que son las abluciones necesarias para su purificación. Yo creía en todo eso. Por consiguiente, era espírita. Comprendí la erraticidad: ese vínculo intermediario entre las encarnaciones, ese purgatorio donde el Espíritu culpable se despoja de sus vestidos manchados para cubrirse con ropas nuevas, en que el Espíritu en estado de progreso *teje* con esmero la túnica que va a usar de nuevo y a la que quiere conservar pura. Tal como os lo he manifestado, comprendí; y sin que hubiese profesado, pasé a la práctica.

NOTA. Estas tres comunicaciones se obtuvieron a través de tres médiums diferentes, que no se conocían entre sí. Por la analogía de los pensamientos, así como por la forma del lenguaje, podemos inferir al menos la presunción de su identidad. La expresión: *teje con esmero la túnica que va a usar de*

nuevo, es una figura encantadora que representa la dedicación con que el Espíritu en estado de progreso prepara la nueva existencia que habrá de hacerlo adelantar. Los Espíritus atrasados son menos cautelosos y algunas veces realizan elecciones equivocadas que los obligan a comenzar de nuevo.

Antoine Costeau

Miembro de la Sociedad Espírita de París, fue sepultado el 12 de septiembre de 1863, en el cementerio de Montmartre, en una fosa común. Era un hombre de bien al que el espiritismo recondujo a Dios. Su fe en el porvenir era absoluta, sincera y profunda. Simple obrero empedrador, practicaba la caridad con el pensamiento, las palabras y las acciones, conforme a los escasos recursos de que disponía, pues siempre encontraba alguna manera de asistir a quienes tenían menos que él. La Sociedad de París no cubrió los gastos de una sepultura particular porque consideró más útil emplear el dinero en beneficio de los vivos, antes que en la vana satisfacción del amor propio. Además, los espíritas saben que la fosa común representa una puerta abierta al Cielo, tanto como el más suntuoso mausoleo.

El Sr. Canu, secretario de la Sociedad, que poco antes había sido un entusiasta materialista, pronunció sobre su tumba la siguiente alocución:

"Querido hermano Costeau, hace algunos años muchos de nosotros, y confieso que yo habría sido el primero, no habríamos visto en esta fosa abierta sino el fin de las miserias

humanas y, a continuación, la nada, la terrible nada, es decir, la ausencia de un alma que conquiste merecimiento o expíe y, por consiguiente, la ausencia de un Dios que recompense, castigue o perdone. Hoy, gracias a nuestra divina doctrina, en esta fosa vemos el fin de las pruebas; y en vos, querido hermano, al restituir a la tierra vuestros despojos mortales, vemos el triunfo de los esfuerzos que habéis hecho y el comienzo de la merecida recompensa que os aguarda por el valor que habéis demostrado, por vuestra resignación y vuestra caridad, en pocas palabras, por vuestras virtudes. Y por encima de todo vemos la glorificación de un Dios sabio, todopoderoso, justo y bueno. Llevad, pues, querido hermano, nuestras acciones de gracias hasta los pies del Eterno, que se ha dignado disipar alrededor nuestro las tinieblas del error y de la incredulidad, dado que poco tiempo atrás os habríamos dicho, en esta circunstancia, con la frente vencida y el corazón desalentado: 'Adiós para siempre, amigo'. En cambio, hoy os decimos, con la frente erguida y radiante de esperanza, con el corazón rebosante de valor y de amor: 'Querido hermano, hasta que volvamos a vernos; orad por nosotros".[29]

Uno de los médiums de la Sociedad obtuvo allí mismo, al pie de la sepultura a medio cerrar, la siguiente comunicación, que todos los presentes escucharon, incluso los sepultureros, *con la cabeza descubierta* y embargados de honda emoción. Sin duda, escuchar las palabras de un muerto, recogidas del seno mismo de su tumba, era un espectáculo nuevo y sorprendente.

29. Para más detalles y otros discursos, véase la *Revista Espírita*, de octubre de 1863, página 297. (N. de Allan Kardec.)

"¡Gracias, amigos, gracias! Mi sepultura no está cerrada aún, pero dentro de algunos segundos la tierra cubrirá mis restos. No obstante, vosotros lo sabéis, mi alma no estará enterrada bajo ese polvo. ¡Ella emprenderá su vuelo en el espacio, para ascender hasta Dios!

"Por eso, ¡cuánto consuelo hay en poder expresar todavía, a pesar de que la envoltura esté inutilizada: '¡Oh! ¡No estoy muerto! ¡Vivo la vida verdadera, la vida eterna!'

"El entierro del pobre no tiene un gran cortejo. Las manifestaciones del orgullo no tienen lugar sobre su tumba. Sin embargo, creedme, amigos, ¡*aquí no falta una inmensa multitud*, pues los Espíritus buenos han acompañado, junto con esas piadosas mujeres, el cuerpo que yace ahí, tendido! ¡Al menos todos vosotros creéis y amáis al buen Dios!

"¡Oh! ¡Por cierto que no! ¡No morimos porque nuestro cuerpo esté aniquilado, esposa amada! ¡De ahora en adelante estaré siempre a vuestro lado, para consolaros y ayudaros a soportar la prueba! La vida será ardua para vos, pero con la idea de la eternidad y del amor de Dios dominando vuestro corazón, ¡qué leves habrán de ser vuestros padecimientos!

"Parientes que acompañáis a mi muy amada compañera, amadla, respetadla; sed para ella como hermanos y hermanas. Si queréis entrar en la morada del Señor, no olvidéis que en la Tierra todos os debéis asistencia.

"Y vosotros, espíritas, hermanos y amigos, ¡gracias por haber venido a decirme vuestro adiós hasta esta morada de polvo y lodo! Pero vosotros sabéis, sabéis perfectamente, que mi alma vive para la inmortalidad, y que en ciertas ocasiones irá a solicitaros alguna plegaria, que no me será rehusada, para ayu-

darme a transitar por esta vía magnífica que me habéis abierto durante la vida.

"Adiós a todos los que estáis aquí. Podremos volver a vernos en otro lugar diferente a esta tumba. Las almas me llaman a una conversación. ¡Adiós! ¡Orad por los que sufren! ¡Hasta la vista!"

Costeau

Tres días más tarde, un grupo privado evocó al Espíritu del señor Costeau, quien dictó la siguiente comunicación a través de otro médium:

"¡La muerte es la vida! No hago más que repetir lo que ya ha sido dicho; aunque para vosotros no hay otra expresión más que esta, a pesar de lo que sostienen los materialistas, los que prefieren permanecer en la ceguera. ¡Oh, amigos! ¡Qué hermoso espectáculo el de ver flamear en la Tierra las banderas del espiritismo! ¡Ciencia inmensa, de la cual apenas descifrasteis las primeras nociones! ¡Cuánta claridad aporta a los hombres de buena voluntad, a aquellos que han roto las terribles cadenas del orgullo para proclamar bien alto su creencia en Dios! Orad, humanos; dadle gracias por todos sus beneficios. ¡Pobre humanidad, si te fuera dado comprender…! Pero no, todavía no ha llegado el tiempo en que la misericordia del Señor habrá de extenderse sobre todos los hombres, a fin de que reconozcan su voluntad y a ella se sometan.

"Ciencia bendita, a través de tus rayos luminosos ellos habrán de llegar y comprenderán. Tu abrigo bienhechor reanimará sus corazones y los fortalecerá con el fuego divino, portador de fe y consuelo. Bajo tus rayos vivificantes *el amo y*

el obrero se fundirán y se identificarán, compenetrados de la caridad fraterna preconizada por el divino Mesías.

"¡Oh, hermanos míos! Pensad en la dicha inmensa que poseéis en vuestro carácter de primeros iniciados en la obra de la regeneración. ¡Honra a vosotros, amigos! Proseguid, y un día, como yo, cuando lleguéis a la patria de los Espíritus, exclamaréis: *La muerte es la vida*. O mejor dicho, la muerte es un sueño, una especie de pesadilla que dura un minuto, y de la cual despertaréis para veros rodeados de amigos que os felicitan y se congratulan con la alegría de abrazaros. Tan grande ha sido mi ventura, que no podía comprender que Dios me concediese tantas gracias a cambio de lo poco que hice. Me parecía que soñaba. Y como a veces me sucedía que soñaba que estaba muerto, temí por un instante verme obligado a volver a ese desventurado cuerpo; pero no tardé en darme cuenta de la realidad, y di gracias a Dios. Bendije al maestro que tan bien supo infundir en mí los deberes del hombre que cree en la vida futura. Así es, lo bendije y le di las gracias, pues *El libro de los Espíritus* había despertado en mi alma el impulso de amor hacia mi Creador.

"Gracias, mis buenos amigos, porque me habéis atraído hasta vosotros. Decid a nuestros hermanos que suelo estar en compañía de nuestro amigo Sanson. ¡Hasta pronto! ¡Valor, la victoria os aguarda! ¡Dichosos los que hayan participado en el combate!"

De ahí en adelante, el señor Costeau se manifestó reiteradamente, tanto en la Sociedad de París como en otras reuniones, y en todos los casos ha dado pruebas de esa elevación de pensamientos que caracteriza a los Espíritus adelantados.

La señorita Emma

La señorita Emma murió muy joven, luego de crueles padecimientos, a consecuencia de un accidente provocado por el fuego. Alguien se propuso solicitar que fuera evocada en la Sociedad Espírita de París, pero ella se presentó espontáneamente el 31 de julio de 1863, poco tiempo después de su muerte.

"Aquí estoy, una vez más, en el escenario del mundo, yo que me consideraba sepultada para siempre con mi velo de inocencia y juventud. Apoyada en mi fe católica, pensé que el fuego de la Tierra me libraría del fuego del Infierno y, si bien no me atrevía a vislumbrar los resplandores del Paraíso, mi alma trémula se refugiaba en la expiación del Purgatorio, mientras oraba, sufría y lloraba. Pero ¿quién le daba a mi ánimo abatido la fortaleza para soportar la angustia? ¿Quién, en las largas noches de insomnio y de fiebre dolorosa, se inclinaba sobre el lecho de mi martirio? ¿Quién me refrescaba los labios resecos? Erais vos, mi ángel de la guarda, cuya blanca aureola me rodeaba. También erais vosotros, Espíritus queridos y amigos, que veníais a murmurar en mi oído palabras de esperanza y de amor.

"Las llamas que consumieron mi pobre cuerpo me liberaron también de sus cadenas. Así, *morí mientras vivía ya la verdadera vida*. No conocí la turbación, y penetré serena y absorta en el día radioso que envuelve a aquellos que, después de haber sufrido intensamente, supieron esperar un poco. Mi madre, mi querida madre, fue la última vibración terrenal que repercutió en mi alma. ¡Cómo me complacería que ella fuese espírita!

"Me he despedido de la Tierra como un fruto maduro que se separa del árbol antes de tiempo. Yo apenas había sido toca-

da por el demonio del orgullo, que hiere a las almas desdichadas, arrastradas por los éxitos embriagadores y deslumbrantes de la juventud. Bendigo, pues, el fuego; bendigo el sufrimiento; bendigo la prueba, que no era otra cosa que una expiación. Semejante a esas blancas y leves nubecillas del otoño, fluctúo en el torrente luminoso, y ya no son más las estrellas de diamante las que refulgen en mi frente, sino las estrellas de oro del buen Dios".

Emma

En otro centro espírita, en El Havre, el mismo Espíritu se comunicó espontáneamente, el 30 de julio de 1863, y transmitió la siguiente comunicación:

"Quienes sufren en la Tierra reciben la recompensa en la otra vida. Dios es todo justicia y misericordia para los que sufren en ese mundo. Nuestro Creador les concede una dicha tan pura, una felicidad tan perfecta, que si las pobres criaturas humanas pudieran sondear sus misteriosos designios, no deberían temer a los padecimientos ni a la muerte. Pero la Tierra es a menudo un lugar de pruebas difíciles, repleto de dolores atroces. Resignaos, si ellas os han herido. Inclinaos ante la suprema bondad del Dios todopoderoso, si Él os sobrecarga con pesados fardos. Y cuando os llame ante su presencia después de crueles padecimientos, veréis en la otra vida, la vida dichosa, cuán insignificantes eran las dolorosas pruebas que padecisteis en la Tierra. Sólo entonces descubriréis la recompensa que Dios os reserva, en caso de que ni la queja ni la crítica hayan penetrado en vuestros corazones. Era muy joven todavía cuando dejé la Tierra. Dios tuvo a bien perdonarme y concederme la vida de los que han respetado su voluntad.

Adorad siempre a Dios; amadlo con todo vuestro corazón; orad siempre, orad con firmeza. En eso radica vuestro amparo en la Tierra, vuestra esperanza, vuestra salvación."

Emma

El doctor Vignal

Antiguo miembro de la Sociedad de París, fallecido el 27 de marzo de 1865. En la víspera de su entierro, se solicitó a un sonámbulo muy lúcido, que veía claramente a los Espíritus, que se transportara hasta el lugar donde se hallaba el cadáver y dijese si podía verlo, a lo que respondió:

"Veo un cadáver en el que se produce un trabajo extraordinario. Se podría decir que es una masa que se agita, con algo que hace esfuerzos para liberarse de ella, aunque tiene dificultad para vencer la resistencia. No distingo la forma del Espíritu con suficiente definición."

El Doctor fue evocado en la Sociedad de París, el día 31 de marzo.

P. Apreciado señor Vignal, todos vuestros antiguos colegas de la Sociedad de París conservan de vos el mejor recuerdo, y yo, en particular, tengo presente nuestra excelente relación, que en ningún momento interrumpimos. Al convocaros a nuestro ámbito nos propusimos, ante todo, ofrendaros un testimonio de simpatía. Estaríamos muy felices si quisierais o si pudierais conversar con nosotros.

R. Querido amigo y digno maestro: vuestro buen recuerdo y vuestros testimonios de simpatía me han sensibilizado mucho. Si hoy puedo venir hasta vosotros, y asistir libre y desprendido de mis ataduras a esta reunión en que están presentes todos nuestros buenos amigos y hermanos espíritas, es gracias a vuestros pensamientos bondadosos y a la asistencia que vuestras oraciones me aportaron. Como decía con acierto mi joven secretario, yo estaba impaciente por comunicarme. Desde el comienzo de vuestra reunión, empleé todas mis fuerzas espirituales para dominar ese deseo. Vuestras conversaciones, al igual que las importantes cuestiones que habéis considerado, me interesaron sobremanera y dieron lugar a que mi espera fuera menos penosa. Perdonadme, querido amigo, pero sentía necesidad de manifestaros mi reconocimiento.

P. Para comenzar, podríais decirnos cómo os encontráis en el mundo de los Espíritus. Asimismo, tened la bondad de describir el proceso de la separación, vuestras sensaciones en ese momento, así como el tiempo que habéis necesitado para recobrar el conocimiento.

R. Soy tan dichoso como se puede serlo cuando se ven confirmados plenamente todos los pensamientos secretos que ha sido posible emitir acerca de una doctrina consoladora y reconfortante. ¡Soy feliz! Sí, lo soy, pues ahora veo sin ninguna dificultad que el futuro de la ciencia y la filosofía espíritas se despliega delante de mí.

No obstante, dejemos de lado por hoy esas digresiones inoportunas. Vendré nuevamente a fin de que conversemos al respecto, pues sé que mi presencia os deparará tanto placer como el que yo mismo experimento al visitaros.

El desprendimiento ha sido muy rápido, más rápido de lo que mis escasos méritos me permitían esperar. Recibí vues-

tro poderoso auxilio, y vuestro sonámbulo os ha dado una idea suficientemente clara del fenómeno de la separación, de modo que yo no insistiré en él. Se trataba de una especie de oscilación intermitente, una especie de puja en dos sentidos opuestos. Triunfó el Espíritu, dado que estoy aquí. Abandoné completamente el cuerpo recién cuando fue descendido a la tierra. Entonces vine hacia ustedes.

P. ¿Qué pensáis del servicio prestado en vuestros funerales? Consideré que era un deber estar presente. ¿Estabais en aquel momento suficientemente desprendido para observarlo? ¿Llegaron hasta vos las plegarias que pronuncié a vuestro favor (si bien no lo hice en forma evidente, por supuesto)?

R. Sí. Como os lo he dicho, vuestra asistencia fue de gran importancia, y me dirigí hacia vosotros, abandonando por completo mi vieja crisálida. Por otra parte, como bien lo sabéis, las cosas materiales poco me afectan. Yo sólo pensaba en el alma y en Dios.

P. Considero que os acordareis del estudio que hemos hecho a vuestro respecto hace cinco años, en febrero de 1860, cuando aún vivíais.[30] En esa ocasión, vuestro Espíritu se desprendió y vino a conversar con nosotros. ¿Podéis describirnos, tanto como sea posible, la diferencia que existe entre vuestro desprendimiento actual y el de entonces?

R. Sí, lo recuerdo muy bien. Pero ¡qué diferencia entre mi estado de entonces y el de hoy! En aquel momento la materia me oprimía con su red inflexible. Yo trataba de desligarme de una manera más completa, y no podía. Hoy soy libre. Un vasto territorio, el de lo desconocido, se abre ante mí, y con vuestra ayuda y la de los Espíritus buenos, a los cuales me

30. Véase la *Revista Espírita*, de marzo de 1860. (N. de Allan Kardec.)

encomiendo, espero adelantar y compenetrarme lo más rápidamente posible de los sentimientos que debo experimentar y de las acciones que me es necesario realizar para soportar las pruebas y hacerme merecedor del mundo de las recompensas. ¡Qué majestad! ¡Qué grandeza! Es casi un sentimiento de pavor el que nos domina cuando, débiles como somos, nos detenemos ante las sublimes claridades.

P. Será para nosotros un placer que continuemos esta conversación en otra oportunidad, siempre que sea vuestro deseo.

R. Respondí sucintamente y sin un orden vuestras variadas preguntas. No exijáis mucho todavía de vuestro fiel discípulo, pues no estoy absolutamente liberado. Volver a conversar me haría muy feliz. Mi guía modera mi entusiasmo, y ya he podido apreciar lo suficiente su bondad y su justicia, para someterme por completo a sus decisiones, por más que me cause pesar la interrupción. Me consuelo al pensar que a menudo podré asistir de incógnito a vuestras reuniones. Hablaré con vosotros algunas veces. Os amo y deseo demostrároslo. No obstante, otros Espíritus con mayor adelanto reclaman prioridad, por lo que debo inclinarme ante aquellos que me han permitido dar libre curso al torrente de pensamientos que tenía refrenado.

Os dejo, amigos, y debo agradecer doblemente, no sólo a vosotros, espíritas, que me habéis llamado, sino también al Espíritu que permitió que yo tomara su lugar, el que en vida llevaba el ilustre nombre de Pascal.

Aquel que ha sido y será siempre el más devoto de vuestros adeptos.

Dr. Vignal

Victor Lebufle

Se trata de un joven piloto práctico del puerto de El Havre, que falleció a los veinte años. Vivía con su madre, una modesta comerciante, a la cual prodigaba los más tiernos y afectuosos cuidados, además de que proveía a su sostén con el producto de su arduo trabajo. Nunca se lo vio frecuentar cabarés ni entregarse a los excesos tan comunes en su profesión, pues no quería desviar ni la más mínima parte de su salario de la piadosa finalidad a que lo destinaba. Consagraba a su madre todo el tiempo ocioso de que disponía, para aliviarla del cansancio. Afectado desde mucho tiempo atrás por una enfermedad de la que sabía que habría de morir, ocultaba a su progenitora sus padecimientos, por temor a inquietarla y para que ella no se propusiese privarlo de su parte de la tarea. Ese joven necesitaba un gran caudal de cualidades naturales y una poderosa fuerza de voluntad para resistir, en la edad de las pasiones, las perniciosas tentaciones del medio en que vivía. Era sincero en sus manifestaciones de piedad, y su muerte fue motivo para que muchos valorizaran su buen ejemplo.

En la víspera de su muerte, le exigió a su madre que fuese a descansar un poco, alegando que él también precisaba dormir. Después de que se acostó, su madre tuvo una visión. Según dijo, se encontraba en medio de una gran *oscuridad*, cuando observó un punto luminoso que se agrandaba poco a poco, hasta que la habitación quedó iluminada por una brillante claridad, de la cual se destacaba la figura radiante de su hijo, que se elevaba en el espacio infinito. La mujer comprendió entonces que el fin del joven estaba próximo. En efecto, al día siguiente, su bella alma dejó la Tierra mientras sus labios murmuraban una plegaria.

Una familia espírita, que conocía la extraordinaria conducta de Víctor y se había manifestado interesada por su madre, que había quedado sola, tuvo la idea de evocarlo poco después de su muerte. Sin embargo, él se manifestó espontáneamente para ofrecer la siguiente comunicación:

"Deseáis saber cómo me encuentro ahora: ¡Feliz, muy feliz! Debéis tomar en cuenta los padecimientos y las angustias, pues son la fuente de las bendiciones y de la felicidad más allá de la tumba. ¡Felicidad! Vosotros no comprendéis el significado de esa palabra. ¡Qué lejos están los goces terrenales de los que experimentamos al regresar al Maestro con la conciencia pura, con la confianza del servidor que ha cumplido su deber y que espera rebosante de alegría la aprobación de Aquel que lo es todo!

"¡Ah, mis amigos! La vida es penosa y difícil cuando no se vislumbra su fin. Pero yo os digo que, en verdad, cuando vengáis junto a nosotros, si vuestra vida ha seguido la ley de Dios, recibiréis una recompensa superior, muy superior a la que pensáis obtener por vuestros padecimientos y por los méritos que hicisteis para llegar al Cielo. Sed buenos y caritativos, con esa caridad tan poco conocida entre los hombres, que se denomina benevolencia. Socorred a vuestros semejantes; haced por ellos más de lo que hacéis por vosotros mismos, dado que ignoráis las miserias ajenas, pero conocéis las vuestras. Asistid a mi pobre madre: es el único pesar que acarreo de la Tierra. Ella debe superar otras pruebas antes de que llegue al Cielo. Adiós, voy a visitarla."

Víctor

(*El guía del médium.*) "No siempre los padecimientos soportados durante una encarnación terrestre constituyen un castigo. Los Espíritus que, por la voluntad de Dios, acuden a la Tierra para cumplir una misión son, como este que acaba de comunicarse con vosotros, felices al experimentar los males que para otros serían una expiación. El sueño les permite recuperarse cerca del Altísimo, y les provee la fuerza necesaria para que soporten todo en función de su mayor gloria. La misión de este Espíritu, en su última existencia, no fue de las más importantes. No obstante, por más oscura que haya sido, no por eso tuvo menos mérito, dado que él no debía recibir el estímulo del orgullo. Ante todo, ese joven tenía que cumplir un deber de gratitud para con la que fue su madre. Además, debería demostrar que aun en los peores ambientes pueden encontrarse almas puras, de sentimientos nobles y elevados, cuya voluntad puede resistir a todas las tentaciones. Eso es una comprobación de que las cualidades tienen una causa anterior, y su ejemplo no habrá sido en vano."

La señora Anaïs Gourdon

Esta joven mujer, que se destacó por la dulzura de su carácter y por sus eminentes cualidades morales, falleció en noviembre de 1860. Pertenecía a una familia de trabajadores de las minas de carbón en las cercanías de Saint-Étienne, circunstancia importante a los efectos de que se aprecie mejor su situación como Espíritu.

Evocación.

Respuesta. Aquí estoy.

P. Vuestro esposo y vuestro padre me han pedido que os llamara, y se sentirán muy felices de obtener una comunicación vuestra.

R. También estoy muy feliz de poder dársela.

P. ¿Por qué habéis sido arrebatada tan temprano de la convivencia con vuestra familia?

R. Porque mis pruebas terrenales llegaron a su fin.

P. ¿Vais a verlos alguna vez?

R. ¡Oh! Estoy con mucha frecuencia junto a ellos.

P. ¿Sois feliz como Espíritu?

R. Soy feliz. Amo y espero. Los Cielos no me causan temor, y aguardo confiada y con amor que las blancas alas me conduzcan hasta ellos.

P. ¿Qué significan para vos esas alas?

R. Entiendo con ello que habré de convertirme en Espíritu puro, y que resplandeceré como los mensajeros celestiales, que me deslumbran.

> Las alas de los ángeles, los arcángeles y los serafines, que son Espíritus puros, no son evidentemente más que un atributo imaginado por los hombres para describir la rapidez con la cual aquellos se trasladan, dado que su naturaleza etérea los dispensa de todo sostén para recorrer los espacios. No obstante, pueden aparecerse a los hombres con ese accesorio a fin de corresponder a sus ideas, del mismo modo que otros Espíritus adoptan la apariencia que tenían en la Tierra para que los reconozcan.

P. ¿Pueden vuestros parientes hacer algo que os agrade?

R. Sí, pueden. Esos seres queridos no deben entristecerme más con la visión de sus aflicciones, pues saben que no me han perdido. Que mi pensamiento les resulte grato, suave y fragante en su recuerdo. He pasado por la vida como una flor, y nada triste debe quedar de ese breve paso.

P. ¿Cómo se explica vuestro lenguaje tan poético, tan poco relacionado con la posición que teníais en la Tierra?

R. Porque es mi alma la que habla. Por cierto, yo había adquirido conocimientos, y muchas veces Dios permite que los Espíritus delicados encarnen entre los hombres más rudos para hacer que ellos presientan la delicadeza a la que llegarán, y que comprenderán más tarde.

Sin esta explicación, tan lógica y tan conforme con la solicitud de Dios para con sus criaturas, difícilmente nos daríamos cuenta de lo que, a primera vista, podría parecer una anomalía. En efecto, ¡qué hay más atractivo y poético que el lenguaje del Espíritu de esa joven señora, elevada en medio de los más rudos trabajos! Muchas veces observamos la situación contraria: Espíritus inferiores, encarnados entre hombres más adelantados. Con el objetivo de su propio adelanto, Dios los pone en contacto con un mundo ilustrado y, en ocasiones, para que sirvan también de prueba a ese mismo mundo. ¿Qué otra filosofía puede resolver estos problemas?

Maurice Gontran

Maurice Gontran era hijo único. Falleció a los dieciocho años, víctima de una afección pulmonar. Inteligencia poco común, razonamiento precoz, gran amor al estudio, carácter dócil, tierno y simpático, tenía todas las cualidades que hacen prever un brillante porvenir. Había concluido los estudios con gran éxito, y se preparaba para asistir a la Escuela Politécnica. Su muerte causó a sus padres uno de esos dolores que dejan marcas profundas, tanto más cuanto que, como siempre había sido de una complexión muy delicada, atribuían su fin prematuro al esfuerzo al que lo había sometido el estudio, y se lo reprochaban. "¿De qué le sirve ahora –decían– todo lo que ha aprendido? Mejor hubiera sido que permaneciese ignorante, pues no necesitaba de la ciencia para vivir. De no haber sido por los estudios, aún estaría entre nosotros, para consuelo de nuestra vejez". Si hubiesen conocido el espiritismo, no cabe duda de que habrían razonado de otra manera. Más tarde encontrarían en esta doctrina el auténtico consuelo. La siguiente comunicación fue transmitido por el joven a uno de sus amigos, algunos meses después de su muerte:

P. Mi querido Maurice: el tierno afecto que dedicabais a vuestros padres me lleva a la convicción de que deseáis reconfortar su ánimo, en caso de que esté a vuestro alcance hacerlo. El pesar, o mejor dicho la desesperación, en que vuestra muerte los sumió, está alterando visiblemente su salud y les ha hecho encarar la vida con disgusto. Algunas palabras de consuelo podrían hacer, sin duda, que en ellos renazca la esperanza.

R. Mi viejo amigo, aguardaba con impaciencia la ocasión que me ofrecéis de comunicarme. El dolor de mis padres me

aflige; pero se calmará cuando tengan la certeza de que no me han perdido. Aproximaos a ellos a fin de convencerlos de esta verdad, lo que seguramente conseguiréis. Era necesario este acontecimiento para aproximarlos a una creencia que les proporcionará felicidad, e impedirá que renieguen de los designios de la Providencia. Como sabéis, mi padre era muy escéptico acerca de la vida futura. *Dios le ha permitido este disgusto para arrancarlo de su error*.

Aquí volveremos a encontrarnos, en este mundo donde no se conocen las aflicciones de la vida, y en el cual os he precedido. Decidles que la satisfacción de que vuelvan a verme se les denegará como castigo a su falta de confianza en la bondad del Creador. Incluso no se me permitirá la comunicación con ellos durante el lapso que permanezcan en la Tierra. La desesperación es una manifestación de rebeldía contra la voluntad del Todopoderoso, y siempre es penada con la *prolongación de la causa que la produjo*, hasta que sea reemplazada por la sumisión. La desesperación es un verdadero suicidio, porque consume las fuerzas del cuerpo; y aquel que abrevia sus días con la intención de escapar más pronto de las garras del dolor, se hace merecedor de las más crueles decepciones. Es preciso, por el contrario, trabajar para preservar las fuerzas del cuerpo, a fin de soportar más fácilmente el peso de las pruebas.

Mis queridos y bondadosos padres, a vosotros me dirijo en estos momentos. Desde que abandoné mis despojos mortales, no he cesado de estar a vuestro lado. Estoy allí más a menudo que cuando vivía en la Tierra. Consolaos, pues, porque no estoy muerto: estoy más vivo que vosotros. Sólo ha muerto el cuerpo; el Espíritu vive siempre. Mi Espíritu es libre, feliz, y está exento de enfermedades y dolores. En vez de afligiros, regocijaos por saber que en este ambiente no necesito cuidados

ni tengo preocupaciones. Aquí, mi corazón está repleto de un goce puro e inmaculado.

¡Oh, amigos! No os lamentéis por aquellos que mueren prematuramente, porque se trata de una gracia que Dios les concede para ahorrarles las tribulaciones de la vida. Mi existencia en la Tierra no debía prolongarse mucho más tiempo en esta oportunidad, puesto que obtuve lo necesario para desempeñar más tarde una misión más importante. Si hubiese vivido muchos años, ¿sabéis a qué peligros y seducciones habría estado expuesto? ¿Podríais acaso juzgar mi fortaleza para no sucumbir en esa lucha? De haber fracasado, mi evolución se habría atrasado varios siglos. ¿Por qué, pues, lamentáis lo que es ventajoso para mí? En ese caso, un dolor inconsolable indicaría falta de fe, que sólo la idea de la nada podría legitimar. ¡Oh! Sí, quienes alimentan esa creencia desesperante son dignos de compasión, pues para ellos no puede haber consuelo posible. ¡Suponen que han perdido irremediablemente a sus seres queridos! ¡Consideran que la tumba les ha quitado la última esperanza!

P. Vuestra muerte, ¿ha sido dolorosa?

R. No, amigo mío, sólo sufrí antes de morir, debido a la enfermedad que me consumió; *pero ese sufrimiento disminuía a medida que se acercaba el instante final*. Cierto día, me dormí sin pensar en la muerte. ¡Entonces tuve un sueño encantador! Soñé que estaba curado, que ya no sufría y respiraba profundamente, con deleite, un aire balsámico y fortificador. Una fuerza desconocida me transportaba a través del espacio. Una luz brillante resplandecía alrededor mío, pero no me ocasionaba cansancio para la vista. Entonces vi a mi abuelo, cuya figura ya no era escuálida, sino que poseía un aspecto juvenil y agradable. Me tendía los brazos y me estrechaba afectuosa-

mente contra su corazón. Lo acompañaban muchas personas de rostros sonrientes, y todas me recibían con benevolencia y dulzura. Me parecían conocidas. Felices de volver a vernos, intercambiábamos palabras y testimonios de amistad. ¡Pues bien! Lo que creía un sueño era pura realidad, porque ya no despertaría en la Tierra. ¡Había despertado en el mundo de los Espíritus!

P. Vuestra enfermedad, ¿no había sido provocada por la excesiva dedicación al estudio?

R. ¡Oh, no! Podéis estar seguros de eso. El tiempo que debía pasar en la Tierra estaba determinado, de modo que nada habría podido retenerme en ella. Mi Espíritu ya sabía eso en los momentos de desprendimiento, y me consideraba feliz con la idea de la liberación inminente. Pero el tiempo que pasé entre vosotros no fue inútil, y ahora me felicito de no haberlo desperdiciado. Los estudios serios fortalecieron mi alma y aumentaron mis conocimientos, y si bien no pude darles aplicación en mi breve existencia, no por eso dejaré de hacerlo más adelante y con mayor provecho.

Adiós, querido amigo, vuelvo al lado de mis padres. Voy a prepararlos para que reciban esta comunicación.

Maurice

Capítulo III

Espíritus de condición intermedia

Joseph Bré

Fallecido en 1840. Evocado en Burdeos por su nieta, en 1862.

El hombre honesto según Dios o según los hombres.

1. Querido abuelo, ¿podéis decirme cómo os encontráis entre los Espíritus, y darme algunos pormenores instructivos para nuestro progreso?

R. Todo lo que os plazca, querida hija. Expío mi falta de fe. No obstante, grande es la bondad de Dios, que toma en cuenta las circunstancias. Sufro, pero no como podríais imaginaros, sino por el disgusto de no haber aprovechado mejor mi tiempo en la Tierra.

2. ¿Cómo? ¿Acaso no habéis vivido siempre con honestidad?

R. Sí, según la opinión de los hombres. Con todo, existe un abismo entre *la honestidad ante los hombres y la honestidad ante Dios*. Puesto que tu deseo es instruirte, querida hija, trataré de mostrarte la diferencia.

Entre vosotros, un hombre es honesto cuando respeta las leyes de su país; un respeto elástico para muchos. Es honesto cuando no perjudica a su prójimo de manera ostensible, aunque muchas veces le quite, sin el menor escrúpulo, la felicidad y la honra, dado que ni el código penal ni la opinión pública alcanzan al culpable que es hipócrita. Cuando consiguieron grabar en la lápida de su tumba un epitafio repleto de virtudes, muchos suponen que con ello han saldado su deuda con la humanidad. ¡Gran error! Para ser honesto ante Dios no basta con haber respetado las leyes de los hombres, sino que ante todo es preciso no haber transgredido las leyes divinas.

Honesto ante Dios es el hombre que, impregnado de abnegación y amor, consagra su vida al bien, al progreso de sus semejantes; es el que, animado de una dedicación ilimitada, es activo en la vida: activo en el cumplimiento de los deberes materiales que se le imponen, pues debe enseñar a los otros el amor al trabajo; activo en las buenas acciones, pues no debe olvidar que es apenas un servidor a quien el Amo pedirá cuentas, un día, del empleo de su tiempo; activo, finalmente, pues debe predicar con el ejemplo el amor a Dios y al prójimo. El hombre honesto ante Dios debe evitar cuidadosamente las palabras mordaces: veneno escondido entre flores, que destruye reputaciones y mortifica al hombre moral, pues muchas veces lo cubre de ridículo. El hombre honesto ante Dios siempre debe mantener cerrado el corazón al más ínfimo germen de orgullo, envidia y ambición; debe ser paciente y benévolo hacia quienes lo agreden; debe perdonar desde el fondo de su alma, sin esfuerzo y sobre todo sin ostentación, a quienquiera que lo ofenda; debe amar a su Creador en todas sus criaturas; debe, por último, poner en práctica este precepto tan conciso

y tan trascendente de los deberes del hombre: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

Esto es, querida hija, en términos aproximados, lo que debe ser el hombre honesto ante de Dios. Por mi parte, ¿he hecho todo eso? No. Confieso sin enrojecerme que he faltado a muchos de esos deberes, y que no he sido suficientemente activo. El olvido del Señor me impulsó a cometer otros olvidos que, si bien no son alcanzados por las leyes humanas, no por eso dejan de ser infracciones a la ley de Dios. Cuando comprendí estas cosas sufrí considerablemente; por eso hoy me anima la consoladora esperanza en la bondad de Dios, que ve mi arrepentimiento. Transmitidlo, querida hija, repetid todo lo que os he dicho a los que tienen cargas de conciencia, a fin de que reparen sus faltas con el pago de las buenas obras, para que la misericordia divina se extienda sobre ellos. Su mirada paternal tomará en cuenta sus expiaciones, y su mano poderosa anulará sus faltas.

La señora Hélène Michel

Joven de veinticinco años, que falleció súbitamente en su hogar, en algunos minutos, sin padecimientos y sin causa previamente conocida. Era rica, un tanto frívola y, a consecuencia de la liviandad de su carácter, se ocupaba más de las futilidades de la vida que de las cosas serias. A pesar de todo, tenía un corazón bondadoso y era dócil, benévola y caritativa.

Evocada tres días después de su muerte, por personas a las que había conocido, se expresó de la siguiente manera:

"No sé dónde estoy… ¡Qué turbación me envuelve…! Me habéis llamado y vine… No comprendo por qué no estoy en mi casa… Lamentan mi ausencia, pero cuando estoy allá no puedo hacer que me reconozcan… Mi cuerpo ya no me pertenece. Con todo, lo siento frío, helado… Cuanto más quiero dejarlo, más me siento sujeta a él. Siempre vuelvo a él… Soy dos personalidades… ¡Oh!, ¿cuándo comprenderé lo que me pasa…? Debo ir allá nuevamente… ¿Qué podrá suceder a mi otro yo en mi ausencia…? Adiós."

El sentimiento de dualidad, que todavía no ha sido destruido por una separación completa, es aquí evidente. Su carácter poco serio, su posición y su fortuna, que le permitían la satisfacción de todos sus caprichos, habrían de favorecer también sus tendencias a la liviandad. No es, pues, de extrañar que su desprendimiento haya sido lento, a tal punto que tres días después de su muerte aún se sentía ligada a la envoltura corporal. No obstante, como no tenía vicios de importancia y era de buenos sentimientos, esta situación no tenía nada de penosa, y no habría de prolongarse por mucho tiempo. Evocada nuevamente algunos días después, sus ideas ya estaban considerablemente modificadas. Esto es lo que manifestó:

"Agradezco que hayáis orado por mí. Reconozco la bondad de Dios, que me ha ahorrado los padecimientos y el temor propios del instante en que mi Espíritu se separó de mi cuerpo. A mi pobre madre le costará mucho resignarse; pero recibirá consuelo. Lo que en su opinión constituye una terrible desgracia, era indispensable para que las cosas del Cielo llegasen

a ser para ella lo que deben ser: todo. Estaré a su lado hasta el fin de su prueba terrestre, y la ayudaré a soportarla. No soy desdichada, aunque tengo aún mucho que hacer para acceder a la mansión de los bienaventurados. Rogaré a Dios que me permita regresar a la Tierra, pues me propongo recuperar el tiempo que he desperdiciado en esta última existencia. Que la fe os sostenga, amigos míos; confiad en la eficacia de la oración, en especial cuando brota del corazón. Dios es bueno."

P. ¿Os ha tomado mucho tiempo reconoceros?

R. Comprendí la muerte a partir del día en que orasteis por mí.

P. ¿El estado de turbación era doloroso?

R. No, no sufrí. Creía que estaba soñando y esperaba el despertar. Mi vida no estuvo exenta de dolores, pues todo encarnado en ese mundo debe sufrir. Me resigné a la voluntad de Dios, y eso ha sido tomado en cuenta. Estoy reconocida por vuestras oraciones, que me han ayudado a reconocerme. Gracias; volveré siempre con satisfacción. Adiós.

Hélène

El marqués de Saint-Paul

Fallecido en 1860. Fue evocado a pedido de su hermana, miembro de la Sociedad de París, el 16 de mayo de 1861.

1. *Evocación.*

Respuesta: Aquí estoy.

2. Vuestra hermana nos solicitó que os evocásemos, pues si bien ella es médium, no se encuentra todavía suficientemente formada para sentirse segura de sí misma.

R. Trataré de responder de la mejor forma posible.

3. En primer término, ella desea saber si sois feliz.

R. Estoy en la erraticidad, y ese estado transitorio nunca proporciona la felicidad ni el castigo absolutos.

4. ¿Habéis demorado mucho en reconoceros?

R. He estado largo tiempo turbado, y sólo volví a la conciencia para bendecir la piedad de los que no me olvidaron y oraron por mí.

[4a] - ¿Podéis calcular el tiempo que duró la turbación?

R. No.

5. ¿Cuáles han sido los parientes a los que reconocisteis primero?

R. He reconocido a mi madre y a mi padre, quienes me recibieron cuando desperté. Ellos me iniciaron en la vida nueva.

6. ¿Por qué razón, en los últimos días de la enfermedad que padecisteis, parecía que conversabais con personas de vuestro afecto que ya habían dejado la Tierra?

R. Porque antes de morir obtuve la revelación del mundo en que iba a habitar. Podía verlo antes de morir, y mis ojos sólo se velaron en el momento de la separación definitiva del cuerpo, debido a que los lazos carnales eran todavía muy vigorosos.

7. ¿A qué se debe que recordarais de preferencia los acontecimientos de vuestra infancia?

R. Al hecho de que el principio está más cerca del final que de la mitad de la vida.

[7a] - ¿Qué queréis decirnos con eso?

R. Que los moribundos recuerdan y ven, *como en un espejismo consolador*, la pureza infantil de los primeros años.

> Es probablemente por un motivo providencial semejante que los ancianos, a medida que se acercan al final de la vida, tienen a veces un nítido recuerdo de los más ínfimos episodios de la infancia.

8. ¿Por qué, cuando os referíais a vuestro cuerpo, hablabais siempre en tercera persona?

R. Porque yo veía, como os he dicho, y percibía nítidamente las diferencias que existen entre lo físico y lo moral. Esas diferencias, mezcladas entre sí por el fluido vital, son vistas con precisión por los moribundos clarividentes.

> Esta es una particularidad singular que ha presentado la muerte de este señor. En sus últimos momentos, él siempre repetía: "Tiene sed, es preciso darle de beber. Tiene frío, hay que darle calor. Tiene dolor en tal o cual zona, etc.". Y cuando alguien le decía: "¿Pero no sois vos quien tiene sed?", respondía: "No, es él". Aquí se distinguen perfectamente las dos existencias. El *yo* pensante está en el Espíritu y no en el cuerpo. El Espíritu, parcialmente desprendido, consideraba al cuerpo como otra individualidad, que no era él precisamente. Era, por lo tanto, a su cuerpo al que había que darle de beber, y no al Espíritu. Este fenómeno se observa también entre algunos sonámbulos.

9. Lo que habéis dicho sobre el estado errante de vuestro Espíritu, así como sobre el tiempo que duró la turbación, nos hace pensar que no sois muy feliz, aunque vuestras cualidades deberían hacernos pensar lo contrario. Por lo demás, hay Espíritus errantes que son felices, así como los hay desventurados.

R. Me encuentro en un estado transitorio. Aquí las virtudes humanas adquieren su justo valor. Sin duda, mi estado es mil veces preferible al de mi encarnación terrenal, pero como siempre he alimentado aspiraciones al verdadero bien y a lo bello, mi alma no estará satisfecha hasta tanto se eleve a los pies de su Creador.

El señor Cardon, médico

El señor Cardon había pasado una gran parte de su vida en la marina mercante, como médico de un buque ballenero, y en ese ambiente había adquirido costumbres e ideas un tanto materialistas. Al retirarse se instaló en la aldea de J…, donde ejercía la modesta profesión de médico rural. Hacía algún tiempo que tenía la certeza de que padecía una hipertrofia del corazón y, como sabía que esa enfermedad era incurable, la idea de la muerte lo introducía en una oscura melancolía de la que nada podía distraerlo. Con aproximadamente dos meses de anticipación, predijo el día exacto de su muerte. Cuando se vio cerca del fin, reunió a su familia para darle el último adiós. Su esposa, su madre, sus tres hijos y otros parientes estaban alrededor de su lecho. En el momento en que su esposa trató

de incorporarlo, cayó abatido, su rostro se cubrió de un color azul violáceo, sus ojos se cerraron, y lo consideraron muerto. Su mujer se puso delante de él para ocultar el espectáculo a los hijos. Al cabo de algunos minutos, volvió a abrir los ojos; su rostro, que parecía iluminado, adquirió una expresión de radiante beatitud, y entonces exclamó: "¡Oh, hijos míos, qué belleza! ¡Qué sublimidad! ¡Oh, la muerte! ¡Qué bendición, qué cosa tan delicada! Estuve muerto y he sentido que mi alma se elevaba muy alto, muy alto; pero Dios me ha permitido regresar para deciros que no temáis, que la muerte es la liberación… ¡No os puedo describir la magnificencia de lo que he visto, ni las impresiones que he experimentado! No las comprenderíais… ¡Oh, hijos míos! Conducíos siempre de modo que merezcáis esta inefable felicidad, reservada a los hombres de bien. Vivid según la caridad, y si sois poseedores de alguna cosa, compartidla con aquellos que carecen de lo necesario… Querida esposa: os dejo en una posición nada feliz. Nos adeudan dinero, pero os suplico que no atormentéis a nuestros deudores; si estuvieran en dificultades, esperad hasta que puedan pagar, y en relación con los que no puedan hacerlo, sacrificad nuestros intereses: Dios os recompensará. A vos, hijo mío, trabajad para sostener a vuestra madre; sed siempre un hombre honesto, y cuidaos de hacer algo que pueda deshonrar a nuestra familia. Tomad esta cruz que me legó mi madre; conservadla, y que ella os recuerde en todo momento mis últimos consejos… Hijos míos: ayudaos y sosteneos mutuamente; que la sana armonía reine entre vosotros. No seáis vanos ni orgullosos; perdonad a vuestros enemigos, si queréis que Dios os perdone…". Después, pidió a sus hijos que se acercaran a él, extendió sus manos hacia ellos y añadió: "Hijos míos, os bendigo". Esta vez sus ojos se cerraron defi-

nitivamente, en tanto que su rostro conservaba una expresión tan imponente que, hasta el momento en que se realizó el entierro, una gran muchedumbre fue a contemplarlo admirada.

Esos interesantes detalles nos fueron transmitidos por un amigo de la familia, y nos indujo a pensar que una evocación podría resultar instructiva para todos, así como también sería de utilidad para ese Espíritu.

1. *Evocación.*

Respuesta: Estoy a vuestro lado.

2. Nos han hecho el relato de vuestros últimos instantes, lo que nos ha llenado de admiración. ¿Tendríais la bondad de describir, lo mejor posible, lo que visteis en el intervalo entre lo que se podría denominar vuestras dos muertes?

R. ¿Acaso podríais comprender lo que he visto? No lo sé, pues no encontraría expresiones capaces de hacer comprensible lo que he visto durante los escasos instantes en que me fue posible abandonar mis restos mortales.

3. ¿Sabéis en qué lugar habéis estado? ¿Es lejos de la Tierra, en otro planeta o en el espacio?

R. El Espíritu no sabe determinar las distancias, tal como vosotros las consideráis. Conducido por no sé qué agente maravilloso, he visto el esplendor de un cielo como sólo nuestros sueños podrían mostrárnoslo. Esa excursión a través de lo infinito se hizo tan rápidamente que me resulta imposible precisar los instantes empleados por mi Espíritu.

4. ¿Disfrutáis en la actualidad esa dicha que habéis vislumbrado?

R. No; mucho desearía poder disfrutarla, pero Dios no me puede recompensar de ese modo. Muy a menudo me he rebelado contra los benditos pensamientos que me dictaba el

corazón, y la muerte me parecía una injusticia. Fui un médico incrédulo, y a través del arte de curar había tomado aversión hacia la segunda naturaleza, es decir, hacia nuestro impulso inteligente, divino. La inmortalidad del alma era para mí una ficción apta para seducir a las naturalezas poco elevadas. Con todo, el vacío me causaba terror, y muchas veces he maldecido a ese agente misterioso que hiere reiteradamente. La filosofía me había desviado sin ayudarme a comprender la magnificencia del Eterno, que sabe administrar el dolor y la alegría para enseñanza de la humanidad.

5. En ocasión de vuestra verdadera muerte, ¿os reconocisteis de inmediato?

R. No; me reconocí durante la transición que hizo mi Espíritu para recorrer los lugares etéreos. Pero después de la muerte real, no; fueron necesarios algunos días para que pudiera despertar.

Dios me había concedido una gracia, cuya razón habré de explicaros:

Mi incredulidad inicial no existía más. Antes de mi muerte ya había llegado a creer, puesto que después de haber sondeado científicamente la materia pesada que me hacía padecer, sólo había encontrado en ello, a falta de razones terrenales, una razón divina. Esta me habían inspirado y consolado, y mi coraje era más fuerte que el dolor. Bendecía lo que antes había maldecido; el final me parecía la liberación. ¡El pensamiento de Dios abarca todo el mundo! ¡Oh, qué supremo consuelo en la plegaria, que nos proporciona una inefable ternura! La oración es el elemento más seguro de nuestra naturaleza inmaterial: a través de ella pude comprender, llegué a creer firmemente, soberanamente, y a eso se debe que Dios escuchara

mis acciones benditas y tuviera a bien recompensarme antes de que concluyera mi encarnación.

6. ¿Se podría decir que a partir de la primera vez ya estabais muerto?

R. Sí y no. Como el Espíritu abandonaba al cuerpo, naturalmente la carne se destruía; pero al tomar otra vez posesión de mi morada terrenal, la vida volvió al cuerpo, que había sufrido una transición, un sueño.

7. En ese momento, ¿sentíais los lazos que os retenían en el cuerpo?

R. Sin duda. El Espíritu está sujeto por un lazo difícil de desatar, y necesita un último estremecimiento de la carne para que pueda retornar a su vida natural.

8. ¿Cómo se explica que, durante vuestra muerte aparente y en el transcurso de algunos minutos, vuestro Espíritu haya podido desprenderse instantáneamente y sin turbación, mientras que a la muerte real le siguió una turbación de varios días? En el primer caso, como los lazos entre el alma y el cuerpo subsistían más que en el segundo, nos parece que el desprendimiento debería haber sido más lento, pero ocurrió todo lo contrario.

R. En más de una oportunidad habéis evocado a un Espíritu encarnado, y recibisteis respuestas auténticas. Yo me encontraba en la situación de esos Espíritus. Dios me llamaba, y sus servidores me habían dicho: "Ven…". He obedecido, y le agradezco a Él la gracia especial que se ha dignado concederme. Pude vislumbrar la infinitud de su grandeza y comprenderla. También agradezco a vos, porque me habéis permitido, antes de la muerte real, enseñar a los míos para que tengan encarnaciones buenas y justas.

9. ¿De dónde provenían las hermosas y sensatas palabras que dirigisteis a vuestra familia, en ocasión de vuestro retorno a la vida?

R. Eran el reflejo de lo que había visto y oído. Los Espíritus buenos inspiraban mi voz y le daban vida a mi rostro.

10. ¿Qué impresión consideráis que ha producido vuestra revelación entre los presentes y, de modo especial, en vuestros hijos?

R. Extraordinaria, profunda. La muerte no engaña; y los hijos, por ingratos que puedan ser, se inclinan ante la encarnación que se extingue. Si fuera posible escrutar el corazón de esos hijos ante la tumba entreabierta, sólo se escucharía el latido de los sentimientos sinceros, profundamente tocados por la mano secreta de los Espíritus que a todos nos dictan estos pensamientos: "Si tenéis alguna duda, temblad". La muerte es la reparación, la justicia de Dios; y os aseguro que, a pesar de los incrédulos, mis amigos y mi familia creerán en las palabras que mi boca pronunció antes de morir. Yo era el intérprete de otro mundo.

11. Habéis manifestado que no disfrutáis de la felicidad que habíais vislumbrado. ¿Acaso sois desdichado?

R. No, pues creía antes de morir, con el alma y la conciencia. El dolor agobia en ese mundo, pero fortalece para el porvenir espírita. Observad que Dios supo tomar en cuenta mis ruegos y mi confianza absoluta en Él. Estoy en el camino de la perfección, y llegaré hasta la meta que se me ha permitido entrever. Orad, amigos míos, por ese mundo invisible que preside vuestros destinos. Este intercambio fraternal constituye una caridad, una palanca poderosa que pone en comunicación a los Espíritus de todos los mundos.

12. ¿Os gustaría dirigir algunas palabras a vuestra esposa y a vuestros hijos?

R. Ruego a todos los míos que crean en Dios, poderoso, justo e inmutable; en la plegaria que consuela y alivia; en la caridad, que es el acto más puro de la encarnación humana; que tengan presente que incluso con poco se puede dar algo, pues el óbolo del pobre es el más meritorio ante Dios, que sabe que un pobre da mucho aunque dé poco. Es preciso que el rico dé muchísimo y muchas veces para que merezca tanto como aquel.

El porvenir está en la caridad, en la benevolencia de todas las acciones, en creer que todos los Espíritus son hermanos, y que jamás debe uno preocuparse con las mil y una pueriles vanidades.

Familia muy amada: os esperan arduas pruebas, pero sabed soportarlas con valor, convencidos de que Dios os está viendo.

Decid siempre esta oración: "Dios de amor y bondad, que das todo y siempre, concédenos esa fuerza que no retrocede ante ningún sufrimiento; haznos buenos, mansos y caritativos; pequeños por la fortuna y grandes por el corazón. Que nuestro Espíritu sea espírita en la Tierra para que podamos comprenderos y amaros mejor".

Que vuestro nombre, ¡oh, Dios mío!, emblema de libertad, sea el objetivo consolador de todos los oprimidos, de todos los que tienen necesidad de amar, de perdonar y de creer.

Cardon

Éric Stanislas

(Comunicación espontánea; Sociedad Espírita de París, agosto de 1863.)

¡Cómo nos colman de felicidad las emociones experimentadas intensamente por valerosos corazones! ¡Oh, tiernos pensamientos, que venís a abrir el camino de la salvación a todo lo que vive, a todo lo que respira material y espiritualmente! ¡Que vuestro bálsamo reconfortante no cese de derramarse abundantemente sobre vosotros y sobre nosotros! ¿Qué expresión he de escoger para traducir la felicidad que experimentan vuestros hermanos del más allá ante la contemplación del amor puro que os une a todos?

¡Ah, hermanos! ¡Cuánto bien por todas partes, cuántos dulces sentimientos, elevados y sencillos como vosotros, como vuestra doctrina, estáis llamados a sembrar a lo largo del sendero que debéis recorrer! Con todo, al mismo tiempo, ¡cuánto se os concederá antes incluso de que hayáis conquistado ese derecho!

He asistido a todo lo que ocurrió esta noche. Escuché, comprendí y voy a tratar por mi parte de cumplir mi deber e instruir a los Espíritus imperfectos.

Escuchadme. Lejos estaba yo de ser feliz. Sumergido en la inmensidad, en lo infinito, mis padecimientos eran tan intensos que me resultaba difícil comprenderlos con precisión. ¡Dios sea loado! Me ha permitido venir a un santuario al que no pueden ingresar *impunemente* los malos. Amigos: ¡cuán agradecido os estoy! ¡Cuántas fuerzas he recobrado entre vosotros!

¡Oh, hombres de bien!, reuníos con frecuencia. Instruíos, pues no podéis dudar de los frutos que vuestras reuniones serias ofrecen. Los Espíritus que aún tienen mucho que aprender, los que permanecen voluntariamente inactivos, perezosos, que descuidan sus deberes, pueden encontrarse entre vosotros, sea en virtud de circunstancias fortuitas, o por otras razones. Entonces, profundamente conmovidos, es probable que se replieguen sobre sí mismos, se reconozcan y divisen la meta que deben alcanzar, lo que casi siempre sucede. De ese modo, fortalecidos por los ejemplos que vosotros les deis, procurarán los medios que les permitan salir del estado penoso en que se encuentran. Con gran satisfacción me hago intérprete de las almas que sufren, y me dirijo a los hombres de corazón con la certeza de que no seré rechazado.

Recibid una vez más, hombres generosos, la expresión de mi reconocimiento personal, así como la gratitud de todos nuestros amigos a quienes tanto bien habéis hecho, tal vez sin sospecharlo.

Éric Stanislas

El guía del médium. Hijos míos, este es un Espíritu que ha sufrido durante mucho tiempo, desviado del camino del bien. Ahora ha comprendido sus faltas, se arrepintió y, finalmente, ha dirigido su mirada hacia el Dios del que había renegado. Su situación no es la de un ser feliz, pero aspira a la felicidad y ya no sufre. Dios le ha permitido que os escuchara, para que luego descienda a una esfera inferior, a fin de instruir y estimular el progreso de los Espíritus que, como él, han transgredido las leyes del Eterno. Se trata de una reparación que le

compete. Más adelante, gracias a su fuerza de voluntad, habrá de conquistar la felicidad.

La señora Anna Belleville

Joven mujer, fallecida a los treinta y cinco años, después de una larga y cruel enfermedad. Vivaz, espiritual, estaba dotada de una rara inteligencia, firme rectitud de juicio y eminentes cualidades morales. Esposa y madre de familia abnegada, tenía además una integridad de carácter poco común, así como una fecundidad de recursos que nunca la tomaban desprevenida en las circunstancias más críticas de la vida. Sin guardar rencor hacia las personas de quienes podía tener quejas, siempre estaba dispuesta a prestarles servicio. Estrechamente ligados a ella desde hacía largos años, tuvimos oportunidad de acompañar las distintas fases de su existencia, así como todas las peripecias de su final.

Un accidente provocó la terrible enfermedad que habría de ocasionarle la muerte, después de obligarla a que permaneciera en cama durante tres años, presa de los más atroces padecimientos, que soportó hasta el último momento con un valor heroico, sin que su natural alegría la abandonase jamás. Creía firmemente en el alma y en la vida futura, pero poco se preocupaba de eso. Todos sus pensamientos estaban orientados hacia la vida presente, a la que tenía gran aprecio, si bien no temía a la muerte y era indiferente a los goces materiales. Su vida era muy simple, y sin sacrificio alguno prescindía de aquello que no podía obtener. Asimismo, tenía un sentimien-

to innato del bien y de lo bello, que sabía apreciar hasta en las cosas más insignificantes. Quería vivir, menos para ella que para sus hijos, pues sentía que les hacía falta. Eso era precisamente lo que motivaba su apego a la vida. Conocía el espiritismo y creía en él, pero no lo había estudiado a fondo. Le interesaba, pero nunca pudo consolidar las ideas relativas al porvenir. Este era para ella una realidad, aunque no dejaba en su alma ninguna impresión profunda. El bien que hacía era el resultado de un impulso natural, espontáneo, y no inspirado por la idea de las recompensas o las penas futuras.

Hacía algún tiempo que su estado era desesperante. El desenlace era inminente, circunstancia que ella misma no ignoraba. Cierto día, en ausencia de su marido, se sintió desfallecer y comprendió que había llegado la hora de su partida. La vista se le veló, la invadió la turbación y comenzó a experimentar todas las angustias de la separación. No obstante, lamentaba que fuera a morirse antes de que regresara su esposo. Hizo un esfuerzo supremo sobre sí misma y murmuró: "¡No, no quiero morir!" Sintió entonces que renacía su vida y recobró el pleno uso de sus facultades. Cuando el marido regresó, ella le dijo: "Iba a morir, pero he querido esperar a que estuvieras a mi lado, pues tengo que hacerte algunas recomendaciones". De ese modo, la lucha entre la vida y la muerte se prolongó por tres meses, lapso que representó una dolorosa agonía.

Evocación, al día siguiente de su muerte.

Respuesta. Mis buenos amigos, agradezco que os ocupéis de mí. Por lo demás, habéis sido para mí como buenos parientes. ¡Regocijaos, pues, porque soy dichosa! Reconfortad a mi pobre esposo y velad por mis hijos. He ido junto a ellos inmediatamente después de que desencarné.

P. Parece que vuestra turbación no ha sido prolongada, dado que respondéis con lucidez.

R. ¡Amigos míos, he sufrido tanto, y bien sabéis que sufría con resignación! ¡Pues bien! ¡Mi prueba ha concluido! No he de decirles que estoy completamente desprendida. Con todo, no sufro más, ¡lo que para mí representa un gran alivio! Os aseguro que ahora estoy radicalmente curada, aunque necesito todavía el aporte de vuestras plegarias, a fin de que más tarde venga a colaborar con vosotros.

P. ¿Cuál puede haber sido la causa de vuestros prolongados padecimientos?

R. Un pasado terrible, amigo mío.

P. ¿Podéis revelarnos ese pasado?

R. ¡Oh, permitidme que me olvide un poco de él; lo he pagado tan caro!

Un mes después de su muerte.

P. Ahora que vuestro desprendimiento ya debe ser completo, y que os reconocéis mejor, nos agradaría mantener con vos una conversación más explícita. ¿Podríais decirnos cuál ha sido la causa de vuestra extensa agonía? Habéis estado durante tres meses entre la vida y la muerte.

R. ¡Gracias, mis buenos amigos, por vuestro recuerdo y vuestras plegarias! ¡Cuán saludables me han sido, y cuánto han contribuido a mi desprendimiento! Todavía tengo necesidad de que me reconfortéis. Seguid rogando por mí. Vosotros comprendéis el valor de la oración. No son fórmulas banales las que pronunciáis, como las de tantos otros que no se dan cuenta del efecto que produce una buena plegaria.

¡He sufrido mucho, pero mis padecimientos han sido ampliamente compensados, pues se me permite estar a menudo

cerca de mis hijos queridos, a quienes he dejado con tanto pesar!

Yo misma he prolongado mis padecimientos. El deseo ardiente de vivir, por amor a mis hijos, hacía que me aferrase en cierto modo a la materia. Contrariamente a otros, me resistía y no quería abandonar mi pobre cuerpo, pese a que había sido para mí el instrumento de tantas torturas, y con el cual era imperioso cortar el vínculo. Esa ha sido la verdadera causa de mi prolongada agonía. En cuanto a mi enfermedad y los padecimientos que soporté, eran una expiación del pasado, otra deuda que he pagado.

¡Ah! ¡Mis amigos, si os hubiese escuchado, cuán diferente sería mi vida actual! ¡Qué alivio hubiera experimentado en los últimos momentos, y cuán fácil habría sido la separación, si en lugar de oponerme a ella me hubiese dejado llevar con confianza en la voluntad de Dios, por la corriente que me arrastraba! En cambio, ¡en lugar de contemplar el porvenir que me aguardaba, apenas veía el presente que iba a dejar!

Cuando vuelva a la Tierra os garantizo que seré espírita. ¡Qué ciencia inmensa! Asisto con regularidad a vuestras reuniones y escucho las enseñanzas que se os transmiten. Si os hubiera comprendido cuando estaba en la Tierra, mis padecimientos habrían sido más leves. Pero la ocasión no había llegado para mí. Hoy comprendo la bondad de Dios y su justicia, aunque no me encuentre suficientemente adelantada para despreocuparme de las cosas de la vida. Mis hijos, en especial, aún me atraen, ya no para mimarlos, sino para velar por ellos y sugerirles el camino que el espiritismo traza en la actualidad. Así es, mis buenos amigos, tengo aún graves preocupaciones, en particular aquella de la que depende el porvenir de mis hijos.

P. ¿Podríais darnos algunas explicaciones acerca del pasado que deploráis?

R. ¡Ah! Mis buenos amigos, estoy dispuesta a haceros una confesión. Había despreciado el sufrimiento ajeno; no tuve piedad del padecimiento de mi propia madre, a quien llamaba enferma imaginaria. Dado que ella no guardaba cama, yo suponía que no sufría, y me burlaba de su dolor. Ya veis cómo castiga Dios.

Seis meses después de su muerte.

P. Ahora que ha transcurrido un tiempo suficientemente largo desde que habéis dejado vuestra envoltura terrenal, ¿quisierais describirnos vuestra situación y vuestras ocupaciones en el mundo de los Espíritus?

R. Durante mi vida en la Tierra yo era lo que vulgarmente se llama una buena persona; pero por sobre todo, apreciaba mi bienestar. Si bien era compasiva por naturaleza, es probable que no fuera capaz de hacer un sacrificio penoso para atenuar alguna desgracia. Hoy todo ha cambiado; y aunque sea siempre la misma, el yo del pasado ha experimentado modificaciones. Gané con el cambio, y observo que en el mundo de los invisibles no hay más categorías ni condiciones que las del mérito personal. Aquí, un pobre que fue caritativo y bueno está por encima del rico orgulloso, que humillaba con su limosna. Velo especialmente por los que soportan las aflicciones de los tormentos familiares, por los que han perdido sus seres queridos o su fortuna. Mi misión consiste en reanimarlos y consolarlos, y al hacerlo me siento feliz.

Anna

Una importante cuestión surge de los hechos que acabamos de mencionar, y es la siguiente:

¿Puede una persona, mediante la fuerza de su voluntad, retardar el momento en que el alma se separa del cuerpo?

Respuesta del Espíritu de san Luis. Si esa pregunta fuera resuelta afirmativamente, sin restricciones, podría dar lugar a falsas consecuencias. Por cierto, en determinadas condiciones, un Espíritu encarnado puede prolongar su existencia corporal a fin de completar instrucciones indispensables, o al menos a las que considera tales. Eso se le puede permitir, como en el caso que analizamos, al igual que en muchos otros ejemplos. De cualquier modo, la prolongación de la vida no deja de ser breve, pues no le está permitido al hombre trastornar el orden de las leyes naturales, ni provocar un retorno real a la vida cuando esta ha llegado a su término. Se trata apenas de una prórroga momentánea. Entre tanto, dado que el hecho es posible, no debe inferirse de ahí que sea general, ni suponer que dependa de cada uno prolongar de ese modo su existencia. Como *prueba para el Espíritu*, o bien a los efectos de que este concluya una misión, los órganos desgastados pueden recibir un suplemento de fluido vital que les permita prolongar durante algunos instantes la manifestación material del pensamiento. Los casos como este son excepciones y no la regla. Tampoco se debe ver en ese hecho una derogación de Dios a la inmutabilidad de sus propias leyes, sino apenas una consecuencia del libre albedrío del alma humana, que en sus últimos instantes tiene conciencia de la misión que se le ha asignado, y que deberá cumplir antes de su desprendimiento, a pesar de lo inmediato de la muerte. A veces también puede tratarse de una especie de castigo impuesto al Espíritu que

duda del porvenir, pues debido a esa prolongación de la vitalidad deberá sufrir forzosamente.

San Luis

También podría sorprender la rapidez con que se desprendió este Espíritu, si se toma en cuenta su apego a la vida corporal. Sin embargo, debemos considerar que ese apego no tenía nada de sensual ni material; incluso tenía un lado moral, dado que estaba motivado por las necesidades de sus hijos, que todavía eran pequeños. Además, se trata de un Espíritu adelantado en inteligencia y en moralidad. Con un grado más, podría estar ubicado en la clase de los Espíritus muy felices. Por lo tanto, en los lazos periespirituales no existía la resistencia que resulta de la identificación con la materia. Se puede decir que la vida, debilitada por la larga enfermedad, estaba apenas pendiente de algunos hilos, y que esos hilos eran los que el Espíritu quería impedir que se rompiesen. No obstante, su resistencia fue castigada con la prolongación de los padecimientos inherentes a la naturaleza misma de la enfermedad, y no con la dificultad del desprendimiento. Por eso, después de la liberación, la turbación fue breve.

Un hecho igualmente importante deriva de esta evocación, así como de la mayor parte de las que se hicieron en épocas diversas, más o menos distantes de la muerte. Se trata de la transformación gradual de las ideas del Espíritu, cuyo progreso es posible observar, y que se traduce, no a través de mejores sentimientos, sino mediante una apreciación más equilibrada de las cosas. El progreso del alma en la vida espiritual es, por

lo tanto, un hecho demostrado por la experiencia. La vida corporal es la puesta en práctica de ese progreso; es la prueba de las resoluciones del alma, así como el crisol en el que esta se depura.

Dado que el alma progresa después de la muerte, su destino no está fijado irrevocablemente, pues esa fijación definitiva del destino es, como hemos dicho en otra parte de este libro, la negación del progreso. Así pues, como las dos cosas no pueden existir simultáneamente, queda la que tiene a su favor la sanción de los hechos y de la razón.

Capítulo IV

Espíritus sufridores

El castigo

Exposición general acerca del estado de los culpables en ocasión de su ingreso al mundo de los Espíritus, dictada en la Sociedad Espírita de París, en octubre de 1860.

Inmediatamente después de la muerte, los Espíritus malos, egoístas y despiadados, padecen una duda cruel acerca de su destino en el presente y en el futuro. Miran alrededor suyo, pero al principio no ven nada que pueda ser afectado por su malvada personalidad. Eso les causa desesperación, pues el aislamiento y la inactividad son intolerables para los Espíritus malos. No elevan su mirada hacia los lugares en que habitan los Espíritus puros, sino que observan el ambiente que los rodea, y tan pronto como perciben el abatimiento de los Espíritus débiles y castigados con que se encuentran, se aferran a ellos como a una presa, valiéndose para tal fin del recuerdo de las faltas que han cometido, que ellos ponen continuamente en acción mediante sus ridículos gestos. Como no les basta con esa burla, se arrojan sobre la Tierra como buitres hambrientos, y buscan entre los hombres algún alma

que les dé fácil acceso a las tentaciones. Se apoderan de ella, exaltan su codicia y procuran destruir su fe en Dios, hasta que, finalmente, dueños de una conciencia y seguros de su presa, extienden el fatal contagio a todo lo que se aproxime a su víctima.

El Espíritu malo se siente casi feliz cuando pone en práctica su cólera. Sufre solamente en los momentos en que deja de actuar, o en los casos en que el bien triunfa sobre el mal.

No obstante, los siglos transcurren y, de repente, el Espíritu malo percibe que lo invaden las tinieblas y que su círculo de acción se restringe. Su conciencia, que hasta entonces callaba, le hace sentir las afiladas espinas del remordimiento. Inactivo, arrastrado por el torbellino, ese Espíritu deambula y siente, como dicen las Escrituras, que la piel se le eriza de terror. No tarda en hacerse un gran vacío dentro de él y alrededor suyo. Llega el momento en que debe expiar: la reencarnación está allí, amenazadora. Ve, como en un espejismo, las pruebas terribles que lo aguardan. Quisiera retroceder, pero avanza y, precipitado en el inmenso abismo de la vida, rueda estupefacto hasta que el velo de la ignorancia cubre sus ojos. Vive, actúa, aún es culpable; intuye en él una especie de recuerdo que lo inquieta, presentimientos que lo hacen temblar. Con todo, eso no hace que retroceda en el camino del mal. Al cabo de la violencia y los crímenes, va a morir. Tendido sobre un jergón o sobre una cama –¡qué importa eso!–, el hombre culpable siente, bajo su aparente inmovilidad, que se agita y vive dentro de él un mundo de sensaciones olvidadas. Bajo sus párpados cerrados ve asomarse una luz; oye sonidos extraños. Su alma, a punto de abandonar el cuerpo, se agita impaciente, mientras sus manos crispadas tratan de aferrarse a las sábanas. Quisiera hablar, gritar a quienes lo rodean: "¡Retenedme! ¡El

castigo me amenaza!" Pero no lo logra: la muerte se estampa en sus labios descoloridos, y entonces los presentes exclaman: "¡Descansa en paz!"

Sin embargo, escucha todo. Flota alrededor del cuerpo al que no quiere abandonar. Una fuerza misteriosa lo atrae: ve y reconoce lo que ya había visto. Enloquecido, se lanza al espacio donde quisiera ocultarse. ¡Pero no halla refugio ni reposo! Otros Espíritus le retribuyen el mal que hizo. Deambula castigado, confuso y escarnecido, y seguirá errante hasta que la divina luz penetre en su crueldad y lo ilumine, para mostrarle al Dios vengador, al Dios triunfante sobre el mal, al que no conseguirá aplacar sino mediante gemidos y expiaciones.

Georges

Nunca había sido esbozado un panorama más elocuente, terrible y verdadero acerca del destino que le aguarda al malvado. Después de esto, ¿será necesario recurrir a la fantasmagoría de las llamas y las torturas físicas?

Novel

(El Espíritu se dirige al médium, que lo había conocido en vida.)

Voy a relataros mi sufrimiento cuando morí. Mi Espíritu, aprisionado en el cuerpo con lazos materiales, tuvo gran dificultad para desprenderse de él, lo que representó una ar-

dua y cruel agonía. La vida, que yo dejaba a los veinticuatro años, era todavía tan vigorosa que no creía en la posibilidad de perderla. Buscaba mi cuerpo, y estaba espantado, horrorizado, al verme perdido en un torbellino de sombras. Por fin, la conciencia de mi estado y la revelación de las faltas que había cometido en todas mis encarnaciones, se me presentaron súbitamente. Una luz implacable iluminaba los pliegues más recónditos de mi alma, que se sentía *desnuda* y embargada por una vergüenza agobiante. Trataba de huir de esa influencia concentrando mi interés en los objetos nuevos, *aunque conocidos*, que me rodeaban. Los Espíritus radiantes se cernían en el espacio y me ofrecían la imagen de una felicidad a la que yo no podía aspirar. Formas sombrías y desoladas, algunas sumergidas en una tediosa desesperación, otras irónicas o furiosas, se deslizaban alrededor mío y sobre la tierra a la que yo seguía apegado. Veía agitarse a los humanos, cuya ignorancia envidiaba. Toda una serie de sensaciones desconocidas, o bien *reencontradas*, me invadieron simultáneamente. Como si me arrastrara una fuerza irresistible, procuré huir del intenso dolor que me azotaba, y atravesé las distancias, los elementos, los obstáculos materiales, sin que las bellezas de la naturaleza ni los esplendores celestiales pudieran calmar por un solo instante el dolor pungente de mi conciencia, ni el espanto que me causaba la revelación de la eternidad. Un mortal puede presentir los tormentos materiales a través de los estremecimientos de la carne; pero vuestros frágiles dolores, atenuados por la esperanza, aliviados por las distracciones o muertos por el olvido, nunca podrán daros la idea de las angustias de un alma que sufre sin tregua, sin esperanza, sin arrepentimiento. He pasado una etapa, cuya duración no puedo apreciar, en la que envidié a los elegidos cuyo esplendor vislumbraba,

aborrecí a los Espíritus malignos que me perseguían con sus burlas, desprecié a los humanos cuyas torpezas observaba, y así pasé de un profundo abatimiento a una rebelión insensata.

Finalmente, me has llamado y, por primera vez, un sentimiento delicado y tierno me trajo calma. Escuché las enseñanzas que os imparten los guías; la verdad me invadió, y pude orar. Dios me escuchó y se reveló ante mí por su clemencia, así como ya se había manifestado por su justicia.

Novel

Auguste Michel

(El Havre, marzo de 1863.)

Se trata de un joven rico, sensual, que gozaba con intensidad y en forma exclusiva de la vida material. Pese a que era inteligente, su indiferencia por las cosas serias era su rasgo característico. Sin maldad, más bueno que malo, era apreciado por sus compañeros de placeres, y se lo valoraba en la alta social por sus cualidades de hombre de mundo. No practicó el mal, pero tampoco el bien. Murió al caer de un carruaje mientras paseaba. Evocado algunos días después de su muerte por un médium que lo conocía indirectamente, transmitió sucesivamente las siguientes comunicaciones:

8 de marzo de 1863: Apenas acabo de desprenderme del cuerpo, de modo que tengo alguna dificultad para hablaros. La terrible caída que ha ocasionado la muerte de mi cuerpo

perturbó profundamente mi Espíritu. Me inquieta una cruel incertidumbre acerca de mi futuro. El doloroso sufrimiento que mi cuerpo ha experimentado no significa nada si se compara con la turbación en que me encuentro. Orad para que Dios me perdone. ¡Oh, cuánto dolor! ¡Misericordia, Dios mío! ¡Cuánto dolor! Adiós.

18 de marzo: Ya he estado con vosotros, pero sólo pude hablar con gran dificultad. Aun ahora, apenas puedo comunicarme. Sois el único médium a quien puedo solicitar plegarias a fin de que la bondad de Dios me saque de la turbación en que me encuentro. ¿Por qué sigo sufriendo, si mi cuerpo no sufre más? ¿Por qué este dolor horrible? Esta terrible angustia, ¿será para siempre? ¡Orad, os lo ruego! ¡Orad para que Dios me conceda el reposo…! ¡Oh, qué cruel incertidumbre! Todavía estoy ligado al cuerpo. Sólo con gran dificultad puedo percibir dónde me encuentro. Mi cuerpo está allá… ¿por qué siempre me quedo junto a él? Venid a orar *sobre él*, para que me libere de esta opresión cruel. Espero que Dios quiera perdonarme. Veo los Espíritus que están con vos, y por medio de ellos os puedo hablar. Orad por mí.

6 de abril: Soy yo quien viene a rogaros que oréis por mí. Será preciso que vayáis *al lugar donde yace mi cuerpo*, a implorar al Todopoderoso para que alivie mis padecimientos. ¡Sufro, oh, cómo sufro! Es necesario que vayáis a ese lugar y dirijáis al Señor una plegaria para que me perdone. Considero que podré quedarme más tranquilo, pero vuelvo sin cesar al lugar donde han depositado lo que me pertenecía.

El médium no dio importancia a la insistencia del Espíritu, que le pedía que orase sobre la tumba en que

yacía su cuerpo. Lo hizo mucho más tarde, y entonces recibió la siguiente comunicación:

11 de mayo: Aquí os esperaba. Aguardaba que vinieseis al lugar en que mi Espíritu parece estar aprisionado por su envoltura, a fin de implorar al Dios misericordioso la bondad de atenuar mis padecimientos. Podéis beneficiarme con vuestras oraciones; no lo olvidéis, os lo suplico. Comprendo que mi vida ha sido contraria a lo que debía haber sido; reconozco las faltas que he cometido. He sido un ser inútil en el mundo; no he hecho ningún buen empleo de mis facultades; mi fortuna no ha servido más que para la satisfacción de mis pasiones, mis caprichos lujosos y mi vanidad. Sólo pensé en los goces del cuerpo, y desprecié los de mi alma. ¿Descenderá sobre mí la misericordia de Dios, sobre este pobre Espíritu que sufre las consecuencias de sus faltas terrenales? Orad para que Él me perdone, y yo quede liberado de los dolores que todavía siento. Os doy las gracias por haber venido a orar por mí.

8 de junio: Ahora puedo hablaros, y agradezco a Dios porque me ha permitido hacerlo. Me hago cargo de mis faltas, y espero el perdón de Dios. Recorred siempre los caminos de vuestra vida de acuerdo con la creencia que os anima, pues ella os reserva, en el futuro, el descanso que yo todavía no consigo. Gracias por vuestras oraciones. Hasta pronto.

30 de julio: "En la actualidad soy menos desdichado, porque ya no siento la cadena que me sujetaba al cuerpo. Por fin estoy libre, si bien todavía me falta la expiación. Es preciso que repare el tiempo perdido si no quiero que mis padecimientos se prolonguen. Espero que Dios vea la sinceridad de mi arrepentimiento y me conceda su perdón. Rogad aún por mí, os lo suplico.

La insistencia del Espíritu para que se orase sobre su tumba es una particularidad notable, pero que tenía su razón de ser si tomamos en cuenta la tenacidad de los lazos que lo sujetaban a su cuerpo, y cuán prolongada y difícil era su separación, a consecuencia de la materialidad de su existencia. Es comprensible que al hacer la oración más cerca al cuerpo, esta pudiera ejercer una especie de acción magnética más poderosa, a fin de contribuir al desprendimiento del Espíritu. La costumbre casi universal de orar junto al cuerpo de los difuntos, ¿no provendrá de la intuición inconsciente que se tiene de ese efecto? En tal caso, la eficacia de la plegaria tendría, al mismo tiempo, un resultado moral y material.

Los lamentos de un hombre sensual

(Burdeos, 19 de abril de 1862.)

¡Hombres, hermanos míos, he vivido sólo para mí, y ahora debo expiar y sufrir por ello! Que Dios os conceda la gracia de que os evitéis los espinos que ahora me destrozan. ¡Proseguid por el ancho camino del Señor y rogad por mí, que abusé de los bienes que Dios *presta* a sus criaturas!

Quien subordina a los instintos brutales la inteligencia y los buenos sentimientos que Dios le ha dado, se hace semejante al animal al que muchas veces maltrata. El hombre debe emplear con sobriedad los bienes de los cuales es depositario; debe habituarse a vivir considerando la eternidad que le aguarda y, por consiguiente, a despojarse de los goces

materiales. Su alimentación debe tener por exclusivo fin la vitalidad; su lujo sólo debe restringirse a la estricta necesidad de su posición; sus gustos y tendencias, aunque sean naturales, deben ser regidos por la más pura razón, pues de lo contrario el hombre se materializa en vez de purificarse. Las pasiones humanas son como lazos que se hunden en la carne; por lo tanto, no los ajustéis más aún. ¡Vivid, pero no os comportéis como los sensuales. ¡No imagináis el precio que deberéis pagar por eso cuando retornéis a la verdadera patria! Las pasiones terrenales os despojan antes de dejaros, de modo que llegáis desnudos, absolutamente desnudos, ante el Señor. ¡Ah! Cubríos de buenas obras; ellas os ayudarán a franquear la distancia que os separa de la eternidad. Como un manto brillante, esas obras ocultarán vuestras torpezas humanas. Envolveos con la caridad y el amor, vestimentas divinas que nadie podrá arrebataros.

Instrucción del guía del médium. Este Espíritu está en el camino del bien, puesto que además de su arrepentimiento expone consejos para evita los peligros de la ruta que él recorrió. El hecho de que reconozca sus errores es de por sí un mérito y un paso efectivo en dirección al bien. Es por eso que su situación, aunque no sea dichosa, tampoco es la de un Espíritu sufridor. Está arrepentido. Ahora le falta la reparación, que cumplirá en otra existencia de pruebas. No obstante, antes de llegar a ella, ¿sabéis cuál es la situación de esos hombres de vida sensual, que no han dado a su espíritu otra actividad aparte de la de inventar nuevos placeres? La influencia de la materia los acompaña más allá de la tumba, y la muerte no pone término a esos apetitos que, estimulados por la vista –tan limitada como lo fue en la Tierra–, en vano procuran satisfacer. Como nunca han buscado el alimento espiritual, su alma

deambula en el vacío, sin una meta, sin esperanza, presa de esa ansiedad propia del hombre que no tiene delante de sí más que la perspectiva de un desierto sin límites. La nulidad de las ocupaciones intelectuales durante la vida del cuerpo acarrea naturalmente la nulidad del trabajo del Espíritu después de la muerte. Dado que ya no pueden saciar al cuerpo, no tienen nada para satisfacer al Espíritu. De ahí un tedio mortal cuyo término no llegan a ver, y en cuyo lugar preferirían la nada. Pero la nada no existe… Pudieron matar al cuerpo, pero no pueden aniquilar al Espíritu. Es preciso, pues, que padezcan esos tormentos morales hasta que, vencidos por el cansancio, se decidan a dirigir su mirada hacia Dios.

———

Lisbeth

(Burdeos, 13 de febrero de 1862.)

Un Espíritu sufridor se presenta con el nombre de Lisbeth.

1. ¿Podéis darme algunas informaciones acerca de vuestra situación, así como sobre la causa de vuestros padecimientos?

R. Sed humilde de corazón, sumiso a la voluntad de Dios, paciente ante las pruebas, caritativo para con el desposeído, fortalecedor del débil, sensible a todos los padecimientos, en cuyo caso no sufriréis las torturas que me consumen.

2. Si bien las faltas que se oponen a las cualidades que acabáis de señalar os han conducido a vuestra situación actual, parece que os lamentáis por ello. ¿Podría el arrepentimiento proporcionaros alivio?

R. No, el arrepentimiento es ineficaz cuando sólo constituye la consecuencia del sufrimiento. El arrepentimiento provechoso tiene como base el pesar por haber ofendido a Dios, así como el ardiente deseo de reparación. Todavía no soy capaz de tanto, lamentablemente. Interceded por mí con las plegarias de quienes se consagran a los que sufren; las necesito.

Esta es una gran verdad. En ocasiones el sufrimiento provoca gritos de arrepentimiento, pero que no expresan el sincero pesar que se debe al hecho de haber incurrido en el mal, pues si el Espíritu dejara de sufrir reincidiría en las mismas faltas. A eso se debe que el arrepentimiento no siempre provoque la inmediata liberación del Espíritu. Solamente lo predispone a que se libere, pero nada más. Es necesario que dé muestras de su sinceridad y de la firmeza de sus resoluciones mediante nuevas pruebas que impliquen la reparación del mal que ha hecho. Si se medita detenidamente sobre los ejemplos que hemos citado, se hallará en las palabras de los Espíritus, incluso en las de los más inferiores, profundas enseñanzas, dado que nos inician en los más íntimos pormenores de la vida espiritual. Mientras que el hombre superficial sólo habrá de ver en esos ejemplos narraciones más o menos pintorescas, el hombre serio y reflexivo encontrará en ellos una abundante fuente de estudios.

3. Haré lo que deseáis. ¿Podríais darme algunos detalles acerca de vuestra última existencia? De ahí puede resultar alguna enseñanza útil para nosotros, en cuyo caso vuestro arrepentimiento se tornará provechoso.

(El Espíritu vacila al dar la respuesta, no sólo a esta pregunta sino también a algunas de las siguientes.)

R. Nací en un medio social elevado. Poseía todo lo que los hombres consideran la fuente de la felicidad. Acaudalada, me convertí en egoísta. Bella, era vanidosa, insensible e hipócrita. Noble, fui ambiciosa. Sometí con mi poder a cuantos se resistían a prosternarse ante mí, y también pisoteaba a los que se hallaban bajo mis pies, olvidada de que la cólera del Señor también doblega, tarde o temprano, las frentes más altivas.

4. ¿En qué época habéis vivido?

R. Hace ciento cincuenta años, en Prusia.

5. A partir de entonces, ¿no habéis hecho ningún progreso como Espíritu?

R. No. La materia siempre se mostró rebelde. Vos no podéis comprender la influencia que aún ejerce sobre mí, a pesar de la separación del cuerpo. El orgullo somete con cadenas de hierro, y sus eslabones oprimen cada vez más al miserable que le entrega su corazón. ¡Orgullo! ¡Hidra de cien cabezas siempre renovadas, modula de tal modo sus silbidos emponzoñados que llegan a parecer una música celestial! ¡Orgullo! ¡Demonio de múltiples apariencias que se amolda a todas las aberraciones del Espíritu, que se oculta en cada uno de los pliegues del corazón, que penetra en las venas, que envuelve, absorbe y arrastra a su esclavo a las tinieblas del fuego eterno…! ¡Sí… eterno!

El Espíritu afirma que no ha hecho ningún progreso, porque su situación sigue siendo penosa. Sin embargo, no cabe duda de que la manera en que describe el orgullo y deplora sus consecuencias indica un progreso. No

habría podido razonar así mientras estuvo encarnado, como tampoco habría podido hacerlo inmediatamente después de la muerte. Comprende el mal, lo que ya es algo. El valor y el deseo de evitarlo aflorarán más tarde.

6. Dios, la bondad por excelencia, no condenaría a sus criaturas a penas eternas. Confiad en su misericordia.

R. Decís que esto puede tener un término, pero ¿dónde? ¡Hace mucho que lo busco y sólo veo sufrimiento, siempre, siempre, siempre!

7. ¿Cómo habéis venido hoy hasta aquí?

R. Conducida por un Espíritu que me acompaña con frecuencia.

[7a] - ¿Desde cuándo veis a ese Espíritu?

R. No hace mucho tiempo.

[7b] -¿Desde cuándo tenéis conciencia de las faltas que habéis cometido?

R. (Después de una larga reflexión.) Sí, tenéis razón; a partir de entonces pude verlo.

8. ¿Comprendéis ahora la relación que existe entre vuestro arrepentimiento y el auxilio visible que os presta vuestro Espíritu protector? Tomad como origen de ese sustento el amor de Dios; y como objetivo, su perdón y su misericordia infinitos.

R. ¡Oh! ¡Cómo desearía que fuese así!

[8a] – Creo poder prometerlo en el nombre sagrado de Aquel que nunca hizo oídos sordos a los ruegos de sus hijos afligidos. Pedidlo de corazón y Él os oirá.

R. No puedo; tengo miedo.

9. Entonces oremos juntos; Él nos atenderá. (Después de la plegaria): ¿Aún estáis ahí?

R. ¡Sí, gracias! ¡No me olvidéis!

10. Venid aquí a participar todos los días.

R. Sí, sí, vendré siempre.

El guía del médium. Nunca olvidéis las enseñanzas que recibís a partir de los padecimientos de vuestros protegidos y, sobre todo, de las causas de esos padecimientos, pues constituyen lecciones que os benefician en el sentido de preservaros de los mismos peligros y de similares castigos. Purificad vuestros corazones, sed humildes, amaos y ayudaos, sin que vuestro corazón agradecido olvide jamás cuál es la fuente de todas las gracias, fuente inagotable en la que cada uno de vosotros podéis saciaros en abundancia. Fuente de agua viva que apaga la sed y nutre a la vez; fuente de vida y de dicha eternas. Id a ella, mis muy amados, y bebed con fe. Sumergid en ella vuestras redes, que saldrán de sus ondas cargadas de bendiciones. Advertid a vuestros hermanos acerca de los peligros en que pueden caer. Distribuid las bendiciones del Señor, que se reproducen sin cesar. Cuanto más las propaguéis, tanto más se multiplicarán. La tarea ha sido depositada en vuestras manos. Por consiguiente, si decís a vuestros hermanos: "Allí están los peligros, allá los escollos; venid con nosotros a fin de evitarlos. *Imitadnos, pues os damos el ejemplo*", esparciréis las bendiciones del Señor entre quienes os escuchen.

Benditos sean vuestros esfuerzos, mis muy amados. El Señor ama a los corazones puros; sed merecedores de su amor.

Saint Paulin

El príncipe Ouran

(Burdeos, 1862.)

Un Espíritu sufridor se presenta con el nombre de *Ouran*, un príncipe ruso de épocas pasadas.

P. ¿Querríais darnos algunos detalles acerca de vuestra situación?

R. ¡Oh! ¡Bienaventurados los humildes de corazón, porque de ellos es el reino de los Cielos! Orad por mí. ¡Bienaventurados los humildes de corazón que eligen una posición modesta para dar cumplimiento a sus pruebas! ¡Vosotros, a quienes devora la envidia, no sabéis a qué estado ha quedado reducido uno de esos a los que en la Tierra llamáis dichosos! ¡No imagináis el fuego que lo abrasa ni los sacrificios que le impone la riqueza, cuando a través de ella se pretende obtener la salvación eterna! ¡Que el Señor me permita, a mí, déspota orgulloso, encontrarme entre aquellos mismos a quienes oprimí con la tiranía, para expiar los crímenes a que dio origen mi orgullo! ¡Orgullo! Repetid constantemente esa palabra, para que no olvidéis jamás que él es la fuente de todos los padecimientos que nos agobian. En efecto, he abusado del poder y de los favores de que gozaba; fui rudo y cruel con mis súbditos, que debieron inclinarse ante todos mis caprichos y satisfacer todas mis depravaciones. Ambicioné la nobleza, los honores, la fortuna, y he sucumbido bajo un peso superior a mis propias fuerzas.

> Los Espíritus que sucumben son, por lo general, propensos a alegar que llevaban una carga superior a sus fuerzas, lo cual es un modo de disculparse a sí mis-

mos y un resto de orgullo, porque no admiten que se equivocaron por su propia debilidad. Dios no le da a nadie una carga más pesada que la que pueda soportar; no le pide a nadie más de lo que pueda dar; como tampoco exige que el árbol joven rinda los frutos que da el de tronco añoso. Dios concede a los Espíritus la libertad. Lo que les falta es la voluntad, y esta depende exclusivamente de ellos. Con fuerza de voluntad no hay inclinaciones viciosas que no se puedan vencer. No obstante, *cuando nos regodeamos en un vicio, es lógico que no hagamos esfuerzos para reprimirlo*. Por consiguiente, sólo a nosotros mismos debemos atribuir las consecuencias que de ello resultan.

P. Tenéis conciencia de vuestras faltas, y ese es el primer paso hacia vuestra regeneración.

R. Esa conciencia también es un sufrimiento. Para muchos Espíritus, el sufrimiento es un efecto casi material, dado que como permanecen ligados a la condición humana de su última existencia, no registran las sensaciones morales. Cuando mi Espíritu se desprendió de la materia, el sentimiento moral se incrementó en mí junto con todo lo horrible que era propio de las sensaciones aparentemente físicas.

P. ¿Veis un término para vuestros padecimientos?

R. Sé que no serán eternos, pero aún no vislumbro el fin. Antes de eso es necesario que vuelva a comenzar la prueba.

P. ¿Esperáis volver a comenzarla pronto?

R. No lo sé aún.

P. ¿Recordáis vuestros antecedentes? Os hago esta pregunta con la intención de instruirme.

R. Sí, vuestros guías están aquí y saben lo que precisáis. Viví en la época de Marco Aurelio. Entonces también era poderoso y sucumbí ante el orgullo, causa de todos los fracasos. Después de permanecer en la erraticidad durante siglos, tuve el propósito de probar con una vida oscura. Estudiante desposeído, mendigué el pan, pero el orgullo me dominaba de todos modos. El Espíritu había ganado en conocimiento, pero no en virtud. Sabio y ambicioso, le vendí mi alma a quienes pagaron más, y me puse al servicio de todas las venganzas, de todos los odios. Me sentía culpable, pero la sed de honores y de riquezas ahogaba los gritos de mi conciencia. La expiación fue larga y cruel. Hasta que finalmente, en mi última encarnación, quise volver a probar una vida de lujo y poder. Creí que podría superar los inconvenientes, y no presté atención a los consejos. Una vez más se trataba del orgullo, que me llevaba a confiar más en mí mismo que en los consejos de los protectores amistosos, que velan sin cesar por nosotros. Ya conocéis el resultado de esta última tentativa.

Hoy, finalmente, comprendo y aguardo la misericordia del Señor. Deposito a sus pies mi orgullo abatido, y le ruego que cargue sobre mis hombros el más pesado tributo de humildad, pues con el auxilio de su gracia el peso me parecerá liviano. Orad conmigo y por mí. Orad también para que ese fuego diabólico no devore los instintos que os encaminan hacia Dios. Hermanos de sufrimiento, pedid que mi ejemplo os sea provechoso, y no olvidéis nunca que el orgullo es el mayor enemigo de la felicidad. De él emanan todos los males que acosan a la humanidad y la persiguen hasta en las regiones celestiales.

El guía del médium. Has alimentado dudas sobre la identidad de este Espíritu, porque su lenguaje no os parece concor-

dante con el estado de sufrimiento que denota su inferioridad. No temáis, porque habéis recibido una instrucción seria. Por más que sufra, la inteligencia de este Espíritu es tan importante que lo lleva a expresarse de ese modo. Sólo le ha faltado la humildad, sin la cual ningún Espíritu puede llegar a Dios, y recién ahora la ha adquirido. Confiamos en que mediante la perseverancia habrá de salir triunfante de esta nueva prueba.

Nuestro Padre celestial es infinitamente justo en su sabiduría, y toma en cuenta los esfuerzos que el hombre hace para doblegar los malos instintos. Cada victoria sobre vosotros mismos representa un peldaño superado en esa escalera que tiene un extremo en la Tierra y otro a los pies del Juez supremo. Ascended esos escalones con decisión. Vuestro ascenso es tanto más sencillo cuanto más firme es vuestra voluntad. Mirad siempre hacia la cima, a fin de que conservéis el valor, porque ¡ay de aquel que se detiene y mira hacia atrás! De inmediato lo atrapa el vértigo, siente espanto por el vacío que lo rodea, se desanima y alega: "¿Para qué he de avanzar más, si he caminado tan poco y me falta tanto todavía?" No, amigos, no miréis hacia atrás. El orgullo está arraigado en el hombre. ¡Pues bien! Aprovechadlo para daros fuerza y valor, a fin de que completéis vuestra ascensión. Empleadlo para dominar vuestras debilidades, y subid hasta la cumbre de la montaña eterna.

———

Pascal Lavic

(El Havre, 9 de agosto de 1863.)

Este Espíritu se comunicó espontáneamente. El médium no lo había conocido en vida, ni siquiera por su nombre.

"Creo en la bondad de Dios, que en su misericordia se compadecerá de mi pobre Espíritu. He sufrido mucho, mucho. Mi cuerpo pereció en el mar. Mi Espíritu, ligado al cuerpo, anduvo errante durante largo tiempo sobre las olas. Dios…"

(La comunicación fue interrumpida, y al día siguiente el Espíritu continuó:)

"…ha tenido a bien permitir que las oraciones de los que quedaron en la Tierra me sacaran del estado de turbación e incertidumbre en que mi Espíritu se hallaba sumergido. Me han esperado por largo tiempo, y pudieron encontrar mi cuerpo. Este reposa en la actualidad, mientras que mi Espíritu, desprendido con dificultad, comprende las faltas cometidas. Concluida la prueba, Dios juzga con justicia y su bondad se extiende sobre los que se han arrepentido.

"Durante mucho tiempo mi Espíritu y su cuerpo han deambulado juntos, porque esa era mi expiación. Seguid el camino recto si queréis que Dios desprenda rápidamente vuestro Espíritu de su envoltura. Vivid en su amor. Orad, y la muerte, a la que tantos temen, os será leve, porque vosotros conocéis la vida que os aguarda. Sucumbí en el mar, y por mucho tiempo han estado esperándome. No poder desligarme del cuerpo ha sido para mí una terrible prueba. Por eso tengo necesidad de las plegarias de quienes, como vosotros, cultivan la creencia salvadora y pueden rogar por mí al Dios

de justicia. Me arrepiento y espero ser merecedor de su perdón. Mi cuerpo fue encontrado el día 6 de agosto. Fui un pobre marinero, y hace mucho tiempo que he muerto. ¡Rogad por mí!"

Pascal Lavic

P. ¿Dónde fue encontrado vuestro cuerpo?

R. No muy lejos de aquí.

El *Journal du Havre*, del 11 de agosto de 1863, contenía el siguiente artículo, del cual el médium no tenía el menor conocimiento:

"Informamos que el 6 del corriente mes se han encontrado los restos de un cadáver entre Bléville y La Hève. La cabeza, los brazos y el busto habían desaparecido. Con todo, su identidad se pudo constatar a través de los zapatos que todavía estaban sujetos a los pies. El cuerpo pertenece al pescador Lavic, que falleció el 11 de diciembre. Una fuerte ráfaga de viento lo había arrebatado del navío *L´Alerte*, a la altura de Trouville. Lavic tenía cuarenta y nueve años, y era natural de Calais. La viuda del difunto certificó la identidad."

El 12 de agosto, cuando se consideraba ese acontecimiento en el grupo en que el Espíritu se había manifestado por primera vez, este brindó espontáneamente la siguiente comunicación:

"Soy realmente Pascal Lavic, y tengo necesidad de vuestras plegarias. Podéis hacerme un gran bien, dado que la prueba que experimenté ha sido terrible. Mi Espíritu recién consiguió separarse del cuerpo después de que reconocí mis faltas, y aún así en forma parcial, de modo que yo lo acompañaba en el océano que lo había tragado. Orad, pues, para que Dios

me perdone. Orad para que me conceda el reposo. Orad, os lo suplico. ¡Que este terrible final de una existencia terrestre desdichada os sirva de importante enseñanza! Debéis tomar siempre en cuenta la vida futura y nunca dejar de implorar a Dios su misericordia. Orad por mí. Necesito que Dios se compadezca de mí."

Pascal Lavic

Ferdinand Bertin

Un médium de El Havre evocó al Espíritu de una persona a la que conocía, quien respondió: "Deseo comunicarme, pero no consigo vencer el obstáculo que hay entre nosotros. Me veo obligado a dejar que se aproximen a vos estos desventurados que sufren". Inmediatamente después el médium recibió la siguiente comunicación:

"¡Estoy en un terrible abismo! Ayudadme… ¡Oh, Dios mío! ¿Quién me sacará de este pozo…? ¿Quién tenderá sus manos piadosas al desdichado que fue tragado por el mar…? La noche es tan oscura que tengo miedo… Por todos lados oigo el bramido de las olas encrespadas, y no hay ninguna voz amiga que me consuele y me ayude en este momento crítico. ¡Esta noche profunda es la muerte con sus horrores, y no quiero morir…! ¡Oh, Dios mío! ¡Esta no es la muerte que vendrá, es la muerte que ha ocurrido…! Estoy separado para siempre de mis seres queridos… Veo mi cuerpo, y lo que sentía hasta hace poco no es sino el recuerdo de la angustiosa

separación… ¡Tened piedad de mí, vos que conocéis mi sufrimiento! ¡Orad por mí, pues ya no quiero volver a sentir los desgarros de la agonía, tal como ha sucedido desde aquella noche fatal…! Sin embargo, ese es mi castigo; lo presiento… ¡Rogad por mí, os lo suplico…! ¡Oh!, el mar… el frío… ¡Me van a tragar las olas…! ¡Socorro…! ¡Tened piedad de mí, no me rechacéis…! ¡Nosotros dos nos salvaremos sobre esta tabla…! ¡Oh, me ahogo…! Las aguas van a tragarme, y a mis parientes ni siquiera les quedará el triste consuelo de volver a verme… ¡Pero no! Veo que mi cuerpo ya no se balancea en medio de las olas… Las plegarias de mi madre serán oídas… ¡Pobre madre mía! Si ella pudiese imaginar el miserable estado en que su hijo se encuentra realmente, rogaría más. Pero cree que la causa de mi muerte ha santificado mi pasado. Me llora como a un mártir, ¡y no como a un desdichado que recibió su castigo…! ¡Oh! Vos que lo sabéis, ¿seréis implacables conmigo? No, vos intercederéis por mí."

François Bertin[31]

El médium ignoraba por completo ese nombre, que no le sugería ningún recuerdo, por lo que supuso que se trataba sin duda del Espíritu de algún desventurado náufrago que acudió para manifestarse espontáneamente a través de él, como había sucedido tantas otras veces. Poco después supo que su nombre era, de hecho, el de una de las víctimas de un terrible naufragio que había ocurrido en esa zona el 2 de diciembre de 1863. La comunicación había sido transmitida el 8 del

31. El lector notará un cambio en el nombre del Espíritu cuyo mensaje se transcribe aquí. Con todo, tanto en el título del presente testimonio como en el índice de la obra, consta el nombre *Ferdinand*. (N. del T.)

mismo mes, seis días después del desastre. El individuo había perecido mientras realizaba una extraordinaria tentativa para salvar a la tripulación, momento en que se creía librado de la muerte.

Este individuo no tenía ningún parentesco con el médium, ni siquiera lo conocía. Entonces, ¿por qué se manifestó a través de él en vez de hacerlo ante algún miembro de su familia? Se debe a que los Espíritus no encuentran en todas las personas las condiciones fluídicas necesarias para ello. Por otra parte, dada la turbación en que se encontraba, ese Espíritu no tenía la libertad de escoger, y fue conducido tanto por instinto como por atracción hacia ese médium, dotado –según parece– de una aptitud especial para las comunicaciones espontáneas de esa índole. Además, no cabe duda de que el Espíritu presentía que allí habría de encontrar una simpatía particular, como otros la habían encontrado en circunstancias similares. Su familia, ajena al espiritismo, tal vez incluso hostil a esta creencia, no habría aceptado la manifestación del mismo modo que el médium.

Aunque la muerte había ocurrido algunos días antes, el Espíritu experimentaba todavía la angustia propia de la transición. Era evidente que no tenía conciencia de la situación: se creía vivo y luchaba contra las olas, pese a que al mismo tiempo se refería a su cuerpo como si estuviera separado de él. Pide socorro; dice que no quiere morir, pero inmediatamente después habla de la causa de su muerte, y reconoce que se trata de un castigo. Todo eso denota la confusión de las ideas, que casi siempre le sigue a las muertes violentas.

Dos meses más tarde, el 2 de febrero de 1864, el Espíritu se comunicó nuevamente en forma espontánea a través del mismo médium, a quien dictó lo siguiente:

"La piedad que habéis tenido de mis padecimientos tan horribles me ha traído alivio. Ahora comprendo la *esperanza*; entreveo el perdón, pero sólo lo obtendré después de que haya reparado la falta cometida. Sufro en forma constante, y si durante algunos momentos Dios permite que vislumbre el fin de mi desventura, lo debo a las oraciones de las almas caritativas que se apiadaron de mi situación. ¡Oh, esperanza, rayo celestial, cómo te bendigo cuando te siento asomar en mi alma…! ¡Con todo, el abismo se abre; el terror y el sufrimiento absorben ese recuerdo de la misericordia…! ¡La noche, siempre la noche…! El agua, el rugido de las olas que tragaron mi cuerpo, no son más que una pálida imagen del horror en que está envuelto mi pobre Espíritu… Me siento más sereno cuando puedo permanecer junto a vos, porque así como la confidencia de un terrible secreto al corazón de un amigo nos alivia, también vuestra piedad, motivada por la confidencia de mis penurias, calma mi pena y le da reposo a mi Espíritu… Vuestras plegarias me hacen bien; no me las rehuséis. No quiero caer en ese horrible sueño que se transforma en realidad cuando lo veo… Tomad el lápiz con más frecuencia. ¡Me hace tanto bien el comunicarme con vos!"

Algunos días después, este Espíritu fue evocado en una reunión espírita en París, y se le formularon las siguientes preguntas, que él respondió en una sola comunicación y a través de otro médium:

P. ¿Quién os ha inducido a comunicaros espontáneamente a través de aquel otro médium? ¿Cuánto tiempo hacía que habíais muerto cuando os manifestasteis? Cuando os comunicasteis parecíais dudar aún de si estabais vivo o muerto, y experimentabais todas las penurias de una muerte horrible. ¿Tenéis ahora una mejor comprensión de vuestro estado? Ha-

béis manifestado claramente que vuestra muerte era una expiación. ¿Podríais decirnos el motivo de esa afirmación? Eso será una enseñanza para nosotros y un alivio para vos. Mediante una confesión sincera atraeréis la misericordia de Dios, la cual solicitaremos en nuestras plegarias.

Respuesta. En principio pareciera imposible que un ser humano pueda sufrir tan cruelmente. ¡Dios! ¡Qué penoso es verse constantemente en medio de las olas furiosas, y padecer sin cesar ese suplicio, ese frío glacial que sube hasta el estómago y lo oprime!

Pero ¿de qué sirve que os entretenga con ese espectáculo? ¿No debo comenzar por obedecer las leyes de la gratitud, agradeciéndoos a todos vosotros, que habéis puesto tanto interés en mis tormentos? Me preguntasteis si me he comunicado mucho tiempo después de la muerte. No puedo responder con facilidad. ¡Pensad y evaluad en qué horrible situación estoy aún! Creo que fui conducido hasta el médium por una fuerza extraña a mi voluntad y, cosa imposible de comprender, *me servía de su brazo con la misma facilidad con que en este momento me sirvo del vuestro, convencido de que me pertenece*. En este momento experimento incluso un gran placer, así como un alivio especial que, ¡por desgracia!, pronto cesará. No obstante, ¡Dios mío!, ¿tendré fuerzas para hacer la confesión que me corresponde?

(Después de mostrarse más animado, el Espíritu agregó:)

¡Yo era muy culpable! Y lo que más me tortura es que me hayan considerado mártir, cuando en realidad no lo fui… En una existencia precedente ordené que metieran dentro de una bolsa a varias víctimas, y que las arrojaran al mar… ¡Orad por mí!

Instrucción de san Luis acerca de esta comunicación:

Esta confesión llevará un gran alivio al Espíritu. ¡Sí, él era muy culpable! Con todo, la existencia que acaba de dejar ha sido honrosa. Fue amado y estimado por sus superiores. Todo eso es el fruto de su arrepentimiento y de las buenas resoluciones que adoptó antes de volver a la Tierra, donde se propuso ser comprensivo, para compensar la crueldad anterior. La abnegación de la que dio pruebas era una reparación, pero también fue necesario que rescatara las faltas pasadas mediante una última expiación: la de la muerte cruel que padeció. Él mismo quiso purificarse a través del sufrimiento de las torturas que infligió a los otros. Además, notad que una idea lo persigue: el remordimiento de que se lo considere un mártir. No os quepa duda de que se tomará en cuenta esa humildad. Por último, ha dejado el camino de la expiación para ingresar en el de la rehabilitación. Podéis sostenerlo con vuestras oraciones, y lo ayudaréis a que avance con paso más firme y decidido.

François Riquier

François Riquier era un anciano muy simple, avaro y solterón, que falleció en C… en 1857, legando a sus parientes colaterales una considerable fortuna. En una época había tenido una inquilina, que lo había olvidado por completo e ignoraba si todavía vivía o no. En 1862, una hija de esa señora, que padece crisis de catalepsia seguidas de un sueño magnético espontáneo, y que además es una excelente médium escri-

biente, vio en uno de esos sueños al señor Riquier, quien –ella aseguraba– quería comunicarse con su madre. Varios días después, luego de que se manifestara espontáneamente confirmando aquella intención, mantuvieron con él la siguiente conversación:

P. ¿Qué pretendéis de nosotros?

R. ¡El dinero que esos miserables me han quitado para repartírselo! Han vendido mis tierras, mis casas, todo, para enriquecerse. Han dilapidado mis bienes como si ya no me pertenecieran. Ocupaos de que se haga justicia, ya que a mí no me escuchan, y no quiero presenciar semejantes infamias. Dicen que era usurero, ¡y se quedan con mi dinero! ¿Por qué no me devuelven lo que me pertenece? ¿Acaso suponen que fue mal habido?

P. Pero estáis muerto, querido señor. Ya no tenéis ninguna necesidad de dinero. Rogad a Dios para que os conceda una nueva existencia de pobreza, de modo que expiéis la avaricia de esta última vida.

R. No, yo no podría vivir en la pobreza. Quiero mi dinero. Sin él no puedo vivir. Además, no necesito otra existencia, pues estoy vivo actualmente.

P. ¿Sufrís? (Esta pregunta se le hizo con la intención de llamarlo a la realidad.)

R. ¡Oh, sí! Sufro tormentos peores que los de la más cruel enfermedad, porque mi alma es la que los padece. Tengo siempre presente en la mente la iniquidad de mi vida, que ha sido motivo de escándalo para muchos. Sé perfectamente que soy un miserable, que no soy digno de piedad, pero mi sufrimiento es tan grande que preciso vuestra ayuda para salir de esta situación deplorable.

P. Oraremos por vos.

R. ¡Gracias! Orad para que olvide mis bienes terrenales, pues de lo contrario jamás podré arrepentirme. Adiós y gracias.

François Riquier
Rue de la Charité, n.º 14.

Es muy curioso observar que este Espíritu indica su dirección, como si todavía estuviera vivo. La señora, que la ignoraba, se apresuró a verificarla, y se llevó una gran sorpresa al constatar que correspondía a la última casa en que Riquier había vivido. Por lo tanto, a pesar de que habían transcurrido cinco años, él no se consideraba muerto y aún experimentaba la ansiedad, muy cruel para un avaro, de ver sus bienes repartidos entre sus herederos. La evocación, provocada sin duda por un Espíritu bueno, tuvo la finalidad de hacerle comprender su estado y predisponerlo al arrepentimiento.

Clara

(Sociedad de París, 1861.)

El Espíritu que dictó las comunicaciones siguientes fue una mujer a la que el médium había conocido en la Tierra, y cuyo carácter y conducta justifican plenamente los tormentos que padecía. Se hallaba especialmente dominada por un sentimiento exacerbado de orgullo y egoísmo, que se pone en evidencia sobre todo en el tercer mensaje, ya que pretende

que el médium se ocupe solamente de ella. Esas comunicaciones se obtuvieron en diferentes épocas, y las tres últimas denotan un sensible progreso en la situación del Espíritu, gracias a la dedicación del médium, que se había propuesto educarlo moralmente.

I. Aquí estoy yo, la desdichada Clara. ¿Qué deseáis que os diga? La resignación y la esperanza no son más que palabras para los que saben que, numerosos como las arenas de la playa, sus padecimientos se extenderán a lo largo de una interminable sucesión de siglos. ¿Decís que puedo atenuarlos? ¡Qué palabra imprecisa! ¿Dónde habré de encontrar el valor y la esperanza para ello? Intentad, pues, con vuestra inteligencia obtusa, imaginar qué es un día que jamás se acaba. ¿Será un día, un año o un siglo? ¡No lo sé! Las horas no lo dividen; las estaciones no lo diferencian; eterno y lento como el agua que brota de una roca, este día execrable, maldito, pesa sobre mí como una avalancha de plomo… ¡Cuánto sufro…! Alrededor mío sólo hay sombras silenciosas e indiferentes… ¡Cuánto sufro!

No obstante, estoy convencida de que por encima de esta miseria reina el Dios Padre, el Señor hacia el que todo se encamina. Quiero pensar en Él, quiero implorarle misericordia.

Me debato y me humillo como un lisiado que se arrastra a lo largo del camino. No sé qué poder me atrae hacia vos; tal vez seáis mi salvación. Me transmitís algo de calma. Estoy más reanimada, como una anciana aterida que recibe el calor de un rayo de sol. Mi alma helada recobra la vida cuando estáis cerca de mí.

II. Mi desgracia aumenta día a día, a medida que se desarrolla dentro de mí el conocimiento de la eternidad. ¡Oh, miseria! ¡Malditas sean las horas culpables, horas de egoísmo y negligencia en las que, olvidada por completo de la caridad y

la abnegación, no pensaba más que en mi bienestar! ¡Malditos intereses humanos! ¡Malditas las vanas preocupaciones materiales, que me cegaron y fueron la causa de mi perdición! Ahora me corroe el dolor incesante del tiempo perdido. ¿Qué he de deciros, a vos que me escucháis? Vigilaos constantemente; amad a los otros más que a vos mismo; no os rezaguéis en los caminos de la ociosidad, ni atendáis al cuerpo en detrimento del alma. Vigilad, como predicaba el Salvador a sus discípulos. No me agradezcáis estos consejos, *porque si mi Espíritu los concibe, pero mi corazón nunca los ha escuchado*. Me arrastro temerosa como un perro vapuleado, y aún no he conocido el amor espontáneo. ¡Su divina aurora tarda mucho en despuntar! ¡Rogad por mi alma consumida y tan miserable!

III. Puesto que me habéis olvidado, vengo hasta aquí a buscaros. ¿Creéis que las plegarias aisladas y la mención de mi nombre bastarán para apaciguar mis penas? No, cien veces no. Rujo de dolor. Errante, sin reposo, sin asilo ni esperanza, siento que el aguijón eterno del castigo se hunde en mi alma indignada. Suelto risotadas cuando oigo vuestros lamentos, así como cuando os veo abatidos. ¡Qué son vuestras descoloridas miserias, vuestras lágrimas, vuestros tormentos, a los que el sueño interrumpe! ¿Acaso duermo yo, aquí? Quiero, ¿me habéis escuchado?, quiero que dejéis de lado vuestras disertaciones filosóficas y que os ocupéis de mí, además de que hagáis que otros se ocupen de mí. No encuentro expresiones para describir la angustia de este tiempo que transcurre sin que las horas le delimiten períodos. Apenas diviso un débil rayo de esperanza, y sois vos quien me habéis dado esa esperanza. No me abandonéis, entonces.

IV. (*El Espíritu de san Luis*.) Este panorama es completamente verdadero, pues no tiene nada de exagerado. Tal vez

haya quien se pregunte qué hizo esa mujer para llegar a ser tan desgraciada. ¿Habrá cometido algún crimen terrible? ¿Robó, asesinó? No; no ha hecho nada que quebrantase la justicia de los hombres. Por el contrario, se recreaba con lo que denomináis la felicidad terrena. Belleza, fortuna, placeres, adulaciones: todo le sonreía, nada le faltaba, a tal punto que quienes la veían afirmaban: ¡Qué mujer feliz!, y envidiaban su suerte. Entonces ¿qué es lo que hizo? Fue egoísta. Lo tenía todo, excepto un buen corazón. No violó la ley de los hombres, sino la ley de Dios, puesto que ignoró la primera de las virtudes: la caridad. No amó a nadie más que a sí misma. Ahora no encuentra a nadie que la ame. No dio nada, de modo que no recibe nada. Está aislada, desamparada, abandonada, perdida en el espacio, donde nadie piensa en ella ni de ella se ocupa. Eso constituye su tormento. Dado que sólo procuró los goces mundanos, que hoy ya no están a su alcance, el vacío se ha formado alrededor suyo. Sólo percibe la nada, y la nada le parece de duración eterna. No sufre tormentos físicos. Los demonios no se acercan para atormentarla; pero eso no es necesario, pues ella se atormenta a sí misma. Así, ella sufre más aún, porque si los demonios la atormentaran, al menos habría alguien pensando en ella. El egoísmo constituyó su satisfacción en la Tierra, y aún hoy la persigue. Ese es el gusano que corroe su corazón; ese es su verdadero demonio.

San Luis

V. Os hablaré de la sustancial diferencia que existe entre la moral divina y la moral humana. La primera asiste a la mujer adúltera en su abandono, y advierte a los pecadores: "Arrepentíos, y se os abrirá el reino de los Cielos". En defi-

nitiva, la moral divina admite el arrepentimiento y las faltas confesadas, mientras que la moral humana los rechaza y admite, sonriente, los pecados ocultos, que –según dice– son parcialmente perdonados. A una le cabe la gracia del perdón, y a la otra la hipocresía. ¡Escoged, Espíritus ávidos de la verdad! Escoged entre los Cielos, abiertos al arrepentimiento, y la tolerancia que admite el mal que no afecta su egoísmo y sus prejuicios, pero que rechaza las pasiones y los sollozos de las faltas confesadas abiertamente. Arrepentíos, vosotros los que pecáis. Renunciad al mal y, sobre todo, a la hipocresía, que oculta la fealdad con la máscara risueña y engañosa de las conveniencias mutuas.

VI. Ahora estoy serena y resignada a la expiación de mis faltas. El mal no está fuera de mí, sino en mí. Soy yo, por lo tanto, quien debe transformarse, y no las cosas exteriores. Somos portadores de nuestro cielo y de nuestro infierno. Nuestras faltas, grabadas en la conciencia, son leídas correctamente el día de la resurrección. Somos nosotros nuestros propios jueces, pues el estado de nuestra alma nos eleva o nos precipita. Me explicaré: un Espíritu impuro y *agobiado* por sus culpas no puede concebir ni desear una elevación que no sería capaz de soportar. Tenedlo por cierto: del mismo modo que las diferentes especies de seres viven cada una en el ambiente que le es propio, también los Espíritus, según el grado de su adelanto, se mueven en el medio adecuado a sus facultades, y no conciben otro ámbito hasta tanto el progreso, instrumento de la lenta transformación de las almas, los libera de sus bajas tendencias y los despoja de la crisálida del pecado, a fin de que puedan volar antes de lanzarse, veloces como flechas, en dirección al fin último y anhelado: ¡Dios! Me arrastro todavía, ¡hay de mí! Pero ya no alimento odios, y concibo la inefable

dicha del amor divino. Así pues, orad por mí siempre, que aguardo expectante.

> En la comunicación siguiente, Clara se refiere a su marido, que la había hecho sufrir mucho en la Tierra, así como a la posición en que él se encuentra actualmente en el mundo de los Espíritus. Ese panorama, que no pudo completar ella misma, fue concluido por el guía espiritual del médium.

VII. Vuelvo a vos, que por tanto tiempo me habéis tenido en el olvido. Sin embargo, he adquirido paciencia y ya no estoy desesperada. ¿Queréis saber cuál es la situación del pobre Félix? Se halla errante en las tinieblas, víctima de la profunda desnudez de su alma. Superficial y liviano, envilecido por el placer, siempre ignoró el amor y la amistad. Ni siquiera la pasión ha encendido sus luces sombrías. Su estado actual es comparable al de un niño negado para las funciones de la vida, y privado del amparo de quienes lo asisten. Félix deambula aterrorizado en ese mundo extraño, donde todo brilla con el esplendor de Dios, que él ha negado…

VIII. *El guía del médium*. Clara no puede continuar el análisis de los padecimientos de su marido *sin compartirlos también*. Hablaré en lugar de ella.

Félix, que era superficial tanto en las ideas como en los sentimientos, violento porque era débil, disoluto porque era frívolo, ingresó en el mundo de los Espíritus tan desnudo en cuanto a lo moral como lo estaba en lo físico. *Al ingresar en la vida terrestre no conquistó nada y, por consiguiente, tiene que volver a comenzar*. Como un hombre que se despierta de un largo sueño y reconoce cuán vana era la agitación de sus nervios,

este pobre ser reconocerá, al salir de la turbación, que vivió de quimeras que desvirtuaron su existencia. Entonces maldecirá al materialismo, que hizo que abrazara el vacío como si fuera una realidad; maldecirá al positivismo, que hizo que denominara desvaríos a las ideas sobre la vida futura, locuras a las aspiraciones morales, y debilidad a la creencia en Dios. El desdichado, al despertarse, comprenderá que esas opiniones de las cuales se ha burlado eran la fórmula de la verdad, y que, contrariamente a la fábula, la caza de la presa ha sido menos provechosa que la de la sombra.

Georges

Estudio sobre las comunicaciones de Clara

Ante todo, estas comunicaciones son instructivas, porque nos muestran una de las facetas más comunes de la vida: la del egoísmo. De ellas no surgen esos grandes crímenes que espantan incluso a los hombres más perversos, sino la condición de una multitud de personas que viven en este mundo, honradas y respetadas sólo porque tienen un cierto barniz y no padecen la represión de las leyes sociales. Esas personas no van a encontrar, en el mundo de los Espíritus, esos castigos excepcionales cuya sola imagen nos hace temblar, sino una situación sencilla, natural, consecuencia de su manera de vivir y del estado de su alma. El aislamiento, el desamparo, el abandono: ese es el castigo de aquel que sólo ha vivido para sí. Como hemos visto, Clara era un Espíritu muy inteligente, pero de corazón estéril. La posición social, la fortuna, el atractivo físico que había poseído en la Tierra, le proporcionaban homenajes gratos para su vanidad, y eso le bastaba.

Hoy, allí donde se encuentra, sólo ve indiferencia, y el vacío se hace alrededor suyo. Ese castigo es más punzante que el dolor, porque la mortifica, mientras que el dolor inspira piedad y compasión, y también es un medio de llamar la atención, de despertar el interés de los demás para con uno y su destino.

A propósito de esta última comunicación, en la Sociedad de París se realizaron las siguientes preguntas.

P. El Espíritu de Clara menciona las tinieblas en las cuales se encuentra el Espíritu de su marido. Muchos Espíritus ya se han referido a esas tinieblas en que se hallan sumergidas algunas almas sufridoras. ¿Serán esas tinieblas que con tanta frecuencia aparecen mencionadas en la Escritura y en los Evangelios, cuando se dice: "Los malvados serán arrojados a las tinieblas, a la oscuridad del abismo"? ¿Cómo se producen esas tinieblas, dado que en el mundo de los Espíritus no existen las mismas causas que en la Tierra hacen posible la alternancia de luz y oscuridad? Ese castigo, ¿es aplicado a ciertas faltas más especialmente que a otras? En ese caso, ¿a cuáles faltas?

R. Las tinieblas en cuestión son en realidad las que Jesús y los profetas mencionan cuando se refieren al castigo de los malvados. No obstante, eso sólo era una alegoría destinada a impresionar los sentidos materiales de sus contemporáneos, quienes jamás habrían podido comprender el castigo de una manera espiritual. Algunos Espíritus están inmersos en las tinieblas, pero es preciso entender que se trata de una verdadera noche del alma, comparable a la oscuridad intelectual del idiota. No es una locura del alma, sino una inconsciencia de sí misma y de lo que la rodea, lo que se produce ya sea con luz material o sin ella. Se trata, especialmente, del castigo de los que han dudado de su verdadero destino. Puesto que han creído en la nada, las apariencias de esa nada se convierten en

su martirio, hasta que el alma toma conciencia de sí misma y rompe con fuerza las redes de enervamiento moral que la envolvían, de la misma manera que el hombre oprimido por un sueño penoso lucha en un momento dado, con todo el vigor de sus facultades, contra los terrores por los cuales se ha dejado subyugar desde el comienzo. Esta momentánea reducción del alma a una nada ficticia, con la conciencia de su existencia, representa el más cruel de los padecimientos imaginables, en razón de la apariencia de reposo que la afecta. Ese reposo forzado, esa nulidad de su ser, esa incertidumbre, se convierten en un suplicio. El tedio que la invade es el más terrible de los castigos, dado que no puede percibir nada alrededor suyo: ni cosas ni seres. Para el alma se trata de verdaderas tinieblas.

San Luis

(*Clara*) Aquí estoy. Yo también puedo responder a la pregunta sobre las tinieblas, pues he deambulado y sufrido por mucho tiempo en esos limbos donde todo es sollozos y penurias. En efecto, las tinieblas visibles de las que hablan las Escrituras existen. Y los desventurados que, al concluir las pruebas terrenales, dejaron la vida siendo ignorantes o culpables, son sumergidos en esa fría región, inconscientes de sí mismos y de su destino. Dado que creen en la eternidad de esa situación, balbucean aún el lenguaje de la vida que los sedujo, y se sorprenden y sienten espanto de su profunda soledad. Esas tinieblas son lugares poblados y al mismo tiempo desérticos, espacios por los que deambulan oscuros Espíritus lastimosos, sin consuelo, sin afectos, sin socorro de ninguna especie. ¿A quién podrán dirigirse…? Sienten sobre ellos la eternidad abrumadora. Temblorosos, se lamentan de los mezquinos

intereses que caracterizaban sus horas. Deploran la ausencia de esas noches que, en un sueño feliz, los conducían muchas veces al olvido de las angustias. Para el Espíritu, las tinieblas son la ignorancia, el vacío, el horror a lo desconocido… No puedo continuar…

Clara

La sexta comunicación encierra una idea absolutamente verdadera: en ella se explica la obstinación de ciertos Espíritus en la práctica del mal. Causa sorpresa ver cómo algunos de ellos son insensibles a la idea e incluso al espectáculo de la felicidad de que gozan los Espíritus buenos. Se encuentran exactamente en la situación de esos hombres degradados que se complacen en la abyección y en los placeres groseros y sensuales. Allí, esos hombres están, por así decirlo, en su ambiente. No conciben los placeres refinados. Prefieren los harapos a las vestimentas limpias y brillantes, las bacanales al placer de las buenas compañías, porque así se hallan más a gusto. Están de tal modo identificados con ese género de vida, que este se convierte para ellos en una segunda naturaleza. Se sienten incapaces de elevarse por encima de su esfera, motivo por el cual permanecen en ella hasta que una transformación de su ser les abra la inteligencia, desarrolle su sentido moral y los vuelva accesibles a sensaciones más sutiles.

Esos Espíritus, cuando han desencarnado, no pueden de un momento para otro adquirir la delicadeza de los sentimientos y, durante un lapso relativamente prolongado, ocupan las capas inferiores del mundo espiritual, tal como lo hacían en el mundo corporal. Permanecen así mientras ponen en evidencia su rebeldía en relación con el progreso. No obstante, con el

paso del tiempo, mediante la experiencia, con las tribulaciones y las miserias de las sucesivas encarnaciones, llega un momento en que conciben algo mejor de lo que hasta entonces poseían. Sus aspiraciones se elevan, comienzan a comprender qué es lo que les falta, y entonces se esfuerzan por adquirirlo y regenerarse. Una vez en ese camino, la marcha es rápida, pues experimentan una satisfacción que les parece muy superior en comparación con las otras, que no son más que sensaciones groseras, que acaban por inspirarles repugnancia.

Las relaciones que el espiritismo establece entre los hombres y los Espíritus han permitido observar que los Espíritus desencarnados se enmiendan bajo la influencia de los consejos saludables con mayor rapidez que los encarnados, tal como se aprecia en la cura de las obsesiones. Esta diferencia conduce naturalmente a la siguiente pregunta:

¿A qué se debe que la educación moral de los Espíritus desencarnados sea más sencilla que la de los encarnados?

R. (*En la Sociedad de París.*) En virtud de su propia naturaleza, el encarnado se halla en un estado de lucha constante, debido a los elementos contrarios de que está compuesto, que deben conducirlo a su fin providencial, reaccionando el uno sobre el otro. La materia sufre con facilidad el predominio de un fluido exterior. Si el alma no reacciona con todo el poder moral de que es capaz, se deja dominar por intermedio del cuerpo y sigue el impulso de las influencias perversas que la rodean. Eso ocurre con tanta mayor facilidad cuanto que los invisibles que la oprimen atacan con preferencia los puntos más vulnerables, las tendencias hacia la pasión dominante.

No ocurre lo mismo con el Espíritu desencarnado, pues si bien es cierto que este se mantiene bajo una influencia semimaterial, ese estado no se compara en absoluto con el del en-

carnado. El respeto humano, tan preponderante en el hombre, no existe para el Espíritu, y sólo este pensamiento es suficiente para impulsarlo a no resistir por largo tiempo a las razones que su propio interés le señala como buenas. Puede luchar, y por lo general lo hace con más violencia que el encarnado, dado que es más libre. Con todo, ninguna aspiración de interés material ni de posición social se antepone a su discernimiento. Lucha por su apego al mal, pero pronto llega a la convicción de que es impotente ante la superioridad moral que lo domina. La perspectiva de un porvenir mejor le resulta más accesible, porque reconoce que se encuentra en la misma vida en que ese porvenir debe completarse, y esa perspectiva no se obnubila con el torbellino de los placeres humanos. En pocas palabras, la independencia de la carne le facilita su conversión, en especial cuando ha adquirido cierto desarrollo a través de las pruebas que ha sufrido. Un Espíritu completamente primitivo sería poco accesible a la reflexión, lo que no ocurre con aquel que ya tiene la experiencia de la vida. Además, tanto en el encarnado como en el desencarnado, se debe actuar sobre el alma, sobre el sentimiento. Una acción material puede interrumpir momentáneamente los padecimientos del hombre vicioso, pero no puede destruir el principio mórbido que reside en el alma. *Todo acto que no esté orientado al mejoramiento del alma, no logrará desviarla del mal.*

San Luis

Capítulo V

Suicidas

El suicida de La Samaritana

El 7 de abril de 1858, alrededor de las siete de la tarde, un hombre de unos cincuenta años de edad, vestido decentemente, se presentó en el establecimiento de La Samaritana, en París, y ordenó que le preparasen un baño. Transcurridas aproximadamente dos horas, el empleado de servicio, sorprendido del silencio del cliente, resolvió entrar a su gabinete para verificar qué le ocurría. Se encontró entonces con un cuadro horrible: aquel desdichado se había cortado la garganta con una navaja, y su sangre se había mezclado con el agua de la bañera. Puesto que no se pudo determinar la identidad del suicida, el cadáver fue trasladado a la morgue.

Evocado en la Sociedad de París, seis días después de su muerte, el Espíritu de ese hombre dio las siguientes respuestas:

1. *Evocación.*

Respuesta (del guía del médium): Esperad… él está aquí.

2. ¿Dónde os encontráis ahora?

R. No lo sé… Decídmelo.

3. Estáis en una reunión de personas que realizan estudios espíritas y que son benévolas para con vos.

R. Decidme si estoy vivo… Este ataúd me sofoca…

4. ¿Quién os indujo a venir aquí?

R. Me he sentido aliviado.

5. ¿Cuál es el motivo que os arrastró al suicidio?

R. ¿Estoy muerto?… ¿Yo? No… Vivo dentro de mi cuerpo… ¡No sabéis cuánto sufro!… Me ahogo… ¡Ah! ¡Que una mano compasiva termine conmigo!

> Aunque separada del cuerpo, su alma sigue completamente inmersa en lo que se podría denominar el torbellino de la materia corporal. Las ideas terrenales aún están activas, a tal punto que no acepta la muerte.

6. ¿Por qué no dejasteis algún indicio que permitiera identificaros?

R. Estoy abandonado. *Huí del sufrimiento para arrojarme a esta tortura*.

7. ¿Tenéis ahora los mismos motivos para permanecer incógnito?

R. Así es. No revolváis con un hierro candente la herida que sangra.

8. ¿Podríais darnos vuestro nombre, edad, profesión y domicilio?

R. No…, de ninguna manera.

9. ¿Tenías familia, mujer, hijos?

R. Estaba abandonado; nadie me amaba.

10. ¿Qué habéis hecho para que nadie os ame?

R. ¡Cuántos lo son como yo…! Un hombre puede vivir abandonado en el seno de su familia, cuando nadie lo ama.

11. En el momento en que practicasteis el suicidio, ¿experimentasteis alguna vacilación?

R. Ansiaba la muerte… Esperaba el descanso.

12. ¿Cómo es que la idea del porvenir no os hizo renunciar a ese proyecto?

R. No creía en él. Era un desengañado. El porvenir es esperanza.

13. ¿Qué reflexiones se os ocurrieron cuando sentisteis que vuestra vida se extinguía?

R. No reflexioné, sentí… Pero mi vida no se ha extinguido… Mi alma está ligada al cuerpo… *Siento que los gusanos me corroen*.

14. ¿Qué sensación habéis experimentado en el momento en que la muerte se produjo?

R. ¿Acaso se produjo?

15. ¿Fue doloroso el momento en que vuestra vida se extinguió?

R. Menos doloroso que después. Sólo sufrió el cuerpo.

16. (Al Espíritu de san Luis) ¿Qué quiere decir el Espíritu cuando manifiesta que el momento de la muerte fue menos doloroso que después?

R. El Espíritu descargó el fardo que lo oprimía; experimentó la voluptuosidad del dolor.

17. Ese estado, ¿siempre es la consecuencia del suicidio?

R. Sí. El Espíritu del suicida queda ligado a su cuerpo hasta la finalización de esa vida. La muerte natural es la liberación de la vida del cuerpo; el suicidio la interrumpe por completo.

18. ¿Ocurre lo mismo en las muertes accidentales, que se producen independientemente de la voluntad, y que también abrevian la duración natural de la vida?

R. No… ¿Qué entendéis por suicidio? El Espíritu sólo responde por sus actos.

Esta incertidumbre respecto a la muerte es muy común en las personas que fallecieron recientemente, y sobre todo en aquellas que durante la vida no han elevado su alma por encima de la materia. Es un fenómeno que parece extraño a primera vista, pero que se explica muy naturalmente. Si a un individuo que ha sido puesto en estado sonambúlico por primera vez, se le pregunta si está dormido, a menudo responderá *no*, y esa respuesta es lógica, pues el interlocutor ha planteado mal la pregunta, valiéndose de un término impropio. En el lenguaje común, la idea del sueño se asocia a la suspensión de todas las facultades sensitivas. Ahora bien, el sonámbulo piensa, ve, siente y tiene conciencia de su libertad moral, de modo que no cree que esté dormido, y de hecho no duerme, en la acepción vulgar de la palabra. Por esa razón responderá *no*, hasta que se familiarice con esa nueva manera de concebir el hecho. Lo mismo sucede con el hombre que acaba de morir: para él la muerte era el aniquilamiento del ser, y dado que, como en el caso del sonámbulo, puede ver, siente y habla, no se considera muerto, y eso es lo que sostendrá hasta que adquiera la intuición de su nuevo estado. En todos los casos esa ilusión es más o menos penosa, porque nunca es completa y confiere al Espíritu una cierta ansiedad. En el ejemplo citado, constituye un verdade-

ro suplicio, tanto por la sensación de los gusanos que roen su cuerpo, como por su duración, que deberá ser equivalente al tiempo de vida que fue abreviado. Ese estado es frecuente entre los suicidas, pero no siempre se presenta en condiciones idénticas, sino que su duración e intensidad varían conforme a las circunstancias agravantes o atenuantes de la falta. La sensación de los gusanos y de la descomposición del cuerpo no es exclusiva de los suicidas; también es frecuente en aquellos que vivieron más intensamente la vida material que la espiritual. En principio, no hay faltas que permanezcan impunes, aunque no existe una regla uniforme ni absoluta en los medios de castigo.

El padre y el conscripto

Al comienzo de la guerra italiana de 1859, un comerciante de París, padre de familia que gozaba de estima general por parte de sus vecinos, tenía un hijo que fue llamado a filas. Dada su posición, no podía eximirlo de tal servicio, y se le ocurrió la idea de suicidarse a fin de que el joven quedara exento como hijo único de una viuda. Un año más tarde fue evocado en la Sociedad de París, a pedido de una persona que lo había conocido y que deseaba verificar su suerte en el mundo de los Espíritus.

(A san Luis.) ¿Podríais decirnos si es posible evocar al Espíritu del hombre que acabamos de mencionar?

R. Sí. Él estará muy satisfecho, pues se sentirá más aliviado.

1. *Evocación.*

R. ¡Oh, gracias! Sufro mucho, pero …. Es justo. Sin embargo, habrá de perdonarme.

El Espíritu escribe con gran dificultad. Las letras son irregulares y están deformadas. Se detiene después de la palabra *pero* y trata en vano de escribir, sin que consiga hacer más que algunos puntos y rasgos indescifrables. Es evidente que no consiguió escribir la palabra *Dios.*

2. ¿Podríais llenar el espacio con la palabra que omitisteis?

R. Soy indigno de escribirla.

3. Habéis dicho que sufrís. No cabe duda de que habéis cometido una gran equivocación al suicidaros. No obstante, el motivo que os indujo a ese hecho, ¿no ha merecido alguna indulgencia?

R. Mi castigo será menos prolongado, pero no por eso la acción deja de ser mala.

4. ¿Podríais describirnos ese castigo?

R. Sufro doblemente, en el alma y en el cuerpo. En este último, sufro aunque ya no lo posea, como el mutilado que siente dolor en el miembro que le falta.

5. ¿Vuestro suicidio ha tenido como único motivo la exención de vuestro hijo, o concurrieron a él otras razones?

R. Fue absolutamente guiado por el amor paterno, aunque me ha guiado mal. En consideración a ese motivo, mi pena será abreviada.

6. ¿Podéis vislumbrar el término de vuestros padecimientos?

R. No veo su término, pero tengo la certeza de que ha de llegar, lo que ya es un alivio para mí.

7. Hace poco no pudisteis escribir la palabra *Dios*. No obstante, hemos visto a Espíritus muy sufridores que lo han hecho. ¿Será eso parte de vuestro castigo?

R. Podré hacerlo junto con grandes esfuerzos para arrepentirme.

8. ¡Pues bien! Haced esos esfuerzos e intentad escribirla, pues estamos convencidos de que si lo lográis seréis aliviado.

El Espíritu finalmente escribió, con grandes letras irregulares y temblorosas, esta frase: "Dios es muy bueno".

9. Os agradecemos por haber acudido a nuestro llamado, y rogaremos a Dios para que extienda su misericordia sobre vos.

R. Sí, por favor.

10. (A san Luis.) ¿Podríais darnos vuestra apreciación personal sobre el acto cometido por el Espíritu que acabamos de evocar?

R. Ese Espíritu sufre justamente, pues no ha tenido confianza en Dios, y esa falta siempre merece castigo. Tal castigo sería terrible y de mayor duración si no hubiese sido atenuado por un motivo loable, pues con ello trató de evitar que el hijo se expusiese a la muerte en la guerra. Dios, que es justo y ve el fondo de los corazones, le impone una sanción de acuerdo con sus actos.

Observaciones. A primera vista, este suicidio parece excusable, pues podría considerarse un acto de abnegación. Y así es, en efecto, pero no de un modo absoluto. Como dijo el Espíritu de san Luis, ese hombre no tuvo confianza en Dios. Es probable que su acción haya impedido que se cumpliera el destino de su hijo, pero no tenía la certeza de que este habría

de morir en la guerra, y tal vez la carrera militar le habría proporcionado alguna ocasión de adelanto. Su intención fue buena, sin duda, y por eso se le tomará en cuenta. La intención atenúa el mal y merece indulgencia. No obstante, el mal siempre es el mal. Si así no fuese, con el apoyo de la razón se podrían disculpar todos los crímenes, e incluso matar con el pretexto de prestar un servicio. La madre que mata a su hijo en la suposición de que lo envía directo al Cielo, ¿es menos culpable por haberlo hecho con una buena intención? Con ese sistema estarían justificados todos los crímenes cometidos por el fanatismo ciego de las guerras de religión.

En principio, el hombre no tiene el derecho de disponer de su vida, porque la vida le ha sido dada para que *cumpla con sus deberes en la Tierra*. Por eso no debe abreviarla voluntariamente con ningún pretexto. Como el hombre dispone de libre albedrío, nadie puede impedirle que se suicide, pero si lo hace tendrá que sufrir todas las consecuencias de ello. El suicidio más severamente castigado es el que el hombre comete por desesperación, y para liberarse de las miserias de la vida, que son al mismo tiempo pruebas y expiaciones. Huir de ellas significa retroceder ante la tarea que había sido aceptada y, en ocasiones, ante la misión que se debía cumplir.

El suicidio no consiste solamente en el acto voluntario que produce la muerte instantánea, sino también en todo lo que se haga a sabiendas para precipitar la extinción de las fuerzas vitales.

No se puede equiparar el suicidio con la abnegación de aquel que se expone a una muerte inminente para salvar a un semejante. Primero, porque en ese caso no existe la intención premeditada de quitarse la vida; y segundo, porque no hay peligro del que la Providencia no pueda librarnos, en caso de

que la hora de dejar la Tierra no nos haya llegado. Si la muerte tuvo lugar en esas circunstancias, es un sacrificio meritorio, dado que constituye un acto de abnegación en bien del prójimo. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, capítulo V, §§ 14 a 17 y 27 a 31.)

François-Simon Louvet

(de El Havre.)

La siguiente comunicación fue transmitida espontáneamente en una reunión espírita de El Havre, el 12 de febrero de 1863:

"¡Tened piedad de un pobre miserable que hace mucho tiempo sufre crueles torturas! ¡Oh!, el vacío… el espacio… caigo, caigo… ¡Socorro…! ¡Dios mío, tuve una vida tan miserable…! Era un pobre diablo. ¡Cuánto hambre sufrí en mi vejez! Por eso me habitué a beber, y todo me daba asco y vergüenza… Quise morir y me arrojé… ¡Oh, mi Dios! ¡Qué momento…! ¿Para qué semejante deseo, cuando el término de la vida estaba tan cerca? Orad para que yo no vea sin cesar *este vacío debajo de mí*… ¡Voy a despedazarme contra esas piedras…! Os lo suplico, a vosotros que conocéis las miserias de los que ya no pertenecen a ese mundo. No me conocéis, pero sufro tanto… ¿Por qué más pruebas? ¡Sufro! ¿Eso no es suficiente? Si tuviese hambre –en lugar de este sufrimiento más terrible, aunque invisible para vosotros–, no vacilaríais en aliviarme con un pedazo de pan. Así pues, os ruego que oréis

por mí… No puedo permanecer más tiempo en este estado… Preguntad a cualquiera de esos dichosos que están aquí, y sabréis quién fui yo. Orad por mí."

François-Simon Louvet

(*El guía del médium.*) "Ese que acaba de dirigirse a vos, hijo mío, es un pobre desdichado que sufrió en la Tierra la prueba de la miseria, pero fue superado por el hastío. Le faltó coraje, y en vez de mirar hacia el Cielo, como debía haber hecho, el infeliz se entregó a la embriaguez. Descendió hasta los últimos límites de la desesperación, y puso término a su penosa prueba arrojándose de la torre Francisco I, el 22 de julio de 1857. Tened piedad de su pobre alma, que no es adelantada, pero que tiene conocimiento suficiente de la vida futura para sufrir y desear una nueva prueba. Rogad a Dios que le conceda esa gracia, y con eso habréis hecho una obra meritoria."

Cuando se buscaban informaciones al respecto, se halló en el *Journal du Havre*, del 23 de julio de 1857, la siguiente noticia:

"Ayer, a las cuatro de la tarde, quienes transitaban por los muelles recibieron una dolorosa impresión, causada por un horrible accidente: un hombre se arrojó desde la torre, y fue a despedazarse sobre las piedras. Era un viejo que se encargaba de remolcar embarcaciones, cuya inclinación a la embriaguez lo arrastró al suicidio. Se llamaba François-Victor-Simon Louvet. El cuerpo fue trasladado a la casa de una de sus hijas, en la calle de la Corderie. Tenía sesenta y siete años de edad."

Si bien ese hombre murió hace seis años, aún ve y siente que se cae de la torre y se despedaza sobre las

piedras. Lo aterra el vacío que tiene delante, lo aterra la perspectiva de la caída… ¡Y eso desde hace seis años! ¿Cuánto tiempo durará ese estado? Él lo ignora, y esa incertidumbre acrecienta su angustia. ¿No es eso equivalente al Infierno con sus llamas? ¿Quién reveló esos castigos? ¿Quién los inventó? No, son las propias víctimas las que vienen a describirlos, así como otros se acercan para hablar de sus goces. Incluso, muchas veces lo hacen espontáneamente, sin que se piense en ellos, lo que excluye toda posibilidad de que seamos juguetes de nuestra propia imaginación.

Una madre y su hijo

En el mes de marzo de 1865, el señor C…, comerciante de una pequeña ciudad de los alrededores de París, tenía en su casa, gravemente enfermo, a su hijo de veintiún años de edad. Como preveía su muerte, el joven llamó a su madre y la abrazó con las fuerzas que le quedaban. Esta, al mismo tiempo que derramaba copiosas lágrimas, le dijo: "Ve, hijo mío, antes que yo; no tardaré en seguirte". Dicho esto, se retiró escondiendo la cara entre las manos.

Las personas que presenciaron esa escena desoladora consideraron que las palabras de la señora de C… eran una simple expresión de dolor, que el tiempo y la razón se encargarían de aplacar. Con todo, después que hubo muerto el enfermo, la buscaron por toda la casa, hasta que la encontraron ahorcada en el granero. El entierro de la madre se realizó conjuntamente con el de su hijo.

Evocación al hijo, varios días después de la muerte.

P. ¿Sabéis de la muerte de vuestra madre, que se suicidó a consecuencia de la desesperación que le causó vuestra pérdida?

R. Sí, y si no fuera por la aflicción que me ha causado la fatal decisión que adoptó, me consideraría plenamente feliz. ¡Pobre, fue una excelente madre! No pudo soportar la prueba de esa separación momentánea, y para reunirse con el hijo que tanto amaba eligió el camino que más habría de alejarla de él. ¡Y por cuánto tiempo! ¡De ese modo ha pospuesto indefinidamente una reunión *que habría sido inminente* si su alma se hubiera conformado con sumisión a la voluntad del Señor, si se hubiera resignado, con humildad y sacrificio, ante la prueba que debía sufrir y la expiación que habría de purificarla!

¡Orad! ¡Oh! ¡Orad por ella…! Y sobre todo no la imitéis, madres que os habéis conmovido con la triste narración de su muerte. No creáis que ella amaba más que otras madres, a ese hijo que era su alegría y su orgullo. No, no amaba más; sólo le faltó valor y resignación. Madres que me escucháis, cuando la agonía apague la mirada de vuestros hijos, recordad que, al igual que Cristo, ellos ascienden a la cima del calvario, desde donde habrán de elevarse a la gloria eterna.

Benjamin C…

Evocación de la madre. ¡Quiero ver a mi hijo! ¿Tenéis el poder de devolvérmelo…? ¡Crueles…! Ellos me lo han quitado para llevarlo a la luz, y a mí me han dejado en tinieblas… ¡Lo quiero! ¡Lo quiero… porque me pertenece…! ¿De nada vale entonces el amor materno…? ¡Pues qué! ¿De nada vale haberlo llevado en el vientre por nueve meses, haberlo ama-

mantado, haber nutrido su carne con mi carne, su sangre con mi sangre? ¿De nada vale haber guiado sus primeros pasos y haberle enseñado a balbucear el sagrado nombre de Dios y el dulce nombre de madre? ¿De nada vale haber hecho de él un hombre trabajador, juicioso, honrado, recto, con amor a su madre, para perderlo cuando realizaba las esperanzas depositadas en él, y cuando un brillante porvenir lo aguardaba? ¡No, Dios no es justo! Dios no es el Dios de las madres, pues no comprende su desesperación y su dolor… Y cuando me entrego a la muerte para no separarme de mi hijo, ¡me lo arrebatan de nuevo…! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Dónde estás?

Evocador. Pobre madre, compartimos vuestro dolor. Sin embargo, habéis buscado un penoso recurso para reuniros con vuestro hijo. El suicidio es un crimen a los ojos de Dios, y deberíais saber que Él penaliza todas las infracciones a sus leyes. No poder ver a vuestro hijo constituye vuestro castigo.

Madre. No; yo consideraba que Dios era mejor que los hombres. No creía en su Infierno, sino en la reunión eterna de las almas que se habían amado como nos amamos nosotros… Me equivoqué… ¡Dios no es justo ni bueno, puesto que no comprendió la dimensión de mi dolor, ni la de mi amor…! ¡Oh! ¿Quién me devolverá a mi hijo? ¿Lo habré perdido para siempre? ¡Piedad, piedad, Dios mío!

Evocador. Por favor, calmad vuestra desesperación. Considerad que si hay un medio de volver a ver a vuestro hijo, no es blasfemando contra Dios como lo lograréis. En vez de atraer su misericordia, os hacéis merecedora de mayor severidad.

Madre. Me han dicho que no volvería a verlo, y comprendí que lo habían llevado al Paraíso. Y yo, entonces, ¿estoy en el Infierno…? ¿En el Infierno de las madres…? Porque ese Infierno existe, lo contemplo sin cesar.

Evocador. Creedme que vuestro hijo no está perdido definitivamente. Por cierto, volveréis a verlo; pero es preciso que lo merezcáis mediante la sumisión a la voluntad de Dios, al paso que la rebeldía podrá postergar indefinidamente ese momento. Escuchadme: Dios es infinitamente bueno, pero también es infinitamente justo. Por consiguiente, nunca castiga sin motivo. Si en la Tierra os ha impuesto grandes dolores, es porque los merecisteis. La muerte de vuestro hijo era una prueba para vuestra resignación. Lamentablemente, habéis fracasado mientras vivíais, y he aquí que después de muerta fracasáis de nuevo. ¿Cómo pretendéis que Dios recompense a sus hijos rebeldes? Él, con todo, no es inexorable, y siempre acepta de buen grado el arrepentimiento del culpable. Si hubieseis aceptado sin quejaros y con humildad la prueba de esta separación momentánea; si hubieseis esperado con paciencia el instante en que Dios dispusiera llevaros de la Tierra, a vuestro ingreso en el mundo espiritual, donde os halláis, habríais visto de inmediato a vuestro hijo, y él os hubiera recibido con los brazos abiertos. Habríais tenido la dicha de verlo radiante después de la ausencia. Pero lo que hicisteis, y aún ahora hacéis, coloca entre vos y él una barrera. No lo consideréis perdido en las profundidades del espacio; no, él se encuentra más cerca de vos de lo que suponéis. Sucede que un velo impenetrable lo oculta a vuestra vista. Él os ve y os ama siempre. Lamenta la triste situación en que habéis caído por vuestra falta de confianza en Dios, y aguarda ansioso el momento feliz en que se le permitirá hacerse visible a vos. Abreviar o retardar la llegada de ese momento, sólo de vos depende. Orad a Dios y decid conmigo: "Dios mío: perdonadme por haber dudado de vuestra justicia y de vuestra bondad. Si me habéis

castigado, reconozco que lo he merecido. Dignaos aceptar mi arrepentimiento y mi sumisión a vuestra santa voluntad".

Madre. ¡Qué luz de esperanza acabáis de hacer que asome a mi alma! Es como un resplandor en la noche que me rodea. Gracias, voy a orar… Adiós.

C…

La muerte, incluso por suicidio, no ha producido en este Espíritu la ilusión de suponer que sigue vivo. Tiene perfecta conciencia de su estado, cuando para otros el castigo consiste en esa ilusión, provocada por los lazos que los vinculan al cuerpo. Esta mujer ha querido dejar la Tierra para seguir a su hijo en el otro mundo. Era necesario que supiese que estaba en ese mundo para ser castigada mediante la imposibilidad de encontrarlo allí. Su castigo consiste precisamente en saber que ya no vive corporalmente, así como en el conocimiento de la situación en que se encuentra. Resulta de ahí que cada falta es castigada de acuerdo con las circunstancias que la determinan, de modo que no hay castigos uniformes y constantes por las faltas de un mismo género.

Doble suicidio: por amor y por deber

En un periódico del 13 de junio de 1862 apareció la siguiente noticia:

"La señorita Palmira era modista y vivía con sus padres. Estaba dotada de un físico atractivo, al cual se sumaba un

carácter muy agradable, y por eso era muy asediada con propuestas de casamiento. Entre los pretendientes, la joven había preferido al señor B…, que sentía por ella una ardorosa pasión. Aunque ella lo amaba mucho también, consideró, apremiada por el respeto filial, que estaba obligada a ceder a la voluntad de sus padres, de modo que contrajo matrimonio con el Sr. D…, cuya posición social les parecía más ventajosa que la del rival.

"Los señores B… y D… eran amigos íntimos. Aunque no había entre ellos ningún interés en común, no dejaron de verse. El amor recíproco del Sr. B… y de Palmira, convertida en la Sra. D…, no había disminuido, y cuanto más se esforzaban por reprimirlo, más aumentaba, debido a la violencia que ejercían sobre él. Para tratar de extinguirlo, B… decidió casarse. Contrajo matrimonio con una joven de excelentes cualidades, e hizo todo lo posible por amarla; pero no tardó en darse cuenta de que era imposible que ese recurso heroico lo curara. Sin embargo, durante cuatro años, ni B… ni la Sra. D… faltaron a sus deberes. Sería imposible describir lo que sufrieron, dado que D…, que estimaba verdaderamente a su amigo, lo invitaba con frecuencia a su casa y, cuando este quería retirarse, insistía para que se quedara.

"Los dos enamorados, aproximados un día por circunstancias fortuitas e independientes de su propia voluntad, se comunicaron recíprocamente el estado de sus almas, y coincidieron en que la muerte era el único remedio para los males que experimentaban. Resolvieron que se suicidarían juntos al día siguiente, en que el Sr. D… estaría ausente de la casa durante gran parte de la jornada. Completados los últimos preparativos, redactaron una extensa y conmovedora carta en la que explicaban la causa de su decisión: no faltar a sus debe-

res conyugales. La carta finalizaba con un pedido de perdón y, además, con el ruego de que fueran enterrados en la misma sepultura.

"Cuando el Sr. D… regresó a su casa, los encontró asfixiados. Respetó sus últimos deseos, y dispuso que en el cementerio no se separaran los cuerpos."[32]

Cuando este hecho fue objeto de estudio en la Sociedad de París, un Espíritu respondió:

"Los dos enamorados que se suicidaron no os pueden responder todavía. Los veo: están sumergidos en la turbación y asustados ante la perspectiva de la eternidad. Las consecuencias morales de la falta cometida habrán de pesarles durante *migraciones sucesivas*, en cuyo transcurso sus almas separadas se buscarán sin cesar, y tendrán que padecer el doble suplicio de presentirse y desearse en vano. Concluida la expiación, se reunirán en forma definitiva en el seno del amor eterno. Cuando hayan transcurrido ocho días, en la próxima sesión, podréis evocarlos. Vendrán, pero no podrán verse, pues una noche profunda los oculta al uno del otro por mucho tiempo."

Evocación de la mujer.

1. ¿Veis al hombre que amasteis, con el que os habéis suicidado?

R. No veo nada, ni siquiera a los Espíritus que deambulan conmigo en el lugar donde estoy. ¡Qué oscuridad! ¡Qué oscuridad! ¡Qué espeso velo cae sobre mi rostro!

2. ¿Qué sensación habéis experimentado cuando os despertasteis después de vuestra muerte?

32. Para más detalles, véase la *Revista Espírita*, de julio de 1862. (N. del T.)

R. Extraña. ¡Tenía frío y quemaba; el hielo corría por mis venas, pero el fuego estaba en mi rostro! ¡Cosa singular! ¡Mezcla inaudita! ¡El hielo y el fuego parecían consumirme! Pensé que iba a sucumbir por segunda vez.

3. ¿Experimentáis algún dolor físico?

R. Todo mi sufrimiento está aquí, y aquí…

[3a]. ¿Qué queréis decir con *aquí y aquí*?

R. *Aquí* en mi cerebro, y *aquí* en mi corazón.

> De haber podido ver al Espíritu, probablemente hubiéramos notado que se llevaba la mano a la cabeza y al corazón.

4. ¿Creéis que habréis de estar siempre en esta situación?

R. ¡Oh! ¡Siempre, siempre! Algunas veces oigo risotadas infernales, voces amenazadoras que gritan estas palabras: "¡Siempre así!".

5. Pues bien; podemos deciros con absoluta certeza que no siempre será así. Mediante el arrepentimiento obtendréis el perdón.

R. ¿Qué estáis diciendo? No comprendo.

6. Os repito que vuestros padecimientos habrán de tener un término. Podéis abreviarlos mediante vuestro arrepentimiento, y nosotros os ayudaremos por medio de la plegaria.

R. Sólo he oído una palabra y sonidos difusos. Esa palabra es: *¡gracia!* ¿Quisisteis hablar de la *gracia*? Habéis hablado de la gracia, pero sin duda lo hicisteis al alma que ha pasado junto a mí, ¡pobre criatura que llora y aguarda!

Una dama de la Sociedad, presente en la reunión, dijo que había hecho una oración por esta desventurada, lo que sin duda la conmovió. De hecho, había implorado mentalmente a su favor la *gracia* de Dios.

7. Habéis manifestado que estáis en las tinieblas, ¿eso significa que no nos veis?

R. Me es permitido oír algunas palabras que pronunciáis, pero sólo veo un crespón negro sobre el cual se dibuja, a determinadas horas, un rostro que llora.

8. Si no veis a vuestro amado, ¿sentís al menos su presencia junto a vos, puesto que él está aquí?

R. ¡Ah! No lo mencionéis; por el momento debo mantenerlo en el olvido, si quiero que del crespón se borre la imagen que veo esbozada en él.

9. ¿Qué imagen es esa?

R. La de un hombre que sufre, cuya existencia moral en la Tierra he aniquilado por mucho tiempo.

Al leer esta narración, de inmediato nos sentimos predispuestos a encontrar circunstancias atenuantes para este suicidio, hasta llegar a enfocarlo como un acto heroico, visto que fue provocado por el sentimiento del deber. Sin embargo, observamos que ha sido juzgado de un modo diferente, y que la pena de los culpables será prolongada y terrible, pues se refugiaron en la muerte por propia voluntad, con el fin de evitar la lucha. No cabe duda de que la intención de no faltar al deber era honrosa, y se les tomará en cuenta más adelante. Con todo, el verdadero mérito habría consistido en vencer la

atracción, al paso que se comportaron como el desertor, que se esconde en el momento en que surge el peligro.

Como se ve, la pena de los dos culpables consistirá en que se busquen durante mucho tiempo sin encontrarse, *ya sea en el mundo de los Espíritus o en otras encarnaciones terrenales*. Por otra parte, en este momento esa pena está agravada por la idea de que su estado actual habrá de durar para siempre. Puesto que este pensamiento forma parte del castigo, no se les ha permitido oír las palabras de esperanza que les dirigimos. A quienes consideren que esta pena es muy terrible y muy larga, sobre todo porque no habrá de cesar sino al cabo de varias encarnaciones, les diremos que su duración no es absoluta, y que dependerá de la manera como ambos Espíritus soporten las pruebas futuras. En eso podremos ayudarlos mediante las plegarias. Como todos los Espíritus culpables, serán los árbitros de su propio destino. ¿No es esto mejor que la condenación eterna, sin ninguna esperanza, a la cual estarían irremediablemente condenados según la doctrina de la Iglesia, que los considera destinados al Infierno hasta tal punto que les ha negado las últimas oraciones, porque sin duda no tendrían eficacia?

Louis y la aparadora de calzado

Hacía siete u ocho meses que Louis G…, oficial zapatero, estaba de novio con la señorita Victorine R…, aparadora de calzado, con la cual debería casarse en breve, pues ya habían

cumplido con las participaciones de casamiento. Dadas las circunstancias, los jóvenes se consideraban casi definitivamente unidos y, como una medida de economía, el zapatero iba a diario a la casa de su novia para almorzar y cenar.

Cierto día, durante la cena, surgió una disputa a propósito de una futilidad, y como se obstinaron ambos en sus opiniones, las cosas llegaron a tal punto que Louis se levantó de la mesa jurando que jamás volvería a la casa de su novia.

No obstante, al día siguiente regresó a pedir perdón. Como se sabe, la noche es una buena consejera, pero la joven, anticipándose tal vez, por la escena de la víspera, a lo que podría suceder cuando ya no tuviese ocasión para remediar el daño, se negó a la reconciliación, de modo que ni las promesas, ni las lágrimas, ni la desesperación, consiguieron que cambiara de opinión. Pasaron muchos días desde entonces, y Louis esperaba que su amada fuese más razonable, hasta que resolvió hacer un último intento. Llegó a la casa de la joven y llamó a la puerta de modo que lo conocieran, pero se negaron a abrirle. Hubo nuevas súplicas del repudiado, nuevas promesas a través de la puerta, pero nada sirvió para conmover a la implacable pretendida. "¡Adiós, entonces, desalmada! –exclamó el pobre joven– ¡Adiós para siempre! ¡Trata de encontrar un marido que te ame tanto como yo!" A continuación, la joven escuchó una especie de gemido ahogado, y luego el golpe de un cuerpo que cayó deslizándose contra la puerta. A raíz del silencio que se produjo después, la joven supuso que Louis se había sentado en el umbral de la puerta, y se prometió a sí misma no salir mientras él permaneciera allí.

Había transcurrido apenas un cuarto de hora cuando un vecino, que iba por la calzada portando una lámpara, soltó un grito de espanto y pidió socorro. Apresuradamente acudieron

otras personas del vecindario, y entonces Victorine abrió la puerta y soltó un grito de horror al reconocer a su novio, lívido e inanimado, tendido sobre las piedras de la calzada. Todos se apresuraron a socorrerlo, pero de inmediato percibieron que era inútil, pues había dejado de existir. El desventurado joven se había hundido su cuchilla en la zona del corazón, y la lámina había quedado clavada en la herida.

(*Sociedad Espírita de París, agosto de 1858.*)

1. (*Al Espíritu de san Luis.*) La joven, causante involuntaria de la muerte de su pretendiente, ¿tiene alguna responsabilidad por eso?

R. Sí, porque no lo amaba.

2. Entonces, para prevenir la desgracia, ¿debió haberse casado con él pese a la repugnancia que le causaba?

R. Ella buscaba una ocasión para librarse de él. De ese modo, hizo al comienzo de la unión lo que habría de hacer más adelante.

3. En ese caso, ¿su responsabilidad proviene de que alimentó sentimientos de los cuales no participaba, y que derivaron en el suicidio del joven?

R. Así es, en efecto.

4. De modo que esa responsabilidad debe ser proporcional a la falta, y no tan grande como si hubiese provocado el suicidio voluntariamente.

R. Eso es evidente.

5. El suicidio de Louis, ¿encuentra un atenuante en el desvarío que le acarreó la obstinación de Victorine?

R. Sí, pues el suicidio que tuvo origen en el amor es menos criminal para la mirada de Dios que el suicidio de quien se liberó de la vida por motivos de cobardía.

Al Espíritu de Louis G…, evocado con posterioridad, se le plantearon las siguientes preguntas:

1. ¿Qué opináis de la acción que habéis practicado?

R. Victorine es una ingrata, y yo hice mal en suicidarme por su causa, pues ella no lo merecía.

2. ¿Entonces ella no os amaba?

R. No. Al principio creyó que sí, pero se engañó. La desavenencia que tuvimos le abrió los ojos, y hasta se alegró al encontrar un pretexto para desembarazarse de mí.

3. Y vuestro amor por ella, ¿era sincero?

R. Creo que era pasión solamente. Si mi amor hubiese sido puro, yo habría evitado causarle algún disgusto.

4. Si acaso ella hubiese sabido que ibais realmente a quitaros la vida, ¿habría persistido en su rechazo?

R. No lo sé. Creo que no, porque ella no es mala. Sin embargo, aún así no hubiera sido dichosa, y fue mejor para ella que las cosas ocurrieran de ese modo.

5. Cuando llegasteis a su puerta, ¿ya teníais la intención de mataros, en caso de que ella os rechazara?

R. No; no pensaba en eso; no contaba con su obstinación. Sólo ante su terquedad perdí la razón.

6. Pareciera que no lamentáis vuestro suicidio más que por el hecho de que Victorine no lo merecía. ¿Es ese vuestro único pesar?

R. En este momento, sí; todavía me encuentro muy turbado. Me parece que aún estoy delante de su puerta, y experimento una sensación que no puedo definir.

7. ¿Llegaréis a comprenderla más adelante?

R. Sí, cuando me haya esclarecido… Mi proceder no fue correcto. Debí haberla dejado en paz… Fui débil y sufro por ello… La pasión enceguece al hombre a tal punto que lo lleva a cometer locuras. Lamentablemente, uno lo comprende cuando es demasiado tarde.

8. Decís que estáis sufriendo. ¿En qué consiste ese dolor?

R. Hice mal en abreviar mi vida. No debí haberlo hecho. Era necesario que soportara todo aquello y no muriese antes de tiempo, pues ahora soy desdichado. Estoy sufriendo, y siempre es ella la que me hace sufrir. Me parece que sigo ahí, delante de su puerta. ¡Ingrata! No me hablen de ella. No quiero pensar más en eso, pues me hace mucho mal. Adiós.

Vemos aquí una nueva demostración de la justicia que rige la distribución de las penas, de conformidad con el grado de responsabilidad de los culpables. En la circunstancia presente, la falta inicial y la responsabilidad mayor corresponde a la joven, porque estimuló en Louis un amor que ella no podía retribuir, y del que disfrutaba. En cuanto al joven, ya tiene su castigo en el sufrimiento de que dio muestras. Con todo, su pena es leve, porque sólo cedió a un impulso irreflexivo, en un momento de exaltación, y no a la fría premeditación de los suicidas que buscan escapar de las pruebas de la vida.

Un ateo

El señor J. B. D… era un hombre instruido, pero atiborrado de ideas materialistas, de modo que no creía en Dios ni en el alma. Se lo evocó dos años después de su muerte, en la Sociedad de París, a pedido de uno de sus parientes.

1. *Evocación.*

R. ¡Estoy sufriendo! Soy un réprobo.

2. Os hemos evocado en nombre de algunos parientes que desean conocer vuestra situación. ¿Podríais decirnos si nuestra evocación os resulta penosa o agradable?

R. Penosa.

3. Vuestra muerte, ¿fue voluntaria?

R. Sí.

El Espíritu escribe con suma dificultad. La letra es muy grande, irregular, temblorosa y casi ilegible. Al comenzar a escribir se encoleriza, quiebra el lápiz y rasga el papel.

4. Tened calma; todos nosotros rogaremos a Dios por vos.

R. Estoy forzado a creer en Dios.

5. ¿Qué motivo pudo haberos conducido al suicidio?

R. El tedio de una vida *sin esperanza*.

El suicidio es comprensible cuando se vive *sin esperanza*. Se busca entonces librarse de la vida a cualquier precio. Con el espiritismo, en cambio, el porvenir se despliega ante nosotros y la esperanza se fortalece, razón por la cual el suicidio ya no tiene objeto. Más aún, reco-

nocemos que con esa medida sólo evitamos un mal para caer en otro cien veces peor. Por eso el espiritismo le arrebató tantas víctimas a la muerte voluntaria. ¡Tienen una gran culpa los que se esfuerzan en creer, *mediante sofismas científicos y en nombre de la razón*, en esa idea desesperanzadora, fuente de tantos males y crímenes, según la cual todo acaba con la vida! Serán responsables, no sólo de sus propios errores, sino de todos los males que hayan causado.

6. Quisisteis escapar de las vicisitudes de la vida. ¿Ganasteis algo con eso? ¿Sois más feliz ahora?

R. ¿Por qué no existe la nada?

7. Tened la bondad de describirnos de la mejor manera posible vuestra situación actual.

R. *Sufro porque me veo obligado a creer en todo lo que negaba*. Mi alma está como sobre ascuas, terriblemente atormentada.

8. ¿De dónde provenían las ideas materialistas que teníais en vida?

R. En otra existencia había sido malo, y por eso en la última vida mi Espíritu estaba condenado a sufrir los tormentos de la duda. Eso me llevó al suicidio.

Aquí hay todo un orden de ideas. Muchas veces nos preguntamos cómo es posible que haya materialistas. Ellos también pasaron por el mundo espiritual, de modo que deberían conservar la intuición de ese mundo. Ahora bien, es precisamente esa intuición lo que se le niega a ciertos Espíritus que, como aún conservan el orgullo, no se han arrepentido de sus faltas. Para ellos

la prueba consiste en lograr, durante la vida corporal *y por obra de su propia razón*, la prueba de la existencia de Dios y de la vida futura, que tienen permanentemente delante de su vista. Con todo, a menudo los domina la presunción de no admitir nada que exceda sus opiniones personales, de modo que sufren la pena hasta que, vencido el orgullo, se rinden ante la evidencia.

9. Cuando os ahogasteis, ¿pensasteis en qué sería de vos? ¿Qué reflexiones habéis hecho en ese momento?

R. Ninguna. Para mí era la nada. Después comprendí que debería sufrir más aún, dado que no había cumplido toda la condena.

10. ¿Estáis ahora plenamente convencido de la existencia de Dios, del alma y de la vida futura?

R. ¡Ah! ¡Todo eso me atormenta mucho!

11. ¿Habéis vuelto a ver a vuestro hermano?

R. ¡Oh, no!

12. ¿Por qué no?

R. ¿Para qué mezclar nuestros tormentos? ¡Oh! Las personas se reúnen en la dicha y se aíslan en la desgracia.

13. ¿Os agradaría volver a ver a vuestro hermano, al que podríamos atraer a vuestro lado?

R. No, no; no lo merezco.

14. ¿Por qué os oponéis a que lo llamemos?

R. Porque él tampoco es feliz.

15. ¿Acaso teméis su presencia? Eso sería beneficioso para vos.

R. No; más adelante.

16. ¿Deseas enviar algún recado a vuestros parientes?

R. Que oren por mí.

17. Parece que en el círculo de vuestras relaciones hay personas que comparten las opiniones que teníais en vida. ¿Queréis que les digamos algo al respecto?

R. ¡Oh, desventurados! Lo mejor que les puedo desear es que crean en la vida futura. Si pudiesen evaluar mi triste situación, reflexionarían mucho.

(A continuación, se evocó al hermano del Espíritu precedente, que profesaba las mismas ideas, pero que no se suicidó. Si bien no es feliz, se presenta más sereno. Su escritura es clara y legible.)

18. *Evocación.*

R. Deseo que el panorama de nuestros padecimientos os pueda servir de lección y os convenza de la realidad de la vida futura, en la que se expían las faltas y la incredulidad.

19. ¿Vos y vuestro hermano, al que acabamos de evocar, os veis recíprocamente?

R. No, él huye de mí.

> Podríamos preguntarnos de qué modo los Espíritus pueden huir el uno del otro en el mundo espiritual, dado que ahí no existen obstáculos materiales ni refugios impenetrables para la vista. Todo es relativo en ese mundo, y conforme a la naturaleza fluídica de los seres que habitan en él. Sólo los Espíritus superiores tienen percepciones indefinidas, pues en los Espíritus inferiores son limitadas, y para ellos los obstáculos fluídicos equivalen a los obstáculos materiales. Los Espíritus se ocultan los unos de los otros por un efecto de su volun-

tad, que actúa sobre la envoltura periespiritual y sobre los fluidos del ambiente. No obstante, la Providencia, que vela por todos sus hijos, y sobre cada uno en particular, les concede o les rehúsa esa facultad conforme a sus disposiciones morales. Eso implica, según las circunstancias, un castigo o una recompensa.

20. Os encontráis más sereno que vuestro hermano. ¿Podríais darnos una descripción más precisa de vuestros padecimientos?

R. ¿No sufrís ahí en la Tierra en vuestro amor propio, en vuestro orgullo, cuando sois obligados a reconocer vuestros errores? ¿No se rebela vuestro Espíritu ante la idea de que os humilléis en presencia de quien os demuestre que estáis equivocados? ¡Pues bien! Considerad cuánto debe sufrir el Espíritu que, durante toda una existencia, estuvo convencido de que nada existía más allá de él, y de que su opinión siempre prevalecía sobre los demás. Cuando se encuentra de pronto ante la estruendosa verdad, se siente aniquilado, humillado. A eso viene a sumarse el remordimiento de haber olvidado por tanto tiempo la existencia de un Dios tan bondadoso e indulgente. Su estado es insoportable; no tiene calma ni reposo. Sólo encontrará algo de tranquilidad en el momento en que lo asista la gracia santa, es decir, el amor de Dios, pues el orgullo se apodera de tal modo de nuestro pobre Espíritu, que lo envuelve por completo, a tal punto que necesitará mucho tiempo todavía para despojarse de esa vestimenta fatal. Solamente las plegarias de nuestros hermanos pueden ayudarnos a desembarazarnos de él.

21. ¿Deseáis hablar de vuestros hermanos encarnados o de los Espíritus?

R. De los unos y los otros.

22. Mientras conversábamos con vuestro hermano, una de las personas aquí presentes ha orado por él. ¿Le ha sido útil esa plegaria?

R. No se perderá. Si ahora rechaza esa gracia, no hará lo mismo cuando esté en condiciones de recurrir a esa divina *panacea*.

> Observamos aquí otro tipo de castigo, que no es el mismo en todos los incrédulos. Para este Espíritu consiste, independiente del sufrimiento, en la necesidad de reconocer las verdades que había negado cuando vivía. Sus ideas actuales denotan un cierto progreso, en comparación con las de otros Espíritus que persisten en la negación de Dios. Ya es algo confesar el propio error, porque se trata de un indicio de humildad. En su próxima encarnación es más que probable que la incredulidad ceda lugar al sentimiento *innato* de la fe.

Hemos transmitido el resultado de estas evocaciones a la persona que nos las había solicitado, y recibimos de su parte la siguiente respuesta:

"No podéis imaginar, apreciado señor, el gran bien que ha producido la evocación de mi padrastro y de mi tío. Los hemos reconocido perfectamente. La letra del primero, sobre todo, presenta una evidente analogía con la que tenía en vida, tanto más cuanto que, durante los últimos meses que pasó con nosotros, esa letra era apretada e indescifrable. Se verifica en ella la misma forma de los trazos de la rúbrica y de algunas letras. En cuanto a las palabras, a las expresiones y al estilo, la semejanza es todavía más convincente. Para nosotros, la

analogía sería perfecta si no fuera porque posee un mayor conocimiento acerca de Dios, del alma y de la eternidad, que él tan expresamente negaba en el pasado. Así pues, estamos plenamente convencidos de su identidad. Dios será glorificado a través de la mayor firmeza de nuestra creencia en el espiritismo, y nuestros hermanos, Espíritus encarnados y desencarnados, llegarán a ser mejores. La identidad de mi tío no es menos evidente. Pese a la enorme diferencia entre el ateo y el creyente, reconocimos su carácter, el estilo y la composición peculiar de las frases. Sobre todo, nos ha llamado la atención una palabra: *panacea*, por la cual tenía predilección y a la que repetía a cada momento.

"Mostré ambas evocaciones a varias personas, que también se quedaron admiradas de su autenticidad. No obstante, los incrédulos, los que comparten las mismas opiniones de mis dos parientes, desearían respuestas más categóricas aún. Quisieran, por ejemplo, que el Sr. D… indicase el lugar donde ha sido enterrado, dónde se ahogó, cómo fue encontrado, etc. A fin de satisfacerlos y convencerlos, ¿no podríais hacer una nueva evocación, para preguntarle dónde y cómo se suicidó, cuánto tiempo estuvo sumergido, en qué lugar fue encontrado su cadáver, dónde fue inhumado, de qué modo –civil o religiosamente– fue sepultado?

"Dignaos, apreciado señor, obtener una respuesta categórica a esas preguntas, pues son esenciales para los que todavía dudan. Estoy convencido de que eso producirá un inmenso bien. Me apresuro, a fin de que esta carta os sea entregada el viernes por la mañana, de modo que se pueda hacer la evocación en la sesión de la Sociedad de ese mismo día… etc."

Hemos reproducido esta carta por el hecho de que confirma la identidad de esos Espíritus. A continuación le anexa-

mos nuestra respuesta, para enseñanza de las personas que no están familiarizadas con las comunicaciones de ultratumba.

"…Las preguntas que nos habéis pedido que nuevamente dirijamos al Espíritu de vuestro padrastro son, sin ninguna duda, dictadas por una loable intención, como lo es la de convencer a los incrédulos, puesto que no os mueve ningún sentimiento de duda o curiosidad. No obstante, un conocimiento más profundo de la ciencia espírita os haría reconocer que esas preguntas son superfluas. En primer lugar, al solicitarme que obtenga una respuesta categórica, es evidente que ignoráis el hecho de que no podemos gobernar a los Espíritus a nuestro antojo. Ellos nos responden cuando quieren y como quieren, y muchas veces como pueden. Su libertad de acción es mayor aún que cuando estaban encarnados, y disponen de medios más eficaces para eludir la presión moral que nos propongamos ejercer sobre ellos. Las mejores pruebas de identidad son las que ellos dan espontáneamente, de buen grado, o bien las que provienen de las circunstancias, y la mayoría de las veces es inútil provocarlas. Según manifestáis, vuestro pariente ha demostrado su identidad de una manera incuestionable. Por consiguiente, es más que probable que habría de rehusarse a responder a preguntas que, con justa razón, pueden ser consideradas por él como superfluas, y formuladas para satisfacer la curiosidad de personas que le son indiferentes. Él podría responder, como lo han hecho muchos otros Espíritus en casos semejantes: "¿Para qué me preguntáis cosas que ya sabéis?". A eso añadiré que el estado de turbación y de sufrimiento en que él se encuentra se agravaría con averiguaciones de esa naturaleza. Es exactamente como si alguien quisiera obligar a un enfermo, que apenas consigue pensar y hablar, a que

cuente detalles de su vida, con lo que sin duda se faltaría a las consideraciones que se deben a su estado.

"En cuanto al resultado que esperáis, tened la certeza de que sería nulo. Las pruebas de identidad proporcionadas son aún más valiosas porque han sido espontáneas, y no planificadas con anticipación. Ahora bien, si los incrédulos no se han dado por satisfechos, mucho menos se contentarán con un interrogatorio preestablecido, de cuya connivencia podrían sospechar. Hay personas a las que nada puede convencer. Aunque viesen a vuestro pariente con sus propios ojos, seguirían creyéndose víctimas de una alucinación.

"Dos palabras más, señor, en cuanto al pedido que me hicisteis de realizar esa evocación el mismo día en que recibiera vuestra carta. Las evocaciones no se hacen de improviso y a la fuerza. Los Espíritus no siempre responden a nuestro llamado. Es necesario que quieran y, además, que puedan hacerlo. También hace falta que encuentren un médium que les convenga y que cuente con las aptitudes especiales indispensables; que ese médium esté disponible en un momento determinado; que el ambiente les resulte simpático, etc. Todas estas son circunstancias que no siempre pueden ser satisfechas, y es muy importante conocerlas cuando se quiere hacer la tarea con seriedad."

El señor Félicien

Era un hombre rico, instruido, poeta con valores espirituales, de buen carácter, servicial, ameno y sumamente hon-

rado. Falsas especulaciones comprometieron su fortuna y, al resultarle imposible reconstruirla, en virtud de la edad, cedió al desánimo y se ahorcó, en diciembre de 1864, en el cuarto que usaba como dormitorio. No era materialista ni ateo, pero sí un hombre de temperamento un tanto superficial, a quien poco le preocupaba la vida futura. Como lo conocíamos íntimamente, lo evocamos cuatro meses después del suicidio, impulsados por la simpatía que él nos había inspirado.

Evocación.

R. Deploro la Tierra, en la que tuve decepciones, aunque de menor consideración que las que he encontrado aquí. Soñaba con maravillas, pero me encuentro por debajo de la realidad que había idealizado. El mundo de los Espíritus es bastante confuso, y para hacerlo soportable haría falta una buena selección. ¡No puedo creerlo! ¡Qué esbozo de costumbres espíritas se podría hacer aquí! El propio Balzac, si estuviera activo, no haría tal esbozo más que de un modo burdo. Con todo, no me he encontrado con él. ¿Dónde estarán esos ilustres Espíritus que tanto han censurado los vicios de la humanidad? Deberían, al igual que yo, vivir aquí un tiempo, antes de marcharse a regiones más elevadas. Me complace observar este curioso pandemónium, y eso es lo que hago aquí.

> Aunque el Espíritu declara que se encuentra en una sociedad bastante confusa y, por consiguiente, compuesta por Espíritus inferiores, su lenguaje nos sorprendió, en consideración al género de su muerte, al cual no hizo ninguna referencia, lo que nos dejaba alguna duda acerca de su identidad. A no ser por eso, todo lo demás reflejaba su carácter.

P. ¿Podríais relatarnos cómo habéis muerto?

R. ¿Cómo he muerto? De la forma que elegí, la que más me agradó. Durante largo tiempo medité acerca de esa elección, a fin de liberarme de la vida. Aún así, confieso que no gané gran cosa. Me liberé de las preocupaciones materiales para encontrarme aquí con otras más pesadas y dolorosas en mi condición de Espíritu, y ni siquiera vislumbro su fin.

P. (*Al guía del médium*) ¿Es en realidad el Espíritu del Sr. Félicien el que se comunica? Ese lenguaje, que revela cierta despreocupación, nos sorprende en el caso de un suicida.

R. Es él. Con todo, por un sentimiento justificable en su situación, y que vosotros comprenderéis, no ha querido revelar al médium la naturaleza de su muerte. Por esa razón habló con rodeos, aunque concluyó por confesarla inducido por la pregunta directa que le formulasteis. Pero se encuentra muy afectado. El suicidio le provoca un terrible sufrimiento, y por eso desvía, tanto como le es posible, todo lo que le recuerde ese fin funesto.

P. (*Al Espíritu*) Vuestra muerte nos ha conmovido mucho, dado que preveíamos sus tristes consecuencias para vos, y además por la estima y familiaridad de nuestras relaciones. En lo personal, no he olvidado lo servicial y atento que habéis sido para conmigo. Sería feliz si pudiese daros un testimonio de mi reconocimiento, mediante la realización de algo útil para vuestro bien.

R. Yo no podía librarme de otro modo de los impedimentos de mi posición material. Ahora sólo tengo necesidad de plegarias. Orad, sobre todo, para que me libere de esos horribles compañeros que están alrededor mío y me acosan con sus gritos, sus carcajadas y sus burlas infernales. Me llaman

cobarde, y con razón, porque es cobardía quitarse la vida. *No es la primera vez que sucumbo ante esa prueba*, pese a la formal promesa de no fracasar… ¡Fatalidad…! ¡Ah, orad! ¡Qué suplicio el mío! ¡Qué desdichado soy! Mediante la plegaria haréis por mí más de lo que yo hice por vosotros cuando estaba en la Tierra. Pero la prueba, ante la cual he fallado tantas veces, se presenta ante mí con trazos indelebles. *Es imprescindible que la sufra nuevamente dentro de un tiempo.* ¿Tendré fuerzas? ¡Ah, volver a empezar la vida tantas veces! ¡Luchar por tanto tiempo para ser llevado por los acontecimientos a sucumbir aunque uno no quiera, es desesperante, aun aquí! Es por eso que necesito valor. Según dicen, podemos obtenerlo mediante la plegaria. Orad por mí, yo también quiero orar.

> Este caso particular de suicidio, si bien se llevó a cabo en circunstancias muy corrientes, presenta un aspecto especial. Nos muestra a un Espíritu que no superó la prueba en varias ocasiones, prueba que se renueva en cada existencia y que *se repetirá hasta que tenga fuerzas para resistirla*. Es la confirmación del principio según el cual el sufrimiento no es provechoso cuando no llegamos a cumplir la finalidad de la encarnación, que es nuestro mejoramiento, de modo que resulta preciso volver a comenzarla hasta que salgamos victoriosos de la lucha.

(*Al Espíritu del Sr. Félicien.*) Oíd, os lo ruego, lo que os voy a deciros, y reflexionad sobre mis palabras. Lo que denomináis fatalidad no es otra cosa que vuestra propia debilidad, pues si la fatalidad existiera el hombre no sería responsable de sus actos. El hombre es siempre libre, y en esa libertad reside

su mayor y más bello privilegio. Dios no ha querido hacer de él una máquina obediente y ciega. Si esa libertad lo hace falible, también lo vuelve perfectible, y solamente mediante la perfección podrá alcanzar la suprema felicidad. Sólo el orgullo puede inducir al hombre a que atribuya al destino sus desventuras en la Tierra, cuando la mayoría de las veces son el efecto de su propia negligencia. Tenéis de eso un ejemplo evidente en vuestra última encarnación, pues contabais con todo lo que era preciso para ser feliz según los valores del mundo: ingenio, talento, fortuna, una merecida reputación; carecíais de vicios ruinosos, pero no de apreciables cualidades. ¿Cómo es posible, pues, que vuestra posición quedara tan drásticamente comprometida? Exclusivamente a causa de vuestra imprudencia. Habréis de convenir en que, de haber procedido con más prudencia, contentándoos con lo mucho que ya teníais, en lugar de procurar aumentarlo sin necesidad, no os habrías arruinado. No había en eso ninguna fatalidad, pues podíais haber evitado lo sucedido.

Vuestra prueba consistía en una sucesión de circunstancias que debían daros, *no la necesidad, sino la tentación* del suicidio. Lamentablemente, a pesar de vuestro talento e instrucción, no supisteis dominar esas circunstancias, y ahora sufrís las consecuencias de vuestra debilidad. Esa prueba, tal como bien lo presentís, debe renovarse una vez más. En vuestra próxima existencia tendréis que enfrentar los acontecimientos que os sugerirán de nuevo el pensamiento del suicidio, y así sucederá hasta que hayáis triunfado.

Lejos de acusar al destino, que es vuestra propia obra, admirad la bondad de Dios, que en lugar de condenaros irremediablemente por vuestra primera falta, os ofrece siempre los medios de repararla. Sufriréis, pues, no eternamente, sino

durante el tiempo que os demande la reparación. Depende de vos, cuando os halláis en estado de Espíritu, adoptar la resolución suficientemente enérgica de manifestar a Dios un arrepentimiento sincero, y solicitar con la misma insistencia el apoyo de los Espíritus buenos. En ese caso, regresaréis a la Tierra acorazado contra todas las tentaciones. Una vez obtenida esa victoria, avanzaréis por la vía de la felicidad con mayor rapidez, dado que desde otros aspectos vuestro progreso es considerable. Así pues, os resta dar otro paso, para lo cual os ayudaremos con nuestras plegarias. No obstante, estas serán infructuosas si no nos secundáis con vuestros esfuerzos.

R. ¡Oh! Muchas gracias. Os agradezco tan bellas palabras. Tengo mucha necesidad de ellas, puesto que soy más desdichado *de lo que quería mostrar*. Voy a aprovecharlas, os lo aseguro, a fin de prepararme para la próxima encarnación, durante la cual haré todo lo posible para no sucumbir. Espero salir pronto de este medio abyecto al que he sido relegado.

Félicien

Antoine Bell

Era contador en un banco de Canadá, y se suicidó el 28 de febrero de 1865. Uno de nuestros corresponsales, médico y farmacéutico que reside en la misma ciudad, nos ha dado al respecto las siguientes informaciones:

"Lo conocía desde hacía unos veinte años. Bell era un hombre inofensivo y padre de una familia numerosa. Poco tiempo atrás se imaginó que había comprado un veneno en

mi farmacia, y que lo había utilizado para envenenar a una persona. Muchas veces vino a suplicarme que le recordara la fecha de esa compra, acometido entonces por terribles alucinaciones. Perdía el sueño, se quejaba, se golpeaba el pecho. Su familia vivía en constante zozobra, especialmente entre las cuatro de la tarde y las nueve de la mañana, hora en que partía para cumplir con sus funciones administrativas en el banco, donde llevaba los registros con absoluta normalidad, sin que jamás hubiese cometido un solo error. Por lo general manifestaba que sentía en su interior un ser que lo ayudaba a desempeñar con rigor y orden su función contable. Cuando parecía que ya se había convencido de lo absurdo de sus ideas asesinas, exclamaba: "No, no; me quieren engañar…, *yo me acuerdo*…, es verdad".

Antoine Bell fue evocado en París, el 17 de abril de 1865, a pedido de su amigo.

1. *Evocación.*

R. ¿Qué queréis de mí? ¿Someterme a un interrogatorio? Es inútil, confesaré todo.

2. Está lejos de nosotros la idea de atormentaros con preguntas indiscretas. Sólo deseamos saber cuál es vuestra situación en el mundo en que os encontráis, así como también si os podríamos ser útiles en algo.

R. ¡Ah! ¡Si fuera posible, os quedaría sumamente agradecido! ¡Siento horror por mi crimen, y soy muy desdichado!

3. Tenemos la esperanza de que nuestras plegarias aliviarán vuestras penas. Por otra parte, todo indica que os halláis en buenas condiciones, puesto que estáis arrepentido, y eso es de por sí el comienzo de la rehabilitación. Dios, que es infinitamente misericordioso, siempre se compadece del pecador arre-

pentido. Orad con nosotros. (Aquí se hace la plegaria por los suicidas, que se encuentra en *El Evangelio según el espiritismo*.)

Ahora tened la bondad de manifestarnos de cuáles crímenes os reconocéis culpable. Vuestra confesión os será tomada en cuenta si la hicierais con humildad.

R. Dejadme que primero os agradezca la esperanza que habéis hecho despuntar en mi corazón. ¡Oh! Hacía ya bastante tiempo que vivía en una de las márgenes del Mediterráneo, cuyas aguas bañaban las murallas de la ciudad. Amaba por entonces a una hermosa joven que correspondía a mi afecto; pero, a causa de mi pobreza, recibí el rechazo de su familia. Cierto día ella me anunció que iba a casarse con el hijo de un comerciante cuyos negocios se extendían al otro lado de los mares, de modo que fui rechazado. Enajenado por el dolor, resolví quitarme la vida, no sin antes asesinar a mi detestado rival, para saciar mi deseo de venganza. No obstante, los medios violentos me repugnaban, de modo que temblaba ante la sola idea de llevar a cabo ese crimen; pero mis celos fueron más fuertes que yo. En la víspera del casamiento, mi rival murió envenenado, pues ese medio me pareció el más sencillo. Eso explica las reminiscencias del pasado. En efecto, ya he vivido, y es preciso que vuelva a vivir… ¡Oh, Dios mío!, tened piedad de mi debilidad y de mis lágrimas.

4. Deploramos esta desgracia que ha retrasado vuestro progreso, y sinceramente lo lamentamos. No obstante, dado que os arrepentisteis, Dios se compadecerá de vos. Decidnos, por favor, si habéis llegado a ejecutar vuestro proyecto de suicidio.

R. No. Confieso, para vergüenza mía, que la esperanza asomó otra vez en mi corazón con el deseo de aprovecharme del crimen ya cometido. Pero los remordimientos me traicio-

naron, y acabé por expiar con el último de los suplicios aquel desvarío: me ahorqué.

5. En vuestra última existencia, ¿tuvisteis conciencia del mal cometido en la existencia anterior?

R. Sólo en los últimos años, y ved cómo. Yo era bueno por naturaleza, y después de haber sido sometido, como todos los Espíritus homicidas, al tormento de la vista continua de mi víctima, que me perseguía como un vehemente remordimiento, me liberé de ella después de muchos años mediante el arrepentimiento y las plegarias. Volví a comenzar otra existencia –la última–, que atravesé manso y tímido. Conservaba en mí una vaga intuición de mi debilidad innata y de la falta anterior, cuyo recuerdo guardaba en estado latente. Pero un Espíritu obsesor y vengativo, que no era otro que el padre de mi víctima, se apoderó de mí con facilidad, e hizo revivir en mi corazón, como en un espejo mágico, los recuerdos del pasado.

Entonces, en algunos momentos bajo la influencia de él, y en otros bajo la influencia de mi guía, que me protegía, yo era el envenenador y al mismo tiempo el padre de familia que mediante su trabajo ganaba el pan para sus hijos. Fascinado por ese demonio obsesor, dejé que me arrastrara al suicidio. Soy muy culpable, es verdad; pero no tanto como si lo hubiese decidido por mí mismo. Los suicidas de mi categoría, incapaces por su debilidad de resistir a los Espíritus obsesores, son menos culpables y a la vez menos castigados que aquellos que se quitan la vida por efecto exclusivo de su propio libre albedrío. Orad conmigo para que el Espíritu que tan fatalmente me ha influenciado renuncie a sus sentimientos de venganza, y orad por mí para que adquiera la fuerza y la energía necesarias para no ceder en la prueba del suicidio voluntario, *a la cual seré sometido, según me dicen, en la próxima encarnación*.

6. (*Al guía del médium.*) Un Espíritu obsesor, ¿puede realmente inducir al obseso al suicidio?

R. Sin duda, porque la obsesión, que de por sí es un tipo de prueba, puede revestir todas las formas. Pero eso no sirve de excusa. El hombre siempre dispone de su libre albedrío y, por consiguiente, es libre para ceder o resistir a las sugestiones a que esté sometido. Cuando sucumbe, lo hace invariablemente con el consentimiento de su voluntad. Además, ese Espíritu tiene razón cuando dice que la mala acción instigada por otro es menos reprensible y menos punible que cuando se comete por iniciativa propia. Sin embargo, no por eso resulta inocente, dado que, desde el momento en que deja que se lo aparte del camino recto, demuestra que el bien no está aún suficientemente arraigado en él.

7. A pesar de que las oraciones y el arrepentimiento hayan liberado a ese Espíritu del tormento que experimentaba al ver a su víctima, no por eso dejó de ser perseguido por la venganza de un Espíritu obsesor en su última encarnación. ¿Cómo se explica ese hecho?

R: Como sabéis, el arrepentimiento no es sino *la etapa preliminar indispensable de la rehabilitación*, pero no basta para liberar al culpable de todas las sanciones. Dios no se contenta con promesas. Es necesario probar, mediante la solidez de las acciones, que se ha retornado al camino del bien. A eso se debe que el Espíritu sea sometido a nuevas pruebas que lo fortalecen, al mismo tiempo que de esas pruebas resulta un merecimiento mayor cuando sale triunfante de ellas. Los Espíritus malos sólo lo persiguen *hasta que lo encuentran suficientemente fuerte para resistirlos*. Entonces lo abandonan, porque saben que sus esfuerzos serán inútiles.

Estos dos últimos ejemplos nos muestran la repetición de la misma prueba en sucesivas encarnaciones, y tanto tiempo como sea necesario para superar el fracaso. Por otra parte, Antoine Bell representa el hecho no menos instructivo de un hombre que es perseguido por la reminiscencia de un crimen cometido en una existencia anterior, que se le presenta como un remordimiento y una advertencia. De ese modo, vemos que todas las existencias son solidarias entre sí; que la justicia y la bondad de Dios se ponen en evidencia en la facultad conferida al hombre de progresar gradualmente, sin jamás cerrarle la puerta al rescate de sus faltas; que el culpable es castigado a través de su propia falta, y que el castigo, en lugar de ser una venganza de Dios, constituye el medio empleado para hacerlo progresar.

Capítulo VI

Criminales arrepentidos

Verger

(Asesino del arzobispo de París.)

El día 3 de enero de 1857, monseñor Sibour, arzobispo de París, al salir de la iglesia de Saint-Étienne du Mont, fue herido mortalmente por un joven sacerdote llamado Verger. El culpable fue condenado a muerte y ejecutado el día 30 de enero. Hasta el último instante no demostró ningún sentimiento de pesar, de arrepentimiento o de sensibilidad.

Evocado el mismo día de su ejecución, dio las siguientes respuestas:

1. *Evocación.*

R. Todavía estoy ligado al cuerpo.

2. ¿Entonces vuestra alma aún no se separó totalmente del cuerpo?

R. No… Tengo miedo… No sé… Esperad a que me reconozca... No estoy muerto, ¿no es así?

3. ¿Estáis arrepentido de lo que habéis hecho?

R. Procedí mal al matar, pero me empujó mi carácter, que no podía tolerar humillaciones… Me evocaréis alguna otra vez.

4. ¿Por qué queréis retiraros?

R. Quedaría aterrorizado si lo viera; temo que quiera hacerme lo mismo.

5. Sin embargo, nada tenéis que temer, pues vuestra alma está separada del cuerpo. Apartad toda inquietud, pues no es razonable.

R. ¿Qué queréis? ¿Acaso vosotros tenéis dominio sobre vuestras emociones…? No sé dónde estoy… Estoy loco.

6. Tratad de serenaros.

R. No puedo, porque estoy loco… ¡Esperad…! Ya recobraré toda mi lucidez.

7. Si oraseis, tal vez podríais concentrar vuestros pensamientos.

R. Tengo miedo… No me atrevo a orar.

8. Orad, ¡la misericordia de Dios es inmensa! Vamos a orar con vos.

R. Sí, la misericordia de Dios es infinita; siempre he creído en ella.

9. ¿Ahora comprendéis mejor vuestra situación?

R. Es tan extraordinaria que aún no consigo comprenderla.

10. ¿Veis a vuestra víctima?

R. Me parece oír una voz semejante a la suya que me dice: "No te quiero más…". ¿Será tal vez un efecto de mi imaginación…? Estoy loco, os lo aseguro, pues veo a mi propio cuerpo en un lado y la cabeza en otro… Con todo, me parece que estoy vivo, pero en el espacio, entre la Tierra y lo que de-

nomináis cielo… Siento el frío de una cuchilla que cae sobre mi cuello… Pero eso se debe al miedo a la muerte… También me parece que veo a una multitud de Espíritus alrededor mío, que me miran compasivamente… me *hablan*, pero no comprendo sus palabras.

11. ¿Hay entre esos Espíritus alguno cuya presencia os humille a causa de vuestro crimen?

R. Os diría que sólo uno me infunde pavor: aquel a quien he asesinado.

12. ¿Recordáis vuestras existencias anteriores?

R. No; todo es difuso… Me siento como si estuviera soñando... otra vez. Necesito reconocerme.

13. (Tres días después) ¿Os reconocéis mejor ahora?

R. Sé que ya no pertenezco a este mundo, y no me quejo. Lamento lo que he hecho, si bien mi Espíritu está más libre. Sé, además, que existe una serie de existencias que nos proporcionan conocimientos útiles a fin de que nos volvamos tan perfectos como sea posible a la criatura humana.

14. ¿Recibís algún castigo por el crimen que cometisteis?

R. Sí. Lamento lo que hice y eso me hace sufrir.

15. ¿De qué modo sois castigado?

R. Soy castigado porque tengo conciencia de mi falta, y por eso le pido perdón a Dios; soy castigado porque reconozco que no tengo fe en Dios, y porque ahora sé que no debemos abreviar los días de vida de nuestros hermanos. Mi castigo es el remordimiento de haber postergado mi progreso, pues me encaminé en un rumbo equivocado e hice oídos sordos al llamado de mi conciencia, que me advertía que no era a través del asesinato que alcanzaría mi objetivo. No obstante,

me dejé dominar por el orgullo y la envidia; me he engañado y me arrepiento, pues el hombre siempre debe esforzarse para dominar sus malas pasiones, y yo no lo hice.

16. ¿Qué sensación experimentáis cuando os evocamos?

R. Placer y temor, porque no soy malo.

17. ¿En qué consisten ese placer y ese temor?

R. Placer de conversar con los hombres y de poder en parte reparar mis faltas, al confesarlas. Temor que no sé definir, una especie de vergüenza por haberme convertido en asesino.

18. ¿Desearíais reencarnar en la Tierra?

R. Sí; os lo ruego. Deseo hallarme constantemente expuesto a que me asesinen, y probar el temor que eso me causa.

Monseñor Sibour fue evocado y manifestó que perdonaba a su asesino y oraba a favor de su retorno al bien. Agregó que si hubiera estado presente en la evocación de Verger, no se habría dejado ver por él, para no aumentar el sufrimiento del culpable. El temor de ver a la víctima, que era una señal de remordimiento, era de por sí un castigo.

P. El hombre que cometió un asesinato, ¿sabía, antes de escoger esa existencia, que en ella se convertiría en un asesino?

R. No; sabe que si elige una vida de lucha existe la *probabilidad* de que mate a uno de sus semejantes; pero ignora si lo hará, pues por lo general está en lucha consigo mismo.

> La situación de Verger en el momento de su muerte es la misma de casi todos los que perecen de muerte violenta. Como la separación del alma no se produce de manera brusca, quedan como aturdidos, y no saben si están muertos o vivos. Se le impidió ver al arzobispo

porque eso no era necesario para excitar su remordimiento, mientras que otros, por el contrario, padecen constantemente el tormento de ver a sus víctimas.

Como si no bastase la atrocidad del crimen, Verger sumaba el agravante de no haberse arrepentido mientras vivía, de modo que reunía todas las condiciones requeridas para merecer la condenación eterna. Sin embargo, apenas dejó la Tierra, el arrepentimiento invadió su alma, con lo cual repudió su pasado y deseó sinceramente repararlo. No lo impulsó a eso el exceso de sufrimiento, dado que no había tenido tiempo para sufrir, sino tan sólo el grito de su conciencia, a la que despreció en vida, y que ahora escucha. ¿Por qué, pues, no se le tomaría en cuenta ese arrepentimiento? ¿Por qué se habría librado del Infierno en caso de que se hubiera arrepentido unos días antes, y no después de la muerte? ¿Por qué Dios, que es misericordioso para con el penitente antes de que muera, habría de prescindir de la piedad algunas horas más tarde?

Es sorprendente la rapidez del cambio que en ocasiones se opera en las ideas de un criminal que, empedernido hasta el momento de dejar la vida, comprende la iniquidad de su conducta tan pronto como se produce su tránsito al otro mundo. No obstante, ese resultado está lejos de ser general, pues en ese caso no habría Espíritus malos. El arrepentimiento suele ser muy tardío, de modo que el castigo se prolonga por mucho más tiempo.

Algunas veces, la obstinación en el mal durante la vida proviene del orgullo, que se rehúsa a someterse y confesar sus propios errores. Además, el hombre está

sujeto a la influencia de la materia, que arroja un velo sobre sus percepciones espirituales y lo fascina. Rasgado ese velo, una luz súbita lo ilumina. Esto hace que se sienta como *desembriagado*. El rápido retorno a sentimientos mejores es invariablemente un indicio del progreso moral que se ha realizado, que apenas aguarda una circunstancia favorable para ponerse de manifiesto. En cambio, la persistencia en el mal, más o menos prolongada después de la muerte, constituye sin duda una prueba del atraso del Espíritu, en el cual los instintos materiales sofocan el germen del bien. En ese caso, habrá de necesitar nuevas pruebas para corregirse.

———

Lemaire

(Condenado a la pena de muerte por el Tribunal de Aisne, y ejecutado el 31 de diciembre de 1857. Fue evocado el 29 de enero de 1858.)

1. *Evocación.*

R. Aquí estoy.

2. ¿Qué sensación experimentáis al vernos?

R. Vergüenza.

3. ¿Habéis conservado la conciencia hasta el último momento?

R. Sí.

4. Inmediatamente después de la ejecución, ¿tuvisteis la noción de esa nueva existencia?

R. Estaba inmerso en una gran turbación, de la cual aún no me he liberado. Sentí un dolor inmenso, y me pareció que mi corazón era el que sufría. Vi rodar no sé qué cerca de la guillotina. Vi la sangre que corría, y mi dolor fue aún más pungente.

[4a] - ¿Se trataba de un dolor puramente físico, análogo al que resultaría de una herida grave, de la amputación de un miembro, por ejemplo?

R. No. Imaginad un remordimiento, un gran dolor moral.

[4b] - ¿Cuándo habéis comenzado a sentir ese dolor?

R. A partir del momento en que quedé libre.

5. ¿Quién sentía el dolor físico del suplicio, el cuerpo o el Espíritu?

R. El dolor moral estaba en mi Espíritu; el cuerpo sentía el dolor físico. *No obstante, el Espíritu ya desligado aún sentía un reflejo del dolor físico*.

6. ¿Visteis el cuerpo mutilado?

R. Vi algo informe, a lo que me sentía ligado. No obstante, me reconocía intacto, es decir, era yo mismo.

[6a] - ¿Qué impresión os causó esa visión?

R. Estaba embargado por el dolor; *me sentía inmerso en él*.

7. ¿Es verdad que el cuerpo vive todavía durante algunos instantes después de la decapitación, y que quien está sometido a ese suplicio tiene conciencia de sus ideas?

R. El Espíritu se retira de a poco. Cuanto más lo retienen los lazos de la materia, menos rápida es la separación.

8. Se dice que se han observado expresiones de cólera y movimientos en la fisonomía de algunos decapitados, como

si quisieran hablar. ¿Será eso efecto de contracciones nerviosas o de un acto de la voluntad?

R. De la voluntad, pues el Espíritu aún no se había retirado del cuerpo.

9. ¿Cuál fue el primer sentimiento que experimentasteis al ingresar en vuestra nueva existencia?

R. Un sufrimiento intolerable; una especie de remordimiento punzante cuya causa ignoraba.

10. ¿Os habéis reunido con vuestros cómplices, ejecutados conjuntamente con vos?

R. Sí, para nuestra desgracia. El hecho de vernos constituye un suplicio continuo, pues cada uno acusa al otro por el crimen cometido.

11. ¿Habéis encontrado a vuestras víctimas?

R. Las veo… Son felices… Me persiguen con sus miradas… Siento que penetran todo mi ser…, y es en vano que intente huir de ellas.

[11a] - ¿Qué sentimiento experimentáis al verlas?

R. Vergüenza y remordimiento. *Yo las saqué del mundo con mis propias manos*, y aún las odio.

[11b] - ¿Y cuál es el sentimiento que vos les causáis?

R. Piedad.

12. ¿Acaso sienten odio o deseos de venganza?

R. No. Hacen votos para que me llegue la expiación. *No podéis imaginar el suplicio terrible que significa deberle tanto a quienes odiamos*.

13. ¿Lamentáis haber perdido la vida terrenal?

R. Lo único que lamento son mis crímenes. Si lo ocurrido aún dependiese de mí, no volvería a sucumbir.

14. ¿La inclinación al mal estaba en vuestra naturaleza, o recibisteis la influencia del medio en que vivíais?

R. La inclinación al crimen estaba en mi propia naturaleza, dado que yo era un Espíritu inferior. Quise elevarme rápidamente; pero pedí más de lo que mis fuerzas podían soportar. Me consideré fuerte, de modo que elegí una prueba ardua, pero acabé por ceder a las tentaciones del mal.

15. Si hubieseis recibido buenos principios a través de la educación, ¿os habríais desviado de la senda del crimen?

R. Sí; pero yo había escogido la condición en que nací.

[15a] - ¿Acaso no habríais podido convertiros en un hombre de bien?

R. Un hombre débil es incapaz, tanto del bien como del mal. Tal vez hubiese podido corregir en la vida el mal característico de mi naturaleza, pero nunca elevarme hasta practicar el bien.

16. Cuando estabais encarnado, ¿creíais en Dios?

R. No.

[16a] - Sin embargo, dicen que en los últimos momentos os arrepentisteis. ¿Es eso verdad?

R. Yo creía en un Dios vengativo… era natural que temiera a su justicia.

[16b] - Y en este momento, ¿vuestro arrepentimiento es más sincero?

R. ¡Oh! Veo lo que he hecho.

[16c] - ¿Qué pensáis de Dios ahora?

R. Lo percibo, pero no lo comprendo.

17. ¿Consideráis justo el castigo que os han aplicado en la Tierra?

R. Sí.

18. ¿Esperáis obtener el perdón de vuestros crímenes?

R. No lo sé.

[18a] - ¿Cómo esperáis repararlos?

R. Mediante nuevas pruebas; aunque me parece que existe una eternidad entre ellas y yo.

19. ¿Dónde estáis ahora?

R. Estoy en mi sufrimiento.

[19a] - Te preguntamos en qué lugar os encontráis.

R. Cerca del médium.

20. Ya que os encontráis aquí, ¿con qué aspecto os veríamos si pudierais aparecer ante nosotros?

R. Me veríais con mi forma corporal, y con la cabeza separada del tronco.

[20a] - ¿Podríais aparecer ante nosotros?

R. No. Dejadme en paz.

21. ¿Podríais relatarnos cómo huisteis de la prisión de Montdidier?

R. No sé nada… Mi sufrimiento es tan grande, que apenas recuerdo el crimen… Dejadme.

22. ¿Podríamos contribuir a aliviaros ese sufrimiento?

R. Haced votos para que la expiación llegue cuanto antes.

———

Benoist

(Burdeos, marzo de 1862.)

Un Espíritu se presenta espontáneamente al médium con el nombre de *Benoist*. Manifiesta que ha muerto en 1704 y que experimenta horribles padecimientos.

1. ¿Qué habéis sido en la Tierra?

R. Un fraile sin fe.

2. ¿La falta de fe ha sido vuestra única falta?

R. Fue suficiente para que arrastrara a las demás.

3. ¿Podríais darnos algunos detalles acerca de vuestra vida? Se os tomará en cuenta la sinceridad de la confesión.

R. Pobre e indolente, no me ordené por vocación, sino para tener una buena posición en la vida. Inteligente, obtuve lo que buscaba; influyente, abusé del poder; vicioso, corrompí a aquellos a los que tenía la misión de salvar; cruel, perseguí a quienes yo suponía que censuraban mis excesos; sembré la inquietud entre los pacíficos. El hambre sirvió de tortura para muchas víctimas, y a menudo sus gritos fueron extinguidos con la violencia. Actualmente, expío y sufro todas las torturas del Infierno. Mis víctimas atizan el fuego que me devora. La lujuria y el hambre me acosan insaciables; la sed me quema los labios resecos, y ni una gota de agua cae sobre ellos para refrescarlos. Todos los elementos se vuelven en contra mía. ¡Orad por mí!

4. Las plegarias hechas por los difuntos, ¿no os benefician como a los demás?

R. ¿Vosotros consideráis que esas plegarias son edificantes? *Para mí tienen el valor de las que yo fingía hacer*. No puedo recibir el salario si no he cumplido mi tarea.

5. ¿Nunca os arrepentisteis?

R. Hace mucho tiempo. Con todo, *el arrepentimiento sólo vino a través del dolor*. Como yo fui sordo al clamor de las víctimas inocentes, el Señor también es sordo a mis clamores. ¡Así es la justicia!

6. Ya que reconocéis la justicia del Señor, confiad en su bondad y solicitadle que os ayude.

R. ¡Los demonios aúllan más fuerte que yo! ¡Me llenan la boca de alquitrán candente, y los gritos se ahogan en mi garganta…! Yo he hecho eso mismo, ¡oh! gran… (Aquí, el Espíritu no puede escribir la palabra *Dios*.)

7. ¿No estáis aún suficientemente liberado de las ideas terrenales para comprender que todas esas torturas son de carácter moral?

R. Las padezco, las sufro… Veo a mis verdugos; todos tienen caras conocidas, y sus nombres repercuten en mi cerebro.

8. ¿Qué pudo haberos empujado a la práctica de tantas infamias?

R. Los vicios de que estaba imbuido, la brutalidad de las pasiones.

9. ¿Alguna vez habéis implorado la asistencia de los Espíritus buenos para que os ayuden a salir de esa situación?

R. Sólo veo a los demonios del Infierno.

10. Cuando estabais encarnado, ¿temíais a esos demonios?

R. No, en absoluto. La nada era mi fe. Los placeres eran mi culto, cualquiera fuese su precio. Las divinidades del In-

fierno no me han abandonado. ¡Les he consagrado la vida, de modo que jamás habrán de abandonarme!

11. ¿No vislumbráis un término para esos padecimientos?

R. Lo infinito no tiene término.

12. Sin embargo, Dios es infinito en su misericordia, y todo puede tener fin siempre que Él así lo quiera.

R. ¡Ah! ¡Si Él lo quisiera!

13. ¿Por qué vinisteis a manifestaros aquí?

R. Ni yo mismo lo sé. Pero quería hablar y gritar para que me dieran alivio.

14. Esos demonios, ¿no os impiden escribir?

R. No; pero permanecen delante de mí y me esperan. Por eso no desearía terminar.

15. ¿Es la primera vez que escribís así?

R. Sí.

[15a] - ¿Sabíais que los Espíritus podían aproximarse de este modo a los hombres?

R. No.

[15b] - ¿Cómo, entonces, pudisteis comprenderlo?

R. No lo sé.

16. ¿Qué sensaciones habéis experimentado al aproximaros a mí?

R. Una especie de adormecimiento de mis temores.

17. ¿Cómo os disteis cuenta de que estabais aquí?

R. Como cuando uno se despierta.

18. ¿Cómo habéis hecho para comunicaros conmigo?

R. No puedo comprenderlo. ¿Tú no lo sentiste?

19. No se trata de mí, sino de vos. Procurad comprender lo que hacéis mientras yo escribo.

R. Tú eres mi pensamiento, eso es todo.

20. Entonces, ¿no habéis tenido el deseo de hacerme escribir?

R. No, soy yo quien escribe; y tú piensas por mí.

21. Procurad comprender. Los Espíritus buenos que nos acompañan os ayudarán.

R. No, los ángeles no vienen al Infierno. Vos, ¿no estáis solo?

[21a] - Mirad a alrededor vuestro.

R. Siento que me ayudan a pensar en vos… Vuestra mano me obedece… No os toco, pero estoy unido a vos… No comprendo.

22. Implorad la asistencia de vuestros protectores. ¿Vamos a rogar juntos?

R. ¿Acaso queréis dejarme? Quedaos conmigo. Ellos volverán a apoderarse de mí. Por favor… ¡Quedaos! ¡Quedaos!

23. No puedo demorarme por más tiempo. Volved a diario, para que oremos juntos. Los buenos Espíritus os ayudarán.

R. Sí, ansío el perdón. Orad por mí, pues yo no puedo hacerlo.

(*El guía del médium.*) Valor, hijo mío, porque se le concederá lo que pides, aunque todavía está lejos el término de la expiación. Las atrocidades que él cometió no tienen número ni cuenta, y es tanto más culpable porque poseía inteligencia, instrucción y luces para guiarse. Ha faltado, pues, con conocimiento de causa, razón por la cual sus padecimientos son mucho más terribles. No obstante, con el auxilio y el ejemplo de

la plegaria se aliviarán sus dolores, porque verá que su término es posible y será reconfortado por la esperanza. Dios lo ve en el camino del arrepentimiento, y le ha concedido la gracia de *poder comunicarse, a fin de que se le infunda valor y consuelo*. Piensa a menudo en él. Nosotros te lo confiamos para que se afiance en las buenas resoluciones, que podrá adoptar con el auxilio de tus consejos. Al arrepentimiento seguirá el deseo de la reparación y, entonces, él pedirá una nueva existencia en la Tierra para practicar el bien como compensación del mal que ha hecho. Cuando Dios esté complacido, y lo vea decidido y firme, le hará entrever las divinas claridades que lo conducirán a la salvación, y lo recibirá en su seno como un padre lo hace con el hijo pródigo. Ten confianza, te ayudaremos a que cumplas tu tarea.

Paulin

Hemos colocamos a este Espíritu entre los criminales, pese a que no ha sido alcanzado por la justicia humana, porque el crimen está implícito en los actos y no en el castigo que aplican los hombres. Lo mismo sucede en el siguiente caso.

Un Espíritu recluido

En una pequeña vivienda, cercana a Castelnaudary, se producían ruidos extraños y manifestaciones diversas que llevaron a que se la considerase encantada por algunos genios malos. Por ese motivo fue exorcizada en 1848, aunque sin

ningún resultado. Su propietario, el Sr. D…, se propuso habitar en la casa, pero murió allí en forma súbita, algunos años después. Su hijo, que la ocupó a continuación, recibió cierto día, al entrar en una de las habitaciones, una fuerte bofetada de una mano invisible. Como se encontraba completamente solo, no dudó de que el golpe proviniese de una fuente oculta, razón por la cual decidió abandonar la casa en forma definitiva. En esa región existe una tradición según la cual debía de haberse cometido un grave crimen en ese lugar.

El Espíritu que dio la bofetada fue evocado en la Sociedad de París, en 1859, y se manifestó mediante señales de tal violencia que fueron infructuosos todos los esfuerzos por calmarlo. Consultado al respecto, san Luis respondió: "Se trata de un Espíritu de la peor especie; es un verdadero monstruo. Lo hemos hecho venir, pero a pesar de cuanto le hemos dicho no fue posible obligarlo a que escribiera. Este desventurado tiene su libre albedrío, y ha hecho de él un uso aciago".

P. Este Espíritu, ¿es susceptible de alguna mejoría?

R. ¿Por qué no? *¿Acaso no lo son todos*, y no es éste igual a los demás? Si bien es probable que encontréis alguna dificultad, el hecho de devolverle bien por mal acabará por sensibilizarlo, por más perverso que sea. Orad en primer término, y luego evocadlo de aquí a un mes. Entonces veréis la transformación que se habrá operado en él.

Evocado nuevamente, pasado cierto tiempo, el Espíritu se mostró algo más dócil y, poco a poco, también sumiso y arrepentido. Según explicaciones posteriores que nos fueron dadas por él mismo y por otros Espíritus, pudimos saber que en 1608, mientras él vivía en aquella casa, había asesinado a un hermano. Motivado por terribles celos, lo degolló mientras dormía. Varios años más tarde, también asesinó a la esposa de

aquel. Murió en 1659, a la edad de ochenta años, sin hacerse cargo de esos crímenes, que llamaron escasamente la atención en aquella época de confusiones. Después de su muerte nunca cesó de practicar el mal, y provocó numerosos accidentes dentro de aquella casa. Un médium vidente, que asistió a la primera evocación, lo vio en el momento en que pretendían obligarlo a que escribiera: sacudía con violencia el brazo del médium; su aspecto era terrible, tenía puesta una camisa ensangrentada y sostenía un puñal con la mano.

1. P. (*A san Luis*) ¿Tendríais la bondad de describirnos el tipo de suplicio de este Espíritu?

R. Es atroz, porque fue condenado a vivir en la casa donde cometió el crimen, y no puede concentrar su pensamiento en otra cosa que no sea ese delito, que siempre tiene ante sus ojos. Está convencido de que esa tortura habrá de durar por toda la eternidad. Se ve constantemente en el momento en que cometió el crimen. Todo otro recuerdo le ha sido borrado, y se le prohibió toda comunicación con cualquier otro Espíritu. En la Tierra, sólo puede permanecer en esa casa, y en el espacio sólo encuentra soledad y tinieblas.

2. ¿Habría algún medio para desalojarlo de esa casa? ¿Cuál sería?

R. Si queréis libraros fácilmente de las obsesiones de esos Espíritus, orad por ellos. Con todo, eso es precisamente lo que siempre descuidáis, pues se prefiere intimidarlos con fórmulas de exorcismos que son para ellos un motivo de considerable diversión.

3. Si infundiéramos en las personas interesadas la idea de orar por ese Espíritu, y si también lo hiciéramos nosotros, ¿conseguiríamos desalojarlo?

R. Sí, pero tomad en cuenta que he dicho que oren, y *no que encomienden a otros las oraciones*.

4. Hace ya dos siglos que este Espíritu se encuentra en esa situación. ¿Tiene él una noción del tiempo transcurrido, semejante a la que tenía cuando estaba vivo? Es decir, ¿el tiempo le parece más largo o menos largo que cuando estaba en la Tierra?

R. Más largo; *el dormir no existe para él*.

5. Nos han dicho que el tiempo no existe para los Espíritus, y que para ellos un siglo equivale a un punto en la eternidad. ¿No ocurre esto con todos los Espíritus?

R. En realidad, no. Sólo es así en el caso de los Espíritus que han alcanzado un grado de adelanto muy elevado. En cambio, para los Espíritus inferiores, el tiempo puede resultar muy largo, especialmente cuando sufren.

6. ¿Cuál era la procedencia de ese Espíritu, antes de su encarnación?

R. Había tenido una existencia en una de las tribus más feroces y salvajes, y antes de eso vino de un planeta inferior a la Tierra.

7. Ese Espíritu es castigado con gran severidad por el crimen que cometió. Si vivió entre los salvajes, es probable que haya cometido actos no menos atroces que ese crimen. ¿Fue castigado con el mismo rigor?

R. Con menor rigor, dado que, como era más ignorante, no comprendía la magnitud del delito.

8. El estado en que se encuentra ese Espíritu, ¿es el de los seres a los que vulgarmente se llama *condenados*?

R. De ningún modo, pues los hay en condiciones aún más horrorosas. Los padecimientos están lejos de ser los mismos para todos, incluso en el caso de crímenes semejantes a este, y varían conforme sea el culpable más o menos *accesible* al arrepentimiento. Para este Espíritu, la casa en que cometió ese crimen es su infierno. Otros llevan al infierno dentro de sí mismos, debido a las pasiones que los atormentan y que se ven impedidos de saciar.

> En efecto, hemos visto a los avaros sufrir con la visión del oro, que para ellos era una verdadera quimera; a los orgullosos, atormentados por la envidia de los honores que se rendían a otros y no a ellos; a hombres que habían dominado la Tierra, humillados por la potencia invisible que los obligaba a ser obedientes en presencia de sus subordinados, que ya no se inclinaban ante ellos; a los ateos, angustiados por la incertidumbre, en el más absoluto aislamiento en medio de la inmensidad, sin encontrar algún ser que los ilustrara. En el mundo de los Espíritus, así como existen compensaciones para todas las virtudes, también hay sanciones para todas las faltas, de modo que aquellos que han eludido las leyes de los hombres, siempre son alcanzados por la ley de Dios.
>
> Además, debemos destacar que las mismas faltas, aunque hayan sido cometidas en circunstancias idénticas, a veces son castigadas de manera muy diferente, conforme al grado de adelanto intelectual del Espíritu que las cometió. A los Espíritus más atrasados, de una naturaleza más brutal, como el del caso que acabamos de tratar, se les aplican castigos que en cierto modo son más materiales que morales, mientras que ocurre lo

contrario con aquellos cuya inteligencia y sensibilidad están más desarrolladas. A los primeros se les impone un castigo apropiado a la rudeza de su envoltura, a fin de que comprendan los inconvenientes de la situación en que se encuentran y sientan el deseo de apartarse de ella. De ese modo, la vergüenza, por ejemplo, que causaría poca o ninguna impresión en ellos, sería intolerable para los otros.

En este código penal divino, la sabiduría, la bondad y la previsión de Dios para con sus criaturas se revelan incluso en los más ínfimos detalles. Todo está proporcionado y combinado con admirable solicitud para facilitar a los culpables los medios de rehabilitarse. Se les toman en consideración hasta las mínimas aspiraciones del alma. Por el contrario, según el dogma de las penas eternas, en el Infierno se confunden los grandes y los pequeños criminales, los culpables de una única vez y los reincidentes, los obstinados y los arrepentidos. Todo ha sido calculado para retenerlos en el fondo del abismo. No se les ofrece ninguna tabla de salvación; y una sola falta puede precipitarlos definitivamente en ese abismo, sin que se valore en modo alguno el bien que han hecho. ¿De qué lado se encuentra, pues, la verdadera justicia y la verdadera bondad?

9. A pesar de su inferioridad, este Espíritu es sensible a los efectos benéficos de la plegaria. Hemos constatado lo mismo en relación con otros Espíritus igualmente perversos y de la más brutal naturaleza. ¿Cómo es posible, pues, que haya Espíritus más ilustrados, de inteligencia más desarrollada, que demuestran una completa ausencia de buenos sentimientos,

se burlan incluso de lo más sagrado; en una palabra, no se conmueven con nada y no dan tregua a su cinismo?

R. La oración sólo es eficaz en el Espíritu que se arrepiente. En cambio, es inútil en aquellos que, dominados por el orgullo, se rebelan contra Dios y persisten en el error, exagerándolo incluso, como en el caso de los Espíritus desdichados. La oración no hace efecto en ellos, y no lo hará hasta el día en que manifiesten una chispa de arrepentimiento. Para esos Espíritus, la ineficacia de la oración también es un castigo. La plegaria sólo alivia a los que no están completamente empedernidos.

10. Cuando vemos un Espíritu inaccesible a los efectos benéficos de la plegaria, ¿es ese un motivo para que se deje de orar por él?

R. Por cierto que no, pues tarde o temprano la plegaria podrá vencer la obstinación del Espíritu y hacer que broten en él pensamientos saludables.

> Lo mismo sucede con ciertos enfermos en los que la acción de los medicamentos sólo es efectiva después de largo tiempo, y no se registra en el momento. En otros, por el contrario, el efecto es inmediato. Cuando tengamos la certeza de que todos los Espíritus son perfectibles, y de que ninguno está fatal y eternamente destinado al mal, tarde o temprano comprenderemos la eficacia de la plegaria en todas las circunstancias. Por más ineficaz que pueda parecernos a primera vista, lo cierto es que la oración posee en sí misma los gérmenes que predisponen al Espíritu en el sentido del bien, en caso de que no sea asimilada con rapidez. Por consi-

guiente, sería un error que nos desanimáramos por no obtener de ella un resultado inmediato.

11. Cuando este Espíritu reencarne, ¿en qué categoría se encontrará?

R. Eso dependerá de él y del arrepentimiento que experimente.

Una serie de conversaciones con este Espíritu dieron como resultado una notable transformación en su estado moral. A continuación constan algunas de sus respuestas.

12. ¿Por qué no habéis podido escribir desde la primera vez que os evocamos?

R. Porque no quería hacerlo.

[12a] - Pero ¿por qué no queríais?

R. Por ignorancia y embrutecimiento.

13. ¿Podéis dejar ahora, si es vuestra voluntad, la casa de Castelnaudary?

R. Se me permite dejarla porque aprovecho vuestros buenos consejos.

[13a] - ¿Experimentáis algún alivio con eso?

R. Comienzo a tener esperanza.

14. Si nos fuera posible veros, ¿cuál sería vuestra apariencia?

R. Me veríais con la camisa, pero sin el puñal.

[14a] - ¿Por qué razón ya no tenéis el puñal? ¿Qué fin le habéis dado?

R. Ahora lo maldigo; por eso *Dios me ha eximido de su visión*.

15. Si el hijo del Sr. D… (el que recibió la bofetada) volviese a aquella casa, ¿le harías algún daño?

R. No, porque estoy arrepentido.

[15a] - ¿Y si él todavía pretendiese desafiaros?

R. ¡Oh! ¡No me hagáis esa pregunta! Yo no podría dominarme; eso sería superior a mis fuerzas… pues no soy más que un miserable.

16. ¿Divisáis el fin de vuestras penas?

R. ¡Oh!, todavía no. No obstante, ya es mucho para mí el hecho de saber, gracias a vuestra intercesión, que no durarán eternamente.

17. ¿Tendríais la bondad de describir vuestra situación antes de que os evocáramos por primera vez? Comprended que os preguntamos eso para saber de qué modo podríamos ayudaros, y no por simple curiosidad.

R. Ya os lo he dicho. No tenía conciencia de nada en el mundo, excepto de mi crimen, y sólo podía abandonar la casa en que lo cometí para elevarme en el espacio, donde alrededor mío todo era soledad y tinieblas. No podría daros una idea de ese estado, porque nunca he logrado comprender lo que ocurría. Cuando me elevaba en el espacio todo era negro y vacío; no sé qué era eso. Hoy, mi remordimiento es mucho mayor, y ya no estoy obligado a permanecer en esa casa fatal. Se me permite deambular en la Tierra, y hacer el intento de esclarecerme a través de lo que observo. Tengo una mejor comprensión de la atrocidad de mis crímenes. Si sufro menos por un lado, por otro aumenta la tortura de mis remordimientos. Pero al menos tengo esperanza.

18. Si tuvieseis que volver a tomar una existencia corporal, ¿cuál elegiríais?

R. Aún no he visto lo suficiente ni reflexionado acerca de eso como para saberlo.

19. Durante vuestro prolongado aislamiento –casi podríamos decir cautiverio–, ¿habéis experimentado algún remordimiento?

R. Ni el más mínimo; por eso sufrí tanto tiempo. Sólo cuando comencé a experimentarlo, sin que me diera cuenta, surgieron las circunstancias que determinaron que vosotros me evocarais, a lo cual debo el comienzo de mi liberación. Gracias, pues, a vosotros, que habéis tenido piedad de mí y me habéis esclarecido.

Esta evocación nada tiene de casual. Como debía ser de utilidad para ese desdichado, visto que comenzaba a comprender la atrocidad de su crimen, los Espíritus que velaban por él creyeron que era el momento de proporcionarle ese socorro eficaz, de modo que ocasionaron las circunstancias propicias para que así fuera. Este es un hecho que hemos visto repetirse con mucha frecuencia.

Se nos ha preguntado, en ese sentido, qué habría sido de este Espíritu si no se lo hubiera evocado, así como de todos los Espíritus sufridores que no pueden comunicarse o en los que nadie piensa. Hemos respondido que los recursos con que Dios cuenta para la salvación de sus criaturas son innumerables: la evocación es uno de ellos, pero por cierto no es el único medio de asistencia, dado que Él no olvida a ninguna de sus criaturas. Además, las plegarias colectivas deben ejercer su cuota de influencia sobre los Espíritus accesibles al arrepentimiento.

Dios no podía subordinar el destino de los Espíritus sufridores a los conocimientos y a la buena voluntad de los hombres. Con todo, a partir de que estos consiguieron establecer relaciones regulares con el mundo invisible, una de las primeras consecuencias del espiritismo ha sido enseñarles los servicios que, por medio de esas relaciones, pueden prestar a sus hermanos desencarnados. Dios ha querido, por ese medio, darles una prueba de la solidaridad que existe entre todos los seres del universo, y presentar una ley de la naturaleza como base para el principio de la fraternidad. Al abrir ese nuevo campo al ejercicio de la caridad, Dios muestra a los hombres el lado verdaderamente útil y serio de las evocaciones, pues hasta entonces la ignorancia y la superstición las habían apartado de su objetivo providencial. Así pues, en ninguna época los Espíritus sufridores han carecido de auxilio, y si las evocaciones les proporcionan una nueva vía de salvación, tal vez los encarnados las aprovechen más aún, porque les proporcionan nuevas oportunidades para hacer el bien y, al mismo tiempo, los instruyen sobre las verdaderas condiciones de la vida futura.

Jacques Latour

(Asesino, condenado por el Tribunal de Foix,
y ejecutado en septiembre de 1864.)

En una reunión espírita privada, de cerca de ocho personas, que tuvo lugar en Bruselas, el 13 de septiembre de 1864,

y en la cual estuvimos presentes, se solicitó a una médium que tomase el lápiz para escribir. Sin que se hubiera hecho ninguna evocación especial, la médium comenzó a trazar, con una agitación extraordinaria, en caracteres muy grandes y rasgando violentamente el papel, las siguientes palabras:

"¡Me arrepiento! ¡Me arrepiento! Latour."

Sorprendidos por esta inesperada comunicación, que no había sido provocada, puesto que nadie había pensado en ese desdichado, cuya muerte hasta entonces era ignorada por buena parte de los presentes, dirigimos al Espíritu palabras de aliento y compasión, y luego le hicimos esta pregunta:

"¿Qué motivo os llevó a manifestaros aquí, y no en otro lugar, ya que no os hemos evocado?"

La intermediaria, que también era una excelente médium parlante, respondió a viva voz lo que le transmitía el Espíritu:

"Vi que sois almas compasivas y que tendríais piedad de mí, mientras que otros me evocaban más por curiosidad que por verdadera caridad, o bien se apartaban de mí horrorizados."

A continuación comenzó una escena indescriptible que no duró menos de media hora. La médium asoció a la palabra los gestos y la expresión de la fisonomía, de modo que se hizo patente la identificación del Espíritu con su persona. En algunos momentos, los acentos de desesperación eran tan desgarradores que expresaban con gran intensidad su angustia y sus padecimientos. El tono de la voz era tan compungido, y sus súplicas tan vehementes, que todos los presentes quedamos profundamente conmovidos.

Incluso hubo quienes se aterrorizaron por la sobreexcitación de la médium, pero nosotros sabíamos que un Espíritu

arrepentido, que implora piedad, no podría ofrecer ningún peligro. Si él se valió de los órganos de la médium, fue porque deseaba describir con más claridad su situación, a fin de que nos interesáramos más por su suerte, y no como los Espíritus obsesores y posesores, que tienden a apoderarse de los médiums para dominarlos. No cabe duda de que esa manifestación le fue permitida para su propio bien, y probablemente también para instrucción de los presentes.

El Espíritu exclamaba: "¡Oh, sí, piedad! ¡Necesito mucho de ella, pues no sabéis cuánto sufro…! No, no lo sabéis, y no podréis comprenderlo… ¡Es horrible…! ¡La guillotina! ¿Qué vale la guillotina comparada con este sufrimiento actual? ¡Nada! Es un instante. Pero este fuego que me devora es peor, es una muerte continua. Es un sufrimiento sin treguas ni reposo… ¡No tiene fin!

"Y mis víctimas están ahí, alrededor mío… para mostrarme sus heridas… ¡Me persiguen con sus miradas…! Están ahí, y las veo a todas… ¡Sí, a todas…! ¡Las veo a todas y no puedo escaparme…! ¡Y este mar de sangre…! ¡Y este oro manchado de sangre…! Todo está ahí… todo… siempre ante mis ojos. ¿No sentís el olor de la sangre…? ¡Sangre, siempre sangre…! Y las pobres víctimas que me imploran…, y yo las hiero… las hiero una y otra vez, siempre… ¡despiadadamente…! ¡La sangre me embriaga!

"Creía que después de la muerte todo habría terminado; por eso afronté el suplicio y al propio Dios, ¡y renegué de Él…! Con todo, cuando me consideraba aniquilado para siempre, qué terrible despertar… ¡Oh, sí, terrible…! Me veía rodeado de cadáveres, de espectros amenazadores… Caminaba con los pies en la sangre… ¡Creía que había muerto, pero estoy vivo…! ¡Vivo para que se repita todo eso! ¡Para verlo

incesantemente…! ¡Es horrendo! ¡Es horrible! ¡Más horrible que todos los suplicios de la Tierra!

"¡Oh! ¡Si todos los hombres pudieran saber lo que hay más allá de la vida, sabrían también cuánto cuestan las consecuencias del mal! ¡Por cierto, no habría más asesinos, ni criminales, ni malhechores! Quisiera que todos los asesinos pudieran ver lo que yo veo, y lo que sufro… ¡Oh! ¡Entonces dejarían de serlo, porque este sufrimiento es demasiado horrible!

"Sé perfectamente que lo he merecido, ¡oh, Dios mío!, porque tampoco tuve compasión de mis víctimas. Rechazaba sus manos suplicantes cuando imploraban que fuera indulgente. ¡Sí, he sido cruel, las he matado cobardemente para robarles su oro…! ¡He sido impío y además he blasfemado, renegando de Vuestro sagrado nombre…! *He tratado de engañarme; quería convencerme de que no existíais*… ¡Oh, Dios mío, soy un terrible criminal! Ahora lo comprendo. Pero… ¿tendréis piedad de mí…? ¡Sois Dios, es decir, la bondad, la misericordia! ¡Sois todopoderoso!

"¡Piedad, Señor! ¡oh! ¡Piedad! ¡Piedad! Os lo suplico, no seáis inexorable; liberadme de estas miradas odiosas, de estos espectros horribles… de esta sangre… de mis víctimas, *cuyas miradas, como puñaladas, me atraviesan el corazón*.

"Vosotros que estáis aquí, que me escucháis, vosotros sois bondadosos, sois almas caritativas. Así es, lo veo, sé que tenéis piedad de mí, ¿no es verdad? Rogaréis por mí… ¡Oh! ¡Os lo suplico, no me rechacéis! Pediréis a Dios que quite de mi vista este horrible espectáculo. Él os escuchará, porque sois buenos… Os lo imploro, no me rechacéis como yo he rechazado a los otros... ¡Rogad por mí!"

Los presentes, sensibilizados por tanto dolor, le dirigieron palabras de aliento y consuelo. "Dios –le dijeron– no es inflexible, y exige del culpable un arrepentimiento sincero, junto con el deseo de reparar el mal que ha cometido. Puesto que vuestro corazón no está petrificado, y que le pedís el perdón de vuestros crímenes, su misericordia habrá de descender sobre vos, toda vez que perseveréis en la buena resolución de reparar el mal que habéis hecho. Por cierto, no podéis restituir a vuestras víctimas la vida que les habéis arrancado. No obstante, si lo imploráis con fervor, Dios habrá de permitir que os encontréis en una nueva existencia, en la que podréis demostrarles tanta devoción como la crueldad del mal que les habéis hecho. Y cuando Él juzgue que la reparación ha sido suficiente, entraréis en Su gracia. De ese modo, la duración de vuestro castigo está en vuestras manos, y depende de vos abreviarla. Nos comprometemos a ayudaros con nuestras plegarias, y a invocar para vos la asistencia de los Espíritus buenos. Vamos a pronunciar en vuestro favor la plegaria contenida en *El Evangelio según el espiritismo*, destinada a los Espíritus sufridores y arrepentidos. No pronunciaremos la que se refiere a los Espíritus malos, porque desde que os habéis arrepentido, desde que imploráis a Dios y habéis renunciado al mal, sois para nosotros un Espíritu desdichado, pero no malo".

Realizada esa plegaria, y luego de algunos instantes de calma, el Espíritu continuó:

"¡Gracias, Dios mío…! ¡Oh, gracias! Habéis tenido piedad de mí… Los horribles espectros se alejan… No me abandonéis… Enviadme vuestros Espíritus buenos para que me sostengan… Gracias."

Después de esta escena, la médium quedó extenuada durante algunos minutos. Se la veía abatida, y sus miembros

estaban doloridos. Al principio apenas tuvo una vaga idea de lo ocurrido, pero poco a poco fue recordando algunas de las palabras que pronunció sin habérselo propuesto. Entonces comprendió que no era ella quien se había expresado.

Al día siguiente, en una nueva reunión, el Espíritu volvió a manifestarse, y reanudó apenas por algunos minutos la escena del día anterior, con la misma gesticulación y la misma expresividad, aunque con menos violencia. Después, a través de la misma médium, escribió con agitación febril las siguientes palabras:

"Gracias por vuestras plegarias. Ahora experimento una mejoría notable. He orado con tanto fervor que Dios me ha concedido un alivio momentáneo. No obstante, aún tendré que ver a mis víctimas… ¡Aquí están! ¡Aquí están…! ¿Veis esta sangre…?"

(Entonces se repitió la plegaria de la víspera. El Espíritu continuó, dirigiéndose a la médium:)

"Perdonadme, porque me he apoderado de vos. Gracias por el alivio que proporcionáis a mis padecimientos. Perdonad el mal que os he ocasionado, pero tengo necesidad de comunicarme, y sólo vos podéis…

"¡Gracias! ¡Gracias! Ya siento algo de alivio, si bien no he llegado al final de mis pruebas. Pronto volverán mis víctimas. Soy merecedor de ese castigo; pero, Dios mío, sed indulgente.

"Todos vosotros, orad por mí, por piedad."

Latour

Es imposible ignorar la profundidad y la elevada significación de algunas de las frases que esta comunicación

contiene. Además, muestra uno de los aspectos del mundo de los Espíritus castigados, y sobre el cual, no obstante, se extiende la misericordia divina. La alegoría mitológica de las Euménides no es tan ridícula como pareciera, y los demonios, verdugos oficiales del mundo invisible, que las sustituyen en las creencias modernas con sus cuernos y tridentes, son menos racionales que esas víctimas que sirven ellas mismas para castigo del culpable.

Si se admite la identidad de este Espíritu, tal vez cause sorpresa el cambio tan abrupto de su estado moral. Es el caso de lo que ya hemos señalado en otra oportunidad, en cuanto a que muchas veces un Espíritu brutalmente malo puede tener mejores aptitudes que el que está dominado por el orgullo y que por eso oculta sus vicios bajo el velo de la hipocresía. Ese retorno veloz a mejores sentimientos indica una naturaleza más salvaje que perversa, a la cual sólo le faltaba una buena orientación. Si comparamos su lenguaje con el de otro criminal, al que nos referiremos seguidamente bajo el epígrafe *Un castigo mediante la luz*, es fácil descubrir cuál de los dos está más adelantado moralmente, a pesar de sus diferencias en cuanto a su instrucción y su posición social. El uno obedece al natural instinto de ferocidad, a una especie de sobreexcitación; mientras que el otro plasma, al perpetrar sus crímenes, la calma y la sangre fría características de las paulatinas y obstinadas maquinaciones, afrontando incluso, después de su muerte, el castigo por orgullo. Este sufre, pero no lo confiesa; en tanto que aquel se somete de inmediato. Con el mismo criterio, también podemos prever cuál de ellos sufrirá durante más tiempo.

Un miembro de la Sociedad Espírita de París, que había orado por este desventurado Espíritu, al evocarlo obtuvo las siguientes comunicaciones, en diferentes oportunidades:

I

Fui evocado casi inmediatamente después de mi muerte, aunque no he podido manifestarme tan pronto, de modo que algunos Espíritus livianos tomaron mi nombre y aprovecharon la oportunidad. Durante la estadía en Bruselas del presidente de la Sociedad de París, y con el permiso de los Espíritus superiores, pude comunicarme.

Volveré a manifestarme en aquella Sociedad, a fin de hacer revelaciones que serán el comienzo de la reparación de mis faltas, y podrán también servir de enseñanza a todos los criminales que las lean y reflexionen sobre la exposición de mis padecimientos.

Las narraciones de las penas infernales hacen poco efecto en los Espíritus culpables. Solamente los niños y los hombres débiles se asustan con esas imágenes espeluznantes. Ahora bien, un malhechor avezado no es un Espíritu pusilánime, de modo que el temor que inspira un policía es para él más real que la descripción de los tormentos del Infierno. Esa es la razón por la cual todos aquellos que lean mis dictados se conmoverán con mis palabras y mis padecimientos, que no son ficciones. No existe un solo sacerdote que pueda decir: "He visto lo que vos experimentáis. He presenciado las torturas de los condenados". En cambio, yo sí puedo deciros: "Esto es lo que sucedió después de la muerte de mi cuerpo. ¡Tuve una enorme decepción al reconocer que no había muerto, como

yo suponía, y que eso que había considerado como el final de mis suplicios, era el comienzo de otras indescriptibles torturas!" Entonces, más de un hombre se detendrá al borde del abismo en el que iba a precipitarse, y cada uno de los desdichados a los que yo haya desviado de la senda del crimen contribuirá al rescate mis faltas. Así es como del mal surge el bien, y como la bondad de Dios se pone de manifiesto en todas partes, tanto en la Tierra como en el espacio.

Se me ha permitido liberarme de la vista de mis víctimas, transformadas en mis verdugos, para comunicarme con vosotros. No obstante, cuando me retire, volveré a verlas, y esa sola idea me causa tal sufrimiento que no sabría cómo describirlo. Soy feliz cuando me evocan, porque de ese modo dejo mi infierno por algunos instantes. Orad siempre por mí. Orad al Señor para que consiga liberarme de la visión de mis víctimas.

¡Sí, oremos juntos, la plegaria hace tanto bien…! Estoy más aliviado; no siento tanto el peso del fardo que me agobia. Veo un rayo de esperanza que brilla delante de mis ojos, y lleno de arrepentimiento, exclamo: ¡Bendita sea la mano de Dios, y que se cumpla su voluntad!

II

El médium. En lugar de pedir a Dios que os libere de la vista de vuestras víctimas, os invito a orar conmigo para que os dé la fuerza necesaria, a fin de que soportéis esa tortura expiatoria.

Latour. Preferiría quedar liberado de esas miradas. ¡Si supieseis cuánto sufro! El hombre más insensible terminaría por conmoverse si pudiera ver impresos en mi rostro, como

a fuego, los padecimientos de mi alma. No obstante, haré lo que me aconsejáis. Comprendo que ese es un medio para que expíe más rápidamente mis faltas. Es como una operación dolorosa que debe curar el cuerpo gravemente enfermo.

¡Ah, si los culpables de la Tierra pudiesen verme! ¡Quedarían aterrados por las consecuencias de sus crímenes; de esos crímenes que, ignorados por los hombres, son vistos por los Espíritus! ¡Qué fatal es la ignorancia para tantas personas!

¡Qué responsabilidad asumen aquellos que niegan la instrucción a las clases pobres de la sociedad! Creen que con la policía y los soldados se previenen los crímenes. ¡Qué gran error cometen!

III

Los padecimientos que sufro son terribles, pero desde que oráis por mí me siento confortado por los Espíritus buenos, que me recomiendan que tenga esperanza. Comprendo la eficacia del remedio heroico que me habéis aconsejado, y le pido al Señor que me conceda fuerzas para soportar esta dura expiación, que es idéntica –os lo aseguro– al mal que he hecho en la Tierra. No pretendo justificar mis atrocidades, pero para ninguna de mis víctimas ha existido el dolor, salvo en algunos instantes de espanto que precedieron a la muerte causada por mis crímenes, de modo que aquellas que habían concluido la prueba terrenal fueron a recibir la recompensa que las aguardaba. Yo, en cambio, a mi regreso al mundo de los Espíritus, no he dejado de sufrir los dolores infernales, excepto en los breves instantes en que me he comunicado.

Pese a los cuadros terroríficos que pintan para mostrar las penas de los réprobos, los sacerdotes sólo tienen una noción muy pálida de los verdaderos sufrimientos que la justicia de Dios reserva a aquellos de sus hijos que han sido infractores de la ley de amor y caridad. ¿Cómo es posible que obliguen a las personas sensatas a creer que el alma, es decir, algo inmaterial, puede sufrir al contacto con el fuego material? Es absurdo, y por eso hay tantos criminales que se burlan de esas escenas fantasiosas del Infierno. Con todo, no ocurre lo mismo con el dolor moral que el condenado padece después de la muerte física.

Orad por mí, a fin de que la desesperación no se apodere de mi alma.

IV

Estoy muy agradecido por la perspectiva del futuro que me hacéis vislumbrar, un futuro glorioso al cual accederé cuando me haya purificado. Sufro mucho, pero parecería que mis padecimientos disminuyen. No puedo creer que en el mundo de los Espíritus el dolor disminuya poco a poco, a fuerza de hábito. Lo que comprendo es que vuestras saludables plegarias han aumentado mis fuerzas, y *aunque mis dolores son los mismos, sufro menos, dado que la fuerza de que dispongo es mayor*.

Mi pensamiento se traslada hasta mi última existencia y se detiene ante las faltas que habría evitado si hubiese sabido orar. Hoy comprendo la eficacia de la oración, así como el valor de esas mujeres honestas y piadosas, débiles por la carne pero fuertes por su fe. Comprendo ese misterio que ignoran los falsos sabios de la Tierra. ¡Plegaria! Palabra que de por sí

provoca la risa de los espíritus fuertes[33]. ¡Los espero aquí, en el mundo de los Espíritus, y cuando el velo que les oculta la verdad se rasgue para ellos, entonces vendrán a prosternarse a los pies del Eterno, al que han despreciado, y serán dichosos de humillarse para alcanzar la liberación de sus crímenes y pecados! ¡Sólo así comprenderán la virtud de la plegaria!

¡Orar es amar, y amar es orar! Entonces, ellos amarán al Señor y le dirigirán plegarias de amor y reconocimiento. Regenerados por el sufrimiento –dado que deberán sufrir–, rogarán, como yo lo hago, a fin de obtener la fortaleza necesaria para la expiación. Y cuando hayan cesado de sufrir, orarán una vez más para agradecer al Señor el perdón a que se han hecho merecedores por su sumisión y su resignación. Oremos, hermano, para que me fortalezca más…

¡Oh! Gracias, hermano, por vuestra caridad, porque estoy perdonado. Dios me libera de la mirada de mis víctimas. ¡Oh, Dios mío! ¡Bendito seáis por toda la eternidad y por la gracia que me concedéis! ¡Oh, Dios mío! Siento la atrocidad de mis crímenes y me inclino ante vuestra omnipotencia. ¡Señor!, os amo con todo mi corazón y os suplico la gracia de que me permitáis, cuando vuestra voluntad lo disponga, sufrir nuevas pruebas en la Tierra, y regresar a ella como misionero de la paz y la caridad, para enseñar a los niños a que pronuncien vuestro nombre con respeto. Os solicito que se me conceda la posibilidad de enseñarles a que os amen, a vos, que sois el Padre de todas las criaturas. ¡Oh, gracias Dios mío! Soy un Espíritu arrepentido, y mi arrepentimiento es sincero. Os amo, tanto como mi corazón impuro lo permite, con ese sentimiento que

33. *Esprit fort*: Incrédulo. Persona que se jacta de no adherir a las ideas aceptadas por la mayoría, especialmente en materia de religión. (N. del T.)

es pura emanación de vuestra divinidad. Oremos, hermano, porque mi corazón rebosa de gratitud. Estoy libre, he roto mis cadenas. Ya no soy un réprobo: soy un Espíritu que sufre, pero arrepentido, y quisiera que mi ejemplo pudiese frenar en los umbrales del crimen a todas esas manos asesinas que veo dispuestas a levantarse. ¡Oh! Atrás, hermanos, retroceded, porque las torturas que preparáis para vosotros mismos son atroces. No supongáis que el Señor habrá de conmoverse tan rápidamente ante la plegaria de sus hijos. Os esperan siglos de torturas.

(*El guía del médium.*) Dices que no comprendes las palabras del Espíritu. Procura tener una idea de su emoción y su reconocimiento hacia el Señor, cosa que él no cree poder testimoniar mejor que tratando de disuadir a todos esos criminales a quienes él ve y a los que tú no puedes ver. Este Espíritu quisiera que sus palabras llegaran hasta ellos, pero lo que no te ha dicho, porque lo ignora todavía, es que se le permitirá iniciar misiones con fines de reparación. Irá hasta donde se hallan sus cómplices, con el propósito de inspirarlos para que se arrepientan, y podrá introducir en sus corazones el germen del remordimiento. A menudo se observa en la Tierra a personas, a las que se considera honradas, que se arrojan de rodillas a los pies de algún sacerdote para confesarle un crimen. El remordimiento es el que los impulsa a confesar su falta. Y si se disipara el velo que oculta a tus ojos el mundo invisible, podrías ver muchas veces al Espíritu cómplice o instigador de un asesinato –así como lo hará Jacques Latour– inspirando el remordimiento a un Espíritu encarnado, porque ansía reparar su propia falta.

Tu guía protector

Con posterioridad, la médium de Bruselas que había recibido el primer mensaje de Latour, obtuvo la siguiente comunicación:

"No temáis por mí. Estoy más tranquilo, aunque todavía sufro. Al ver mi arrepentimiento, Dios se ha compadecido de mí. Ahora *sufro a causa de ese arrepentimiento, que me ha revelado la atrocidad de mis crímenes*.

"Si en la vida hubiera sido guiado correctamente, jamás habría practicado el mal que hice. En cambio, sin ningún freno que los reprimiera, obedecí a mis instintos. Si todos los hombres pensaran más en Dios, o si al menos creyeran en Él, no cometerían faltas semejantes.

"Pero la justicia de los hombres es deficiente. Por una falta, a veces leve, se encierra al hombre en la cárcel, que siempre es un lugar de perdición y perversidad. De ahí sale completamente corrompido por los malos ejemplos y los consejos perjudiciales que recibió. Y en caso de que su naturaleza sea buena y fuerte para resistir, cuando salga de la prisión encontrará puertas cerradas, manos que esquivan las suyas, corazones honrados que lo rechazan. ¿Qué le queda entonces? El desprecio y la miseria, el abandono y la desesperación, pese a que dispone de buenas resoluciones en el sentido de corregirse. Entonces la miseria lo conduce a situaciones extremas, y también él comienza a despreciar a sus semejantes, a odiarlos. Pierde la conciencia del bien y del mal, porque se ve repudiado a pesar de que ha tomado la decisión de ser un hombre honesto. Roba para procurarse lo necesario. A veces mata, y después… ¡la guillotina!

"Dios mío, en el momento en que voy a ser presa de mis alucinaciones, siento que tu mano se extiende sobre mí; siento que tu bondad me envuelve y me protege. ¡Gracias, Dios

mío! En mi próxima existencia emplearé toda mi inteligencia para socorrer a los desdichados que han sucumbido, a fin de preservarlos de la ruina.

"Gracias a ti, que no te rehúsas a comunicarte conmigo. No temas, pues ya ves que no soy malo. Cuando pienses en mí, no me imagines conforme al retrato que has visto, sino como a una pobre alma afligida que agradece tu indulgencia.

"Adiós; evócame nuevamente y pídele a Dios por mí."

Latour

Estudio sobre el Espíritu de Jacques Latour

"Sufro –afirma este Espíritu– a causa de ese arrepentimiento, que me ha revelado la atrocidad de mis crímenes". Esta frase contiene un pensamiento profundo. E1 Espíritu sólo comprende la gravedad de sus faltas cuando se arrepiente. El arrepentimiento acarrea la aflicción, el remordimiento, ese sentimiento doloroso que constituyen la transición del mal al bien, de la enfermedad moral a la salud moral. Para evadir ese proceso los Espíritus perversos se rebelan contra la voz de la conciencia, como esos enfermos que rechazan el medicamento que habrá de curarlos. De ese modo procuran engañarse, aturdirse y persistir en el mal. Latour llegó a ese período en que la obstinación termina por ceder. El remordimiento ha penetrado en su corazón; el arrepentimiento lo asedia. Él comprende la dimensión del mal que ha hecho; ve su degradación y sufre a causa de ella. Por eso expresa: "Sufro a causa de ese arrepentimiento". En su precedente existencia debe de haber sido peor que en la última, porque si se hubiera

arrepentido como lo ha hecho ahora, su vida habría sido mejor. Las resoluciones que ahora adopta influirán en su próxima existencia terrenal. La encarnación que acaba de dejar, por más criminal que haya sido, ha señalado para él una etapa de progreso. Es más que probable que antes de comenzarla él haya sido, en la erraticidad, uno de esos numerosos Espíritus malvados y rebeldes, obstinados en el mal.

Muchas personas nos han preguntado cuál es el beneficio que se puede extraer de las existencias pasadas, visto que no nos acordamos de lo que en ellas hemos sido ni de lo que hemos hecho.

Esta cuestión ha quedado completamente resuelta, por el hecho de que, si el mal que cometimos está superado, a tal punto que no nos queda ningún vestigio de él en el corazón, recordarlo sería inútil, pues ya no necesitaríamos preocuparnos por eso. En cuanto a los males de los que no nos hemos despojado por completo, los reconocemos a través de nuestras tendencias actuales, y hacia ellas debemos dirigir toda nuestra atención. Basta con saber lo que somos, sin que sea necesario saber lo que hemos sido.

Si consideramos cuántas dificultades para rehabilitarse encuentra durante la vida el culpable más arrepentido, así como las reprobaciones de que se vuelve objeto, debemos loar a Dios por haber arrojado un velo sobre el pasado. Si Latour hubiera sido condenado por un tiempo limitado, e incluso si hubiese sido absuelto, sus antecedentes habrían provocado el rechazo de la sociedad. ¿Quién lo hubiese admitido en su vida privada, a pesar de su arrepentimiento? En la actualidad, los sentimientos que manifiesta como Espíritu nos proporcionan la esperanza de que, en la próxima existencia terrenal, llegue a ser un hombre honrado, estimado y reconocido. Ahora bien,

supongamos que en esa existencia se sepa que ese hombre honesto ha sido Latour: la reprobación todavía lo perseguiría. Por consiguiente, el velo colocado sobre su pasado le abre las puertas de la rehabilitación, porque podrá sin temor y sin recato codearse con las personas más honestas. ¡Cuántos hay que desearían poder borrar a cualquier precio de la memoria de los hombres ciertas épocas de su propia vida!

¡Buscad una doctrina que se concilie mejor que esta con la bondad y la justicia de Dios! Además, esta doctrina no es una teoría, sino el resultado de observaciones. Los espíritas no la imaginaron, sino que han visto y observado las diferentes situaciones en que se presentan los Espíritus; luego procuraron explicarlas, y de esa explicación surgió la doctrina espírita. Si ellos la han aceptado, eso se debe a que es el resultado de los hechos, además de que les ha parecido más racional que todas las enunciadas hasta la fecha sobre el porvenir del alma.

No se puede negar en estas comunicaciones una elevada enseñanza moral. El Espíritu podría haber sido ayudado, e incluso debió ser ayudado, en esas reflexiones, y sobre todo en la elección de sus expresiones, por otros Espíritus más adelantados. No obstante, en estos casos, esos Espíritus sólo influyen en la forma pero no en el contenido, y nunca hacen que el Espíritu inferior se ponga en contradicción consigo mismo. Así pues, es probable que hayan poetizado en Latour la forma de expresar su arrepentimiento, pero no que hayan hecho que exprese el arrepentimiento contra su voluntad, porque el Espíritu tiene su libre albedrío. En Latour vieron el germen de los buenos sentimientos, y por esa razón lo ayudaron a expresarse, de modo tal que contribuyeron a que se desarrollen, a la vez que imploraron conmiseración a su favor.

¿Hay algo más sorprendente, más moralizador y capaz de impresionar más vivamente, que el espectáculo de este terrible criminal arrepentido, desahogando su desesperación y sus remordimientos? ¿Hay algo más sobrecogedor que verlo en medio de sus torturas, perseguido constantemente por la mirada de sus víctimas, mientras eleva su pensamiento a Dios y le implora misericordia? ¿No es ese un ejemplo edificante para los culpables? Es comprensible la naturaleza de sus aflicciones: son racionales, terribles, aunque resultan simples y desprovistas de escenas fantasmagóricas.

Podría causar asombro una transformación tan radical en un hombre como Latour. Pero ¿por qué habría de ser inaccesible al arrepentimiento? ¿Por qué no habría de existir también en él una cuerda sensible? ¿Acaso el culpable debería consagrarse al mal por toda la eternidad? ¿No le llegaría, finalmente, un momento en que se hiciera la luz en su alma? Ese momento había llegado para Latour. Allí, precisamente, aparece el aspecto moral de sus comunicaciones: la conciencia que tiene de su situación, sus pesares, sus proyectos de reparación, que son eminentemente instructivos. ¿Qué habría de extraordinario en el hecho de que Latour se arrepintiera sinceramente antes de morir, y que dijera antes de su muerte lo que dijo después? ¿No hay al respecto innumerables ejemplos?

A juicio de los de su misma condición, la regeneración de Latour previa a la muerte habría pasado por debilidad. En cambio, esa voz que proviene de ultratumba es la revelación de aquello que les reserva el porvenir. Latour está compenetrado de la verdad absoluta cuando manifiesta que su ejemplo es más eficaz, para guiar a los culpables hacia el camino del bien, que la perspectiva de las llamas del Infierno, o incluso de la guillotina. Así pues, ¿por qué no se les imparten esas

ideas en las cárceles? Eso conduciría a que más de un criminal reflexionara, según nos consta por los muchos ejemplos que tenemos de ello. Pero ¿cómo se puede creer en la eficacia de las palabras de un muerto, si se considera que todo acaba con la muerte? No obstante, habrá de llegar el día en que se reconozca esta verdad: los muertos pueden venir a instruir a los vivos.

De esas comunicaciones se pueden extraer otras enseñanzas importantes. En primer lugar, la confirmación del principio de la eterna justicia, según el cual no basta con que el culpable se arrepienta para hacerse merecedor de ingresar en la categoría de los elegidos. El arrepentimiento es el primer paso hacia la rehabilitación, y atrae la misericordia divina. Es el preludio del perdón y del alivio de los padecimientos. No obstante, la absolución de Dios no es incondicional: es preciso que el culpable expíe y, por sobre todo, repare sus faltas. De ese modo lo entiende Latour, y a eso se predispone.

En segundo lugar, si comparamos a este criminal con el de Castelnaudary, veremos una gran diferencia en los castigos que ambos reciben. En este último el arrepentimiento fue más tardío y, por consiguiente, la pena tuvo más larga duración. Además, esa pena era casi material; mientras que para Latour el sufrimiento ha sido más bien moral, porque, como hemos dicho más arriba, existía una notable diferencia intelectual entre ellos. El otro necesitaba algo que pudiese herir sus sentidos obtusos. Sin embargo, las penas morales no son menos dolorosas para quienes alcanzaron el grado que se requiere para comprenderlas. Eso es lo que podemos deducir de las quejas de Latour: no son producto de la cólera, sino la expresión de sus remordimientos, seguidos de cerca por el arrepentimiento y el deseo de reparación, con vistas a su progreso.

Capítulo VII

Espíritus empedernidos

El castigo mediante la luz

En una de las sesiones de la Sociedad de París, en la que se había discutido el asunto de la turbación que por lo general sigue a la muerte, un Espíritu al cual nadie había mencionado, y al que no se pretendía evocar, se manifestó de manera espontánea por medio de la comunicación que aquí transcribimos. Aunque el mensaje no fue firmado, pronto se reconoció que se trataba del Espíritu de un peligroso criminal, al que la justicia humana acababa de condenar.

"¿Qué es lo que entendéis por turbación? ¿Para qué esas palabras sin sentido? Vosotros sois soñadores y utopistas. Ignoráis por completo el asunto del cual os ocupáis. No, señores, la turbación no existe, a no ser en vuestros cerebros. ¡Yo estoy absolutamente muerto, tan muerto como es posible, y me veo claramente a mí mismo, veo alrededor mío, por todas partes…! ¡La vida es una lúgubre comedia! ¡Son insensatos aquellos que se retiran del escenario antes de que caiga el telón…! La muerte es un terror, un castigo, un deseo, según la debilidad o la fortaleza de los que la temen, la afrontan o la imploran. ¡Para todos, es una amarga irrisión…! *La luz me*

ofusca, y penetra como una flecha aguda en la sutileza de mi ser… Me han castigado con las tinieblas de la cárcel, y han supuesto que me castigaban además con las tinieblas de la tumba, o con aquellas que las supersticiones católicas imaginan. ¡Pues bien! Sois vosotros, señores, los que padecéis la oscuridad, mientras que yo, un degradado social, me encuentro en un nivel superior al vuestro… ¡Quiero ser lo que soy…! Fuerte por el pensamiento, desdeño los consejos que zumban en mis oídos… Veo claro… ¡Un crimen! ¡No es más que una palabra! El crimen existe en todas partes. Cuando lo cometen las masas es motivo de glorificación; pero si se lo practica en forma individual es una vergüenza. ¡Qué absurdo!

"No pretendo que me lamenten… No os pido cosa alguna… Me basto a mí mismo, y habré de luchar contra *esa luz detestable*."

Aquel que ayer era un hombre

Esta comunicación fue analizada en la reunión siguiente, y se reconoció en el cinismo del lenguaje una importante enseñanza, así como se dedujo de la situación de ese desdichado una nueva fase del castigo reservado a los culpables. En efecto, mientras que algunos están sumidos en las tinieblas o en un absoluto aislamiento, otros padecen durante largos años las angustias que acompañan el momento de la muerte, o suponen que aún son de este mundo. En cambio, la luz brilla para este Espíritu, que goza en pleno de sus facultades. Sabe perfectamente que está muerto, y no se queja en absoluto. Por el contrario, rechaza todo tipo de asistencia e incluso manifiesta su desprecio tanto a las leyes divinas como a las humanas. ¿Significa esto que habrá de eludir el castigo? De ningún

modo, pues la justicia de Dios se cumple de todos modos, y lo que es motivo de alegría para algunos, constituye un tormento para otros. Así, la luz es para este Espíritu un suplicio que lo enerva, y él lo confiesa a pesar de su orgullo, cuando dice: "Me basto a mí mismo, y habré de luchar contra esa luz detestable", y también en esta otra frase: "La luz me ofusca, y penetra como una flecha aguda en la sutileza de mi ser". Estas palabras: *sutileza de mi ser*, son características. El Espíritu reconoce con ellas que su cuerpo es fluídico y que lo penetra una luz de la cual no puede escapar, una luz que lo traspasa como si fuera una flecha aguda.

Invitados a que emitieran su opinión al respecto, nuestros guías espirituales dictaron las tres comunicaciones siguientes, que son dignas de la mayor atención.

I

Desde el punto de vista de las existencias, en la erraticidad los Espíritus pueden ser considerados inactivos y a la expectativa. No obstante, aún así pueden expiar, siempre que su orgullo y su marcada obstinación en el error no los retenga en el camino de su ascensión progresiva. Habéis tenido al respecto un ejemplo terrible en la última comunicación de ese criminal despiadado, que lucha contra la justicia divina que llega a él después de la de los hombres. En ese caso, la expiación o, mejor dicho, el sufrimiento fatal que los oprime, en vez de serles provechoso e inculcarles la profunda significación de sus aflicciones, exacerba su rebeldía y da origen a las quejas que las Escrituras, con su poético lenguaje, denominan *rechinar de dientes*. Imagen por excelencia, se trata de la señal del

sufridor abatido, pero falto de sumisión, perdido a causa de su propio dolor, pero cuya rebeldía es aún de tal intensidad que se resiste a aceptar la verdad del castigo y de la recompensa.

Los grandes errores casi siempre continúan en el mundo de los Espíritus, como así también las grandes conciencias criminales. Insistir en esa actitud, a pesar de todo, y desafiar a lo Infinito, puede compararse a la ceguera de ese hombre que contempla las estrellas y las confunde con arabescos en un techo, tal como lo creían los galos en los tiempos de Alejandro.

¡El infinito moral existe! ¡Miserable y minúsculo es aquel que con el pretexto de proseguir las luchas y las fanfarronadas abyectas de la Tierra, no ve en el otro mundo más allá de lo que veía en este! ¡A él pertenecen la ceguera, el desprecio a los demás, el egoísta y mezquino sentimiento de la personalidad, y la obstrucción del progreso! ¡Oh, hombres! Es muy cierto que existe una concordancia secreta entre la inmortalidad de un nombre puro que quedó en la Tierra, y la inmortalidad que en efecto conservan los Espíritus a través de sus pruebas sucesivas.

Lamennais

II

Precipitar a un hombre en las tinieblas o en ondas de luz, ¿no produce el mismo resultado? Tanto en un caso como en el otro, ese hombre no ve nada de lo que lo rodea, e incluso habrá de habituarse con mayor facilidad a la sombra que a la monótona claridad eléctrica, en la cual probablemente esté inmerso. Así pues, el Espíritu que se ha comunicado en la última sesión expresa perfectamente la verdad de su situación cuando dice: "¡Oh! Sabré liberarme de esa luz detestable".

En efecto, esa luz es tanto más terrible, tanto más horrorosa, cuanto que lo traspasa por completo y devela sus más íntimos pensamientos. Este es uno de los aspectos más difíciles de su castigo espiritual. El Espíritu se encuentra, por así decirlo, encerrado dentro de la casa de cristal que solicitaba Sócrates; y de ahí deriva otra enseñanza, pues lo que hubiera constituido alegría y consuelo para el sabio, se transforma en castigo infamante e ininterrumpido para el perverso, para el criminal, para el parricida, amedrentado ante su propia personalidad.

Hijos míos, ¿comprendéis el sufrimiento y el terror que debe experimentar aquel que durante una siniestra existencia se complacía en calcular, en maquinar los más hediondos delitos en lo profundo de su ser, donde se refugiaba como una bestia en su guarida, mientras que hoy, expulsado de ese cubil íntimo, no puede eludir la mirada y la investigación de sus contemporáneos? ¡Luego de que le fue arrancada su máscara de impasibilidad, todos sus pensamientos se reflejan sucesivamente en su rostro!

En efecto, de aquí en adelante no habrá reposo ni asilo de ninguna clase para ese terrible criminal. Cada pensamiento malo –y sólo Dios sabe si su alma lo expresa– lo delata por fuera y por dentro, como impulsado por un choque eléctrico irresistible. Procura ocultarse de la multitud, pero la luz detestable lo deja expuesto continuamente. Quiere huir, desesperado, y retrocede en una carrera desenfrenada a través de los espacios inconmensurables; ¡y por todas partes la luz, las miradas escrutadoras! Y vuelve a correr en busca de la oscuridad, de la noche, ¡pero ni la oscuridad ni la noche existen para él! Pide ayuda a la muerte, pero la muerte no es más que una palabra carente de significado. ¡Y el desventurado huye siempre! *Va camino a la locura espiritual*. ¡Castigo tremendo,

dolor horrible en el que se debate para desembarazarse de sí mismo! Porque esa es la ley suprema más allá de la Tierra: el culpable busca por sí mismo el más inexorable de los castigos.

¿Cuánto tiempo durará ese estado? Hasta el momento en que su voluntad, por fin vencida, se doblegue forzada por el remordimiento, y su frente altiva se humille ante sus víctimas apaciguadas y ante los Espíritus de justicia. Observad, entonces, la lógica profunda de las leyes inmutables. De ese modo el Espíritu cumplirá lo que había escrito en aquella altiva comunicación, tan clara, tan lúcida y tan lamentablemente egoísta, comunicación que él os dio el viernes último, redactada mediante un acto de su propia voluntad.

Erasto

III

La justicia humana no repara en la individualidad de los seres que castiga. Mide el crimen por el crimen en sí, de modo que hiere indiscriminadamente a los infractores, y la misma pena alcanza al culpable sin que se haga distinción de sexos y sea cual fuere su educación. La justicia divina, en cambio, procede de otro modo: *sus castigos son proporcionales al grado de adelanto de los seres a los cuales se les aplican*. La igualdad de los crímenes no implica la igualdad entre los individuos. Dos hombres culpables del mismo delito pueden hallarse separados por la distancia de las pruebas, que sumergen a uno en la opacidad intelectual de los primeros círculos iniciales, mientras que el otro dispone, por haber superado esos círculos, de la lucidez que exime al Espíritu de la turbación. En este caso, el castigo no radica en las tinieblas, sino en la agudeza de la

luz espiritual, que traspasa la inteligencia terrestre y le hace sentir los padecimientos como si fueran una llaga viva.

Los seres desencarnados que persisten en la representación material de sus crímenes, sufren el choque de la electricidad física: padecen a través de los sentidos. Pero aquellos cuyo espíritu está más desmaterializado sufren un dolor muy superior, que con su raudal de angustias aniquila el recuerdo de los hechos y sólo permite que se conozcan sus causas.

Así pues, el hombre puede, a pesar de la criminalidad de sus acciones, poseer un adelanto interior, y mientras las pasiones lo impulsan a obrar como un irracional, sus facultades aguzadas lo elevan por encima de la densa atmósfera de las capas inferiores. La falta de mesura y el desequilibrio entre el progreso moral y el intelectual producen esas anomalías, muy frecuentes en las épocas de materialismo y transición.

Por consiguiente, la luz que tortura al Espíritu culpable es precisamente el rayo espiritual que inunda de claridad los recónditos ámbitos de su orgullo, descubriendo la vacuidad de su ser fragmentario. Ahí aparecen los primeros síntomas, las primeras angustias de la agonía espiritual, que presagian la separación o la disolución de los elementos intelectuales y materiales que componen la primitiva dualidad humana, llamados a desaparecer en la grandiosa unidad del ser completo.

Jean Reynaud

Estas tres comunicaciones, obtenidas de manera simultánea, se complementan recíprocamente. Presentan el castigo desde un nuevo aspecto, eminentemente filosófico y racional. Es probable que los Espíritus, dis-

puestos a tratar el asunto mediante un ejemplo, hayan provocado con ese objetivo la comunicación espontánea del Espíritu culpable.

A la par de este cuadro vivo, basado en un hecho concreto, expondremos, a fin de establecer un paralelo, el panorama que un predicador de Montreuil-sur-Mer trazó acerca del Infierno, durante la cuaresma de 1864:

"¡El fuego del Infierno es millones de veces más intenso que el de la Tierra, y si acaso uno de los cuerpos que arden en él sin consumirse fuese arrojado a nuestro planeta, lo apestaría de un extremo al otro! El Infierno es una extensa y sombría caverna, erizada de agudos clavos, de láminas de espadas aceradas, de láminas de navajas afiladísimas, sobre las cuales son arrojadas las almas de los condenados." (Véase la *Revista Espírita*, julio de 1864, pág. 199.)

Ángela, nulidad en la Tierra

(Burdeos, 1862.)

Con este nombre, un Espíritu se presentó espontáneamente al médium.

1. ¿Os habéis arrepentido de vuestras faltas?

R. No.

[1a] - Entonces, ¿por qué me habéis buscado?

R. Para experimentar.

[1b] - ¿Acaso sois feliz?

R. No.

[1c] - ¿Sufrís?

R. No.

[1d] - ¿Qué os falta entonces?

R. Paz.

Algunos Espíritus sólo consideran sufrimiento aquello que les recuerda sus dolores físicos, aunque admitan que su estado moral es intolerable.

2. ¿Cómo puede faltaros la paz en la vida espiritual?

R. Por una pena del pasado.

[2a] - La pena del pasado es remordimiento. Así pues, ¿estáis arrepentida?

R. No, es el temor al futuro lo que me preocupa.

[2b] - ¿A qué teméis?

R. A lo desconocido.

3. ¿Estáis dispuesta a decirme qué habéis hecho en vuestra última existencia? Eso tal vez me ayude a orientaros.

R. Nada.

4. ¿Cuál ha sido vuestra posición social?

R. Intermedia.

[4a] - ¿Estuvisteis casada?

R. Fui esposa y madre.

[4b] - ¿Cumplisteis con dedicación los deberes inherentes a esa doble responsabilidad?

R. No; tanto mi marido como mis hijos me fastidiaban.

5. ¿De qué modo habéis ocupado vuestra existencia?

R. Me divertía cuando estaba soltera y me hastiaba como casada.

[5a] - ¿Cuáles eran vuestras ocupaciones?

R. Ninguna.

[5b] - ¿Y quién cuidaba de vuestra casa?

R. La empleada doméstica.

6. ¿No debería atribuirse a esa pasividad la causa de vuestros pesares y temores?

R. Tal vez tengáis razón.

[6a] - No alcanza con que asintáis. Para reparar la infructuosidad de esa existencia, ¿queréis prestar ayuda a los Espíritus culpables que sufren alrededor vuestro?

R. ¿Cómo?

[6b] - Ayudándolos a mejorarse mediante vuestros consejos y vuestras plegarias.

R. Yo no sé orar.

[6c] - Oraremos juntos y aprenderéis, ¿de acuerdo?

R. No.

[6d] - ¿Por qué?

R. Es muy agotador.

Instrucciones del guía del médium

Te brindamos instrucciones y te mostramos los diversos grados de sufrimiento, así como la situación de los Espíritus condenados a la expiación a consecuencia de sus faltas.

Ángela era una de esas criaturas sin iniciativa, cuyas vidas son tan inútiles para los demás como para ellas mismas. Afecta sólo al placer, era incapaz de buscar en el estudio y en el cumplimiento de los deberes domésticos y sociales esas satisfacciones del corazón que pueden constituir el encanto de la vida, porque son de todas las épocas. Empleó su juventud exclusivamente en distracciones frívolas; y más tarde, cuando llegaron los deberes de mayor seriedad, *el mundo ya se le había convertido en un vacío, porque su corazón estaba vacío*. Sin defectos graves, pero sin buenas cualidades, fue la desdicha de su marido, y comprometió con su indolencia y su desatención el porvenir y el bienestar de sus propios hijos. Echó a perder sus corazones y su criterio, ya fuera con su ejemplo o a causa del abandono en que los dejó, confiándolos a criados a los que ni siquiera se tomaba el trabajo de escoger. Su vida fue improductiva y, por eso mismo, culpable, puesto que *el mal procede de la negligencia para con el bien*. Comprended, pues, que no es suficiente con que os abstengáis de cometer faltas, pues es preciso poner en práctica las virtudes que se les oponen. Estudiad los preceptos del Señor; meditadlos y compenetraos de que ellos, si bien hacen que os detengáis en la senda del mal, también os imponen que retrocedáis, a fin de que toméis el camino opuesto que conduce al bien. El mal es la antítesis del bien; por lo tanto, aquel que quiera evitar el primero, debe seguir el segundo, sin lo cual su vida se vuelve nula. Sus obras están muertas, y Dios, nuestro Padre, no es el Dios de los muertos, sino el de los vivos.

P. ¿Puedo saber cuál ha sido la penúltima existencia de Ángela? Es probable que la última haya sido la consecuencia de aquella.

R. Ella vivió en la indolencia beatífica, en la inutilidad de la vida monástica. Perezosa y egoísta por vocación, quiso experimentar la vida en familia, pero su Espíritu progresó muy poco. Invariablemente rechazó la voz interior que le indicaba el peligro; y como la inclinación era grata, prefirió abandonarse a ella antes que hacer el esfuerzo para evitarla desde el comienzo. Ahora vuelve a comprender el peligro que implica mantenerse en esa neutralidad, pero no se siente con fuerzas para intentar el menor esfuerzo a fin de superarla. Orad por ella, procurad despertarla. Haced que sus ojos se abran a la luz. Se trata de un deber, y no hay que desatender ningún deber.

El hombre fue creado para la actividad. La actividad del Espíritu es inherente a su esencia, mientras que la actividad del cuerpo es una necesidad. Cumplid, pues, las prescripciones de vuestra existencia, como Espíritus destinados a la paz eterna. Vuestro cuerpo, destinado al servicio del Espíritu, no es más que una máquina subordinada a la inteligencia. Trabajad, cultivad, pues, la inteligencia, de modo que dé un impulso saludable al instrumento que debe prestarle auxilio en el cumplimiento de su tarea. No le concedáis tregua ni reposo, y recordad que esa paz a la que aspiráis sólo se os concederá mediante el trabajo. Por consiguiente, cuanto más aplacéis el trabajo, tanto más durará para vosotros la ansiedad de la espera.

Trabajad, trabajad sin cesar. Dad cumplimiento a vuestros deberes sin excepción, con esmero, valor y perseverancia. La fe os sustentará. Aquel que desempeña a conciencia la tarea más ingrata y vil de vuestra sociedad, se halla cien veces más elevado a los ojos del Altísimo que aquel que impone esa tarea a los demás y desprecia la suya. Todas las tareas son peldaños para acceder al Cielo: no los quebréis al momento de apoyar

vuestros pies. Y contad con el auxilio de los amigos que tienden las manos y sostienen a aquellos que toman sus fuerzas del Señor.

Monod

Un Espíritu aburrido

(Burdeos, 1862.)

Este Espíritu se presenta espontáneamente al médium, y solicita que se ore por él.

1. ¿Qué os lleva a solicitarnos plegarias?

R. Estoy harto de errar sin un objetivo.

[1a] - ¿Hace mucho tiempo que estáis en esa situación?

R. Hace aproximadamente ciento ochenta años.

[1b] - ¿Qué habéis hecho en la Tierra?

R. Nada que haya sido bueno.

2. ¿Cuál es vuestra posición entre los Espíritus?

R. Estoy entre los aburridos.

[2a] - Pero eso no conforma una categoría.

R. Entre nosotros todo conforma una categoría. Cada sensación encuentra sus semejanzas o sus simpatías, que se agrupan.

3. ¿Por qué habéis permanecido tanto tiempo estancado, si no habéis sido condenado a sufrir?

R. Porque yo estaba condenado al aburrimiento, que entre nosotros es un sufrimiento. Todo lo que no es alegría, es dolor.

[3a] - ¿Entonces habéis sido forzado a permanecer en la erraticidad contra vuestra voluntad?

R. Hay causas demasiado sutiles para vuestra inteligencia material.

[3b] - Intentad explicármelo; así comenzaréis a beneficiaros vos mismo.

R. No lo conseguiría, pues me faltan términos para la comparación. Una vida desaprovechada en la Tierra le deja al Espíritu que la encarnó lo mismo que el fuego le deja al papel que ha consumido: chispas que recuerdan, a las cenizas todavía compactas, lo que estas han sido, la causa de su nacimiento, o, si lo prefieres, la causa de la destrucción del papel. Esas chispas son el recuerdo de los lazos terrenales que surcan el Espíritu, hasta que éste disperse las cenizas de su cuerpo. Sólo entonces, por ser una esencia etérea, el Espíritu toma conocimiento de sí mismo y anhela el progreso.

4. ¿Cuál pudo haber sido la causa de ese aburrimiento del que os quejáis?

R. Efecto de la existencia. El aburrimiento es hijo de la inacción. Como no supe aprovechar los largos años que pasé en la Tierra, las consecuencias se hacen sentir en este mundo.

5. Los Espíritus errantes como vos, de los cuales se ha apoderado el aburrimiento, ¿no pueden liberarse de ese estado siempre que se lo propongan?

R. No, no siempre, porque el aburrimiento paraliza la voluntad. Esos Espíritus sufren las consecuencias de la vida que han llevado. Fueron inútiles, no tuvieron ninguna iniciativa,

de modo que no encuentran entre ellos ninguna colaboración. Están abandonados a sí mismos hasta que el hastío propio de ese estado de neutralidad los conduce a desear el cambio. En ese momento, un mínimo impulso de su voluntad encuentra el apoyo y los buenos consejos que habrán de secundar sus esfuerzos y su perseverancia.

6. ¿Podéis contarme algo acerca de vuestra vida terrenal?

R. ¡Oh!, debes comprender que puedo decirte muy poco. El aburrimiento, la inutilidad y la inacción provienen de la pereza. La pereza, también, es madre de la ignorancia.

7. ¿Vuestras existencias anteriores no os sirvieron para progresar?

R. Sí, todas, pero adelanté muy poco, pues las unas eran reflejos de las otras. El progreso siempre existe, pero es tan imperceptible que no llegamos a apreciarlo.

8. Mientras estáis a la espera de una nueva existencia, ¿podríais acudir a mí con más frecuencia?

R. Evócame. Así me obligarás a venir y me harás un bien.

9. ¿Podéis decirme por qué vuestra caligrafía cambia tan a menudo?

R. Porque me haces muchas preguntas y eso me fatiga, de modo que necesito ayuda.

(*El guía del médium.*) El trabajo intelectual lo fatiga y nos obliga a prestarle nuestra ayuda, a fin de que pueda responder a tus preguntas. Es un ocioso del mundo de los Espíritus, de la misma manera que lo ha sido en el mundo terrenal. Lo hemos traído a ti para que intentes arrancarlo de esa apatía, de ese tedio que constituye un verdadero sufrimiento, a veces más penoso que los dolores agudos, dado que se puede prolongar indefinidamente. ¿Te imaginas la tortura que significa

la perspectiva de un aburrimiento interminable? La mayoría de los Espíritus de esa categoría *buscan la vida terrenal apenas como una distracción*, para interrumpir la insoportable monotonía de sus existencias espirituales. Por eso llegan a la Tierra tantas veces sin resoluciones definidas en el sentido del bien, y son obligados a comenzar nuevamente, hasta que por fin alcanzan el auténtico progreso.

Una ex reina de la India

(Muerta en Francia, en 1858.)

1. ¿Cuál ha sido vuestra sensación cuando abandonasteis la vida terrenal?

R. Es difícil explicarlo; todavía me afecta la turbación.

[1a] - ¿Sois feliz?

R. No.

[1b] - ¿Por qué no sois feliz?

R. - Siento nostalgia de la vida… no sé… experimento un cruel dolor, del cual la vida me habría liberado… quisiera que el cuerpo se levantara del sepulcro.

2. ¿Lamentáis el hecho de haber sido sepultada entre cristianos, y no en vuestro país?

R. Sí, la tierra de la India pesaría menos sobre mi cuerpo.

[2a] - ¿Qué opináis de las honras fúnebres que se rindieron a vuestros despojos?

R. No fueron gran cosa. Yo era una reina, y no todos se inclinaron ante mí… Dejadme… Me obligan a hablar… No quiero que sepáis lo que soy ahora… Sabed que he sido una reina.

3. Respetamos vuestra jerarquía, e insistimos para que nos respondáis con el propósito de instruirnos. ¿Confiáis en que vuestro hijo recupere más adelante los Estados de su padre?

R. ¡Por supuesto! Mi sangre reinará, porque es digna de hacerlo.

[3a] - ¿Atribuís a la restitución de vuestro hijo la misma importancia que le dabais en vida?

R. Mi sangre no puede mezclarse con la de la plebe.

4. No ha sido posible consignar en vuestro certificado de defunción el lugar de vuestro nacimiento. ¿Podríais decírnoslo ahora?

R. Soy oriunda de la sangre más noble de la India. Creo que nací en Delhi.

5. Vos, que habéis vivido entre los esplendores del lujo, rodeada de honores, ¿qué pensáis ahora de todo eso?

R. Que tengo derecho.

[5a] - Vuestra jerarquía terrenal, ¿ha contribuido a que tuvieseis una categoría más elevada en el mundo donde estáis ahora?

R. Continúo siendo reina… ¡Que me envíen esclavas para servirme…! Pero… no sé… me parece que aquí no se ocupan de mí… Sin embargo, siempre soy la misma.

6. ¿Profesabais la religión musulmana o una religión hindú?

R. La musulmana, pero yo era demasiado poderosa para ocuparme de Dios.

[6a] - Desde el punto de vista de la felicidad humana, ¿cuáles son las diferencias que habéis encontrado entre vuestra religión y el cristianismo?

R. La religión cristiana es absurda. Sostiene que todos somos hermanos.

[6b] - ¿Cuál es vuestra opinión acerca de Mahoma?

R. No era hijo de rey.

[6c] - ¿Consideráis que ha tenido una misión divina?

R. ¡Qué me importa eso!

[6d] - ¿Cuál es vuestra opinión sobre Cristo?

R. El hijo de un carpintero no es digno de ocupar mis pensamientos.

7. ¿Qué pensáis de la costumbre por la cual las mujeres musulmanas se ocultan a las miradas masculinas?

R. Pienso que las mujeres nacieron para dominar: yo fui mujer.

[7a] - ¿Alguna vez habéis envidiado la libertad de que gozan las europeas?

R. No. ¿Qué me importa su libertad? ¿Acaso hay quien las sirva de rodillas?

8. ¿Recordáis haber tenido otras existencias en la Tierra, anteriores a la que acabáis de dejar?

R. Debo de haber sido reina siempre.

9. ¿Por qué habéis respondido tan rápidamente a nuestro llamado?

R. Yo no quería venir, pero me forzaron... ¿Acaso piensas que me hubiera dignado a responderte? ¿Qué eres tú a mi lado?

[9a] - ¿Quién os obligó a venir?

R. No lo sé… pero no debe de ser alguien más poderoso que yo.

10. ¿Con qué aspecto os habéis presentado aquí?

R. Siempre como reina… ¿Supones acaso que he dejado de serlo…? Eres poco respetuoso… No se habla de ese modo a las reinas.

11. Si tuviésemos la posibilidad de veros, ¿os veríamos con vuestros atavíos, con vuestras joyas?

R. ¡Por supuesto!

[11a] - ¿Cómo se explica el hecho de que vuestro Espíritu conserve la apariencia de todo eso, en especial los atavíos, dado que ya se ha despojado de ellos?

R. Se debe a que no me han abandonado... ¡Soy tan bella como lo fui siempre… No comprendo qué opinión te haces de mí! Es cierto que nunca me has visto.

12. ¿Qué impresión os causa el hecho de que os encontréis entre nosotros?

R. Si dependiera de mí, no estaría aquí. ¡Me tratan con muy poco respeto!

(*San Luis*.) Dejadla, pobre perturbada. Tened compasión de su ceguera. Deseo que ella os sirva de ejemplo. No sabéis cuánto sufre por su orgullo.

> Al evocar a esta ilustre en decadencia, que actualmente se halla en la tumba, no esperábamos respuestas de gran profundidad, si tomamos en cuenta la clase de educación que reciben las mujeres en aquel país. No

obstante, suponíamos que habríamos de encontrar en ese Espíritu, no diremos filosofía, pero al menos una noción más aproximada de la realidad, así como ideas más sensatas sobre las vanidades y el poder terrenales. Lejos de eso, hemos comprobado que ese Espíritu conserva los prejuicios terrenales en la plenitud de su fuerza. Es el orgullo, que no ha perdido nada de sus ilusiones, que lucha contra su propia debilidad, y que finalmente habrá de sufrir mucho por su impotencia.

Xumène

(Burdeos, 1862.)

Con este nombre, un Espíritu se presenta espontáneamente a la médium, habituada a este tipo de manifestaciones, pues su misión pareciera ser la de asistir a los Espíritus inferiores que su guía espiritual le acerca, con el doble objetivo de su propia instrucción y del progreso de aquellos.

P. ¿Quién sois? ¿Ese nombre es de un hombre o de una mujer?

R. De un hombre, y tan desdichado como es posible. Padezco todos los tormentos del Infierno.

P. Pero si el Infierno no existe, ¿cómo podéis sufrir sus torturas?

R. Pregunta inútil.

P. Lo comprendo, pero otros necesitan explicaciones.

R. Eso no me importa.

P. ¿No será el egoísmo una de las causas de vuestro sufrimiento?

R. Tal vez.

P. Si queréis recibir alivio, comenzad por combatir las malas inclinaciones.

R. No te incomodes con lo que no es de tu incumbencia. Comienza por orar por mí, como haces con los otros, y después veremos.

P. Si no me ayudáis con vuestro arrepentimiento, la plegaria será poco eficaz.

R. Si hablas en vez de orar, me ayudarás poco a que adelante.

P. ¿Entonces deseáis vuestro adelanto?

R. Tal vez… no lo sé. Veamos si la plegaria alivia los padecimientos, que es lo esencial.

P. Unamos entonces nuestros pensamientos con la firme voluntad de obtener vuestro alivio.

R. Muy bien.

P. (Después de la plegaria de la médium.) ¿Estáis satisfecho?

R. No tanto como me gustaría.

P. Un remedio aplicado por primera vez no puede curar de inmediato una enfermedad avanzada.

R. Es posible…

P. ¿Quisierais volver?

R. Sí, si tú me llamas.

(*El guía del médium.*) Hija mía, tendrás mucho trabajo con este Espíritu empedernido. No obstante, escaso es el mérito cuando se trata de salvar a aquellos que no están per-

didos. ¡Ánimo! Persevera y lo lograrás. No existen culpables que no se puedan regenerar por medio de la persuasión y el ejemplo, dado que hasta los Espíritus más perversos terminan por enmendarse con el tiempo. Aunque no siempre se consiga inspirarles buenos sentimientos dentro de un lapso breve, pues a veces eso resulta imposible, el esfuerzo nunca se pierde. Las ideas que se les transmiten acaban por inducirlos a la reflexión, incluso contra su voluntad. Son como semillas que tarde o temprano habrán de dar fruto. No se hace estallar una roca con el primer golpe de maza.

Esto que te explico, hija mía, se aplica también a los encarnados, y habrás de comprender por qué el espiritismo, aun entre los adeptos más creyentes, no produce de inmediato hombres perfectos. La creencia es el primer paso, la fe viene después, y por último ocurrirá la transformación. Mientras tanto, para que el proceso se dé de ese modo, muchos tendrán que reunir nuevas fuerzas en el mundo de los Espíritus.

> Entre los Espíritus empedernidos no sólo hay perversos y malos. Es considerable la cantidad de los que, sin cometer el mal, se estancan por el orgullo, la indiferencia o la apatía. No por eso estos son menos desdichados, y padecen su inercia aún más, ya que no encuentran una compensación en las distracciones del mundo. La perspectiva del infinito les hace intolerable su situación y, sin embargo, no tienen fuerza ni voluntad para acabar con ella. Nos referimos a los que en el transcurso de la encarnación llevan una vida ociosa, inútil para ellos mismos y para el prójimo, y que a menudo terminan en el suicidio, sin que tengan motivos importantes, porque están disgustados con la vida.

En general, resulta difícil reconducir al bien a esos Espíritus, en comparación con los que son decididamente malvados, puesto que estos últimos al menos disponen de energía, y una vez que han sido esclarecidos se inclinan al bien con el mismo fervor que antes les inspiraba el mal. Los otros, sin dudas, necesitarán muchas encarnaciones hasta que logren un progreso ostensible. Con todo, poco a poco, vencidos por el tedio, como los otros lo estarán por el sufrimiento, buscarán distraerse con alguna ocupación que, más adelante, habrá de convertirse en una necesidad.

Capítulo VIII

Expiaciones terrenales

Marcel, el niño del n.º 4.

En un hospital del interior había un niño de entre ocho y diez años, cuyo estado era difícil de describir. Lo designaban con el número 4. Completamente contrahecho, ya fuese por una deformidad congénita o a consecuencia de la enfermedad, sus piernas estaban tan arqueadas que le llegaban hasta el cuello. Su delgadez era tanta que se percibían sus huesos debajo de la piel. El cuerpo era una sola llaga; y sus padecimientos, atroces. Pertenecía a una familia israelita de escasos recursos, y ya llevaba cuatro años en esa lamentable situación. Pese a todo, el enfermo demostraba una inteligencia notable para su edad, además de que su candor, su paciencia y su resignación eran realmente edificantes. El médico que lo atendía, movido a compasión por este pobre ser prácticamente abandonado, dado que sus familiares lo visitaban poco, le tomó gran interés. Le gustaba conversar con él, encantado con su inteligencia precoz. No solamente lo trataba con bondad, sino que, cuando sus ocupaciones se lo permitían, le hacía lecturas, sorprendiéndose de la rectitud de criterio con que

el niño apreciaba las cosas que parecían estar por encima del discernimiento propio de su edad.

Un día, el niño le dijo: "Doctor, ¿tendría la bondad de darme otra vez aquellas píldoras que me recetó últimamente?". "¿Para qué? –respondió el médico–. Ya te he suministrado lo necesario, y una mayor cantidad podría hacerte mal." "Es que sufro tanto –replicó el niño–, que por más que me esfuerzo para contenerme y no gritar, orando a Dios para que me dé fuerzas para no quejarme, a menudo no logro evitarlo. No quiero molestar a los otros enfermos que están a mi lado. Esas píldoras me hacen dormir y, al menos, cuando duermo no molesto a nadie".

Estas palabras alcanzan para demostrar la elevación de esa alma encerrada en un cuerpo deforme. ¿Dónde había adquirido ese niño semejantes sentimientos? Por cierto no fue en el medio en que había sido educado. Además, a la edad en que comenzó a sufrir, aún no podía elaborar ningún razonamiento. Por consiguiente, esos sentimientos eran innatos en él. Pero entonces, si poseía esos nobles instintos, ¿por qué Dios lo había condenado a una vida tan miserable y dolorosa, siempre que se admitiera que Él hubiese creado esa alma al mismo tiempo que el cuerpo, instrumento de tan crueles padecimientos? O se niega la bondad de Dios, o se admite la existencia de una causa anterior, es decir, la preexistencia del alma y la pluralidad de las existencias. Los postreros pensamientos de este niño, cuando murió, fueron para Dios y para el médico caritativo que se había condolido de él.

Transcurrido algún tiempo, su Espíritu fue evocado en la Sociedad de París, donde dio la siguiente comunicación (1863):

"A raíz de vuestro llamado, he venido para que mi voz se oiga más allá de este recinto y llegue a todos los corazones.

Que su eco sea escuchado incluso en soledad, a fin de recordaros que la agonía de la Tierra precede a las alegrías del Cielo, y que el sufrimiento no es más que la corteza amarga de un fruto delicioso, que infunde valor y resignación. Esa voz os dirá que sobre el camastro de la miseria se encuentran los enviados de Dios, cuya misión consiste en enseñar a la humanidad que no hay dolor que no pueda ser superado con la ayuda del Todopoderoso y de los Espíritus buenos. Esa voz también os hará escuchar lamentos entremezclados con plegarias, para que se distinga su piadosa armonía, tan diferente de esas quejas culpables llenas de blasfemias.

"Uno de vuestros Espíritus bueno, importante apóstol del espiritismo, me ha cedido su lugar esta noche[34]. Por mi parte, también me compete decir algunas palabras acerca del progreso de vuestra doctrina, que debe auxiliar en su misión a aquellos que encarnan entre vosotros para aprender a sufrir. El espiritismo será la brújula. Quienes padecen contarán con el ejemplo y la palabra, de modo que las quejas habrán de transformarse en expresiones de alegría y en lágrimas de satisfacción."

P. Por lo que manifestáis, parece que vuestros padecimientos no estaban relacionados con la expiación de faltas anteriores.

R. No constituían una expiación directa, pero os garantizo que todo dolor tiene una causa justa. Aquel al que habéis conocido en tan miserable estado, en otra vida fue apuesto, poderoso, rico y halagado. Tuve aduladores y cortesanos; fui frívolo y orgulloso. En el pasado cargué con culpas, renegué

34. San Agustín, a través del médium con el cual habitualmente se comunica en la Sociedad de París. (N. de Allan Kardec.)

de Dios e hice daño a mi prójimo. Sin embargo, he expiado todo eso mediante crueles pesares, primero en el mundo de los Espíritus y posteriormente en la Tierra. Lo que sufrí en unos pocos años en esta última y breve encarnación, lo he soportado antes a lo largo de toda una vida que se prolongó hasta la extrema vejez. A consecuencia de mi arrepentimiento obtuve la gracia del Señor, que me confió numerosas misiones, incluso la última, que vosotros conocéis. Fui yo quien la solicitó, para completar mi purificación.

Adiós, amigos, regresaré en otras ocasiones. Mi misión es consolar, no instruir. Con todo, aquí hay tantas personas cuyas heridas están ocultas, que ellas se regocijarán con mi presencia.

Marcel

Instrucción del guía del médium

¡Pobrecito sufridor, consumido, ulceroso y deforme! ¡Cuántos gemidos hacía oír en aquel asilo de miserias y lágrimas! ¡Cuán resignado era… su alma ya vislumbraba el fin de los padecimientos, pese a su tierna edad! ¡Presentía que más allá de la tumba lo aguardaba su recompensa por tantos lamentos reprimidos! ¡Y cómo oraba también por los que no tenían valor para resignarse ante sus males, y en especial por aquellos que transformaban las plegarias en blasfemias dirigidas al Cielo!

Si bien la agonía fue lenta, la hora de la muerte nada tuvo de terrible. Por cierto, sus miembros atacados de convulsiones se retorcían, ofreciendo a los presentes el espectáculo de un cuerpo deforme que se rebelaba contra la muerte, mediante esa ley de la carne que a toda costa quiere vivir. No obstan-

te, un ángel se cernía por encima del lecho del moribundo y cicatrizaba su corazón. Después, ese ángel depositó entre sus blancas alas al alma tan bella que se escabulló de aquel horrible cuerpo, mientras pronunciaba estas palabras: "¡Gloria a ti, Dios mío!" Y el alma se elevó hasta el Todopoderoso, feliz, exclamando: "Aquí estoy, Señor. Me asignaste la misión de enseñar a sufrir. ¿Habré soportado dignamente la prueba?"

En la actualidad, el Espíritu del pobre niño ha recobrado sus proporciones habituales; atraviesa el espacio en dirección al débil y al humilde, y a todos por igual les dice: "¡Esperanza y valor!" Liberado por completo de las impurezas de la materia, está ahora junto a vosotros para hablaros y deciros, ya no con aquella voz débil y lastimosa, sino con firmeza: "Los que me han visto notaron que el niño no se quejaba. Tomaron de ese ejemplo la calma para sus males, y sus corazones se tonificaron con la dulce confianza en Dios. Ese era el objetivo de mi breve paso por la Tierra".

San Agustín

Szymel Slizgol

Era un israelita pobre de Vilna, que falleció en mayo de 1865. Durante treinta años mendigó con un platillo en la mano. De un extremo al otro de la ciudad era muy conocida aquella voz que pregonaba: "¡Acordaos de los pobres, de las viudas y de los huérfanos!" Durante ese lapso, Slizgol había reunido 90.000 rublos, pero no guardó para sí ni un solo centavo. Aliviaba y curaba a los enfermos; pagaba la enseñanza de

los niños pobres; distribuía entre los necesitados la comida que le daban. Destinaba la noche a la preparación del rapé, que vendía a fin de proveer a sus propias necesidades, y destinaba a los desheredados lo que sobraba. Szymel vivió solo en el mundo. Sin embargo, el día de su entierro lo acompañó gran parte de la población de Vilna, y los almacenes cerraron sus puertas.

(Sociedad Espírita de París, 15 de junio de 1865.)

Evocación.

R. Con júbilo alcanzo finalmente la plenitud que más ambicionaba, y que tan caro me costó. Aquí estoy, entre vosotros, desde el comienzo de la reunión. Agradezco que os ocupéis del Espíritu de este pobre mendigo, que con satisfacción tratará de responder vuestras preguntas.

P. Una carta de Vilna nos ha puesto en conocimiento de las particularidades más notables de vuestra existencia. Llevado por la simpatía que ellas nos inspiran, surgió el deseo de comunicarnos con vos. Agradecemos vuestra presencia y, dado que estáis dispuesto a respondernos, nos sentiremos muy felices si, para nuestra instrucción, pudiéramos conocer vuestra situación como Espíritu, así como las causas que determinaron el género de vida que tuvisteis en la última encarnación.

R. En primer lugar, conceded a mi Espíritu, consciente de su verdadera situación, el favor de daros su opinión acerca de un pensamiento que se os ocurrió acerca de mi personalidad. Previamente, solicito vuestro consejo en caso de que mi opinión sea falsa.

Os parece singular que las manifestaciones públicas hayan alcanzado semejante dimensión para rendir homenaje a la me-

moria de un hombre insignificante, que por su alma caritativa supo conquistar esa simpatía. No me refiero a vos, querido maestro, ni a ti, estimado médium, ni a vosotros, verdaderos y sinceros espíritas, sino a las personas indiferentes a la creencia. En esas manifestaciones no hubo nada extraordinario. La presión moral que ejerce la práctica del bien sobre la humanidad es tal que, por más materializada que esta sea, siempre se inclina para venerar al bien, a pesar de su propensión al mal.

Vamos ahora a las preguntas, que viniendo de vosotros no están dictadas por la curiosidad, sino simplemente formuladas con miras a la instrucción general. Visto que dispongo de libertad, os voy a manifestar con la mayor brevedad posible cuáles han sido las causas que determinaron mi última existencia.

Hace muchos siglos vivía yo con el título de rey, o al menos de príncipe soberano. Dentro de la esfera de mi poder, relativamente limitado en comparación con los Estados de la actualidad, era dueño absoluto del destino de mis súbditos. Los gobernaba como tirano o, mejor dicho, como verdugo. Dotado de un carácter impetuoso, violento, además de avaro y sensual, podéis evaluar cuál debió de haber sido el destino de los pobres seres que vivían sometidos a mis leyes. Abusé del poder para oprimir al débil, y subordiné los oficios, los trabajos, hasta las pasiones y los dolores, al servicio de mis propias pasiones. De ese modo, imponía un diezmo al producto de la mendicidad, y nadie podía mendigar sin que, por anticipado, yo me hubiese apropiado de una cuota abultada de esas sobras que la piedad humana dejaba caer en las alforjas de la miseria. Más aún, a fin de que no disminuyera la cantidad de mendigos entre mis súbditos, prohibía a esos desdichados que dieran a sus amigos y familiares, a sus allegados carentes, la insignificante parte que pudiera sobrarles. En una palabra,

fui todo lo cruel que uno pueda imaginarse en relación con el sufrimiento y la miseria ajenos.

Acabé por perder lo que vosotros denomináis *vida*, acosado por tormentos y horribles dolores. Mi muerte fue un modelo de terror para aquellos que, como yo, aunque en menor escala, participaban de mi manera de ver. Como Espíritu permanecí en la erraticidad durante tres siglos y medio. Transcurrido ese lapso, comprendí que el objetivo de la encarnación era por completo diferente de lo que mis sentidos groseros y obtusos habían pretendido, de modo que obtuve, a fuerza de plegarias, de resignación y pesares, la anuencia para soportar materialmente los mismos padecimientos que yo había infligido a los demás, y más terribles aún. Obtenido el permiso, Dios me concedió que por medio de mi libre albedrío acrecentara mis dolores físicos y morales. Gracias a la asistencia de los Espíritus buenos, persistí en mi decisión de practicar el bien, y les agradezco que me hayan impedido sucumbir bajo el fardo que me había propuesto cargar.

Finalmente, completé una existencia de abnegación y caridad que sirvió para el rescate de las faltas de la otra, caracterizada por mi crueldad e injusticia. Nací de padres pobres, y quedé huérfano muy temprano. Aprendí a ganarme el pan a una edad en que muchos consideran que aún no es posible comprender esas funciones. Viví solo, sin amor, sin afectos, y desde el comienzo soporté las mismas brutalidades que yo había ejercido sobre otros. Dicen que las sumas que mendigué fueron destinadas en su totalidad al alivio de mis semejantes. Es un hecho indiscutible y, sin orgullo ni afectación, debo agregar que, en numerosas ocasiones, sacrificando necesidades relativamente urgentes, muy urgentes, aumentaba el beneficio que me permitía hacer la caridad pública.

Morí en calma, confiado en la trascendencia de la reparación que llevé a cabo en esa última existencia física, y he recibido un premio mucho más importante de lo que podría haber imaginado en mis secretas aspiraciones. Ahora soy dichoso, muy dichoso de poder confirmaros que aquellos que se elevan serán humillados, y que todos los que se humillan serán elevados.

P. Tened la bondad de decirnos en qué ha consistido vuestra expiación en el mundo de los Espíritus y cuánto tiempo duró, a partir de vuestra muerte, hasta el momento en que se os concedió que fuera atenuada por efecto del arrepentimiento y de las buenas resoluciones que habéis tomado. Relatadnos, también, qué fue lo que provocó en vos el cambio producido en vuestras ideas, en el estado de Espíritu.

R. ¡Esa pregunta me despierta muchos recuerdos dolorosos! ¡Cuánto he sufrido…! ¡Pero no me quejo: apenas lo recuerdo…! ¿Queréis saber de qué naturaleza fue mi expiación? Aquí la tenéis, con su terrible monstruosidad.

En mi condición de verdugo de toda clase de buenos sentimientos –según ya os he manifestado–, permanecí por mucho tiempo, largo tiempo, ligado a través de mi periespíritu al cuerpo en descomposición. ¡Hasta que esta se hubo completado, sentí que los gusanos me roían, provocándome un dolor indescriptible! Cuando me liberé de los lazos que me vinculaban al instrumento de mi suplicio, comencé a sufrir más atrozmente aún. A los tormentos físicos los sucedió el sufrimiento moral, de mayor duración que aquellos. Fui conducido ante cada una de las víctimas que había torturado. Periódicamente, obligado por una fuerza superior, volvía a presenciar la escena de mis acciones crímenes. Veía tanto física como moralmente todos los dolores que yo había he-

cho sufrir a los otros. ¡Oh, amigos, qué terrible es la visión constante de aquellos a quienes hemos perjudicado! Entre vosotros, tenéis apenas un pálido ejemplo en la confrontación entre el acusado y su víctima.

Eso es, en síntesis, lo que he padecido durante dos siglos y medio, hasta que Dios, compadecido de mi dolor y sensibilizado por mi arrepentimiento, a solicitud de los guías que me amparaban, me concedió la vida de expiación que ya conocéis.

P. ¿Algún motivo en particular os ha impulsado a que escogierais vuestra última existencia en el ámbito de la religión hebrea?

R. No fue una elección hecha por mí, sino que yo la acepté a partir del consejo de mis guías. La religión hebrea agregaba un motivo más de humillación a mi vida de expiación, puesto que en determinados países la mayoría de los encarnados menosprecia a los judíos, y en especial a los judíos que viven de la mendicidad.

P. En vuestra última encarnación, ¿a qué edad comenzasteis a dar cumplimiento a las resoluciones adoptadas con anterioridad? ¿Cómo se os ocurrió esa idea? Mientras ejercíais con tanta abnegación la caridad, ¿teníais alguna intuición de las causas que os predisponían a proceder de ese modo?

R. Mis padres eran pobres, pero inteligentes y avaros. Desde pequeño fui privado del afecto y las caricias de mi madre. Su pérdida me causó hondo pesar, sobre todo porque mi padre, dominado por la avidez de lucro, me abandonaba por completo. En cuanto a mis hermanos, mayores que yo, no parecían notar mi aflicción. Otro judío, movido por un sentimiento más egoísta que caritativo, me acogió en su casa y me enseñó

a trabajar. Lo que eso pudo haberle costado fue ampliamente compensado por mi trabajo, que con frecuencia excedía mis fuerzas. Posteriormente, liberado de ese yugo, trabajé por mi cuenta. No obstante, dondequiera que fuese, en el trabajo o durante el reposo, me perseguía la nostalgia de mi madre y, a medida que pasaban los años, el recuerdo de ese ser se grababa más profundamente en mi memoria, de modo que lamentaba intensamente haber perdido su amor y sus cuidados.

No tardó mucho tiempo hasta que me quedé completamente solo. En pocos meses, la muerte se llevó a toda mi familia. A partir de entonces comenzó a manifestarse el modo en que habría de pasar el resto de mi vida. Dos de mis hermanos dejaron huérfanos, y yo, conmovido por el recuerdo de lo que como huérfano había sufrido, quise preservar a esos pobres niños de una juventud semejante a la mía. Con todo, como mi trabajo no rendía lo suficiente para mantenernos a todos, comencé a pedir limosna, no para mí sino para ellos. Pero Dios no quiso darme el consuelo de ver el resultado de mi esfuerzo, pues los desdichados también me dejaron en forma definitiva. Perfectamente comprendí qué era lo que les faltaba: su madre. Entonces resolví apelar a la caridad en favor de las viudas desventuradas que, al no poder alimentar a sus hijos, se imponían privaciones que las llevaban a la tumba, legando al mundo pobres huérfanos abandonados cuyo destino eran el tormento que yo mismo había soportado.

Había cumplido los treinta años cuando, desbordante de salud y vigor, se me vio mendigar para viudas y huérfanos. Los primeros pasos fueron muy difíciles, pues debí soportar más de una humillación. No obstante, cuando se cercioraron de que realmente distribuía entre los pobres la totalidad de lo que recibía; cuando se enteraron de que también agregaba en

bien de ellos el remanente de mi trabajo, conquisté una especie de consideración que no dejaba de resultarme gratificante.

He vivido sesenta y tantos años, y nunca dejé de atender la tarea que me había impuesto. Por otra parte, la conciencia nunca me hizo sentir que causas anteriores a esa existencia fueran la razón de mi proceder. Sólo un día, antes de que comenzara a mendigar, escuché estas palabras: "No hagáis a los demás lo que no quisierais que os hiciesen". Asombrado por los principios generales de moralidad que estaban contenidos en esas pocas palabras, a menudo me parecía escucharlas con el agregado de estas otras: "Por el contrario, haced lo que quisierais que os hiciesen". Sustentado por el recuerdo de mi madre y por mis propios padecimientos, continué transitando la senda que mi conciencia me indicaba que era correcta.

Voy a concluir esta extensa comunicación diciéndoos: ¡Gracias! Todavía no soy perfecto. No obstante, como sé que el mal sólo conduce al mal, una vez más, como ya lo he hecho, me dedicaré al bien para alcanzar la felicidad.

Szymel Slizgol

Julienne-Marie, la mendiga

En la comuna de la Villate, cerca de Nozai (Loire Inferior), había una pobre mujer llamada Julienne-Marie, anciana y enferma, que vivía de la caridad pública. Un día se cayó en una laguna, de donde fue extraída por el Sr. A…, un vecino de la región, quien habitualmente le prestaba socorro. Trasladada a su domicilio, murió poco después a consecuencia del

accidente. Según la opinión general, ella intentó suicidarse. El mismo día de su fallecimiento, el señor que la había asistido, espírita y médium, percibió algo como si fuera el leve contacto de alguna persona que estuviese próxima, pero no trató de explicarse la causa de ese fenómeno. Cuando supo de la muerte de Julienne-Marie, pensó que tal vez su Espíritu había ido a visitarlo.

Siguió el consejo de uno de sus amigos, miembro de la Sociedad Espírita de París, al cual le había descripto lo ocurrido, y evocó a esa mujer con el objeto de serle útil, no sin antes solicitar el consejo de sus guías protectores, de los cuales recibió la siguiente respuesta:

"En efecto, puedes evocarla, y esto le dará satisfacción, aunque sea inútil el servicio que te propones prestarle. Ella es feliz y está consagrada por completo a quienes fueron compasivos con ella. Tú eres uno de sus buenos amigos. Está casi siempre a tu lado y, aunque no lo percibas, muchas veces conversa contigo. Tarde o temprano, los servicios prestados tienen su recompensa, y cuando esta no llega a través del propio beneficiado, lo hace mediante aquellos que se interesan por él, sea antes o después de su muerte. Cuando el Espíritu no ha tenido tiempo para reconocerse, otros Espíritus que le tienen simpatía dan testimonio, en nombre de él, de su gratitud. Esto explica lo que sentiste el día de su muerte. Ahora es ella la que te ayuda en el bien que te propones hacer. Acuérdate de lo que dijo Jesús: 'Aquel que se humille será elevado'. Entonces tendrás la dimensión del servicio que ella puede prestarte. Basta con que le pidas asistencia para ser útil a tu prójimo".

Evocación. Bondadosa Julienne-Marie: eres feliz. Eso es todo lo que deseaba saber, pero no impedirá que piense en ti con frecuencia, y que jamás te olvide en mis plegarias.

R. Ten confianza en Dios. Inspira a tus enfermos una fe sincera, y la mayoría de las veces obtendrás el triunfo. No te preocupes jamás de la recompensa que por ese motivo pudieras recibir, pues superará tus expectativas. Dios sabe siempre recompensar como lo merece a aquel que se dedica al alivio de sus semejantes y que *imprime en sus acciones un absoluto desinterés*. Si así no fuera, todo no sería más que un engaño, una quimera. En principio, es necesario tener fe, pues de lo contrario nada se logra. Acuérdate de esta máxima, y quedarás sorprendido de los resultados que obtendrás. Los dos enfermos a los que has curado son una prueba de ello. En las circunstancias en que se encontraban, con los medicamentos comunes habrías fracasado.

Cuando pidas a Dios la autorización para que los Espíritus buenos derramen sobre ti sus fluidos benéficos, si el pedido no te hace sentir un estremecimiento involuntario, se debe a que tu oración no ha sido suficientemente fervorosa para que fuera oída. Además, sólo lo será en las condiciones que te indico. Eso es lo que has experimentado cuando dijiste desde el fondo de tu corazón: "Dios todopoderoso, Dios misericordioso, Dios de bondad sin límites, recibe mi oración y permite que los Espíritus buenos me asistan en la curación de… Ten piedad de él, Dios mío, y devuélvele la salud. Sin Ti nada puedo. Hágase tu voluntad".

Has hecho bien en no despreciar a los humildes. La voz de aquel que sufrió y soportó con resignación las miserias de este mundo siempre es escuchada. Como podrás ver, cada servicio prestado recibe siempre su recompensa.

Ahora, una palabra con respecto a mí, pues eso te confirmará lo que se te ha dicho más arriba.

El espiritismo te explica mi lenguaje como Espíritu. No preciso entrar en detalles en ese sentido. También creo innecesario darte a conocer mi existencia precedente. La posición en que me has conocido en la Tierra te permite comprender y apreciar mis otras existencias, que no siempre han sido irreprochables. Consagrada a una vida de penurias, enferma e impedida de trabajar, mendigué toda la vida. No hice fortuna. En la vejez, mis escasas economías se limitaban a una centena de francos, que reservaba para cuando las piernas ya no pudieran responderme. Dios consideró suficientes mi prueba y mi expiación, y les puso término al liberarme de la vida terrestre, sin sufrimiento, pues no me he suicidado como se pensó en un primer momento. Caí casi muerta al borde de la laguna, precisamente cuando dirigía a Dios mi última plegaria. El declive del terreno fue la causa de que mi cuerpo estuviera dentro del agua.

No he sufrido. Estoy feliz porque he podido cumplir mi misión sin dificultades y con resignación. Me hice útil en la medida de mis fuerzas y posibilidades, y en todo momento evité causar perjuicio alguno a mi prójimo. Ahora recibo mi recompensa y doy gracias a Dios, nuestro divino Señor, que atenúa la amargura de las pruebas al hacernos olvidar, durante la vida, nuestras anteriores existencias, y coloca en nuestro camino almas caritativas para que nos ayuden a soportar el fardo de nuestras equivocaciones del pasado.

Persevera tú también, y serás recompensado del mismo modo que yo. Te agradezco por las gratas plegarias y por el servicio que me has prestado. Nunca lo olvidaré. Algún día nos volveremos a ver, y entonces comprenderás muchas cosas, cosas que en este momento serían superfluas. Basta con que

sepas que te estoy sumamente reconocida, y que siempre estaré cerca de ti cuando me necesites para aliviar a los que sufren.

La pobrecita Julienne-Marie

Evocado en la Sociedad de París, el 10 de junio de 1864, el Espíritu de Julienne-Marie dictó la siguiente comunicación:

"Os estoy agradecida porque me habéis admitido en vuestro medio, querido Presidente. Habéis percibido perfectamente que mis existencias anteriores fueron más elevadas desde el punto de vista social, y si regresé para sufrir la prueba de la pobreza, ha sido para aplicar un castigo a mi vano orgullo, que me hacía rechazar a todo aquel que fuese pobre y miserable. De ese modo sufrí la justa ley del talión, que me convirtió en la más espantosa mendiga de esta comarca. No obstante, como para probarme la bondad de Dios, no todos me rechazaron, pues allí residía mi mayor temor. Por eso soporté mi prueba sin una queja, presintiendo una vida mejor, luego de la cual no precisaría volver otra vez a esta tierra de exilio y calamidades.

"¡Qué felicidad el día en que nuestra alma rejuvenecida pueda ingresar en la vida espiritual para volver a ver a los seres amados! Porque también yo he amado, y me siento feliz de haber encontrado a quienes me precedieron. Gracias a ese buen Sr. A…, que me ha abierto la puerta del reconocimiento. Sin su mediumnidad no hubiera podido agradecerle ni demostrarle que mi alma no olvida las gratas influencias de su buen corazón, así como recomendarle que propague su divina creencia. Él está llamado a reunir a las almas extraviadas, y debe tener la absoluta certeza de mi apoyo. Así es, yo puedo retribuirle centuplicado lo que ha hecho por mí, instruyéndo-

lo en el camino que recorréis. Agradeced al Señor por haber permitido que los Espíritus puedan daros instrucciones, a fin de que infundáis valor al desheredado en cuanto a sus penas, y frenéis al rico en su orgullo. Tratad de comprender lo humillante que es el rechazo para un desdichado. Que lo que yo viví os sirva de ejemplo, a fin de que os evitéis la obligación de expiar vuestras faltas, como yo lo hice, en esas dolorosas posiciones sociales que os colocan tan bajo, al punto de convertiros en la escoria de la sociedad."

Julienne-Marie

Trasmitida esta comunicación al Sr. A…, él obtuvo a su vez la siguiente, que confirma la anterior:

P. Bondadosa Julienne-Marie, ya que queréis ayudarme con vuestros buenos consejos, a fin de que progrese en la senda de nuestra divina doctrina, tened la bondad de comunicaros conmigo. Concentraré todos mis esfuerzos para extraer provecho de vuestras enseñanzas.

R. Acuérdate de la recomendación que voy a hacerte, y nunca te apartes de ella. Sé siempre caritativo, en la medida de tus posibilidades. Tienes suficiente comprensión acerca de la caridad tal como debe ser practicada en todas las posiciones de la vida terrenal. No es necesario, pues, que venga a darte una enseñanza al respecto. Tú mismo serás el mejor juez, si sigues la voz de tu conciencia, que nunca te engañará en caso de que la escuches sinceramente.

No te equivoques acerca de las misiones que debes cumplir. Tanto los pequeños como los grandes tienen la suya. La mía ha sido sumamente penosa, pero merecía semejante

castigo a consecuencia de mis existencias precedentes, según lo confesé al bondadoso presidente de la Sociedad madre de París, en la que todos os congregaréis un día. Ese día no está tan lejano como supones. El espiritismo marcha a pasos agigantados, a pesar de todo lo que se ha hecho para obstaculizarlo. Marchad, pues, con valentía, fervientes adeptos de la doctrina, pues vuestros esfuerzos han de ser coronados por el éxito. ¡Poco os importe lo que digan de vosotros! Ubicaos por encima de una crítica ridícula, que habrá de recaer sobre los adversarios del espiritismo.

¡Oh, los orgullosos! Se consideran fuertes y suponen que habrán de abatiros fácilmente. Vosotros, mis buenos amigos, conservad la calma y no temáis la confrontación con ellos, pues vencerlos es más sencillo de lo que imagináis. Muchos de ellos tienen miedo y temen que la verdad, finalmente, consiga deslumbrarlos. Aguardad; ellos mismos habrán de venir, a su vez, a fin de prestar su colaboración en el coronamiento del edificio.

Julienne-Marie

Este caso aporta muchas enseñanzas para todo aquel que medite las palabras vertidas por este Espíritu en estas tres comunicaciones. Los grandes principios del espiritismo están reunidos en ellas. Desde la primera, el Espíritu revela su superioridad a través del lenguaje. Semejante a un hada bienhechora, esa mujer, hoy resplandeciente y transformada, viene a proteger a aquél que no la despreció cuando se cubría con los harapos de la miseria. Se trata de una aplicación de estas máxi-

mas del Evangelio: "Los grandes serán humillados y los pequeños enaltecidos; bienaventurados los humildes; bienaventurados los afligidos, porque serán consolados; no despreciéis a los pequeños, pues quien es pequeño en este mundo tal vez sea mayor de lo que suponéis."

Max, el mendigo

En una aldea de Baviera, allá por el año 1850, murió un anciano casi centenario, conocido con el nombre de padre Max. Nadie sabía con certeza su origen, pues no tenía familia. Hacía casi medio siglo que, abrumado por enfermedades que le impedían ganarse la vida mediante el trabajo, no tenía otro recurso más que la caridad pública, lo que disimulaba con la venta de almanaques y baratijas en las fincas y los castillos. Le habían puesto el apodo de conde Max, y los niños sólo lo llamaban señor Conde, a lo que sonreía sin enojarse. ¿Por qué ese título? Nadie sabría decirlo: era una costumbre. Tal vez se debía a su fisonomía y sus modales, cuya distinción contrastaba con sus harapos. Algunos años después de su muerte, se le presentó en sueños a la hija del propietario de uno de los castillos donde se le había permitido hospedarse, en la caballeriza, pues no tenía domicilio. Le dijo: "Gracias por haberos acordado del pobre Max en vuestras plegarias, pues el Señor las ha escuchado. ¿Deseáis saber quién soy yo, alma caritativa que os interesáis por un desventurado mendigo? Voy a satisfaceros, pues eso será para todos una importante enseñanza".

Entonces le relató lo siguiente, con términos más o menos similares a estos:

"Hace aproximadamente un siglo y medio, yo era un rico y poderoso señor de esta comarca. Frívolo, orgulloso y envanecido de mi nobleza, sólo me servía de mi inmensa fortuna para satisfacer mis placeres, y con la que apenas alcanzaba a cubrir mis gastos, porque era jugador y libertino, y pasaba la vida en orgías. Mis vasallos, a quienes consideraba criados para mi uso personal, al igual que los animales de granja, padecían mi explotación y mis malos tratos para satisfacer mi prodigalidad. Me hacía sordo a sus quejas, como a las de todos los desdichados. Y según mi opinión, debían considerarse muy honrados de servir a mis caprichos. Morí a una mediana edad, aniquilado por los excesos, pero sin haber experimentado ninguna verdadera desgracia. Por el contrario, todo parecía sonreírme, de manera que para los demás yo era uno de los dichosos del mundo. Mi posición me garantizó funerales suntuosos. Los amigos del vicio lamentaron la pérdida de un noble fastuoso, pero ni una sola lágrima se derramó sobre mi tumba, y ni una sola plegaria nacida del corazón se dirigió a Dios para mi beneficio: mi recuerdo fue maldecido por todos aquellos cuya miseria se había intensificado por mi culpa. ¡Ah, qué terrible es la maldición de aquellos a quienes hemos hecho desgraciados! ¡No cesó de resonar en mis oídos durante largos años, que me han parecido una eternidad! Además, cada vez que moría alguna de mis víctimas, se convertía en una nueva figura amenazadora e irónica que se presentaba delante de mí para perseguirme sin tregua, sin que me fuera posible hallar algún sombrío escondite donde ocultarme de su vista ¡Ni una sola mirada amiga! Mis antiguos compañeros de libertinaje, tan desdichados como yo, me eludían y parecían decirme con desdén: 'Ahora no puedes pagar nuestros placeres'. ¡Oh! ¡Hubiera pagado cualquier precio por un instante

de reposo, o por un vaso de agua que apagara la sed ardiente que me devoraba! ¡Pero ya no poseía nada, y *el oro que había sembrado a manos llenas en la Tierra, no me había rendido ni una sola bendición!* Ni una sola, ¿comprendes, hija mía?

"Finalmente, agobiado por la fatiga, consumido como un viajero extenuado que no divisa el término de su camino, exclamé: '¡Dios mío, ten piedad de mí! ¿Cuándo terminará esta horrible situación?' Entonces, una voz, la primera que oía desde que había dejado la Tierra, me dijo: '*Cuando tú lo quieras*'. '¿Qué debo hacer, poderoso Dios? –respondí– Dímelo, pues yo me someto a todo.' 'Es necesario que te arrepientas, *que te humilles ante aquellos a los que tú has humillado*; que les pidas que intercedan por ti, *porque la plegaria de quien ha sido ofendido y perdona, siempre es grata al Señor*'. Me humillé, rogué a mis vasallos, a mis servidores, que estaban frente a mí, y cuyos rostros cada vez más benevolentes terminaron por desaparecer. Entonces comenzó para mí algo así como una nueva vida. La esperanza reemplazó a la desesperación, y le di gracias a Dios con todas las fuerzas de mi alma. A continuación, esa voz me dijo: '¡Príncipe!' Y yo respondí: 'No hay aquí otro príncipe más que Dios Todopoderoso, que humilla a los soberbios. Perdonadme, Señor, porque he pecado; haced de mí el siervo de mis siervos, si esa es vuestra voluntad'.

"Algunos años más tarde, nací nuevamente, pero esta vez en una familia de pobres aldeanos. Mis padres murieron cuando yo aún era un niño, y me quedé solo en el mundo, sin ningún amparo. Me gané la vida como pude: a veces como artesano, otras como peón de una finca, pero siempre honradamente, pues esta vez creía en Dios. A la edad de cuarenta años, una enfermedad me paralizó todos los miembros, y me vi obligado a mendigar durante más de cincuenta años en las

mismas tierras de las que fui dueño absoluto. Recibía un pedazo de pan en las fincas que antaño me habían pertenecido, y donde por una amarga ironía me apodaron señor Conde. Allí me alegraba encontrar a menudo el refugio que se me brindaba en el establo del castillo que había sido mío. Durante el sueño, me deleitaba en recorrer ese mismo castillo donde había reinado como un déspota. ¡Cuántas veces, en mis sueños, volví a verme allí, rodeado de mi antigua riqueza! Esas visiones me dejaban al despertar un indefinible sentimiento de amargura y pesar. Sin embargo, jamás una queja salió de mi boca. Y cuando Dios se dignó llamarme, elevé a Él mis alabanzas, porque me había infundido el valor de sufrir sin quejarme esa larga y penosa prueba, de la cual hoy recibo la recompensa. Y a vos, hija mía, os bendigo, pues habéis rogado por mí."

Recomendamos este caso a quienes alegan que los hombres carecerían de freno si no tuviesen delante el espantajo de las penas eternas. Les preguntamos si la perspectiva de un castigo como el del padre Max es menos eficaz para disuadir a quienes han preferido la senda del mal, que las interminables torturas a las que ya nadie da crédito.

Historia de un criado

Una familia de elevada posición tenía un joven criado cuyo aspecto inteligente y refinado nos sorprendía por su distinción. Nada en sus modales sugería inferioridad. En su dedicación al servicio de sus amos, nada había de esa obse-

cuencia servil propia de las personas de tal condición. Volvimos a visitar a esa familia al año siguiente, y como no vimos al joven, preguntamos si lo habían despedido. "No –fue la respuesta–, se marchó para pasar algunos días en su tierra, y allí murió. Lo lamentamos mucho, porque era una excelente persona y sus sentimientos estaban *realmente por encima de su posición*. Mantenía un estrecho vínculo con nosotros, y nos dio pruebas de gran afecto y devoción".

Posteriormente, se nos ocurrió la idea de evocar al joven, y esto es lo que nos dijo:

"En mi penúltima encarnación, yo era, como se dice en la Tierra, de una muy buena familia, pero que había quedado en la ruina a causa de la prodigalidad de mi padre. Me quedé huérfano y sin recursos cuando todavía era muy joven. Un amigo de mi padre se convirtió en mi benefactor. Me educó como a un hijo y me brindó una excelente educación, que despertó mi vanidad. Ese amigo es actualmente el señor de G… a cuyo servicio me encontraba cuando me conocisteis. En mi última existencia me propuse expiar mi orgullo, por lo que nací en una condición servil, y de ese modo encontré la ocasión de probar mi dedicación a mi benefactor. Incluso le salvé la vida, sin que él jamás lo supusiera. Esa fue, al mismo tiempo, una prueba que supe aprovechar, pues tuve la firmeza necesaria para no permitir que me corrompiera el contacto con un medio en el que por lo general proliferan los vicios. Pese a los malos ejemplos, permanecí honrado, por lo que doy gracias a Dios, pues fui recompensado con la felicidad de que hoy gozo".

P. ¿En qué circunstancias habéis salvado la vida del señor G…?

R. Durante un paseo a caballo, en el que sólo yo lo escoltaba, observé que un enorme árbol se derribaba a su lado, sin que él lo notase. Le avisé con un grito de terror, y él retrocedió bruscamente, en el preciso momento en que el árbol caía a sus pies. De no haber sido por mi intervención, lo hubiese aplastado.

(Relatamos la anécdota al Sr. G…, quien la recordó perfectamente.)

P. ¿Por qué moristeis tan joven?

R. Dios consideró que mi prueba había terminado.

P. ¿Cómo pudisteis aprovechar esa prueba, si no conservabais el recuerdo de la causa que le dio motivo?

R. Pese a mi humilde condición, me quedaba un resto de orgullo, al que tuve la dicha de dominar. Eso hizo que la prueba fuese muy provechosa, pues de lo contrario habría tenido que repetirla. En sus momentos de libertad, mi Espíritu recordaba, y al despertar sentía un deseo intuitivo de resistir a mis inclinaciones, pues sabía que eran malas. Al luchar así, tuve más mérito que si hubiera recordado nítidamente mi pasado. La reminiscencia de mi antigua posición habría exaltado mi orgullo y me habría perturbado, mientras que de ese modo apenas debí combatir los impulsos nacidos de mi nueva posición.

P. Habéis recibido una educación brillante. ¿Para qué os sirvió en la última existencia, puesto que no recordabais los conocimientos adquiridos?

R. Esos conocimientos habrían sido inútiles, y hasta un absurdo en mi nueva situación. Quedaron latentes, y hoy los he recuperado. No obstante, no me han sido del todo inútiles, pues han contribuido al desarrollo de mi inteligencia. Ins-

tintivamente tenía predilección por las cosas elevadas, y eso mismo me infundía repulsión a los ejemplos bajos y groseros que tenía ante mi vista. De no haber sido por esa educación, *no habría sido más que un simple criado*.

P. Los ejemplos de los empleados domésticos que se aficionan a sus patrones hasta la abnegación, ¿tienen su causa en vínculos anteriores?

R. No lo dudéis. Eso es, al menos, lo más común. Hay ocasiones en que estos servidores son miembros de la misma familia, o, como en mi caso, seres agradecidos que pagan una deuda de reconocimiento, y cuya dedicación colabora a su propio progreso. No os imagináis los efectos que las simpatías y las antipatías de esas relaciones anteriores producen en el mundo. No, la muerte no interrumpe esas relaciones, que a menudo se perpetúan de un siglo para otro.

P. ¿Por qué razón esos ejemplos de fidelidad de los servidores son tan raros en la actualidad?

R. Es preciso atribuir esa circunstancia al espíritu egoísta y orgulloso de vuestro siglo, que la incredulidad y las ideas materialistas desarrollaron. La verdadera fe es eclipsada por la codicia y la ambición de utilidades, y con ella se va la devoción. Puesto que el espiritismo orienta nuevamente a los hombres hacia la noción de la verdad, contribuirá a que renazcan las virtudes despreciadas.

> Nada mejor que este ejemplo puede hacer que se resalte el beneficio del olvido de las existencias anteriores. Si el Sr. G… hubiera recordado quién había sido su joven criado, seguramente se hubiese sentido muy mortificado y no lo habría conservado en aquella con-

dición, con lo que habría obstruido una prueba que resultó provechosa para ambos.

La pena del talión

El señor Antonio B…, escritor de mérito, estimado por sus conciudadanos, que había desempeñado con honor y probidad cargos públicos en Lombardía, durante el año 1850 fue víctima de un ataque de apoplejía, y cayó en un estado de muerte aparente. Por desgracia, como a veces sucede en esos casos, se creyó que había muerto realmente. Incluso, contribuyeron aún más al error los vestigios de descomposición que se creyó observaban en el cuerpo. Quince días después del entierro, una circunstancia fortuita llevó a la familia a solicitar la exhumación. Por descuido, un medallón había quedado olvidado dentro del ataúd. Y cuál no fue el espanto de los presentes cuando, al abrir el cajón, comprobaron que el cuerpo había cambiado de posición: se había dado vuelta para quedar boca abajo y, ¡cosa horrible!, una de sus manos había sido comida parcialmente por el difunto. Quedó entonces en evidencia que el desdichado Antonio B… había sido enterrado vivo, y que probablemente sucumbió a causa de la desesperación y el hambre.

El Espíritu de Antonio B… fue evocado en la Sociedad Espírita de París, en agosto de 1861, a pedido de un familiar, y dio las siguientes explicaciones:

1. *Evocación.*

R. ¿Qué queréis?

2. Os hemos evocado a pedido de uno de vuestros familiares. Lo hicimos de buen grado, y estaríamos satisfechos si quisierais respondernos.

R. Sí, deseo hacerlo.

3. ¿Tenéis presentes las circunstancias de vuestra muerte?

R. ¡Ah! Por supuesto que sí. Las tengo presentes. Pero ¿por qué revivir el recuerdo de ese castigo?

4. ¿Es verdad que habéis sido enterrado vivo por descuido?

R. Eso parece, puesto que la muerte aparente tuvo todas las características de una muerte real. Yo estaba casi exangüe[35]. Con todo, no se debe imputar a nadie un hecho al que yo estaba predestinado desde que nací.

5. Si estas preguntas os incomodan, podemos interrumpirlas.

R. No. Continuad.

6. Esperábamos que fueseis feliz, ya que habéis dejado la reputación de un hombre de bien.

R. Os agradezco; sé que rogaréis por mí. Voy a hacer lo posible por responderos, y en caso de que no lo consiga me suplirá uno de vuestros guías.

7. ¿Podéis describirnos las sensaciones que habéis experimentado en aquel momento terrible?

R. ¡Oh, qué dolorosa prueba ha sido sentirme encerrado entre cuatro tablas, inmóvil, absolutamente inmóvil! ¡No podía gritar, pues la voz se apaga en un medio privado de aire! ¡Oh! ¡Qué tortura la del desventurado que se esfuerza en vano por respirar en una atmósfera insuficiente! Me hallaba como

35. Privado de sangre. Decoloración de la piel debido a la falta de sangre. (N. de Allan Kardec.)

un condenado en la boca de un horno, excepto por el calor. ¡Oh! ¡A nadie le deseo semejantes torturas! Por supuesto que no, no le deseo a nadie un fin como el que tuve. ¡Ay! ¡Un cruel castigo para una cruel y feroz existencia! No sabría decir en qué pensaba entonces; simplemente revisaba mi pasado y vagamente vislumbraba el porvenir.

8. Habéis dicho: *cruel castigo para una feroz existencia*… ¿Cómo se pude conciliar esta manifestación con vuestro intachable prestigio? ¿Podéis explicárnoslo?

R. ¿Qué valor tiene una existencia si se la compara con la eternidad? Por cierto, procuré obrar correctamente durante mi última vida, pero yo había aceptado ese fin antes de reencarnar. ¡Ah! ¿Por qué me interrogan sobre ese pasado doloroso, que sólo yo conozco, junto con los Espíritus, ministros del Todopoderoso? Con todo, es preciso que os diga que en una existencia anterior yo había enterrado viva a una mujer, ¡a mi propia esposa! ¡La enterré viva en una fosa subterránea! Por eso se me debía aplicar la pena del talión. Ojo por ojo, diente por diente.

9. Agradecemos esas respuestas, y rogamos a Dios que os perdone el pasado, en atención al mérito de vuestra última existencia.

R. Volveré más adelante. Por lo demás, el Espíritu Erasto completará mi comunicación.

Instrucción del guía del médium.

Lo que debéis inferir de esa comunicación es la enseñanza de que vuestras existencias se relacionan entre sí, que ninguna es independiente de las otras. Las preocupaciones, las dificultades, así como los grandes padecimientos que se precipitan

sobre los hombres, son invariablemente la consecuencia de una vida anterior de naturaleza criminal o mal empleada. Sin embargo, debo deciros que desenlaces semejantes al de Antonio B… son raros, y si ese hombre, cuya última existencia ha estado exenta de críticas, murió de esa manera, se debe a que él mismo lo había solicitado, a fin de abreviar el lapso de su erraticidad y alcanzar más rápidamente las esferas superiores. En efecto, con posterioridad a un período de turbación y sufrimiento moral, en el que continuará expiando su repugnante crimen, habrá de obtener el perdón y se elevará a un mundo mejor, donde lo aguarda su víctima, que lo ha perdonado hace ya mucho tiempo. Aprovechad este ejemplo cruel, queridos espíritas, a fin de que soportéis con paciencia los padecimientos físicos y morales, así como todos los pequeños infortunios de la vida.

P. ¿Qué provecho puede obtener la humanidad a partir de semejantes castigos?

R. Los castigos no se aplican para que la humanidad se desarrolle, sino para punir al individuo culpable. De hecho, la humanidad no tiene ningún interés en que sufra alguno de sus miembros. En este caso, el castigo ha sido proporcional a la falta. ¿Por qué existen locos, idiotas o paralíticos? ¿Por qué algunos mueren quemados? ¿Por qué otros padecen durante años los tormentos de una prolongada agonía entre la vida y la muerte? ¡Ah! Creedme, respetad la voluntad soberana y no procuréis sondear la razón de los decretos de la Providencia. ¡Sabedlo! Dios es justo, y sólo hace el bien.

Erasto

¿No encierra este caso una importante y terrible enseñanza? La justicia de Dios llega siempre al culpable y, aunque algunas veces se demore, no por eso deja de actuar. ¿No es eminentemente moralizador saber que a los grandes culpables que concluyen pacíficamente su existencia, a menudo en medio de la abundancia de los bienes terrenales, tarde o temprano les llegará la hora de la expiación? Las penalidades de esta naturaleza son comprensibles, no sólo porque de algún modo se encuentran al alcance de nuestra vista, sino porque son lógicas. Creemos en ellas porque la razón las corrobora.

Así pues, una existencia honorable no está exenta de las pruebas de la vida, pues estas han sido elegidas y aceptadas como complemento de una expiación. Constituyen el saldo de una deuda que se cancela antes de recibir el importe del progreso realizado.

Si se considera cuán frecuentes eran, en los siglos pasados, aun en las clases más elevadas e ilustradas, los actos de barbarie que hoy tanto nos indignan, cuántos asesinatos se cometían en aquellas épocas en que se menospreciaba la vida del semejante, y cómo los poderosos aniquilaban sin ningún escrúpulo a los débiles, habremos de comprender que muchos de nuestros contemporáneos deben limpiar su pasado, y no nos sorprenderá la cantidad considerable de personas que sucumben como víctimas de accidentes individuales o de catástrofes colectivas. El despotismo, el fanatismo, la ignorancia y los prejuicios de la Edad Media y de los siglos subsiguientes han legado a las generaciones futuras una deuda inmensa, que aún no ha sido salda-

da. Muchas desgracias nos parecen inmerecidas porque sólo tomamos en cuenta el momento actual.

El señor Letil

El señor Letit, industrial que vivió en las afueras de París, murió en abril de 1864 de un modo impresionante. A raíz de que entrara en combustión una caldera con barniz hervoroso, en un abrir y cerrar de ojos su cuerpo se cubrió de materia candente, y de inmediato comprendió que estaba perdido. En ese momento se encontraba en el taller a solas con un joven aprendiz, y sin embargo tuvo el valor de dirigirse hasta su casa, que estaba a una distancia de más de doscientos metros. Cuando le prestaron los primeros auxilios, sus carnes quemadas se le caían a pedazos, y los huesos de una parte del cuerpo y del rostro habían quedado expuestos. Aún así, sobrevivió doce horas con terribles dolores, y conservó por completo la presencia de ánimo hasta el último momento, a tal punto que llegó a poner en orden sus negocios con plena lucidez. Durante esa cruel agonía no se le oyó un solo gemido, ni una sola queja, y murió mientras elevaba una oración a Dios. Se trataba de un hombre sumamente honrado, de carácter generoso y benévolo, estimado por todos los que lo conocían. Había abrazado con entusiasmo las ideas espíritas, aunque sin reflexionar demasiado al respecto, de modo que en su carácter de médium fue objeto de numerosos engaños que, no obstante, no afectaron su fe. La confianza en lo que los Espíritus le manifestaban llegaba, en determinadas circunstancias, al borde de la ingenuidad.

Evocado en la Sociedad de París, el 29 de abril de 1864, pocos días después de su muerte, y todavía bajo la impresión de la terrible escena de la que había sido víctima, trasmitió la siguiente comunicación:

"¡Una profunda tristeza me agobia! Aterrado aún por mi trágica muerte, me siento como bajo el hierro de un verdugo. ¡Cuánto he sufrido! ¡Oh! ¡Cuánto he sufrido! Estoy temblando. Me parece sentir aún el olor nauseabundo de mis carnes quemadas. ¡Una agonía de doce horas, eso es lo que padeciste, Espíritu culpable! Pero has sufrido sin murmurar, y por eso vas a recibir el perdón de Dios.

"¡Oh, mi bien amada! No llores por mí, pues falta poco para que mis dolores se calmen. En realidad ya no sufro, pero en este caso el recuerdo equivale a la realidad. Mi conocimiento del espiritismo me ayuda mucho, y ahora comprendo que sin esa grata creencia habría permanecido en el delirio de la horrible muerte que padecí.

"Sin embargo, hay un Espíritu consolador que no me ha abandonado desde que exhalé mi último suspiro. Todavía me encontraba con vida y él ya estaba a mi lado. Me parecía que era un reflejo de mis dolores, que me producía vértigo y me hacía ver fantasmas… Pero no, era mi ángel protector que, silencioso y reservado, le infundía consuelo a mi corazón. Tan pronto como me despedí de la Tierra, me dijo: 'Ven, hijo mío, vuelve a ver la luz del día'. Entonces pude respirar más aliviado, en la suposición de que me despertaba de un sueño espantoso. Le pregunté por mi amada esposa y por mi valeroso hijo, que sentía devoción por mí: 'Están en la Tierra –me respondió–. Pero tú, hijo mío, estás entre nosotros'. Fui hasta mi casa, siempre acompañado por el ángel, y los vi a todos bañados en llanto. La pena y el luto habían invadido aquella casa donde

en otra época reinó la armonía. No pude soportar ese doloroso espectáculo por más tiempo y, profundamente conmovido, dije a mi guía: '¡Oh, mi ángel bueno, salgamos de aquí!' 'Sí, salgamos –me respondió el ángel–, y busquemos reposo'.

"A partir de entonces no he sufrido tanto. Y si no fuera por el desconsuelo de mi esposa y la tristeza de mis amigos, sería casi feliz.

"Mi buen guía, mi querido ángel, me ha hecho ver la causa de la muerte tan dolorosa que tuve, y yo, para vuestra instrucción, hijos míos, os la confesaré:

"Hace dos siglos ordené que fuera quemada una joven doncella, tan inocente como se puede ser a esa edad, pues tenía doce o catorce años. ¿Qué acusación pesaba sobre ella? ¡Ah! La complicidad en una conspiración contra la política clerical. Por entonces yo era italiano y juez inquisidor. Como los verdugos no osaban tocar el cuerpo de la pobre niña, fui yo mismo el juez y el verdugo. ¡Oh, cuán grande eres, justicia de Dios! Sometido a ella, me prometí a mí mismo no vacilar el día del combate, y al menos he tenido la fuerza para cumplir con el compromiso. No he murmurado, y tú me perdonaste, ¡oh, Dios mío! Aún así, ¿cuándo se borrará de mi memoria el recuerdo de esa pobre víctima inocente? ¡Ese recuerdo me hace sufrir! Necesito que ella me perdone.

"¡Oh! ¡Vosotros, adeptos de la nueva doctrina, que a menudo decís que no recordáis lo que habéis hecho en otras vidas, y que por eso no podéis evitar los males a los cuales os habéis expuesto a causa de ese olvido del pasado! ¡Oh! ¡Hermanos míos! Bendecid a Dios, pues si ese recuerdo os acompañara no encontraríais descanso alguno en la Tierra. Constantemente asediados por la vergüenza y los remordimientos, ¿cómo podríais disfrutar de un solo instante de paz?

”En este caso el olvido es un beneficio, porque el recuerdo sería una tortura. En pocos días más, como recompensa por la resignación con que he soportado mis dolores, Dios me concederá el olvido de mi falta. Esa es la promesa que acaba de hacerme a través de mi ángel bueno.”

El carácter del Sr. Letil en su última encarnación es una muestra de cuánto se perfeccionó su Espíritu. La conducta que tuvo fue el resultado de su arrepentimiento y de las buenas resoluciones que había adoptado, pero eso no fue suficiente. Era preciso que consolidara esas resoluciones con una importante expiación, soportando como hombre el suplicio que había hecho padecer a otros. En esa terrible circunstancia, la resignación fue su mayor prueba, que felizmente superó. Por cierto, el conocimiento del espiritismo contribuyó mucho para que conservara su valor, por la fe sincera que ese conocimiento le dio con respecto al porvenir. Consciente de que los dolores de la vida son pruebas y expiaciones, se sometió a ellos sin quejarse, mientras afirmaba: “Dios es justo; no cabe duda de que los merezco”.

———

Un científico ambicioso

La Sra. B…, de Burdeos, pese a que nunca experimentó las pungentes angustias de la miseria, tuvo una vida caracterizada por los martirios físicos, a consecuencia de las numerosas enfermedades graves que la afectaron desde la edad de cinco meses. Vivió más de setenta años, y casi anualmente llamaba a las puertas de la tumba. En tres ocasiones fue envenenada por

la medicación de la ciencia experimental, a raíz de los ensayos que se realizaban sobre su organismo. Y su temperamento, arruinado tanto por los remedios como por las enfermedades, quedó hasta sus últimos días a merced de padecimientos intolerables, a los que nada podía calmar. Su hija, espírita cristiana y médium, rogaba a Dios en sus plegarias que le aliviara esas crueles pruebas. Sin embargo, su guía espiritual le aconsejó que pidiera para ella simplemente la fortaleza, la paciencia y la resignación para soportarlas, e hizo acompañar ese consejo de las siguientes instrucciones:

"En la existencia humana todo tiene su razón de ser. No hay uno solo de vuestros padecimientos *que no se corresponda con los padecimientos que habéis provocado en los otros*. No hay uno solo de vuestros excesos que no tenga como consecuencia una privación. No hay una sola lágrima que caiga de vuestros ojos sin que se halle destinada a lavar una falta, o algún crimen. Soportad, pues, con confianza y resignación vuestros dolores físicos y morales, por más crueles que os parezcan, y pensad en el trabajador cuya fatiga afecta a sus miembros, pero que prosigue su labor sin detenerse, porque siempre tiene delante de sí las espigas doradas que serán los frutos de su perseverancia. Ese es el destino del desdichado que sufre en vuestro mundo. Su aspiración a la felicidad, que debe convertirse en el fruto de su paciencia, lo hará resistir los dolores efímeros de la humanidad.

"Esto es lo que sucede con respecto a tu madre. Cada dolor que ella acepta como expiación es una mancha de su pasado que se borra, y cuanto más pronto esas manchas desaparezcan, tanto más rápido será feliz. *La falta de resignación vuelve estéril el sufrimiento*, en cuyo caso hay que volver a empezar

las pruebas. Lo que ella más necesita es coraje y resignación, y eso es lo que se debe solicitar a Dios y a los Espíritus buenos.

"Tu madre fue en el pasado un médico experto, que vivía en un medio en el que le resultaba fácil conquistar el bienestar, y en el que lo colmaron de honores. Ambicionaba gloria y riquezas, y con el propósito de llegar al apogeo de la ciencia, no por filantropía ni por amor a sus semejantes, sino para aumentar su reputación y la clientela, no midió esfuerzos para llevar a buen término sus investigaciones. Su progenitora vivía martirizada en el lecho de dolor porque él estudiaba las convulsiones que le provocaba. Sometía a su propio hijo a experimentos que debían darle la solución de ciertos fenómenos. A los ancianos les abreviaba los días, y a los hombres vigorosos los debilitaba mediante ensayos que le servían para comprobar el efecto de tal o cual medicamento. Todas esas experiencias, por otra parte, eran llevadas a cabo sin que los desdichados pacientes desconfiaran en lo más mínimo. La satisfacción de la codicia y del orgullo, la sed de oro y de celebridad, fueron los móviles de su conducta. Siglos y siglos de terribles pruebas han sido necesarios para doblegar ese Espíritu ambicioso y henchido de orgullo, hasta que el arrepentimiento dio comienzo a su obra regeneradora. La reparación concluye actualmente, dado que las pruebas de su última existencia pueden considerarse leves en relación con las que ha soportado. Ánimo, pues si el castigo ha sido prolongado y cruel, la recompensa será acorde a la resignación, la paciencia y la humildad.

"Ánimo a todos vosotros, los que sufrís. Tomad en cuenta la brevedad de vuestra existencia material, y reflexionad acerca de los goces de la eternidad. Invocad a la esperanza, la devota amiga de los corazones que sufren; invocad a la fe, hermana de la esperanza, fe que os muestra el Cielo en el que la esperanza

os hace ingresar mucho antes de tiempo. Invocad también a esos amigos que el Señor os concede, que están a vuestro lado, que os sostienen y aman, y cuya constante solicitud os conduce de vuelta junto a aquel a quien habéis ofendido al transgredir sus leyes."

Después de su muerte, la Sra. B… volvió para transmitir, tanto por medio de su hija como en la Sociedad Espírita de París, numerosas comunicaciones en las que se reflejan las más elevadas cualidades, y en las que confirmó sus antecedentes.

Un deficiente mental

(Sociedad Espírita de París, 1860.)

En el momento de la evocación, Charles de Saint-G… era un deficiente mental de trece años, cuyas facultades intelectuales eran de tal incapacidad, que no reconocía a sus padres y apenas podía alimentarse. Existía en él una supresión absoluta del desarrollo en todo el sistema orgánico.

1. (*A san Luis*) ¿Podríais decirnos si podemos evocar al Espíritu de ese niño?

R. Podéis hacerlo como si evocaseis al Espíritu de un muerto.

2. Vuestra respuesta nos hace suponer que la evocación puede hacerse en cualquier momento.

R. Así es. Su alma está vinculada al cuerpo por lazos materiales, pero no espirituales; ella siempre puede desprenderse.

3. *Evocación de Charles de Saint-G…*

R. Soy un pobre Espíritu, prisionero de la Tierra como un ave sujeta por una pata.

4. En vuestro estado actual, como Espíritu, ¿tenéis conciencia de vuestra incapacidad en este mundo?

R. Así es. Siento intensamente mi cautiverio.

5. Cuando vuestro cuerpo duerme y vuestro Espíritu se desprende, ¿tenéis las ideas tan lúcidas como las que tendríais si vuestro estado fuera normal?

R. Cuando mi desventurado cuerpo reposa, estoy un poco más libre para elevarme al Cielo, al que aspiro.

6. Como Espíritu, ¿experimentáis un pensamiento penoso acerca de vuestro estado corporal?

R. Sí, pues constituye un castigo.

7. ¿Recordáis vuestra existencia precedente?

R. ¡Oh, sí! Es la causa de mi actual exilio.

8. ¿Cómo fue esa existencia?

R. La de un joven libertino de la época de Enrique III.

9. Habéis manifestado que vuestra condición actual constituye un castigo, ¿entonces no la habéis elegido?

R. No.

10. Si se considera el estado de incapacidad en que os halláis, ¿cómo puede vuestra existencia actual servir a vuestro progreso?

R. Ella no me hace incapaz en relación con Dios, que me la ha impuesto.

11. ¿Prevéis la duración de vuestra existencia actual?

R. No; pero dentro de algunos años retornaré a mi patria.

12. Desde vuestra existencia precedente hasta la encarnación actual, ¿qué habéis hecho como Espíritu?

R. Dios me hizo prisionero porque yo era un Espíritu liviano.

13. En el estado de vigilia, ¿tenéis conciencia de lo que sucede alrededor vuestro, a pesar de la imperfección de vuestros órganos?

R. Veo y oigo, pero mi cuerpo no ve ni percibe nada.

14. ¿Podemos hacer algo que os sea de utilidad?

R. Nada.

15. (*A san Luis*) Las plegarias por un Espíritu reencarnado, ¿pueden tener la misma eficacia que las dirigidas a un Espíritu errante?

R. Las plegarias siempre son benéficas y agradables a Dios. En la situación de este pobre Espíritu, de nada le pueden servir ahora; le servirán más adelante, pues Dios las toma en cuenta.

> Esta evocación confirma lo que siempre se ha dicho respecto de los deficientes mentales. Su incapacidad moral no implica la incapacidad del Espíritu, pues este, emancipado de los órganos corporales, goza de todas sus facultades. La imperfección de los órganos no es más que un *obstáculo* para la libre manifestación del pensamiento, pero no lo anula. Es como el caso de un hombre vigoroso, cuyos miembros estuviesen atados.

Instrucción de un Espíritu sobre los deficientes mentales y los cretinos, impartida en la Sociedad de París.

Los cretinos son seres castigados en la Tierra por el mal empleo que han hecho de facultades poderosas. Su alma está aprisionada en un cuerpo cuyos órganos, impotentes, no pueden expresar su pensamiento. Ese mutismo moral y físico constituye uno de los más crueles castigos terrestres, y a menudo es escogido por los Espíritus arrepentidos que desean rescatar sus faltas. Esta prueba no es estéril, porque el Espíritu no se halla estacionario en su prisión de carne. Los ojos debilitados, ven; el cerebro disminuido, comprende; pero nada puede ser traducido por medio de la palabra ni por la mirada. Salvo el movimiento, los cretinos se encuentran moralmente en el estado de los letárgicos y de los catalépticos, que ven y oyen lo que acontece alrededor suyo sin que puedan expresarlo. Cuando vosotros tenéis, durante el sueño, esas terribles pesadillas en las que queréis huir de un peligro y gritáis para pedir socorro, mientras que vuestra lengua se halla adherida al paladar y los pies al suelo, experimentáis por algunos instantes lo que el cretino experimenta continuamente: *la parálisis del cuerpo junto con la vida del Espíritu*.

Casi todas las enfermedades tienen, pues, su razón de ser. Nada ocurre sin una causa, y lo que vosotros denomináis injusticia del destino es la aplicación de la más elevada justicia. La locura también es un castigo debido al abuso de elevadas facultades. El loco tiene dos personalidades: la delirante y la que conserva la conciencia de sus actos, sin que los pueda controlar. En cuanto a los cretinos, la vida contemplativa y aislada de sus almas, sin las distracciones del cuerpo, también puede ser tan agitada como las existencias más complicadas

por los acontecimientos. Algunos se rebelan contra su suplicio voluntario; lamentan haberlo elegido y experimentan un deseo furioso de volver a alguna otra vida, deseo que les hace dejar a un lado la resignación en la vida presente, y el remordimiento de la vida pasada, que albergan en la conciencia. Porque los cretinos y los locos saben más que vosotros y ocultan en su incapacidad física una fuerza moral de la que no tenéis la menor idea. Los actos de furor o de imbecilidad a que sus cuerpos se entregan, son juzgados por el ser interior, que sufre y se avergüenza por ello. Por consiguiente, ridiculizarlos, injuriarlos e incluso maltratarlos, como en ocasiones se hace con ellos, equivale a aumentar sus padecimientos, porque les hace sentir más duramente su debilidad y su abyección. Si ellos pudiesen, acusarían de cobardes a los que se comportan de ese modo a sabiendas de que sus víctimas no pueden defenderse.

El cretinismo no es una ley de Dios, y la ciencia puede hacer que desaparezca, porque es el resultado material de la ignorancia, la miseria y la falta de aseo. Los nuevos medios de higiene que la ciencia –con mayor practicidad– ha puesto al alcance de todos, tienden a destruirlo. Dado que el progreso es la condición expresa de la humanidad, las pruebas impuestas se modificarán y seguirán la marcha de los siglos; todas llegarán a ser morales y, cuando vuestra Tierra, joven aún, haya cumplido todas las fases de su existencia, se convertirá en una morada de felicidad, al igual que otros planetas más adelantados.

Pierre Jouty, padre del médium.

En cierta época se puso en duda el alma de los cretinos, y la pregunta planteada era si ellos pertenecían en realidad a la especie humana. La manera en que el

espiritismo los considera, ¿no implica una elevada moralidad y una trascendente enseñanza? ¿No hay acaso material para serias reflexiones, si se piensa que esos cuerpos desdichados encierran almas que tal vez hayan brillado en el mundo, que son tan lúcidas y tan pensantes como las nuestras, bajo la densa envoltura que ahoga las manifestaciones, y que un día puede sucedernos lo mismo a nosotros, si abusamos de las facultades que nos concedió la Providencia?

De otro modo, ¿cómo podríamos explicar el cretinismo? ¿Cómo conciliarlo con la justicia y la bondad de Dios, sin admitir la pluralidad de las existencias? Si el alma no ha vivido aún, entonces ha sido creada al mismo tiempo que el cuerpo. En esa hipótesis, ¿cómo se justifica la creación de almas como las de los cretinos, tan desheredadas por parte de un Dios justo y bueno? Porque en este caso no se trata en absoluto de uno de esos accidentes –como la locura, por ejemplo–, que se puede prevenir o curar. Esos seres nacen y mueren en el mismo estado. Dado que no poseen ninguna noción del bien y del mal, ¿cuál será su destino en la eternidad? ¿Serán felices como los hombres inteligentes y trabajadores? Pero ¿por qué este favor, si no han hecho nada de bueno? ¿Permanecerán en lo que se denomina *limbo*, es decir, en un estado intermedio que no es felicidad ni desdicha? Pero ¿por qué esa inferioridad eterna? ¿Es su culpa que Dios los haya creado cretinos? Desafiamos a todos aquellos que rechazan la doctrina de la reencarnación a que resuelvan este problema. Con la reencarnación, por el contrario, lo que parece una injusticia se

torna una admirable justicia; lo que es inexplicable se explica de la manera más racional.

Por otra parte, no sabemos si aquellos que rechazan esta doctrina la han combatido con algún argumento más convincente que el de la repugnancia personal de volver a la Tierra. A ellos les respondemos: Dios no os solicita permiso para que volváis a la Tierra, como tampoco el juez consulta la voluntad del condenado para enviarlo a la prisión. Todos tienen la posibilidad de no reencarnar, siempre que se perfeccionen lo suficiente para merecer una esfera más elevada. No obstante, el orgullo y el egoísmo no son admitidos en esas esferas venturosas. Si quieren pasar de grado, es necesario que todos trabajen para despojarse de esas enfermedades morales.

Es sabido que en ciertos países, lejos de que sean objeto de desprecio, los cretinos están rodeados de todos los cuidados. Ese sentimiento, ¿no resultará de la intuición del verdadero estado de esos desdichados, tanto más dignos de atención cuanto que sus Espíritus, que comprenden su situación, deben sufrir al verse repudiados por la sociedad?

Incluso, se considera como un favor y una bendición la presencia de uno de esos seres en el seno de la familia. ¿Será quizás una superstición? Tal vez, porque entre los ignorantes la superstición se mezcla con las ideas más sagradas, cuyo alcance no comprenden. En todos los casos, constituye para los padres –generalmente pobres– una ocasión de ejercer la caridad, tanto más meritoria cuanto más pesado sea ese cometido, que no tiene compensación material. Existe más mérito en rodear de afectuosos cuidados a un niño desdichado, que en cuidar de

un hijo cuyas cualidades brinden alguna compensación. Ahora bien, por ser la caridad del corazón una de las virtudes más agradables a Dios, atrae invariablemente su bendición sobre quienes la practican. En aquellas personas, ese sentimiento innato equivale a esta plegaria: "Gracias, Dios mío, por habernos dado como prueba un ser débil al cual amparar, a un afligido al cual consolar".

Adelaida Margarita Gosse

Era una humilde y pobre criada que vivía cerca de Harfleur, en Normandía. A los once años se puso al servicio de unos ricos horticultores de la región. Pocos años después, una inundación por el desborde del Sena ahogó a todos los animales, y en virtud de otras desgracias que se sucedieron, los patrones de la jovencita quedaron en la miseria. Adelaida se solidarizó con el destino que les había tocado, acalló la voz del egoísmo y, sin escuchar más que a su generoso corazón, los obligó a que aceptaran quinientos francos de sus ahorros y continuó sirviéndolos sin percibir su salario. Después de la muerte de sus patrones, comenzó a ocuparse de una de las hijas de estos, que había quedado viuda y sin recursos. Trabajaba en el campo y destinaba al hogar todas sus ganancias. A partir del momento en que contrajo matrimonio, unió sus esfuerzos a los de su marido, a fin de mantener conjuntamente a la pobre mujer, ¡a la que continuó llamando *patrona*! Este sacrificio sublime se extendió por casi medio siglo.

La Sociedad de Emulación de Rouen no dejó en el olvido a esa mujer digna de gran respeto y admiración, y le otorgó una

medalla de honor y una recompensa en dinero. A ese testimonio de estima se asociaron las logias masónicas de El Havre, las cuales le ofrecieron una pequeña suma destinada a su bienestar. Por último, las autoridades del gobierno local se ocuparon de ella con discreción, a fin de no herir su susceptibilidad.

Un ataque de parálisis arrebató de la Tierra, en forma súbita y sin dolor, a ese ser bondadoso. Los últimos homenajes que se rindieron a su memoria fueron sencillos, pero dignos. El secretario de la municipalidad iba al frente del cortejo fúnebre.

(Sociedad de París, 27 de diciembre de 1861.)

Evocación. Rogamos a Dios Todopoderoso que conceda al Espíritu de Margarita Gosse la gracia de comunicarse con nosotros.

R. Sí, Dios me ha concedido esa gracia.

P. Estamos felices de testimoniaros nuestra admiración por la conducta que habéis mantenido en vuestra existencia terrenal, y esperamos que tanta abnegación haya recibido su recompensa.

R. Sí; Dios ha sido bueno y misericordioso para con su servidora. Cuanto he hecho, a lo que consideráis loable, era natural.

P. Podríais decirnos, para nuestra instrucción, ¿cuál fue la causa de la humilde condición que habéis tenido en la Tierra?

R. En dos existencias sucesivas ocupé una posición bastante elevada. Me resultaba sencilla la práctica del bien, y la realizaba sin sacrificio, pues era rica. Me parecía, sin embargo, que progresaba con demasiada lentitud, y por eso pedí volver en condiciones más humildes, en las que tuviese que

luchar contra las privaciones. Me preparé para eso durante largo tiempo, y Dios sostuvo mi valor, a fin de que pudiera alcanzar el objetivo que me había propuesto. Lo logré gracias al auxilio espiritual que Dios me ha dado.

P. ¿Ya habéis vuelto a encontrar a los antiguos patrones? Os ruego que nos digáis cuál es vuestra posición en relación con ellos, y si todavía os consideráis subalterna de aquella familia.

R. Sí, los he vuelto a ver, pues cuando llegué a este mundo ellos ya estaban aquí. Con humildad os confieso que me consideran muy superior a ellos.

P. ¿Teníais algún motivo en particular para dedicarles vuestro afecto de preferencia a otras personas?

R. Ningún motivo que me obligara, dado que en cualquier lugar habría logrado mi objetivo. Sin embargo, los elegí para retribuir una deuda de reconocimiento. Se debió a que en otro tiempo habían sido buenos conmigo, mientras me prestaron servicio.

P. ¿Qué futuro suponéis que os aguarda?

R. Espero la reencarnación en un mundo donde no exista el dolor. Probablemente me consideréis muy presuntuosa, pero os respondo con la espontaneidad propia de mi carácter. Por otra parte, me someto a la voluntad de Dios.

P. Os agradecemos que hayáis respondido a nuestro llamado. Estamos seguros de que Dios os colmará de bendiciones.

R. Gracias. Que Dios os bendiga a todos, a fin de que cuando os llegue la muerte podáis experimentar alegrías tan puras como las que se me concedieron.

Clara Rivier

Clara Rivier era una pequeña de diez años, integrante de una familia de campesinos que residía en una aldea del sur de Francia. Hacía ya cuatro años que estaba gravemente enferma. Durante toda su vida nunca pronunció un solo lamento, ni demostró la más leve señal de impaciencia. Aunque carecía de instrucción, brindaba consuelo a su afligida familia conversando con ellos acerca de la vida futura y la dicha que allí habría de encontrar. Murió en septiembre de 1862, después de cuatro días de tormentos y convulsiones, durante los cuales no cesó de orar a Dios. "No temo a la muerte –decía ella–, porque después me está reservada una vida de felicidad." A su padre, que lloraba, le decía: "Consuélate, pues vendré a visitarte. Mi hora se aproxima, lo presiento; pero cuando llegue, lo sabré y te avisaré con anticipación". En efecto, cuando estaba cercano el momento fatal, llamó a los suyos y les dijo: "No me quedan más que cinco minutos de vida, dadme vuestras manos". Y expiró, tal como lo había anunciado.

A partir de entonces, un Espíritu golpeador se instaló de visita en la casa de la familia Rivier: rompía objetos y golpeaba la mesa como si tuviera una maza; agitaba las sábanas y las cortinas, y desordenaba la vajilla. Este Espíritu se presentaba con la forma de Clara ante su pequeña hermana, que tenía apenas cinco años. Según esta niña, su hermana le había hablado en varias oportunidades, y esas apariciones la llevaban a dar gritos de alegría y expresar: "¡Vean qué bonita está Clara!"

1. *Evocación de Clara Rivier.*

R. Estoy junto a vosotros, dispuesta a responder.

2. Antes de vuestra muerte, ¿de dónde os venían, dado que erais tan joven y sin instrucción, las ideas elevadas que expresabais sobre la vida futura?

R. Del escaso tiempo que debía pasar en vuestro globo, así como de mi encarnación precedente. Cuando dejé la Tierra era médium, y soy médium al volver entre vosotros. Era una predestinación; sentía y veía lo que manifestaba.

3. ¿Cómo se explica que una niña de vuestra edad no haya dado un solo gemido durante esos cuatro años de sufrimiento?

R. Porque el sufrimiento físico era dominado por una fuerza mayor, la de mi ángel de la guarda, a quien veía continuamente cerca de mí. Él sabía aliviar todos mis dolores; hacía que mi voluntad fuese más fuerte que el dolor.

4. ¿Cómo se os previno acerca del instante de vuestra muerte?

R. Mi ángel de la guarda me lo avisaba. Nunca me ha engañado.

5. Habéis manifestado a vuestro padre: "Consuélate, vendré a visitarte". ¿Cómo es posible que, animada por tan buenos sentimientos hacia vuestros padres, vinierais a atormentarlos después de vuestra muerte, haciendo alboroto en su casa?

R. Sin duda he tenido una prueba, o mejor dicho, una misión que cumplir. Si vuelvo para ver a mis padres, ¿suponéis que eso no tiene un sentido? Los ruidos, la perturbación, los inconvenientes causados por mi presencia son un llamado de atención. Para eso recibo el auxilio de otros Espíritus cuya turbulencia tiene una finalidad, como yo tengo la mía para dejarme ver por mi hermana. Gracias a nosotros van a surgir muchas convicciones. Mis padres debían sufrir una prueba,

que pronto concluirá, pero sólo después de haber transmitido la convicción a una cantidad de personas.

6. Entonces, ¿no sois vos en persona quien causa esas perturbaciones?

R. Me ayudan otros Espíritus, que colaboran en la prueba reservada a mis queridos padres.

7. ¿Cómo se explica que vuestra hermana os haya reconocido si no sois vos quien produce las manifestaciones?

R. Mi hermana solamente me ha visto a mí. Ella ahora dispone de doble vista, y no será la última vez que habré de hacerme presente para consolarla e infundirle valor.

8. ¿Por qué desde tan pequeña habéis sido afligida por tantas enfermedades?

R. Tenía faltas anteriores que expiar. Había abusado de la salud y de la brillante posición de que gozaba en mi encarnación precedente. Entonces Dios me dijo: "Has gozado intensamente: sufrirás del mismo modo. Fuiste orgullosa: serás humilde. Estabas envanecida de tu belleza: serás reducida a la nada. En vez de la vanidad, te esforzarás por cultivar la caridad y el amor". He cumplido según la voluntad de Dios, con la ayuda de mi ángel de la guarda.

9. ¿Quisierais manifestar algo a vuestros padres?

R. A pedido de un médium, mis padres han hecho mucha caridad. Estaban decididos a no orar sólo con los labios, pues es necesario hacerlo con la mano y con el corazón. Dar a los que sufren es orar, es ser espírita.

Dios ha dado el libre albedrío a todas las almas, es decir, les ha dado la facultad de progresar. A todos les ha transmitido la misma aspiración, y a eso se debe que *los harapos estén* más cerca de los *trajes bordados con oro de lo que generalmente*

se supone. Por consiguiente, acortad las distancias con la caridad; introducid al pobre en vuestra casa; infundidle ánimo, elevadlo sin causarle humillación. Si en todas partes se supiera practicar esa ley fundamental de la conciencia no habría, en determinadas épocas, esas terribles miserias que constituyen la deshonra de los pueblos civilizados, a las que Dios envía para castigarlos y abrirles los ojos.

Queridos padres, orad a Dios; amaos; practicad la ley de Cristo. No hagáis a los otros lo que no quisierais que se os hiciera. Implorad a Dios que os ponga a prueba, para demostraros que su voluntad es sublime y poderosa como Él. Preparaos para el porvenir, armados de valor y perseverancia, porque todavía seréis convocados a sufrir. Es necesario hacerse merecedor de una buena posición en un mundo mejor, donde la comprensión de la justicia divina se transforma en castigo para los Espíritus malvados.

Siempre estaré a vuestro lado, queridos padres. Adiós, o mejor dicho, hasta pronto. Sed resignados, practicad la caridad y el amor a los semejantes, y llegará el día en que seréis dichosos.

Clara

He aquí un hermoso pensamiento: "Los harapos están más cerca de los trajes bordados con oro de lo que se supone". Es una alusión a los Espíritus que, de una existencia a otra, pasan de una posición brillante a otra humilde o miserable, pues muchas veces expían en un medio muy bajo el abuso de los dones que Dios les había concedido. Se trata de una justicia que todos comprenden.

Otro pensamiento no menos profundo es el que atribuye las calamidades de los pueblos a la infracción de la ley de Dios, puesto que Dios castiga a los pueblos del mismo modo que a los individuos. Es verdad que si practicasen la ley de caridad no habría guerras ni grandes penurias. El espiritismo conduce a la práctica de esa ley. ¿Será por eso que encuentra enemigos tan obstinados? ¿Acaso las palabras de esa jovencita a sus padres son las de un demonio?

Françoise Vernhes

Ciega de nacimiento, hija de un arrendatario de las cercanías de Toulouse, murió en 1855, a los cuarenta y cinco años. Se ocupaba en forma permanente de la enseñanza del catecismo a los niños, a fin de prepararlos para la primera comunión. Con posterioridad a la modificación del catecismo, no tuvo dificultad en enseñar el nuevo, pues los conocía a ambos de memoria. Una noche de invierno, al regresar de una larga caminata en compañía de su tía, les fue preciso atravesar un denso bosque por caminos precarios y fangosos. Debían caminar con precaución para no caer en los barrancos. Su tía quería llevarla de la mano, pero ella le respondió: "No os preocupéis por mí; no corro ningún riesgo, dado que tengo sobre los hombros una luz que me guía. Seguidme, pues yo os conduciré". Así completaron el trayecto sin dificultades: la ciega, que no veía en absoluto, conducía a la tía, que tenía buena vista.

(Evocación en París, en mayo de 1865.)

P. ¿Quisierais explicarnos qué tipo de luz es la que os guiaba aquella noche oscura, y que sólo vos veíais?

R. ¡Qué decís! ¿Acaso las personas como vosotros, en continuas relaciones con los Espíritus, necesitan una explicación sobre semejante hecho? Quien me guiaba era mi ángel de la guarda.

P. Esa era también nuestra opinión, pero deseábamos que nos la confirmarais. ¿Sabíais en aquella circunstancia que era vuestro ángel de la guarda el que os conducía?

R. Confieso que no, aunque consideré que se trataba de una protección celestial. ¡Había orado durante tanto tiempo para que el Padre celestial se apiadase de mí…! ¡Es tan cruel la ceguera…! En efecto, es muy cruel; pero al mismo tiempo reconozco que es un efecto de la justicia. Aquellos que pecan a través de la vista, deben recibir su castigo por la vista, y así sucede con las demás facultades del hombre, cuando este abusa de ellas. No busquéis, por consiguiente, en los innumerables padecimientos que afligen a la humanidad, otra causa que no sea la natural, es decir, la expiación. Con todo, la expiación sólo es meritoria cuando se la sobrelleva con humildad y puede ser atenuada por medio de la plegaria, pues esta atrae influencias espirituales que protegen a los reos de la *penitenciaría humana* e infunden esperanza y consuelo a los corazones que sufren.

P. Dedicada a la instrucción religiosa de los niños pobres, ¿habéis tenido dificultad en adquirir los conocimientos necesarios para enseñar el catecismo, que sabíais de memoria a pesar de vuestra ceguera y de que fue modificado?

R. Por lo general, los ciegos tienen los otros sentidos desarrollados doblemente, si así se puede decir. La vista no es una de las facultades menores de su naturaleza. La memoria es para ellos como un archivo donde se colocan ordenadamente, y en forma definitiva, las enseñanzas para las cuales poseen tendencias y aptitudes. Y dado que nada del exterior tiene la posibilidad de perturbar esta facultad, su desarrollo puede ser notable mediante la educación. Con todo, ese no fue mi caso, pues yo no había recibido educación. Agradezco a Dios la concesión de esa facultad, que me ha permitido completar la misión que tenía en relación con esos niños, y que constituía al mismo tiempo la reparación del mal ejemplo que les había dado en una existencia anterior. Todo es tema de importancia para los espíritas, quienes no tienen más que mirar alrededor suyo. Mis enseñanzas les serían de mayor utilidad que dejarse llevar por las sutilezas filosóficas de ciertos Espíritus, que se entretienen con la adulación de su orgullo por medio de frases tan altisonantes como carentes de sentido.

P. A través de vuestra conducta en la Tierra hemos tenido una prueba de vuestro adelanto moral, y ahora por medio de vuestro lenguaje comprobamos que vuestro adelanto también es intelectual.

R. Me queda bastante por lograr. Sin embargo, hay muchas personas en la Tierra que pasan por ignorantes tan sólo porque su inteligencia se encuentra embotada por la expiación. Pero con la muerte se rasga el velo, y entonces resulta que esos pobres ignorantes suelen ser más instruidos que aquellos que desdeñaban su ignorancia. Creedme, el orgullo es la piedra de toque para conocer a los hombres. Todos aquellos cuyos corazones son sensibles a la lisonja o que confían demasiado en su sapiencia, están en el camino equivocado.

Generalmente, son hipócritas, razón por la cual debéis desconfiar de ellos. Sed humildes, tal como Cristo lo fue, y como Él cargad con amor vuestra cruz, a fin de que ascendáis al reino de los Cielos.

Françoise Vernhes

Anna Bitter

La pérdida de un hijo adorado siempre es motivo de un punzante sufrimiento. Con todo, ver a un hijo único –en quien se depositan las más tiernas esperanzas y *todos* los afectos– que se extingue ante nuestros ojos, sin dolor y por causas ignoradas, consumido por uno de esos caprichos de la naturaleza que parecieran burlarse de la ciencia; perder las esperanzas después de haber agotado todos los recursos, y soportar esa angustia constante, durante largos años, sin que se pueda predecir su término, es un suplicio cruel que la fortuna agrava en lugar de atenuarlo, dada la imposibilidad de que la disfrute ese ser querido.

Esa era la situación del padre de Anna Bitter, a raíz de la cual se entregó su alma a una sombría desesperación. Su carácter se irritaba cada vez más ante aquel lastimoso espectáculo, cuyo desenlace habría de ser fatal, aunque indeterminado. Un amigo de la familia, adepto del espiritismo, consideró que debía consultar al respecto a su Espíritu protector, y obtuvo la siguiente respuesta:

"Me propongo explicarte el extraño fenómeno que te preocupa, porque sé que no recurres a mí movido por una curio-

sidad indiscreta, sino por el interés que te merece esa pobre criatura y porque, como crees en la justicia divina, obtendrás de ello una enseñanza provechosa. Aquellos a quienes alcanza la justicia del Señor deberían inclinar su frente sin maldecir ni rebelarse, porque no existe castigo que no tenga una causa. La pobre niña, cuya sentencia de muerte había sido suspendida por el Todopoderoso, en breve deberá regresar a nuestro ámbito, pues se ha hecho merecedora de la compasión divina. En cuanto a su padre, ese desdichado entre los hombres, debe pagar con su único afecto en la vida, debido a que se ha burlado de la confianza y de los sentimientos de cuantos lo rodean. Hubo momentos en que su arrepentimiento llegó al Altísimo, y la muerte detuvo el golpe que habría de caer sobre ese ser que para él es tan querido. Sin embargo, inmediatamente después volvió la rebeldía, y es inevitable el castigo que llegará a continuación. ¡Felices los que son castigados en la Tierra! Orad, amigos míos, por esa pobre niña, cuya juventud habrá de complicar sus últimos momentos. La savia es tan abundante en ese pobre ser que, a pesar de su debilitamiento orgánico, su alma tendrá dificultad para desprenderse. ¡Oh! Orad... Más adelante también ella os ayudará y consolará, puesto que su Espíritu es más elevado que el de las personas que la rodean.

"He podido responderte con un permiso especial del Señor, porque es preciso que este Espíritu reciba asistencia para que su desprendimiento sea más fácil."

Después de haber padecido el vacío del aislamiento que le produjo la pérdida de su hija, murió también el padre de Anna Bitter. A continuación, ofrecemos las primeras comunicaciones de cada uno de ellos, la hija y el padre, inmediatamente posteriores a los respectivos fallecimientos:

(*La hija.*) Gracias, amigo mío, por haberos interesado en esta pobre niña, así como porque habéis seguido los consejos de vuestro bondadoso guía. Así es, gracias a vuestras oraciones he podido dejar más fácilmente mi envoltura terrenal, puesto que mi padre… ¡Ah! ¡Él no oraba, sino que maldecía! No obstante, no lo quiero mal por eso, pues todo era consecuencia de la inmensa ternura que me dedicaba. Ruego a Dios que le conceda la gracia de esclarecerse antes de morir. En cuanto a mí, trato de estimularlo, de infundirle ánimo; tengo la misión de transmitirle calma en sus últimos instantes. En ocasiones, un rayo de luz divina parece que desciende hasta él y lo conmueve; pero no es más que un resplandor fugaz, que inmediatamente después lo deja librado a sus ideas primitivas. Apenas es portador de un germen de fe, que se halla ahogado por los intereses del mundo, a los que sólo habrá de vencer a través de nuevas y más crueles pruebas. Me temo que así será. En lo que a mí respecta, estaba previsto que sufriera apenas un resto de expiación; por eso mi mal no ha sido ni muy doloroso ni muy complejo. Mi singular enfermedad no me provocaba sufrimiento; yo era sobre todo un instrumento de prueba para mi padre, porque él sufría más que yo misma al verme en aquel estado. Además, yo tenía resignación, y él no. Ahora recibo mi recompensa. Dios me ha concedido la gracia de abreviar mi estada en la Tierra, por lo que mucho le agradezco. Soy feliz entre los Espíritus buenos que me rodean; nos dedicamos con satisfacción a nuestras ocupaciones, puesto que la falta de actividad sería un suplicio cruel.

(*El padre, aproximadamente un mes después de su muerte*).

P. Al evocaros, nuestro objetivo es tomar conocimiento de vuestra situación en el mundo de los Espíritus, a fin de prestaros algún servicio en la medida de nuestras posibilidades.

R. ¡El mundo de los Espíritus! No lo veo… Lo que veo son hombres a los que conocí, que no se interesan por mí ni tampoco lamentan mi destino; por el contrario, me parece que están contentos de haberse liberado de mí.

P. ¿Tenéis conciencia de la situación en que os encontráis?

R. Perfectamente. Durante algún tiempo he creído que estaba todavía en vuestro mundo, pero ahora sé muy bien que ya no pertenezco a él.

P. En ese caso, ¿por qué no podéis divisar otros Espíritus que os rodean?

R. Lo ignoro, aunque todo esté muy claro alrededor mío.

P. ¿Habéis visto ya a vuestra hija?

R. No; ha muerto. La busco, la llamo en vano. ¡Qué vacío horrible me ha dejado su muerte en la Tierra! Al morir yo, supuse que habría de encontrarla, ¡pero no ha sido así! Estoy solo. Nadie me dirige una palabra de consuelo y esperanza. Adiós, voy a buscar a mi hija.

(*El guía del médium.*) Este hombre no era ateo ni materialista, sino uno de aquellos que creen vagamente, sin preocuparse de Dios ni del porvenir, pues se dejan absorber por los intereses terrenales. Profundamente egoísta, no cabe duda de que lo hubiera sacrificado todo para salvar a su hija, pero del mismo modo, sin el menor escrúpulo, habría sacrificado los intereses de terceros a favor de su provecho personal. Aparte de su hija, no se interesaba por nadie. Dios lo ha castigado, de la forma que habéis visto, al quitarle su único consuelo en la

Tierra. No obstante, como no se ha arrepentido, subsiste en el mundo de los Espíritus la imposibilidad de que se reúna con ella. Puesto que no se interesaba por nadie en la Tierra, aquí nadie tiene interés en él. Permanece a solas, abandonado, y en eso consiste su castigo. Con todo, su hija está junto a él, aunque no la vea. Si la viese, no tendría su castigo. Pero ¿qué hace él en esas circunstancias? ¿Se dirige a Dios? ¿Se arrepiente? No; se queja siempre, e incluso blasfema. En síntesis, hace lo mismo que hacía en la Tierra. Ayudadlo, pues, mediante la oración y con buenos consejos, a fin de que se libere de su ceguera.

Un Espíritu ciego

Joseph Maître pertenecía a la clase media de la sociedad, y gozaba de una modesta fortuna que lo mantenía a resguardo de las privaciones. Sus padres le proporcionaron una buena educación y se proponían destinarlo a la industria. Sin embargo, a los veinte años perdió la visión. Murió en 1845, cercano a los cincuenta años de edad. Unos diez años antes había sido atacado por otra enfermedad, que lo dejó completamente sordo, de modo que mantenía su relación con el mundo de los vivos a través del tacto. No ver era, de por sí, muy penoso; pero no ver ni oír era un cruel suplicio para quien, después de haber gozado de esas facultades, tenía que soportar los efectos de esa doble privación. ¿Cuál era la razón de un destino tan cruel? Por cierto no estaba en la última existencia de Joseph, en la que su conducta había sido ejemplar: siempre fue un buen hijo, poseedor de un carácter apacible y benévolo, y

cuando para colmo de males se vio privado del oído, aceptó resignadamente la nueva prueba y nunca se lo oyó quejarse. Su conversación denotaba plena lucidez de entendimiento y una inteligencia poco común.

Una persona que lo había conocido, en la suposición de que sería posible recibir provechosas enseñanzas, evocó a su Espíritu y obtuvo la siguiente comunicación, en respuesta a las preguntas que le planteó.

(París, 1863.)

"Amigos míos, os agradezco que os hayáis acordado de mí, aunque tal vez ni siquiera pensaríais en evocarme si no tuvieseis la posibilidad de obtener algún beneficio de mi comunicación. Con todo, yo sé que os anima un motivo serio, de modo que respondo con placer a vuestro llamado, satisfecho de servir a vuestra instrucción. Ojalá mi ejemplo pueda sumarse a las demostraciones –ya tan numerosas– que los Espíritus os ofrecen acerca de la justicia de Dios.

"Me habéis conocido ciego y sordo, y ahora os preguntáis qué es lo que he hecho para merecer semejante destino. Os lo diré. Ante todo, debéis saber que esa fue la segunda oportunidad en la que me hallé privado de la vista. En mi precedente existencia, que tuvo lugar a principios del siglo dieciocho, quedé ciego a los treinta años, a consecuencia de excesos de todo tipo que me arruinaron la salud, con el consiguiente debilitamiento de mi organismo. Se trataba de un castigo por haber abusado de los dones con que la Providencia me había provisto generosamente. Con todo, en lugar de reconocerme como el causante original de esa enfermedad, consideré correcto acusar a esa misma Providencia, en la que poco creía. Blasfemé con-

tra Dios, renegué de Él, lo acusé, agregando que, en caso de que Él existiera, debería de ser injusto y malvado, puesto que hacía sufrir de ese modo a sus criaturas. En realidad, yo habría tenido que considerarme dichoso, puesto que estaba eximido de mendigar el pan, tal como debían hacerlo muchos otros míseros ciegos. Pero no; yo pensaba exclusivamente en mí y en la privación de los goces que se me había impuesto. Dominado por esas ideas y, al mismo tiempo, por mi falta de fe, me volví malhumorado, exigente, insoportable para con mis allegados. Además, la vida ya no tenía ningún sentido para mí. No pensaba en el porvenir, al que consideraba una quimera. Después de que se hubieran agotado inútilmente todos los recursos de la ciencia, y con la certeza de que mi cura era imposible, resolví anticipar mi muerte: me suicidé.

"¡Al despertar, me encontraba sumergido en las mismas tinieblas de cuando estaba vivo! Con todo, no tardé en reconocer que ya no pertenecía al mundo corporal. ¡Así es, era un Espíritu, pero ciego! ¡La vida más allá de la tumba era, entonces, una realidad! En vano intenté escapar de ella y hundirme en la nada. Me rodeaba el vacío. Si esa vida era eterna, de acuerdo con lo que había oído, ¿tendría que permanecer en esa situación por toda la eternidad? ¡Qué idea espantosa! No sufría, pero sería imposible describir los tormentos y las angustias que se apoderaron de mi Espíritu. ¿Cuánto tiempo duraron? Lo ignoro… Pero ¡qué largo me pareció!

"Extenuado, fatigado, pude por último analizarme, y comprendí que un poder superior proyectaba su influencia sobre mí. Pensé que si esa fuerza podía someterme, también podría aliviarme, e imploré piedad. A medida que oraba y mi fervor crecía, algo me decía que esa cruel situación llegaría a su fin. Entonces se hizo la luz. Entré en un estado de arroba-

miento extremo cuando vislumbré las claridades celestiales y distinguí a los Espíritus que me rodeaban, sonriéndome con benevolencia, así como también a los que flotaban radiantes en el espacio. Quise seguir sus pasos, pero una fuerza invisible me retuvo. Entonces uno de ellos me dijo: 'Dios, al que negaste, se ha compadecido de tu arrepentimiento y nos ha permitido que te dispensemos la luz, pese a que tú sólo has cedido por el sufrimiento y el cansancio. Si de ahora en adelante quieres participar de la dicha que aquí se disfruta, es necesario que demuestres la sinceridad de tu arrepentimiento y de tus buenos sentimientos, volviendo a comenzar la prueba terrenal *en condiciones que habrán de exponerte a cometer las mismas faltas*, porque esta nueva prueba será más ardua todavía que la primera'. Acepté solícito, y me prometí a mí mismo que no volvería a fracasar.

"Así fue como regresé a la Tierra en la existencia que conocéis. No me resultó difícil ser bueno, dado que no era malo por naturaleza. Me había rebelado contra Dios, y Dios me castigó. Reencarné *con una fe innata*, razón por la cual ya no me quejé de Él, sino que, por el contrario, acepté resignadamente mi doble enfermedad, como una expiación cuya fuente manaba de la soberana justicia. El aislamiento de los últimos años no fue desesperante, porque yo tenía fe en el porvenir y en la misericordia de Dios. Ese aislamiento me ha sido muy provechoso, porque durante aquella prolongada y silenciosa noche, mi alma se lanzaba con mayor libertad hacia el Eterno, entreviendo el infinito con el pensamiento. Cuando por fin concluyó mi exilio, el mundo de los Espíritus me proporcionó esplendores e inefables goces.

"Cada vez que comparo con el pasado mi situación actual, considero que, relativamente, soy muy feliz, y por eso le

doy gracias a Dios. Con todo, cuando miro hacia el porvenir, veo la enorme distancia que todavía me separa de la felicidad plena. He expiado, *pero todavía me falta reparar. Mi última encarnación ha sido provechosa apenas para mí*. Espero volver a comenzar a la brevedad una nueva existencia en la que pueda ser útil a mis semejantes, y de ese modo repararé mi ineficacia anterior. Solamente entonces habré avanzado en el camino del bien, abierto a todos los Espíritus de buena voluntad.

"Esta es mi historia, amigos. Si mi ejemplo puede ilustrar a algunos de mis hermanos encarnados, a fin de evitarles el atolladero en que me metí, habré comenzado a saldar mi deuda."

Joseph

FIN

Índice

Advertencia general sobre la traducción 7
Prefacio 9

PRIMERA PARTE - Doctrina

Capítulo I. El porvenir y la nada 15

Capítulo II. El miedo a la muerte 25

Capítulo III. El Cielo 33

Capítulo IV. El Infierno 49

Capítulo V. Cuadro comparativo entre el Infierno pagano y el Infierno cristiano 57

Capítulo VI. El Purgatorio 79

Capítulo VII. Acerca de la doctrina de las penas eternas 85

Capítulo VIII. Las penas futuras según el espiritismo 105

Capítulo IX. Los ángeles 119

Capítulo X. Los demonios 135

Capítulo XI. Intervención de los demonios en las manifestaciones modernas 159

Capítulo XII. Acerca de la prohibición de evocar a los muertos 185

SEGUNDA PARTE. Ejemplos

Capítulo I. La Transición 199

Capítulo II. Espíritus felices 209
El señor Sanson 209
El señor Jobard 224
Samuel Philippe 231
El señor Van Durst 237
Sixdeniers 239
El doctor Demeure 244
La señora Wollis, viuda de Foulon 251
Un médico ruso 262
Bernardin 267
La condesa Paula 269
Jean Reynaud 274
Antoine Costeau 279
La señorita Emma 284
El doctor Vignal 286
Victor Lebufle 290
La señora Anaïs Gourdon 292
Maurice Goutran 295

Capítulo III. Espíritus de condición intermedia 299
Joseph Bré 299
La señora Hélène Michel 301

El marqués de Sain-Paul 303
El señor Cardon, médico 306
Éric Stanislas 313
La señora Anna Belleville 315

Capítulo IV. Espíritus sufridores 323
El castigo 323
Novel 325
Auguste Michel 327
Los lamentos de un hombre sensual 330
Lisbeth 332
El príncipe Ouran 337
Pascal Lavic 341
Ferdinand Bertin 343
Fançois Riquier 348
Clara 350

Capítulo V. Suicidas 363
El suicida de La Samaritana 363
El padre y el conscripto 367
François-Simon Louvet 371
Una madre y su hijo 373
Doble suicidio: por amor y por deber 377
Louis y la aparadora de calzado 382
Un ateo 387
El señor Félicien 395
Antoine Bell 400

Capítulo VI. Criminales arrepentidos 407
Verger, asesino del arzobispo de París 407
Lemaire 412
Benoist 417
Un Espíritu recluido 421

Jacques Latour 431

Capítulo VII. Espíritus empedernidos 451
El castigo mediante la luz 451
Ángela, nulidad en la Tierra 458
Un Espíritu aburrido 463
Una ex reina de la India 466
Xumène 470

Capítulo VIII. Expiaciones terrenales 475
Marcel, el niño del n.º 4 475
Szymel Slizgol 479
Julienne-Marie, la mendiga 486
Max, el mendigo 493
Historia de un criado 496
La pena del talión 500
El señor Letil 505
Un científico ambicioso 508
Un deficiente mental 511
Adelaida Margarita Gosse 518
Clara Rivier 521
Françoise Vernhes 525
Anna Bitter 528
Un Espíritu ciego 532